

LAS MEMORIAS

DEL

DIABLO.

LAS MEMORIAS

DEL

DIABLO,

POR

FEDERICO SOULIÉ.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. Antonio T. y la Quintana.

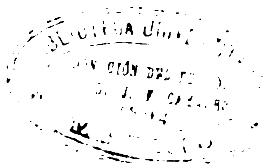
TOMO II.





MADRID 1849.
Publicada por Cabello y Hernaiz.
Establecimiento tipográfico de D. F. Fernel, calle de la Greda,
MUM. 3 Y 5.





I.

Pobre niña.



Eugenia nació el 17 de febrero de 1797, ó mas bien el 20 de febrero de 1797 fué presentada una niña al corregimiento (*mairie*) del segundo distrito, y matriculada bajo el nombre de Eugenia Turniquel, hija de Gerónimo y de Juana Rigot, su mujer, cuya niña habia nacido el 17 del mismo mes.

—A qué viene esa restriccion? Acaso la declaracion era falsa? preguntó Luizzi interrumpiendo al Diablo.

—No he dicho semejante cosa.

—No era aquella niña la que se designaba bajo esos nombres?

—No he dicho semejante cosa: solo he fijado un hecho. Lo que puedo asegurarte es que la mujer á quien conoces, es decir, Mad. Peyrol, cuya

vida voy á contarte, es la misma que fué presentada al corregimiento del segundo distrito el 20 de febrero de 1797.

—Continúa, dijo Luizzi, continúa, que á juzgar por la fecha en que tomas tu relato mucho me temo que tengas cuento para de aquí á mañana.

—No me interrumpas, replicó el Diablo, y continuó:

—No tienes la menor idea de la vida del pueblo, y pocas son las personas que la tienen de la vida del pueblo de Paris de aquella época. En el dia, aun entre los pobres, es cosa rara habitar mucho tiempo en una misma casa. Se cambia por capricho de habitacion lo mismo que de trage, y así como el provincialismo ha desaparecido en Francia, ha desaparecido el vecinage en Paris. En la época á que me refiero, muy al contrario, cada cuartel tenia una comunidad de existencia que hacia decir á los habitantes: «Me gusta mi cuartel, he nacido en él, soy en él conocido y en él pienso morir.» Esta confraternidad que unia á los habitantes de distintas calles, unia tambien entre sí á los vecinos de una casa. La que habitaban los padres de Eugenia estaba situada en la calle de San Honorato, en el sitio donde se ha abierto despues una calle que va á dar al mercado de los Jacobinos. Era muy grande, y el piso principal estaba ocupado por Mr. de la Chesnaye, su mujer, su hija y su hijo. Todos los pisos superiores estaban divididos en pequeños cuartos, y Gerónimo Turniquel habitaba el menor de todos. Lo que ya conoces de Mad. Turniquel no basta á hacerte conocer lo que era su marido. Gerónimo era albañil, veinte años tenia cuando Juana contaba treinta; habiendo nacido en la pobreza, habia empezado á vivir trabajando. Era huérfano y ya ganaba la subsistencia sirviendo á los albañiles cuando apenas tenia ocho años. Principios de probidad, innatos en él, porque ninguna educacion habia recibido, le habian preservado siempre del influjo del mal ejemplo. A los veinte años ya le confiaban sus maestros la direccion de trabajos importantes y le mostraban como ejemplo de aplicacion á los demas trabajadores. Aquella severidad que para consigo mismo mostraba Gerónimo, muy pocas veces la mostraba para con los demas, á menos que no se tratase de la exacta ejecucion de sus deberes. Gerónimo era una de esas naturalezas buenas, sencillas, cándidas, que se hieren á sí mismas cuando les es preciso herir á los demas; tal vez iba unido á la bondad de Gerónimo, no diré desden hácia su profesion, pues se entregaba á ella con ardor, pero sí cierto disgusto de hallarse en contacto contínuo con seres brutales, groseros é insolentes que por lo comun solo pueden ser dominados por la brutalidad y la insolencia. La ambicion de Gerónimo era llegar cuanto antes á una posicion que hiciese aquel contacto menos inmediato. No era esto orgullo, era delicadeza; no despreciaba á sus compañeros; sus compañeros le herian. Era una mano delicada y blanca precisada á estrechar otra mano ruda y encallecida cuyo contacto le lastimaba. En el cuartel de San Honorato todas las mujeres le llamaban el guapo Gerónimo. Y en efecto, Gerónimo era ver-

daderamente guapo, y su carácter retraido, triste y melancólico daba á su belleza una distincion cuya influencia no causaba envidia á las gentes de su clase, pero que tenia su espresion mas exacta en una sola palabra de los niños del cuartel que le llamaban *Mr*. Gerónimo.

Tenia veinte años, é inclinada su frente al trabajo, aun no habia alzado la vista para dirigirla á la hermosa esperanza que se forjaba en el porvenir, porque temia verla todavia muy lejos y perder el valor necesario para seguir en pos de ella. Gerónimo aun no habia amado ni soñado: era un hombre niño, hombre por el carácter y niño por el corazon. Un aviso del corregimiento del distrito vino á arrancarle de pronto de su preocupacion en el trabajo; se le anunciaba que le habia cabido la suerte de soldado. Gerónimo que habia alcanzado poco á poco una posicion, no del todo miserable, sabia mejor que nadie que las riquezas no se alcanzan de repente. No podia crearse ilusiones acerca de su porvenir militar, pues ni siquiera sabia leer, y ademas veia tras de sí un punto del que habia partido y del que se hallaba ya muy distante.

Doce años habia empleado en aquella jornada; entre aquel punto y él mediaba la distancia que separa al peon de el aparejador, y le era preciso emprender otra nueva jornada. Con todo su ánimo y su constancia se iba á colocar al nivel de los que habian pasado la vida en las tabernas y la holgazanería. Le era preciso ser soldado como ellos; Gerónimo no halló esto justo. Y además, así como hay naturalezas audaces y aventureras que saben abandonar una carrera para emprender otra, que reedifican valerosa y rápidamente una nueva fortuna sobre las ruinas de la antigua, hay tambien otras cuyo poder estriva únicamente en la paciencia, y que se creen incapaces de recobrar lo que un desastre les ha arrebatado. Así era Gerónimo, y la precision de ir soldado le causó una verdadera desesperacion. Esta desesperacion fué, segun su carácter, profunda y taciturna, y no estalló en imprecaciones como la de los hombres superficiales, ni se calmó, como la de estos, en algunos dias devorada por su propia violencia. Ninguno de sus compañeros adivinó lo que le pasaba, porque á ninguno de ellos se lo confesó. Gerónimo conocia demasiado que no le comprenderian. Solamente una mujer echó de ver que la melancolía habitual del albañil se habia trocado en desaliento; esta mujer era Juana Rigot, vendedora en la calle de San Honorato y avecindada en la misma casa que Gerónimo. La puerta de su cuarto daba frente á la del aparejador, y éste, cuando volvia á la noche de su trabajo, conversaba con Juana que le contaba sus ganancias de aquel dia. El albañil la habia prestado no pocas pequeñas sumas á fin de ayudarla en su tráfico diario, y no pocas veces habia preparado Juana á Gerónimo una taza de caldo cuando la salud del jóven, bastante débil, sucumbia á la perseverancia con que se entregaba á sus rudos trabajos. Es preciso decirte antes de todo que la vieja á quien has visto aquí ha sido lo que se llama una buena chica.

—Ya lo sé, dijo Luizzi; el postillon Periquillo que debe conocerle me ha hablado de ella.

—El postillon Periquillo ha mentido; la fatuidad, mi amo, no es privilegio de los grandes señores, aunque sea entre todos sus vicios el último que ha tomado de ellos el pueblo bajo. Juana era una hermosa jóven virtuosa auque interesada; el vicio, asi como tiene un espacioso asiento en la holgazaneria, carece de sitio en que colocarse en la laboriosidad. Las gentes trabajadoras se levantan á las cuatro de la mañana; estan todo el dia fuera de su casa, y cuando vuelven á ella es solo para descansar. Los deseos se agotan con las fatigas del cuerpo; nunca entre el laborioso Gerónimo y la activa Juana hubo un instante de esa turbacion de los sentidos que estravia á tantas personas en el mundo. No hablo de sueños de amor: Gerônimo era el único capaz de esperimentarlos; pero en caso de entregarse á ellos no los hubiera consagrado á una mocetona alegre y descarada. Sin embargo, aquellos dos seres se amaban; habia entre ellos un lazo comun. Este lazo consistia en probidad incorruptible. Juana era para Gerónimo la mujer mas honrada, y Gerónimo era para Juana el artesano mas arreglado, mas juicioso, mas atento, mas digno de una buena mujer.

Si la tristeza de Gerónimo solo se hubiera concretado á sus palabras, tal vez no la hubiera echado de ver Juana; pero hacia muchos dias que en vez de detenerse el albañil un instante al pasar por la puerta de la vendedora, en vez de dar las buenas noches amigablemente á todos los vecinos, cuyas puertas abiertas constantemente en el dilatado corredor dejaban ver la vida propia y contemplaban la agena, en lugar de esto, Gerónimo entraba á su cuarto sin decir una palabra, y sin contestar á los saludos con que se le acogia por todas partes.

Juana tomó una gran resolucion, una noche que le vió mas triste que nunca: asi que todo el mundo se hubo acostado, llamó á la puerta de Gerónimo, quien abrió admirado de que se le buscase á aquella hora; su admiracion creció cuando vió que quien habia llamado era Juana, á quien creia acostada hacia rato. La pobre jóven no se detuvo en la esplicacion del objeto de su visita: manifestó á Gerónimo que sospechando que hubiese perdido el poco dinero que poseia, le ofrecia sus miserables ahorros, á fin de sacarle del embarazo en que se hallaba. Esta era la primera prueba de *interés desinteresado* que Gerónimo recibia, porque la predileccion de sus maestros era debida á la superioridad de Gerónimo sobre sus compañeros. El pobre muchacho se enterneció hasta saltársele las lágrimas, pero desengañó á Juana y, concediéndola una confianza del todo nueva para él, le manifestó la verdadera causa de su tristeza.

La pobre jóven quedó á su vez desanimada y triste; la desgracia que amenazaba á Gerónimo era muy superior á lo que ella podia hacer para salvarle, y ambos se separaron sin esperanza de evitar tan temible golpe. A la

mañana siguiente, todo el corredor, toda la casa, todo el cuartel sabia la causa de la tristeza de Gerónimo. Unos se burlaban de aquel moceton que tenia miedo de ir soldado, y los otros compadecian á aquel escelente artesano que se veia precisado á abandonar su trabajo. Juana, atenta á cuanto se decia, hallaba en todo ello poco consuelo; pero una espresion de uno de sus vecinos la hizo reflexionar aun mas de lo que hasta entonces habia reflecsionado.

—Solo dos cosas podrian salvar á Gerónimo, dijo el vecino: una de ellas ser casado, pero no lo es; y la otra que una muchacha declarase estar embarazada de él y pidiese que se hiciese á su seductor casarse con ella.

Juana tomó su partido no bien oyó estas palabras: se decidió á declarar ante el magistrado que se hallaba embarazada de Gerónimo. Decirte que Juana comprendia en toda su estension el sacrificio de su honor, de su reputacion, sería suponerla sentimientos que no tenia.

Para Juana el paso que iba á dar era ir á engañar al gobierno, y para el pueblo el gobierno es un enemigo natural á quien se cree siempre con derecho á engañar; luego pensaba volver á contar á sus vecinos que se la habia pegado á las autoridades sin sospechar siquiera que pudiera hallar algun incrédulo cuando dijese que su embarazo era supuesto.

Salió de su casa una mañana temprano y fué al correjimiento; allì ante la municipalidad reunida, hizo su declaracion sin vergüenza, sin embarazo, y volvió llena de júbilo por lo que habia hecho reservándose sorprender á Gerónimo con tan buena nueva. Pasados algunos dias, recibió este un oficio del correjidor y, segun costumbre, buscó á un vecino para que se le leyera. La admiracion de uno y otro fué inmensa cuando vieron que el ayuntamiento preguntaba á Gerónimo si reconocia la veracidad de la declaracion hecha por Juana Rigot, invitándole en caso de ser cierta á casarse con su víctima. Gerónimo juró por todos los dioses que todo era falso, pero á los diez minutos todo el corredor sabia la gran nueva y se hablaba nada menos que de echar de la casa á Juana y á Gerónimo, y de bajar en masa á hablar al casero para que despidiese á aquellos dos inquilinos malos é hipócritas.

La mayor parte de los vecinos tenian hijas y creian que el mal ejemplo de Juana podia serles fatal. Aquel dia todas las puertas estuvieron cerradas: el corredor estaba de duelo. Llegada la noche, volvió Juana, alegre como siempre, cantando una cancion popular; luego manifestó en voz alta la estrañeza que la causaba ver en dia de trabajo toda la vecindad cerrada como si fuera dia de fiesta. Llamaba ya á unos, ya á otros, cuando Gerónimo se asomó á la puerta de su cuarto y la hizo una seña para que entrase. Mas de un ojo colocado á un ventanillo observó aquella visita, y la indignacion general subió de punto. Abriéronse quedo algunas puertas, se cambiaron algunas palabras furtivas de un lado á otro y se decidió bajar inmediatamente á hablar al casero. Un zapatero y un tejedor de medias dejaron el

mandil, se chapuzaron un poco las manos y bajaron en nombre de la comunidad.

En este tiempo, Gerónimo interrogaba á Juana acerca de las razones que la habian movido á dar el paso que habia dado, y Juana le contaba con la mayor sencillez que habia tratado de librarle de la quinta pegándosela al ayuntamiento. Entonces Gerónimo la hizo presente los terribles resultados de su imprudencia. Cólera é indignacion, y no dolor y desesperacion, fué lo que se apoderó del alma de la jóven que hablaba nada menos que de sacar los ojos á cuantos la calumniasen, cuando se oyó un gran murmullo en el corredor y se distinguió la voz del zapatero que decia:

—Sí, señor, sí, se han encerrado juntos.

En seguida llamaron á la puerta de Gerónimo, quien, temiendo aun mas la exaltacion de Juana que la irritacion de sus vecinos, se colocó en el umbral para impedir á la una la salida y á los otros la entrada. Mil acusaciones se oyeron en aquel instante, y todos, hombres, mujeres y niños, esclamaron dirigiéndose al casero:—Juana está en la alcoba! Juana está en la alcoba!

—Sí, lo está, dijo Gerónimo.

—Pues en ese caso, contestó el casero, ya conocereis que no podeis continuar en mi casa; en mi casa no puedo consentir semejante escándalo.

—Es su querida! es una bribona! es un tunante! La tiene preñada! esclamaron de todas partes. Que se le eche de aquí si no se casa con ella.

—Pues bien, me casaré, respondió Gerónimo, y desgraciado el que se atreva ahora á dirigirle el menor insulto!

Luego, volviéndose á Juana, la dijo:—Venid, Juana y no temais que se os insulte, porque sois ya mi mujer.

Así se casó Gerónimo, el bello jóven de corazon dulce y melancólico, con la mocetona alegre y brutal cuyos restos ves hoy. Ocho meses despues de este casamiento, como ya te he dicho, fué llevada Eugenia al corregimiento y matriculada en el registro civil, como hija de Gerónimo y Mad. Turniquel. Eugenia se crió bastante tiempo débil, descolorida y enfermiza. Ligera como una mariposa, burlaba cuantas veces podia la vigilancia de su madre, que castigaba brutalmente sus menores faltas infantiles. Verdaderamente arrostraba el castigo con una resolucion que irritaba sobre todas las cosas á aquella mujer brusca y violenta, cuya grosera naturaleza no podia comprender tanto valor en un cuerpo tan débil; pero, llegada la noche, Gerónimo, al volver del trabajo, si veia á su hija castigada en un rincon del cuarto, la decia con mucha dulzura volviendo á ella sus hermosos ojos tan dulces siempre y tan tristes: «Eugenia, es preciso que seas buena.» Y la niña se echaba á llorar y pedia humildemente perdon á su padre, no de haber obrado mal, sino de haberle causado un sentimiento.

Juana veia con despecho la sumision de la niña para con Gerónimo y su

rebeldia para con ella, y se vengaba maltratando cruelmente á la pobre criatura, tanto que Gerónimo tuvo que intervenir muchas veces para que la niña no sucumbiese al mal trato que recibia. A fin de que Juana tuviese menos ocasiones de irritarse con Eugenia, mandó esta á la maestra, y la niña hizo tan rápidos progresos, que su padre estaba hechizado. Pero Mad. Turniquel no podia apreciar una instruccion que ella no conocia, y cuya necesidad jamás habia sentido. Para ella, una niña pálida, enfermiza y débil, solo era una carga insoportable, y cuando uno de los ricos inquilinos de la casa encontraba á la niña por casualidad en la escalera y hablaba de ella á Juana, esta le respondia: — «No sé como yo he parido ese renacuajo.»

Gerónimo, al contrario, adoraba á su hija, y aunque todavia era pequeña, Eugenia llegó á ser su consuelo. Ambos, sin que el padre se atreviese á decírselo á la hija, ni la hija al padre, sufrian en silencio aquella tirania que caminaba á su lado con la palabra en la mano y el puño levantado. Eugenia era una niña bulliciosa que alborotaba la casa con sus chillidos cuando su padre estaba fuera, huyendo de su madre que la perseguia de piso en piso. Muchas veces se habia refugiado en casa del marqués de la Chesnaye, á quien divertia con su charla. Esta fué una de las circunstancias mas graves de su vida. Cuando las hijas de la casa veian á Eugenia en el recibimiento escondiéndose tras un criado mientras su madre echaba pestes en la escalera, la cogian y se entretenian en vestirla de mil maneras que la sentaban maravillosamente, pues tal era la gracia particular de aquel tierno cuerpo y de aquel dulce y candoroso rostro. Eugenia se divertia mucho en aquella ocupacion y gustaba infinito, no que la dijesen que era linda, sino que tenia aire de señorita; así era que se volvia á poner con sentimiento su ropa vasta y hecha sin gracia ninguna. Habia en ella una necesidad innata de elegancia que su charla contribuia á desarrollar mas y mas. Sin embargo, en cuanto su padre aparecia, lo abandonaba todo por él. Volvia á su pobre camaranchon y en vano pasaban las niñas de su edad por delante de su puerta diciéndola: — «Eugenia, vamos á jugar al jardin.» Eugenia permanecia al lado de su padre leyéndole un libro grave, un capítulo de historia romana, que ella no entendia pero que le gustaba leer porque veia que le gustaba á su padre. Entonces Gerónimo, colocándola sobre sus rodillas, estrechaba dulcemente sus piececitos y sus delicadas manos entre las suyas, y la decia en voz baja: — «Oh! no te casarás nunca con un trabajador, con un hombre rústico, porque te moririas, pobrecita, te moririas.» El sí que murió, él, desgraciado jóven, pobre corazon poético é ignorante que no sabia á quien confiar sus dolores y que se acusaba de ello algunas veces. Otros dias, se iba con su hija al campo, llevándola en sus brazos hasta los hermosos sitios que le agradaban, y allí la mostraba las galas de la naturaleza, y, santamente inspirado, la decia: «Mira que hermoso es esto; qué gusto da respirar y dormir aquí!» Y mecía á su hija sobre sus

rodillas y la niña no tardaba en quedarse dormida. Algunas veces despertaba por los ahogados sollozos de Gerónimo, y echándole los brazos al cuello le decia: «Pobre padre! pobre padre!» y él contestaba: «Pobre niña, pobre hija mia!» Luego se volvian juntos poco á poco, lo mas poco á poco que podian, y Gerónimo decia á su hija: «No digas á tu madre que hemos llorado.»

Sin embargo, fué preciso á Gerónimo ceder á la voluntad de su mujer, permitiéndola utilizar las pocas fuerzas de aquella niña inútil. Juana la encontraba bastante instruida, pero no bastante productiva. Púsose á Eugenia de aprendiza en casa de una costurera, y allí mostró igualmente una rara habilidad y una inteligencia no comun. Pero tambien allí la costumbre de ver ricas telas y elegantes trages la hizo cada vez mas odiosos los harapos con que su madre la ataviaba. El malestar de su naturaleza, en la vida miserable que llevaba, se manifestaba por las únicas cosas que á Eugenia eran asequibles, por un cuidado escesivo de su persona, por su afeccion á la delicadeza material, suponiendo que las del alma fuesen inteligibles para ella. Y no creas baron, que aquella niña tan maltratada por su madre hubiese sido inducida á revelarse contra esta. Mientras fué pequeñita, resistió instintivamente á la autoridad maternal la antipatía de su naturaleza, porque esta naturaleza era grosera; pero asi que su inteligencia se halló en estado de comprender la idea del deber, Gerónimo la hizo conocer cuan sagrado era el título de madre, y la manifestó la sumision y la obediencia que deseaba ver en ella, y Eugenia, llena de fé en las palabras de su padre, se prestó sin murmurar á aquella sumision.

Once años tenia Eugenia y nada anunciaba todavía que un dia llegaria á ser la mujer alta y hermosa á quien conoces; el término de su aprendizage se acercaba, pues tal era su amor á un trabajo en que sin cesar manejaba la seda, la muselina, finas batistas, cosas suaves y delicadas como ella. Otra niña de su casa, llamada Teresa, fué un dia á buscar á Eugenia llorando y diciendo que acababan de llevar á su padre herido. La niña se plantó de un salto en su casa, y al entrar en su miserable vivienda vió á Gerónimo tendido sobre el lecho, sin sentido y cubierto de sangre. Juana gritaba y lloraba, las vecinas andaban muy solícitas, pero nadie prestaba socorros útiles al pobre herido. Eugenia, que no lloraba, aquella niña que lloraba con tanta frecuencia, esclamó:

—Qué ha mandado el médico?

—No se ha encontrado ninguno en el barrio, se le contestó.

—Pues yo voy á buscar uno, dijo la niña con resolucion.

Y en seguida echa á correr, va de casa en casa preguntando por un médico, y así que le dan razon de uno, sube, llama, pregunta por él y le dice con voz breve é imperativa:

—Id, id en seguida á la calle de San Honorato, número tantos, que mi padre se está muriendo.

De este modo va á casa de tres ó cuatro médicos y no vuelve hasta hallarse segura de que irán. Este fué el primer acto de ese carácter firme, decidido y rápido que ha regido el destino de esa mujer, y del cual has podido



juzgar esta noche misma cuando Eugenia ha venido á decirte cara á cara lo que esperaba y pensaba de tí.

Eugenia volvió al lado de su padre para oir desauciar á éste por los mé-

dicos. Sin embargo, se dispuso hacer una sangria al herido. La niña tenia la palancana en que caia la sangre de su padre. Esta operacion solo sirvió para devolver el conocimiento á Gerónimo por algunos instantes. Buscó el albañil con los ojos á su hija, y viéndola junto á su lecho, la alargó la mano murmurando:

—Pobre niña!

En seguida se apoderó de él el delirio de la agonía, y murió balbuceando hasta exhalar el postrer suspiro:

—Pobre niña! pobre niña!

Juana habia amado á su marido como ella podia amarle, creyendo que era el mas dichoso de los hombres, porque ella valia cuando menos tanto como las mujeres de otros artesanos que vivian dichosos. Asi pues, cuando oyó la palabra fatal: «Ha muerto!» esperimentó una desesperacion tan violenta que tuvieron los vecinos que arrancarla de alli y encerrarla en su casa. Nadie se acordó de Eugenia, que no habia gritado, y que quedaba de rodillas junto al lecho del difunto. Llegada la noche, la pobre niña veló al lado del cadáver de su padre, sin que nadie se ocupara de ella.

Baron, tú nunca has visto morir á nadie; tú nunca has pasado las doce horas de una larga noche al lado de un lecho mortuorio; tú no sabes lo que es contemplar á la luz de una vacilante vela un rostro que, algunos momentos antes, sonreia amorosamente; mirar unos lábios inmóviles y helados que os decian: «Yo te amo!» asir con vuestra mano ardiente una mano helada que pocas horas antes se posaba sobre vuestra cabeza y os protegia; tú no sabes la inmensa enseñanza que reasumen esas pocas horas, la madurez y la reflexion que inculcan en el pensamiento, la resignacion que dan al alma. Oh! si á mí, á Satanás, me fuera permitido tratar de hacer los hombres buenos y santos, yo los mandaria á ver morir, los mandaria con frecuencia entretenerse con la muerte. A los once años no se conoce la vida, pero á cualquiera edad se conoce el sufrimiento, y Eugenia sufria. La palabra: Pobre niña! que su padre la decia en todos sus dolores, y que le habia dejado como su último adios, aquella palabra resonaba sin cesar á su oido. Como era tan pequeñita, se ponia de puntillas para ver el rostro dulce y sereno de su padre, esperando que aquella triste palabra: pobre niña! que pedia en otro tiempo por medio de una sonrisa, la diria aun que esperara; pero nada, nada la respondia. Oh! cuánto dolor causaba á la pobre niña esa inmovilidad de la muerte que en vano se trata de vencer; ese silencio de la muerte que dice sin voz: «Nada, nada, ya nada!» Luego, á través del reducido espacio que la separaba del cuarto donde se habia encerrado á Juana, oia los gemidos de su madre y los consuelos solícitos que se la prodigaban; y viéndose asi abandonada, sentia que la vida, como la muerte, la respondia: «Nada, nada, ya nada!» Entónces cubrió el rostro de su padre, se arrodilló y se puso á orar.

Luizzi escuchaba al Diablo con un singular y mudo asombro desde que empezó su relato; mas no pudo menos de murmurar algunas palabras en vista del tono solemne y triste con que el arcángel caido pronunció la última.

Satanás le dirigió una mirada siniestra y ardiente, y continuó:

—Oró, mi amo, oró y recobró la esperanza, porque Dios, no lo dudes, ha conservado la esperanza en su mano para repartirla á los que le ruegan. La niña oró y Dios derramó sobre ella una gota de ese rocío celeste de que yo estaré sediento por toda una eternidad, porque yo no ruego á Dios. No, no, yo tengo demasiado orgullo, mi amo, y nunca le rogaré; él me lo perdonará.

Si las intenciones humanas pueden hacer comprender lo que Satanás parecia esperimentar, diríase que parecia que desdeñaba la blasfemia contra el Eterno hablando del apoyo que daba á una débil criatura; diríase que trataba de engrandecerse demostrando que la persistencia de su rebeldia no era una necesidad impuesta por Dios, y si un efecto de su implacable voluntad de rey del mal; diríase en fin, que solo glorificaba tan altamente la bondad del Eterno para vanagloriarse mas de la infinita ofensa que le oponia: Luego continuó :

—La niña salió de aquella cámara mortuoria tan previsora y séria como ligera y risueña habia entrado. Por lo demas, ninguna de las lecciones de la muerte la faltaban: despues de haber visto á la vida apartarse de aquel cuerpo, vió á este cuerpo apartarse de la habitacion, y despues de haber quedado sola con un cadáver, quedó sola con nada. No se permitió á Juana volver á su cuarto durante algunos dias, y Juana no preguntó por su hija Eugenia; así que se vió sola, enteramente sola, tuvo miedo, lloró y salió del cuarto. Qué acogida halló en la vecindad! No pocas miradas la seguian con mas curiosidad que interés, oyó cuchicheos á su paso, y por último algunos niños mas crueles ó mas compasivos que sus parientes, la dijeron :

—Pobre Eugenia, con que es cierto que te van á llevar?

Esta palabra espantó á Eugenia y la recordó una circunstancia en la cual no habia parado hasta entonces la atencion. Su padre tenia una caja cuya llave guardaba siempre, y con mucha frecuencia la habia dicho: «Mira, ves esta caja? pues hay en ella un secreto que te concierne y que tal vez te revele yo algun dia.» En su primer movimiento de terror quiso apoderarse de aquella cajita como si debiese protejerla cuanto habia pertenecido á su padre. Entró en el cuarto que acababa de dejar y encontró allí ya á su madre que tenia en la mano la caja cuyo contenido, que consistia en un legajo de papeles, habia echado al fuego. Por una especie de intuicion desconocida, comprendió Eugenia que se la arrebataba alguna cosa, que se la quitaba su última esperanza, y esclamó dirigiéndose á su madre:

—Esa caja es mia, lo que hay dentro es mio

—Aquí no hay nada tuyo, le respondió su madre rechazándola con violencia; aqui no hay nada tuyo, ni aun el pan que comes, porque no lo ganas.

—No he comido desde que murió mi padre, replicó la niña con arrogancia; no comeré el pan que vos me deis, madre mia.

Hé aquí como se hallaban aquella madre y aquella hija despues de la muerte del marido de la una y del padre de la otra.

Juana salió un momento despues, porque era preciso pensar en las necesidades del hoy y del mañana. Tal es la desgracia de los pobres que ni aun tienen tiempo para reponerse de ella. Juana dejó á su hija el cuidado de arreglar el cuarto en que Gerónimo habia muerto.

Si llega á pertenecerte Eugenia, y ves suspendida á su cuello una bolsita, no se la arranques creyéndola el impío recuerdo de su primer amante, pues esa bolsa encierra un pedacito de sábana en que hay una gota de sangre de Gerónimo; es la única reliquia de aquella noble vida; es lo único á que esa mujer puede dirigir su adoracion á su padre; es su culto, el culto mas santo despues del que yo he renunciado.

La orgullosa respuesta de la niña á su madre no habia sido una palabra vana. Eugenia salió de casa; á su vez fué á ver á la costurera para quien trabajaba, y la pidió un salario por lo que pudiera hacer durante las horas que tenia libres. La niña, cuyos dias estaban ya empeñados, vendió sus noches y volvió á casa pudiendo decir á su madre: «Ya gano el pan que como.»

Pero no tardó en tener que ganar, no solo para ella, sino tambien para su madre, á quien Gerónimo habia hecho abandonar su tráfico de vendedora y que halló su puesto ocupado y perdidos los parroquianos cuando quiso emprender aquel de nuevo. No creas que Eugenia disponia del dinero que ganaba, pues lo entregaba á su madre; su madre le partia todas las mañanas una revanada de pan, y, dándola un sueldo, la decia: «Anda, vete á trabajar.» No te rias, mi amo, no te rias, orgulloso millonario que tocas ya la miseria: puedes saber muy pronto lo que vale un sueldo: un sueldo para el placer es nada; un sueldo para la necesidad es un tesoro.

Llegada la noche, la pobre niña que casi siempre volvia la primera, ponia la mesa y preparaba la frugal cena; despues de cenar volvia á la labor y pasaba las noches á la luz de una miserable vela. Las primeras noches fueron crueles, debes creerme: tuvo que hacer el trage de luto de su madre y el suyo.

Sin embargo, esto fué para ella una circunstancia muy grave, y hé aqui por qué. Disponia por primera vez de la tela de que habia de vestirse, y como su ódio instintivo á las formas desgraciadas se hallase en campo libre, hizo su trage á la moda mas reciente y elegante. No pienses que lo hizo aturdidamente por vanidad imprevisora; Eugenia sabia demasiado bien que

iba á escitar las rústicas maneras de Juana; preveia que iba á ser maltratada y lo fué; pero tambien estaba hermosa; se murmuró á su alrededor que no parecia hecha para trabajadora, pero como su trage guardase armonia con sus sentimiento se halló contenta.

—Ah! conozco que eres apasionado á esa mujer, dijo Luizzi: esa mujer es el orgullo en su mas baja escala.

—El orgullo nunca es bajo, mi amo; solo la vanidad se arrastra en el fango, cualquiera que sea la altura donde radique.

Luizzi aceptó sin réplica la injuria de Satanás é hizo á este una seña para que continuase. El Diablo continuó:





II.

Pobre jóven.



BARON, ya te he dicho, que la niña habia concluido para comenzar la jóven. Permite ahora que te esplique lo que es la vida de una jóven semejante. Indudablemente es el trabajo, pero es tambien la libertad. Juana y Eugenia salian de casa á las seis de la mañana; la madre, mujer del pueblo, siempre dura y grosera, pero siempre honrada y laboriosa, para sacar mal ó bien algunas utilidades de su antiguo tráfico; la jóven, para ir á su obrador, hallando en ese orgullo que tú condenas fuerzas para cumplir sus deberes. Conoces ahora que es preciso en esa vida confiada á sí misma alguna virtud para resistir á todas las seducciones que pueden rodearla? En efecto, no hay en torno de ella como en torno de la existencia de vuestras jóvenes la vigilancia siempre presente de una madre, y ni aun los obstáculos materiales de vuestra sociedad, que no dejan, á lo que se llama una señorita, una hora para entregarse á los transportes de una conversacion que nadie escucha ni vigila. Conoces ya que esa virtud debe ser muy grande, no solo para resistir á esa libertad, sino tambien por el inmenso

campo que tiene la seduccion para desplegarse delante de ella? Vosotros, cuando seducis vuestras mujeres, ó mas bien cuando ellas se dejan seducir, no necesitais mostrarles ese infernal paraiso de la riqueza y del lujo que ellas habitan como vosotros. Cuando se estravian, no tienen mas escusa que su sed de amor. Pero esas pobres jóvenes que se encuentran á la puerta de ese hermoso jardin de frutas de oro que ven y no pueden gustar, esas pobres jóvenes, repito, tienen que rechazar tentaciones mas tenaces; vuestras mujeres se pierden en los palacios y en los frescos jardines á donde arrastran su ociosidad; las jóvenes pobres se pierden tambien algunas veces; pero es porque el camino que recorren les hiere los pies, y porque el peso de su miseria las abruma. Vosotros os creeis ricos de juventud y de esperanzas porque teneis en abundancia el oro, y vosotros sois los verdaderos pobres de esa única y verdadera riqueza del hombre, porque vuestros sueños solo pueden ir un paso mas allá de vosotros, en tanto que los sueños de los que nada poseen tienen inmensos espacios que recorrer. Los hermosos castillos en el aire que tanto agradan á la juventud no se forman en los hermosos salones; una noble jóven no se halla entregada á todos los deseos atáviada con un rico trage de seda. Bajo un trage de percal es donde se agitan todos los deseos; en un obrador poblado de jóvenes pobres, es donde se crean las esperanzas mas risueñas, los amantes mas bellos, los ricos aderezos, los placeres dorados, los inesperados triunfos; allí es donde está casi toda la felicidad de la juventud, la esperanza. No conoces por último, que cuando se halla en esta posicion comun á todas las hijas del pueblo una jóven á quien la naturaleza ha dado, aun mas que el deseo, la necesidad de una vida de distincion, y esa jóven añade á la vulgaridad de esos sueños el sueño de las conversaciones nobles, de las ocupaciones elevadas, de los placeres delicados del pensamiento, de los triunfos del talento, necesita una gran virtud para no comprar todo esto por una falta que se la dice es la felicidad? Y no te hablo del amor, que es la escusa de los estravíos de vuestras mujeres, que sin él no encontrarian ninguna.

Eugenia era la jóven de quien acabo de hablar; diez y siete años tenia, cuando el suceso que voy á contar cambió en desgracia activa, el sufrímiento pasivo y resignado de su alma.

Era muy hermosa entonces, su débil y enfermiza naturaleza se habia desarrollado de repente; su talle era flexible y delgado como el árbol plantado á la sombra, que se apresura á elevarse para que le dé el sol. La blancura de su rostro probaba sin embargo que las fuerzas vivas de aquel hermoso cuerpo se habian desarrollado tan pronto como el talle y Eugenia, que habia sido una niña raquítica, era una jóven alta y delgada.

En la época á que me refiero, se hallaba en casa de Mad. Gilet, que era una de las mas célebres costureras de Paris y que vivia en la calle de San Honorato. Sus obradores se hallaban á la parte izquierda de un patio, á cu-

ya derecha vivia Mr. de Souvray, obispo sin obispado, que despues de haber vegetado largo tiempo en Inglaterra, habia vuelto á Francia atenido á la pension concedida por Bonaparte á los eclesiásticos cesantes. Eugenia habia elegido una amiga en los obradores de Mad. Gilet: esta amiga era Teresa, con quien habia jugado cuando era niña y feliz, y que la agradaba por su aire de distincion en el trage y las maneras. Por esto agradaba á Eugenia, que se hallaba mas que nunca entregada á aquella necesidad de elegancia innata en ella, y su amistad solo estaba sostenida por este frívolo lazo, por ser las dos las mas bellas y las mejor puestas del obrador. Las relaciones de vecindad habian, introducido á ambas jóvenes en casa de Mr. de Souvray.

Estas relaciones de un hombre como el anciano obispo, con dos jóvenes colocadas á tanta distancia de él, eran debidas á la mediacion de cierta Mad. Bodin, ama de gobierno del obispo. Era una mujer de treinta años poco mas ó menos, su hermosura habia escitado ciertas sospechas, de que veo participas á juzgar por tu sonrisa. Sin embargo aquellas sospechas eran infundadas, porque si Mr. de Souvray estaba adherido á aquella mujer, era porque le servia con celo y desinterés, y si le gustaba oir á las dos jóvenes, era porque los ancianos encuentran un placer infinito en ver deslizarse sobre sus ideas agostadas las palabras sonrosadas de la juventud. Algunos ancianos, gentiles hombres de la casa de Luis XVI, eran los únicos que componian la tertulia de Mr. de Souvray, y el único jóven que Eugenia habia visto allí, era un tal Mr. de Mednitz subteniente de marina y sobrino del obispo, cuya casa habia habitado durante los primeros meses del año de 1813.

Un dia, dia terrible para todo un pueblo y mas aun para Eugenia, tronaba el cañon al rededor de Paris y la ciudad temblaba ante la idea de ver precipitarse de repente en sus calles aquellas nubes de enemigos allegados hacia tantos años contra la Francia, desde todos los confines de Europa. Hablo del 30 de marzo de 1814. Lo que mas aterrorizaba á Paris eran aquellas bárbaras hordas de cosacos, cuya ferocidad habia regado de sangre los campos. Todos temblaban y sin embargo en el centro de Paris, las jóvenes costureras de Mad. Gilet, reunidas como de costumbre, hacian elegantes camisolas de batista, trasparentes manteletas de gasa, asustándose y riéndose al mismo tiempo al lado de aquel imperio que se derrumbaba. Eran las diez cuando Mad. Bodin entró de repente en el obrador, y dijo á Eugenia que venia á hablar con ella. La jóven la siguió y Mad. Bodin con los labios apretados, el rostro pálido, y conteniendo con dificultad los dolores mas atroces, le dijo: — Eugenia, llévame á tu casa al instante; tu madre está fuera, no es verdad?

—Sí, contestó Eugenia; pero qué quereis?

—Ya te lo diré, Eugenia; vamos, vamos pronto.

La pobre jóven, llena de admiracion, llevó á su casa á Mad. Bodin, que

apenas podia moverse y que, no bien llegaron al cuarto de Eugenia, cayó sobre una silla esclamando :

—Sálvame, hija mia! sálvame! estoy con los dolores del parto.

—Aquí! dijo Eugenia retrocediendo.

—Sí, sí, aquí ó en la calle, porque Mr. de Souvray, á quien he dicho esta mañana que estaba embarazada, me ha echado de su casa.

—Embarazada! murmuró Eugenia.

—Sí; me ha engañado su sobrino, su sobrino que debia volver á Paris y me ha abandonado.

Antes que Eugenia tuviese tiempo de contestar, se hicieron tan vivos y tan atroces los dolores del parto, que Mad. Bodin despedazaba con los dientes las sábanas de la cama en que se habia acostado.

Eugenia corria por el cuarto esclamando:

—Qué he de hacer, Dios mio, qué he de hacer!

—Oh! calla, calla, la dijo Mad. Bodin; calla, no pierdas tiempo; yo tengo bastante valor para no gritar y sufro los dolores del infierno. Vete á buscar mi médico que está ya prevenido, vete.

Eugenia solo vió una mujer que iba á morirse y corrió por el comadron, con el que volvió á pocos instantes.

—Mi amo, continuó el Diablo mirando á Luizzi con aire tristemente burlon; vuestras hermanas y vuestras hijas no presencian tan horribles espectáculos, no poseen semejantes secretos; para ellas la vida está cubierta con un velo que no se descorre, ó al menos que no debe descorrerse hasta la noche de bodas. No sucede así con las pobres; siempre tienen ocasion de saberlo todo, y la primera vez que Eugenia salió de su ignorancia de niña, fué asistiendo á un parto, recibiendo en sus manos un hijo ilegítimo y ocultando la deshonra de una mujer á quien apenas conocia.

Mad. Bodin salió pronto y con felicidad de tan terrible paso. En tanto que el facultativo la prestaba los últimos cuidados, Eugenia fué á casa de Mr. de Souvray y manifestó al anciano lo que se habia visto precisada á hacer. El obispo la escuchó sin comprender, ó sin querer comprender la heróica abnegacion de aquella niña, y la respondió con frialdad :

—Eso es cuanto yo deseaba. El parto no podia verificarse en mi casa; me hubiera comprometido, debeis conocerlo, Eugenia, sobre todo cuando la vuelta de los Borbones me da la esperanza de recobrar el puesto de que se me privó. Bastaban para perderme las murmuraciones que eso hubiera originado.

—No te admira, baron, la flema de aquel hombre que cifraba su fortuna en la caida de un imperio y temia las murmuraciones de sus vecinos? Y todo á los setenta años, cuando apenas conservaba fuerzas para ponerse la mitra y para llevar el báculo pastoral!

Luego, de que hubo mostrado todo el egoismo de su seguridad, olvidan-

do que lo que podia arrebatarle cuando mas un resto de ambicion de anciano podia perder el vasto porvenir de una jóven existencia, prometió tomar las últimas precauciones para ocultar el recien nacido.

Así que fué bastante de noche para salir sin ser vistos de casa de Eugenia, la inocente jóven y el médico salieron juntos; la jóven sacaba bajo su chal el niño, cuyos vajidos procuraba contener, y como encontrara á su madre á oscuras en las escaleras, la dijo para escusar su salida.—Madama Bodin ha venido y ha sido acometida de un flujo de sangre; ha sido preciso sangrarla, y ahora voy á avisar á Mr. de Souvray y á buscar un carruaje para llevarla á su casa.

El obispo esperaba á la puerta de la casa al médico y á Eugenia, y los tres fueron á S. Roque, el ministro y la jóven á presentar á Dios el hijo del crímen y á pedirle caridad y esperanza para él. Mejor hubieran hecho en pedirlas para ellos, sobre todo para Eugenia, que ignoraba que acaba de manchar su honra con la falta de otra mujer.

Pasaron algunos dias durante los cuales Eugenia notó que los vecinos la dirigian estrañas miradas, examinando su andar, su talle y su rostro. Pero andaba tan lista, arreglaba su cuarto cantando tan alegremente, que desaparecieron las sospechas ó al menos dejaron de manifestarse. La sospecha, mi ama, es como el cadáver que se lanza á un estanque; difícil es que las ondas le rechacen; desciende algunas veces hasta el fondo y se oculta entre el cieno, pero siempre está bajo el agua. Si un mal viento agita el agua, el cadáver vuelve á aparecer en la superficie, pero entonces está impregnado de légamo y de cieno.

Eugenia ignoraba esto, y como los vecinos volvieron á mirarla como antes solian hacerlo, creyó que la esplicacion que ella habia dado al ruido que oyeron en su casa habia sido admitida. Teresa únicamente comprendió y adivinó la verdad. Pero en vano apuró á Eugenia para que la diese el derecho de dirigir irónicas alusiones á Mad. Bodin, cuyo aire de mujer honrada la disgustaba. Eugenia habia jurado callar y poseia todos los géneros de probidad, hasta la del juramento.

Algunos dias despues de lo que acabo de decirte, y durante esas hermosas horas de medio dia que el último tercio de abril proporciona algunas veces al campo, despues de salir de misa fueron Eugenia y Teresa á dar un paseo por las Tullerias. Así que dieron una vuelta por los jardines, echaron de ver que eran seguidas por dos ingleses de aquellos que la invasion habia lanzado á Francia en aquella época. Esto basta para decirte cuán odiosos debian ser á aquellas hijas del pueblo, acostumbradas á amar el imperio por esa simpatía instintiva hacia lo grande que es propiedad de las masas, porque las masas son grandes. Aquellos dos hombres les parecieron aun mas que odiosos, les parecieron ridículos.

Vosotros los hombres, y particularmente vosotros los franceses, desde

luego poseis la cualidad mas miserable del mundo: la de apasionaros á las modas, la de entusiasmaros por la menor cosa nueva ó renovada que un impertinente propone á vuestra admiracion.

A continuacion de esta facultad miserable, teneis la mas deshonrosa para la humanidad, la de despreciar profundamente lo que mas profundamente habeis amado. Y todo en el espacio de pocos años, de pocos meses, de pocas semanas. A estas dos facultades añadis una disposicion que parece inconciliable con ellas, es decir, la inteligencia de todo lo que no procede de vosotros mismos, y un desden soberbio que os conduce á burlaros estúpidamente de lo que no conoceis. Diríase que teneis dos grandes vicios en vuestro talento; diríase que vuestro talento es demasiado pequeño para abrigar á la vez dos admiraciones, y demasiado obtuso para entrar rápidamente en lo vivo de las cosas; y sin embargo pasais por el pueblo de mas talento, lo que no deja de ser cierto. Esplícame esto, si puedes; quizá te revelaré un dia su secreto.

En la época de que hablo, nada, os parecia tan ridículo como un inglés, y todo por la única razon de que no estaba afeitado, vestido y calzado como vosotros. Pudiera comprenderse esto tratándose de un pueblo oriental á quien la magnificencia de sus trages hace despreciar el trage europeo, que parece inventado para afectar pobreza; pero vosotros que gastais levitas hiperbólicas, frac de cola de pichon y picos hasta las orejas, es preciso que seais tan vanos como lo sois, para despreciar el ajustado frac y la presencia regular del inglés.

Lo cierto es que nuestras jóvenes viendo que los ingleses las seguian, no se opusieron á ello en lugar de advertirles como hubieran hecho con franceses, que su persecucion era inútil. Se les presentaba ocasion durante un largo paseo, de burlarse de ellos, de examinarlos, de reirse de aquellos odiosos *insulares* tan feos y tan ridículos, que llevaban su grosera y necia presuncion al estremo de creer que no necesitaban mas que presentarse para infundir á las francesas una repentina pasion.

Esto mismo acaso habrá sucedido á mil mujeres; pero semejante encuentro y tal diversion no habrán tenido iguales consecuencias. Preciso era un estraño concurso de circunstancias para que aquel encuentro tuviese tan graves resultados para una de las jóvenes. Escucha y trata de comprender lo inverosimil que á mí, al Diablo, me es permitido decirte para que te diga lo verdadero. Además de las circunstancias que tengo que contarte, es preciso que sepas que uno de los hombres á quienes se dirigian aquellas burlas era uno de esos seres que cuando desean una cosa, trabajan para conseguirla con un ardor y un ahinco admirables; era un hombre vanidoso, egoista y corrompido. Era uno de esos ociosos que escojen en un mal libro la vida que han de seguir, y que dedican á ella todas sus facultades. Arturo Ludney habia tomado por modelo á los veinte años á Lovelace. Pero no creas que á

ese Lovelace que pasando de original á traduccion, de traduccion á imitacion, ha venido á ser una especie de necio becerro que se hace adorar columpiando su fatuidad delante de las mujeres. Arturo habia acudido al original; era el verdadero Lovelace inglés, es decir, el deseo ardiente, sediento y perseverante; luego, el desprecio completo, seco, frio, implacable, despues de satisfecho el deseo; y esto no con frivolidades, con gracias, con flores, como hacen vuestros seductores en su mayor parte, sino con calma y perseverancia, consagrando todo su talento á la seduccion de una mujer como se pudiera consagrar al logro de las mayores riquezas.

Tú ya conoces á ese gallardo D.... de la embajada inglesa, que con la misma gravedad se acerca á un sastre que á un diplomático, que discute el boton de un chaleco con el mismo cuidado que un artículo de un tratado, y que, no fiándose de nadie en las cosas difíciles, redacta por sí mismo los despachos diplomáticos mas importantes y corta sus pantalones. Ya que has visto hasta donde puede llevar un hombre distinguido su amor á la elegancia, con facilidad puedes comprender hasta donde puede llevar un hombre perseverante sus pretensiones de Lovelace. Ademas, el Lovelace es un tipo inglés que vosotros no teneis, un tipo demasiado absoluto para vosotros, y sobre todo demasiado malo y paciente. Tal era uno de los hombres que se habian dedicado á perseguir á aquellas jóvenes y que, irritado como *Lovelace*, como inglés, como gran señor, de que unas niñas, unas francesas, unas hijas del pueblo no se hubiesen prendado de su hermosura, juró castigar no á una de ellas, sino á todas tres.

Parecia, no obstante, que Eugenia debia haberse librado de la persecucion y la venganza de aquel hombre: al salir de las Tullerías dejó á Teresa y á Deseada para volver á casa, y despues de vacilar un momento, los dos ingleses continuaron tras de las dos amigas. A la mañana siguiente se celebraba en el obrador de Mad. Gilet la ocurrencia de la víspera, y todas reian al oir á Teresa que, remedando al inglés, decia:

—Ooooh! que señorritas tan bellas! Ooooh! que herrrmoso talle! Ooooh! mucho, mucho hermoso!

Eugenia era felicitada porque aquellos detestables ingleses la habian desdeñado, cuando Teresa replicó:

—Detestables! tanto como eso no. Lo que es uno de ellos era hermoso como el amor. Figuraos un jóven de veinte años lo mas, con ojos negros y pelo largo y tambien negro, y unos dientes como perlas.

—Entonces no era inglés, dijeron todas á una voz; los ingleses son todos rubios.

—Era inglés; él así me lo dijo.

—Toma! conque le hablásteis?

—Sí, contestó Teresa; en cuanto Eugenia nos dejó, porque ya sabeis que es muy mogigata; en cuanto la mira un hombre no parece sino que la quita

algo. Les hablamos para divertirnos. El uno se llamaba Back, como la calle del Bac, bien me acuerdo, es el feo. El otro se llama Arturo.... el apellido es así.... un apellido inglés, no me acuerdo cómo. Es hijo de un lord muy rico.

—Y qué os dijeron?

—Bah! contestó Teresa poniéndose delante los volantes de un vestido que estaba acabando para ver que gracia sacaban; tonterías de ingleses; que nos regalarian chales y carruages si queriamos adorarlos. Es decir, quien decia eso era el feo; lo que es el otro es muy sentimental y no hacia mas que repetir:—Oooh! oooh! yo amaria mucho á vosotras, mucho, si voos querreis amar un poco á mí.

—Y os siguieron mucho? preguntó Eugenia.

—Sí, hasta casa de Deseada.

—Y despues que quedaste sola?...

Teresa se puso colorada y respondió recogiendo el vestido y yéndose con él:

—Ya no estaban allí.

Aquel encuentro no habia dejado recuerdo alguno en la imaginacion de Eugenia, tanto que al domingo siguiente no se acordaba ya de los ingleses Fué á misa segun costumbre, y cuando se disponia á salir de la iglesia, vió al bello jóven colocado junto á una columna en ademan de observarla. La audacia de la mirada de aquel hombre la hubiera ofendido en cualquier otro sitio; en la iglesia le pareció una sacrílega insolencia, y se alejó con precipitacion. Pero al bajar las gradas de S. Roque notó que el inglés la seguia, é impulsada por un movimiento de espanto corrió á su casa. Sin embargo, al acercarse á esta, reflexionó que entrar seria manifestar su habitacion á aquel desconocido, y volviendo atras se metió en una perfumeria.

Escucha bien todas estas pueriles circunstancias, mi amo, porque ellas te harán comprender lo que voy á contarte. El perfumista, al ver entrar á Eugenia tan alarmada, á Eugenia, á quien conocia como vecina del barrio, la preguntó qué la pasaba. La jóven le manifestó, asi como á su mujer, la persecucion del inglés, y el perfumista indignado, dijo con fanfarroneria:

—Bueno! bueno! vereis como yo os salvo; pero enseñádmele.

—Es ese que está mirando por los cristales de la tienda.

El perfumista abrió la vidriera y el inglés le miró. Aquella mirada era tan amenazadora y despreciativa, que el buen hombre se detuvo, y en lugar de dirigirse á Arturo, se puso á cantar con aire de indiferencia en el umbral de la puerta, y pasado un instante, se volvió dentro.

—Vamos, le dijo su mujer, y es eso todo lo que has dicho á ese títere de inglés?

—Toma, contestó el marido, cómo quieres que le mande seguir adelan-

te si se para á mirar las muestras? Está en su derecho; la calle es de todos.

—Anda, embustero, lo que te detiene es el miedo. Está bueno que esos canallas vengan á insultarnos en nuestra propia casa! Verás como yo le doy pasaporte.

—Dejadle, dejadle, dijo Eugenia; esperaré que se marche.

—Si, vereis como se planta ahí como un guarda-canton; pero nada temas hija mia, que él se marchará. La tendera salió á su vez, á la puerta, y el inglés se acercó á ella, y antes que la buena mujer pudiese desplegar los labios, la saludó, y mostrando con el dedo un pomito, la dijo: Cuánto valo?

Era cosa de un escudo; pero la perfumista le respondió irritada:

—Cuarenta francos, caballero.

—Dádmele, dijo el inglés entrando en la tienda y sacando la bolsa.

La tendera, llena de admiracion, abrió el escaparate y sacando el pomo se le dió á Arturo, que le pagó sin cesar de mirar á Eugenia que se habia retirado á lo mas recóndito de la tienda.

—Bien, bien, dijo el inglés en voz alta; volveré á comprar otras cosas.

Y se marchó, y Eugenia conoció en la poca solicitud con que se continuaba protegiéndola, que no se queria esponer á perder por ella tan buen parroquiano. Un pensamiento la ocupaba sobre todo, y era que la mirada de aquel hombre que la habia causado miedo se le habia causado tambien á un hombre, y entonces se sobrecogió de espanto al considerar que podia volver á encontrarle. Aquel desconocido se convirtió para ella en un ser temible. Pensó tambien en el abandono en que vivia, sin padre, ni hermanos, ni parientes que se ocupasen de ella. Justamente en aquella época su tio Rigot, no queriendo permanecer en Francia despues de la caida de su emperador, comenzó á hablarla de sus intenciones de embarcarse á fin de probar fortuna. Sin embargo, no realizó su proyecto hasta despues de los sucesos de 1815.

Eugenia salió de la perfumería firmemente decidida á burlar la persecucion del inglés, y al efecto, en lugar de ir á su casa, se fué á la de Mad. Gilet. Arturo volvió sin seguirla, y no dejó la calle hasta haber pasado dos ó tres horas de espera. Eugenia fué entonces á su casa.

Hace largo rato que no te hablo de Mad. Turniquel, y tal vez te imagines que aquella mujer, apreciando en lo justo el valor de Eugenia, dejaba á esta cuando menos el reposo de su laboriosa existencia. Hé aquí lo que pasaba. No bien llegó Eugenia á la entrada del corredor, se precipitó á ella su madre esclamando:

—De dónde vienes? bribona! holgazana! etc. etc. No te repito sus verdaderas palabras, baron, porque si, como me has amenazado, publicas estas conferencias, te serán inútiles; no te atreverias á darlas á la prensa. Eugenia quiso responder para justificarse; pero aun no habia pronunciado dos palabras cuando recibió un par de bofetones. Yo designo las cosas por su

nombre. Y si aquella no era la primera vez que tal escena se veia, no era aquella la primera vez que la pobre jóven se veia así maltratada. Eugenia entregaba á su madre todo el fruto de su trabajo diario; su madre sabia cuanto era, y no habia medio de sustraer la parte mas mínima.



De vuelta á su casa, Eugenia trabajaba aun hasta la hora de acostarse. Juana habia calculado lo que este trabajo podia reportar y habia dicho:

ya que puedes ganarte diez sueldos por la noche, es preciso que me los entregues. Pero Eugenia era aficionada á vestir bien, y cuando su madre se entregaba á su rudo sueño, la jóven se levantaba, volvia á trabajar y reunia lentamente el salario de sus noches despues de dar á Juana el de sus dias; y todo esto era por un capricho, por tener una hermosa manteleta de seda como las que se llevaban en aquella época. Pasadas muchas noches de trabajo, al fin pudo hacérsela. Un dia la tomó en la mano y entró al cuarto de su madre para recibir el castigo de su culpa. Aquella fué lucha entre hija y madre; no debes tú comprenderla porque esa lucha se manifiesta por detalles demasiado vulgares para el conocimiento que tú tienes de la vida. Era la lucha del rencor envidioso del pueblo contra todo lo que puede desdeñar sus groseras costumbres y del disgusto insoportable que esperimenta una naturaleza delicada hácia las costumbres groseras. La rabia que Juana esperimentaba era tanto mas viva cuanto que era su hija quien la insultaba incesantemente por el desprecio con que parecia mirar la clase en que habia nacido. Debo confesarte que ambas luchaban con una obstinacion singular. Así pues, cuando Eugenia se presentó con la manteleta en la mano y hubo confesado á su madre que era suya, Juana quedó estupefacta en vista de tanta audacia; quiso arrancar aquella prenda á Eugenia, y como esta la echara á su cuarto, Juana la maltrató y ella se dejó maltratar porque habia calculado que aquella manteleta le costaria no solo treinta noches de trabajo, sino tambien las violencias de su madre; pero cuando Juana habló de rasgar la manteleta, Eugenia la defendió; colocóse delante de la puerta y dijo que seria preciso matarla para arrancársela.

Estas violencias, baron, tenian lugar todos los dias, y hasta la que acabo de citar solo habian producido lágrimas que la juventud enjuga con facilidad. Alarmada Eugenia aquel dia con la persecucion de aquel desconocido, volvia con un pensamiento piadoso y bueno; volvia al lado de su madre con ánimo de confiarla sus temores y pedirla que la acompañase y la fuese á buscar al obrador durante algunos dias; volvia con la seguridad de que su madre agradecería aquella disposicion, y hé aquí que es recibida con injurias y violencias. De tal modo se indignó que rechazó á su madre y la dijo:

—Cuidado, madre mia, cuidado que me vais á impeler al mal!

—Con que me amenazas! infeliz; me amenazas!

Y Juana, irritada por una resistencia que nunca habia encontrado, se arrojó sobre Eugenia, á quien los vecinos arrancaron de sus manos en tanto que Juana alborotaba la casa dirigiendo á su hija las invectivas mas vergonzosas.

—Mató á pesadumbres á Gerónimo y va tambien á matar á su hija, dijo uno de los vecinos al oido de Eugenia.

Y por primera vez la niña se preguntó á sí misma si debia á su madre mas que el haberla concebido.

—Esa mujer era un mónstruo! esclamó Luizzi.

—No, mi amo, no. Si Juana hubiera tenido una hija como ella no la hubiera maltratado con tanta frecuencia, pôrque aquella hija se hubiera amoldado â sus costumbres. Pero el mundo está tan bien moralizado, que lo que en la clase alta es una cualidad recomendable, es un defecto en la clase baja; que lo que vosotros deseais en vuestros hijos, lo reprende el pueblo á los suyos; que en vuestra clase se vitupera á la mujer que descuida su tocado y entre el pueblo se vitupera á la mujer que se compone. Por otra parte, si Juana hubiera golpeado á una hija que se la pareciese, esta hubiera sufrido solo en el cuerpo. Juana habia sido educada así; esto habia producido una mujer honrada, porque lo era, y los palos no la habian roto brazo ni pierna; creia pues que su hija debia ser tratada como ella lo habia sido.

Aquel dia, despues que se la hubo reprendido por los vecinos, prometió á estos no hacer nada á Eugenia cuando volviese á casa.

Eugenia volvió, y su madre la recibió con nuevas injurias. Despues de haberla hartado de insultos, la dijo:

—Pídeme perdon!

—De qué? de que me hayais maltratado?

—Pídeme perdon!

—De no poder trabajar en ocho dias?

—Pídeme perdon!

—De no querer ser una mala hija?

—Pídeme perdon! pídeme perdon! gritaba Juana, para quien era un motivo de rabia su impotencia para vencer aquel valor pasivo que se echaba al suelo y decia :—Pegadme, matadme.... no cederé!

Juana habia prometido no pegar á su hija y no la tocó; pero la dijo con tono amenazador:

—Tú me pagarás la que me acabas de hacer.

Tal era la vida de Eugenia.

Sin embargo pasaron algunos dias sin que hubiera nuevas quimeras en la casa. Eugenia encontró á la puerta de Mad. Gilet al hombre á quien debia sus últimos sufrimientos. Al verle, retrocedió asustada, y como él tratase de acercarse, huyó diciéndole con terror:

—Dejadme, dejadme!

Al contarte todo esto, deseo hacerte comprender sobre todo una cosa, y es que Arturo no quedó como un ser indiferente á los ojos de Eugenia como hubiera quedado cualquiera otro. Posible es que fuese aversion y terror el sentimiento que la habia inspirado; pero consiguió ocupar su pensamiento, ocupar un puesto en su vida; ni un dia pasó sin que el recuerdo de aquel hombre no fuera á turbar á Eugenia. El domingo siguiente quiso Teresa levar á Eugenia á las Tullerias; pero como allí era donde habia encontrado al inglés, rehusó acompañarla. Sintió sin embargo el verse precisada á sacri-

ficar su hermoso domingo, el único dia en que podia ir á respirar el aire libre, el único dia en que podia enderezar su débil cuerpo encorbado durante toda la semana. Eugenia lloró amargamente. En cuanto á Arturo.... era un hombre como todos los señorcillos; admirábase en su vanidad de dandy, de hijo de lord y de rico inglés, de que una niña, á la cual se habia dignado demostrar que le parecia hermosa, no se hubiera mostrado inmediatamente loca de contento y agradecida.

—Siempre exajeras las cosas, dijo Luizzi interrumpiendo al Diablo; y ya que, al parecer, me diriges tus observaciones, te diré que, á parte de algunos necios vanidosos, yo nunca he encontrado entre nosotros el hombre que tú pintas, y sobre todo no le he encontrado en edad tan poco madura.

—Hé ahí lo que te engaña, baron, replicó el Diablo; no hay peor egoismo ni peor presuncion que la de la estrema juventud. El jóven de veinte años que no conserva la inocencia del corazon, y no posee la esperiencia de la vida, carece de freno y de piedad, porque ignora el castigo de las malas acciones y los remordimientos que proceden de ellas. Así pues, Arturo perseguia á Eugenia sin ocuparse, ó mas bien ignorante del mal que la hacia, y quizá si lo hubiera sabido se hubiera burlado del dolor de la pobre jóven. Pardiez que es tan poca cosa para un hombre cansado de su ociosidad el privar á una pobre jóven del único dia de libertad que su madre la permite! Además no estaba él allí para compensarlo todo? Y la felicidad de haber puesto él sus ojos en ella no era superior á los fútiles placeres que perdia? Sin embargo, Eugenia no quiso ir aquel dia á las Tullerias; pero, ostigada por Teresa, consintió en acompañar á ésta á la esposicion de pinturas. Era domingo, dia del pueblo, y por lo tanto no habia probabilidades de encontrar al inglés.

Sin embargo, le encontró allí, sea que aquel hombre hubiese sido favorecido por lo que vosotros llamais el azar, ó conducido por la soberana mano que le habia designado con el dedo para agente del mal.

El orgullo de Eugenia se sublevó ante aquel hombre, y en presencia del terror que le inspiraba la jóven se avergonzó de tener aun apariencias de esquivarle, y quiso mostrarle que, por pequeña que ella fuera, sentia hácia él un desprecio bastante grande para ser mas grande que él. Eugenia se atrevió á mirarle frente á frente para demostrarle mejor su desden; pero volvió á bajar los ojos ante la implacable y absoluta mirada de aquel jóven.

Sin embargo consiguió desaparecer entre la multitud y volver á su casa sin ser seguida. Unicamente se creia segura en su casa, donde permaneció mirando con desesperacion la miserable vivienda que se habia convertido para ella en cárcel, y que conservaba para ella un gran recuerdo, el de la muerte de su padre, y el del mal trato que en ella habia recibido. La jóven se echó á llorar sintiendo esa desgracia que carece de nombre cuando vosotros no la calumniais llamándola envidia; esa desgracia que mira siempre á un punto mas alto que ella misma, y que ni aun cesa cuando baja los ojos y se llama resig-

nacion; lloró esa desgracia que las personas de su clase no hubieran comprendido, porque eran inferiores á los sentimientos que se agitaban en el corazon de Eugenia. Lloró esa desgracia que las personas del gran mundo no hubieran comprendido, porque esas personas no hubieran querido convenir en que Eugenia abrigaba sentimientos tan elevados como los suyos. Desterrada de la clase baja á causa de su naturaleza, y desterrada de la clase alta por su miseria, lloró, y lloró enteramente sola.

A pesar de todo, se atrevió á esperar que la persecucion de Arturo se estrellaría en su infatigable resistencia, y al cabo de algunos dias creyó haber probado á aquel desconocido que todas sus tentativas eran inútiles; pero una noche, al salir de casa de Mad. Gitet, su vecina Mad. Bodin la dijo deteniéndola en la escalera:

—Entrad un instante á ver á Mr. de Souvray; hace ya tres semanas que no habeis entrado á hacerle una visita.

Eugenia, que hallaba en aquella detencion un motivo para alterar la hora ordinaria de su salida y de burlar así el acecho de Arturo, entró en casa del anciano.

—Entra, entra, hija mia, la dijo Mad. Bodin; monseñor está en el salon.

Empezaba á oscurecer y Eugenia notó al acercarse á Mr. de Souvray que este no estaba solo. Otra persona le escuchaba y se hallaba de pié como dispuesta á retirarse. El anciano obispo decia en aquel instante á aquella persona:

—Sí, Ludney, mucho celebro que vuestro padre se haya acordado de la buena acogida que me dispensó en Inglaterra y que haya fiado en mí lo bastante para esperar que yo le haría la misma á su hijo en Francia. Venid á verme con frecuencia; no serán únicamente ancianos, cuya sociedad debe agradaros poco, las personas que en mi casa vereis; aquí encontrareis tambien gente de vuestra edad con quienes deseo poneros en relaciones. Hablo de los antiguos amigos de provincia á quienes he tenido bastante influencia para colocar en la casa real; todos son valientes y leales realistas que no ignoran cuán reconocida debe estar á Inglaterra la causa de los Borbones. Estad seguro de que tendrán una gran satisfaccion en poder ofrecer su amistad á un jóven que lleva uno de los mas hermosos apellidos de esa generosa nacion.

El obispo, á quien se habia prometido devolverle su mitra, habia declamado todo esto con tono de sermon, como el hombre que quiere tomar nuevamente la costumbre de hablar con uncion y facilidad. Eugenia lo habia notado, y una sonrisa muda ahuyentaba la habitual melancolía de su rostro, cuando oyó contestar estas solas palabras:

—Sí, monseñor, tendré el honor de visitaros con frecuencia y espero hallar en estas visitas mas felicidad que la que os figurais.

Aquella voz y aquellas palabras detuvieron la sonrisa de Eugenia, é hirieron su corazon como una amenaza. Aquella voz era la de Arturo; Euge-

nia la conocia muy bien aunque apenas la habia oido, cuando el jóven la habia dirigido algunas palabras durante sus persecuciones. La emocion que esperimentó fué tan viva, que esclamó en su primer movimiento de terror y de duda:

—Quien está ahí?

—El que os ama y os obtendrá, contestó Arturo en voz baja pasando con rapidez por su lado al tiempo de salir.

—Vamos, hija mia, le dijo el obispo, que permanecia en su ancha butaca, me ha dicho Mad. Bodin que estás triste, melancólica y que lloras sin cesar.

—Estoy ya acostumbrada á ello, respondió Eugenia.

—Pues qué hay de nuevo?.... Está Mad. Gilet descontenta de tí y quiere despedirte?

—No, señor, respondió tristemente Eugenia; hace ocho dias que me ha subido el jornal.

—Será cierto lo que me han dicho? serás una ambicionsilla, que no te contentas con nada, y que llevas tus deseos mas allá de lo que debes?

—No; Dios mio, no, dijo Eugenia. Que se me deje tranquila donde estoy, y no pido mas.

—Vamos, vamos, continnó el obispo haciendo señas á Eugenia de que se acercára. Tendremos algun amorcillo en campaña? Cuidado con eso Eugenia, cuidado; acuérdate de Mad. Bodin.

—Pero yo no le amo, replicó Eugenia echándose á llorar.

—Ya, ya; dijo el obispo: con que es cierto?

—Sí, respondió Eugenia con resolucion, es ese jóven que acaba de salir. Me persigue por todas partes, y estoy segura, monseñor, de que solo ha venido aqui para verme y hablarme.

—Ola, ola, señorita, esclamó el obispo, no sois poco vanidosa! Cuidado con esa necia confianza que os hace creer que un hombre de la categoría y la riquezas de sir Arturo, se ocupa de una chiquilla como vos; es un consejo que os doy, aunque sé muy bien que teneis grandes pretensiones, y que os creeis una señorita completa porque imitais en vuestro trage á las mujeres distinguidas.

La hija del pueblo, se habia acercado al ministro de la religion establecida para redimir al pueblo; la jóven abandonada habia confiado sus temores al anciano poderoso, y hé aqui como fué recibida; hé aqui como se la dejó en su inesperiencia y su abandono. No diré que fuera por maldad ni corrupcion, porque veo, mi amo, en tu sonrisa que te imaginas que yo, Satanás, me complazco en calumniar al anciano é inutil sacerdote; no, baron, no fué maldad ni corrupcion lo que hizo hablar asi á aquel hombre, fué esa larga y desdeñosa independencia del grande para con el pequeño; fué esa alta opinion del gran señor y del noble que no admite que un gran señor y un no-

ble puedan tener una fragilidad con una de esas miserables criaturas, que la sociedad lanza á los pies del orgullo y la lujuria.

Despues de esta escena, Eugenia volvió á casa resuelta á no salir en mucho tiempo: mandó recado á su maestra, suplicándola le enviase trabajo á su cuarto, donde se encerró creyendo haber hallado por fin un asilo, donde no osaria penetrar su perseguidor. Ocho dias pasó asi, y habiendo ido á verla Teresa le propuso dar un paseo lejos, muy lejos, por el campo.

—Tu madre, le dijo, no vendrá hoy en todo el dia, porque ya sabes que Mad. Bodin le ha proporcionado una buena ocupacion.

—Sí, contestó Eugenia, hace dos dias que fué á asistir á una vieja inglesa y dos hace que estoy yo aqui sola.

Sí, Mad. Bodin, habia procurado á Juana la asistencia á la vieja inglesa, tú debes suponer que la vieja inglesa habia enseñado á Mad. Bodin.

—Pero debes estar aburrida, pobre chica! dijo Teresa.

—Verdad es que me divierto muy poco, contestó Eugenia, que empezaba á echar de menos su vida tranquila é irreflexiva entonces que el miedo que la causára el encuentro de Arturo se habia calmado un poco, pues hacia ocho dias que no habia visto al inglés.

—Vamos, pues.

Eugenia vaciló un momento y luego contestó:

—Hoy no, lo que es hoy no, el domingo próximo ó de hoy en quince dias saldré, pero hoy no.

—Pues bien; no quiero dejarte sola; pasaré la tarde contigo. Voy á avisar á casa que estoy aquí.

Teresa salió en efecto, y volvió muy pronto. Sentáronse ambas jóvenes junto á una mesita, y naturalmente fué objeto de su conversacion la tristeza de Eugenia; pero esta habia visto mal acogida su confianza por un hombre que hubiera debido comprenderla, y no se hallaba muy dispuesta á prestarla á una mujer que sabia era superficial, loca, inconsecuente, y que algunas veces la habia dado consejos que la habian asustado. Teresa no era una hábil maestra en materia de corrupcion no era que ensalzase con arte infinito las ventajas que en su perdicion puede hallar una jóven hermosa; consistia en que Teresa tenia poderosos auxiliares en la desgracia de Eugenia y en el disgusto que esta esperimentaba por la vida miserablemente vergonzosa que se la habia impuesto. En vano apuraba Teresa á su amiga con las preguntas mas directas: nada habia obtenido aun cuando llamaron quedo á la puerta, y casi al mismo tiempo entró un hombre; era Arturo. Eugenia dió un grito y Teresa dijo con aire de indiferencia:

—Y qué? él es, sí.

—Le conoces tú!! Y te has atrevido á presentarle aqui!!

—Vamos, vamos, dijo Teresa, no seas mala compañera, Sí, le conozco; no puedo verle en mi casa, porque mi familia no quiere; mas dichosa eres

tú, pues eres libre. Tu madre no vuelve hoy, y los vecinos están todos de paseo; con que bien puedes dejarnos hablar un rato.

Dificil es esplicar lo que en aquel instante pasó en el alma de Eugenia, preciso fué que esperimentára toda la turbacion que la inteligencia de Teresa y Arturo la causaba para que no lanzara de alli á Arturo y á Teresa.

Segun lo que acababa de oir, Arturo perseguia á Teresa, y á Teresa era á quien venia á ver. Qué es lo que ella debia creer? qué era lo que ella se habia imaginado? La habia estraviado su orgullo hasta el punto de creer haber inspirado amor á quien ni aun habia pensado en ella? Toda la hermosura y la elegancia que pudiera haber en ella habia sido pospuesta por Arturo á la hermosura y la gracia de Teresa! Eugenia se vió cruelmente humillada á sus propios ojos. Recordando las palabras del anciano obispo, se preguntó si en efecto solo era ella una impertinente, estraviada por la vanidad, ignorando que á ser tal, no se hubiera hecho semejante pregunta. La vanidad no duda de sí misma en ningun tiempo ni en presencia de ninguna decepcion.

—Mucho detestas la vanidad, Satanás, dijo Luizzi.

—Porque vuestra necedad humana la coloca algunas veces al lado del orgullo, y el orgullo es propiedad mia; lo entiendes, mi amo?

—Propiedad tuya y de Eugenia.

—De Eugenia sí, si lo era de la pobre niña que quiso imponerse el castigo hasta de haber esperado una injuria, y que, avergonzada del puesto en que su descubrimiento la colocaba, permitió que á su lado hablase de amor aquel hombre á Teresa, é inculcase mas y mas en su corazon la idea de que ella, Eugenia, no era apetecible, ni bella, ni solicitada, y que se la habia asustado por casualidad, porque Teresa la habia dicho:

—Ahora que lo sabes todo, desaparecerán tus necios temores; y vos, Arturo, no os divirtais mas en atormentarla; es tan niña que la hariais perder el juicio.

No puedes formarte una idea del anonadamiento de Eugenia. Solo una esperanza habia sostenido la vida de aquella mujer: Eugenia esperaba que un dia se conocerian la elevacion y la superioridad que en ella habia. La persecucion de Arturo la habia herido, porque aquella persecucion era insolente, y Eugenia queria á la vez amor y respeto. La seguridad de que aquel hombre habia jugado con ella, auyentó su esperanza y su confianza, y permaneció inmóvil y muda, olvidando lo que pasaba á su lado, absorta en un solo pensamiento, en que ella no valia nada, nada absolutamente, menos que Teresa.

Esta, preciso es decírtelo, era la verdadera hija del pueblo; era aficionada al placer, á la alegria, á la risa, á la locura, y á una palabra de Arturo, salió diciendo:

—Vamos á pasar un buen rato. Cenaremos los tres juntos; nos vamos á divertir.

Y su salida fué para traer lo necesario para la cena. Aquella escena habia sido preparada por aquel hombre, ó perseguia á Eugenia ese fatal destino que llega siempre cuando hay una brecha en el alma por donde poder penetrar? Este es su secreto y el mio. Una sola circunstancia podia hacer que Eugenia le escuchase, y echó mano de ella. La pobre jóven estaba en su presencia desesperada, abatida en su orgullo, dudando de sí misma como el hombre de genio que se ve postergado á la mediania, y que se pregunta en su desesperacion si la medianía es mas que él. En aquel instante fué cuando se atrevió á decirle la verdad.

—He engañado á Teresa, contestó Arturo; á vos es á quien amo; á vos es á quien he querido ver. Desesperado al ver que huíais de mí, escriba á Lóndres á fin de que me mandáran cartas para poder presentarme en casa del anciano á quien visitábais alguna vez.

Eugenia escuchaba, escuchaba con su orgullo que se reanimaba un poco arte la idea de que no habia sido una necia vanidosa, como tantas otras á quienes despreciaba. Arturo continuó:

—Seguísteis huyendo de mí; juré volveros á ver é hice creer á esa jóven que la amaba, para poder deciros que os amo.

Con cuánta atencion escuchaba el orgullo de Eugenia aquellas palabras, y como se reanimaba viendo Eugenia descender mas bajo que ella á aquella jóven, por quien durante un momento se habia creido dominada!

—Sí, añadió Arturo, la he engañado, la he sacrificado en las aras de la necesidad que tenia de veros un momento, un minuto, para deciros que estoy resuelto á emplear todos los medios para llegar hasta vos.

Eugenia no se engañaba: era amada con esceso, con furor, por un hombre á quien se habia creido demasiado superior para poner los ojos en ella; era amada por un hombre á quien ella no amaba y á quien la jóven, que habia querido sobreponerse á ella, amaba hasta olvidar sus deberes. Sí, baron, sí, Eugenia escuchó con placer aquella declaracion de amor, y aun no habia concluido Arturo cuando el orgullo de la pobre jóven se habia vuelto á levantar, y Eugenia se hallaba poco menos que dispuesta á demostrar su gratitud al que la habio hecho dudar de sí misma, pero que la habia devuelto tan repentinamente su confianza, una confianza mayor aun que la que hasta allí habia tenido.

Teresa volvió en el momento en que Eugenia hubiera debido pensar que la presencia de Arturo en su casa era una falta que ella dejaba cometer; pero necesitaba ver cómo sostendria aquel hombre con dos mujeres el papel que se habia impuesto. El inglés, jóven aun, era diestro, ó mejor dicho poseia ese don infernal del lenguaje del amor, y al paso que encantaba á Teresa con la fatuidad de sus manifestaciones, aumentaba el orgullo de

Eugenia con el respeto de sus atenciones que la vanidosa Teresa tomaba por indiferencia en tanto que la orgullosa Eugenia medía con placer la distancia que por primera vez se establecia entre ella y la que se llamaba su compañera.

No necesitaba mas Arturo: sabia ya que á ciertas horas de ciertos dias podia entrar impunemente en aquella habitacion; y, aunque Eugenia le hubiese significado que no volviese, volvió, volvió otra vez y volvió diez veces. Despues de haber logrado introducirse en casa de Mr. de Souvray; despues de haber inducido á Mad. Bodin á que llevase allá á Eugenia; despues de haber seducido á Teresa para penetrar en el asilo de aquella á quien perseguia, todavia adelantó un paso mas: habló á su madre designando á Mad. Gilet como una gran costurera, y luego la designó á Eugenia como la mas hábil de las oficialas de Mad. Gilet, y condujo á su madre, lady Ludney, al piso quinto en que Eugenia habitaba, para encargar á ésta obra que no pudo rehusar, porque se le ofreció delante de Juana, y se la señaló un precio tan subido que la codicia de aquella mujer del pueblo hubiera hecho pagar á la jóven una negativa con las mas odiosas violencias.

Llega una hora, mi amo, continuó Satanás, llega una hora que me pertenece, una hora en que la virtud se causa de luchar contra la mala fortuna, contra el abandono, contra todas las tentaciones; esa hora llegó para Eugenia, cuando despues de revelar á su madre el secreto de Arturo, esta la respondió:

—Anda, que no te comerá; defiéndete, que no es tan difícil. Piensas que nunca te dirá nada? Una vez quiso pasar á mayores Periquillo, y yo le puse el rostro ensangrentado para un mes.

Hé aquí lo que Juana entendia por defenderse: su hija en vano trató de hacerla comprender, llena de un nuevo rubor, que en aquellas visitas habia mas peligros que los de la brutalidad. Tal vez Eugenia no hubiera sabido de que modo esplicarla, cómo decirla que un hombre de carácter tan absoluto, tan perseverante, no entra impunemente en la vida de una jóven con tanta autoridad y amenaza. En efecto, el terror que Eugenia esperimentaba al lado de aquel hombre no obstaba á que escuchara á Arturo, que la visitaba todos los dias á nombre de su madre, y que la hablaba sin cesar de amor trastornando aquella jóven imaginacion con todas las ideas de grandeza y de dominacion que ella habia soñado; porque aquel jóven de alto rango y de manos delicadas se habia esclavizado hasta el estremo de tomar parte en los quehaceres materiales de aquella miserable vivienda. Y no lo hacia con esa jovialidad francesa que juega con todo, que con tanta gracia se acomoda á todas las cosas sin resultado ninguno; veíase que padecia en su ocupacion, que era un verdadero sacrificio. En fin, aquel hombre á cuyos pies se arrastraba la pobre Teresa viendo que se alejaba de ella, se arrastraba á su vez ante todos los caprichos de la orgullosa Eugenia.

—Quereis que deje á Teresa, la decia, quereis que la trate mal?

—Qué interés tengo yo en ello?

Y cuando, llegada la noche, iba Teresa á casa de Eugenia, segura de hallar allí al que tanto la habia perseguido y á quien á su vez perseguia ella, Arturo la maltrataba hasta porque no conseguia escitar los celos de su rival.

Sin embargo, pasaba tiempo, y Arturo no adelantaba en el corazon de Eugenia, porque, lisonjeando el orgullo de la jóven por medio de su servilismo, le heria ofreciéndole un amor que solo de amor hablaba. En un corazon tan endurecido y tan absoluto como el de Arturo, tal estado de cosas no podia durar mucho tiempo; y, sintiendo su impotencia para dominar á aquella jóven por la seduccion, empleó la amenaza.

Una tarde, un domingo, y nota bien este dia, pues ocupa un puesto señalado entre las faltas de todos los pueblos católicos, Arturo fué á casa de Eugenia; segun costumbre, todos los vecinos estaban de paseo, y ademas habia dado á Teresa una cita bastante lejos para que no pudiese volver á sorprenderle. Entró en casa de Eugenia, y allí trató de arrancar por la fuerza una victoria que se escapaba á su infernal seduccion. Tambien entonces se le escapó: pero fué tras un combate largo, doloroso, atroz; combate en que una jóven no deja su honor, pero deja su pureza, porque ve desgarrar sus sagrados velos y arranca moribundo de los brazos de un miserable su cuerpo vírgen y blanco, cuya belleza únicamente sus ojos habian contemplado. Asi pues, cuando Arturo, fatigado con sus infames violencias, se detuvo de pie, jadeante y furioso, delante de Eugenia, yacia sobre su pobre silla, inocente aun, pero llorando la flor de su pureza. Tal suele arrebatar una mano grosera la capa que cubre la fruta madura sin que esta caiga al suelo ni sea cogida. Cuando mas lágrimas vertia y mas sollozos daba, apareció Teresa abrasada de celos, pues habia adivinado que Arturo la habia asegurado demasiado que asistiria á la cita para que cumpliera su palabra; y viendo el desórden en que ambos se hallaban, se atrevió á acusar á Eugenia: la acusó de complicidad con Arturo y de haberla engañado con él.

Esto era demasiado para aquella infeliz que se levantó, y echando de su casa á los dos, escribió aquella misma tarde á ladi Ludney diciéndola que al era imposible continuar trabajando para ella.

Hay una cosa que tú ignoras, mi amo, y es hasta donde puede descender el amor cuando ha roto los lazos del honor. Voy á decírtelo. Teresa, celosa de Eugenia; Teresa, que se creia abandonada á causa de esta; Teresa, que la odiaba, fué le mañana siguiente á pedirla perdon, no solo para ella, sino tambien para Arturo. Arturo se lo habia mandado y ella le habia obedecido; la habia prometido amarla aun con aquella condicion, y ella le habia creido: Teresa se presentaba á su rival para obtener el perdon de su amante. Ah! sois tiranos muy crueles cuando sois dueños de una pobre jóven cuyo corazon y cuya cabeza habeis enloquecido, cuando podeis, des-

pues de haberla perdido á sus propios ojos, perderla á los ojos de su familia, hacer que la arrojen de su casa y que se la entregue al desprecio. Arturo sabia que podia hacer todo esto, y lo hizo.

Eugenia tuvo lástima de tanta humillacion; ella hubiera sufrido tanto descendiendo hasta aquel estremo, que no quiso agravar un dolor que le parecia atroz; perdonó á Teresa el haber sospechado de ella y la permitió volver á su casa. Arturo se atrevió á presentarse á medio dia, cuando Juana estaba en casa, á demostrar de parte de su madre la estrañeza que á esta causaba el que la pobre jóven que habia prometido trabajar por un liberal salario se negase á cumplir su palabra.

Eugenia trató de disculparse; pero Juana se puso pálida de cólera al oir la nueva de aquella decision de su hija, decision tomada sin contar con ella, y se contentó con decir:

Dejadlo á mi cuidado, caballero; dejadlo, que yo me encargo de hacerla concluir la obra.

Arturo se retiró, sea que ignorase los medios con que esperaba Juana vencer la resistencia de su hija, sea que la ferocidad de su deseo no retrocediese ante la idea de entregarla á las violencias de su madre, para que estas violencias se la entregasen maltratada de cuerpo y de corazon.

Eugenia se atrevió á revelárselo todo á su madre, y fué preciso que esta consintiese en lo que el honor de su hija habia decidido; pero obligada á conformarse con esto, atribuyó á Eugenia la insolencia de que habia sido objeto.

Si no la echáras de gran señora, la dijo; si no llamáras la atencion de todo el mundo vistiendo como si tuvieras rentas, no correrian tras de tí. Yo haré que esto concluya; yo echaré al fuego todos esos vestidos de muselina y esas pañoletas bordadas, y cuando se vea que no eres mas que una honrada costurera, te se respetará. Solo se desprecia á los que tienen trazas de despreciar su estado; y si ese jóven no te hubiera despreciado, no te hubiera tratado asi.

Piensas tú, mi amo, que hay muchos corazones bastante fuertes para resistir á tal interpretacion de sus desventuras? Piensas que no hay horas en que se quisiera haber cometido todas las faltas que se echan á uno en cara por no verse en la precision de mendigar su inocencia ó su virtud, que es la mas cruel de las desesperaciones? Esta hora llegó para Eugenia. La jóven conocia que bastaban ya tantas groseras injurias, tantas violencias, tanta resistencia desconocida, tantas lágrimas ocultas y tanto suplicio diario; conoció que habia llegado al estremo de realizar aquella palabra que habia dicho á su madre: «Cuidado, que me impulsareis á la perdicion!» Y en el acceso de aquella desesperacion, que podia hacerla cometer una falta, prefirió cometer un crímen. Hé aqui lo que se llama orgullo, mi amo. Temerosa de sucumbir débilmente á su desgracia, quiso concluir con ésta acabando consigo misma.

Eugenia loca, trastornada, corrió á la ventana y se lanzó..... Su madre la detuvo por su larga cabellera, suelta con los desesperados movimientos que precedieran á aquella resolucion; la detuvo y la arrojó con todas sus fuer-



zas al interior de la habitacion donde permaneció, tendida en el suelo, como muerta, con un hombro descoyuntado y la cabeza chorreando sangre.

—Ya ves, mi amo, que esas muchachillas de quienes hablais con una sonrisita en los labios son muy dichosas amándolas vosotros, y que el honor que las dispensais debe hacer la felicidad de toda su vida.

—No admito lecciones, dijo Luizzi; tus lecciones se dirigen á un hombre que al menos no tiene que acusarse de semejantes faltas.

—Las dirijo, replicó Satanás, al hombre que hace un momento me ha dicho con toda la altanería de su título de baron: «Cuéntame todas las infamias de esa mujer.» Ah! quieres saber sus infamias! escucha, que te las voy á decir.

Arturo volvió pocos dias despues; Juana se habia visto precisada á separarse del lado de su hija enferma, para tornar á sus ocupaciones. Era de noche; el inglés entró elegantemente vestido, pero sin sombrero. Eugenia lanzó un grito al verle y se cubrió con la ropa de su lecho cuanto se lo permitió su brazo vendado.

—Eugenia! esclamó Arturo, he sabido hace una hora que estábais mala, y vedme aquí. Mi madre sabe por qué la traje aquí, y me ha prohibido salir. Ha mandado á los criados que me vigilen amenazándome con hacerme volver á Inglaterra si vuelvo á veros. Pero esta noche hay baile en mi casa y me he escapado: he venido sin sombrero; he venido corriendo á pediros perdon.

El hombre que hablaba asi no tenia arribs de veinte años. Piensas que á los diez y siete se debe desconfiar de un niño de veinte que se espresa falto de respiracion, con voz temblorosa y lágrimas en los ojos? Eugenia, la pobre jóven aislada, enferma en su lecho, se compadeció de aquel hombre que habia abandonado un baile por ella; Eugenia creyó en la locura de un amor de que no participaba, y respondió con dulzura:

—Pues bien, yo os perdono; pero dejadme, no volvais mas, porque si volviérais me mataríais

Arturo prometió no volver y volvió todas las noches durante un momento que sabia robar á la vigilancia de su madre, vigilancia en verdad bastante descuidada y adormecida por las apariencias de una completa sumision á sus órdenes. Durante este tiempo, asistia á Eugenia un médico á quien la casualidad parecía haber conducido á casa de Juana, un médico enviado por Arturo. Este llevaba por sí mismo todas las noches las medicinas recetadas. Aquella conducta era una adhesion, un arrepentimiento y un respeto que enternecieron á Eugenia. Al cabo de algunos dias, no dijo ya á Arturo que no volviese, y pasados algunos mas, cuando Eugenia comenzaba à tener esperanzas en la vida y fe en la necesidad de una verdadera afeccion, aquel implacable perseguidor de mujeres que habia dicho: «Esta jóven será mia,» emprendió nuevamente con aquella mujer, tendida sobre su lecho, sin la defensa de sus vestidos, débil á causa de sus heridas, la lucha espantosa en que la primera vez habia sido vencido. No te diré la horrible desesperacion

con que luchó la víctima, ni la ferocidad y el encarnizamiento con que luchó el verdugo; pero sí que Eugenia cayó del lecho, rendida de dolor y desesperacion, sin fuerza en el cuerpo ni en el alma, y desfallecida sobre el pavimento, cerró los ojos y dijo: «No hay Dios!» Y fué mia.

—Fué tuya! esclamó Luizzi; fué tuya porque las fuerzas habian faltado á la pobre niña, porque era presa de un mónstruo á quien tú habias inspirado todo tu furor! Ah! no, Satanás, no, aquella mujer no era tuya.

—Pobre loco! dijo el Diablo; pobre loco que me cree casi tan malo y casi tan estúpido como los hombres; Eugenia no me pertenecia porque un miserable la habia poseido, pero sí porque su orgullo tenia que ocultar una mancha, porque estaba lo bastante perdida para dudar de Dios. Escúchame bien, y no me pidas esplicaciones de lo que voy á decirte. Lo que voy á decirte es verdad; tú lo esplicarás si puedes, si tu inteligencia llega á comprender la inflexibilidad de esos caracteres empapados de orgullo. Eugenia habia caido inocente y se levantó culpable. No amaba á aquel hombre, le odiaba, y cuando Arturo la dijo que volveria, ella le contestó: «Volved, volved, y yo seré vuestra esclava; seré vuestra hasta que os canseis de mí; pero no digais á nadie que me habeis perdido. ¡Acepto la complicidad para guardaros el secreto, con tal que querais librarme de la vergüenza.

—Ah! continuó Satanás, ya ves que entonces era mia.

—Te se ha escapado despues?

—Ahora lo verás.

Pero lo que vas á ver, mi amo, es que todos los vicios conducen al mismo fin. Su debilidad y su sed de un amor desordenado, habian hecho á Teresa esclava de Arturo, y el orgullo y la sed de superioridad, que habia sido el sueño de su vida colocaron á Eugenia por un instante en la categoría de la rival á quien despreciaba. Si Arturo la amenazaba con divulgar su deshonra, Eugenia engañaba á su madre para que pudiera entrar en su casa; si la amenazaba con decir que habia sido su querida, ella iba á su casa vestida de hombre. No hubiera hecho mas Teresa.

Sin embargo, de todas las miradas iluminadas por la sospecha de su deshonra, las que mas hubieran humillado á Eugenia, hubieran sido las de Teresa; por eso hizo jurar á Arturo que habia abandonado por completo y para siempre á aquella jóven. Es preciso decirte tambien que no en vano habia luchado aquel hombre, por fuerte que fuese, con aquella niña. Vencedor y todo, habia salido del combate con graves heridas. El triple escudo de su vanidad, de su egoismo y de su libertinage, se habia roto contra aquel corazon de acero, y habian quedado en él anchas brechas por las cuales pudiera penetrar el terror y el amor. Arturo, á su vez, temia á Eugenia, la temia el miserable porque no habia podido despreciarla. La tiranizaba tanto mas cuanto que conocia que era superior á él; solo habia

obtenido el cuerpo de aquella mujer, lo conocia, y queria obtener el alma. Hé aquí por qué la engañaba, y hé aquí como.

Teresa habia vuelto á casa de Eugenia, y se hallaba mas tranquila y no hablaba de Arturo. Escucha atentamente, mi amo; lo que voy á decirte es una escena bastante vulgar, pero decidió de la existencia de Eugenia. Preciso es que conozcas con todos sus pormenores esa escena para que conozcas á esa mujer. Un dia, Teresa pidió prestados á su amiga algunas prendas de ropa que necesitaba para la mañana siguiente. Decia que tenia que presentarse en casa de una gran señora que quería protegerla, y deseaba presentarse decentemente. Eugenia la dió lo mas bello que tenia. No olvides que te cuento la historia de una costurera; al esplicarte los delicados sentimientos que abrigaba aquella jóven, te he hecho perder de vista quizá el aspecto esterior de esta historia, pues estais poco acostumbrados á comprender los sentimientos del corazon cuando no se hallan adornados de nombres distinguidos, y no caminan por elevadas esferas. Vuelvo, pues, á las miserias materiales de aquella vida tan poética. Eugenia, como he dicho, prestó á Teresa lo mas hermoso que tenia. No obró así por mostrar indiferencia, ni por temor, y sí solo por compasion á aquella pobre jóven á quien ella habia arrebatado, sin querer, el amante á quien adoraba, y con la cual ni aun podia disculparse con decir que amaba á aquel amante.

Eugenia quiso ayudarla cuanto la era dado á hallar una compensacion en su desesperacion, y se ofreció á engalanarla por sí misma á fin de que gustára mas á las personas á quienes se iba á presentar. Pero Teresa rehusó y no tardó en separarse de Eugenia, prometiéndola decirla la mañana siguiente el resultado de su visita. La noche siguiente debia ir Arturo á casa de Eugenia; pero sus visitas habian sido notadas hacia ya tiempo, y Juana, puesta en guardia por las murmuraciones de los vecinos, manifestó á su hija que á creer lo que se la habia dicho, la hubiera echado ya de su casa. Si Juana hubiera dirigido quince dias antes semejante amenaza á su hija, esta la hubiera arrostrado y quizás se hubiera anticipado á dejar la casa; pero entonces era una desgracia mas, y una desgracia inmerecida; en aquel momento era una degradacion pública, un castigo justo al menos á los ojos de los estraños. Eugenia inclinó la cabeza sin responder y sin que su madre conociese su falta en su sumision. A pesar de todo, la mañana siguiente, en lugar de ir directamente al obrador de Mad. Gilet, á cuya casa habia vuelto, fué á avisar á Arturo que no fuese á verla, porque debia ser espiado. Llegó corriendo á casa del inglés y pasó junto al portero echándole el nombre de lady Ludney; pero en lugar de detenerse en el piso principal subió á la habitacion que ocupaba Arturo en el segundo. Esta habitacion se componia de una antesala pequeña, de una sala y de una alcoba, piezas todas seguidas. Por una singular casualidad, Eugenia halló abierta la puerta que daba á la escalera; atravesó rápidamente la antesala y la sala, y llegó á la puerta

de la alcoba de Arturo; estaba cerrada, y este sintiendo el ruido que se hacia para abrirla preguntó: «Quién anda ahí?»

—Soy yo, Eugenia, respondió la pobre jóven temblando, y casi al mismo tiempo oyó en la alcoba otra voz distinta de la de Arturo. Eran las siete de la mañana y Eugenia no estrañó que Arturo le contestase sin abrir la puerta:

—Esperad un momento, que voy á levantarme.

Se sentó en la sala y prestó oido observando si se renovaba el murmullo que habia creido oir; iba á acercarse á la puerta cuando descubrió el cabo de una cinta de color de rosas por debajo de una cortina corrida. Entonces, como herida de un golpe súbito y terrible, se levantó y se dirigió pálida y temblorosa hácia aquella cinta. Vaciló un instante antes de tocarla como si fuese á meter la mano en el fuego; al fin separó la cortina y conoció el sombrero que la víspera habia prestado á Teresa. Miró á su alrededor con una indignacion y un espanto indecible, y vió bajo el cojin de un canapé la hermosa pañoleta que habia prestado la víspera á Teresa. Continuó su registro y encontró tiradas en un rincon, las hermosas medias bordadas que habia prestado la víspera á Teresa. Todo aquello estaba manchado, arrojado vergonzosamente por la habitacion; todo aquello atestigüaba el desórden del movimiento en que aquella jóven se habia despojado de aquel trage, tan cuidadosa y virginalmente conservado por Eugenia. Esta miserable circunstancia fué grande para la pobre jóven, pues le ofreció una imágen de lo que habia sido de Teresa, de la costurera tan coqueta, tan elegante, tan compuesta. Eugenia se asustó y se preguntó si ella misma, entregada al mismo seductor, llegaría á arrojar tambien á su alrededor todo sentimiento de reserva, como habian sido arrojadas todas aquellas prendas; y el temor al vicio era tan grande en Eugenia, que este primer pensamiento dominó la indignacion y la cólera que cualquiera otra mujer hubiera esperimentado en su situacion.

Arturo salió de la alcoba en el instante en que Eugenia tenia en la mano aquel sombrero, aquellas medias, aquella pañoleta. Lo notó y se acercó á ella dudando si debia prevenir por las amenazas ó por las lagrimas una escena escandalosa y violenta. Eugenia no le dió tiempo para equivocarse sobre el camino que debia seguir; la jóven le miró con frio desprecio y le dijo con el desden mas soberano:

—Milord, el hijo de un par de Inglaterra, que tiene una querida pobre, no consiente que esa querida vaya á mendigar con que vestirse á fin de no presentarse cubierta de harapos en la rica mansion de su amante; decid á la vuestra, milord, que yo la dejo de limosna lo que me habia pedido prestado.

En seguida arrojó á Arturo todo lo que tenia en la mano, y se dispuso á marchar. Arturo, queriendo detenerla por fuerza, se colocó con rapidéz á la puerta; pero Eugenia no se resistió; le miró otra vez con el mismo desprecio, y fué á sentarse en un sillon.

—Eugenia, le dijo el jóven acercándose á ella, Eugenia, escúchame y perdóname.

La pobre jóven le miró frente á frente y por primera vez la mirada sarcástica y ardiente de Arturo se humilló ante la fria y resuelta mirada de una mujer.

—Eugenia, continuó arrodillándose, no quieres oirme? Tú eres la única á quien amo; tú eres la única á quien quiero amar. Y diciendo esto, tomó sus manos y procuró atraerla á sus brazos.

—Cuidado, le dijo Eugenia, cuidado que vais á hacer daño á vuestro hijo.

—Gran Dios! esclamó Arturo, eres madre! Oh! si es cierto, fia en mí, Eugenia. Yo reconoceré ese niño, le educaré y le daré mi apellido.

—No hareis mas que vuestro deber, milord, porque vos sabeis si os pertenece.

Eugenia se levantó en seguida y salió de la habitacion.

Entonces brotaron las lágrimas de sus ojos, y los sollozos rompieron el dique que les habia impuesto el orgullo de la jóven humillada, y por un instante fué presa de ese abandono de sí mismo que conduce en derechura al suicidio. Pero aquella desesperacion solo duró un momento, pues lo que causaba la debilidad en aquella mujer causaba tambien la fuerza, y se imaginó que su muerte seria un bello triunfo para el miserable que asi la hubiera vencido hasta la tumba.

Eugenia resolvió vivir; pero no quiso vivir rodeada de cuantos podian adivinar su desgracia y humillarla. Antes de volver á su casa tomó su partido; antes de volver á ver á su madre, vendió su vida á fin de poder abandonar la Francia.

En aquella época, ricos capitalistas buscaban por todas partes costureras inteligentes, con objeto de importar á Inglaterra las modas de Francia, que allí eran muy estimadas; procuraban lo posible que fueran jóvenes y hermosas, para que hicieran valer, por medio de sus gracias personales, el trage que se queria hacer adoptar á las inglesas. Muchas veces se habia hablado en casa de Mad. Gilet de las ventajas que debian encontrar las jóvenes que consintieran en espatriarse. Pero el vivir en pais estrangero atemorizaba á las familias parisienses para quienes un viage por Francia era ya un atrevimiento estraordinario, y aquellos capitalistas hallaban con dificultad jóvenes convenientes á su proyecto. Asi pues, cuando Eugenia se presentó fué acogida con solicitud. Era conocida por su habilidad, y si no obtuvo condiciones muy superiores á las que se la propusieron, fué porque para ella no se trataba de un salario mas ó menos importante, sino de dejar la Francia inmediatamente. Estipuló que los honorarios que la correspondiesen se entregarian á su madre, y solo se reservó lo preciso para atender á las necesidades de la vida, y el derecho de volver á Francia si no la agradaba Inglaterra.

La naturaleza humana solo tiene cierto grado de fuerza y al menor esfuerzo se fatiga y se abate. Otra que no fuese Eugenia hubiera gastado la suya en sollozos, en lagrimas, en la desesperacion; pero aquella jóven la empleó en el cumplimiento de su resolucion inesperada. Eugenia; al entrar en su casa, cayó, por decirlo asi, agotada y á aquel abatimiento debió Arturo el que sus súplicas pudieran llegar nuevamente á ella. Arturo la escribió y, por una estraña coincidencia, su carta aconsejaba á Eugenia que hiciera precisamente lo que habia hecho.

«Dejad á Paris, le decia; Teresa oyó la terrible confesion que me hicisteis y me ha amenazado con divulgar vuestra situacion. Partid para Inglaterra... Yo os proveeré de los medios necesarios, y pasadas pocas semanas iré á runirme con vos. Recordad que me habeis dicho que el ser que alienta en vuestro seno me pertenece. Es mio y vos no sois dueña de disponer de vuestra vida; vuestra vida me pertenece hasta que yo posea ese tesoro de que soy dueño. Antes que vea la luz, espero obtener un perdon sin el cual conozco que no puedo vivir. Si Arturo, que os ama, ha perdido su derecho á suplicaros que vivais, el padre de vuestro hijo tiene casi derecho á mandároslo.»

Esta carta, de la cual solo te cito algunas palabras, fué entregada á Eugenia por el amigo que acompañaba á Arturo la primera vez que Eugenia vió á éste en las Tullerias. La jóven la leyó de rabo á cabo sin pronunciar palabra, y cuando Bak la preguntó qué contestacion daba á Arturo, Eugenia reflexionó un momento y le respondió con tono tranquilo y resignado:

—Decidle, caballero, que dentro de quince dias estaré en Inglaterra, y que si allí vuelvo á verle, escucharé su justificacion, aunque un padre no la necesita para persuadir á una madre del interes que toma por su hijo; pero que solo á titulo de padre le escucharé.

—Para que Eugenia pudiese llevar á cabo su resolucion de no volver á ver á Arturo, habia sido preciso que este hubiese consentido en no perseguirla. Arturo salió al encuentro de la jóven que se veia obligada á salir todos los dias para hacer los preparativos del viage, y la obligó á escuchar las protestas, sin cesar renovadas, de su arrepentimiento.... No era ya el que hablaba el jóven enamorado y violento; era el padre que comprendia toda la estension de sus deberes; el hombre honrado, estraviado un momento, que deseaba reparar su crimen. Eugenia quiso creerle; no le amaba, pero habia sido suya; era el padre de su hijo y acogia con alegria la esperanza de que, merced á este titulo, llegaria á merecer su estimacion. Tales promesas la hizo, que Eugenia tuvo derecho á creer podia llegar un dia en que no tuviese que ruborizarse, y, por primera vez en su vida, se dejó decir á aquel hombre: — «No, Arturo, yo no os aborreceré si quereis ser noble y bueno..

Eugenia ignoraba á donde iria á parar en Lóndres. La casa de comercio

que la habia contratado se hallababa, en el momento de su partida, en tratos para alquilar diferentes almacenes, entre los cuales aun no habia elegido. Así, pues, Eugenia se vió precisada á convenir con Arturo en que le escribiria desde Lóndres diciéndole el sitio en que se hallaba, y al efecto Arturo la dió las señas del sitio á donde habia de dirigir las cartas. Aquel hombre poseia astucias y habilidades para hacer creer en su adhesion. Parecia temer que Eugenia perdiese sus preciosas señas y que su memoria, inhábil para retener las palabras de una lengua estraña, no pudiese recordarlas. Escribió sus señas en el pasaporte, en el fondo de una maleta, las escribió en un pañuelo las escribió en una sombrerera, las escribió en todos los objetos que Eugenia llevaba, y las hizo grabar en una sortija que de este modo hizo aceptar á la pobre jóven. Eugenia no pudo menos de agradecer tan minuciosos cuidados. La jóven que huia de su pais sin huir de su infortunio, la niña que abandonaba á su madre con la vergüenza que no la habia confesado, la desgraciada que iba á un pais estrangero, cuyo idioma y cuyas costumbres ignoraba con otras mujeres de su pais, cuyo carácter no conocia, Eugenia, en fin, no osaba rechazar la esperanza de hallar en Inglaterra algun dia un hombre á quien tuviese derecho á pedir apoyo y amparo. Y ese dia necesariamente debia llegar; el término era seguro.

—Te he contado, mi amo, con bastante rapidez este último dolor de Eugenia, su resolucion, su esperanza, su partida; mi relato ha sido tan corto como el tiempo empleado en todas estas cosas. Pero este relato hubiera sido demasiado largo para las horas de que puedes disponer, si yo hubiese querido decir cuanto sufrió aquella alma en tan poco tiempo. Pintarte todos aquellos sufrimientos seria proporcionarte un vértigo, seria colocarte al borde de un torrente para mostrarte y citarte todos los despojos que pasan, árboles, rocas, casas, ataudes, cunas, chocando en la orilla y destrozándola, seria hablarte aun, cuando esos despojos estuvieran ya lejos y otros los hubieran reemplazado.

Entre los antiguos dolores de Eugenia y sus nuevos dolores existia la misma diferencia que entre la barrena del minero que emplea largas horas en abrir un agujero en la roca y la carga de pólvora que el agujero encierra, y que en un segundo hace volar la piedra en pedazos.

—Sí, contestó Luizzi; comprendo la desgracia de la pobre jóven.

—Pobre jóven! repitió Satanás; consérvale ese nombre, porque vuestra lengua carece de otro para designarla hasta que llegue el momento en que, despues de haberla llamado pobre niña y pobre jóven, la llame yo pobre mujer y pobre madre. Escucha pues.



III

Pobre jóven aun.



EUGENIA llegó á Inglaterra. Asi como hay desgracias tan rápidas que no se las puede ver en todos sus pormenores, las hay tan profundas, que es imposible medir los pequeños dolores que se agitan en el fondo. Me seria imposible hacerte comprender que, en la triste situacion de Eugenia, hubo aun mil crueles circunstancias que la hirieron mas y mas. Yo no soy de esos que piensan que solo es privilegio de los grandes infortunios el sufrir pequeñas contrariedades. Napoleon sufria en la roca de Santa Helena la insolencia de un sargento inglés que no le saludaba, ó una falta en el servicio de su mesa. Todos estos pequeños sucesos son el eco que os devuelve, con mas ó menos fuerza, el ay de vuestra desesperacion, hiriendo incesante-

mente vuestro oido. Eugenia viajaba sola y abandonada en un carruage público, y la grosería de los aduaneros ingleses, la curiosidad brutal del pueblo al paso de una francesa, todo, en fin, la decia cada instante: «Has huido de Francia; has huido de tu madre; has huido de la vida de tu juventud porque has hallado en tu camino un miserable que te ha impulsado violentamente á otro camino.»

Hay existencias fatalmente consagradas al crímen, y otras consagradas al infortunio. Vosotros acusais á Dios sin echar de ver que todo el secreto de lo que llamais escandalosas desigualdades, está escrito en una página de vuestros sagrados libros, que nunca habeis comprendido. Toda la raza humana ha desconocido la órden del Señor en la falta del primer hombre, y toda la raza humana ha sido condenada á la espiacion de esta falta; pero Dios no ha elegido la víctima, Dios no es injusto. Lo único que ha dicho Dios á la humanidad toda, es: «sufre y espera.» Pero asi como hay en vuestra vida social puesto para todos los hombres, trabajo para todos los hombres, y cosechas para todos los hombres, y sin embargo hay hombres que se apoderan de todo el descanso y todas las cosechas, y dejan todo el trabajo á los otros, asi tambien hay en la humanidad dolor para todos y contento para todos, y hay tambien ricos que se apoderan de todo el contento y pobres para quienes es todo el dolor. La culpa de esta mala distribucion pertenece á las leyes políticas que vosotros habeis formado; la culpa de esta mala distribucion humana pertenece á las leyes morales que habeis hecho vosotros. Dios no ha puesto en ella su mano, y la mision de Cristo no han tenido otro objeto que el de manifestaros que Dios tendrá en cuenta sus dolores á los que hayan pagado en la gran espiacion mas sufrimientos que los que le debian.

Hé aqui por qué son fuertes los que creen. Pero Eugenia no creia ya en la hora del infortunio á que habia llegado, ó mas bien dudaba; se hallaba en la pendiente del abismo en que yo reino, y como solo necesitaba una sacudida para caer, al fin cayó. Antes de referirte este estremo esfuerzo del mal, preciso es que te diga cuáles eran las personas con quienes Eugenia habia hecho su viage.

El rico comerciante que habia emprendido el establecimiento en Lóndres de un depósito de modas francesas, es decir, el comercio de cuanto puede necesitar una mujer para su atavío, se apellidaba Legalet. Tenia en París un rico establecimiento, cuya direccion se hallaba á cargo de su mujer y de su hija Silvia, y puso otro en Lóndres, á cargo de su hermana Mad. Bernard.

Sabidos ya los nombres, continúo mi narracion porque se pasa la hora, mi amo: la noche avanza, y la circunstancia en que te hallas es demasiado solemne para que no debas saberlo todo. Mad. Bernard era viuda del director de orquesta de uno de vuestros principales teatros, y antes de su casamiento habia tenido ocasion de conocer gran número de actores y actrices. Apenas llegó á Lóndres, halló algunos de sus antiguos conocimientos y se vo-

rificó en su casa una singular mezcla de algunos comerciantes franceses que se habian establecido en Lóndres, y de las actrices que se hallaban alli por casualidad. Entre estas últimas habia una ya envejecida por la relajacion, á cuyo lado Mad. Beru, vendiendo su hija á la sociedad de los doce, hubiera parecido una virtud de primer órden. Mad. Firet era llamada por sus mismas compañeras *el vicio sobre dos piernas.* Hízose presentar en casa de Mad. Bernard, y proporcionándole la parroquia de las actrices mas elegantes de Lóndres, logró muy pronto ser tratada como de casa. Entonces, que era á principio del año 1815, un sombrero frances, un vestido frances, una pañoleta francesa se pagaban á un precio desordenado: eran el colmo del lujo femenino. Los hombres habian buscado modas de la misma procedencia, y una querida francesa era para un dandy lo mas *fashionable*; los caballos y los *grooms* figuraban en segunda línea. Las primeras que habian llegado habian sido vendidas á precios exorbitantes, y el furor era tal que la venta aumentaba de dia en dia. Mad. Firet no ignoraba todo esto, y cuando supo la llegada de Mad. Bernard con una serie de buenas chicas, conoció que se presentaba ocasion de ganar buenos corretages. No hacia un mes que Mad. Bernard estaba en Lóndres, cuando ya los mas fastuosos libertinos apostaban quien obtendria las lindas francesas: las apuestas estaban hechas y llovian por todas partes proposiciones. Mad. Bernard, que queria librar de la tentacion á las que hubieran podido sucumbir, y de la injuria á las que se hubieran mostrado justamente ofendidas, Mad. Bernard, fuera virtud, fuera cálculo de una buena comercianta, supo burlar una nueva tentativa de entrada en el obrador donde solo penetraban las *ladys*. Pero con las ladys entraba Mad. Firet, y Mad. Firet habia prometido proporcionar á lord Stive a hermosa Eugenia á quien este habia visto una noche en Argile-Room. No creas que fue la necesidad de distracciones ó su aficion al placer lo que condujo á Eugenia á aquel teatro, esplotado á la sazon por actores franceses bajo la proteccion de las mas altas notabilidades de Lóndres, y en el cual solo se entraba por convite. Pero el furor de las modas francesas era tan poderoso que tal duquesa que no hubiera admitido en el teatro á un *gentleman* de dudosa categoría, empleaba todo su crédito para que se convidase á Madama Bernard, la comercianta bajo promesa de facilitarla las modas francesas con cuarenta y ocho horas de anticipacion á las demas mujeres.

Mad. Bernard escogia comunmente para que la acompañáran las jóvenes mas distinguidas de su almacen, y las ataviaba con un esmero que demostrase la elegancia de su gusto. Eugenia, bella y encantadora, y cuyo mejor adorno era su hermosura, era siempre preferida, y á pesar de su resistencia, Mad. Bernard habia conseguido que la acompañara. Asi era como lord Stive habia visto á Eugenia. Sin embargo hacia ya dos meses que el pobre jóven estaba en Lóndres; habia mandado muchas veces á casa de lord Ludney con objeto de saber si Arturo habia llegado, pero siempre se le ha-

bia contestado que seguia aun en Francia. La loca esperanza que aquella desgraciada habia concebido, iba desapareciendo de dia en dia, y su tristeza habitual se cambiaba en un sombrío abatimiento cuando una noche se acercó á ella Mad. Firet y la preguntó si habia reparado alguna vez en una bailarina bastante mediana que iba á comprar algunas veces al almacen. Eugenia la contestó que en efecto se acordaba de ella. Entonces Mad. Firet pasó á contarla, á propósito de la cara y del talle de la bailarina, la inmensa fortuna que esta acababa de alcanzar. Grandes señores millonarios se la habian disputado, y al fin pertenecia á un lord que la daba coches, lacayos y casa. Eugenia, que no prestaba mucha atrencion á aquel relato, respondió sencillamente:

—Bien dichosa es.

La vieja bribona tomó esta palabra venal como la espresion de la envidia, y dijo:

—Pues bien; todo eso es nada en comparacion de lo que un lord que yo sé quiere hacer por una mujer á quien ama. Desde luego la ofrece treinta mil libras de renta bien pagadas y que nunca podrá quitarla, y mientras permanezca con él en Inglaterra una magnífica casa en Lóndres, una quinta, dos coches con cuatro caballos, diamantes, un tren de princesa, una fortuna tal, en fin, que escederá á las esperanzas de la mas ambiciosa.

—Y quién es la mujer feliz que ha inspirado tan bella pasion? dijo Eugenia, que inclinada sobre su labor estaba cogiendo entonces los pliegues de un riquísimo vestido.

—Esa mujer feliz sois vos, y ese hombre es lord Stive.

Y antes que Eugenia tuviese tiempo para rechazar tan odiosa proposicion, se alejó la vieja repitiendo probablemente las palabras de que se servia hablando de su infame profesion: «Ya he puesto la levadura en la masa; es preciso dejarla que fermente.» Aquella diestra corruptora sabia que tales proposiciones no se aceptan en el acto, y que la primera negativa escapada en un movimiento de indignacion lleva consigo algunas veces un consentimiento que luego no se pronuncia.

En una alma como la de Eugenia, semejantes proposiciones no dañan por la seduccion, pero sí por la duda; hacen volver la vista para ver de donde viene el vicio y á donde conduce la virtud.

A pesar de la indignacion que esperimentó Eugenia, este pensamiento se deslizó en su espíritu, y como pasara lentamente el tiempo sin que Arturo apareciese, la duda se apoderó de ella hasta el punto de hacerla creer que era capaz de dejarse arrastrar á una falta. Pero, para que la tentacion hubiese sido poderosa, hubiera sido preciso que Eugenia no tuviese cómplice. Aquella jóven, que tal vez se hubiera atrevido, en el estravío de su orgullo herido, á ir á ofrecerse á un hombre, retrocedió ante la idea de que una mujer como Mad. Firet fuese medianera en su falta. Asi es que cuando

volvió la vieja la impuso silencio con un desprecio que la otra aceptó, pero que no creyó invencible. Sin embargo, la tristeza de Eugenia se notó en casa de Mad. Bernard: las lágrimas que durante la noche bañaban su rostro alteraban su salud. Habíasela dejado entrever que no encontraria oposicion si trataba de volver á Francia, á pesar de los perjuicios que debian originarse á la casa, porque las damas mas hermosas de Lóndres se habian aficionado á aquella jóven tan bella y que parecia olvidar su propia belleza.

Eugenia decia siempre que su mal solo consistia en una languidez causada por el clima y que no tardaria en dominar. Llegó sin embargo un dia, en que no pudiendo soportar la incertidumbre que la desgarraba, se decidió á asegurarse por sí misma de la ausencia de Arturo; pretestó necesidad de andar un poco para mejorar su salud, y acompañada de una jóven inglesa que sabia el francés y que debia servirla de intérprete, se dirigió á casa de lord Ludney. La jóven inglesa, llegado que hubo á la puerta del palacio, rehusó entrar, y Eugenia fue introducida sola. Despues de esperar un largo rato, se la hizo pasar á un salon donde vió un anciano de aspecto severo á cuyo lado se hallaba un hombre como de cuarenta años que la dirigió su lente aun con mas asombro que impertinencia. Eugenia se dirigió á lord Ludney, que la respondió:

—*I do not understand french.*

—Este caballero os manifiesta que no entiende el francés, se apresuró á decir el forastero; voy á traducirle vuestra pregunta.

Y repitió á lord Ludney las palabras de Eugenia que preguntaba si sir Arturo se hallaba en Inglaterra. El anciano se volvió y dijo:

—*Who is she?*

Os pregunta quién sois, señorita, dijo el dandy dulcificando la pregunta del anciano lord por el tono de la traduccion.

—Soy francesa, señor, y me llamo Eugenia.

El anciano, al oir este nombre que sin duda conocia, se levantó apostrofando y amenazando á la pobre jóven. Aunque esta solo adivinase por el gesto las injurias de que era objeto, se acercó asustada al desconocido que procuraba tranquilizar al anciano, y á quien al menos entendia aquella desgraciada. Asi es que casi echándose en sus brazos esclamó:

—Ah! soy inocente, caballero, soy inocente!

La cólera de lord Ludney crecia mas y mas.

—Tranquilizaos, dijo á Eugenia el desconocido; cree que sois vos quien ha impedido hace tres meses la vuelta de su hijo.

—Hace tres meses que estoy en Lóndres.

El forastero repitió estas palabras al anciano, y Eugenia creyó oir un nombre que no le era desconocido, el nombre de Teresa. Lord Ludney se tranquilizó de repente; miró á la jóven con menos cólera, y despues de pronunciar algunas palabras, se retiró del salon.

—Lord Ludney me ha encargado que le disculpe para con vos, señorita, dijo el desconocido; al saber que érais francesa os ha tomado por una mujer



que ha detenido á Arturo en Paris mas de lo que le estaba permitido detenerse; pero yo le he desengañado, porque sé que la mujer en cuestion no se llama como vos.

—Se llama Teresa? preguntó con viveza Eugenia.

—Sí, Teresa; al menos ese es el nombre que me ha dicho Arturo.

—Está en Lóndres Arturo?

—Hace ocho dias.

—Y dónde vive?

—En Covent-Garden, núm.....

—Voy allá, voy allá; esclamó Eugenia desolada.

—Me permitireis que os acompañe.

Eugenia, cuya imaginacion se hallaba trastornada, aceptó sin pensar en las consecuencias de semejante paso. Si al salir hubiera encontrado á la jóven inglesa que la habia acompañado, tal vez su presencia la hubiera recordado que tenia un guia mas conveniente que un hombre á quien no conocia; pero la jóven se habia retirado cansada de esperarla, y Eugenia subió al carruage que esperaba al elegante. En el tránsito, la pobre jóven, sofocada por las lágrimas y los sollozos, no echó de ver la alegria de sátiro y la inquieta curiosidad con que su compañero la miraba. Al fin llegaron á casa de Arturo. Abrióse con precipitacion la puerta á los repetidos aldabazos que anunciaban una visita de importancia, y el desconocido entró dando á Eugenia la mano; pasó con rapidéz por delante de los criados, subió al primer piso, y abriendo bruscamente la puerta de un salon, dijo á Arturo, que estaba tendido sobre un divan leyendo un periódico, con la espalda vuelta hácia la puerta:

—Arturo, os traigo una persona que ha ido á preguntar por vos á casa de vuestro padre.

El jóven se levantó sin volver la cara, y contestó con indiferencia:

—Habeis tomado bajo vuestra proteccion á alguno de mis acreedores, no es verdad, milord? Sois muy capaz de hacerlo por tal de jugarme una mala partida.

—Soy yo, Arturo, dijo Eugenia adelantándose.

Al oir esta voz, Arturo se volvió de repente; miró á Eugenia con indiferencia y dijo arreglándose el pelo ante un espejo:

—Vamos, que el encuentro no es tan desagradable como yo me temia. Y qué me quereis, mis Eugenia?

La pobre jóven miró á Arturo con tal asombro, que con facilidad se conocia que no se hallaba segura de lo que veia y escuchaba.

—Vamos, hacedme el obsequio de despachar pronto; me estan esperando para almorzar en cierta parte. Vamos, qué quereis, miss?

—Qué quiero, Arturo, qué quiero!.... Olvidais quién sois? .. El niño, que llevo....

—Debe parecerse á su hermano, dijo Arturo limpiándose los dientes.

—Su hermano! hablad, milord, hablad!

—Sí, su encantador hermano.

—Ah! esclamó Eugenia; ó vos estais loco ó lo estoy yo. De qué niño hablais?...

—Del que nació el 30 de marzo de 1814 en el mismo cuarto donde seis meses despues tuve yo la avilantez de atentar á vuestra virtud.

Esta acusacion fue un golpe terrible para Eugenia; pero la restituyò las fuerzas. Parecia que se reanimaba su razon próxima á sucumbir. Eugenia comprendia lo que era un error y una calumnia: pero se volvia loca ante tan atroz é inmotivada crueldad, esclamó, iluminada por la calumnia misma:

—Ya sé el orígen de ese supuesto crímen: Teresa se ha atrevido á deciros....

—Teresa, y mejor aun que Teresa un testigo presencial.... Mad Bodín.

Eugenia, anonadada bajo el peso de tanta iniquidad, exhaló un sordo quejido ocultando la frente entre sus manos. Aquel movimiento de desesperacion tanto podia proceder de su vergüenza al ver descubiertas todas sus faltas como de su justo horror. Arturo le traducia como espresion de una impudencia que veia desprendida su máscara, y continuó con tono insolente:

—Sin embargo, os perdono, miss; ya sé que las que se llaman *grisettes* en Francia fundan su mayor diversion en hacer purgar ciertos pecadillos de la juventud á los tontos ingleses: no habeis sido mas culpable que cualquiera otra, y quiero mostrarme generoso. Si vuestra situacion es precaria, yo os socorreré, porque aun no me han arruinado completamente mis acreedores.

—Basta, milord, dijo Eugenia. Callad, que ya me marcho.... Callad!

Eugenia quiso levantarse del sillon en que se habia desplomado; pero apenas se puso de pié la faltaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en la pared para no rodar por la alfombra.

—Oh! ya sabia yo que érais una buena cómica, dijo Arturo.

Estas palabras llegaron al oido de Eugenia y la prestaron fuerzas suficientes para salir de la habitacion sin sucumbir; pero al llegar á la escalera le faltaron aquellas fuerzas y cayó desmayada sobre el primer escalon en que quiso apoyar el pié.

—Satanás, dijo Luizzi, tú recargas mucho el cuadro; no puede haber hombre tan bárbaro.

—Olvidas que aquel era casi un niño que apenas tenia veinte y un años?

—Por eso mismo me admira tanta crueldad.

—Vosotros os admirais de todo, porque no sabeis mirar el fondo de las cosas; se os presentan ideas generales y las adoptais sin examinarlas bajo todos sus aspectos, y caminais con ellas como si llevárais la verdad á vuestra derecha. De todas esas ideas quizá es la mas verdadera la de que las grandes generosidades son privilegio de la juventud. Pero esta idea tiene su reverso, y este reverso es que las necesidades mas implacables son patrimonio tambien de la juventud. Párate un dia en una calle de Paris y lee de cabo á rabo la lista de los fallos pronunciados por vuestros tribunales y verás

que las nueve décimas partes de los crímenes cometidos en vuestra sociedad pertenecen á la estrema juventud. Ese es el resultado inevitable del deseo y la fuerza. La juventud se dirige, segun el camino que emprende, á las grandes acciones ó á los grandes crímenes; la prudencia contiene á la edad madura, la impotencia detiene á la vejez. Hé aquí lo que necesitabas saber para que la continuacion de esta historia no produzca en ti nuevamente esas necias admiraciones que acabas de mostrar.

El Diablo continuó :

—Cuando Eugenia tornó de su desmayo, se encontró en un aposento suntuoso que la era desconocido. El forastero que la habia conducido á casa de Arturo, habiendo salido tras ella para perseguirla, la encontró moribunda en la escalera y la llevó en su carruage á su casa. Eugenía, al volver en sí se vió en poder de una vieja que la hacia respirar ciertas sales y que se alejó en seguida á una seña del desconocido.

—Donde estoy? preguntó Eugenia.

—En mi casa, contestó el desconocido, en casa de un hombre que no os abandonará como Arturo, y que está persuadido de vuestra inocencia, porque sabe de qué es capaz la rival que os ha calumniado; yo os ofrezco un asilo.

—Y quien sois vos? dijo Eugenia deshaciéndose en lágrimas al oir aquel nuevo lenguage.

—Soy lord Stive, miss, respondió este examinando el rostro de la jóven para ver el efecto de sus palabras.

—Lord Stive! esclamó Eugenia levantándose y echando á su alrededor una mirada de terror; lord Stive! repitió retrocediendo.

—Nada temais, miss; veo en vuestro terror que se os ha esplicado mal mi carácter, que se os ha hecho comprender mal mi única esperanza. Yo os amo, miss, pero no como Arturo; no para entregaros á la miseria y al abandono. Os amo, pero es para proporcionaros el rango y la distincion á que sois acreedora; para arrancaros de una vida indigna de vos, para colocaros en puesto mas elevado que el que ocupan esas miserables mujeres que han osado calumniaros. Porque yo creo en vuestra inocencia y no condeno sin remision la falta de haberos entregado á Arturo. Yo olvidaré esa falta, ó mas bien la he olvidado ya...; mi amor no quiere conocerla, lo que ha sabido no cambiará en nada lo que ha resuelto, y si os dignais escucharme, dentro de algunos dias, mañana, podreis despreciar desde la cumbre de vuestra opulencia á cuantos han tratado de ofenderos; hasta á Arturo mismo, al insolente Arturo.

La tentacion se hallaba en situacion ventajosa, añadió Satanás; el momento no podia ser mas oportnno, el lenguage no podia ser mas apropiado al oido que debia escucharle.

—Sí, dijo Luizzi; pero todos esos encuentros me parecen cuando menos un tanto inverosímiles.

—Consiste en que la verdad está casi siempre fuera de los alcances de vuestra inteligencia. Por eso han inventado vuestros ingenios lo verosímil, cuya invencion es una cobardia suya, es una adulacion á la necedad comun. Por otra parte, de qué me serviría á mí ser el Diablo si no arreglase la escena de mis dramas algo mejor que los novelistas?

—Segun eso, dijo Luizzi, pusiste en juego todo el poder de tus astucias para hacer sucumbir á una pobre jóven?

—Si, respondió Satanás, y fuí vencido.

—Vencido? repitió Armando.

—Sí, contestó el Diablo; hé aquí la respuesta que Eugenia dió á lord Stive.

—Milord, decis que me creeis inocente y vos mismo me dictais la conducta que debo observar. Aunque la proposicion que me haceís prueba cuan poco sincera es la estimacion que decís profesarme, quiero creer en esa estimacion y quiero mostraros que la merezco.

—Miss, replicó lord Stive, reflexionad y no rechaceis á un hombre que puede llamarse uno de los mas poderosos de Inglaterra.

—No, milord, no, respondió Eugenia con voz serena; pero entrecortada por la opresion de su pecho. No puedo, no quiero aceptar vuestra proposicion... Yo os perdono... pero no quiero... Solo os pido que me permitais retirar.

—No, miss, no; tanta serenidad tras una desesperacion tan violenta debe hacerme temer una funesta resolucion.

—No, milord, no atentaré á mi vida; debo vivir porque soy madre.

Entonces fué cuando se me escapó, continuo Satanás. Tres veces he tenido avocada al suicidio esa mujer y tres veces se ha salvado.

Me quedaba aun el horror de la miseria y tenté este nuevo medio.

Lord Stive, que queria registrar hasta el fondo del alma de Eugenia para poder mejor apoderarse de ella, replicó:

—Implorad la proteccion de las leyes inglesas, id á declarar ante un juez el nombre del padre de vuestro hijo, y ese hombre se verá precisado á reconocer el fruto de su seduccion, á asegurar su subsistencia y la vuestra.

—Oh! milord, esclamó Eugenia volviendo la cara, las jóvenes francesas no vamos á exhibir nuestra deshonra para justificar nuestro derecho. Prefiero la muerte á ese paso.

—Sin embargo, Eugenia, no abandoneis ese estremo recurso, no os espongais á la miseria, pues conduce tambien á la muerte, y si el paso que os propongo os repugna tanto, basta amenazar á Arturo para que repare su falta; estad segura de que si yo le hablo....

—Si le hablais alguna vez de mí, interrumpió Eugenia á lord Stive levantándose, decidle que la victima vivirá para que viva el hijo de su verdugo; decidle que la mujer pobre trabajará para sustentar al hijo del hombre rico:

y decidle que hay un nombre que nunca pronunciarán estos labios manchados por él, y que la hija del pueblo ha pronunciado por última vez, en vuestra presencia, el nombre del muy noble conde sir Arturo Ludney. Quedad con Dios, milord. Nada tenemos ya que decirnos.

Eugenia abandonó aquella casa y se me escapó nuevamente.

Luizzi no pudo reprimir una singular esclamacion de alegria.

—Sí, continuó Satanás con tono siniestro, sí, se me escapó: pero yo devolveré la víctima al Señor, su dueño; tan torturada y moribunda, que le será dificil curarla á pesar de ser Todopoderoso. Escucha, mi amo, y no tengas miedo.

Eugenia salió de aquella casa, y yo la alcancé á los primeros pasos. Yo no desaprovecho los males pequeños: he inventado el arte de rascar las heridas para aumentar la picazon. Eugenia salió de aquella casa, pero no sabia el camino que debia seguir; vagó largo rato perdida en las calles, porque preguntaba y se le habian indicado; porque á los dos pasos del sitio donde habia preguntado se perdian su cabeza y su memoria en el dédalo de su dolores. Si quieres saber lo que en aquel instante era Eugenia, mírala ir, venir, tornar, mirar á las casas, detener á los transeuntes, recibir una injuria por toda respuesta, y volver á tomar su camino para ir, venir y tornar al mismo sitio; figúrate que se hallaba como fuera de sí, que sus pensamientos se agitaban en los dolores de su vida, estraviándose, chocándose, quebrantándose sin que la jóven se volviera loca, sin que Dios tuviera compasion de ella ni yo tampoco.

Al fin, un anciano la sacó de tan horrible estado, y la llevó al obrador muerta de dolor y de fatiga. Llegada la noche, una fiebre ardiente se apoderó de ella, y hasta pasados ocho dias no pudo recobrar su puesto entre sus compañeras. Estos ocho dias habian sido perfectamente aprovechados. Lord Stive, no habiendo renunciado á apoderarse de la jóven, procuraba alcanzar por la desesperacion lo que no habia conseguido por la corrupcion. Puso en conocimiento de Mad. Firet el secreto de Eugenia, recomendándosele con tal eficacia que debia hacerla sucumbir. Yo quiero mucho á Mad. Firet, porque es una mujer inteligente y hábil; como conocia el mal por instinto no necesitaba muchas esplicaciones. La vieja no fue, con arreglo á los deseos demasiado vulgares de lord Stive, á tentar nuevamente el vado echando en cara á Eugenia su estado, y manifestándola cuán dichosa era en hallar tan poderoso protector tras una falta tan vergonzosa; Mad. Firet fue mas diestra que todo eso. Presentóse á Mad. Bernard con la indignacion en los ojos y el sentimiento en la voz, y la dijo que ella, la honrada Mad. Bernard, habia sido indignamente engañada por la hipócrita Eugenia, y que habia descubierto que la desgraciada jóven, si habia abandonado la Francia, solo habia sido por ocultar una preñez vergonzosa. Si solo Mad. Bernard hubiera oido esta manifestacion, quizá la vieja no hubiera conseguido su

objeto; pero Mad. Firet habló con esa voz que, aparentando ocultarse atraviesa los débiles tabiques de un aposento. Dos minutos despues, todo el obrador sabia el estado en que se hallaba Eugenia, y cuando esta bajó, algunos dias despues, fue acogida con sonrisas burlonas, risas despreciativas, chanzas cuyo sentido temia comprender, hasta que no pudiendo soportar mas aquellas activas é incesantes injurias, esclamó en un transporte de cólera, viendo que una jóven se apartaba de ella con aire de desprecio:

—Pero qué teneis, que parece que os causa miedo el tocarme?

—Temo hacer daño á vuestro hijo, la respondió la otra.

Hé aqui como se la devolvieron las palabras que ella habia dirigido á Arturo en un momento de desesperacion.

Es preciso que lo sepas todo, baron, para que conozcas el alma humana, puesto que quieres conocerla. La que insultaba á Eugenia con tanta barbarie habia parido hacia seis meses y habia matado á su hijo; pero como tenia la seguridad de que nadie sabia su crímen, alzaba erguida la frente.

—Satanás, dijo Luizzi, tú me estás hablándo de mónstruos.

—Las monstruosidades de que hablo son el producto forzoso de vuestras costumbres. Como no teneis compasion para con la falta conocida, se oculta bajo el crímen la falta cuya vergüenza no se quiere sufrir. Hélo aqui todo. Ah! si en vuestras costumbres hubiera una justicia tan exacta como la que hay algunas veces en vuestras leyes; si pesárais la falta como pesais el crímen; si os dignáseis ver que pueden ser disculpadas ciertas debilidades como ciertos crímenes, y si el tribunal humano absolviese algunas veces á los que han sido débiles como algunas veces absuelven vuestros tribunales de justicia á los que han sido asesinos; quizá hubiera menos mujeres perdidas que son los enemigos mas implacables de las mujeres solamente desgraciadas, quizá hubiera menos bribones dispuestos á deshonrar al deudor honrado. Mi amo, nadie es malo por el gusto de serlo; en este mundo no hay efecto sin causa. Lo que hay de cierto es, que sois demasiado perezosos ó estúpidos para buscar la raiz de todos vuestros males y cortarla con atrevida mano.

—Quizá tendrás razon, respondió Luizzi; pero cómo pudo sufrir Eugenia tantos dolores sin sucumbir á ellos?

—Porque el alma está formada del mismo modo que el cuerpo, y éste al paso que unas veces muere de una caida de pocos pies, otras vive cubierto de heridas y destrozados todos los miembros. Una mujer se compadeció de Eugenia ó quizá trató de asegurar la tranquilidad de su casa. Mad. Bernard dijo á la pobre jóven que podia volver á Francia, y á fin de que el tormento de su falta no la persiguiese tambien en París, la prometió recomendarla á su hermano para que éste la colocase en su propia casa y la ocultase así en este inmenso París, donde todo se puede ocultar, y donde todo se descubre como en la mas reducida aldea

Eugenia habia ido sola á Inglaterra acompañada de una débil esperanza, y solo volvió á Francia sin esperanza ninguna.

Antes de partir, no habia confesado su embarazo á su madre, y tampoco habia podido confesársele por escrito sin que todo el mundo lo supiera puesto que su madre no sabia leer.

—Es horrible la historia que me estás contando y tiemblo al pensar lo que me vás á decir acerca de la acogida que Juana debió hacer á su hija.

—Te equivocas, mi amo, contestó Satanás. Los dolores infantiles de Eugenia, sus delicados dolores de jóven y el infortunio de una vida colocada fuera de su centro no habian podido penetrar la tosca corteza que cubria el corazon de aquella muger. Pero la desgracia completa, real, inteligible para ella, la enterneció y penetró hasta el fondo de sus entrañas. Juana no maldijo á su hija, no la insultó; lejos de eso, lloró su desventura, la ayudó á ocultar su preñez y su parto, porque á los sufrimientos de que te he hablado es preciso añadir los de una violencia contínua para disimular un estado que cada dia se manifestaba mas á las claras. Eugenia jugaba su vida; pero esa muger que ha sufrido todas las desgracias del mundo, solo ha perdido la salud. Para hacerte ver hasta el último estremo lo que es sufrir; para que sepas si llegas á verte en la miseria, que no eres el ser mas infortunado, voy á presentarte un cuadro que sin embargo no es el mas triste de los que he pintado. La madre de Eugenia que subsistia de la pension que le pasaba su hija, habia abandonado su casa y vivia en un cuarto cuyas ventanas daban á un patio cuadrado. Eugenia participaba con ella de la única cama que habia en esta habitacion. Habia prevenido á una partera que iria á parir á su casa; pero como costára seis francos diarios el hospedage en la miserable casa de la partera, la jóven se veia precisada á esperar el último momento á fin de que su permanencia alli fuese menos larga y dispendiosa. Se habia gastado ya bastante en la envoltura, y el dinero que quedaba estaba calculado, sobre sueldo mas ó menos, en lo que Eugenia necesitaba para el tiempo que debia permanecer fuera de casa. Ir mas allá era esponerse á no poder pagar estrictamente; era esponerse á que la partera fuese á su casa á reclamar en alta voz el salario de su asistencia á la jóven parida. Eugenia esperaba incesantemente el momento fatal. Una noche—serian las dos de la mañana—se sintió con los dolores del parto. Vióse precisada á vestirse á oscuras, porque encender luz á aqüellas horas era mostrar á través de la vidriera desprovista de cortina, á la madre y la hija disponiéndose á salir despues de media noche. Asi, pues, no tuvo mas remedio que bajar poco á poco y de puntillas cuando sus piernas casi rehusaban sostener su cuerpo; no tuvo mas remedio que pasar corriendo por delante del cuarto del portero, cuando apenas tenia fuerza para arrastrarse. Y luego tener que andar una jornada de veinte minutos, en la que ellas emplearon cuatro horas, pues la madre necesitó llevar casi arrastrando á la hija, arrancàndola de todos los

guarda-cantones donde se sentaba imposibilitada de seguir adelante! Al fin llegaron al término de su viaje, y la pobre jóven cayó en un lecho miserable y se vió en las manos de una mujer ignorante que la hizo sufrir dolores aun mas agudos que los que Dios, en un momento de cólera, destinó al parto de la mujer.

Hasta la noche siguiente no dió Eugenia á luz á esa Ernestina á quien ya conoces. Volvió á casa á los cinco dias, y á los quince fué admitida en los ricos almacenes de Mr. Legalet, calle de S. Dionisio.

El Diablo se detuvo, y Luizzi respiró como aquel que subiendo á la cumbre de una empinada montaña se sienta para tomar aliento.

—Vamos andando, mi amo, vamos andando, continuó Satanás; es ya tarde, se acerca el dia y no debemos perder tiempo. Vamos andando si quieres llegar bien informado á la hora que debe decidir de tu vida.

—Vamos, pues, dijo Luizzi.

Satanás continuó:

—La pobre jóven.....

—Todavia la pobre jóven! esclamó el baron.

—La pobre jóven siempre, mi amo; ya vendrán la pobre mujer y la pobre madre. Oirás y verás.





IV.

La pobre jóven siempre.



E he dicho ya que Eugenia se me habia escapado; pero yo, aunque la habia visto resistir al mas violento empuje, no habia perdido la esperanza de verla caer. La esperiencia me habia demostrado que aquel que resiste á un choque violento, cae á veces al mas ligero empellon; todo el arte consiste en dar el empellon á tiempo: unas veces se dá cuando se vé vacilar un cuerpo que se ha bamboleado largo rato, y otras se empuja de repente. Eugenia habia sido tan constantemente desgraciada, que siempre vivia prevenida; y como era fuerte, permanecia siempre de pié. Queriendo hacerla desprevenida, hice que durante el primer año de su permanencia en casa de Mr. Legalet viviera tan dichosa como era posible: al menos descansaban sus dolores. Ricamente asalariada en atencion á su edad y su posicion, tenia á su madre en una aldea inmediata á París,

donde tambien estaba criándose su hija. Cada quince dias iba á pasar alli uno de los domingos que se la dejaba libre.

La única persecucion que volvió á sufrir fué la de Arturo, quien la encontró un dia y la siguió. No era ya tiempo de súplicas ni amenazas; el inglés quiso detenerla, y la jóven le dijo bastante alto para llamar la atencion de los transeuntes:

—Qué quereis, caballero? No os conozco.

—Quiero mi hija, mi hija, respondió Arturo pálido de rabia y de humillacion.

—Cómo se llama vuestra hija, caballero?

—Ved lo que haceis, Eugenia!

—Vos sí que lo debeis ver, replicó Eugenia con desprecio; afortunadamente hay por aquí agentes de policía para detener á los transeuntes borrachos que insultan á las mujeres.

Arturo, el miserable é implacable Arturo, fué vencido á su vez; la injuria le abofeteó impunemente y aun no habia vuelto del mudo furor que esperimentaba cuando ya Eugenia habia desaparecido.

Este encuentro tuvo lugar poco despues de su vuelta de Inglaterra y desde entonces, gracias á mí, ningun otro habia vuelto á turbar la tranquilidad en que se adormia.

Pasado este año, llegó á Paris un jóven de provincia llamado Alfredo Peyrol. Su objeto era terminar su educacion comercial en casa de un banquero de Paris, y habia sido recomendado por su padre á Mr. Legalet. Presentóse á este comerciante y fué acogido como hijo de un antiguo amigo, agradando á Mad. Legalet, y sobre todo á la señorita Silvia Legalet. Era jóven, jovial, entusiasta, decidor y poseia ese tinte de originalidad que da la franqueza de provincia. Contaba con tanta candidez su admiracion á la vista de las maravillas parisienses, y de tales cosas se admiraba, que sin atraerse el ridículo escitaba siempre la risa. Pocos hombres se podrian encontrar mas á propósito que Alfredo para adivinar el ridículo ageno y evitar el suyo. Por lo demas, estaba dotado de una organizacion atrevida, resuelta, hábil, paciente, que le hubiera llevado muy lejos á no contenerle el temor del qué dirán. Así es que su naturaleza y su educacion vivian en contínua lucha. Largo tiempo pasó sin que Eugenia echase de ver las atenciones de que era objeto por parte de Alfredo; pero al fin se apercibió de ellas de un modo singular. La señorita Silvia se habia apasionado al bello provinciano que iba á pasar un rato todas las noches al obrador donde se hallaban reunidas una docena de jóvenes. Alfredo tenia ya veinte y cuatro años, pero aun era muy jóven de corazon, y la vida retirada que habia pasado en el seno de su familia le habia lanzado al mundo con un carácter formado para les negocios y un alma en estremo ignorante para las cosas mas vulgares de la sociedad; todo esto contribuia á hacerle mas amable. Silvia habia quedado una noche

acompañando á Eugenia para acabar un trabajo que corria prisa, y acercándose á su compañera de labor, la dijo en voz baja, aunque todo el mundo estaba ya acostado:

—No habeis echado de ver que me obsequia Alfredo?

—No, respondió Eugenia que acaso no habia alzado dos veces la vista á Alfredo desde que este iba á casa de Mr. Legalet.

—Segun eso, creeis que no me ama? repuso Silvia alarmada.

—No digo eso : lo único que puedo decir es que yo nada he visto. Será tal vez culpa mia, porque soy tan distraida!

—Pues bien, Eugenia, observadle; yo os lo suplico.

—Y por qué?

—Porque... quisiera saber... si me equivoco.

—Y qué os importa?

—Es que... le amo, dijo Silvia bajando los ojos.

Eugenia la miró. Amar era para ella una palabra que habia oido pronunciar muchas veses, pero que tenia una significacion terrible. Creyó ver aparecer en aquella palabra, por una parte todas sus desgracias, y por otra todos los desórdenes de Teresa. Pero así que observó el rostro cándido y bello de Silvia, creyó apercibirse de que habia un amor diferente del que ella conocia, un amor dulce para el corazon.

—Ah! con que le amais! dijo con lentitud.

—Sí, le amo. Cuando le veo entrar, veo al que he esperado todo el dia; cuando me habla, me parece que su voz no es como la de los demás; me parece que su voz me toca como si él me tocára con su mano, y la oigo en todas parte. Cuando me dirige una galanteria, me creo tan dichosa que se me saltan de gozo las lágrimas; cuando se rie de mí, me pongo triste, tan triste que se me saltan las lágrimas tambien.

—Oh! murmuró Eugenia, cuánto debe agradecer el que le ameis así!

—Si no lo sabe! Eso no se puede decir.

—Pero él no os ha dicho nada?

—Pues qué, se atreveria acaso? Mi cuñado Luis quiso á mi hermana dos años sin decírselo, tanto que mi padre se vió precisado á decírselo él mismo á mi hermana.

Qué vida tan diferente de la que Eugenia habia pasado! Qué amor tan diferente del que ella conocia! Qué sombras tan frescas, tan sonrosadas y nuevas para el corazon que habia atravesado tan terribles precipicios, y cuya existencia no tropezaba ya con mil obstáculos agudos, porque se hallaba en un desierto! Los ojos de Eugenia se arrasaron de lágrimas; pero la infeliz las reprimió porque ella no hubiera podido esplicar su secreto á la que con tanta ingenuidad le manifestaba el suyo. Eugenia, llena de curiosidad por ver á alguien caminar delante de ella por la hermosa senda que le estaba ya vedada, prometió á Silvia observar si Alfredo la amaba. A la mañana siguiente

fijó la atencion en el jóven y echó de ver que era para Silvia lo que era para las demas, y que si alguna era privilegiada en sus atenciones era ella misma. Pero Eugenia no se detuvo en esta observacion, que ni aun llegó á ocupar un instante su pensamiento. Llegada la noche, Silvia se dirigió nuevamente á Eugenia.

—Vamos, la dijo, no es verdad que me ama? Esta mañana ha dicho que visto encantadoramente.

—No hay duda, contestó Eugenia que temia que aquella alma tan ingénua se comprometiese imprudentemente; no hay duda que os lo ha dicho, pero tambien me lo ha dicho á *mí*.

—Sí, pero ha sido por disimular. No vísteis como recogió mi bordado cuando yo le dejé caer? Y dijo que era muy bonito, y le tuvo un rato en la mano para tocar lo que yo habia tocado! Y cómo me miró al devolvérmele! Ese bordado me abrasó al tomarle!

—Es verdad, dijo Eugenia: es verdad, repitió inclinando la cabeza.

Despues guardó silencio hasta que Silvia le preguntó:

—Pero en qué pensais?

—En nada, en nada: luego prosiguió: sin embargo, no quiero engañaros ni dejaros amar, puesto que creo no sois amada; porque debe sufrirse horriblemente cuando una halla desprecio por amor.

—Qué hay pues? dijo Silvia.

—No habeis notado que hace un momento ha dejado caer su pañuelo una de nosotras, y que él le ha alzado del suelo, reteniéndole bastante tiempo?

—Sí, sí, dijo Silvia; pero era el vuestro. Además, le ha estrujado anudándole y volviéndolo á desatar: se hacia con él una especie de velo y se cubria la cara; pero entonces reia, jugaba y estaba alegre: es muy diferente.

La vieja Eugenia habia descubierto lo que era el amor en un corazon jóven. En aquel momento descubrió la ceguedad natural que va unida siempre á esta pasion, y temiendo desgarrar aquella alma delicada haciéndola ver su error, esperó aun para atreverse á decirla la verdad. Por otra parte, no podia engañarse ella misma, ó no era posible que hubiese perdido su inteligencia en las cosas inocentes?

De este modo se pasaron los dias, y Eugenia, que observaba de contínuo las menores acciones de Alfredo, casi se vió obligada á conocer que era á ella á quien se dirigian esas miradas, esas palabras de doble sentido, esos instantes de alegria, esas nubes de tristeza, por la cuales habla sin cesar un corazon que aun calla. Durante este tiempo Silvia no veia nada, ó mas bien, no reparaba mas que en lo que podia halagar su esperanza, y confiando todas las noches á Eugenia los frágiles indicios por los que creia adivinar el amor de Alfredo, enseñaba á su rival que las señales, mucho mas seguras

que esta observaba solo eran las de un verdadero amor. Eugenia tenia piedad de esta niña, y se acusaba de ser amada como si la hubiese engañado. Demasiado dolorida aun de los crueles golpes de que se habia librado, quiso evitar todo lo que pudiese volver á agitar su vida en cualquier lucha interior. Desde entonces procuró poner entre ella y Alfredo obstáculos que este no pudiese superar. Bajo pretesto de que el sitio en que se hallaba colocada estaba demasiado lejos de un quinqué que ardia cerca de Mad. Legalet, se retiró á un rincon y detras de la larga fila de sus jóvenes compañeras. Con esto no hizo mas que proporcionar á Alfredo la ocasion de hacerla ver que la buscaba en todas partes, y que en todas partes sabia alcanzarla. El jóven quitaba su obra á esta, hacia llamar á la de mas allá, hacía mudar de puesto á la otra, y de silla en silla, llegaba al lado de Mad. Legalet y de Eugenia, á la que no osaba decir nada, pero en cuya atmósfera respiraba.

Mad. Legalet reia mucho todas las locuras del jóven y le llamaba jovialmente el tirano del obrador.

Luego, por la mañana, Silvia queria sentarse tambien en el rincon retirado en que se colocaba su madre, y como Alfredo iba allí aun, pensaba que habia ido por ella, porque la habia seguido. Otras tardes, si Eugenia habia atado una cinta negra al rededor de su cuello, Alfredo aseguraba que las cintas negras eran un adorno delicioso. Y Silvia decia á Eugenia:

—Eso es que desea que me ponga una cinta negra, porque piensa que me sentaria maravillosamente.

Silvia se ponia la cinta, Eugenia se quitaba la suya, y cuando llegaba la tarde, descontento Alfredo, la decia por lo bajo, pero de modo que pudiese ser oido por Eugenia, lanzándo á esta al mismo tiempo una mirada de reconvencion:

—Sois buena y amable, y no teneis miedo de poneros lo que me agrada.

A la hora de las confidencias, Silvia decia á Eugenia:

—Veis cómo me ha dado las gracias por haberme puesto una cinta negra? Oh! seguramente me ama.

El eco del corazon de Eugenia repetia: me ama! Y ciertamente era un espectáculo bien estraño el de aquella jóven tan ingénua y tan ignorante, advirtiendo á su rival todos los obsequios que se le tributaban, y haciendo la confesion de un amor que sin todo esto acaso ella no hubiera sabido comprender.

El disgusto que Eugenia esperimentaba en las confidencias de Silvia, la frialdad con que acogia las palabras de aquella niña, no bastaban á imponer silencio á su jóven pasion. A pesar de todos sus esfuerzos, se veia obligada á oir hablar de ello sin cesar, y como un dia dijese á Silvia que su madre la reprenderia si llegaba á saber que ella le ayudaba á alimentar un amor que acaso no aprobase, Silvia la respondió al instante:

—Oh! mi madre lo sabe y no me riñe por eso: Alfredo es un jóven

tan honrado, tan respetuoso y tan bien educado! Mi madre es quien me ha dicho todo esto, y de seguro le admitirá el dia en que pida mi mano.

Todas las palabras de Silvia herian dolorosamente á Eugenia : sobre todo la palabra *casamiento* la fué bien dolorosa. Podia ella casarse, ella, pobre niña perdida! Y aun suponiendo que el amor de Alfredo fuese tan sincero como debia creerlo, segun lo que se la decia de un amor puro, no debia renunciar á él?

Hé aquí cuán ingeniosa es la pasion para introducirse en el corazon! Desde el momento en que Eugenia creyó se la consideraba indigna de ser amada, la hacia padecer la idea de no serlo, y el amor de Alfredo que tanto temia dejar tomar aumento, temió igualmente perderlo.

Entonces dudó: quiso ver si tambien, como Silvia, era presa de una ceguedad loca, y evitó el aproximarse á Alfredo, no por huir de él, sino para esperimentarle. El jóven la persiguió con la misma destreza y perseverancia: se acercaba á ella por mil medios que no puedo decirte. Eugenia le seguia con ansiedad en todas estas pequeñas maniobras, y cuando lo habia conseguido y ya no podia dudar por mas tiempo, que él era dichoso en estar á su lado, ella tambien lo era en estar cerca de Alfredo. Le estaba reconocida porque la amaba á pesar de su falta, como si él la hubiese conocido, y se dormia algunas veces entreviendo la felicidad, porque ella tambien le amaba.

Lo ignoraba todavia, cuando volviendo un dia del campo de ver á su hija, se la díjo que una nueva oficiala habia sido admitida en casa de Madama Legalet. A la mañana siguiente llegó su terror al estremo á la vista de su nueva compañera: era Teresa. Esta la recibió descaradamente como á una amiga; pero Eugenia no pudo contener la agitacion de su corazon, y despues de dar una respuesta glacial á todas las preguntas de Teresa, se apartó de ella y evitó el hablarle.

En ciertas circunstancias se desliza rápidamente la vida. Eugenia habia pasado todo el dia en el terror que la inspiraba el que Teresa divulgase su secreto. No obstante, este temor no habia tenido toda la estension que tú puedes creer. La tranquilidad de su alma habia restituido la fuerza á Eugenia; el testimonio de su conciencia la sostenia, y se habia dicho interiormente que en caso de desesperar de su causa, dejaría aquella casa y buscaria otro asilo. Pero cuando llegó la tarde y apareció Alfredo, el espanto que Teresa habia inspirado á Eugenia, y contra el cual se habia sentido esta con fuerzas suficientes para luchar, dominó completamente su alma. En el primer impulso de su temor, quiso ocultar el amor de Alfredo, y redobló las precauciones para conseguirlo. Así pues, deseaba este amor puesto que le protegía contra una delacion. Despues, antes de concluida la velada, cuando comprendió que Teresa lo habia adivinado, sintió que no tendria contra el desprecio de Alfredo la misma fuerza de ánimo que habia tenido

contra el desprecio de los demás, y por un momento la orgullosa Eugenia tuvo el pensamiento de implorar la piedad de aquella Teresa que le habia perdido. Pasó el resto de la noche con los ojos bajos y llenos de lágrimas sobre su labor, y cuando se levantó para retirarse, Teresa se acercó á ella y la dijo con un tono en que reinaba la cínica ironía del vicio:

—Es gallardo tu nuevo amante; pero tiene el aspecto un poco simplon. Es un buen incauto que atrapar.

Eugenia se indignó estraordinariamente al oir palabras tan infamantes, y no pudiendo responder á ellas, se volvió disgustada hácia otro lado.

Teresa se vengó del desprecio que tan bien merecia devolviéndole á la que no era digna de él. A los pocos dias Teresa conoció el amor de Eugenia lo mismo que el de Silvia.

Entonces se acercó mas á esta, provocó las confidencias que Eugenia rehusaba hacia mucho tiempo, y segura del error de Silvia, se le mostró, desgarrando desapiadadamente su jóven corazon, porque en su desesperacion heria sin piedad el de Eugenia.

—Oh! esclamó Silvia cuando Teresa la dijo que Eugenia amaba á Alfredo. Oh! es imposible: ella, á quien se lo he dicho todo, á quien he confiado todo lo que tengo en mi corazon, me engañaba y se burlaba de mí; estoy segura de ello. Es una crueldad y una perfidia sin ejemplar. Todo se lo contaré á mi madre.

—Y hareis bien, respondió Teresa que sabia manejar hábilmente todos sus medios de venganza.

Silvia corrió á contar esta gran traicion á su madre, que mostró aun mas indignacion que aquella, porque se creia con el derecho de exigir de Eugenia mas que su misma hija.

Por la mañana Mad. Legalet hizo llamar á Eugenia, y antes de entrar en esplicaciones, la mostró una carta. Era la misma en que Mad. Benard habia recomendado á Eugenia á su cuñada. Esta carta contenia todos los secretos de la desgraciada jóven.

Eugenia la leyó con la cabeza baja, y se la devolvió á su maestra.

—Ya lo veis, dijo Mad. Legalet, lo sabia todo, y sin embargo, nunca he dicho una palabra, jamás he pronunciado una frase que pudiera humillaros delante de vuestras compañeras: yo os he evitado hasta la pena de tener que sonrojaros delante de mí, y me recompensais escitando con vuestras coqueterías el amor de un jóven destinado para mi hija, de un hombre á quien ama esa pobre niña con un amor puro é inocente, mientras que el vuestro no es mas que un bajo y odioso cálculo.

De este modo, despues de haber calumniado la vida de Eugenia, se calumniaba hasta su amor. Sintió las lágrimas prontas á brotar de sus ojos, empero se contuvo y respondió:

—No, señora, no, yo no he hecho nada para atraer á Mr. Alfredo, y no le amo!

—Pues bien! en ese caso, señorita, puesto que es á él solo á quien hay que curar, yo le diré lo que sois y quién sois.

—Oh! señora, esclamó Eugenia cayendo de rodillas; dejaré vuestra casa, me iré, pero no le digais nada, no me deshonreis á sus ojos: qué os importa mi daño si voy á alejarme de aqui?

Mad. Legalet reflexionó un momento, y continuó:

—Sí, sé que habeis sido mas desgraciada que culpable, pero no corrijais vuestra falta abusando del amor de un hombre honrado: una jóven tiene siempre los medios de hacerlo cuando quiere, y vos los encontrareis si los deseais vivamente. A este precio no os despediré: á este precio yo os prometo callarme.

—Al fin, dijo Luizzi, hé ahí una buena mujer.

—Bah! replicó el Diablo, si se quisiese mirar el fondo de aquella indulgencia, quizá se encontraria en ella un infame cálculo.

—Todavia? murmuró el baron.

—Sí; Mad. Legalet pensaria acaso que si Eugenia salia de su casa, podia Alfredo no volver á poner los pies en ella, y entonces, adios todos esos bellos proyectos de casamiento de su hija con un jóven que gozaba doce mil buenas libras de renta, y cuyo padre era muy rico.

—Eres un cruel comentador, Satanás, replicó el baron.

—No, pero soy el espíritu de contradiccion endiablado, y encuentro casi siempre vuestros desdenes tan estúpidos como vuestras admiraciones.

—El tiempo vuela, dijo Luizzi, y....

El Diablo continuó:

Eugenia aceptó las condiciones de Mad. Legalet, y aun algo mas: aceptó las largas veladas pasadas en presencia de Alfredo, mientras que una mirada escrutadora la observaba: mientras que la era preciso rechazar con aspereza proposiciones que todos veian entonces: burlada cuando habia conseguido inspirar bastante enojo á Alfredo para que fuese á dirigir á otra palabras que debian hacer creer á Eugenia que aquel amor que la hacia tan dichosa no habia encontrado el mas ligero obstáculo; insultada cuando no le habia solicitado con empeño; siempre amenazada de ver publicado su secreto, sufria todo esto porque amaba, pues tanto sojuzga el amor á las mas fuertes naturalezas que las obliga á beber hasta las heces los mas amargos disgustos. Tal es la historia del hambre y de la sed, mi amo: cuando aquejan al hombre estas dos necesidades, el que ha vivido con pan negro ó con buena carne, come y bebe con avidez lo que antes le hubiera revuelto el estómago.

La presencia de Alfredo, el sonido de su voz, eran el alimento con que se nutria Eugenia, y no se sentia con la fuerza suficiente para renunciar á él. aunque fuese objeto de las mas denigrantes injurias.

Tambien es preciso decirte, para que comprendas toda la intensidad de aquel amor, que el secreto de Eugenia, para su tormento, no estaba solo en manos de Mad. Legalet. Teresa, la impudente Teresa, le habia hecho deslizarse entre todas las jóvenes del almacen, y volvieron á empezar las insolencias y los insultos de Lóndres, pero mas vivos, mas atroces é intensos, porque se dirigian á un corazon en que herian á la vez el amor y el orgullo.

A pesar de todo, Alfredo habia comprendido que un cambio tan repentino en la conducta de Eugenia, y en las costumbres de sus compañeras, debia tener una causa, y pensó cabalmente que habian conocido su amor, y adivinó los proyectos de Mad. Legalet; resuelto á no permitir que nadie abrigase locas esperanzas, y al mismo tiempo á dar ánimos á la que se tiranizaba sin duda por su causa, Alfredo confesó una noche, aparentando que no se dirigia á nadie, que pensaba casarse, porque hacia ocho dias que habia cumplido veinte y cinco años: dijo tambien que se curaba muy poco de la fortuna, porque aunque no contaba con una asegurada, sabria conquistarse una posicion independiente: por último, añadió que ningun ardid bastaria para impedirle casarse con la mujer que escogiese, y á quien amaría, aunque fuese salida de la última clase del pueblo, fuese pobre, ó fuese una sirviente.

Mad. Legalet comprendió á quien se dirigia semejante discurso, y dispuesta á decir á Alfredo que no volviese á su casa, quiso antes vengarse de la pérdida de sus esperanzas, y apenas hubo concluido de hablar aquel, añadió:

—Esos son sentimientos muy nobles, señor Alfredo, pero supongo que á todas las cualidades que deseais tenga la mujer que haya de ser vuestra esposa, añadireis la de que sea una jóven honrada.

A esta palabra Alfredo se levantó y Eugenia tambien: el jóven palideció al mirar la espantosa espresion del rostro de Eugenia: habia un adios eterno en aquella mirada. Despues, Eugenia dejó su labor sobre la mesa, y salió de la estancia para no caer loca y anonadada de vergüenza delante del hombre que amaba. En seguida, atravesando el almacen que estaba en el piso bajo, llegó hasta el piso quinto de la casa. Yo habia preparado un magnífico juego, mi amo: la ventana estaba alta y abierta; Eugenia acudia al suicidio jadeante, loca, desesperada: algunos pasos mas, y era mia.

Alfredo la habia seguido: olvidando toda circunspeccion, haciendo pedazos todos esos lazos tan endebles y tan fuertes para él, que llamais conveniencias, habia perseguido á Eugenia, y la detuvo en el momento en que iba á pasar el umbral de su puerta.

—Me habeis comprendido, la dijo, me habeis comprendido; yo os amo, sé que sois pobre, sé que vivís del trabajo de vuestras manos, pero esto no ha hecho mas que aumentar mi amor hácia vos. No temais á nadie, yo os

daré mi nombre, os haré rica, y entonees, os lo juro, ninguna persona se atreverá á insultaros ni calumniaros.

Eugenia miró á aquel noble jóven que, de rodillas delante de ella, estrechaba sus manos, acariciándola amorosamente.

—Me amais? le dijo: pues bien, yo tambien os amo! voy á daros una prueba de ello, puesto que no quiero engañaros.

Abrió un cajoncito, y tomó una carta que entregó á Alfredo. Esta carta no contenia mas que estos tres renglones.

Señorita:

«Procuiad venir el domingo: vuestra hija está un poco enferma, y vuestra madre me acusa de que no la cuido bien.»

Cuando Alfredo concluyó de leer la carta, quedó inmóvil delante de Eugenia. Esta le miraba, porque era la vida ó la muerte lo que iba á salir de los labios de aquel hombre. Veia su rostro agitado, sus manos temblorosas, sus ojos estraviados que se apartaban de ella. En fin, conociendo Alfredo que su razon se perdia en un conflicto de pensamientos tan diversos, respondió á Eugenia:

—Mañana, mañana os contestaré.

Despues de estas palabras, Alfredo se marchó no queriendo oir nada, y Eugenia quedó sola.

Escucha, mi amo, voy á hacerte comprender lo que es un dia de semejante espera, lo que es la incertidumbre. Hé aqui que tengo que decirte que tal vez no estas tan arruinado como piensas.

—Gran Dios! dijo Luizzi.

—Pero acaso lo estés mas de lo que crees. De todos modos, lo sabrás mañana por la noche.

—Dices la verdad? esclamó Luizzi, dices la verdad?

Y al punto, en vez de escuchar al Diablo, se puso á recorrer la estancia lanzando las esclamaciones mas locas y desesperadas.

—Oh! si fuese posible! decia: pero no, tú me engañas, tú te estás burlando de mí, y me das esta esperanza para hacerme mas horrible mi miseria. Habia yo aceptado su carga, me has hallado tal vez con demasiado valor, y quieres redoblar el peso por medio de una recaida. No obstante, si quisieras decirme.... y por qué esperar á mañana? Habla, Satanás, y no me dés incertidumbres mas atroces que mi desgracia.

El Diablo miró á Luizzi con desprecio, y le respondió:

—Eugenia fue mas fuerte y mas noble que tú: no tuvo esos gritos convulsivos; no se paseó como una loca, derribando los muebles, alborotando para despertar á toda la casa, y sin embargo, era mas que una fortuná lo que podia perder; era la esperanza, y la última esperanza de su corazon.

—Y la consiguió, dijo Luizzi, puesto que ha llegado á ser Mad. Peyrol.

—Sí, contestó el Diablo: á la mañana siguiente la escribió Alfredo estas solas palabras: «Quereis ser mi esposa?»

—Y entonces fue feliz, dijo Luizzi, que no escuchaba ya. Fue rica y amada, tuvo una familia y una sociedad, y esta triste historia tuvo un desenlace venturoso: ha sido menos lastimosa que lo que yo creia.

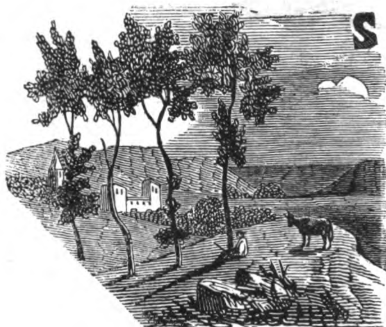
—Entonces, repuso el Diablo, empezó el nuevo capítulo de esta historia: *Pobre mujer!*





V.

Pobre mujer.



Sin duda, dijo Luizzi, este será un capítulo como otros muchos: se tratará de un marido enamorado durante algunos meses, que abandona su mujer, despues de echarla en cara todo lo que ha hecho por ella, y que la entrega al desprecio, á la soledad.....

—No, mi amo, contestó el Diablo; no es eso; este capítulo, si pudieras oirle, duraria mas tiempo que todos los que le han precedido; pero en verdad que has llegado á ser incapaz de escucharme. Tienes actualmente una esperanza personal: ésta y el egoismo han invadido tu alma; eres como la sociedad adonde fué lanzada Eugenia, temes perder el tiempo al ocuparte de ella, porque no es la única tabla de salvacion qne te queda.

—Te engañas, Satanás, dijo Luizzi; te escucharé, pero mira que se acerca el dia, despáchate.

—Bien, continuó Satanás; te hablaré, como me escuches, sin detenerme en pormenores y sin llamar una atencion que no tienes. Entretanto, hé aqui por qué Eugenia fué una pobre muger.

Porque entró en el mundo con un testimonio vivo de su falta; porque tenia un marido que la amaba bastante para creerla inocente, pero que sin embargo no era suficientemente fuerte para hacerla aceptar como tal; y en fin, porque para ella nada conservó el sentido vulgar de las acciones ordinarias, cuando estas mismas acciones no tenian un sentido particular

Lo primero que hizo Mr. Peyrol fué llevar a su mujer á su provincia; pero se habia casado contra la voluntad de su familia, aunque con el consentimiento de su padre. Este recibió á su nuera y la protegia casi tanto como su esposo; pero hay cosas para las que toda proteccion es inútil, esto es, la fria acogida de las cuñadas y cuñados, la impertinencia de ciertos cumplimientos y de ciertos olvidos, el nombre frio y ceremonioso de *Señora* dirigido contínuamente á Eugenia por personas cuya familiaridad no se servia para los demas sino de una palabra amistosa; y no pndiéndola espulsar de un salon, parecia escluírsela de la familia. Ademas de esto, la atormentaban mil circunstancias de esas que punzan el corazon sin poderse quejar de ellas el que padece: no le habia sido devuelto en paseo un saludo, lo que Eugenia no se atrevia á esplicar cemo hubiera podido hacerlo cualquiera otra mujer; una visita rehusada por personas cuya ausencia era tanto mas notable cuanto que pasaban diez veces por bajo de las ventanas de Mad. Peyrol para entrar en casa de alguno de su nueva familia.

Pero lo que mas conmovia su corazon era esa niña á quien Mr. Peyrol no habia podido dar su nombre y de la cual se pedian aproposito la esplicaciónnes, cuando no se ignoraba quién era y lo qué era. Si Eugenia la llevaba por casualidad á una sociedad ó á un paseo, inmediatamente se la cogia para decirla:

—Oh! qué hermosa es la entenadilla! Cómo se llama tu mamá?

—Madama Peyrol.

—Y tu papá?

—No le conozco.

—Pobre niña! qué linda es! es mucha desgracia el que no conozca á su padre.

Esto pasaba delante de Eugenia, que hacia salir á Ernestína con una niñera; pero esto se decia con mayor crueldad aun, en su ausencia. Y la niña cuando volvia contaba ingénuamente todo esto á su madre que la prohibia entonces salir. Este era un nuevo motivo para que llorára, porque Ernestina, que veia jugar alrededor de sí á los demas niños, preguntaba con lágrimas que evocaban las de su madre, porque no se la permitia como á ellos los juegos de su edad. Para reemplazar estos juegos que no se atrevia á consentirla su madre, satisfacia sus menores caprichos, de donde resultó que

Ernestina llegó á ser bien pronto la niña mas voluble y la mas absoluta y caprichosa.

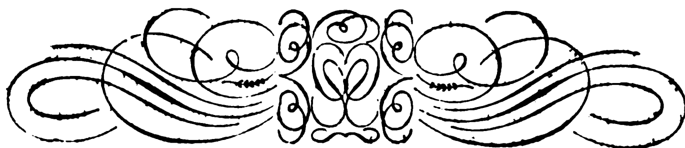
Mr. Peyrol se dedicó enteramente al servicio de su casa sosteniendo una lucha contra su familia hasta el caso de desavenirse con sus hermanos y hermanas: no veia á su padre sino furtivamente y cuando sabia que estaba solo. En efecto, el enojo de este habia acabado por ceder, y amenazado del abandono de todos los demas hijos, á los cuales nada tenia que echar en cara, ni aun una accion noble, ó del abandono de Alfredo, habia pronunciado una sentencia contra el hijo que mas estimaba en el fondo de su alma, porque aquel hombre era sin embargo un noble anciano. Mas para llegar á este resultado, tuvo que presenciar mil escenas, pueriles al parecer, pero horribles en realidad: en la mesa se servia á todo el mundo menos á Eugenia; en el juego todos rehusaban ir de compañeros con Eugenia, y en los bailes jamás se la sacaba á bailar, si es que se la convidaba á ellos, lo que sucedia tambien pocas veces; esto se hacia casi siempre hasta que se acabó por dejarla abandonada en su casa. Alfredo acompañó á su mujer en la soledad que se habia impuesto, y Eugenia esperimentó el último dolor, al ver que habia hecho perder la felicidad al que se habia consagrado á la suya.

Lo que ahora te refiero en pocas palabras duró largos años, hasta el momento en que se cansó Alfredo de luchar con esos pequeños ódios de provincia, que no pudieron calmar ni la conducta egemplar de Eugenia, ni el respeto de que su marido la rodeaba. No eran estas, á decir verdad, desgracias horribles; pero eran ese suplicio para el cual habeis encontrado una palabra muy apropósito: el tormento á alfilerazos. Entonces Alfredo se decidió á volver á París; en esta inmensa ciudad pasó algun tiempo ocultando lo que era Ernestina, y haciéndola pasar por hija suya, y gracias á este engaño, obtuvo algunos dias de reposo. Pero cuando empezaba á recobrar su esperanza, murió hace año y medio volviendo del Havre, de resultas de la esplosion de una máquina de vapor.

Entonces, á las desgracias de la falsa posicion, sucedieron las de la ruina; tú conoces todas ellas, has estado á punto de volverte loco; tú, que eres hombre, tú que no tienes que vivir mas que para tí mismo, mientras que Eugenia quedaba con una niña acostumbrada al lujo, con una niña que iba á sumergirse en la miseria, con una niña que.....

—Empieza ya el capítulo: *Pobre madre*, no es verdad? Date prisa, pues te escucho.

—No, dijo el Diablo, es ya de dia: tú mismo verás ese capítulo.



VI.

Pobre madre etc.



El Diablo habia desaparecido, y Luizzi se cercioró abriendo los postigos y ventanas, de que el dia estaba menos avanzado de lo que él creia. El primer objeto que llamó su atencion fue la correspondencia que le habia llevado la noticia de su ruina. Volvió á leerla de nuevo. La esperanza que el Diablo le habia devuelto, y que le habia lisonjeado un momento, se borró ante una nueva lectura. Sabia demasiado bien que el Diablo no le habia ofrecido jamas una suerte favorable sino para atraerle á algun lazo en donde encontrase una desgracia. Ademas de esto, no le habia dicho Satanás: quizás no estás arruinado, pero quizás lo estés mas de lo que piensas?

El baron se determinó, pues, á obrar como si su ruina fuera cierta: por otra parte, Eugenia le parecia la mujer que él habia soñado. Todos los disgustos que habian nacido de su situacion no le espantaban ya, una vez casada Ernestina, y llevando un nombre tras del cual no se iria á buscar el que se debia suponer. Bajó, pues, al salon, decidido á aceptar las ofertas de Mad. Peyrol y á hacerse admitir como el quinto en el contrato de

los pretendientes. Sin embargo, una cosa le asombró, y fue que el dia en vez de crecer y de presentarse en todo su esplendor, declinaba sensiblemente. Un singular temor se apoderó de él: esta narracion, que él creia no haber durado mas que una parte de la noche, habia sido prolongada por el Diablo hasta el fin del dia fatal? No pudo dudar ya cuando, atravesando el comedor, encontró la mesa sin levantar: entonces, cogido de improviso por esta nueva astucia del Diablo, corrió hácia el salon, donde entró como un loco: una porcion de personas estaban silenciosamente colocadas alrededor de una larga mesa. Su entrada, el asombro pintado en su rostro, ocasionaron un movimiento de sorpresa, y cada uno le miró con aire de piedad. M. Rigot se adelantó hácia él y le dijo bastante alto para que todo el mundo lo oyese:

—Ah! ved aqui al señor baron! He sabido las malas nuevas que os han llegado, y he prohibido que os vayan á perturbar á vuestro cuarto. Señores, cuando uno se ve arruinado asi de golpe, recibe una gran impresion; y sobre todo vosotros, grandes señores, que no estais acostumbrados á la miseria como nosotros, pobres aldeanos. Pero os doy las gracias por haber tenido bastante imperio sobre vos mismo para asistir á nuestra fiesta de familia.

Luizzi, repuesto un poco de su turbacion, balbuceó algunas palabras y echó una mirada á Eugenia, que se apoyaba humildemente en una esquina de la mesa. Se veia que habia llorado mucho todo el dia; miró ella tambien á Luizzi, que la saludó con un respeto que no la habia mostrado cuando ella se dirigiera á él, pero que procuró hacer resaltar al dirigirse él á ella. Entre los personages presentes á esta escena, habia uno en el que Luizzi no habia reparado aun; era éste el notario, que le examinaba con una mirada muy particular al través de los vidrios de sus anteojos. Pareció á Luizzi que conocia á aquel hombre; la espresion de su rostro, mas que sus facciones, le habia chocado ya; trataba de recordar en qué sitio y en qué época le habia hallado, cuando dieron las siete.

—Ya llegó el momento, esclamó Rigot, la operacion va á empezar; metamos en un sombrero los tres nombres de estas señoritas; se los va á sacar uno despues de otra para saber cuál de ellas ha de escoger la primera. El señor baron nos hará este favor, puesto que no está comprendido en el número de los competidores.

—Yo no he dicho eso, murmuró Luizzi, impelido por el espanto de la miseria que le aguardaba, y retenido, sin embargo, por un resto de honradez.

—Ah, ah! dijo M. Rigot, con la noche viene el consejo, á lo que yo veo. Señor baron lo celebro.

Luizzi inclinó la cabeza ante esta injuria, que habia encontrado tan fácil de aceptar cuando se dirigia á otro que á él. Oyó entonces la risita seca y aguda del notario, y le pareció que ya habia oido aquella risa, pero no pudo recordar en qué circunstancias.

Esta risa dominó el murmullo de disgusto que se levantó entre los concurrentes, y que concluyó por estallar en apóstrofes groseros.

—Ah, ah, dijo el procurador! M. Rigot tiene razon; con la noche viene el consejo y la ruina tambien.

—Bueno, esclamó el oficial de notario; estoy seguro de que como pudiera no seria solo un contrato de matrimonio el que el señor firmaría.

—La resolucion del señor baron, añadió el par de Francia, le hace tanto mas honor, cuanto que es mas tardía; esto no es mas que una faz del peligro en que se muestran los ánimos esforzados.

—Quisiera que hubiérais dicho que no soy mas que un fátuo, repuso Luizzi, para que estuviérais persuadido de ese ánimo.

—Buscaré la prueba cuando gusteis.

—Al momento, caballero.

Y se disponian á salir, cuando Rigot esclamó:

—Cualquiera de vosotros que salga de aqui para irse á batir, será escluido del concurso.

Es preciso decir en honor del baron, que M. Lémée fué el que primero se detuvo.

Rigot continuó:

—Y el primero que dirija una amenaza será asimismo escluido.

—Yo no he pronunciado una palabra, dijo el bello dependiente de agente de cambios.

El mas profundo silencio siguió á este pequeño incidente, y M. Rigot repuso:

—Hermana mia, sobrina mia, sobrinita mia, ved aqui cinco buenos mozos todos convenientes y todos de buena edad. Prestad atencion para asesoraros en este punto. La conveniencia de las edades es la primera base de la felicidad. Recapitulemos: M. de Lémée tiene veinte y cinco años.

—Treinta querreis decir, advirtió el jovencito, lanzando una mirada á Mad. Peyrot.

—Bien! dijo Rigot. El señor procurador tiene un poco mas edad, no es eso?

—Veinte y cinco años, gritó M. Bador empinándose ante Ernestina.

—M. Marcoine tiene......

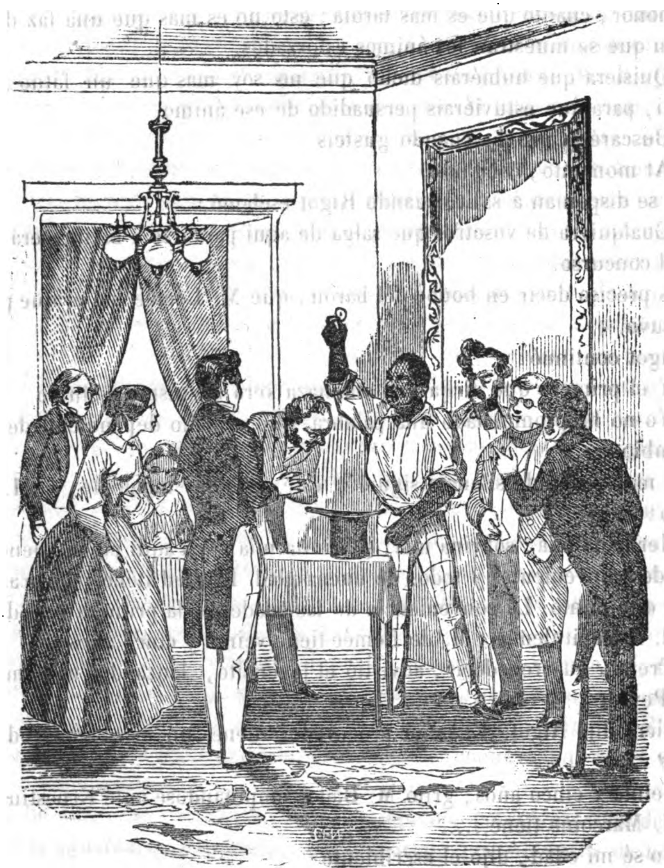
—No sé mi edad, dijo el escribiente.

—Y M. Furnichon?

—Tengo la edad que se quiera.

—En cuanto al señor baron tiene treinta y dos años, lo sé. Podremos, pues, empezar; pero, puesto que el señor baron es del número de los pretendientes, no puede hacernos el favor de sacar los nombres. Ese gracioso Akabila es el que nos va á servir de niño. Vamos, anda villano, ó me hago chinelas con el cuero de tu trasero.

Y antes que el desgraciado Akábila hubiera comprendido lo que se queria de él, fue amonestado por el pie de Rigot, que parecia ir á informarse de sus futuras chinelas.



El hijo de rey metió la mano en el sombrero, y sacó un nombre. Era el de Ernestina. El procurador, que estaba á su lado, lanzó un suspiro que fué repetido en coro por Mr. Marcoine y Mr. Furnichon.

Akabila enfundó de nuevo la mano en el sombrero y el notario leyó el nombre de Eugenia. Esta vez tocó á Lémée exhalar un enorme suspiro, al que hicieron eco el escribiente y el oficial de agente de cambios. No quedaba mas que el nombre de Mad. Turniquel, que hizo una horrible mueca, diciendo :

—Me tocará á mí un hombre galante?

—Os tocará; guardaos bien de dudarlo, dijo el procurador con aire satisfecho.

—Y bello, dijo el dependiente.

—Y bueno, continuó el oficial de notario.

—Y noble, añadió Mr. de Lémée.

Luizzi se calló.

—Y muy enamorado, gritó una voz desde la puerta del salon.

Este era Periquillo, que entró en trage de camino diciendo :

—Vos sois á quien yo busco, señor baron; vengo de parte de un señor de Paris que me ha dicho que vayais al instante á buscarle ó que él va á venir.

—Oid, dijo el futuro notario, no podemos seguir si el señor se retira; yo suplico que en ese caso sea escluido.

Luizzi se detuvo incierto entre la esperanza que el Diablo le habia dado y la amenaza que le habia hecho, y dijo á Periquillo :

—Y quién es ese caballero?

—Es un señoron seco, negro, que lleva una cartera debajo del brazo y va seguido de dos mozos: debe ser cosa de justicia.

—Un alguacil! esclamó Luizzi.

—Puede ser, contestó Periquillo, porque ha preguntado por la morada del juez de paz, y le he dejado garabateando sobre papeles sellados.

—Parece que el señor baron tiene letras de cambio sobre la plaza, dijo el procurador.

—Si las tengo las pagaré, respondió Luizzi con desden.

—Con qué? repuso el par de Francia.

Esta palabra hizo palidecer á Luizzi, y el notario, volviendo á su visita, prosiguió :

—Conque se le escluye ó no?

—Es justo, dijo Mr. Rigot; los que no quieran que se marchen.

Luizzi estuvo á punto de salir; mucho sentia verse deshonrado á los ojos de aquella mujer que le habia hablado en términos tan despreciativos de los conquistadores de su dote.

Pero se acordó al mismo tiempo que habia aceptado letras de cambio que ascendian á una suma bastante considerable en una cuenta con su banquero y que las habia endosado. Al temor de la miseria se unió el de la prision, y el baron, á quien la naturaleza no habia dotado de una dósis

suficiente de resolucion y de buen sentido para guiarle en los momentos difíciles, el baron repetimos, se quedó. Periquillo se colocó en un rincon, y la señorita Ernestina fué llamada para que declarase la eleccion que habia hecho.

No tenemos la pretension de pintar el semblante de los concurrentes, porque posiciones semejantes á la qne referimos se encuentran rara vez en la vida humana; pero si se quiere imaginar con exactitud una reunion de herederos en el dia de la apertura de un testamento, que, afectando un aire indiferente y mordiéndose los labios para ocultar el temblor, la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas, la mirada pordiosera y meneando constantemente los pies, las manos, los dedos y aun la nariz, el rostro atenuado, apoyándose sobre un mueble mientras sus piernas tiemblan bajo de él, se tendrá una idea de la duracion de esta asamblea. Ernestina se levantó, bajó graciosamente los ojos y mientras el procurador suspiraba para hacer estallar su corazon en su piel, dijo modestamente:

—Elijo al señor conde Lemée.

Este, que miraba amorosamente á Mad. Peyrol, levantó repentinamente la cabeza, y arrojando un grito de gozo, corrrió hácia Ernestina y la besó las manos.

—Habeis comprendido mi corazon, le dijo; oh! sentíais que os amaba y que os amaba sin interés ninguno.

Mad. Peyrol dejó escapar una sonrisa despreciativa en tanto que el procurador, acercándose á ella por una hábil maniobra, afectaba un aire lleno de gozo y esclamaba:

—Es muy natural; la juventud con la juventud; es una eleccion muy juiciosa: es preciso ser poco mas ó menos de la misma edad para ser dichosos juntos.

—Pues qué edad teneis vos? le preguntó Mr. Rigot; nos habeis dicho que veinte y ocho años.

—Pardiez, tengo treinta y cinco bien cumplidos, respondió el procurador mirando á Mad. Peyrol.

—Quien tuviera treinta y cinco años! dijo el escribiente con disgusto; ved ahí un gran mérito.

—Y el que no los tiene los tendrá algun dia, dijo el dependiente.

—Silencio, silencio, esclamó Rigot; ahora toca á Eugenia.

Eugenia dirigió su vista en derredor suyo sin abandonar su silla, y dijo, como si las palabras que pronunciaba le desgarrasen el corazon.

—Elijo al señor baron de Luizzi.

—A mí! esclamó Armando.

Entonces recordó que habia preguntado á Satanás el secreto de la donacion y que este no le habia respondido.

—Aceptais? dijo Rigot.

—Je, je, je, riyó el notario.

En este momento Luizzi reconoció la risa del Diablo y se detuvo repentinamente.

—Aceptais? repitió Rigot.

—Oid, dijo el notario; el señor baron no estaba cuando se han leido los contratos, y tal vez quiere tener conocimiento de ellos antes de decidirse. Es necesario que sepa que en el caso de fallecer la mujer, el contrato da al marido una parte de los bienes como si fuera un hijo; venid á verlo, señor baron, venid á verlo.

Luizzi fué hácia el notario sintiendo desfallecer su corazon; porque aceptando la oferta de Mad. Peyrol, se condenaba tal vez á una miseria mayor que la le amenazaba si ella no tenia nada de dote, y esta era quizá la desgracia con que el Diablo le habia amenazado. Se aproximó á la mesa, se apoyó en ella para no caer, y vió al lado de los contratos un gran paquete sellado que contenia la donacion de los dos millones.

—Aquí está, dijo el notario poniendo sus afilados dedos sobre los papeles.

Armando no pudo leer, su vista estaba turbada y una especie de vértigo se habia apoderado de él.

—Poneos mis anteojos, dijo el notario, vereis mejor, señor baron.

Y sin otro cumplimiento, el notario puso sus anteojos sobre la nariz de Luizzi, mostrándole siempre con el dedo el sitio donde debia leer. Pero apenas hubo dirigido Luizzi la vista al papel, cuando notó que los anteojos de Satanás le habian vuelto ese poder de vista, gracias al cual habia podido leer la historia de Enriqueta al traves de las paredes de la noche. Miró entonces la donacion y se inclinó sobre la mesa mientras le seguian todos con una mirada llena de ansiedad, y leyó debajo de la cubierta de la donacion, que Rigot daba la suma de dos millones á Ernestina Turniquel, hija natural de Eugenia Turniquel, mujer de Mr. Peyrol.

—Y bien, aceptais? preguntó Rigot por la tercera vez.

Luizzi se dejó llevar hácia la silla del notario, y respondió: no.

Este fué un grito de alegria de todos los concurrentes y un grito de vergüenza y desesperacion de Eugenia. En cuanto á Rigot, repetia con rabia:

—No! Ah! decis que no... nos... nos veremos... Vamos, Eugenia, elige otro. Yo te respondo de que estos señores aceptarán.

—A mí me toca decir no, respondió Eugenia; dad vuestra fortuna á mi hija, tio, y dejadme ir á vivir á cualquiera aldea oscura.

—No tal, esclamó Rigot con ira, tendreis todas marido ó no le tendrá ninguna.

—Prefiero la miseria, dijo Eugenia.

—Y yo guardo mis millones.

— uardadlos, tio, no he olvidado que el trabajo me ha alimentado, sé trabajar.

—Bien, dijo Juana, y yo la ayudaré.

—Ah! esclamó Ernestina, es una indignidad.

—Ernestina! dijo Eugenia.

—Sí, madre, es una indignidad; no es bastante el haberme dado una existencia miserable y sin nombre, el haberme hecho pasar la infancia vergonzosamente desterrada de todas partes, el no haberme dejado conocer á mi padre, que llevaba un nombre grande, lo sé: me quitais tambien ahora por vuestra denegacion el único medio de adquirir un nombre y una fortuna! esto es una indignidad.

—Oh! esclamó Mad. Peyrol ocultando su frente entre sus manos, Ernestina! hija mia! hija mia!

—Y sufres que una pícara como esta te hable con esa insolencia? replicó Mad. Turniquel; ah! yo la haré refrenar la lengua, yo!...

—Señora, dijo Ernestina, yo no sé lo que usted quiere de mí; no os conozco.

—Ah! no me conoces, desgraciada! esclamó Juana; y cuando tu madre, en lugar de echarte á los espósitos como otros, trabajaba para alimentarte, quién te tenia y te cuidaba en casa de la nodriza, mala bastarda?

—Si lo soy, replicó Ernestina, esa no es falta mia, es de mi madre.

—Oh! desgraciada! desgraciada! esclamó Eugenia retorciéndose con desesperación y sofocando los sollozos. Desgraciada!

—Y no hay aquí un hombre honrado á quien dar esta virtuosa mujer, esclamó Rigot fuera de sí.

El baron tuvo por un momento deseo de correr hácia Eugenia; casi se levantó de su silla, pero el Diablo le mostró con el dedo la donacion y le dijo:

—Lee, lee.

Luizzi volvió á desplomarse sobre su silla. El procurador, aprovechando la ocasion, y comprendiendo la cólera de Rigot, contestó:

—Que Mad. Peyrol sea rica ó sea pobre, hay aqui personas honradas dispuestas enteramente á ofrecerla su mano.

—Sí, sí, digeron á la par el oficial y el escribiente; aqui estamos nosotros.

—Y yo tambien, añadió Periquillo.

—Eugenia, escucha; elige un marido: estos señores no son tan malos como yo creia; eso me reconcilía con ellos.

—No, tio, no; no puedo, no, es demasiado odioso.

—Pedid perdon á vuestra madre, dijo muy bajo M. de Lemée á Ernestina, ó estamos perdidos.

Ernestina permaneció un momento indecisa; Luizzi contemplaba esta escena, y reconociendo en todas partes la mano de Satánas, dijo muy bajo á éste:

—Tenias razon. Pobre madre!

—Escucha, escucha, respondió Satanás.

Entonces Ernestina se aproximó á Eugenia, y poniéndose de rodillas, le dijo con voz muy tierna, pero con los ojos perfectamente enjutos:

—Perdonadme, madre mia, ha asido un momento de locura y de estravío... Es un amor tal vez demasiado violento el que me ha arrastrado..... Ay de mí! vos sabeis las faltas que puede hacer cometer el amor.

—Calla, calla, desgraciada! contestó su madre; calla, no me ultrages con tus súplicas lo mismo que con tu cólera, calla. Puesto que Dios ha destinado mi vida para alimento de las demas, yo la daré hasta el fin; puesto que tú no puedes ser rica y dichosa sino á costa del último sacrificio que puedo hacer, yo te le haré.

Se detuvo, y volviéndose hácia el procurador, se dispuso á hablarle, pero como si le faltaran las fuerzas, dirigió la última mirada á Luizzi, una mirada por la que aun se ofrecia á este hombre en quien suponia alguna honradez de alma porque habia rehusado su mano. Pero el Diablo dejó percibir su risita aguda, y Luizzi bajó los ojos.

—Caballero, dijo Eugenia al pracurador; me quereis?

—Sí, señora, contestó M. Bador, y Dios me es testigo de que os honraré y os respetaré siempre.

—Bien! ya está dicho! esclamó Rigot; notario, abrid la donacion: yo mantengo mi palabra, cásese ó no se case Eugenia; los que no estuvieren contentos no tendrán mas que marcharse.

Tomó el notario lentamente la donacion y rompió los cinco sellos uno despues de otro. Parecia jugar con la esperanza de los pretendientes;el oficial de notario y el dependiente de agente de cambios, desinteresados por su parte, examinaban riendo á carcajadas la figura de los dos elogidos, mientras que Luizzi miraba tristemente á la desgraciada Eugenia, que ocultaba su frente entre las manos. El notario desplegó el papel solemnemente, y tomó sus anteojos, que limpió durante algunos minutos.

—Bueno, bueno, dijo Rigot; no os impacienteis, ya vendrá, ya vendrá.

En fin, el notario se puso los anteojos, y despues de las tosesillas de costumbre, leyó el acta de donacion sin perdonar una sílaba de aquel bárbaro protocolo; al fin llegó á los famosos artículos por los cuales declaraba Rigot que daba la suma de dos millones, depositados en el Banco de Francia, á su sobrinita Ernestina Turniquel, hija natnral de Eugenia Turniquel.

Ernestina arrojó un grito de placer, y el conde de Lémée cayó á sus pies en tanto que M. de Lemée estrechaba á ambos entre sus largos brazos, escesivamente paternales. Eugenia detuvo sus lágrimas y dijo á M. Bador:

—Ah! caballero, perdonadme!

—Dejad, dejad, dijo el procurador; tengo un acta en debida forma en mi

bolsillo, y desde este instante M. de Lemée os debe quinientos mil francos.

—Cómo! preguntó Ernestina á su futuro, os habeis atrevido á disponer de mi dote?

—Y si vos no le hubiérais tenido! dijo el procurador.

—Discutiremos el contenido del acta, respondió el par.

—Está en regla, replicó el procurador.

—Veremos.

—Muy bien, muy bien, dijo M. Rigot; sabeis que sois dueños de no casaros; pero á lo hecho pecho, y el dote será entregado como está dispuesto.

—Si M. de Lemée quiere reconocer la validéz del acta, dijo el procurador.

—Yo se lo prohivo, le interrumpió Ernestina.

—Ese es un contrato inmóral, dijo M. de Lemée, me ha sido arrancado de una manera subrepticia?

—Y mis diez mil francos? preguntó el dependiente.

—Todavia mas? dijo Ernestina.

—Y los mios? añadió el oficial de notario.

—Y los del baron sin duda? dijo Rigot.

—No estoy comprendido para nada en este infame contrato, contestó el baron.

—Eh, eh, eh! dijo el notario riendo tan pronta y agriamente, que todo el mundo se detuvo para escucharle.

—Es que el acta no se ha acabado: señores, escuchad: y continuó:

—La susodicha suma se empleará en títulos del cinco por ciento.

—Bueno, dijo el dependiente; los títulos del cinco estan á ciento diez, esto hace 90,909 francos 8 céntimos.

—Mejores hubieran sido hipotecas, repuso el oficial.

—Escuchad, dijo M. de Lémée.

—Y la espresada renta, continuó el notario, considerada como usufructo de la suma de dos millones, será satisfecha á Mad. Eugenia Turniquel, viuda de Peyrol, de la que gozará hasta el dia de su fallecimiento, no teniendo su hija mas que la propiedad del capital.

—Esto es admirable, esclamó el procurador.

—Esto es estúpido, gritó M. de Lemée. Y con qué quereis que vivamos durante ese tiempo?

—Teneis un contrato que os asegura quinientos mil francos, dijo el oficial de notario; M. Bador le encontraba muy bueno hace un instante!

—En efecto, replicó M. de Lemée, y esta transaccion....

—Es nulo, dijo al mismo tiempo el procurador; si yo no cobro, tampoco puedo pagar.

—Sois un bribon, contestó el par.

—Y vos un miserable.

—Veamos, esclamó Rigot con su voz estentórea; aceptais señor conde. Sí ó no?

—Vamos, murmuró el par paseándose aceleradamente; dos millones por esperar no sé cuanto tiempo!.... es un bello porvenir, pero un porvenir bien lejano.

—Ah caballero! ved ahí vuestro amor, dijo Ernestina.

—Eh! señorita, replicó el conde: vuestra madre es muy jóven.

—Qué horror! esclamó Eugenia.

—No os aflijais así, dijo el procurador, vais á caer mala.

Eugenia se volvió y encontró la mirada de Luizzi, que parecia la de un hombre sobrecogido de un vértigo. A estas palabras preguntó Rigot:

—Y bien, señor conde, aceptais?

El conde dudó y el notario le dijo muy bajo:

—Mad. Peyrol es jóven, pero la abuela es vieja, y acariciándola un poco tendreis antes de dos años el millon que le corresponde.

—Es verdad, dijo Ernestina.

—Aceptais? repitió M. Rigot.

—Acepto, contestó el conde.

—Hacen falta caballos de posta para los señores de París? preguntó Periquillo.

—Llévete el Diablo, respondió el oficial.

—No dejará de hacerlo, dijo el notario.

—Que el Diablo os lleve á todos y á mí tambien, repuso el dependiente de agente de cambios.

—Ese es su deber, añadió el notario, y lo cumplirá. Despues continuó: no se ha acabado todo; tenemos que saber aun la eleccion de Mad. Turniquel.

—Es verdad, dijo Periquillo adelantándose con aire galante.

—Yo no estoy interesado en eso, repuso el dependiente de agente de cambios.

—Ni yo, añadió el oficial de notario.

—En ese caso, dijo el notario, no hay mas que Periquillo y el baron de Luizzi.

—Yo! esclamó Luizzi.

—Conviene observar, dijo el notario con una voz tan estridente que se dejó oir por cima del murmullo general, que el contrato de Mad. Turniquel está redactado enteramente en favor del futuro; porque la muger en vez de tener un millon constituido en dote, reconoce que el futuro lleva un millon, lo que hace que el espresado futuro sea el verdadero propietario de los bienes, y pueda disponer de ellos á su voluntad.

—Es muy diferente! esclamó el dependiente de agente de cambios.

—Eso cambia la tésis, replicó el oficial.

—Del todo, del todo, dijo la vieja; habeis hecho ascos? Gracias, señores pisaverdes.

—No se hizo la miel para.... ya sabeis lo demás, bella Juana.

—Ya lo veremos, dijo Mad. Turniquel, y puesto que mi nieta, siendo tan altanera, es condesa, bien puedo yo ser baronesa.

—Cómo es eso? esclamó Periquillo; adios Juana, desprecias á los antiguos amigos! vos os arrepentireis.

—Y luego añadió: señor baron de cuatro caballos, me iba sin entregaros una carta que me ha dado ese gran señor seco, negro. La habia olvidado en mi bolsillo.

Periquillo arrojó la carta sobre la mesa, y Luizzi la tomó para leerla, en tanto que todos iban y venian, el procurador, calmando á Eugenia, y M. de Lemée, riñendo con Ernestina sobre la herencia que la abuela les quitaba. La carta estaba concebida en estos términos:

«Caballero: un auto egecutivo de prision se ha dado contra vos por una deuda de cien mil francos. Todas las medidas están tomadas para prenderos. Mandad pagarme pues, el importe de vuestra condena, ó volved vos mismo á Mourt donde os espero, si quereis evitar el disgusto y el escándalo de un arresto en público.»

Laloquet, guarda de comercio.

—Un millon! esclamó el notario como para restablecer el órden y la calma en la sociedad; un millon! habeis oido? un millon y el futuro consorte tendrá autoridad para disponer de él.

—Y renuncias enteramente, Periquillo? dijo M. Rigot.

—Ella es la que no me quiere, ingrata, contestó el postillon en tono lloroso.

—No te vayas Periquillo, porque si no soy baronesa quiero ser campesina; lo uno ó lo otro.

—Bien dicho, respondió el notario, lo uno ó lo otro; esa es la alternativa de muchas personas: ricas ó pobres, llevando una vida alegre ó pudriéndose en Santa Pelagia.

—Vamos, dijo M. Rigot, os dormís, baron? Sois mi cuñado ó mi prisionero? porque os prevengo que ahora me toca á mí, que soy tenedor de una letra de cambio, y os juro que trabajareis cinco años. Quereis? á la una.

El baron se clavó las uñas en el pecho.

—A las dos.

El baron se desgarró la piel.

—A las tres! es la última. Quereis?

—Sí!! esclamó el baron levantándose y mirando con tal aire de amenaza

alrededor de sí, que ni una risa, ni una palabra osó salir de la boca de ninguno de los concurrentes.

—Ha estado duro, dijo Rigot.

—No tanto como yo creia, contestó el notario.





VII.

Vértigo.



uesto que es así, repuso Rigot, á la mesa, señores, á la mesa; la cena nos espera, una cena á la que han sido convidados todos los ricos propietarios de las cercanías. A la mesa y que cada uno dé la mano á su mujer; vamos á hacer una presentacion en regla.

M. de Lemée tomó la mano de Ernestina; el procurador ofreció el brazo á Eugenia, y Luizzi cerró la marcha con Mad. Turniquel. El baron iba como un hombre embriagado, no sabiendo ni lo que hacia ni lo que decia. Se colocó en la mesa entre su futura y un hombre de unos treinta años que se llamaba Mr. de Carin. Al principio de la comida oyó que este caballero hablaba bajo á M. de Lemée, y le decia:

—Y bien, mi caro amigo; habeis hecho un buen negocio?

—No muy bueno; dos millones despues de la muerte de la madre.

—Mi ajuste empieza de nuevo. Vos esperais la fortuna y yo la dignidad de par de Francia.

Luizzi escuchaba buscando por todas partes infamias para justificar la suya, cuando el notario esclamó:

—Bebamos! bebamos! quién es el que me quiere imitar?

—Yo, pardiez! dijo Mr. de Carin. Yo no sé que haya nada mejor que beber cuando se ha hecho una necedad.

Y los dos chocaron los vasos: cuando el notario acabó de beber salió de su boca un humo blanquecino como si se hubiese arrojado el vino en un cilindro hecho ascua y en que se evaporase en humo.

—Bebed, pues, baron, dijo Mr. de Carin, esto hace soportar las mujeres viejas, los suegros y las suegras.

—Sí, replicó Armando con furor, bebamos! tengo necesidad de no pensar.

Y bebió con tal rabia vaso sobre vaso, que á los pocos instantes vió á la sala y á los convidados dar vueltas á su alrededor. Por otra parte no era él solo: el notario instaba á beber á todos, y se apoderaba de la reunion una especie de embriaguez loca, de vértigo general que ganó á los mas sosegados.

—Bravo! dijo Rigot, esto se anima: empecemos los brindis. Los vasos grandes!

Y trageron inmensos vasos que podian contener casi entera una botella de Champaña, y los llenaron.

—A la jóven y hermosa Ernestina, futura del conde de Lemée.

—A la bella Ernestina! esclamaron por todas partes.

—Abrazad á vuestra mujer, señor conde, dijo M. Rigot medio borracho.

M. de Lemée abrazó á su esposa.

—Continuemos los brindis y doblemos la dósis: otros vasos.

Se pusieron sobre la mesa vasos aun mas grandes.

—A mi sobrina Eugenia! dijo el viejo Rigot tartamudeando.

—A la hermosa Eugenia! repitieron de todos lados.

—Procurador, abrazad á vuestra mujer.

Y el procurador, que habia tomado parte en el festin, abrazó á Eugenia, que se ocultaba avergonzada de esta orgía.

—Está bien, prosigamos los brindis, continuó Rigot: los vasos de gran tamaño.

Y trageron vasos colosales, y Rigot gritó cuando estuvieron llenos:

—A la arrogante Juana Rigot, viuda de Turniquel, futura baronesa de Luizzi!

—A la arrogante Juana! repitieron todos.

—Abrazad á vuestra mujer, esclamó Rigot.

Y Luizzi la abrazó.

Una risa áspera y penetrante resonó en aquel momento sobre todos los

gritos de la orgía, pareciendo á Luizzi que todo lo que veia tomaba formas estraordinarias: era una asamblea de diablos, cornudos, bizarros, monstruosos, con sus servilletas al cuello, y bebiendo en vasos que no se desocupaban nunca. Entonces le pareció que el notario, ó mas bien Satanás, se habia subido sobre la mesa, y que sentándose en la punta de un cuchillo, reia á carcajadas de un modo diabólico, y despues le decia:

—Ah! ah! ah! mi amo; vé aqui que te tengo por mas bajo que todos los que tü has despreciado.... Te has podido casar con el único ángel, con la única mujer que yo no he podido vencer sobre la tierra, y la has despreciado porque la creias pobre. Ah! ah! mi amo, te ha cegado bastante la codicia para impedirte leer hasta el fin el escrito que debia instruirte, y que he puesto en tus manos; y tú, baron de Luizz, noble desde 908, rico millonario, de edad de 32 años, has aceptado por mujer á la hija de un ganapan, á la viuda Turniquel, de sesenta y cuatro años. Ah! ah! verdaderamente, mi amo, tienes alguna cosa de grande y de noble. Vamos, á tu salud y á tu felicidad, y entretanto brinda conmigo, mi amo, toca tu vaso con el mio.

A este aspecto, á estas palabras, Luizzi se sintió poseido de una especie de frenesí, y apoderándose de un cuchillo se lanzó sobre el diabólico fantasma y se le sepultó en el pecho.

Un horrible grito resonó, y al punto se desvaneció el encanto, y Luizzi oyó que veinte voces murmuraban en torno suyo:

—Ha muerto al notario, ha muerto al notario.

—No, esclamó Luizzi, he muerto al Diablo; el Diablo ha dejado de existir.

Despues cayò bajo el peso del horror que se habia apoderado de él.

Cuando Luizzi volvió en sí, se hallaba tendido sobre una cama, y en una habitacion cuyos fuertes barrotes de hierro le hicieron conocer que estaba en la cárcel: vió á Satanás en pié delante de él.

—Todavia no, le dijo el Diablo, no he muerto aun, mi amo, todavia no.

—Dónde estoy?

—En la cárcel.

—Por qué?

—Por haber dado muerte al notario Niquet.

—Yo!

—Sí, tú, en un momento de embriaguez, es cierto, lo que probablemente te proporcionará la ventaja de acabar tus dias en un presidio.

—Yo en presidio!

—Prefieres ser guillotinado?

—Satanás, es aun un sueño lo que me pasa?

—Puede ser.

—Oh! no te esplicarás nunca conmigo?

—Por hoy no tengo tiempo.
—Y cuándo te volveré á ver?
—En el otro mundo, sin duda.



—Segun eso, he perdido mi campanilla?
—Está en poder de la justicia.
—Estoy perdido.

—Bonita palabra para un vaudeville.

—Déjame, Satanás, déjame: he perdido mi talisman, pero me he aprovechado de tus lecciones mas de lo que tu piensas: no he olvidado la historia de Eugenia, ni el modo con que te se ha escapado.

—Pardiez! me haces pensar en ella.

—Qué la ha sucedido?

—El procurador ruega á Dios todos los dias por la conservacion de su mujer, y todos los dias me pide su hija la muerte de su madre.

—Pobre madre!

—He! he! he! murmuró el Diablo; ya ves que cumplo bien mis promesas.

Escepto conmigo.

—No te he sacado de la cama? No te he devuelto la libertad tan guapo y tan sano?

Sí, para sumergirme en una situacion mas horrible aun.

—De la cual puedo sacarte todavia.

—Cómo?

—Es mi negocio.

—Quiero decir, á qué precio?

—Héle aqui. He contratado contigo el sacarte de la cama con la condicion de que te has de casar en el término de dos eños, ó darme diez de tu vida. Voy á hacerte otra proposicion.

—Y cuál es? Me parece que en la posicion en que me has colocado no puedes hacer otras mas ventajosas. Si soy condenado, no me casaré, y tú tendrás esos diez años de vida.

—Quién sabe, mi amo? Tal vez necesite de tí dentro de dos años.

—Y cuál es la nueva condicion que me propones?

—Hace dos meses que hicimos nuestro contrato; por consiguiente te quedan aun veinte y dos para buscar mujer. Dame veinte meses, y quedas exento de todo, menos del casamiento.

—En ese caso, Satanás, debes saber que no saldré condenado á muerte.

—Es posible, dijo el Diablo; quieres seguir tu suerte? Adios.

—Un momento, replicó Luizzi.

—Despáchate, mi amo: hoy es el 26 de julio de 1830; el 26 de febrero de 1832 te devuelvo la libertad y con ella tu fortuna y tu buena reputatacion, que están perdidas.

—Tú me engañas.

—Mira.

Y al pronunciar el Diablo esta palabra, se abrió la puerta de la prision y entró un juez acompañado de un escribano.

Eran seguidos de un médico que Luizzi conoció con terror ser el famoso doctor Crostencoupe, á quien habia valido la plaza de médico de las

cárceles la sabia memoria que habia publicado sobre la cura de Luizzi. El juez le dijo:

—Ved, señor doctor, si el acusado se halla en estado de sufrir un interrogatorio.

—Y me dareis noticias de la víctima?

—La herida es de gravedad, y parece mortal: el acusado será condenado probablemente. Niquet era querido en el pais, por ser el sostenedor de las ideas liberales: el jurado está compuesto de liberales, que serán tanto mas severos cuanto que el acusado es un hombre que tiene un nombre, un título, en fin, un vástago de la vieja aristocracia: el negocio es malo: los herederos de Niquet se han mostrado parte civil instigados por Bador, quien se ha apoderado del asunto y removerá cielo y tierra para que el reo sea condenado: por otra parte los antecedentes del asesino no son los mejores para atraerse la benevolencia de los jueces; en el momento de ser preso por su crímen, lo iba á ser por deudas, y en seguida por una estafa á que habia contribuido por sí mismo.

—Es, pues, un apercibido por la justicia?

—Todavia no.

—Y cuál es esa estafa?

—Ha introducido en París, en casa de una tal Mad. Marignon á un cierto marqués de Bridely, cuando sabia muy bien que aquel hombre habia tomado un nombre falso por el acta supuesta que le legitimaba. Y como ese marqués de Bridely ha estafado una gran suma de dinero en casa de dicha señora y despues ha desaparecido, se supone que el baron de Luizzi es su cómplice.

—El baron de Luizzi! esclamó Crostencoupe que tambien conversaba con el juez mientras el llavero preparaba todo lo necesario para escribir: el baron de Luizzi! yo le conozco.

—Pues bien, vedle allí.

Está loco, yo soy el que le curó la primera vez: pero se me ha escapado, y la locura le ha acometido en seguida, y por cierto que partió sin pagarme.

—Asi pues, dijo el juez, creeis que es inutil el interrogarle?

—De todo punto inútil.

—Eso basta, replicó el juez, haremos constar la locura.

Luizzi iba á gritar, el Diablo le hizo una seña, y quedaron solos.

—Ya ves tu solo medio de salvacion, baron; la locura bien provada te salvará del peligro de una instruccion judicial, y de una sentencia.

—Me engañas todavia, Satanás.

—Cuándo te he engañado, mi amo? Acaso cuándo me has preguntado la historia de M. de Marignon, de que te has aprovechado para cometer una mala accion que estás purgando ahora? Te he engañado cuando me has preguntado la historia de Eugenia, aunque hayas estado á punto de escapárteme, y

de hallar la dicha que debe librarte de mi servidumbre? No te he mostrado con el dedo lo que debia decidirte á casarte con esa muger? no es culpa mia el que no hayas leido hasta el fin: y si como todos los hombres, has juzgado las cosas por las primeras apariencias, y sí has quedado como eres, esto es, como son todos los hombres, egoista, avaro y presuntuoso. No mi amo, no es mia la falta! No, no te he engañabo.

—Pero y mi fortuna? gritó Luizzi.

—Dame los veinte meses que te he pedido, y te sacaré de aqui rico, inocente, y lo que es mas, apreciado.

—Cómo lo harás?

—Yo te lo diré entonces.

—Son veinte meses de sueño, dijo Luizzi.

—Hélo ahì todo.

—Tómalos.

El Diablo tocó á Luizzi con la punta del dedo, y éste se durmió.

Cuando despertó por la mañana, se halló en la misma habitacion: nada habia cambiado; solamente vió á su lado su campanilla. Llamó á Satanás, y le dijo:

—He dormido con un sueño admirable aunque demasiado corto; pero pensando que esta tarde voy á dormirme para veinte meses, lo que mas temo es en lo que he de emplear el dia. Veinte meses de sueño son para volver á uno loco.

—Lee para distraerte, replicó el Diablo.

—Puedes darme libros?

—Puedo hacer mas, que es permitirte tomar y hasta proveerte de inéditos. Sígueme.

El Diablo empezó á andar delante de Luizzi que le seguia, y al poco tiempo llegaron á una sala bastante bien amueblada. Luizzi tomó los famosos anteojos que ya le habia prestado el Diablo, y que le hacian ver claro en plena noche, y entonces viió una mujer de rara belleza que dormia profundamente.

—Quién es esa mujer? dijo Luizzi.

—Madama Carin, la esposa de ese jóven encantador con quien has pasado una noche tan deliciosa.

—Una noche horrible.

—Para tí acaso?

—Pero no para tí, Satanás.

—Sí, he reido un poco: todos habeis sido abominables ruines.

Entonces hizo oir su tosecilla de notario, que llegó al corazon de Luizzi como un remordimiento, y á su oido como un sonido falso.

—El baron movió violentamente la cabeza, y continuó:

—Tú si que eres abominable: tú que te complaces en mostrarme el mun-

do bajo los mas feos aspectos. Pero dejemos esto, y dime por qué se eucuentra en esta prision la mujer de Carin: ha cometido algun crímen?

—Vas á saberlo, respondió el Diablo.

Abrió la gabeta de Mad. de Carin, y tomó un manuscrito que entregó á Luizzi.

—Puesto que tienes miedo de mis narraciones, le dijo, ya que te figuras que es una sátira cruel el modo con que te enseño el mundo, júzgala por tí mismo: yo me limitaré á poner delante de tus ojos las piezas del proceso. Hé aqui la primera y la mas importante.

Luizzi tomó el manuscrito y le leyó con atencion: empezaba de este modo:

«Eduardo, vos cuyos cuidados me ayudan á soportar mis padecmientos y el horror de mi situacion, me habeis preguntado la historia de las desgracias que me han conducido donde estoy. Aprendedla y perdonadme los minuciosos detalles que la acompañarán; porque es preciso que os persuada, mas que de mi desventura, de mi razon.»

—Qué es lo que ibas á decir? preguntó Luízzi.

—Lee, contestó el Diablo: Acaso en las novelas modernas te paras en todos los pasajes que no entiendes?

—No, tendria que hacer demasiado; pero esto sin duda no es una novela, y por consiguiente el caso es escepcional.

—Tambien lo será el resultado, porque tú comprenderás.

—Todavía desgracias?

—Puede ser.

—Crímenes?

—Acaso.

—De dónde ha salido esa mujer?

—De una de las familias mas nobles de Francia.

—Y ha sido infortunada?

—Tal vez mas que Eugenia.

—Pero seguramente no habrá sido objeto de un vergonzoso contrato, como la pobre Mad. Peyrol. Su alta posicion la habrá preservado de él.

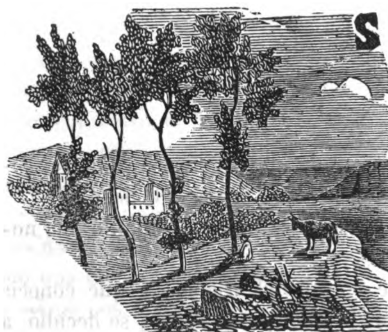
—Lee, y entonces verás si tienen algo que envidiarse la hija de una noble familia y la hija del pueblo.

Luizzi, que sabia los medios de que se valia el Diablo, y que conocia que no habia nada capaz de hacerle decir lo que queria callar, se decidió á llevarse el manuscrito. Fatigado como estaba, de haber andado algunos pasos, se arrojó sobre su cama y leyó lo siguiente:



VIII.

Esposicion



Soy hija del marqués de Vaucloix, á quien arruinó la emigracion como á tantos otros. En Munich se casó con mi madre en 1809; era tambien francesa, y como él, de una esclarecida familia. Mi nacimiento la costó la vida; yo tenia apenas cuatro años cuando mi padre volvió á Francia en 1814. Queriendo recompensar su fidelidad el rey Luis XVIII, le nombró par de Francia, y le dió un empleo en su real casa. Sin embargo, los emolumentos de aquel destino no bastaron para los gastos de mi padre, y cuando fue votada la indemnizacion de los mil millones, la parte que le correspondió no alcanzó mas que para pagar las infinitas deudas que habia contraido desde su vuelta á Francia.

En cuanto á mi, era educada en un colejio, donde recibia una educa-

cion tan esmerada como creian deber dársela á una niña de alto rango y de una gran fortuna. Dibujaba bien, cantaba con gusto, bailaba con gracia, y me adornaba á las mil maravillas. Tenia una idea de la literatura de la época; me habia decidido por la música italiana, y hablaba con una facilidad, que pasaba entonces por talento. Por lo demás, ignoraba completamente la situacion de mi padre, que se complacia en escitar mi aficion al lujo de una vida elegante.

Tenia diez y ocho años, y empezaba á fastidiarme del colejio, cuando una mañana vino mi padre á sorprenderme con la noticia de que por fin iba á entrar en aquel mundo que no habia visto mas que por fugitivos intervalos, y que yo me pintaba tan encantador. No os describiré mi alegria de niña cuandé me encontre dueña de disponer del tiempo á mi voluntad, soñando con los acontecimientos mas placenteros, fingiéndome una existencia de placeres, con el corazon pronto á recibir buenas amistades, y dejando algunas veces llegar hasta mí confusos pensamientos de amor. Ya veis, que procedo por su órden, y que os digo cómo era á los diez y ocho años, y de qué modo estaba desarmada contra todo género de desventuras.

Pocos meses bastaron á arrebatarme aquella confianza. Mi padre señaló un dia para recibir, pero no venian mas que hombres á sus reuniones: los unos pasaban las noches jugando, y los otros hablaban de política. Cinco ó seis viejas acompañaban á sus maridos, y me abrumaban con sus pruebas de un interés tan protector, que me disgustaba estraordinariamente. Lo que me admiraba mas en la tertulia de mi padre, no era la ausencia de jóvenes de ambos sexos, sino la presencia de ciertas personas cuyos nombres y modales revelaban igualmente la tosca clase media.

Durante los primeros dias de reunion, me hizo cantar mi padre, para mostrar lo que él llamaba mi talento. La primera vez me escucharon con política; á la siguiente, en el trozo mas brillante de mi cavatina, oí esclamar á uno de los jugadores con voz formidable: «seis de tresillo y cuatro de honores, la ganamos triple.» A la tercera vez, solo las personas que estaban cerca del piano fueron las únicas que suspendieron la conversacion. Renuncié por lo tanto á cantar á la sociedad, como decian dos ó tres de los menos bárbaros, y me llegó á ser casi insoportable la obligacion de renunciar á la sociedad de mi padre.

Llegó al fin el invierno, y oí hablar de bailes y de fiestas, mucho menos ann que en el colejio. Procuré esplicarme esta soledad, porque mi juventud, mis pensamientos, mis esperanzas, me aislaban de todos los que me rodeaban. Poco á poco se fue apoderando de mí un tédio profundo, sin que mi padre se apareciese ó quisiese apercibirse de él.

Una noche que la reunion era mas numerosa, me habia retirado á un rincon del salon, y con el codo apoyado en el brazo de un canapé, me trasportaba mentalmente á nuestras alegres noches del colejio, y á nuestras

confidencias de niñas sobre los sueños del porvenir. No era todavia de aquellas que se forman de la vida una esperanza romántica. No habia contado en la mia con amores idólatras y una régia fortuna. Un corazon que me amase, un alma que estuviese acorde con la mia, y un bienestar conforme á mi rango: hé aqui todos mis votos. No eran demasiado estravagantes, á menos que esperar una vida tranquila, honrada y de ventura sea en este mundo la peor de las estravagancias.

De cualquier modo que sea, lloraba perdida mis ilusiones; tenia diez y nueve años; era bella; sentia en mi alma y en mi corazon todo lo que hace amable á una mujer y acaso ser amada. Sin duda mi preocupacion me habia llevado no poco lejos, pues oí detrás de mí una voz que me dijo: «Corazon que suspira no tiene lo que desea.» Este refran popular no me hubiera parecido tan importuno, si la persona que me lo dirigió no le hubiera hecho grosero. Aquella persona era un hombre de rostro alegre, que llevaba una corbata muy estrecha y picos enormes; encerraba con dificultad su monstruosa humanidad en un chaleco de piqué de color, en un gaban claro, un pantalon negro muy corto, medias blanzas de algodon, y zapatos de oreja.

Una de las cosas que mas me admiraban, era la presencia de aquel hombre en casa de M. de Vaucloix, y aunque nunca me habia hablado particularmente, me disgustaba en estremo. Poseia una esperiencia bruta de los hombres y de las cosas, que le hacia adivinar casi siempre las razones interesadas de cuanto se decia delante de él, y las esponia con un cinismo y un desden hácia la humanidad, que herian mi alma enchida de las lozanas ideas de la juventud. Si cualquiera otro se hubiera apercibido de mi tristeza, hubiese yo tratado de disclparme, atribuyéndola á indisposicion; pero resentida de que aquel brutal observador pudiese fijar la atencion en mí, le respondí con sequedad:

—Nada deseo, caballero; nada absolutamente.

—Hum! toda jóven que no tiene marido desea siempre alguna cosa; dijo aquel gordinflon sentándose sin etiqueta á mi lado, y sonándose estrepitosamente con su pañuelo azul de algodon

—Y quién os ha dicho, caballero, que yo deseo casarme?.

Me miró atentamente, y se echó á reir con indecible impertinencia:

—No necesito que me lo digan, se conoce á la legua.

—Muy perspicaz sois! repliqué con desprecio, pues á tal punto me irritaba aquel hombre.

—Mas de lo qué pensais, me respondió, y tanto que he buscado lo que os hace falta; un marido, añádia aunque yo le habia vuelto la espalda.

— Un marido! esclamé volviéndome hácia él.

—Ja, ja, ja! Parece que os ha herido el tímpano la palabra marido, dijo guiñando los ojos.

—Caballero, repuse ofendida de que asi se interpretase mi admiracion;

tened la bondad de dejar una conversacion que á mi padre no debe parecer muy conveniente.

—Os pido mil perdones; pero si os hablo asi es porque tengo el permiso de vuestro señor padre.

Por un movimiento de sorpresa, miré á mi alrededor, buscando á Mr. Vaucloix; y vi á este á un estremo del salon, observándome atentamente.

Mr. de Vaucloix me hizo una seña manifestándome deseaba prestase atencion á Mr. Carin.

Puesto que he escrito este nombre, ya conocereis quién era el que me hablaba asi, Mr. Carin continuó diciéndome:

—Ya veis que no soy tan místico como mis zapatos demuestran; puesto que se ha soltado el nombre de marido, es inútil andar con circunloquios. Se trata de mi señor hijo.

—Vuestre hijo! esclamé estupefacta, mirando á aquel hombre de pies á cabeza, como tratando de adivinar quién podia ser el hijo do semejante personage.

Como que ningun pensamiento se le escapaba á Mr. Carin. me respondió con tono de amarga bufonería:

—No tengais miedo, no tengais miedo ninguno; mi hijo se compone á las mil maravillas; es un galan que se limpia las uñas con jabon de Windson, y se perfuma el cabello con aceite antiguo. Es un hombre completo que habla apretando los labios y gasta lente. Mi hijo es baron; le he comprado un título de baron y le compraré el de marqués si deseais ser marquesa.

No tuve bastantes fuerzas para contestar á esta grosera proposicion; pero me creí tan humillada, que volví la cara para ocultar las lágrimas que se me agolpaban á los ojos. Mr. Carin lo notó, y me dijo levantándose bruscamente:

—Ya estais enterada del asunto, señorita; pensad en él esta noche: mañana os presentaré el jóven y decidireis en todo el dia. Es preciso terminar este asunto cuanto antes, porque no estoy para perder tiempo.

Mr. Carin se alejó dejándome estupefacta con aquel modo de proceder y tan alarmada, como si me amenazara una desgracia con aquella proposicion de casamiento. Traté de acercarme á Mr. de Vaucloix; pero me esquivó con un cuidado que me hizo conocer que no queria darme esplicaciones. Contra mi costumbre, permanecí en el salon, esperando obligar á mi padre á que me escuchase, hasta hora tan avanzada que ya no quedaban allí mas que algunos jugadores obstinados. Pero mi padre se sentó á una mesa de juego, despues de decirme:

—Mañana es preciso que os avieis temprano, porque tendreis el honor de ser presentada á la familia real. Esta segunda noticia me admiró tanto como la primera, pero me tranquilizó. Naturalmente asocié la idea de mi presentacion á la de mi casamiento y sin que sepa esplicar esta confianza de

mi corazon, me figuré que un matrimonio verificado bajo tan nobles auspicios, no podia ser un sacrificio.

Mr. Carin me habia dicho que pensára durante aquella noche en su proposicion, y asi lo hice. Pasé la noche sin cerrar los ojos y no hice mas que llorar; tan distante se hallaba lo que me sucedía de la idea que yo habia formado de mi casamiento! Cierta palabra que las jóvenes nunca pronuncian, si bien la repiten sin cesar en su corazon, la palabra amor, en fin, carecia para mí de sentido; pero si supiéseis, Eduardo, cuántas veces mis compañeras y yo habiamos terminado nuestros hermosos proyectos por esta frase: Oh! lo que es yo no me casaré nunca con un hombre á quien no ame!» Es dificil que comprendais el terror que esperimenté cuando inesperadamente se me amenazó con entregarme á un hombre á quien no conocia; es dificil que comprendais el dolor que deja en sí una lozana esperanza al desaparecer.

Yo nunca habia previsto que pudiera obligárseme á abrigar una opinion contraria á la de mi padre; cuando me interrogué á mí misma acerca de este punto, esperimenté una debilidad á que no me fué dado sobreponerme. Habia oido hablar de jóvenes que habian opuesto una resistencia enérgica á los proyectos de su familia; mas esto era para mí lo que uno de esos cuentos románticos que interesan poco porque no son de nuestra vida. Algunas veces, durante la noche, habiamos leido nosotras, jóvenes de corazon ignorante, una novela en que se decia que otra jóven habia preferido la muerte á un casamiento que la repugnaba, y habiamos suspirado por su desventura y tributado llanto de admiracion á su valor; pero solo puedo decir que cuando por mí misma concebí aquel pensamiento le rechacé ó me dió miedo, porque me sentí incapaz de llevarle á cabo. Era yo semejante al miserable á quien se le habla del fáusto de un poderoso, y que se vuelve para tomar de nuevo su pan empapado en lágrimas, sin esperanza y sin envidia pues tan distante se vé de tanta dicha. Mi corazon era pobre de valor, y atreverme á morir era para mí una dicha de que me hallaba muy distante. No se me alcanzaba cosa que pudiera librarme de la desdicha que me amenazaba. Habia pensado arrodillarme á los pies del rey, colocándome bajo su preteccion; pero todo esto era una locura, porqué no hubiera acertado á esplicarle mi desventura. Ademas, yo que no me sentia con fuerza para oponerme á la voluntad de mi padre, cuya autoridad habia sido tan benévola para conmigo, cómo hubiera tenido fuerzas para hablar al rey, para echarme á sus pies, para hacer un acto violento de mi voluntad?

Eduardo, si os cuento todo esto es para probaros que soy una mujer tan débil, que nada puedo hacer por mí ni por los demas.

Llegada la mañana siguiente, Mr. de Vaucloix me mandó recado que estuviese dispuesta para la hora de misa. Le envié á decir si podria hablar un instante con él y me contestó que podríamos hacerlo desde casa á las

Tullerías. Bajé, pues, al salon y oí en el despachó de mi padre la voz de Mr. Carin; iba á retirarme, cuando éste abriendo la puerta, dijo con tono perentorio:

—Haced entrar en razon al rey. Yo por mi parte solo tengo que deciros una cosa, como los españoles: *sino*, *no*.

Volví la cara para no ver de frente á aquel hombre que me parecia disponer de mí aun mas que mi padre, y Mr. Carin, añadió deteniéndose:

—Despues que al rey, haced entrad en razon á la chica, porque yo no quiero dar mi dinero para que se me ponga cara de ahorcado.

Mr. Carin se retiró, y yo alcé la vista á Mr. de Vaucloix que estaba encarnado de vergüenza. Adiviné que lo que esperimentaba no era cólera ni indignacion, pues evitaba mis miradas.

—Vamos, que ya es hora, me dijo; y echó á andar delante de mí. Yo le seguí pensando que otra en mi lugar se hubiera atrevido á negarse á seguirle, provocando asi una esplicacion. Cuando bajé al portal, él estaba ya en el carruaje y estrujaba colérica unos papeles que se le acababan de dar. Su irritacion era tal, que creí no debia dirigirle la palabra; apenas echaba de ver mi presencia y leia aquellos papeles con desesperacion, murmurando:

—Es preciso concluir. Basta ya, basta.....

Al fin se serenó un poco, dobló los papeles, los guardó y sacó otros que leyó con atencion, complaciéndose en su lectura

—No puede rehusármelo, decia por lo hajo á cada frase; seria el colmo de la ingratitud..... Sin embargo, son tan ingratos!.....

—Yo habia olvidado mi dolor en presencia del de mi padre y me atreví á decirle con dulzura:

—Habeis tenido malas noticias, no es verdad?

—De qué lo sabeis?

—Me lo ha parecido.

—No, Luisa, me dijo reponiéndose de pronto; al contrario, mis deseos ván á ser cumplidos; voy á uniros con un hombre distinguido que está llamado á una posicion política tan alta como su posicion pecuniaria.

—Hablais del hijo de Mr. Carin?

—Sí, hija mia. Es un hombre muy superior á su nacimiento, un hombre de grandes ideas y de grandes concepciones; un hombre cuya posicion y cuyo porvenir me vanaglorío de asegurar.

Yo no comprendí bien á mi padre, pero me pareció que aquellos elogios eran forzados. Tomé una gran resolucion y le dije temblando esta frase que me pareció el colmo de la audacia:

—No le he visto aun, y.....

—Ya le vereis, me interrumpió Mr. de Vaucloix con tono de cruel ironía; no se os conducirá al altar como a una víctima. Pasó ya ol tiempo de aquellos casamientos bárbaros á los cuales nobles familias sacrificaban la fe-

licidad de sus hijos. No tengais miedo de todas esas necedades tan hábilmente esplotadas por los filósofos y los jacobinos, y tan estúpidamente acogidas por la plebe liberal.

—El tono en que estas palabras fueron dichas era mas que suficiente para que yo no me atreviese á hacer otras observaciones, y no tardamos en llegar á las Tullerias. Entonces fué cuando mi padre reparó en mí, y notando mi palidez y mi tristeza, me dijo con despego:

—Qué teneis? qué os ha sucedido? Qué quereis que se crea al veros de esa traza? Se creerá que os sacrifico ... que os.....

Mi padre se detuvo, probablemente ante la palabra que iba á pronunciar; pero yo, ignorante y todo, la adiviné. La horrible frase de Mr. Carin: «no quiero dar mi dinero para que se me ponga cara de ahorcado:» me vino á la memoria. Conocí que podia decirse que mi padre me vendia, y prorrumpí en lágrimas. Mi padre dió una violenta patada, pero se contuvo.

—Vamos, Luisa, me dijo; sed razonable; todavia nada se ha determinado. Si ese jóven os desagrada, ya veremos lo qué se ha de hacer; pero mostraos serena delante de todas esas personas que ván á observarnos. Tengo en la córte muchos enemigos que desean hallar ocasion de calumniarme.

Hablandn asi, me enjugué los ojos con el pañuelo, y detuve mis lágrimas.

—Bien, Luisa, bien; sois una buena hija. Esperad, que no tardaremos en ser dichosos.

Bajamos del carruaje y mi padre me condujo á la capilla.

Eduardo, os he referido esta escena con todos sus permenores para que conozcais de qué modo se vió asaltada mi desprevenida existencia por la amenaza de una desgracia que no me era dado calcular á punto fijo y como conocí que caminaba por una senda llena de precipicios sin verlos distintamente en torno de mí y cuánto debí temer el término á que se me conducia sin saber dónde se hallaba ni cuál era. Tal era entonces mi vida: temores sin fundamento material y que no me atrevia á rechazar como locuras; una desgracia que carecia de cuerpo, y que sin embargo estaba siempre junto á mí, como la sombra de mi vida; miedo de un fantasma invisible, dolor sin heridas aparentes! Pero el resto de mi narracion os dirá aun mas que estas reflexiones lo que he sufrido.

Llegamos á la capilla: el rey no habia ido aun. Yo noté que se me miraba con curiosidad; pero la santidad de aquel sitio limitó toda aquella atencion á algunas miradas furtivas que tornaban muy pronto á las páginas de un devocionario y á algunos murmullos que podian atribuirse á oraciones. Ocupé el sitio que se me habia reservado, y á poco apareció el rey. Se me habia educado en las costumbres religiosas mas bien que en las sinceras ideas de religion. Yo cumplia mis deberes de cristiana con respeto mas bien que con fervor; nunca hasta aquel dia me habia vuelto hácia Dios para pe-

dirle misericordia y amparo desde el fondo de mi corazon, porque aun no habia sentido la necesidad de este amparo y esta misericordia. Aquel dia, mi terror comunicó sentido á las preces, por decirlo asi, mudas, que dirigí al Eterno. No asistia al servicio divino como á un espectáculo mas ó menos solemne, á cuya asistencia estamos obligados, como la mayor parte de las mujeres que me rodeaban y como hubiera hecho quizá en cualquiera otra ocasion: oré con fervor y desesperacion, y apenas advertí que la misa habia terminado, Mr. de Vaucloix me habia dicho que me reuniera á él asi que concluyera la misa; lo hice, y me arrastró con rapidez por una larga galería donde se detuvo y me dijo:

—Vá á pasar el rey; haced por contestarle bien si os interroga.

—En efecto, á corto rato apareció Cárlos X seguido del delfin y de la delfina; acogió con gracia y benevolencia algunos memoriales que se le entregaron, y habló con aire de satisfaccion con los personajes que le acompañaban; pero asi que vió á mi padre, oscureció una ligera nube de descontento su rostro.

—Sois vos, Vaucloix ? le dijo.

—Mi padre saludó y me tomó de la mano para presentarme; el rey que no vió este movimiento, siguió adelante diciendo:

—Seguidme.

Mi padre obedeció, y yo permanecí confundida siu saber qué hacer, creyendo que el rey habia rehusado verme. Al dtrigir á mi alrededor una mirada de desolacion, encontré la de la delfina, quien se acercó á mí, y me dijo con un gesto lleno de benevolencia:

—Acompañad á vuestro padre, señorita.

Saludé y obedecí á mi vez; pero no tuve bastante serenidad para contestar una palabra.

—El rey andaba bastante ligero; con dificultad hudiera podido yo pasar por medio de su acompañamiento; varios departamentos habíamos atravesado ya sin que me hubiera sido posible alcanzar al rey cuando éste entró en un salon adonde solamente le siguió Mr. de Vaucloix. Yo llegué en aquel instante, y viéndome próxima á quedar sola, no pude menos de llamar á mi padre.

El rey se volvió y me miró con una severidad que poco á poco fué desapareciendo reemplazándola una espresion de benévolo interés.

—Sois la señorita de Vaucloix ? me preguntó.

—Sí, señor.

—Pues bien, seguidnos.

Entré con mi padre, que se mostró vivamente contrariado con mi presencia, y se cerraron las puertas tras de nosotros. Yo me quedé á la entrada del gabinete de Cárlos X, á quien Mr. de Vaucloix habia seguido hasta el ángulo de esta pieza. Mi padre hablaba en voz baja, y no me era posible oir

lo que decia; pero me pareció que solicitaba una gracia que el rey no queria concederle. La discusion se fué animando y se olvidó que yo estaba allí pues oí al rey contestar con bastante calor:

—Sí, sí, ya sé que ese es vuestro refran..... Ingrato como un Borbon.

Mi padre, al parecer, se disculpó, y Cárlos continuó con vivacidad:

—Y con eso refran nos obligais á hacer todas esas cosas que con tanta dureza se nos critican.

Mr. de Vaucloix replicó y me pareció que hablaba de servicios.

—No los he olvidado, respondió el rey.

—Y sin embargo, señor, me negais lo que habeis concedido á muchos de mis colegas, al conde de C..... y al marqués de B..... que lejos de haber perdido sus bienes en la emigracion, los han adquirido sirviendo á la república y al imperio.

El rey se volvió con despecho y concluyó por decir:

—Pero, al fin, quién es ese hombre?

El rey escuchó atentamente la respuesta de mi padre: por último, me pareció que este trataba de terminar su discurso con un golpe de efecto: sacó unos papeles del bolsillo y los entregó á Cárlos X. Pero no bien los hubo tomado S. M., esclamó:

—Perdonad, señor, me he equivocado, no son esos.

El rey miró á mi padre sin devolverle los papeles, con tal severidad, que le hizo bajar los ojos.

—Dejad, Mr., de Vaucloix, le dijo; hé aqui lo que me instruirá mejor que cuanto vos pudiérais decirme.

El rey, dicho esto, se puso á reconocer los papeles. De lejos me parecieron por su forma y por la cinta encarnada con que estaban atados, los que tanto habian irritado á mi padre. S. M. se ponia cada vez mas severo á medida que los leia, y concluyó por esclamar:

—Qué escándalo! una suma tan enorme!

Mr. de Vaucloix hizo una seña al rey que alzó la vista á mí. Conocí que se le habia advertido por medio de aquella seña que no díjese delante de la hija palabras que pudieran acusar al padre. En efecto, Cárlos me miró durante un momento, y eché de ver que yo era el objeto de su conversacion, porque sus gestos y sus miradas se diririgian con frecuencia á mí.

Concluyó aquella nueva conversacion en voz baja, y el rey dijo con severidad:

—Si lo hago, será por ella, para que no muera en la miseria; será por la dignidad de vuestro nombre.

Estas palabras fueron dichas en voz no muy alta, pero las oí; en segufda se dirigió hácia mí el rey, seguido de mi padre, cuyo rostro se hallaba alterado. Mr. de Vaucloix me dirigió una mirada de desesperacion, y juntó las manos como suplicándome: este gesto me causó un dolor cruel.

—Con qué se os quiere casar, señorita? me preguntó bruscamente el rey.

—Sí, señor.

—Y sois gustosa en ese casamiento?

Miré á mi padre, y le ví hacer un movimiento.

—Dejadle hablar, le dijo el rey notando aquel movimiento; y luego añadió:

—Con qué aceptais con placer ese casamiento?

—Sí, señor, con mucho placer, respondí con tal exaltacion que el rey se sorprendió.

S. M. me miró tristemente con aire de compasion profunda, y luego me dijo con dulzura:

—Bien, señorita: no tengo derecho á oponerme á tan noble abnegacion; está bien.

En seguida, tiró del cordon de una campanilla.

—Tiempo hay, señor; mas tarde, dijo Mr. de Vaucloix.

—No, no; no quiero oir hablar mas del asunto.

Presentóse un ugier, y Cárlos X preguntó por un secretario que vino en seguida provisto de una cartera. El rey que paseaba por el gabinete, le dijo:

—El decreto relativo al yerno de Mr. de Vaucloix.

—El secretario se le presentó, el rey lo firmó y se le entregó á mi padre.

Aqui teneis, le dijo. En seguida se volvió á mí y añadió saludándome: Sed dichosa, señorita.

Salimos del gabinete y atravesamos con rapidez las habitacioees contiguas; bajamos y se acercó nuestro carruage.

—A escape á casa, dijo mi padre.

Partimos y al punto estalló con una vielencia que me confundió la ajitacion de que parecia ser presa.

—Ya le tenemos, esclamó: ya le tenemos....No ha estado poco.... Si no por tí, soy perdido..... pero has estado admirable..... Y hasta esos papeles que con tanta torpeza dí al rey ..... Si lo hubiera hecho á propósito, el resultado no hubiera sido mejor.... Hé aqui la primera vez que han servido de algo los papeles de la curia. Pero hay dias felices.... Ah! mi pobre Luisa, tú tambien serás dichosa; una fortuna colosal que tú les enseñarás á disfrutar..... Es un golpe maestro..... Es preciso que todo salga hoy bien.... Si no, mañana...Pero ya le tengo... héle aquí, aquí está....

Y leia con suma complacencia el decreto que se le habia dado.

Por lo que hace á mí, tan inquieta me tenia la alegria de mi padre como su desesperacion. Comprendeis la incertidumbre y la ansiedad que yo debia esperimentar despues de la escena que habia precensiado? Me parecia

que acababa de hacer un gran sacrificio, é ignorába cuál era. El rey se habia compadecido de mí, y yo no sabia por què me daba miedo interrogar á mi padre, porque temia que ya no fuese tiempo de ello. Le contemplé tristemente, ajitándose en medio de su alegria, esperando y temiendo una esplicacion que no podia estar lejana. Asi llegamos á casa.

—Mr. Carin está en el salon, dijo el portero á mi padre.

—Bien, bien, contestó este interrumpiéndole. Ven hija mia, ven; vamos á anunciarle tan dichosa nueva.

Y me arrastró hácia el salon.

—Aquí está! aquí está! esclamó Mr. de Vaucloix enseñando el decreto del rey.

—Firmado? preguntó Mr. Carin lanzándose hácia mi padre.

—Firmado! contestó éste. Venid conmigo para que os lo cuente todo.

Ambos salieron juntos y me dejaron sola con un jóven que estaba á nuestra llegada en el hueco de un balcon y á quien sin duda no habia visto Mr. de Vaucloix.

Aquel jóven me habia saludado en silencio, y aun no le habia yo devuelto el saludo al retirarse mi padre y Mr. Carín. Al principio permanecí bastante embarazada, pues al pasar por delante de aquel hombre, me habia encontrado con su mirada ó mas bien con su lente dirigido á mi. Tan impertinente me pareció, que lejos de bajar los ojos, le miré frente á frente. Puedo deciros la verdad, Eduardo: era hermoso en estremo. Notando el sentimiento de cólera que me habia inspirado, bajó el lente con tal gracia que hubiera podido comparársele al vencido que rinde su espada. Iba yo á retirarme cuando acercándose á mí, me dijo sin embarazo ninguno:

—Me será permitido presentarme yo mismo á la señorita de Vaucloix?

No supe que responder: me ruboricé y solo pude hacer una ligera inclinacion. Mi despecho era tanto mas grande cuanto que yo veia que era observado y que lo era por un hombre, cuya curiosidad debia ser grande, pues yo habia entendido por completo la frase del portero interrumpida por mi padre. «Mr. Carin está en el salon con su señor hijo» habia dicho. Aquel jóven era, pues, mi futuro esposo. Recordad todas las sensaciones que yo acababa de esperimentar; el misterio que me rodeaba, la compasion que se me habia demostrado, lo estraño de cuanto pasaba, aquella inesperada entrevista, sin intermediario, sin preparacion; todo esto era mas que suficiente para turbar á una jóven menos tímida que yo. Es preciso decíroslo asi todo, Eduardo: en los terrores esperimentados durante la noche anterior, no habia sido la imágen del marido que me estaba destinado, la que menos me habia perseguido: como no le conocia, habia formado su retrato con arreglo á lo que me habia dicho su padre, y el jabon de Windsor y el aceite antiguo ponderados por Mr. Carin, me habian asustado.

Juzgad, pues, cuál seria mi sorpresa cuando en lugar de la caricatura

que yo me habia figurado, me encontré con un hombre sumamente elegante, y debo repetirlo, sumamente hermoso; su aspecto me causó una sorpresa enteramente nueva: era muy superior á todos los bellos amantes que las mujeres se imajinan antes de ser amadas. Y esto me sucedia en el momento en que creia iba á ser entregada á un mónstruo. Permitidme esta palabra, pues me parece que esperimentaba yo entonces la dulce sorpresa de vírgen que, entregada al rio Scamandro que debe devorarla, halla en su puesto un bello jóven que la ruega de hinojos á sus pies.

Sin embargo callé, y me pareció que mi futuro debia hallarse tan embarazado como yo, pues nada mo decia. Al fin me atreví á mirarle para asegurarme de su turbacion. Hallábase inmóvil delante de mí, y me miraba con una sonrisa cuya espresion no me atreveré á deciros ahora que creo haberla comprendido: me dió miedo entonces sin saber por qué, y mi turbacion y el despecho que esperimentaba hicieron brotar mis lágrimas. Su serenidad me irritó al mismo tiempo que agradecí que no hiciese uso de ella para vencer mi timidez. No sé lo que hubiera dado en aquel instante por tener, no diré la presencia de ánimo, pero sí la impertinencia de ciertas mujeres Me daba vergüenza el verme tan completamente dominada; quise salir á toda costa de aquella posicion, y salí por medio de una torpeza.

—Quereis hablar á mi padre, caballero? dije con la sequedad posible.

—No en verdad, señorita: á quien quiero hablar es á vos.

—No sé si debo.....

—Segun vuestro padre y el mio manejan las cosas, es probable que aun tarden en acordarse de que es necesario que nos presenten el uno al otro: obremos como si no lo hubieran olvidado; puesto que tarde ó temprano ha de suceder, concededme una entrevista con vos, pues la deseo ardientemente.

Todo esto fué dicho con un acento y una precision que atestiguaban cuán dueño era aquel hombre de sus ideas y de sus palabras. Yo me consideraba una niña en su presencia, y á no haber visto que el que me hablaba era un jóven, hubiera creido oir á un grave retórico que iba á tratar una cuestion con cuyo triunfo contaba.

Despues de ofrecerme la mano, me hizo sentar y se colocó á mi lado.

—Quieren casarnos, me dijo con zalameria, mas ese proyecto necesita una alta sancion; creeis que pueda abtenerse....?

—Tal vez habreis echado de ver la alegria de mi padre; á mi entender, el rey ha consentido....

—Dispensad señorita: el rey puede consentir lo que vos podeis negar.

Yo me ruboricé y volví la cara.

El rey, continuó el jóven jugando con sus palabras, puede decir sí, donde vos podeis decir no; qué decís?

Esta pregunta tan directa me hirió mas que me embarazó. Aquel hombre sabia muy bien lo que me decia y yo cada vez estaba mas turbada. No hallé mas recurso que el de recurrir á una de esas frases de cajon que se encuentran en la narracion mas vulgar, y respondí con voz balbuciente:

—Caballero, mi deber es obedecer á mi padre.....

Mr. Carin se separó de mí por un lijero movimiento, y sin que yo le mirase, ví que me contemplaba con un aire que debia ser en estremo impertinente. Calló un momento, y luego cojiéndome la mano la besó con aspecto singular, y repuso con un ligero tono de ironia:

—Sois muy hermosa y muy.... buena.

La entonacion de la voz, las maneras con que fué pronunciada la palabra *buena,* me parecieron un insulto. Un relámpago de cólera atravesó por mi pecho, un relámpago, sí, porque no duró el tiempo necesario para inspirarme una respuesta asi mismo impertinente, ó para darme valor para retirarme. Mi padre llegó acompañado del de el jóven.

Ja, ja! dijo Mr. de Carin; ya se han hecho amigos. Bien, Guillermo: bien te decia yo que te iba á dar una mujer hermosa.... y un poco tímida.

—Un poco nécia querreis decir, caballero, repusee yo irrtada por el tono de Mr. Carin.

—Esta señorita tiene razon, dijo Guillermo con ironía.

Alcé la vista á mi padre y le vi ruborizado y confuso. Mi admiracion fué estrema al verle aceptar con su silencio el insulto que se me habia dirijido, y no puedo esplicar el sentimiento de lástima, que hácia él y hácia mí, esperimentaba mi corazon cuando le oí decir procurando dorar la frase de Guillermo;

—En efecto, Mr. Carin, tiene razon mi hija. Sois poco galante.

—No importa, contestó Mr. Carin; aquí tenemos un buen mozo que la enseñará de qué modo adquieren talento las chicas.

Y antes de que hubiera yo tenido tiempo para admirarme de esta nueva grosería, añadió:

—Vamos, no hay que perder tiempo. Tú, Guillermo, vas á ir á la vicaría, al corregimiento y á casa del notario; vos, Mr. de Vaucloix, id á los vuestros.... ya me entendeis.... ofrecedles el veinte y cinco por ciento para dar el cuarenta y se darán por muy dichosos. Yo me reservo los mas agarrados y estoy seguro de vencerlos. Junta general esta noche: es preciso que quede todo concluido hoy. Ya conocereis que no se pueden leer las amonestaciones hasta que no se haya hecho el arreglo; si se sospechára el negocio, no tendriamos un sueldo de descuento. Tened presente, Guillermo, que se necesitan tres dias para las amonestaciones.

—Ya lo sé, dijo Guillermo con impaciencia; me tomais por un imbécil?

—Mr. Guillermo tiene razon, dije yo de pronto arrebatada por mi deseo

de devolver su insulto á mi futuro marido, y sin advertir que la frase repetida por mí no tenia una aplicacion directa á la suya.

Guillermo hizo un ligero gesto que me demostró que yo no habia hecho mas que confirmar la triste opinion que tenia formada de mí, y en mi irritacion herí el pavimento con el pie. Esta señal de impaciencia irritó á mi padre por mas que adivinase lo que yo padecia.

—Vamos, Luisa, me dijo con serenidad, basta de niñerías; reflexionad y obedecedme.

—Esta señorita me ha hecho esperar esa dicha, dijo Guillermo; en seguida me saludó y se retiró con su padre y el mio.

Yo quedé sola. Tal fué mi primera entrevista con mi futuro esposo. La casualidad, colocándome de repente en su presencia, me proporcionó la turbacion propia de una jóven y me mostró á Guillermo bajo un aspecte que este no creyó deber rectificar. Mas tarde vereis que Guillermo era uno de esos hombres para quienes la primera impresion es de suma importancia por la fé que tienen en sus juicios. Vos me conoceis, Eduardo, y vos sabeis si soy vanidosa: sin embargo, debeis comprender la humillacion de una jóven que no es bastante jóven para que se la trate como á una niña y que sabe que se la tiene por una nécia, y bastante nécia para podérselo echar en cara sin que caiga en ello. Escuchadme bien, Eduardo, y dispensad todos estos pormenores de mi vida, pues son indispensables para que os convenzais de que la desgracia no está siempre en lo que se llama una desgracia. En efecto, yo era desgraciada aquel dia sin que pudiera decir á nadie que me habia ocurrido una desgracia. Me contenté con llorar escitándome á la resolucion estrema de resistir á Mr. de Vaucloix. Esta resolucion aumentaba mis angustias, porque yo conocia que retrocedería ante una órden ó una palabra de mi padre, y que solo conseguiria dar armas contra mí. Tal era sin embargo la vergüenza que me causaba el abandonarme á mí misma con tanta debilidad, que no me atreví á dejar de hacer este esfuerzo, aunque conocia que era inútil. Así cumplia un deber para cónmigo misma. En esta ansiedad esperé á mi padre todo el dia, pero le esperé en vano. Antes de que volviera, invadieron el salon diez ó doce personas de apariencia bastante comun. De cuando en cuando se acercaban á mí los criados para decirme que aquellas personas preguntaban por mi padre con una insolencia inusitada, ofendiéndole con sus suposiciones, diciendo que se burlaba de ellos, amenazando marcharse para enseñarle á dar citas á que faltaba, segun costumbre, como á todos sus compromisos. Despues de haberos hablado acerca de las costumbres de mi padre y de las medias palabras pronunciadas á mi presencia, ya conocereis que se trataba de una junta de acreedores: pero tambien conocereis que yo debia hallarme completamente ignorante de lo que pasaba. Lo único que yo deducia de lo que habia oido y de lo que se me repetia, era el descrédito de mi padre. Sin embargo, las conversaciones

que tenian lugar en el salon llegaron á ser tan indiscretas, segun decian los criados, que fuí á cerciorarme, resuelta á presentarme, si era necesario, á aquellos hombres para hacerlos callar. En el instante en que me iba á colocar tras una vidriera para verlos y oirlos, vi entrar á mi padre y oí un grito general, seguido de aclamaciones irónicas:

—Ah! gracias á Dios!..... Dichosos nosotros...... Veamos qué es lo que quereis..... Todavia promesas..... Si no teneis que ofrecernos mas que eso, gracias; esa moneda no pasa.» Y otras mil cosas dichas por todas partes por voces que parecian henchir de insolencia las unas á las otras.

—No se trata de promesas, respondió mi padre con tono á mi parecer obsequioso. Se trata de dinero contante.

—Cobradero á tres meses, dijo uno.

—Cobradero mañana, esta tarde misma si quereis.

—Pues el asunto es muy sencillo, dijo otro: pagad y recobrareis vuestro crédito. Diez mil nuevecientos cincuenta y tres francos me debeis; con que vengan los escudos y os daré la carta de pago.

Hubo un movimiento silencioso, y mi padre continuó:

—Debeis conocer, señores, que solo á costa de grandes sacrificios he encontrado el dinero necesario para pagaros. Os debo, pues, manifestar, que esos sacrificios serian inùtiles si vosotros no me ayudárais concediéndome un descuento de vuestros créditos.

—Una voz, compuesta de veinte voces, respondió:

—Ni un sueldo.

Luego añadió uno de los acreedores:

—Se me debe, ó no se me debe? yo lo quiero todo ó nada.

—En seguida dijo otro:

—Yo quiero comprar por doce mil francos el derecho de decir que todo un marqués y un par de Francia me ha jugado una pillada.

Y otro.

—Vámonos de aquí; siempre la misma cancion; al cabo no hemos de ver ni un sueldo.

Mi padre sacó una cartera, la colocó sobre la mesa, la abrió y enseñó una gran cantidad de billetes de banco. Es imposible describir el movimiento innoble que precipitó á aquellos hombres hácia la mesa; mi padre desapareció de mi vista en un círculo de buitres, de los cuales, los últimos se empinaban para ver mejor lo que se les ofrecia. Sin embargo, dos de ellos se retiraron del círculo y se hicieron una seña acercándose á la puerta donde yo me hallaba.

—De dónde diablos ha sacado ese dinero? dijo uno que conocí ser el tapicero de la casa. Pues no le quedaba ya nada que vender.

—Ha vendido hasta su voto en la cámara.

—Como no sea su hija.....

—Es capaz de hacerlo.

—Tal vez habrá consentido el rey en pagar nuevamente sus deudas. Cárlos X quiere mucho al marqués.



—Calla! puede que sea eso. Y cuánto es lo que ha enseñado?

—Sobre cincuenta mil escudos, que son la cuarta parte de lo que debe.

—Si ofrece la cuarta parte, ya dará la mitad; si dá la mitad, de seguro que tiene el total. Yo no me conformo.

—Andad con cuidado.

—No, dejemos obrar á los otros. Estad seguro que pagará por completo al que se mantenga firme.

—Oigamos; vá á hacer proposiciones.

En efecto, mi padre dijo como si contestára á una pregunta:

—Cuáuto ofrezco, señores? El veinte y cinco por ciento.

Los dos interlocutores se dieron de codo.

—El veinte y cinco por ciento!! esclamó un hombre gordo. Yo os he hecho las cuatro ruedas de vuestra berlina y me habeis salpícado de lodo demasiado para que me contente con cobrar una ruedasola. Rebajo el cinco por ciento que son las utilidades de mi trabajo. Consiento haber trabajado de valde, pero no rebajaré un uno por ciento mas.

Dicho esto, el maestro de coches fué á sentarse junto al tapicero á quien preguntó:

—Qué decís vos?

—Yo, respondió el tapicero, digo que acepto el veinte y cinco por ciento; quiero mas algo que nada. Sino, se nos vá á dar el diez y á aplazar el pago del resto para dentro de uno ó dos años.

—Lo creeis así? dijo el maestro de coches.

—Como que Mr. de Vaucloix debe un millon doscientos mil francos; y porque os ha enseñado sesenta mil francos habeis creido ver el Perú A mí me debe cincuenta mil francos; pero si me diera diez mil los tomaba en el acto.

—Demonio! murmuró el maestro de coches: con qué ese es vuestro modo de pensar?

—Absolutamente. A no ser por su dignidád de par, hace tiempo quo se pudriria en Santa Pelagia; pero con la tal dignidad se burla de nosotros. Asi es que yo estoy pronto á aceptar lo que dé.

—Oid, que habla.

Mi padre hablaba en efecto, y como guardaban silencio los que estaban junto á mí, pude oirle.

—Os he reunido, decia, para que os entereis de lo que trato de hacer Ofrezco el veinte y cinco por ciento; pero os hago presente, que si hay uno solo que no quiera conformarse, no doy nada.

Entonces se levantó un *hurra* general.

—Nada! repitió mi padre; no quiero imponerme tan penoso sacrificio para no alcanzar trauquilidad y ser perseguido cen mil bachillerías. Asi, pues, reflexionad y decidios. Os doy media hora para pensarlo.

—Pero ese es un robo! esclamaron todos; nunca se ha visto tratar á hombres de bien con tal impudencia.

—Vamos, señores comerciantes, replicó mi padre: cuando vosotros haceis quiebra tratais de muy diferente modo á vuestros acreedores: les dais el diez y aun envidíais su dicha.

Al oir estas palabras, mil gritos, mil injurias mas exasperadas unas que otras se oyeron por todas partes. Mi padre, como si tratase de huir, se acercó á la puerta donde yo me hallaba; pero lo detuvo el tapicero y le dijo en voz baja, mientras los otros se consultaban mútuamente en tumulto:

—Dad el cuarenta, y yo arreglo el negocio.

—Lo que doy es el veinte y cinco.

—Pues entonces no conseguireis nada.

—Ni ellos tampoco.

—Vuestro mueblage es muy rico y se os puede vender.

—Creeis que valga los quince mil francos que me habeis llevado por él?

El tapicero hizo un gesto de impaciencia y respondió:

—No se trata de eso. Haced un esfuerzo y subid siquiera al treinta y cinco.

Mi padre vaciló y concluyó por decir en voz baja:

—El treinta.

—No, el treinta y cinco.

—El treinta, y me quedo sin un sueldo.

—Palabra de honor?

—Caballero!

—Pues bien: sea el treinta y dejadme hacer.

Mi padre salió y me vió.

—Qué haceis aquí? me preguntó irritado.

Yo bajé los ojos.

—Habeis estado escuchando?

Mi silencio fué mi única respuesta. Pero de pronto, como si no se acordara ya de mí, se acercó á la puerta y aplicó el oido como para oir lo que se hablaba en el salon. Yo esperaba ver estallar la cólera de mi padre y aun la deseaba, porque necesitaba verle mostrar dignidad aunque fuera para conmigo, pero nada me dijo: lo que hizo fué ponerse á atisvar como yo habia hecho antes. Ah! bien! murmuraba por lo bajo. Están firmando! Muy bien! muy bien!.. Esta espera duró largo rato; pero mi padre no se separó un instante de la puerta vidriera, unas veces sonriéndose, otras presa de una violenta agitacion; poco á poco fué cesando el ruido y mi padre retrocedió de repente como para dejar paso á alguien. En efecto, el tapicero se acercó á él.

—Y qué tal? le preguntó mi padre.

—Saldo general.

—Al veinte y cinco?

—No, al treinta como habiamos convenido. Ya está todo corriente; no falta

mas que darme los fondos. Habeis prometido entregar el dinero esta tarde misma y es preciso no perder tiempo. Trabajo me ha costado reducirlos: espero que no lo olvidareis: el que toda su vida ha sido honrado consigue lo que quiere. Vos no hubiérais conseguido nada.

Que horribles eran las palabras que yo oia! que yo sola oia, pues mi padre se hallaba distraido en el exámen de las cartas de pago.

—Y la vuestra? preguntó al tapicero.

—Me parece, señor marques, que he hecho no poco por vos, y por lo tanto no es justo que pierda como los demas.

—Me es imposible dar mas de lo que he dicho, contestó mi padre.

—Pues bien, repuso el tapicero tomando las cartas de pago, no hay nada de lo dicho.

—Esperad, dijo mi padre, os daré el treinta y cinco.

—Tomad, yo soy hombre de bien: ademas, mi oficio no es de los que menos producen; dadme el sesenta y hemos concluido.

—No, el treinta.

El tapicero se dirigió á la puerta con las cartas de pago en la mano.

—El cincuenta, dijo, y ni una palabra mas.

Mi padre vaciló y el tapicero abrió la puerta.

—El cuarenta, contestó mi padre.

—El cincuenta, dijo el tapicero.

—Pues sea el cincuenta, respondió mi padre.

El tapicero volvió á cerrar la puerta vidriera.

—Pierdo veinte y cinco mil francos! dijo suspirando. Ajustemos la cuenta: seiscientos veinte y cinco mil francos de deudas, al treinta por ciento, son ciento ochenta y seis mil francos; un veinte por ciento mas correspondiente á mi cuota que es de cincuenta y dos mil frances, da diez mil cuatrocientos francos: total, ciento noventa y seis mil cuatrocientos (1).

Mi padre repasó la operacion aritmética, y dijo:

—Aquí teneis ciento noventa y siete mil; me teneis que devolver seiscientos francos.

—Eh! se quedarán por mis honorarios, contestó el tapicero.

—No puede ser, dijo mi padre.

—Vaya, no seais miserable; si no por mi, no hubiérais conseguido nada.

—Pues bien, dijo mi padre, libradme cuanto antes de esos vampiros.

—Tardaré lo que tarde en arreglar á cada uno su cuenta, y ya no volve-

(1) Como el lector conocerá, el tapicero cometió un error de 1500 francos en contra suya; no queremos rectificar la operacion, porque bastante ganancioso salia el honrado artesano sin que nosotros miremos por sus intereses. *(Nota del traductor.)*

reis á oir hablar de ellos. No vayais allá porque os harán unos cumplidos poco galantes.

Salió el tapicero con la lista de deudas y se colocó á una mesa que todos rodearon.

—Le habeis convencido? preguntaron todos.

—Le he convencido, respondió el tapicero.

Una esclamacion general se oyó en el salon, en medio de la cual sobresalió una voz que dijo:

—Si no nos hubiéramos precipitado tanto, quizá hubiérais sacado el treinta ó cuarenta.

En aquel mismo instante me hizo mi padre una seña para que le siguiera.

Eduardo, conozco que os admirareis al verme referir todos estos pormenores con tal precision; mas no creais que entonces los comprendia: mas tarde la costumbre de oir hablar de negocios á mi padre, me ha dado la clave del lenguaje que entonces no comprendia. No hallo mejor comparacion para aquel recuerdo que lo que sucede á una persona que oye pronunciar palabras de un idioma estrangero que quedan en su memoria y que aprendiendo despues aquel idioma, se esplica á sí misma lo que se dijo en su presencia. Por otra parte, estos pormenores me fueron bien pronto repetidos y llegaron á ser el asunto de conversaciones tenidas á mi presencia para que yo los conociese á fondo.

Seguí, pues, á mi padre á una habitacion que me estaba destinada, y la primera frase que pronunció fué:

—Me alegro infinito que lo hayais oido todo. Así os habreis convencido mejor que con mis palabras de la necesidad en que me hallo de casaros con Mr. Carin. Gracias á ese casamiento, he podido satisfacer todas mis deudas como ya habeis visto.

Os he dicho ya cuánta es mi debilidad; os he dicho tambien que á pesar de todo me hallaba resuelta á hacer algunas observaciones á mi padre, pero ví una razon que me pareció suficiente á dispensarme de toda resistencia y la acogí con alegria. Creí que el sacrificio que de mí se hacia y que yo no habia querido aceptar sin conocer la causa, podia esplicarse honrosamente. Me dije á mí misma que sacrificándome salvaba á mi padre, y, demasiado feliz por no tener que luchar contra su voluntad, me resigné por debilidad llamando á mi cobardia acto de valor. Soy franca, Eduardo; al hablaros de mí os digo la verdad: el primer sentimiento que esperimenté fué una dicha estrema por haber hallado una razon suficiente para ceder.

—Padre mio, respondí; vuestra voluntad es mi ley y me vanaglorio al pensar que al obedeceros os pago una gran parte de lo mucho que habeis hecho por mí.

—Bien, Luisa, me dijo mi padre un poco conmovido. Vuestro futuro es-

poso va á volver y es preciso que os mostreis amable para con él: es un jóven distinguido.

—Lo que ha hecho por vos, padre mio, le asegura mi reconocimiento.

Un suspiro lleno de amargura fué la única contestacion de mi padre; Mr. Carin, seguido de su hijo, apareció en seguida.

—Gloria á vos, querido, esclamó desde la puerta; no lo hubiera hecho mejor yo mismo! Con qué han aceptado el veinte y cinco por ciento?

—Querreis decir el treinta, replicó mi padre.

—El veinte y cinco. He encontrado al maestro de coches y me lo ha dicho. Como que me ha enseñado lo que acababa de recibir.

—Pues yo os digo que he dado el treinta; vereis como me ha pasado; mi hija ha sido testigo.

Entonces mi padre contó lo ocurrido con el tapicero.

—Bueno! dijo Mr. Carin, el buen hombre se ha embolsado el cinco por ciento del total del negocio, es decir, treinta y un mil francos, con mas veinte y seis mil por su parte al cincuenta por ciento, lo cual compone la suma de cincuenta y siete mil francos. Ese es el modo de saldar honradamente una cuenta de cincuenta y dos mil francos.

—Pero ese hombre es un bribon! esclamó mi padre.

—No habrá medio de hacerle vomitar, dijo Guillermo.

—Ya lo veremos, contestó Mr. Carin; pero eso se queda para mas tarde.

Mas tarde supe que el tapicero habia sido mandado por el mismo Mr. Carin que así habia recobrado una parte del préstamo hecho á mi padre. A pesar de esto, añadió:

—He ido al ministerio de justicia para concluir con el decreto; pero hasta que se verifique el casamiento nada se puede hacer. Así pues, Guillermo, hasta de aquí á quince dias no serás heredero del título de par propio del señor conde de Vaucloix.

Estas palabras fueron para mí un relámpago, pues me esplicaban el sentido de la escena que habia tenido lugar en palacio. Entonces conocí que en todo lo que habia pasado para nada se habia contado conmigo. Se habia comprado la dignidad de par de mi padre y se me tomaba sin duda por una de las cargas del contrato. Esta esplicacion fué tan repentina y tan clara que no pude reprimir una esclamacion de sorpresa.

—Por lo visto, no sabe nada? dijo Mr. Carin.

—Iba á esplicárselo todo cuando habeis llegado, respondió mi padre descontento.

—Qué diablo! murmuró Mr. Carin alarmado; y se volvió hácia mí. Consentís, no es verdad? El caso es que yo he soltado mi dinero en esa confianza.

Mi padre hizo un vivo movimiento de impaciencia.

—Dejémonos de andanzas, Mr. Vaucloix, añadió Mr. Carin animándose.

Seria una bribonada el que abusárais de mi confianza. No tengo documento ninguno para acreditar los doscientos cincuenta mil francos que me debeis, importe de aguardiente, y es preciso que nos apliquemos un poco.

Me atreveré á decíroslo, Eduardo? Mi padre cuya humildad me habia causado tanta pena, se mostró entonces á mis ojos bajo un aspecto aun mas triste, porque aprovechándose de la falta de documentos de que se quejaba Mr. Carin, respondió á este con altivez:

—Pues bien: si mi hija no consiente, no quiero arrastrarla por fuerza á la iglesia.

—Qué quiere decir eso? repuso Mr. Carin, pálido de cólera.

—Quiere decir, respondió Guillermo con sequedad, que hemos caido en las redes del señor marqués.

—Caballero! esclamó mi padre amenazándole.

Yo me coloqué entre ambos y dije á Guillermo.

—Tranquilazaos, que no perdereis vuestro dinero.

—Enhorabuena, contestó el padre; sois una buena muchacha, y eso vale tanto como si tuviéseis talento.

Guillermo se acercó á mí, y me dijo con la gracia que solia dar á su gesto y á sus palabras:

—Mi felicidad es la que hubiera perdido.

Eduardo, perdonadme lo que voy á deciros, pero aquella frase me causó lástima: mi futuro marido me pareció un nécio, y para que esta palabra no os disguste, os esplicaré aquel carácter cuya insoportable tiranía se figuran pocas personas. No os hablo de los pensamientos de la jóven: en vano he tratado de pintar las emociones que yo esperimentaba en aquella época; con esto sucede lo mismo que con los cálculos de que mas arriba os he hablado: ahora que poseo el secreto, han perdido para mí esas emociones su primer sentido y en vano procuro encontrarle. No sé si me comprendereis; pero figuraos que se os muestran unas masas blancas en el horizonte; por primera vez creeis que son nubes; luego se os dice que son montañas, se os muestran, se os detallan, se os manifiesta su altura y su espesor. Pues bien: una vez dada esta esplicacion, en vano procurais recobrar vuestra primera ilusion: no podeis ver nubes en el horizonte donde solo descubren montañas reales vuestros ojos. Así pues, yo me acuerdo que aquellas palabras de Guillermo me hirieron: sin embargo, no pronuncié entonces la palabra que ha poco he escrito. Pero llegó la esperiencia, la esperiencia que me ha hecho ver claras las cosas, que dió sentido al disgusto que yo habia esperimentado y que borró para siempre el de mi primera emocion.

Sin embargo, la esperiencia no me habia engañado, porque me anunció la desgracia.



IX.

La mujer de un nécio.



Sí, Eduardo, hay defectos que llevan en pos de sí mas disgustos que los vicios mas culpables. Ya os he dicho que Guillermo era hermoso; habia recibido una instruccion muy variada, pero muy superficial; poseia una fortuna inmensa y habia alcanzado toda clase de triunfos. No os hablo de sus queridas, aunque se haya complacido en relatarme su buena suerte pora con las mujeres. Soy poco inteligente en la historia del corazon humano para conocer si alguna vez ha llegado á amar Guillermo; pero creo conocer bastante el mundo para tener la seguridad de que ha poseido muchas mujeres. Guillermo tenia la mania de hacer versos, y la manía, mas fatal aun, de leerlos. Frecuentaban nuestra casa algunos hombres distinguidos que algunas veces nos confiaban sus producciones; pero á ninguno de ellos he visto alcanzar un éxito que se aproximase al de mi esposo: era mediano músico y tenia á

gala cantar sus composiciones; entre las entusiastas aclamaciones que se le prodigaban, notaba yo las alabanzas burlonas de los hombres de talento. Guillermo se llenaba de orgullo, no dudando que, queriendo serlo, hubiera sido uno de los primeros poetas y uno de los mejores compositores. Quise hacer algunas veces tímidas observaciones acerca de aquel estrepitoso entusiasmo y se me acusó de envidiosa. Como yo era, de recien casados, confidente de las producciones de Guillermo, quise señalar á éste algunos defectos, y aun indicarle groseros errores musicales; pero mis pretensions fueron acogidas con el mayor desprecio, porque ya he dicho que para mi marido era una linda jóven mimada y desprovista de sentido comun, á quien imponia silencio á la primer frase para ahorrarla un desatino. Os aseguro que jamás he visto un hombre tan satisfecho de sí mismo como Guillermo: hablaba de todo con una conviccion que dejaba perplejos á los hombres mas ilustrados. Su mismo padre habia sometido la ruda independencia de sus opiniones al imperio de su hijo. Consistia en que Guillermo se hallaba colocado en un punto desde el cual dominaba la superioridad de su padre: era diestro en el manejo de los negocios pecúniarios; lo era en conducir las especulaciones usurarias. Mr. Carin, viendo su habilidad en una ciencia en que él era maestro, le suponia la misma inteligencia en cuánto á él le era desconocido. De cuando en cuando procuraba yo hacerle ver, por medio de algun epigrama, que no me hallaba desprovista de todo talento y de todo criterio: pero mis dichos se embotaban en la triple coraza de la vanidad que á mi marido protegia. Muchas veces resentida del desden con que se me abrumaba, le lanzaba violentos sarcasmos; pero ni aun conseguia irritarle, porque se reia de mis injurias como nos solemos reir de las de un niño.

Teniamos palco de abono en la Opera y en los Italianos, y procuré buscar distraccion en aquel placer de los oidos y de los ojos; pero la presencia y las observaciones de Guillermo turvaban aquel placer. Haciendo alarde de independiente, aprobaba todo lo que pasaba por malo y ensalzaba todo lo que se creia mediano. Quise luchar; pero como mi esposo tenia siempre á su alrededor una porcion de aduladores que sacrificaban bajamente sus opiniones por adherise á la suya, era siempre vencida. Ay, Eduardo! no podeis figuraros cuánto he sufrido: necesito deciros cuál era la sociedad en cuyo seno me hallaba.

Nos casamos quince dias despues de la escena que os he referido. La ceremonia se verificó con un lujo que me deslumbró; la casa á donde fuí conducida estaba adornada con una magnificencia con que se me quiso sorprender. No dimos baile entonces; pero pasado algun tiempo, tuvimos una sociedad espléndida. Yo habia ido unos dias ántes á hacer la visita de recien casado, y los ofrecimientos de costumbre. Si me hubiera acompañado algun conocimiento del mundo, aquellas visitas hubieran sido mi

primera enseñanza. Visitamos indiferentemente á la alta nobleza relacionada con mi padre, y al rico comercio que lo estaba con mi marido. En la primera, encontré una acogida personal llena de benevolencia; en el segundo todos los obsequios fueron para mi esposo. No reparé mucho en esto, pero quince dias despues eché de ver que una mujer puede obtener en casa estraña las consideraciones que se la niegan en la suya, porque se la niegan al dueño de esta. Ninguna de las personas de la clase á que yo pertenecia acudió á nuestra rennion, y nuestros salones únicamente se vieron poblados por los conocimientos personales de mi esposo. Resintióse Guillermo en su vanidad; pero aquella vanidad no quiso creer que un nacimiento vulgar y una fortuna adquirida por medio de especulaciones no muy legales, fuesen la causa del alejamiento de aquella orgullosa sociedad, y me culpó de semejante abandono.

Un dia cruel, Eduardo, cien cartas llegadas de minuto en minuto, nos demostraron poco disfrazadamente que todos nuestros conocidos rehusaban nuestro convite. Hubiera querido ocultar aquellas cartas á mi marido mas por medio de una precaucion, que creo fue un insulto bien combinado, todas ellas le fueron dirigidas personalmente: persiguiéronle hasta la hora de la reunion, y de reproche en reproche nos condujeron á una esplicacion bastante viva y prolongada para que hubiese necesidad de advertirnos que la gente empezaba á llenar nuestros salones, y que ni él ni yo, habiamos pensado en vestirnos.

No olvideis, Eduardo, que es una mujer quien os escribe, y sed indulgente para con eso que vosotros llamais frivolidades, y que algunas veces producen bien penosos resultados, la cosa mas insignificante tiene grandes consecuencias, y una vida mal empezada se estravia lejos de la felicidad por la mas leve causa; asi bien como un rádio que al partir del centro se desvia poco de su paralelo, y al llegar á la circunferencia se halla muy distante del mismo.

Tras aquel insulto que Guillermo podia echarme en cara, si no personalmente, al menos como parte de aquella *carta insolente* que le rechazaba, llegó una de esas miserias de la vida que parecen insignificantes, y que á veces son de gran entidad. Yo habia recordado demasiado tarde, y me faltaba un prendido; á fin de no hacer falta en los salones me confié á una doncella que no fue bastante hábil para adornarme con los magníficos diamantes que me habia dado mi esposo; olvidé tambien un abanico pintado por R.... y del cual habia hablado Guillermo, de modo que cometí todas las torpezas posibles; me apresuré á pasar al salon, y aturdida con la mirada colérica que me dirigió mi esposo al verme adornada con flores, no supe reparar la falta de presentarme tarde en mi casa. Estuve torpe, cortada, y se me alentó con tan solícita compasion, que se me agolparon las lágrimas á los ojos é hice un papel ridículo.

Comprendeis, Eduardo, esta posicion en presencia de un hombre como mi marido? Desde aquel instante fué enteramente perdida mi causa. No puedo esplicaros la nécia escena que siguió á aquella reunion: tan violenta fué que me hizo dudar de mí misma, y dudar de tal modo, que en las reuniones mas íntimas no me atreví desde entonces á ponerme al piano y cantar, aunque pasados triunfos me hubiesen demostrado que podia hacerlo sin rayar en escesiva mi audacia.

Figuraos ahora, cuál debia ser la vida de una mujer sin energia, y á quien se ultraja incesantemente: yo debia quedar vencida en la lucha, porque á pesar de mi debilidad, luchaba. Entonces supe una cosa bien triste para la humanidad, y es que tenemos mas fuerza para defender la vanidad que para defender la dicha. Yo abandoné mi dicha al primer embate, y defendí mi vanidad largo tiempo, pero al fin se agotaron mis escasas fuerzas porque se me atacaba por medios tan vulgares que casi siempre me encontraba sin defensa. Cuanto mandaba á los criados era una torpeza; mis observaciones eran siempre fuera de lugar; hacia mal en recibir á tal hora, y hacia tambien mal en no recibir á la misma. Mi marido abrigaba una conviccion tan íntima de mi necedad, que vituperaba cuanto yo decia y hacia, sin tomarse el trabajo de examinarlo, y me reprendia con ese tono brutal á que únicamente se puede oponer el silencio, es decir, con la burla y el sarcasmo. Ya habeis visto de qué modo me habian abandonado *los de mi casta*, como decia mi marido; me hallaba relegada á una sociedad que solo por consideracion á éste me admitia. Ya os he hablado del servilismo de los hombres: ahora es cuando me le esplicó á mí misma. La mayor parte de aquellos necesitaban á Guillermo y de los inmensos capitales de que disponia; así es que le adulaban ayudándole á mofarse de mí. Mi nacimiento, es decir lo que se llamaba *mi hidalguia*, era causa de que todas las mujeres de aquella sociedad financiera me despreciasen, y aunque algunas temiesen dar lecciones demasiado rudas á la presuncion de Guillermo, esto nunca redundó en mi provecho porque yo les habia quitado uno de los mejores partidos de su clase.

Debeis admiraros, Eduardo, de que en tan cruel posicion no hallase un apoyo; solo un hombre, solo el conde de Cerny, arrostró el anatema lanzado á nuestra casa, concurriendo á ella con frecuencia, y haciéndose mi campeon. Yo le agradecí su valor y se lo demostré con una acogida solícita. Pasado un mes, toda la *Chausée d' Antin* estaba indignada por mi escandalosa conducta. Los elegantes de la bolsa que no habian pensado en mí, se creyeron soberanamente humillados por lo que ellos llamaban el *triunfo del embajador del arrabal de San German*. Así fué que me ví en la precision de suplicar á Mr. de Cerny que me privase de su benevolencia.

Paréceme, Eduardo, que yo misma voy á leeros mi carta y que vos estais dispuesto á ir volviendo las hojas para ver si en medio de tanto abandono nombro la persona á quien tenia derecho á recurrir. Ay! despues de ha-

ser hablado tan cruelmente de mi padre, me veré reducida á acusarle todavia? Mi padre no vivia con nosotros y solo de vez en cuando iba á visitarnos. Sabeis cuál era el objeto de sus visitas? Su necesidad de dinero, un empréstito hecho á mi esposo. Si supiérais, Eduardo, con qué humillaciones compraba mi padre los recursos que Guillermo le daba, no estrañariais que yo no quisiese aumentar su horrible suplicio con la confesion de mis pesares. Muy miserable soy al presente, Eduardo, y sin embargo os admirais algunas veces al ver el valor con que sufro ciertas privaciones. Este valor consiste en que yo mejor que nadie sé cuán caros cuestan los deseos que esceden á los posibles. Una pasion terrible dominaba á mi padre, era un jugador, y yo ya sabeis que no soy bastante fuerte para abrigar pasion alguna. He vivido en el lujo sin gozar de él, y vivo en la miseria sin sufrirla.

Ya veis, Eduardo, que me hallaba abandonada de todos, dominada por la ciega necedad de Guillermo, escarnecida por el servilismo de sus comensales, cuyas mujeres me aborrecian y ridiculizaban. Me resigné y callé, sufrí que se me condenara, y todo el mundo convenia al año de mi casamiento en que era una idiota que queria ser mala, pero que no sabia serlo. Todo me faltaba; me hice embarazada y enfermé: la vanidad de mi marido que se empeñó en llevarme á una carrera para ostentar unos magníficos caballos nuevos que se desbocaron y me causaron un espanto cruel, me ocasionó un mal parto; Guillermo tuvo la brutalidad de decirme que no era buena ni aun para tener hijos. Comprendeis semejante vida, Eduardo? Os figurais cuán horrible, cuán insultante, cuán odiosa es? No olvideis que en ella no habia ni soledad ni recogimiento, porque se arrastraba todos los dias en los bailes, en las fiestas, en los teatros. Me hallaba encargada sin saberlo de satisfacer una de las vanidades de mi esposo; al cabo de cierto tiempo conocí que el lujo sin cesar renovado no era una atencion suya, como yo me figuraba, sino un desafío al lujo de las mujeres mas elegantes, y creo que si hubiera podido poner á sus caballos vestidos ricamente bordados ó collares de pedrería, me hubiera abandonado en un rincon.

Ved aquí como he pasado dos años, y como al fin de este tiempo llegué á un abandono de mí misma que justificaba casi todo lo que se me suponia; pero un suceso, grande por sí mismo, puesto que fué una revolucion para nuestro pais, vino á cambiar mi vida conduciendo la catástrofe que me ha colocado en el estado en que me hallo.

Yo me habia casado en julio de 1828, y dos años despues estalló la revolucion que desterró á los Borbones.

Nos hallábamos en el campo en las cercanias de Blois, cuando el *Monitor* nos llevó aquel decreto. No podeis figuraros la alegria que produjo en mi esposo semejante noticia.

—Al fin, esclamó, se va á someter á la obediencia esa cámara de diputados tan insolente y charlatana, compuesta de una cáfila de abogados y co-

merciantes sin camisa, que son capaces de besar las suelas de las botas del rey porque este se digne mirarlos : ya es hora de que los negocios sean manejados por quien corresponde, por los grandes nombres y grandes fortunas. Ahora ocupará la cámara de los pares su verdadero puesto, que es el de la cámara alta. Ah! que no estuviera yo ahora allí! A propósito, sabeis de vuestro padre?

—Sí, me escribe desde los Pirineos; le ha ido muy bien con las aguas de Aix.

Mi marido hizo un movimiento de despecho, cuya terrible significacion no comprendí entonces.

Al fin, dijo despues de un momento de silencio, tarde ó temprano se conseguirá, pero entre tanto mi posicion es fatal: la aristocracia puede esperar ahora una sólida constitucion, y caminará al frente del pais en vez de ir á retaguardia como una máquina gastada, porque será una aristocracia jóven, fuerte, rica, conocedora de las nuevas necesidades de la época, y hábil en la reorganizacion de lo pasado.

Mi marido se paseaba activamente al hablar de este modo, leyendo y releyendo el Monitor, y esclamaba de vez en cuando con colérica impaciencia:

—Y no estar yo ahora alli!

—No podiamos marchar á París? le dije.

—Y quién habla de eso? me respondió encogiéndose de hombros y mirándome con desprecio.

Ya veis, Eduardo, cuán nécia era, yo no comprendia que la mejoría de mi padre era la que escitaba tan vivos pesares en el alma de mi marido. Ay! aquel error no duró mucho tiempo.

Aunque yo no me ocupaba de asuntos políticos, era naturalmente del partido de mi padre y del de mi marido, y no hallaba nada fuera de razon en el entusiasmo de este último, pero no tardó en conecer cuán pocas eran las razones en que se apoyaban aquellas ideas. Mr. Carin, padre, se hallaba fuera de la quinta á la llegada de aquella importante noticia; pero volvió cuando mas acaloradas eran las esclamaciones de su hijo. Escuchó á éste con aire pensativo, y levántándose de repente contestó moviendo un poco la cabeza:

—Todo eso es muy bueno y muy hermoso, pero te digo que es una enorme necedad.

—Córriente, replicó mi marido; venís de ver á Mr de**** liberal furibundo y os ha trastornado la cabeza.

—Vengo de casa del conde de M**** ultra-furibundo, quien me ha dado todas esas noticias haciéndome ver que él es un loco y tú otro.

—Vamos, padre, ya veo que no sabeis lo que os decís, repuso mi marido con sarcasmo.

—Sé lo que digo, y digo lo que pienso. Esas disposiciones son una barbaridad, lo he dicho y lo repito.



—Enhorabuena, contestó mi marido con el soberano desprecio que oponia á todo lo que no estaba conforme con su opinion. Esa es una barbaridad hija de vuestras ideas.

Mis ideas valen tanto como las vuestras, señor baron de Carin, replicó su padre colérico. He disculpado el estúpido entusiasmo del conde de M*** porque es un hidalgüelo que se imagina que su gerarquia será mucho mas alta no tomando parte en las elecciones los proletarios: pero piensas tú que la Francia recibirá esa bofetada sin devolverla?

— La Francia! la Francia! replicó mi marido con el mismo desden. Dónde está la Francia? Y cuál es la Francia? Se compone acaso de cincuenta mil electores estúpidos, y de doscientos diputados insolentes? La Francia callará y hará muy bien.

—No callará, no, señor baron, esclamó Mr. Carin con una indignacion inusitada para con su hijo: los cincuenta mil electores estúpidos, y los doscientos diputados insolentes son la flor de la nacion; lo oís, señor baron? Y no se dejarán insultar por las ventajas de una casta que os ha plantado en la calle, á vos, mi señor hijo, Guillermo Carin.

—Yo no hago responsable á la causa del rey de las insolencias de algunos hombres.

—Pues bien, mejor para ti; teneis buena provision de grandeza de alma, pero te aseguro que no á todos sucederá lo mismo. Yo soy realista, y he dado pruebas de ello; no he olvidado que ese tirano de Bonaparte quiso formarme causa por las provisiones de 1813, y que á no ser por la llegada de los aliados, mis millones y yo hubiéramos volado; soy realista en cuerpo y alma y lo soy por el rey, y no por ese enjambre de emigrados que nos ha traido y que nos devora.

—Y á quiénes se les han quitado todos sus bienes.....

—Que tú te estás comiendo ahora. Además, yo aborrezco á los nobles: si los quiero es porque lo mismo que á tí me han salvado del peligro. Yú eres hijo mio, al menos asi lo creo, y sin embargo los quieres!

—Y lo tengo á mucha honra, dijo Guillermo irritado.

—Lo tienes á mucha honra, señor Guillermo? Y de dónde has salido tú?

—Padre mio, cuidado, que pueden oirnos.

—Y á mí que me importa? Piensas tü que me avergüenzo de mi orígen?

En seguida añadió en voz alta:

—Mi padre era carpintero, y mi madre vendia pescados. Así hicieron su fortuna y yo he continuado haciéndola; no soy orgulloso, pero no consiento que un atajo de pícaros noblezuelos me pisen los zancajos.

—No se trata de eso, padre, replicó mi esposo alarmado por la violencia de Mr. Carin. Se trata de una medida dictada por la necesidad, y que está en las atribuciones y en el deber del rey.

—Me das risa con esas atribuciones y esos deberes: por ventura creeis vosotros que porque un ministro haya encajado un sermon de jesuita á la

cabeza de un decreto se logra persuadir á los electores de que se dejen despojar de sus derechos sin decir una palabra, y que se suprimirá la libertad de imprenta sin que el pueblo esperimente una vejacion?

—Qué le importa eso al pueblo? Qué le importan al pueblo las elecciones? No toma parte en ellas. Que le importa la libertad de imprenta? El pueblo no sabe leer.

—Pobre muchacho, me das lástima! Ya sé que no tiene parte en las elecnes, pero confia en la clase media que tiene parte en ellas.

—La clase media es mas insolente que los nobles.

—Sí, pero no es noble, y el obrero y el hombre de la clase media se dan la mano por el plebeyicismo. Su causa era la misma en 1789, y vosotros la identificais proporcionándole los mismos enemigos, es decir, la nobleza y el clero. Oh! vosotros los sábios del dia, sois unos grandes políticos por escrito, pero no conoceis al pueblo, no tomais en cuenta sus ódios ni sus recuerdos, ni sus temores.

—Pero si no se trata de la nobleza ni del clero, sino de la monarquía.

—Y qué quiere la monarquia?

—Quiere que se la respete. Esa monarquia de catorce siglos no quiere ser esclava de una cámara rebelde y creada ayer.

—Estoy conforme; pero eres un loco. Puede haber una cámara tan justa que no sea esclava.? Tú mismo, tú, si estuvieras donde quieres estar, ¿te alegrarias de que te pusieran de patitas en la calle por no ser de la misma opinion que el gobierno?

—La cámara de los Pares es muy diferente, es la flor y nata del pais.

—Buena flor y nata de que tú formarás parte.

—Pero padre.....

—Déjame en paz: se echará otra vez á los Borbones.

—Eso lo veremos.

—Ya está visto, mañana se insurrecciona París.

—Pobre padre! creéis que estamos ahora en 1793?

—Yo creo lo que siento. Al leer el *Monitor* me he sentido lleno de indignacion como si me hubieran dado una bofetada. La rabia no me ha dejado razonar. Yo soy como todo el mundo y todo el mundo es como yo: ya verás lo que sucede.

Esta discusion duró largo rato, y aunque no derramaba por ninguna parte mucha luz sobre tan grave cuestion, yo aunque guardaba silencio, fuí de la opinion de Mr. Carin. Aquel instinto de cólera popular que le dominaba me dominaba tambien á mí y reflexioné acerca de lo que podia ser en las masas cuyo primer arrebato no se hallaba refrenado como el suyo por razones de bienes y alianza. Como sucede siempre á los hombres altamen-infatuados, el entusiasmo de mi esposo llegó á ser tanto mas exagerado cuan-

to que encontraba resistencia. Acogiendo con su desden habitual la noticia de los primeros movimientos populares, esclamó:

—Una compañía de guardias de corps basta para concluir con todo eso.

Cuando vió que bastaron tres dias para derribar aquella monarquía de catorce siglos, no desmintió su furiosa confianza en sí mismo, y no queriendo convenir en que pudiera ser mala una medida aprobada por él, se volvió contra los que la habian puesto en ejecucion, diciendo que por culpa suya habia salido fallido todo y que algunos regimientos mas en Paris hubieran asegurado el triunfo. Solo cuando los periódicos anunciaron la exaltacion de Luis Felipe al trono y la aceptacion de la nueva carta, abandonó aquel tono punzante y concluyente,

Así empezó para mí una nueve série de pesares que no temo confiar á vuestra lealtad. Sin embargo ¿no os parece estraño que un artículo de la constitucion política de su pais haya podido torturar la vida de una mujer? La nueva carta votada por ambas cámaras y aceptada por el rey decia que en el término de un año se presentaría una ley para arreglar definitivamente lo concerniente á la dignidad hereditaria de par. La tempestad que esta noticia levantó en el corazon de Guillermo fué terrible. Su padre se divirtió satirizándole acerca de la pérdida de sus esperanzas, y ya debeis conocer que en todo aquello quien recibia de rechazo el golpe de la cólera del hijo y de las burlas del padre era yo. No os contaré la escena que con este motivo tuvo lugar; fué seguida de otras tan crueles que entre mis recuerdos solo figura como un dolor mas.

Pasaron algunos dias mas y mi marido recibió en este tiempo cartas de mi padre que no me manifestó. Mr. Carin habia ido á Paris y habia vuelto Entre tanto, mi padre habia dejado los baños de Aix y habia llegado á nuestra quinta; su dolor era estremado. Para él la opinion política era una fé, la fidelidad á los Borbones una religion, y desde su llegada manifestó su resolucion de seguir nuevamente al monarca en su destierro.

—Mañana hablaremos de eso, dijo mi marido con tono mas afectuoso que de costumbre; antes de todo es preciso que descanseis.

Llegada la noche, y así que me retiré á mi cuarto, fué á buscarme Guillermo, y despues de cerrar con cuidado las puertas, me anunció su intencion de tratar conmigo un asunto importante. Grande fué mi sorpresa, y mi marido que lo notó creyó deber tranquilizarme á su modo acerca de la importancia de lo que esperaba de mí.

—No os asusteis, me dijo, no se trata de una mision estraordinaria. Unicamente deseo que os encargueis de persuadir á vuestro padre que no abandone la Francia. Creo que su ausencia os causaría un sentimiento bastante grande para que halleis razones suficientes á hacer cambiar de resolucion á Mr. de Vaucloix.

—Lo único que puedo hacer valer es ese mismo sentimiento, y no bas-

tante en la ternura de mi padre para creer que me evitará el dolor de esa separacion.

—Decis bien, repuso mi marido; hacedle ver que tanto vos como yo esperimentaremos el dolor mas grande si insiste en ausentarse.

—Os agradezco ese sentimiento, dije á mi esposo, y puesto que para dar este paso quereis contar conmigo, creo que aun podré hacer valer otras razones.

—Y cuáles son esas razones? me preguntó Guillermo sentándose delante de mí y examinándome.

Eduardo, no sé si debo deciros que creí entrever entonces una esperanza de destruir en cierto modo la opinion que acerca de mí habia formado Guillermo, y puse todo mi conato en desenvolver todas aquellas razones de que creia deber echar mano.

—Mi padre, dije, es ya viejo, y dejar la Francia á su edad, seria ir á morir al estranjero.

—Es cierto, muy cierto.

—No necesita dar á los Borbones esa última prueba de adhesion; su vida responde por él.

—Muy bien, muy bien.

—Puede además demostrarles su fidelidad por medio de un último acto de su voluntad; puede, como otros, negar al gobierno actual el juramento que se le exije como á par de Francia, y protestar con su retirada.

—Os suplico que no le digais nada de eso.

—Y por qué?

—Por qué? Porque yo no me he casado con vos para eso.

—Qué quereis decir?

—Escuchadme, Luisa: tratad de comprendedme siquiera una vez en vuestra vida; no os pido mucho.

—Procuraré hacerlo.

—No tomeis ese aire de víctima, yo os lo snplico; lo que voy á deciros es muy grave. Escuchadme bien. La ley que debe arreglar el heredamiento de par tardará un año en presentarse: no sin razon se ha aplazado semejante medida: se ha querido dar á los espíritus el tiempo necesario para tranquilizarse. Siendo asi, subsisten mis derechos, prestando juramento vuestro padre. Ya conocereis que no querré sacrificar ese derecho á un juramento de acendrada fidelidad, pues me ha costado bastante caro.

Yo no podia menos de convenir en que la observacion de Guillermo era razonable; pero mi esposo hacia odioso cuanto decia.

—Hay cuestiones de honor que el hombre resuelve soberanamente por sí mismo, y yo no tengo derecho á dar semejante consejo á mi padre.

—Dónde habeis aprendido esa bella frase? dijo mi marido. Es muy sonora; pero os advierto que es tambien muy estemporánea. Quiero, oidlo

bien:—quiero que persuadais á Mr. de Vaucloix á que preste juramento.

—No puedo encargarme de semejante mision, y por lo tanto no debo aceptarla.

—Oidme, dijo Guillermo irritado: vuestro padre presterá juramento cuando yo quiera y como yo quiera; pero no me conviene obligarle á ello por mí mismo. Es preciso que vos le inspireis esa determinacion. No me gusta hacer uso de medios violentos, y vuestra negativa me obligaria á acudir á ellos.

—Medios violentos tratándose de mi padre! esclamé yo: y os atreveis á amenazarme?

—Si os parece, dejémonos de tragedias; quereis, sí ó no? Pasad á ver á vuestro padre esta noche misma; yo le he dicho que deseábais hablarle en secreto y os espera. Puesto que estais para bellas frases, hay una que os ruego le digais, y es que el único dote que os ha dado es la herencia de su dignidad de par, y que cumple á un hombre de honor el conservármela por todos los medios posibles.

—Por todos, escepto por el perjurio.

—Necedad y obcecacion! es demasiado, dijo Guillermo furioso. Con qué os negais? Prestad atencion: soy enemigo de escándalos y de gritos; mas si son necesarios, acudiré á ellos, y entonces..... Pero sé que hablareis á vuestro padre.

La primer amenaza de Guillermo contra mi padre me habia alarmado poco, pero el tono con que mi esposo profirió sus últimas palabras me asustó estraordinariamente; asi es que me contuve y le dije:

—Mi negativa no debe importaros mucho, porque debeis estar seguro de que aun cuando yo diera ese paso seria enteramente inútil.

—Eso lo veremos.

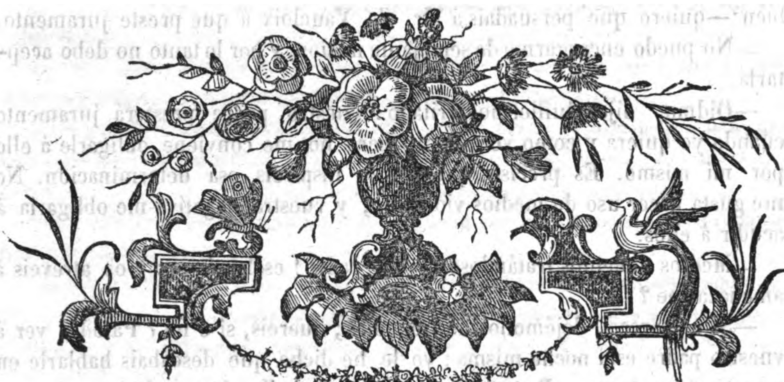
—Puesto que os empeñais, haré la prueba mañana.

—He dicho que ha de ser esta noche.

—Pues bien; sea esta noche. Voy ahora mismo.

—Inmediatamente..... Yo tengo mis razones. Seguidme, que quiero acompañaros hasta la habitacion de vuestro padre; no olvideis que es preciso que lo consigais.

Por mas que me hallase convencida de la inutilidad de mis gestiones, consentí en seguir á mi marido para evitar á mi padre la escena con que se le amenazaba, creyendo que mi condescendencia bastaria á satisfacer la exigencia de Guillermo. Este me condujo hasta la puerta del cuarto de mi padre donde me hizo entrar por medio de una seña.



X.

Un juramento político.



OBEDECÍ á mi marido temblando, y entré en la habitacion de mi padre, pero al punto salí de ella.

—Está sobre su cama completamente vestido, dije á Guillermo.

—Oh! ya lo sé, me respondió.

—Pero duerme.

—Pues bien! esclamó violentamente, despertadle.

—Qué es esto? dijo mi padre arrojándose del lecho.

Mi marido me empujó hácia la habitacion, y respondí:

—Soy yo.

—Has tardado mucho Luisa, y yo temia verme obligado á partir sin despedirme de tí.

—Pues qué! esclamé: nos dejais tan pronto?

—Yo no quiero estar en el territorio francés desde que el rey le ha dejado. Quiero reunirme á él.

—Ah! padre mio, le dije: habeis pensado lo que es á vuestra edad semejante emigracion?

El rey es mas viejo que yo.

—Habeis pensado que me dejais sola en Francia?

—Sola, Luisa! sola con tu marido; no sabes lo que dices.

—Pero sabe él vuestro proyectado viaje?

—Qué importa! Debe aprobarle.

—Sin embargo, padre mio, podríais consultarle.

—Para qué? Para cumplir un deber no necesito los consejos de nadie.

—Puede irritarle esta separacion inesperada.

—Irritarle! Y por qué?

Me armé de todo mi valor, y dije bajando los ojos:

—Su casamiento le habia hecho concebir esperanzas que vá á destruir vuestra partida.

—No te comprendo.

—Emigrando, renunciais á vuestra dignidad de par.

—Y aun cuando permaneciese aqui, piensa él que podria conservarla?

—Quizá tengo derecho á esperarlo.

Mi padre me levantó la cabeza, que yo tenia inclinada, y mirándome frente á frente me dijo:

—Luisa, sois vos la que me hablais de ese modo?

—Deseo no separarme de vos, y quisiera persuadiros.....

—A un perjurio?

—No padre mio, pero.....

—Te han violentado para venir aqui, Luisa. Tú no abrigas ni ambicion ni vileza en tu corazon. Yo te perdono, pero no hablemos mas de eso.

—Con ella, bueno; dijo mi marido entrando y cerrando violentamente la puerta: pero conmigo es diferente.

No me habia engañado, y las insinuaciones de vuestra última carta.....

—Segun veo, habeis comprendido aquellas insinuaciones: y luego que habeis dejado vuestro carruaje en la parada de postas, he comprendido que contábais con escapar.

—Eh! Y quién podria impedírmelo?

—Yo!

—Estais loco.

—No tanto como creeis. Escuchadme bien, Mr. de Vaueloix. Esa carta que me habeis remitido hace una hora, y que lleva vuestra dimision á la cámara de los pares, está en poder de un correo que está abajo á caballo. Si lo quereis partirá al momento. Mañana por la mañana llegará á París, y

mañana al medio dia no sereis ya par de Francia, y cesarán para vos todos los privilegios de esta dignidad: pasado mañana un juicio consular autoriza el arresto de vuestra persona. Este juicio será ejecutivo al momento; con el dinero se hace todo lo que se desea; y antes que hayais llegado á cualquier pueblo, por ignorado que sea, para embarcaros, sereis preso é ireis á Santa Pelagia á probar vuestra fidelidad á S. M. Cárlos X.

—Pero ese es un crímen abominable! esclamé con desesperacion.

—Ahorradnos vuestras interrupciones, señora; vuestro padre me comprenderá mucho mejor que vos.

Efectivamente, el primer movimiento de cólera que habia observado en la fisonomía de mi padre, habia desaparecido para sustituirle una apariencia de verdadera tranquilidad.

—Os comprendo, Mr. de Carin, dijo: teneis razon; sea como deseais. Devolvedme mi dimision y no la volveré á mandar.

Yo no tuve tiempo para admirarme de esta condescendencia de mi padre, porque esclamó mi marido:

—Ciertamente! y si no parte vuestra dimision, seguireis siendo par de Francia y libre de ir á París, despues al Havre, y desde alli cuando esteis en seguridad á bordo de un navío inglés, enviareis vuestra dimisision con el mayor gusto.

No, no, Mr. de Vaucloix, no; yo no soy tan nécio.

—Qué quereis, pues, que haga?

—Quiero, respondió mi marido, que dentro de una hora parta para París el correo que espera abajo: Que lleve vuestra dimision, y entonces ya sabeis lo que os espera, ó bien que lleve vuestro juramento de fidelidad al nuevo gobierno, y en este caso.....

—Es una infamia que no haré yo, le interrumpió mi padre.

—Callad, Mr. de Vaucloix; no demos á las palabras mas importancia de la que en sí tienen. Figuraos que un juramento al rey es una letra de cambio que firmais. Vos mejor que nadie sabeis como se paga á su vencimiento.

—Y vos sabeis tan bien como yo, lo que sucede á los que no pagan.

—Se arregla uno cuando se tiene necesidad de ellos, y esto es lo que acabo de proponeros. Prestad juramento, y obtengo para vos la carta de pago de todas vuestras recientes deudas.

—No, respondió mi padre, no. Que vaya mi dimision.

—Habeis pensado en que lo que sacrificais es vuestra pension de par de Francia?

—Sí.

—Sabeis qué es el solo recurso que os queda?

—Sí.

—No sabeis que es Santa Pelagia lo qne preferís?

—No.

—Señor, esclamé, no osareis.....

—Mi marido me lanzó una mirada que me hizo palidecer, y mi padre respondió:

—Se atreverá Luisa; tú no le conoces aun. Hace mucho tiempo que le creo capaz de todo.

—El lo sabia antes de nuestro casamiento, dijo mi marido sonriéndose; debeis darle gracia por la prisa que se ha dado á comunicároslo.

Incliné la cabeza para no ver á aquellos hombres, de los cuales el uno era mi padre y el otro mi marido. Sin embargo, retrocedí ante la desgracia que amenazaba al uno y el crímen que meditaba el otro, y me atreví aun á alzar la voz.

—En nombre del cielo, les dije, tomaos un dia para reflexionar, y entonces mas serenos....

—Es preciso tomar una resolucion ahora mismo, esclamó Guillermo: mañana seria ya tarde.

—Pues bien! dijo mi padre levantándose, que parta el correo.

Al oir esta decision mi marido arrojó un mueble al suelo, y mostró cuán poco la esperaba.

—Sí, continuó mi padre, á quien la cólera de Guillermo hizo afirmarse en su resolucion, sí, que parta. Acabaré una carrera de honor y de fidelidad por un último acto de fidelidad y de honor.

—De honor! esclamó furioso Guillermo; hablais de honor vos que habeis hecho un juego de los mas vulgares compromisos de la probidad! Vos que habeis especulado con vuestra hija! vos....

—Haced marchar el correo, Mr. de Carin, le interrumpió mi padre: prefiero la miseria, prefiero la prision á la infamia de semejante juramento. Sí, prosiguió exaltándose, el honor de mi fidelidad está intacto, y le pongo tan alto como el de los demás, para esperar que me hará perdonar el haber sido pobre y no haber podido soportar mi pobreza. Pero hoy que es preciso sacrificarle á esa fortuna que siempre se me ha escapado, rehuso la fortuna. Sí, permaneceré miserable; sí, moriré en la cárcel; pero se os escapará esa dignidad objeto de vuestra ambicion: yo espiaré la torpeza que cometí queriendo haceros heredero de ella.

—Pues bien, que así sea, esclamó mi marido con rabia, y abrió la ventana y llamó.

—Señor, esclamé yo, esperad.

En seguida se volvió: mi padre enfermo aun, y fatigado con aquella discusion, se habia dejado caer en una silla: mi esposo cerró la ventana y pareció tranquilizarse de pronto.

—Esta cuestion, dijo, ha tomado tal giro que yo no puedo haceros oir una palabra razonable: tranquilizaos y escuchadme bien. No penseis que al

proponeros ese juramento os propongo una traicion. No sabeis como yo que un juramento político es un lazo que á nadie sujeta?

—Pero sí á las personas honradas.

—Personas honradas hay que le prestan por no abandonar del todo el campo de batalla. Qué va á ser la causa de los Borbones si todo el mundo deserta de ella? No vale mas permanecer en actitud de defenderla y de derribar el nuevo poder por medio de una oposicion activa?

—La oposicion de uno solo; la oposicion de un hombre que no tiene mas recomendacion que la de su fidelidad.

—La oposicion de un hombre que llegará á ser la esperanza de su partido: firmad ese juramento y os dejo libre de todas vuestras deudas, y os abro mi casa, cuyo dueño sereis, y que será el centro de las reuniones de los verdaderos realistas.

—Vuestra casa, donde viviré á vuestras espensas, no es verdad? Dónde seré esclavo de vuestra ambicion?

—No, contestó mi marido, disfrutareis de una independencia superior á cuanto podeis esperar, y puesto que sois aficionado al lujo, al juego y al derroche, os proveeré de cuanto necesiteis.

—Sí, me dareis diez mil francos al año como á un dependiente.

—No serán diez mil, ni veinte mil, sino cuarenta mil francos al año.

Mi padre movió la cabeza.

—Cincuenta mil! sesenta mil!

Mi padre volvió á mover la cabeza mirándome.

—Retiraos, me dijo mi marido.

Yo me levanté y salí sin temer ya mas violencias por parte de Guillermo. Acababa de ver desaparecer bajo la tentacion del dinero aquellos antiguos restos de honor que habian resistido á la amenaza de la miseria y de la cárcel, y me retiré para ahorrar á mi padre la vergüenza de tener un testigo de tan triste contrato. Me retiré, pero en lugar de entrar en mi habitacion me detuve en una salita que precedia al aposento de mi padre y que se hallaba á oscuras. Me senté en un rincon anonadada por lo que acababa de ver y de oir; permanecí allí sin atreverme á reflexionar; pasados algunos minutos salió mi marido y atravesó la sala sin verme. Como entrara en la antecámara, se encontró con su padre que probablemente le esperaba, y le dijo:

—Está corriente?

—Sí.

—En cuanto?

—En cien mil.

—Cien mil al año? Tú estás loco; eso es arruinarme.

—Si fuera preciso pagar, teneis razon.

—Segun eso, te has reservado algun medio?

—La ley que abolirá la herencia no será presentada hasta dentro de un año; hasta entonces tenemos tiempo para arreglarlo: está tan gastado!

—Hay mucha vida en su cuerpo.

Yo no oí mas, porque Guillermo bajó la voz y Mr. Carin tambien. Por fin dijo mi marido:

—Entre tanto es preciso hacer partir ese correo.

—Vamos.

Y salieron ambos. Estas palabras quizá no hubieran encerrado sentido alguno para mi si las hubiera oido en cualquiera otra circunstancia, pero la escena de que acababa de ser testigo me prestaba una luz horrible. Aquellos hombres especulaban con la muerte próxima de mi padre. Pero qué harian en caso de no fallecer tan pronto como ellos deseaban? Retrocedí ante la idea de un crimen abominable, y traté de persuadirme que mi terror prestaba á aquellas palabras un sentido que no tenian: sin embargo quise volver á ver á mi padre para decírselo todo; en el momento de llegar al umbral de su habitacion me detuve considerando que iba á acusar á mi marido de proyectos execrables sin mas pruebas que algunas palabras quizá mal interpretadas por mi turbacion: quise tomar tiempo para reflexionar y volví á mi aposento en tan horrible incertidumbre, adhiriéndome á la causa de mi padre que era el mas desgraciado, pero sin atreverme á pronunciarme en su favor. No en vano me habia entregado á tan desconsoladoras emociones. Una fiebre ardiente se apoderó de mí, y durante muchos dias no ví á mi padre, quien me dijeron permanecia tambien en cama con una gran indisposicion. Mis sospechas no habian desaparecido, y todas las mañanas preguntaba con ansiedad por mi padre: los criados que se acercaban á mí, me contestaban con embarazo. Creí que se me ocultaba su muerte, y me levanté por un movimiento de desesperacion para ir á su cuarto; se me quiso impedir salir del mio, pero las angustias y la fiebre de que era presa me dieron una energia tan inusitada que los que se oponian á mi salida retrocedieron, y me lancé medio desnuda á traves de los corredores de de la quinta. Llegaba ya al aposento de Mr. de Vaucloix, cuando oí hablar acaloradamente en el piso bajo; presté atencion y distinguí la voz de mi padre que dominaba á las demas. Tan violento era el tumulto, que me pareció qne habia una riña; de repente se abrió una puerta y en tonces conocí la naturaleza de aquel ruido; los que le producian estaban sentados á la mesa, reian, discutian y hablaban á troche y moche. Era una orgía.

Me habia seguido una doncella hácia la cual me volví y la dije con asombro:

—Qué es eso?

—Ay! señora, lo que sucede todos los dias desde que caísteis mala.

—Y está allí mi esposo?

—Sí, señora.

—Y mi padre?

—El señor marqués es el menos razonable de todos, me respondió bajando la vista.

Seguramente, Eduardo, si una mujer contase que se habia visto obligada á interponerse entre su marido y su padre, viendo que el primero amenazaba con un puñal el pecho del segundo, se diria que aquella mujer habia sufrido la mayor de las desgracias; y sin embargo esta desgracia no seria comparable á la que yo esperimentaba entonces. Yo tenia una horrible certidumbre acerca de los proyectos de Guillermo y no podia prevenirlos ni denunciarlos, porque ¿con qué medios contaba yo, débil mujer, para hacer cesar aquellas orgías que eran un asesinato premeditado? Cómo podia yo decir á mi padre: «se os condena á los desórdenes á fin de gastar vuestra vida que se cree demasiado larga, conociendo que sois propenso á dejaros llevar á ellos?» Quizá otra mujer mas fuerte que yo se hubiera vuelto loca, pudiendo representarse en todo su esceso el horror de semejante posicion. Quizá otra mas fuerte se hubiese atrevido á decir cara á cara á su marido: «ved ahí vuestros proyectos», ó á su padre: «ved ahí como se os mata por vuestros vicios»; pero yo no podia. Volví á mi aposento mas enferma aun; pero con una intencion de curarme que me aprovechó mas que los cuidados que se me prestaban. Debo deciros, Eduardo, que en mis noches de soledad habia examinado todos los medios de salvar á mi padre, y habia conocido que el mas seguro era decirle la verdad; empero aunque lo conociera no me atrevia á dar este paso. Vos no podeis conocer en toda su estension la debilidad que se apodera de ciertas almas en presencia de los actos que exijen una gran resolucion. Quizá durante vuestra vida habreis tropezado con cobardes: habreis conocido hombres á quienes ninguna injuria inspira resolucion para arrostrar un peligro y á quienes el peligro mismo no irrita lo suficiente para que hagan un esfuerzo de valor que salve su vida. Yo era en presencia de un acto vigoroso de mi voluntad lo que son esos hombres en presencia de una espada ó de una pistola. Quise recobrar la salud y la recobré, pero no para asustar á mi marido, no para advertir á mi padre, sino para colocarme entre ellos, sino para desviar el crímen. Sí, Eduardo, me impuse el triste papel de asistir á todas aquellas orgías y de procurar moderarlas con mi presencia. Bajo pretesto de la salud de mi padre aventuré algunas tímidas observaciones con el temor de que fueran poco respetuosas para él, y temblando de que las comprendiese mi marido; temia á la vez verlos salir de la quinta y verlos permanecer en ella. Si mi padre subia á un carruage, yo le examinaba con ansiedad; si escogia un caballo para dar un paseo, yo temia al caballo; yo le acompañaba á todas partes donde podia; le acompañaba cuando iba de caza; me sentaba á su lado en la mesa; le fatigaba con mis preguntas; le ocultaba su vaso; qué mas puedo deciros? Medio año pasé en una vida llena de terribles angustias, velando por la vícti-

ma; sin atreverme á mirar cara á cara al asesino, viendo desaparecer la salud de mi padre, y segura de los proyectos de mi esposo, porque el cuidado que éste ponia en evitar los deseos de este desgraciado anciano me lo decia suficientemente. Si supiérais de qué modo Guillermo, tan imperioso, tan frio, dotado de tanta vanidad, se hacia esclavo de los menores deseos de mi padre! Sus cuidados eran para éste un motivo del mayor agradecimiento. Largo tiempo duró esto sin que yo renunciase á la triste tarea que habia proporcionado á mi padre algunos dias de calma y de reposo, y desesperándome cuando mi esposo habia encontrado algun nuevo motivo para arrastrarle á aquellos escesos.

A pesar de todo me hallaba próxima á ceder á la necesidad. Habia llegado ya el momento de hablar ò de cesar en una vigilancia que era ya inútil y que se rechazaba como una locura ridícula y fastidiosa. Erame preciso hacerme cómplice mudo del crímen, ó denunciarle, cuando mi padre, agotadas todas mis fuerzas, cayó de repente enfermo. Al mismo tiempo, y por una horrible fatalidad se presentó á las cámaras la ley que abolia el heredamiento de la dignidad de par, y así que recibimos los primeros periódicos no nos quedó ya duda de que sería aprobada.

Fácilmente se refieren hechos materiales, Eduardo; pero es dificil hacer comprender á aquellos que solo se nos revelan por medio de una intuicion instintiva. Mi marido se hallaba junto al lecho de mi padre, cuando el *Monitor* nos llevó la noticia de la presentacion de aquella ley. Dios es el único que comprende el pensamiento de los hombres: que rompa la pluma entre mis manos si miento, pero juro que Guillermo, colocando su dedo sobre la fecha del *Monitor* y fijando la vista en el enfermo, calculó lentamente que el tiempo necesario para la discusion y la sancion de aquella ley bastaba para que mi padre muriese antes que la ley le despojára de la dignidad de par. Una sonrisa siniestra sucedió á aquella muda contemplacion de Guillermo, y yo sentí un frio glacial al oir decirle á mi padre.

—Eso no vale nada; descansais dos dias, pasado mañana un buen paseo un carruage y una buena comida, y todo está concluido.

Todavia estuve á punto de decir á mi padre.—«Os están matando, quieren mataros!»—Pero entreví una de esas vagas esperanzas con que procuraba siempre justificar mi cobardia, y esa esperanza me arrastró á aquel deplorable sistema de fiar al tiempo y á la casualidad el logro del bien que tal vez hubiera podido alcanzar en el acto; pensé que podria resguardar la vida de mi padre hasta despues de la promulgacion de aquella ley fatal, y que entonces abandonaría Guillermo un crímen que ningun resultado favorable podia darle. Me instalé junto á mi padre é hice poner una cama en un gabinete contiguo, y allí, siempre en vela, vigilé los cuidados que se le prodigaban. Yo misma preparaba las bebidas calmantes, recetadas por los médicos; ahuyentaba las visitas de los forasteros; era en fin, un guardian inso-

portable. Sin embargo, no podia impedir la entrada á mi marido, y casi me hallaba segura de que éste no se atrevería á atentar materialmente á aquella vida protégida incesantemente por mí; no obstante, veia que atacaba aun moralmente las pocas fuerzas que le quedaban. Guillermo leia asíduamente los periódicos á mi padre, y seguro de exasperarle tratando una cuestion que tan directamente le interesaba, escogia los discursos mas irritantes y los artículos mas furibundos para que sirvieran de origen á la discusion. Entonces se le escitaba, le impelia á los mas violentos arrebatos de cólera, y no le dejaba hasta que le faltaban las fuerzas al desgraciado anciano.

En vano le suplicaba yo que ahorrase semejantes asuntos de conversacion, porque como Guillermo no irritaba á mi padre por medio de disputas, y como le impulsaba á aquellas mortales desesperaciones lisongeando su odio, y aplaudiendo sus diatribas, mi padre esperaba con impaciencia las noticias diarias, y de tal modo se habia arreglado Guillermo, que tanto peligro habia en ocultárselas como en manifestárselas.

Yo vivia de este modo, entre la víctima y el verdugo, recibiendo el dolor de todos los golpes, sin que me fuera dado parar ninguno, y sostenida sin embargo, por la esperanza que me habia hecho callar, pues se acercaba el fin de aquella discusion y con ella el eco mortal que producia en nuestra casa. Habíase llevado la ley á la cámara de los Pares, y por una precaucion cuyo objeto me era imposible comprender, Guillermo habia lisongeado á mi padre con la esperanza de que aquella ley seria desechada por la cámara, cuyo privilegio principal abolia. Con esta esperanza yo habia conseguido algunos dias de calma, y la leve mejoría producida en el estado de mi padre, me hacia esperar que restablecería fácilmente su salud una vida regular y exenta de violentas emociones: Guillermo parecia haber renunciado á su horrible proyecto, y ya no leia á mi padre los periódicos diciendo que su contenido era insignificante, y que aun se tardaria algun tiempo en discutir la ley.

Con mi debilidad ordinaria, juzgando la persistencia de los demas por la mia, creia que mi marido se habia cansado del horrible papel que se habia impuesto y el único temor que me quedaba era el de verle tomar de nuevo aquel papel cuando se renovase la discusion de la ley. Recobraba ya alguna confianza en el porvenir, y abandonaba la prevision de nuevos peligros porque era carga demasiado pesada, un dia llegó en que todas mis inquietudes desaparecieron: durante una larga conversacion de familia habia sido olvidada enteramente la política y solo habiamos hablado de proyectos de viages, de felicidad en el porvenir, del único medio de gozar de una fortuna al abrigo de toda revolucion. Llegada la noche me retiré á mi aposento con el corazon henchido de gozo, y me entregué apaciblemente al sueño que hacia tanto tiempo combatiá.

Por otra parte, estaba tranquila porque habia cerrado con cuidado la

puerta del cuarto de mi padre de modo que nadie pudiera entrar. De pronto me despertó un ruido terrible: me levanté á toda prisa y ví entrar á mi esposo con algunos criados que habian derribado la puerta.

—Qué hay? pregunté lanzándome hácia mi padre.

—Como! contestó mi marido con violencia; hace media hora que vuestro padre está llamando desaforadamente y vos que dormís á su lado, preguntais que hay? Y despues de diez minutos que hace estamos llamando inúltilmente á la puerta rehusais abrirla?

—Yo, esclamé, estaba durmiendo.

—Pues os encontramos levantada.

Al oir estas palabras creí ver reunidos el crímen cometido ya y el cálculo que debia acusarme y me dirigí á mi padre que se hallaba sentado sobre el lecho y nos dijo riendo:

—Estais todos locos; he llamado porque no queria despertar á esa pobre niña. He llamado mas fuerte aun, viendo que nadie acudia, y debo deciros que vuestra impaciencia ha sido demasiado viva, pues me disponia á levantarme para abrir la puerta, cuando la habeis derribado.

—Y qué queríais pues, padre mio?

—Nada mas que una taza de tisana; la que habíais dejado á mi lado sobre la mesa, tenia un olor tan nauseabundo que ni siquiera la he probado.

Yo quise tomar la taza, pero mi marido se apoderó de ella y vertió su contenido en la ceniza, diciéndome:

—Ese es el cuidado que teneis de vuestro padre. Para eso, escusábais habernos cerrado la puerta.

El rostro desencajado de mi esposo, su cuidado en hacer desaparecer aquella bebida, cuyo olor habia disgustado tanto á mi padre, todo, en fin, me demostraba un conato de crímen, y me llené de espanto al pensar en el concurso de circunstancias que me hubieran acusado en el caso de llegar á cometerse.

Mi padre tomó una taza de tisana que le fué presentada por mi esposo en tanto que yo permanecia anonadada ante la idea del peligro de que él y yo acabábamos de librarnos.

—Puesto que ha cesado la alarma, dijo mi padre sonriendo, podeis retiraros cada uno á su cuarto, porque me siento en disposicion de reposar todavia.

Todos salieron menos yo.

—Y bien! no te vuelves á la cama? me dijo mi padre.

—Oh! Dios mio! Dios mio! esclamé vertiendo amargas lágrimas: protegedme.

—Qué tienes, Luisa? qué tienes? Por qué no respondes? Pero qué tienes?

—Oh! no me pregunteis nada, padre mio, nada; pero, por favor, por piedad, no comais nada, no bebais nada que yo no os presente.

—Luisa! Luisa! tú estás loca; piensas en la gravedad de tus palabras?

—Escuchadme, padre mio. Os acordais de aquella noche terrible en que Guillermo os forzó á enviar vuestro juramento?



—Sí.

—Pues bien! he aquí lo que le oí decir luego que se separó de vos.

Yo le repetí las palabras de Guillermo y las de Mr. do Carin. Entonces le manifesté la estrañeza que me habian causado todas aquellas imprudencias á que le conducian. Le dije que por lo mismo habia estado constantemente á su lado. En fin, se lo contó todo.

La exasperacion de mi padre llegó á su colmo; no hablaba mas que de venganzas, y me ordenó un completo silencio respecto á Guillermo.

—No se dará por vencido, me dijo; volverá á empezar, y una vez que tengo en mi mano las pruebas de su crimen; llegará la ocasion de hacerme obedecer.

Me he servido de la palabra exasperacion para pintaros la cólera de mi padre, porque á decir verdad no hubo en él ni espanto ni indignacion. Su único pensamiento era el devolver el mal por el mal, y de sacar partido de lo que acababa de saber. Salvé á mi padre, pero fué para verle tender incesantemente un lazo á mi marido, á fin de poder perderle. Qué os diré? A la mañana siguiente á la noche en que pasó esta escena, mi padre acogió á Guillermo con palabras de agradecimiento y de bondad por su inquietud de la víspera. Se me reprendió el cerrar una puerta que debia estar abierta noche y dia para tan buen yerno.

Pero Guillermo adivinó el lazo, ó acaso no tuviese necesidad de su perspicacia, porque tal vez mientras yo lo acusaba esteria detrás de aquella puerta que á pesar de estar abierta él no queria traspasar. Mi padre para dejar á Guillermo la libertad de una nueva tentativa, exigió que yo dejase mi habitacion. Yo obedecí. Estaba cansada de tantos horrores; mi corazon y mi cabeza no bastaban ya á los terrores de que me veia rodeada. Todas las mañanas me preparaba á saber, ó que mi padre habia muerto, ó á ver vuestra casa invadida por magistrados llamados por él contra mi marido. Nada de esto sucedió, y ocho dias despues, mi padre confiado por lo visto en Guillermo, me decia que era una loca, cuya imaginacion forjaba las mas lúgubres historias. Parece, Eduardo, que mi desgracia no podría ir mas allá de esta estremidad. Desengañaos; esta palabra, *loca*, que mi padre me dijo sonriendo, mi marido me la amplió de veras. Fuí entregada á los médicos, á quienes se atrevió á decir todo lo que yo habia pensado contra él, como prueba de mi locura. El infortunado marido se quejó de semejante mujer, y yo fuí sometida á una vigilancia contínua. Dos meses despues, cuando fué votada la ley que abolia la herencia de la dignidad de par, murió mi padre. Guillermo vino á anunciármelo, y en mi indignacion no pude menos de esclamar:

—Es demasiado tarde, no es verdad?

—El médico que estaba presente, le dijo con voz baja:

—Es una idea fija.

Ocho dias despues, estaba en un hospital; desde él os escribo Eduardo;

en él habito desde hace un año, y en él moriré dentro de poco si vos no procurais libertarme.

El manuscrito habia concluido, y el Diablo estaba en pié delante del baron.

—En dónde estamos? le preguntó Luizzi.

—En una casa de locos, contestó el Diablo.

—Y esa mujer que está durmiendo quién es?

—Madama de Carin.

—Pero está loca? repuso Luizzi.

—Pregúntaselo á los médicos.

—Y ha perpetrado su marido todos esos crímenes?

—Pregúntaselo á la justicia.

—Y cómo lo ha de saber la justicia?

—Pregúntaselo al que lo sabe todo.

—Es decir, á tí? Pues bien, dime la verdad.

—Corriente, contestó el Diablo silbando: y eso que vás á decir que calumnio á la sociedad. Pero no te ha hecho adivinar nada esa historia?

—Lo que he adivinado es que probablemente he estado durmiendo los veinte meses que te habia prometido.

—Algunos dias eres inteligente.

—Y ha habido alguna revolucion durante ese tiempo?

—Sí, ha habido una farsa.

—Quisiera que me la contáras, porque ya vés que no puedo volver á la sociedad sin saber los pormenores de un suceso tan importante.

—Mucho me pides: lo que hay es hombres salidos de la nada mas impertinentes aun que los que los han precedido; servilismo mas bajo que el que se tenia á mucha honra despreciar; una oposicion desordenada por parte de los hombres que habian condenado toda oposicion; las mismas faltas, los mismos crímenes y las mismas necedades con título diferente.

—Quiero que me lo espliqueis todo.

—Pues bien, quizá te lo esplicaré si la ocupacion que te resta te deja tiempo para escucharme.

—Y qué ocupacion es esa?

—Enriqueta Buré se halla aqui. Y tu hermana, aquella niña que viste en casa de Mad. Dilois, está muriéndose en la miseria.

—Es preciso salvarla.

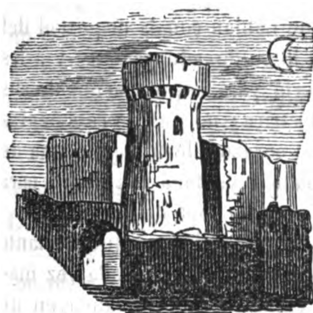
—Enhorabuena, vámonos de aqui, sígueme.

Y el Diablo echó á andar el primero.



XI.

Una escena entre los facciosos (1).



Como se trataba de huir de aquella casa de locos, Luizzi siguió al Diablo; mientras atravesaban aquel inmenso edificio todo iba perfectamente. Las puertas y las paredes se abrian delante de Satanás para darles paso, y Luizzi seguia con rapidez á su conductor; pero asi que llegaron al campo raso, el baron seguia con mucha dificultad á su infernal guia. Era la noche muy oscura, y la lluvia fria y continua azotaba el rostro de Armando sacudida por un récio viento. Empapada la tierra del camino por la lluvia, se pegaba á los zapatos del baron, le hacia andar sobre una especie de patines de barro, hasta que este mismo barro

(1) Segun Taboada, se daba este nombre á los insurgentes de la Vendée. Mas sin admitir ni rehusar esta definicion, remitimos al lector al contesto del capítulo.

á su vez le arrancaba el zapato y dejaba á nuestro amigo con un pié en el aire buscando en la oscuridad con la punta del pié su calzado. Por lo que hace á Satanás andaba con tanta comodidad por aquel terreno fangoso como si caminára sobre carbones encendidos que son el empedrado ordinario de su imperio; cada vez que Armando se detenia jurando como un condenado, se detenia él tambien y esperaba con paciencia á que su compañero recobrase el calzado. Hallábanse en aquel momento en un camino angosto resguardado por ambas orillas por altos ribazos coronados de setos impenetrables. De trecho en trecho se alzaban grandes encinas ú olmos seculares en medio de aquellos setos, y estendian sus inmensos brazos sobre aquel camino estrecho que cubrian en toda su estension yendo á apoyarse en los setos opuestos.

A manera de un escuadron de caballos aéreos partidos á galope, pasaba el viento á través de los árboles y de los setos, silbando, ahullando, bramando y arrebatando consigo nubes de hojas que imitaban en la oscuridad el vuelo de una bandada de pájaros fugitivos. Aquellos escuadrones invisibles se detenian de repente como si hubiesen encontrado otros mas poderosos, y parecian dispersarse: se los oia retroceder y volver de nuevo en ráfagas desiguales y quejumbrosas. Las hojas dispersas volvian á pasar en torbellino y se abatian aqui y alli sobre la tierra húmeda, semejantes á una banda de pájaros dispersada y diezmada por el plomo del cazador. Entonces cesaban todos los grandes rumores por un momento, para dejar oir el murmullo de la lluvia que caia sobre los árboles, el grito lúgubre de un mochuelo, y el lejano canto del gallo. La tempestad volvia á aparecer en seguida, yendo, viniendo, luchando, lanzando sordos truenos y dando agudos silbidos; mas no una de esas tempestades ruidosas y soberbias que surcan el espacio con grandes relampagazos, que hablan con la magestad del rayo, que inspiran al alma un santo terror lleno de admiracion, y á las cuales nos esponemos con la cabeza descubierta para impregnarnos de sus cálidas emanaciones y respirar su atmósfera eléctrica; no una de esas negras tempestades que oprimen el cuerpo de frio y el corazon de tristeza; una de esas tempestades que nos hacen cerrar con cuidado la ventana y la puerta para arrimarnos al fuego del hogar, ó sepultarnos entre la ropa del lecho.

Sin embargo, Luizzi seguia al Diablo sin interrogarle, porque bastante tenia que hacer con seguirle: las dificultades del camino eran cada vez mayores á medida que avanzaban; y el baron concluyó por esclamar en un movimiento de impaciencia:

—Este es el camino del infierno.

—El camino del infierno, mi amo, es fácil y llano; tiene una hermosa calzada enmedio para los que ván en carruage, y aceras de asfalto para los que ván á pié; árboles frescos y floridos le sombrean; á sus orillas se elevan grandes lilas y lindas casas con alegres tabernas, grandes fondas, juegos de ruleta adornados como para príncipes, y rameras vestidas de mujeres hon-

radas. Alli se come, alli se bebe y alli se duerme; alli se juega la salud, la vida y la fortuna á todas horas y de todos modos. El camino del infierno es casi siempre tan hermoso como debe serlo un dia el *Boulevard* de los italianos.

—Entonces debe ser este el camino de la virtud, repuso el baron con ironía.

—Tal vez.

—En ese caso, es áspero y desagradable.

—Te cansas ya? dijo el Diablo. Sin embargo no eres un niño casi desnudo y hambriento como los de este pais; no eres un anciano ciego y encorvado sobre un báculo; no eres una jóven pálida y débil, y no sigues este camino para llevar socorros á un desgraciado á quien no conoces. Eres un hombre en la fuerza de la edad, y caminas por salvarte á tí mismo y recobrar tu fortuna y tu libertad.

—Asi sea, esclamó Luizzi; pero dudo mucho que haya otros séres humanos que como yo emprendan este paseo á tal hora y con semejante tiempo como no sean ladrones, y en general estos señores no son débiles, niños, ni ancianos ciegos, ni jóvenes pálidas y débiles.

—Al fin de este camino, es decir, donde se junta con otra porcion de senderos encontrarás al niño, al anciano y á la jóven. Diles que te dén asilo esta noche.

—Y con qué pretesto?

—Les dices que eres un viajero perdido.

—Y no me creerán, porque no es natural que un hombre distinguido se encuentre á media noche y á pié perdido en estos caminos. Me tomarán por un ladron.

—Entre el rico que recorre los caminos reales en silla de posta, y el ladron que se desliza de noche por senderos oscuros, no existe alguna cosa?

—Existe la economia, existe la pobreza, existe la desgracia que arrostran otras tempestades.

—Pero si me preguntan mi nombre, cómo ván á creer que el baron de Luizzi se halla de tal modo en este pais?

—Si les dices que eres el baron de Luizzi, creerán que eres un loco escapado de la casa de que hemos salido, porque tu nombre debe ser conocido en esta comarca: inventa un nombre y una posicion; y arréglate como puedas para salir de este mal paso.

—Segun eso piensas dejarme en él?

—Qué es lo que te he prometido? Devolverte tu libertad? Pues ya eres libre. Devolverte tu fortuna? En Paris encontrarás tus doscientas mil libras de renta. Tu banquero, al revés de otros muchos, ha aprovechado la revolucion de julio, ha rehabilitado sus negocios, y Rigot ha perdido su pleito acerca de la espropiacion de tus bienes.

—Tambien me has prometido devolverme mi reputacion.

—Has sido absuelto por los tribunales, todo el mundo ha depuesto en tu favor, declarando que hacia ya tiempo estabas loco. Y como el notario se ha casado, y está tan bueno, no se ha mirado muy sêriamente.

—De modo que entro en la sociedad como una especie de galeota libertado.

—Te engañas, mi amo; el crímen que tú has cometido es uno de aquellos que fácilmente perdona la sociedad.

—Por qué?

—Porque no habia un motivo aparente; si hubiéseis procurado matar á un hombre para apoderarte de su dinero, de su mujer ó de su nombre, serias un miserable: si hubieses intentado matarla por venganza ó por ódio, serias un horrible facineroso; empero tù has querido matarle por matarle, eres un monómano, un hombre presa del vértigo, para quien la ciencia tiene una porcion de argumentos irresistibles que te hacen muy interesante. Es una invencion moderna que debo al nuevo foro, y que espero ver fructificar á mi placer. Por otra parte, en medio de la gran tormenta que acaba de agitar á la Francia, ha pasado tu causa completamente desapercibida. La mayor parte de los que te conocen la ignoran de todo punto, y cambiando de sociedad, tú serás un hombre nuevo para aquella en que entrarás.

—Pero á cuánta distancia estoy de París?

—A ochenta leguas.

—Y qué pais es este.

—En la feligresìa de Vitré.

—Cómo podré llegar sin dinero hasta la capital?

—Esa no es cuenta mia

—Pero habrá en ella algun medio de proporcionárselo?

—Hay tres; pedir prestado, robar ó ganar; tú escogerás En cuanto á mí he cumplido mi promesa; adios!

Y como en esto llegasen al sitio en que el camino se dividia en muchos senderos, desapareció el Diablo, y Luizzi se encontró á algunos pasos de un pequeño grupo de personas que pronto pasarian delante de él.

—Quien va? preguntó una voz fuerte.

—Ay! esclamó Luizzi, soy un pobre viagero que he sido detenido por una cuadrilla de salteadores; me han despojado de mi dinero y de mis papeles, despues de haberme conducido á un bosquecillo, y yo me he estraviado procurando volver á encontrar el camino real de Laval á Vitré.

Apenas Luizzi habia concluido de hablar, cuando un muchacho como de doce años que se le habia acercado observándole cuidadosamente, gritó con voz bastante desdeñosa:

—Abuelo, es un señor.

—Mírale bien, Mateo, respondió el anciano.

Y en seguida esclamó una mujer dulcemente:

—Y qué pedís, buen hombre?

—Un asilo por esta noche, si es que no os incomodo.

—Eso no nos molestará, caballero, dijo el anciano: no se duerme en nuestra casa esta noche, y uno mas ó menos en torno de la chimenea no estorbará á nadie. Venid, pues, y seguidnos; debeis tener necesidad de calentaros.

—Abuelo Bruno, dijo el niño, estamos á dos tiros de fusil de la casa, y voy á adelantarme para decir que llegamos nosotros con la hermana Angélica y un caballero: ahora ya no hay miedo de estraviarse; no teneis mas que seguir por aqui todo derecho.

—Está bien, respondió el viejo entrando en el sendero á que le condujo su nieto, démonos prisa.

Luizzi se admiraba de la facilidad con que habia creido su cuento el anciano, pero se admiró aun mucho mas cuando este le preguntó, hablándole de su aventura imaginaria como de una cosa muy natural:

—Eran muchos los que os atacaron?

—Doce, respondió Luizzi, cuya vanidad no escaseaba el número de sus vencedores.

—Y no habeis notado entre ellos, uno alto, seco, con *una piel de cabra* á la espalda, y un birrete encarnado sobre su sombrero?

—En efecto, dijo Luizzi, creo haber visto á un hombre muy alto, vestido poco mas ó menos como decís.

—Estaba seguro de ello, respondió el ciego; es la partida de Bertrand. Oh! si yo no hubiese perdido la vista, el viejo pordiosero no se atreveria á volver por estas cercanías. Bien sabe que tiro derecho, ó mas bien que tiraba derecho en otro tiempo.

—Pero, dijo la hermana Angélica, que caminaba al lado del anciano, ese Bertrand no ha sido amigo vuestro?

—Sí, sí! En tiempo de la república habiamos gritado juntos: *viva el rey!* y estoy seguro que si yo no le hubiese recogido medio muerto del arenal de la Cruz de la Batalla, estaria hace mucho tiempo enterrado con los santos sacerdotes que perecieron en aquella famosa jornada. Empero en aquel tiempo haciamos una guerra de buena ley; no atacábamos las casas aisladas para el saqueo y embriagarnos con el vino; no se detenia á los viageros en los caminos para despojarlos y robarlos; porque esos ladrones os lo han quitado todo, no es verdad, caballero?

—Todo, absolutamente todo! contestó el baron.

—Hum! los traidores descamisados! esclamó el padre Bruno.

—No obstante, me habeis dicho que hace algunas horas se habian batido valerosamente, preguntó la hermana de la caridad.

—Es cierto; pero si en vez de proteger la retirada de los *calzones colora-*

dos abriéndoles las puertas del cercado hubiésemos querido cortarles la retirada, no habria quedado uno vivo.

—Fué en ese momento cuando se refugió en vuestra casa el oficial que ha sido herido? interrogó la hermana Angélica.

—No se ha refugiado en ella; ha sido herido delante del vallado del patio, y como habia sido el primero cuando fue necesario avanzar, se halló el último en la retirada. De este modo, como estaban ya lejos sus soldados, no le vieron caer, y cuando pasaron á su lado los facciosos que le perseguian, sin duda le creyeron muerto. Solo despues de mas de dos horas andando al rededor de la casa, le encontramos tendido en tierra, y le trasportamos á ella. Mi hijo Santiago ha ido á buscar al médico, y como no ha encontrado á ninguno de nuestros mozos de labranza bastante decidido para iros á buscar, yo me encargué de ello. Solamente que, como solo hace seis meses que he tenido la desgracia de perder la vista, no he podido aprender los caminos, y Mateo me ha acompañado.

Hablando de este modo, el viejo Bruno, la hermana Angélica y Luizzi, llegaron á un pequeño cercado cerrado con barreras, como las que se ven en los caminos vedados de nuestros bosques reales. A cada lado habia un sendero libre, y cuando le hubieron franqueado nuestros tres viageros, el baron, sumamente inquieto por la aproximacion de dos perros que le olfateaban con curiosidad, pudo ver una série bastante larga de edificios desiguales que solo tenian piso bajo. Hallábase abierta una puerta y se hubiera visto lo que pasaba en el interior de la casa, que parecia vivamente iluminada, á no hallarse una porcion de personas agrupadas delante de ella.

—Sois vos, padre? preguntó una voz formidable, en tanto que el viento y la lluvia redoblaban su furor.

—Yo soy, Santiago, contestó el anciano.

Inmediatamente quedó desembarazada la puerta: el anciano entró el primero, y se quitó el capote de piel de cabra que su nieto colgó en el interior de la chimenea, donde se estaban secando otros varios. El hombre que habia hablado estaba sentado junto al hogar con los pies apoyados en uno de los enormes morillos, el codo sobre la rodilla, y la barba descansando sobre su mano. Observó atentamente el modo con que el niño Mateo conducia á su abuelo, y le colocaba junto al fuego; luego se volvió con viveza á la hermana de la caridad, cuyo manto negro acababa de recoger una criada, y la dijo mostrándola una puerta con el dedo:

—Alli está mi mujer con el enfermo; entrad y vereis la receta que ha dejado el médico mandando que os la enseñe. Si no hay nada urgente volved á secaros un poco, porque hace un tiempo muy crudo.

La hermana de la caridad entró en el cuarto que se la habia designado, y el dueño de la casa continuó, dirigiéndose al baron:

—Sentaos y calentaos. Ni siquiera os han dejado un capote para abriga-

ros? añadió viendo al baron, cuyos vestidos relucian por el agua que corria por ellos. No conviene que esteis asi, porque esa humedad es para constipar á una rana.

—Mujer! esclamó: lleva ropa al cuarto del herido, y dejad solo á este caballero para que se mude.

—Perdonad, no tenemos mas qne estos dos cuartos y nos arreglamos como podemos.

Luizzi iba á dar las gracias al campesino, cuando este preguntó sumamente irritado.

—Quién ha dejado abierta esa puerta? Quereis que se nos fusile hasta en la cocina? Cerrad y echad el cerrojo.

—Soy yo, padre, dijo Mateo. No tengas cuidado que Leon y Benito están en el patio, y no dejarán acercarse á nadie.

—Está bien, dijo Santiago tranquilizándose, y luego añadió entre dientes:

—No desconfio de los perros porque ya conocen al que yo temo, sino de los que vienen aqui como amigos.

—Teneis razon, contestó el anciano ciego, que habia colocado sus pies sobre sus zuecos que le servian de taburete para esponerlos mejor al calor del hogar. Tienes razon; segun me ha dicho el señor, quien le ha atacado ha sido la partida de Bertrand.

—Conoceis á ese Bertrand? preguntó Santiago.

—No, contestó Luizzi; pero segun el retrato que de él me ha hecho vuestro padre, es un hombre alto....

—Hay muchos facciosos de la talla de Bertrand, y si no le habeis visto...

—Hacia tan oscuro cuando detuvo el carruage, repuso Luizzi.

—Vuestro carruage? repitió admirado Santiago. Y en qué parage ha sido?

—En el camino real de Vitré á Laval, contestó Lnizzi, á quien ya pesaba haber pronunciado la palabra carruage.

—Y de dónde veníais?

—De Vitré, respondió Luizzi cada vez mas embarazado.

—Y qué ha sido del postillon y los caballos que os conducian?

—Os confieso que lo ignoro, respondió el baron.

—Buchijo, dijo el dueño de la casa á un mozo de labor que estaba gobernando una horquilla á un estremo de la habitacion. Vas á ir corriendo á ver si puedes saber algo del paredero del carruage detenido. Cuánto tiempo hace que lo fue?

—Dos horas, respondió el baron aturdidamente.

—Dos horas! respondió Santiago, es muy raro! al pronunciar estas palabras dirigió á Luizzi una mirada suspicaz, pero en aquel instante apareció Mariana, la mujer de Santiago, diciendo:

—Ya puede ir este caballero al cuarto, pues ya está allí la ropa.

Santiago hizo una seña al baron para que entrara, y le siguió fijamente con la vista.

Armando al atravesar la puerta que conducia al cuarto del enfermo, encontró á la hermana de la caridad que salia, y vió por primera vez su rostro. La fisonomía de aquella mujer chocó al baron como la de una persona á quien se recuerda haber visto otra vez, y le pareció que sus facciones producian el mismo efecto en la religiosa, porque esta se detuvo de repente y dejó escapar una ligera esclamacion, mas sin embargo siguieron ambos adelante sin que nadie mas que ellos hubiese notado este movimiento. Luizzi se encontró en una pieza mucho menos espaciosa que la primera; uno de los ángulos estaba ocupado por una gran cama de columnas y cortinas de sarga verde enteramente corridas, de modo que no podia penetrar hasta el enfermo la luz de una palmatoria que á los pies de la cama ardia. El baron vió sobre una silla la ropa que le estaba destinada, y se mudó procurando recordar en qué época y cuando habia visto á la hermana de la caridad; pero este recuerdo se embrolló completamente en su imaginacion, y Armando concluyó por convenir en que lo que le habia chocado habia sido la semejanza de sor Angélica con alguna de sus conocidas.

Sin embargo, Luizzi aprovechó aquel primer instante de soledad para reflexionar acerca de su situacion. Conoció que, gracias á su imprudencia, esta era sumamente equívoca, y que la mania de decir siempre mis criados, mi carruage, habia hecho su pretendida aventura bastante dificil de esplicar En efecto, un carruage no desaparece sin dejar algunos indicios; el baron buscaba el medio de salir de su embarazo cuando le ocurrió el confiar su nombre al oficial herido, poniéndose asi bajo su proteccion. Si es un jóven, se dijo Luizzi, se dejará persuadir fácilmente de que he estado encerrado sin motivo en una casa de locos, y me ayudará á volver á París. El baron entreabrió las cortinas para asegurarse de su esperanza; pero no pudo distinguir las facciones del herido; iba á tomar la palmatoria para examinarlas cuando apareció Santiago en la puerta, y le dijo:

—Sois muy curioso, caballero.

Luizzi, sorprendido de aquella interpelacion, quiso mostrar serenidad y contestó con indiscreta ligereza:

—Tengo algunos amigos en los regimientos que se hallan de guarnicion en este pais, y temiendo que hubiera sido herido alguno de ellos he querido asegurarme.

—Os hubiera bastado preguntarnos el nombre de ese.

—Le sabeis?

—Sí.

—Cómo se llama?

—Decidme primero como se llaman vuestros amigos.

El baron pronunció los primeros nombres que se le ocurrieron, y el campesino dijo con sequedad:

—No es ninguno de esos. Luego añadió con dureza:—Se os espera para cenar.

Luizzi volvió á la cocina. Durante su corta ausencia se habia cubierto la larga mesa que ocupaba el centro de la pieza; ocupaba el sitio preferente una silla destinada al dueño de la casa, y los comensales restantes estaban sentados á los costados en dos bancos de madera. Ademas de las personas de que hemos hecho mencion, hallábanse alli dos criadas y tres mozos de labor. La cena consistia toda ella en una fuente de coles y pan muy negro: estaba ya servida. Luizzi se sentó en el sitio que le estaba destinado entre el anciano Bruno y su nuera y en frente de la religiosa, y cada cual murmuró para sí un *Benedicite*, sentándose en seguida. Luizzi era el único que no habia tomado parte en aquel acto de devocion, lo que fué notado con disgusto. Algunas jarritas de cidra se hallaban desparramadas sobre la mesa, y cada uno bebia cuando queria. Santiago era el único que tenia á su lado una botella de vino; pero no se servia de ella, contentándose con escanciar á su padre y á sor Angélica, que rehusó.

—Bebed, bebed, dijo á esta última, asi tendreis mas ánimo para pasar la noche en vela.

—Estoy acostumbrada á velar y no bebo nunca vino, contestó la religiosa; pero creo que haríais mejor en ofrecérselo al señor, á quien no debe gustar la cidra.

Al parecer, Santiago no agradeció mucho esta advertencia de la jóven; sin embargo, no atreviéndose á mostrar ostensiblemente su descontento, presentó la botella á Luizzi, que rehusó tambien diciendo que no tenia sed ni hambre.

—Os he pedido asilo solo por algunas horas, añadió Armando, y asi que amanezca os desembarazaré de un importuno.

—Como gusteis; pero os advierto que no tenemos cama que ofreceros.

—No contaba tampoco con ella, respondió el baron; pasaré la noche conversando con la hermana Angélica, si ella me lo permite.

La religiosa hizo una señal de asentimiento, bajó los ojos que tenia constantemente fijos en Luizzi desde el principio de la cena: el baron la examinaba con no menos atencion, y por mas que no recordase haber visto aquel puro y hermoso rostro, no podia menos de conocer que se agitaban en él confusos recuerdos.

La cena habia terminado; el mas profundo silencio reinaba en torno de la mesa, y el soplo de la tempestad empujaba violentamente las puertas y las ventanas. Todos parecian pensativos y embarazados, cuando sor Angélica dijo á Santiago:

—El médico ha mandado que se empapen las compresas del aparato con

agua muy fria, para que se calmen los dolores producidos por la cuntusion. Si hubiera agua de pozo seria escelente.

—Juan, dijo el labriego, anda á sacar un cubo de agua.

El mozo obedeció, y Luizzi echó de ver entonces que no estaba en la casa el otro mozo á quien Santiago habia mandado á inquirir el paradero del carruage. Armando previa un nuevo embarazo, cuando el dueño de la casa se levantó y dijo con disgusto:

—Vamos, un trago á la salud del herido, y á acostarse los que deben dormir esta noche.

Todos se sirvieron y se preparaban á concluir la cena en virtud de la invitacion de Santiago, cuando apareció un hombre á la puerta que habia dejado entornada el mozo, y dijo con acento burlon.

—Espero que no bebereis sin mí.

Todo el mundo se levantó apenas fueron pronunciadas estas palabras, y el ciego esclamó tomando un cuchillo de la mesa:

—Bertrand! es el bribon de Bertrand!

Santiago detuvo á su padre en tanto que los demás convidados de pie é inmóviles alrededor de la mesa, manifestaban el mas profundo terror. Mariana, la mujer de Santiago, se había colocado delante de su marido; pero éste la rechazó y dijo con frialdad al recien venido:

—Si tienes sed, aqui no hay cidra para tí.

—Pero veo que hay vino, dijo Bertrand adelantándose á tomar la botella.

Era un hombre muy alto, su pelo rubio y mezclado de algunos mechones blancos, caia sobre sus hombros; llevaba la *piel de cabra* que ordinariamente llevan los campesinos del bajo Maine y de la Bretaña. Hallábase armado de una escopeta de dos cañones de bastante valor, y de un cuchillo de monte con grabados. Todos se miraban, todos esperaban con cruel ansiedad cuando Santiago, colocando la mano sobre la botella que iba á asir Bertrand, dijo á éste con tono resuelto:

—Yo doy lo que ofrezco y niego lo que se me quiere quitar.

—Como quieras; contestó Bertrand sin que pereciera irritarse por aquella resistencia, y cogiendo una jarra de cidra la desocupó de un trago. Apenas habia concluido, se oyó un gran ruido á la puerta.

—Quién anda ahí? preguntó Santiago.

—Yo, contestó Juan desde fuera; soy yo.

—Es el agua para el herido; dijo sor Angélica; dejad que pase al mozo.

—Ola! repuso Bertrand con tono sombrío, con que está aqui el oficial! Dejad pasar, añadió, y tened cuidado de la puerta.

El mozo de labor entró y colocó en un rincon el cubo de agua.

—Cierra la puerta, dijo su amo.

El mozo vaciló y obedeció.

—Deja la puerta abierta, replicó Bertrand, al menos verán mis muchachos el fuego, y asi se alegrarán.

En seguida aparecieron á cada lado de la puerta dos hombres con la escopeta en la mano.

—Estan todos en sus puestos? preguntó el faccioso.

— Sí, respondió uno de los centinelas.

—Muy bien, dijo el gefe de los facciosos, que se habia acercado á la puerta echando una mirada á la parte de afuera.

Santiago le siguió atentamente con la vista y Mariana observaba con ansiedad los menores movimientos de su marido.

—Me dirás ahora lo que qnieres? preguntó Santiago al faccioso.

Este se sentó junto al fuego; Santiago hizo una seña á su mujer, á su hijo y á sus criados para que se mantuvieran en el fondo de la cocina, y se colocó de pie junto á su padre, al otro lado del hogar. La religiosa y Luizz se pusieron entre el faccioso y el campesino, haciéndose, digámoslo asi, intermediarios desinteresados en la cuestion que se iba á tratar. Bertrand jugaba, mirando al suelo, con la correa de su escopeta, como si no se atreviera á hablar. Oíase la tempestad que combatia por todas partes la casa.

—Estoy esperando tu respuesta, añadió Santiago despues de un instante de silencio.

—No has recogido en tu casa un oficial de línea herido? dijo Bertrand bruscamente, como si se alegrase de que se le interpelara.

—Sí.

—Es preciso que nos entregues ese oficial.

—Si se está muriendo! esclamó la religiosa; seria acabar de matarle!

—Y aun cuando estuviera tan bueno como yo, no te se entregaria; respondió desdeñosamente Santiago Bruno.

—Escucha; Santiago, repuso Bertrand; he venido á aqui como amigo, y te pido por bien lo que puedo obtener por mal.

—Es cierto, dijo Santiago; puedes hacer que nos maten á todos, á mí, á mi padre, á mi mujer y á mis hijos; puedes asesinarnos y en ello tendrás mucho gusto; puedes....

—Sabes muy bien que no lo haré, Santiago, aunque te hayas empeñado en no abrazar la buena causa, contestó el faccioso con impaciencia.

—Si lo harás, replicó el labriego, porque no te entregaré el oficial, y para llegar á donde él está, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Cuánto has cambiado, y cuanta aficion tienes al nuevo régimen! dijo Bertrand con frialdad. Asi te espones por un hombre á quien no conoces?

—Me espongo porque ese oficial, quien quiera que sea, está en mi casa, y no quiero que se toque á ese hombre como no quiero que se toque á mi mujer, como no quiero que se toque á mi padre....

Santiago pareció irritarse de repente interiormente, y añadió:

—Como no quiero que se toque á una paja ni á un clavo de esta casa.

—No se tocará á un clavo ni á una paja de tu casa, dijo Bertrand.... Pero ese oficial es forastero y te importa poco entregárnoslo. Además, los gendarmes han cogido esta mañana á Jorge y le han llevado á la cárcel de Angers. Necesitamos uno que nos responda de la vida de Jorge, y si quieres entregarnos ese oficial....

—Debimos recogerle esta mañana, pues se estaba muriendo en medio del camino, dijo Santiago.

—Debísteis dejarle allí, y así le hubiéramos encontrado nosotros.

—Le hubiérais encontrado muerto, dijo sor Angélica.

—Es posible, contestó el faccioso, y en ese caso hubiera sido uno menos. Pero ya que vive, es necesario que nos sirva de algo; podremos cangearle con Jorge. Vamos, dónde está?

Bertrand se levantó y se dirigió hácia el cuarto del herido. La hermana Angélica se precipitó á la puerta.

—No entreis! esclamó con tono suplicante; la menor conmocion puede matarle.

—Bertrand! dijo con voz fuerte el anciano ciego; hace algun tiempo me preguntaste por qué no habia tomado las armas mi hijo, y por qué le habia vuelto yo con mis consejos; ahora te diré que fue porque no quise que tomara parte en una guerra de asesinos y de ladrones.

—Hablas por mí de esa manera? preguntó Bertrand.

—Por tí, respondió el tio Bruno adelantándose hácia Bertrand.

—Te contestaré muy pronto, dijo este último, pero antes de todo quiero ver al oficial. Perdonad, hermana, añadió dirigiéndose á sor Angélica, no me obligueis á hacer uso de la fuerza; entraré porque quiero entrar.

—Acercaos á hacerlo, repuso la religiosa apoyando la espalda en la puerta y presentando á Bertrand el crucifijo que pendia de su rosario.

Bertrand se quitó el sombrero y se santiguó. Dirigió á su alrededor una mirada iracunda, pero no se atrevió á alzar la frente ante la jóven y volvió á sentarse en su sitio, refunfuñando como el dogo que busca presa á que poder arrojarse.

—Has concluido tu comedia? le preguntó Santiago.

—Ahora mismo la concluiré si tú quieres, contestó Bertrand con esplosion levantándose de repente.

Y, por un movimiento rápido, derribó á Santiago; pero mientras el faccioso se dirigia á la puerta del cuarto del herido, Mateo se acercó á su padre y le dió la escopeta que estaba escondida en un rincon de la cocina; al mismo tiempo Santiago tendió al suelo á su enemigo en tanto que el niño, precipitándose sobre Bertrand bajó el cañon de la escopeta de éste. Todo esto pasó con la rapidez del relámpago, y Santiago esclamó con voz terrible:

—Si alguien da un paso hácia el cuarto, cae muerto Bertrand.

Hubo un momento terrible de silencio, durante el cual se oian las sordas ráfagas del viento y la lluvia que azotaban la casa; de pronto sonó un tiro, y cayó al suelo la escopeta de Santiago, rota por una bala.



Uno de los compañeros de Bertrand, oculto en la sombra del patio, habia deslizado el cañon de su escopeta por entre los dos centinelas, y habia apuntado á su gusto al labriego.

—Quién ha tirado? esclamó el tio Bruno.

—Un faccioso, contestó Santiago.

Al mismo tiempo los lamentos de Mariana y los del niño manifestaron al anciano ciego que habia sido herido su hijo, y se siguió una escena de tumulto inesplicable y de terror estraño. El ciego, armado de un gran cuchillo se lanzó hácia el lado donde creia hallarse el gefe de los facciosos, y esclamó:

—Bertrand! Bertrand!

Pero éste le esquivó, y entonces el anciano se puso á recorrer el aposento con el cuchillo levantado esclamando con furor:

—Bertrand! Bertran! donde estás? asesino! dónde estás! Oh! ya empiezas de nuevo!

El ciego recorrió asi toda aquella estensa pieza, tropezando con los muebles, blandiendo su arma y repitiendo sin cesar: Bertrand! dónde estás? en tanto que todos los que se hallaban á su paso huian diciéndole sus nombres con terror; de este modo llegó á su hijo, y asiéndole del brazo le dijo con acento ronco y furioso:

—Eres tú?

—Yo soy, padre. Apaciguaos, que vais á hacer que maten á todos.

—Te han herido?

—Me han roto un brazo, el que me teneis cogido: soltad, que me haceis daño.

El ciego retrocedió dando un grito, soltó el brazo de su hijo y cayó de sus manos el cuchillo.

Bertrand apartó el arma con el pie, y dijo con calma:

—Tú te lo has querido, Santiago.

—Asesino y ladron! esclamó el ciego.

—Ni lo uno ni lo otro, dijo Bertrand; pero quiero lo que quiero, y me parece que tú debes saberlo. Si Santiago no hubiera tomado la escopeta no le hubiera sucedido nada; ha hablado y se le ha respondido.

—Ya te llegará tu vez, repuso Bruno.

—Será cuando Dios quiera.

—Os atreveis á invocar á Dios despues de cometer tal crímen? dijo sor Angélica.

—Sí, hermana, yo no soy como alguno de nosotros; yo no hago el mal por el mal, yo no mato mas que los que me quieren matar.

—Pero robas á los que no puedes matar, replicó el tio Bruno, para quien un robo quizá era un delito mayor que un asesinato, porque el robo no tenia la escusa política que los facciosos daban á su rebelion.

—Ahora caigo.... dijo Bertrand, y añadió, señalando á Luizzi, sin duda ese es el viagero que se ha quejado de haber sido detenido. Pues bien: os juro que si los que han cometido esa accion son de los nuestros, serán severa-

mente castigados y ese forastero no irá diciendo que somos desvalijadores de caminos.

Mariana y la hermana de la caridad habian desnudado á Santiago el brazo y mientras lavaban la herida, Bertrand recobró su asiento: El fuego, falto de leña, casi se habia ido apagando, y la palmatoria, agitada por el viento que penetraba en la alcoba, iluminaba con luz triste y moribunda aquella escena de desolacion. Bertrand tomó la palabra, y dirigiéndose á Luizzi le preguntó:

—Dónde habeis sido detenido?

—No puedo decíroslo á punto fijo, contestó el baron bastante embarazado, pues su valor le habia ido abandonando en presencia del peligro tan nuevo y desconocido para él.

—Pero en fin, repuso Bertrand, á qué distancia de Vitrée os hallábais?

—Iba durmiendo en el carruage, murmuró el baron, y no sé....

—No tembleis, dijo el faccioso; de nada se os acusa, nada va con vos. Responded: qué os han quitado?

—Mis papeles, mi dinero.... balbuceó el baron.

—Y qué papeles son esos?... cuanto era el dinero?

—Mi pasaporte y algunas letras.

—Y cuánto dinero?

—Cuanto dinero?... no sé.

—Cómo es eso? con que no lo sabeis?

—Sobre dos mil francos.

—En oro ó en plata?

—En oro, contestó el baron precipitadamente para ocultar su turbacion.

—Y en qué carruage viajábais?

—En silla de posta.

—Es que hay muchas clases de sillas de posta, replicó Bertrand, que examinaba al baron con una mirada que contribuia singularmente á la turbacion de éste.

—Era.... era.... una calesa.

—Ya! Y tenia sin duda bolsas y porta-capas.

—Sí, sí, dijo el baron.

—Y qué habia en las bolsas?

—Habia.... lo que suele haber siempre.... camisas.... ropa....

—Es que quiero que se os devuelva todo religiosamente, escepto las armas si es que las llevábais.

Como esto no era una pregunta, Luizzi se creyó dispensado de contestar, y Bertrand continuó:

—Y cuál es vuestro nombre?

—Mi nombre, dijo el baron, no puedo.... no quiero decíroslo.

—Le sabremos por el pasoporte, si es que viajábais con un pasaporte capaz de enseñarse.

—Me parece, repuso el baron comprendiendo el embarazo á que le habian llevado sus mentiras y sus vacilaciones, me parece que os importa muy poco saber quien soy. No os reclamo mi carruage ni mi dinero; dejadme libre, que es todo lo que os pido.

—Ya! dijo el faccioso, os creo, y hasta estoy persuadido de que no pensais mucho en el carruage y el dinero que habeis perdido.

Al decir esto el faccioso, llegó corriendo el mozo que el tio Bruno habia enviado á inquirir noticias del carruage.

—Ola Buenhijo, dijo Bertrand, has hecho lo que tu amo te mandó?

El mozo se detuvo viendo herido á Santiago é inclinó la cabeza.

—Responde, ganapan! dijo Bertrand irritado. Oí á ese hombre en la cruz de Veziere contar su historia al tio Bruno y sé á donde te se envió. Vamos, qué es lo que has sabido?

—Voy á decíroslo, contestó Buenhijo: no ha pasado silla de posta por Vitrée hace dos dias.

—Ya lo sabia yo! murmuró Bertrand. Eh! muchachos! coged á este bribon, atadle como se ata á un ternero por las cuatro patas, y echadle al fondo del charco grande.

—A mí! esclamó Luizzi retrocediendo ante los cuatro ó cinco paisanos armados que entraron á un tiempo; á mi! por qué?

—Porque asi tratamos nosotros á los espías.

—Pero yo no soy espía; soy forastero en este pais.

—Pero quién eres? dijo Bertrand.

—Soy.... soy el baron de Luizzi.

—El baron de Luizzi! repitió una voz de mujer; y en seguida la hermana Angélica se acercó á Armando y le dijo mirándole á la cara:

—Sois el baron de Luizzi?

—Sí, soy Armando de Luizzi.

—En efecto, dijo la hermana examinándole; sí, es cierto....

—Pero quién sois vos, hermana, que al parecer me conoceis? Acaso habeis estado alguna vez en la casa de donde yo acabo de salir.

—No sé de donde habeis salido, respondió Angélica...... en cuanto á mí soy.... Pero despues de diez años quizá no os acordareis.... Quiero hablaros, Armando, aunque os haya hallado demasiado tarde....

En tanto que el baron, salvado por aquella intervencion inesperada, procuraba dar un nombre á aquella mujer cuyas facciones le habian chocado tanto, Bertrand se adelantó y dijo á sor Angélica:

—Con que conoceis á ese hombre?

—Sí.

—Respondeis de él?

—Si.

—Pues que se quede, dijo Bertrand. Vámonos nosotros, que se acerca el dia, añadió alzando la voz.

—Y el oficial? esclamaron los facciosos que permanecian á la puerta.

—Está preparada la camilla? Id á buscarle, y cuidado con hacerle daño.

Bruno se levantó de su asiento y dijo á Bertrand:

—Hoy eres tú el mas fuerte, Bertrand, ya llegará la mia.

—Estaos quieto, y callad no sea que les deis la tentacion de prender fuego á la casa y saquearla. Yo por mi parte he hecho todo lo que he podido para evitar una desgracia.

Santiago, rodeado por su mujer y sus criados, no habló una palabra; y en tanto que este grupo se estrechaba en el fondo de la pieza, Luizzi y la religiosa se apartaron para dejar pasar la camilla en que se habia colocado al herido. En el instante en que la camilla iba á pasar por delante de la hermana Angélica, esta miró al oficial y dijo retrocediendo espantada:

—Enrique!....

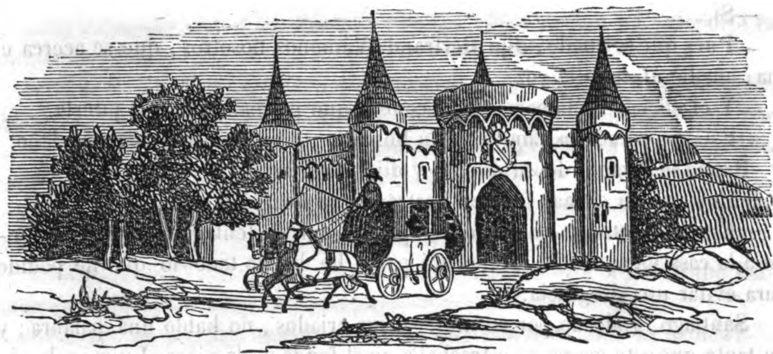
El herido levantó un poco la cabeza, y exhalando un grito volvió á caer murmurando con voz moribunda.

—Carolina!... Carolina!...

Los portadores de la camilla se habian detenido; pero continuaron su marcha á un gesto de Bertrand en tanto que la hermana de la caridad se ocultaba en los brazos de Luizzi esclamando:

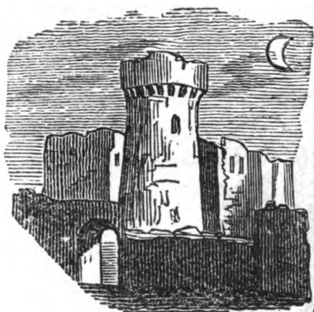
—Oh! hermano mio! hermano mio!





XII.

El convento.



CAROLINA! Carolina! repetia Luizzi sorprendido como si el nombre de aquella mujer solo despertase en él un recuerdo confuso, semejante al que sus facciones habian despertado. Carolina! Carolina! tornaba á repetir, sin dar á la palabra hermano, pronunciada por ella con sentido mas íntimo que el que daba á la palabra hermana, cuando con este nombre llamaba á la religiosa.

—Será posible! dijo la jóven con dolor; no os acordais ya?

—Pero se detuvo mirando á su alrededor, y Santiago que notó este movimiento, se apresuró á decir:

—Si quereis hablar particularmente á este caballero, podeis entrar á este cuarto; allí estereis solos, y estoy seguro que nadie os incomodará.

La religiosa dió las gracias á Santiago por medio de un gesto afectuoso, y entró la primera murmurando por lo bajo:

—Dios mio! Dios mio, qué cosa tan estraña!

Luizzi la siguió y cerró la puerta; luego se acercó á la hermana Angélica y la dijo:

—Carolina! Carolina! Sí, yo conozco ese nombre; pero desde que le oí pronunciar me han sucedido tantas cosas.....

La hermana de la caridad separó la toca blanca que ocultaba su rostro, y dijo:

—Miradme, Armando, miradme bien. No hallais en mi rostro algo que os sea conocido?

—Sí, contestó Armando, examinando el santo rostro de la jóven; pero es muy singular el recuerdo que en mí despertais: diríase que es un recuerdo doble. Creo haberos visto de menos y de mas edad.

—Teneis razon, Armando, porque recordais á la vez á la niña que vísteis en Tolosa y á la noble mujer, á la pobre hermana que me sirvió de madre, y á la cual dicen que me parezco estraordinariamente.

—Oh, Carolina! hermana mia! esclamó Luizzi. Carolina! pobre niña! cuán triste es volveros á ver asi!

—Ay! dijo la jóven, desde que Sofia, es decir, Mad. Dilois, se vió precisada á abandonar á Tolosa.....

—Por culpa mia, la interrumpió el baron.

—Desde entonces he sufrido mucho, Armando!

—Y ahora que ha muerto.....

—Ha muerto! repitió la religiosa.

—Sí, ha muerto bajo el nombre de Laura Farkley, y tambien por culpa mia, respondió Armando; yo he sido fatal á cuantos he amado, ó á cuantos se han acercado á mí.

—Y por qué? Dios mio!

—No puedo..... no debo decíroslo. Pero que ha sido de vos, Carolina, durante diez años? Cuál es vuestra vida?

—La vida triste y dolorosa de una pobre niña sin familia.

—Es preciso que me conteis vuestras desgracias, Carolina! Es preciso que yo las repare.

—Os debo esa confidencia, hermano mio, y voy á hacérosla. Nada os ocultaré. Perdóneme Dios y vos tambien si bajo este santo hábito hablo de faltas por las que he sido cruelmente castigada, de sentimientos que no han podido borrar la penitencia, y que el Señor quiere que vivan en mí para que sean mi eterno tormento.

—Hablad, Carolina, hablad, seré indulgente. El destino que ha uncido al mal á toda nuestra familia ha pesado sobre vos como sobre mí, mucho lo temo; pero vos careceis de riquezas de nombre, de un ser que os proteja, y yo solo podré deplorar vuestra desdicha.

Luizzi alargó una silla á su hermana y se sentó á su lado, triste ya,

pensando que iba á oir la historia de una vida culpable ó descarriada. La jóven se recogió en sí misma un instante, y empezó así:

—«Ya sabeis de qué modo se vió Sofia obligada á dejar á Tolosa. Sin embargo de su desesperacion, no olvidó á la pobre niña á quien habia adoptado pues puso bajo su nombre una suma de 60,000 francos, en casa de Barnet su notario, y vuestro tambien segun creo. Aquella suma debia entregárseme en cuanto yo fuera mayor de edad, con arreglo á lo dispuesto por Sofia. Una parte de los rendimientos se hallaba destinada á sufragar los gastos de mi educacion, y lo restante habia sido colocado por Mr. Barnet para aumento del capital, y hace pocas dias que he recibido una carta del honrado notario que me anuncia que mi capital asciende ya á ochenta mil francos, y que esta suma es bastante considerable para que me proporcione un partido ventajoso, si es que quiero volver al siglo, pues no he pronunciado aun mis votos.

—Y nunca los pronunciareis, dijo el baron.

—Los pronunciaré muy pronto, hermano mio, respondió Carolina; conozco el mundo, y sé la falsedad que encierra.

—Dónde habeis vivido, pobre hermana mia, para haber formado tan mala opinion del mundo?

—Desde que Sofia dejó á Tolosa hasta ahora que os hablo, he vivido en un convento.

—Y pretendeis conocer el mundo?

—Le conozco bastante para no querer conocerle mas; contestó Carolina exhalando un profundo suspiro, y dejando escapar algunas lágrimas de sus bellos ojos azules que dirigia al cielo.

—Acaso creyó Mr. Barnet cumplir los deseos de la infortunada Sofia colocándoos en un convento?

—El honrado notario hizo lo que creyó mas conveniente. Sin duda ya recordareis cuán áspera y bachillera era Mad. de Barnet; despues de dos semanas pasadas en su casa, acepté como un beneficio de mi tutor la proposicion que me hizo de entrar en un convento de hermanas de la caridad. Una razon que Mr. Barnet no me ha esplicado, parecia haberle determinado á proponérmelo y nunca podré olvidar las estrañas palabras que con aquel motivo me dijo:

—Sois hija de un Luizzi, aunque no tengais derecho á llevar ese apellido. El mundo ha recibido fatalmente á todos los miembros de esa familia: parece que una fatalidad inesplicable los persigue. Entrad en un convento y Dios os inspire el deseo de permanecer alli hasta que os llame á su seno. Ojalá que alli encontreis un asilo que os proteja de la suerte que ha perseguido á todos los de vuestra sangre.»

Carolina se detuvo, y Luizzi se puso pensativo.

—Con qué os dijo eso Barnet? preguntó el baron despues de un instante de silencio.

—Sí, hermano mio; quizá podreis vos esplicarme esa fatalidad con que me amenazaba.

—Puedo conocerla, pero me es imposible esplicárosla: me está prohibido. De todos modos es bien terrible y poderosa cuando os ha perseguido hasta en la casa de Dios, y allí habeis sido culpable ó desgraciada. Pero hablad, hermana mia, hablad, que os escucho.

—Once años tenia yo cuando entré en el convento en clase de pensionista. Hasta los diez y seis viví dichosa y contenta, aunque escesivamente mimada por la bondad de las religiosas, á juzgar por lo que decian mis compañeras, porque segun ellas se esperaba hacerme profesar, y adquirir por este medio para el convento mi modesta fortuna, que pasaba por considerable á los ojos de aquellas mujeres que habian hecho voto de pobreza.

—Eso es muy posible, dijo el baron.

—No lo creais, Armando, replicó Carolina con una candidez llena de fé; nunca se me ha hablado una palabra tocante á mis intereses; nunca se me ha hecho una alusion que me diera derecho á suponer que lo poco que poseo fuera objeto de codicia para las madres.

El baron reflexionó que esto podia muy bien probar mucha destreza; pero ocultó esta reflexion, tanto por no interrumpir el relato de la jóven, como por no desengañarla acerca de las personas con quienes parecia resuelta á vivir. Carolina continuó:

—A los diez y seis años empezaron mis disgustos; hasta entonces habia vivido con las jóvenes pensionistas entradas como yo en el convento; habíamos crecido juntas, amando y buscando los mismos placeres, entregadas á las mismas ocupaciones, compartiendo los mismos estudios y los mismos trabajos. Solo un disgusto turbaba de vez en cuando mi dulce indiferencia: habia dias señalados en que mis compañeras dejaban el convento para ir al seno de sus familias; durante aquellos dias se convidaban recíprocamente, y cuando volvian al convento hablaban de sus placeres. Nunca fuí yo convidada, pregunté algunas veces la causa á la superiora, y me contestó que como las familias de aquellas señoritas no me conocian no me podian convidar; luego enjugaba mis lágrimas dándome algun objeto ardientemente deseado por mí, ó eximiéndome de trabajo, y yo me consolaba jugando, de mi falta de familia y amigos.

A pesar de esto, una vez que iba á ir al campo á pasar algunos dias con Mr. Barnet, rogué á una de mis amigas que fuese allí á verme; aceptó, pero no cumplió su promesa. Me quejé á mi vuelta al convento; pero se contentó con responderme: «Me lo ha prohibido mamá.» Corrí resentida á contárselo á la superiora, y ésta procuró persuadirme de que la madre de mi jóven compañera, sabiendo que Mr. Barnet no era de mi familia habia creido insuficiente mi invitacion. Por primera vez no pudo satisfacerme esta esplicacion; por primera vez acudió á mi imaginacion la idea de mi aislamiento el mun-

do, y me inspiró una tristeza que lograron por de pronto ahogar los cuidados de la madre; pero que se renovó con mas fuerza en vista del nuevo aislamiento en que hasta en el convento mismo me ví muy pronto.

Poco á poco y dia tras dia fueron dejando el convento para volver á sus familias todas las jóvenes con quienes yo habia pasado mis primeros años; reemplazándolas otras, pero no eran de mi edad. Permanecí siendo niña todo el tiempo que pude, por no quedar sola, pero ninguna envejecía conmigo: todas las pensionistas volvian á casa de sus padres al llegar á los quince ó diez y seis años, y á los diez y nueve me hallaba yo tan sola como el anciano que habiéndose prolongado estraordinariamente su vida ha visto morir todos sus amigos. Auuque todavia jóven, mis recuerdos de la infancia solo eran mios, y no tenia á nadie á quien decir: «Te acuerdas?»

En aquella época pedí y obtuve el hábito de novicia, y tambien fué en aquella época cuando Julieta entró en el convento.

—Quién es esa Julieta? dijo Luizzi.

—Julieta ha sido mi única amiga en este mundo, despues de Sofia, respondió Carolina.

—Era de Tolosa?

—Yo no sé; era hija de una pobre viuda llamada Genlis, que habitaba en Auterive, donde tenia una tiendecilla de mercería, y además alquilaba libros. Los productos del comercio de Mad. Genlis eran tan pequeños que no pudiendo esperar un buen acomodo para su hija la destinó á tomar el hábito, porque tanto ella como su hija eran personas bien nacidas, y Julieta preferia la pobreza del cláustro á ocupar en el siglo una posicion dependiente de gentes, cuyas maneras rústicas hubieran podido humillarla.

Sin embargo, parecia que aquella resolucion le habia costado trabajo, porque cuando Julia entró en el convento estaba triste, pálida, y parecia sufrir tanto, que yo tomé par ella el mas vivo interés. Entonces esperé una compañera.

Habia bastantes novicias de mi edad; pero es preciso decirlo: las que se destinaban á la asistencia de los enfermos, eran en su mayor parte pobres jóvenes, aldeanas, ignorantes y rústicas, y las que debian dedicarse á la educacion de las pensionistas afectaban ya un tono tan doctoral y un continente tan severo que no sabia con quien compartir mis risas y mis lágrimas. Julieta fué la compañera que yo deseaba. Solo tenia dos años mas que yo, aunque á su llegada representaba mas edad á causa de su palidez y su flaqueza. Al principio me disgustó, ó mas bien me causó miedo. Sus ojos eran pequeños, pero su mirada era tan penetrante que parecia profundizar el pensamiento de la persona á quien se dirigia; su cabello, de un rubio casi encarnado, la daba un aire estraño. Era alta y delgada, y sus movimientos eran tan lentos y negligentes, que parecia haberse reconcentrado toda su vida en el fuego de sus ojos, como toda su gracia y su espresion en una sonrisa

llena de caricia ó de sarcasmo, segun su humor, que me chocó desde luego. Nuestras relaciones fueron bastante frias al principio; pero no tardamos en entendernos, y cuando yo supe su historia y ella la mia nos juramos una eterna y sincera amistad. Esta amistad fué una dulce esperanza para mí y un consuelo para ella. Yo recobré la calma y la confianza que habia perdido, y ella recobró de pronto su salud. Yo la amaba tanto mas, cuanto que era tratada con dureza por la superiora y por las hermanas legas, y no pocas veces pude dulcificar la severidad que la mostraban sin duda porque era pobre.

Julieta no era ingrata, y sea que yo olvidase el cumplimiento de un deber de mi noviciado, sea que faltase en algo á la regla de la casa, ella ocultaba mis faltas con cuidado, y me ahorraba asi un castigo penoso, ó el disgusto mas penoso aun de ir á confesar mi culpa y pedir perdon á la superiora. Cuán santa y verdadera era nuestra amistad! Todo lo mio era suyo, y yo no manifestaba un deseo que ella no se apresurase á satisfacer. A pesar de todo, llegó un dia en que dudé me amase con tanta sinceridad como decia. Recibió una carta de su madre, y pasó el dia llorando· le pregunté la causa de sus lágrimas, y se negó obstinadamente á decírmela. Por último, llegada la noche, como paseáramos juntas por el jardin, la supliqué con tantas instancias, que concluyó por responderme:

—Por qué te empeñas en que te manifieste una desgracia que ni tú ni yo podemos remediar? Pobre madre mia!

—Pero qué ha sido?

—Tú que nunca has vivido fuera de aqui, no puedes comprender esa desgracia; mi madre ha sido víctima de la mala fé de un comerciante, saliendo fiadora de él.

—Se trata de alguna letra de cambio? dije yo.

Julieta me miró con tal sorpresa, que á pesar de su dolor no pude menos de reirme.

—De qué sabes tú eso? me preguntó.

—Has olvidado que antes de entrar aqui estuve en casa de Mr. Dilois, y que, niña y todo, ocupaba un puesto en el escritorio de la casa de comercio que dirigia mi madre adoptiva?

—Sí, sí, dijo Luizzi interrumpiendo el relato de Carolina; yo me acuerdo de aquella linda niña que estaba sentada en una gran mesa, estendiendo con mucha formalidad las facturas que la dictaba Cárlos.

—Pobre Cárlos, esclamó Carolina, que ha muerto tambien!

—Sí, sí, pobre hermano mio! dijo el baron abatido por aquel doloroso recuerdo que, asi como todos los que evocaba, solo le presentaba desgracias, que eran obra suya. Pero en seguida, y como si quisiera ahuyentarle, dijo:

—Carolina, continuad, continuad.

La jóven continuó:

—En efecto, se trataba de una letra de cambio, que la buena Mad. Genlis no podia pagar, y para cuya satisfaccion se la habia amenazado con embargarle y venderle sus géneros. Se trataba de una suma de mil doscientos francos, segun creo.

—Y por qué no me lo has dicho? esclamé. Yo puedo dártelos.

—Yo no pido limosna ni mi madre tampoco, respondió Julia con una altivez que me pareció humillante; pero que escusé inmediatamente.

—Si no quieres que te los dé; te los prestaré.

—Oh! cuánta generosidad!..... esclamó Julia: Luego se detuvo un instante, y añadió: Pero no, si se supiera en el convento, sabe Dios lo que se diria. Se diria que yo te habia suplicado, que lo habia mendigado, que habia abusado de tu amistad..... No, no.

—Y por temor de algunas murmuraciones, renuncias á salvar á tu madre?

—Pobre madre, mi buena madre!..... esclamó Julieta deshaciéndose en lágrimas. Y no tener yo nada, ni el menor recurso que proporcionarla!

—Yo tengo dinero, la dije.

—No, me contestó. Me castigaria cruelmente la superiora por haber aceptado ese servicio, suponiendo que os habia estafado.

—No sabrá nada.

—Es imposible.

—Yo te lo aseguro.

—Y cómo lo conseguirás?

—Acepta, que lo demas corre de mi cuenta.

Julieta vaciló largo rato; pero á fuerza de súplicas, y sobre todo cuando yo la hube prometido repetidamente que la superiora ignoraria lo que yo iba á hacer, dominó su orgullo, y al cabo consintió. En seguida escribí á Mr. Barnet rogándole que fuera á verme, lo que hizo inmediatamente, pues tal era la urgencia con que yo le llamaba. Asi que nos vimos solos en el locutorio

—Mr. Barnet, necesito mil doscientos francos.

—Dios mio! Y para qué? esclamó absorto el notario.

—Necesito mil doscientos francos, os lo repito. Mis intereses se hallan en vuestro poder, y yo os pido esa suma.

—Pero necesito saber á qué la destinais; porque si es la superiora quien os ha inducido á hacerme ese pedido, no consentiré en hacerme cómplice de semejante estafa.

—Al contrario, es preciso que lo ignore la superiora.

—Eso aumenta la gravedad del asunto: no consentiré en daros semejante suma, sin saber primero de qué se trata.

—Se trata, le dije, de salvar á una pobre mujer á quien se quiere arruinar.

Y en seguida le conté la desgracia de la madre de Julieta. Mr. Barnet reflexionó largo rato, y al fin no contestó:

—Es posible.... Quiero creer que sea cierto, porque no se debe pensar siempre mal de nuestros semejantes; ademas, hija mia, esta es la primera vez que me pedís dinero, y es para llevar á cabo una buena accion; quizá asi conjurareis la mala suerte que os persigue.... No quiero negároslo; yo os traeré los mil doscientos francos.

—No, no los traigais á aqui: para que esteis persuadido de que no os engaño, enviádselos directameute á Mad. Genlis, á Auterive.

—Carolina, me dijo entonces afectuosamente Mr. Barnet, ni por un momento he abrigado la idea que me engañáseis; lo que he temido es que os engañasen á vos.

—Ah! podeis creer eso!

—Yo no lo creo. Esta tarde misma enviaré el dinero y quedareis contenta de mí.

Dí las gracias á aquel escelente sugeto como si me hubiese salvado á mí misma, y corrí á llevar tan buena noticia á Julieta, la cual me dijo, valiéndose de una frase que pintaba toda la delicadeza y todo el orgullo de su alma, procurando ocultar sus lágrimas:

—Qué dichosa eres, pues puedes hacer bien á las personas á quienes amas!

Yo la consolé lo mejor que pude del servicio que su pobreza la habia obligado á aceptar, y nos hallamos mas unidas que nunca.

—Cualesquiera que sean vuestras faltas, dijo el baron, esa accion, Carolina, debe seros contada en compensacion de ellas, porque es bueno haber comenzado á vivir con un beneficio.

Ay! ese beneficio ha sido, sin embargo, el orígen de todas mis desdichas! El beneficio en que al parecer tenia esperanzas Mad. Barnet... ese beneficio, repito, me ha perdido!

—Será posible, murmuró Luizzi por lo bajo: será posible que siempre sea el mal el premio ó la consecuencia del bien! Pero decidme, Carolina, cómo ha sido esa accion el orígen de todas vuestras desdichas?

—Vedlo aqui. Lo que acabo de contaros pasó en el mes de agosto. Madama Genlis pasó á Tolosa hácia fin de setiembre, y nosotros la vimos en el convento. La manera con que aquella escelente y desgraciada mujer me demostró su gratitud, me confundió. Su reconocimieuto no hallaba palabras bastante vivas para la que habia salvado su honor y su vida, porque me decia en un movimiento de exaltacion, que habia resuelto morir.

—Y yo no os hubiera sobrevivido, madre mia! esclamó Julieta echándose en los brazos de Mad. Genlis.

El espectáculo de aquella ternura mútua me hizo mal: entonces fué cuando comprendí mejor que nunca que me hallaba sola en el mundo, y hubiera preferido la miseria y la desgracia de aquella jóven, que tenia una madre, á la dicha y el dinero que la habian salvado. Entre las pruebas de reconocimiento de Mad. Genlis hubo, sin embargo, una que me llenó de placer.

—Vengo á buscar á mi hija por algunos dias, me dijo; dignaos acompañarla á la casa que debo á vuestra beneficencia. Venid, pues, allí sereis recibida como un ángel salvador. No os negueis á ello, pues seria humillarme, seria echarme en cara el bien que me habeis hecho.

—No tengo esa intencion, señora, le contesté, y acepto con placer si la señora superiora me permite acompañaros.

—Bastará decírselo.

Fuí á ver á la superiora, que desde luego se negó á mi solicitud con una frialdad que nunca habia usado para conmigo. Aquel rigor me irritó, y no pude contenerme lo bastante para no decirle que si era asi como hacia soportable mi permanencia en el convento. La superiora me trató entonces con un rigor que me demostró cuán fuera de razon habia sido mi arrebato. Admirada yo misma de mi audacia, varié de tono y la supliqué me concediese como una gracia lo que la pedia.

—Ay señora! la dije; esta es la primera vez que yo, pobre huérfana, hallo alguien que me quiera admitir en su compañía; alguien que no me rechace, y vos me quitais el primer consuelo que me hace olvidar cuán abandonada me hallo en este mundo!

Al parecer mis lágrimas enternecieron á la superiora mas de lo que yo esperaba de la manera con que me habia recibido, y al fin me respondió:

—Id, Angélica (yo habia tomado este nombre al empezar mi noviciado); yo hubiera querido que pasárais esos echo dias en otra parte; pero ya que tan ardientemente lo deseais, yo os lo permito, y asi conocereis que aqui hallareis siempre indulgencia y solicitud en satisfacer vuestros deseos.

—Hé ahí, pensó Luizzi, una condescendencia que solo pueden esplicar los 60,000 francos de mi hermana. Sin embargo, encerró en su interior esta reflexion, á fin de no interrumpir el relato de Carolina, que continuó:

A la mañana siguiente partimos para Auterive en un carruage descubierto que para aquel pequeño viage alquiló Mad. Genlis. No podeis figuraros, Armando, las dulces y vivas impresiones que esperimenté durante el camino. Solo las comprenderíais bien si supiérais lo que es pasar algunos años entre los muros de un convento, en un edificio cuyos departamentos se saben de memoria, donde todas las cosas son tan constantemente semejantes, que una piedra desprendida de la pared, y una baldosa rota en corredor, es un suceso que llama la atencion y entretiene; lo comprenderíais, hermano mio, si supiéseis cuán tristes son esos paseos que se limitan á un cercado cuyos árboles se conocen uno por uno, cuyas calles se han registrado mil veces, cuyas flo-

res se han contado, y al cual no se baja con curiosidad mas que la mañana siguiente á una tempestad para ver si hay ramas desgajadas, plantas arrancadas, estragos, en fin, que reparar y que puedan proporcionar á las felices reclusas uno ó dos dias de cuidados nuevos é inesperados. Aquel dia entré en un horizonte que no se limitaba á una vetusta pared cubierta de yedra; caminaba por una senda que no desembocaba en una puerta doble de una verja que nunca se abria. No hallaba cada instante rostros austeros pasando junto á mí en silencio y con los ojos gravemente bajos. No oia esas voces eternamente monótonas, y cuyas palabras hubiera yo podido decir antes de ser pronunciadas. Durante todo el camino hallaba infatigables viageros que caminaban con ligereza hablando en voz alta acerca del objeto de su viage; jóvenes vivarachas reian entre ellos, y solo reprimian sus alegres risotadas al aspecto de nuestro hábito religioso, y para dirigirnos un humilde saludo como si toda alegria debiera cesar á nnestra presencia. Luego, no bien habiamos pasado nosotras, tornaban á su canto y sus joviales pasatiempos. Por otra parte veíamos carruages llenos de damas muy elegantes; y como era la época de las vendimias, veíamos pasar numerosas cuadrillas de hombres, de mujeres, de niños con sus cestas; los mulos y los caballos con sus *compuertas* (1) llenos de racimos, yendo á desocuparse al lugar y volviendo vacios y cargados entonces de niños de corta edad que gesticulaban y cantaban saludando á los pasageros desde aquella especie de carro ambulante. Aquella vida, aquella actividad que reinaba por todas partes, me sorprendia y me encantaba á la vez. Miré y escuché: todo era para mí nuevo; las casas amarillas dispersas á ambas orillas del camino; las largas avenidas que conducen á las grandes quintas; los campanarios lejanos que señalan las aldeas: todo cuanto pasaba me interesaba. Yo admiraba aquellas grandes carretas arrastradas por diez caballos; seguia con la vista al pobre mendigo montado sobre un asno: todo me admiraba, desde los altos Pirineos que veia á lo lejos blancos y azules, hasta los arroyos del camino donde corria el agua entre floridos juncos, desde los olmos inmensos y libres que abrigaban las cabañas de los pastores, hasta las zarzas de los senderos á donde iban los niños á coger moras negras.

Era ya de noche cuando llegamos á Auterive. La casa de Mad. Genlis no era grande y hermosa como la de Mad. Dilois; pero tampoco era una estrecha celda cerrada con llave y á través de cuya puerta penetra el viento y el frio que hiela á una. Ardia un gran fuego en la cocina; la criada nos sirvió una cena bien condimentada, y pudimos hablar alto, reir y quitarnos nuestra toca sin ser severamente amonestadas ó amenazadas de hacernos poner de rodillas en mitad del refectorio. Cuán dichosas fuimos aquella noche! Yo par-

(1) Especie de cubos sujetos al aparejo de las caballerías.

ticipó de la alcoba de Julieta y tuvimos el placer de charlar juntas sin que nos separase la campana que señala á una hora fija la del reposo, como si el reposo se ordenase como el trabajo y la oracion.

Entonces fué cuando yo cometí mi primera falta. Hablé á Julieta de nuestro viage con tanto entusiasmo, que mi compañera no pudo menos de reirse al escucharme.

—Qué dirias tú, me contestó despues de haberme dejado reunir todos mis recuerdos, que dirias si vieses la romería de Santa Gabela, que es mañana?

—Una romería?

—Sí, la mejor de este pais.

—No podíamos ir á ella?

—Vestidas de religiosas? seria una imprudencia.

—Tienes razon.

—No porque sea malo ver juegos y bailes, á los cuales todas las madres llevan sus hijas, sino porque nuestro trage llamaria la atencion, y si llamáramos la atencion no ganaríamos nada.

—Y por qué?

—Porque no está una guapa con las tocas. Mira, tú, por ejemplo, si lleváras un buen peinado estarias linda como el amor, la mas linda de la romeria.

—No hagas burla de mí, Julieta.

—Te hablo con formalidad; tienes un cútis tan blanco y unos ojos tan dulces!

Carolina se detuvo un poco y dijo á su hermano bajando la vista:

—Os repito estas locuras porque quiero que sepais la verdad. Ademas, Julieta me hablaba asi porque me queria tanto que me elogiaba con cualquier motivo.

—Lo creo, dijo Luizzi; continuad, Carolina.

—Julieta, mientras me decia todo esto, me quitaba mi toca y soltaba mi cabello, que cayó sobre mis hombros desnudos; se detuvo un momento, me contempló casi con enojo y me dijo en voz baja:

—Verdaderamente estás hermosa, demasiado hermosa quizá!

Mas, como si desechase al punto aquella enojosa idea, añadió jovialmente:

—Qué linda estarás con el pelo trenzado asi!

Y dispuso mi cabello del modo mas agradable, y continuó:

—Y si te pusieras uno de mis pobres vestidos que yo ya no debo ponerme nunca, estarias encantadora. ¿Quieres probártele?

—Déjame primero mirarme al espejo á ver que cara me hace asi el pelo.

—No, no; ya te mirarás de que estés del todo arreglada: estoy segura de que no te vas á conocer tú misma.—Y sin darme tiempo para contestar, me quitó mis groseros hábitos y me puso un vestido de seda y una pañoleta bor-

dada; me arregló el cabello y me compuso lo mejor que pudo, y luego me acercó á un espejo de cuerpo entero, y me dijo:

—Mira, mira.

Tenia razon Julieta: no me conocí yo misma y esclamé:

—Soy yo?

—Es decir, contestó Julia, que si te presentáras asi en la romería ibas á volver locos á todos los bailarines.

—Pero yo no bailaria, dije yo riendo de su entusiasmo.

—Se baila perfectamente cuando se tiene un talle como el tuyo, y luego es tan facil bailar como se baila en el dia! basta llevar el compás.

Y al decir esto, Julieta se puso á tararear una tocata y á bailar con una gracia perfecta á pesar de sus hábitos de novicia; vagaba en sus lábios aquella sonrisa llena de encanto y atractivo, y sus vivos ojos, suavemente velados, parecian acompañar su dulce mirada con el movimiento de su cuerpo y el sonido de su canto.

—Tú sí que estás linda vestida asi, dije yo. Mira, ponte tu vestido.

—Tengo otros, me contestó Julia. Verás, verás. Vamos á tener un baile las dos.

Y con una rapidez maravillosa, se quitó su trage de novicia y se puso un vestido que dejaba ver su cuello y el nacimiento de sus brazos. No podeis figuraros cuán hermosa estaba asi, desembarazada, ligera, con el cabello cayendo en largos bucles por sus megillas.

—Mira, me dijo balanceando su lindo talle, anda asi: suponte tú que pasa un bello jóven y te saluda: si no se le conoce, se retira la vista con frialdad; si es sencillamente un conocido se le saluda ligeramente inclinándose; si es un amigo, se le hace asi un saludo con la cabeza y la mano.

Y Julieta hacia todo lo que decia con un desembarazo y una gracia que me encantaban. Luego me dijo:

—Vamos haz la prueba.

Y mientras yo la imitaba, esclamaba á cada instante:

—Eres hechicera! Parece que no has hecho otra cosa en tu vida. Estoy segura de que si quisieras bailarias tan bien como yo á las dos lecciones.

—Lo que es eso, no, Julia.

—Lo vamos á ver; haz lo que yo.

Y hé aqui que colocadas una en frente de otra, Julia se puso á cantar y á bailar; yo la imité, y á mi pesar esperimenté un vivo placer porque Julieta parecia gozar mucho viéndome tan linda.

—Si la superiora y Mr. Barnet te vieran en la romería, de seguro que no te conocian, me decia:

—Ni tú tampoco.

—Y es tan divertido!.... Mira, se ven vendedoras de todas clases, bailes bajo los árboles, juegos, y luego tanta gente! Las señoras mas bellas de las

cercanías van con sus hijas y sus maridos; los jóvenes del pais llegan á caballo ó en calesa y pasean por el campo diciendo galanterías á las mas lindas, invitándolas á bailar y mirándolas con aire amoroso. Si tú fueras, ibas á hacer rabiar mucho á todas esas hipócritas que no han sido para convidarte á ir á sus casas.

—Sí, sí, contesté yo tristemente; pero ese placer no nos está permitido.

—Es cierto, dijo Julieta, tienes razon, y es mejor dormir que pensar en todas esas cosas, puesto que ya no nos son permitidas.

Nos quitamos nuestro lindo trage y nos acostamos, pero durante muchas horas yo no hice mas que soñar con bailes, músicas, bellos jóvenes, romería, placer; se me decia que era linda, que era amable, y que se me amaba. Nunca habia tenido en el convento un sueño tan fatigoso, y era ya muy tarde cuando cesó aquella agitacion nacida de nuestro dulce é inocente entretenimiento de la noche.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me encontré sola en la alcoba. Traté de vestirme y no encontré mis hábitos de novicia: lo único que estaba sobre la silla era el vestido que me habia probado por la noche. Llamé á Julieta; pero Julieta estaba en el piso bajo, en la tienda, y no me oyó Me vestí como pude y bajé. Salí aturdidamente á la tienda y me encontré cara á cara con un jóven que devolvia libros á Mad. Genlis. De tal modo me avergoncé que huí precipitadamente á la trastienda. Julieta me siguió, y ví que llevaba su trage del convento.

—Qné has hecho de mis hábitos? la pregunté.

—Estan en la alcoba.

—No los he encontrado.

Julieta se echó á reir y contestó:

—Siempre se busca mal lo que no se quiere encontrar.

—Te juro....

—Acaso tengo yo aire de superiora? repuso Julieta. No jures ni mientas: las ventajas de la libertad consisten en librarnos de un vicio abominable, de la hipocresía. Donde las menores acciones no se tienen por faltas, no hay necesidad de mentir para ocultarlas. Te has encontrado muy linda vestida de ese modo, has querido seguir estando linda.... me parece que no es un gran crímen.

—Haces mal, Julieta, en suponer eso; vamos allá y verás.

—Ahora mismo, en cuanto dé á Enrique los libros que pide, me contestó Julieta.

Me dejó sola y subí á la alcoba. Busqué por todas partes mis hábitos, pero no pude dar con ellos. Entonces esperé que fuese alguien á esplicarme tan estraña desaparicion, y no sabiendo qué hacer....—perdonad, hermano mio, si os digo tantas puerilidades—no sabiendo qué hacer, me puse á mirarme

á un espejo, tuve la debilidad de imitar la postura, la sonrisa, las miradas de Julieta, y mi vanidad me tenia ocupada en aquel juego cuando entró mi compañera.

—Muy bien, me dijo, muy bien; si Mr. Enrique te hubiera visto asi, te encontraria mas bella aun.

Mi confusion fué estrema, y me ví próxima á llorar.

—Vamos, vamos, añadió Julieta riendo; busquemos tus hábitos pues quiero que te los pongas. Yo estaria muy fea á tu lado con mis tocas y mi saya negra, y te tendria envidia.

—Qué loca eres! la dije abrazándola.

Y empezamos á dar vueltas por la alcoba sin encontrar mis hábitos, pero cuando Julieta empezaba á impacientarse llegó Mad. Genlis y nos esplicó lo que habia sucedido. Parece que la criada habia vertido el aceite de un velon sobre mis hábitos yendo á limpiarlos, y Mad. Genlis habia ido á llevarlos á casa de un quita-manchas. La madre de Julieta queria despedir á la criada, que se obstinaba en negar su falta; pero Julieta, siempre buena é indulgente, suplicó tanto á su madre que ésta al fin perdonó á la sirviente.

Julieta y yo quedamos solas.

—Vamos, me dijo mi compañera con su dulce bondad y su jovialidad natural: está de Dios que solo tú has de estar linda. Yo tendré el aspecto de una severa matrona, á quien se ha confiado una bella pensionista. Te mirarán, y yo diré gravemente: «bajad los ojos, señorita.»

—Pero si yo salgo asi, no puedes tú hacer lo mismo? la dije yo con tono suplicante.

—Oh! no, respondió Julia; si llegara á saberse en el convento se me castigaría cruelmente. Tú eres rica y te se perdonará; pero yo....

—Estamos á mil leguas de Tolosa y nadie lo sabrá.

—No me atrevo, no me atrevo.

Tanto supliqué á Julieta, que al cabo consintió, y yo la vestí á su vez. Estaba hechicera: la flexibilidad de su talle se mostraba con toda su gracia; el fuego de su mirada y el encanto de su sonrisa animaban con una espresion de que yo no tenia idea, su rostro adornado por sus abundantes bucles; su vestido entreabierto, dejaba ver la morvidez y la blancura de su cuello rodeado, por una angosta cinta de terciopelo. Julieta me habia alabado y ella estaba mas linda que yo.

Asi que nos aviamos, salimos juntas, y encontramos mil personas que se dirigian á la romería de Santa Gabela. Muchas nos hablaron diciendo siempre á Julieta: «no venís á la romería con esa hechicera jóven? nos veremos en Santa Gabela, no es verdad?» Julieta respondia con embarazo: «No sé, me parece que no.» Yo la preguntaba por qué no decia francamente que podíamos ir.

—No me atrevo, me contestaba.

—Y por qué?

—Porque aqui no se piensa como en el convento: si yo dijera gravemente que las mujeres consagradas á Dios no pueden tomar parte en semejantes placeres, se nos trataria de devotas y ridículas. Ademas seria censurar á todas esas jóvenes que van á la romería, y á sus madres que la llevan, porque van á una diversion honesta, por mas que á nosotras nos esté prohibida.

—Con que todos los placeres nos están prohibidos? dije yo suspirando.

—Oh! contestó Julieta con indiferencia, lo que es á mí me importan poco todas estas reuniones; ya sé lo que son. Si lo siento es por tí, que no tienes ninguna idea de ellas. Sí, añadió mirándome y sonriéndose dulcemente; comprendo tu curiosidad, porque es tan divertida una fiesta de aldea! y en verdad que si me atreviera....

—Me llevarias.

—Sola! esclamó Julieta. Oh! no.... es imposible; pero rogaria á mi madre que nos acompañara.

—A tu madre? Pero qué se diria si tu madre nos acompañara?

—Nada.... pero yo no me atrevo á hablarla...... Si tú quisieras decírselo.....

—No me atreveré tampoco.

—Estoy segura de que la complacerías mucho.

—Ah, no! dije yo: se creería quizá obligada á acceder; en mi posicion, una peticion semejante, seria quizá una exigencia....

Al parecer Julieta se resintió de esta reflexion: sin embargo me contestó despues de vacilar un instante.

—No estraño en tí ese escrúpulo, porque ignoras de tal modo los sentimientos del mundo, que no puedes pensar de otro modo; pero debes creerme, mas delicadeza hay en prestar ocasion de mostrar su reconocimiento al que ha recibido un beneficio, que en desdeñarse de hablar del beneficio mismo.

—Si asi es, yo le pediré todo lo que quieras; la diré que nos lleve á la romería.

—Y mi madre y yo te lo agradeceremos, porque tan bondadosa te mostrarás para con ella como para conmigo.

Asi que volvimos de nuestro paseo, Julia fué á decir á su madre que yo deseaba hablarla; como ambas estuvieron largo rato encerradas juntas, temí que Julieta hubiese hablado de mi peticion á Mad. Genlis, y que esta no quisiese acceder; pero la madre de mi compañera se mostró tan solícita en complacerme, que me convencí de mi error. Aquella escelente mujer hallaba tanto placer en satisfacer mis deseos, que comprendí cuánta razon tenia Julieta al decir que el solicitar el reconocimiento, es lo mejor que se puede añadir á un beneficio.

El baron escuchaba con asombro á su hermana, y aquella jóven, que

decia tener tan triste esperiencia del mundo, hablaba con una fé tan sencilla que Armando no pudo menos de sonreirse al oir esta última reflexion. Pero, decidido á no dejar entrever á su hermana los sentimientos que le inspiraba su relato, guardó silencio. La jóven se habia detenido, y merced á su silencio, se oia bregar la tempestad en torno de la casa; aquel contínuo y triste murmullo del agua acompañado por los dilatados gemidos del viento, parecia anticipar al baron la tristeza que debia inspirarle lo que iba á saber. Armando rogó á Carolina que continuase.

—Al fin partimos para la romería, dijo la jóven. Ah! qué hermosa jornada! Vos, hermano mio, ya sabeis lo que es una jornada en el Mediodia por otoño, en que la estacion es tan hermosa como la de la primavera. Entonces no se contempla la naturaleza activa y orgullosa que rompe su envoltura y estalla en verdes destellos: contémplase la naturaleza fatigada y lánguida que parece despojarse de sus adornos para dormir; no sopla entonces el aire tibio de mayo impreguado de las emanaciones fuertes y embalsamadas de las lilas y las madreselvas, sino el aire tibio y apacible de setiembre, impregnado del perfume etéreo que se exhala de los tréboles secos, de los rastrojos, de los frutos maduros, de las hojas que comienzan á amarillear sobre la tierra; no es aquello la sangre que hierbe, el pecho que se hincha, el corazon que quisiera gritar y llorar sin motivo; es la lasitud del alma, el pesar de haber perdido un pasado que no ha existido, el recuerdo de un sueño que no se ha realizado, las lágrimas que se agolpan á los ojos sin proceder de ningun dolor. No puedo esplicaros el encanto que esperimenté al hallarme en aquella vida desconocida para mí; si hubiera estado sola, me hubiera sentado al pié de un árbol para ver y oir, porque cada vez me ponia mas triste conforme me iba acercando á la romería. Estaban tan alegres cuantos pasaban á nuestro lado! Se llamaban y se apresuraban á llegar, porque aquella era la última romería del año y se acercaba el invierno, y no debian volverse á ver hasta la primavera. Aquella era mi primera romería, y debia ser la última; porque mi invierno no concluirá hasta la tumba, y hasta el cielo no habrá para mí primavera.

Los ojos de Carolina se arrasaron de lágrimas, y Luizzi la dijo:

—Llorais, hermana mia? Vamos, desechad esas tristes ideas, y esperad.

—Ved ahi lo que me decia Julieta al verme llorar, porque yo lloraba entonces como ahora, y no puedo esplicaros el vértigo repentino que se apoderó de mí. Esperimenté un movimiento indecible de cólera contra mi destino; todas aquellas personas que pasaban, unos cambiando en voz alta los nombres de hermano, de madre, de hijos; otros en parejas aisladas, y en cuyos labios se leian palabras que no se oian, el ruido contínuo y lejano de las orquestas, los gritos alegres de los bailarines, aquel movimiento, aquella vida, aquel tumulto, todo en fin, me aturdió y me embriagó: y yo que un

momento antes me dirigia tan pensativa y tan triste á aquella fiesta, así á Julieta por un impulso desconocido, y la dije: « Vamos, vamos á bailar. » Aquel era el vértigo del viajero colocado á la orilla de un torrente, al cual se precipita para correr con las olas que pasan, pasan, pasan sin cesar.

Al fin llegamos: habia mil juegos que yo miraba con ojos envidiosos; aderezos y trages con que me atavié con el pensamiento. Todo me causaba envidia: hubiera querido hallarme entre los campesinos que se disputaban, corriendo libremente, una cinta ó un encaje; hubiera querido sentarme á participar de una comida dispuesta sobre la yerba al abrigo de un sicomoro; hubiera querido bailar y cantar con las jóvenes esas canciones de nuestras montañas en las cuales se habla de la hermosura de las pastoras y del amor repentino de los cazadores que las encuentran; me hallaba bajo el imperio de un poder interior que me impulsaba hácia todo lo que veia. Apenas entramos en el corro del baile se nos invitó á tomar parte en este. Allí volví á ver á Enrique, al jóven á quien habia visto por la mañana en casa de Mad. Genlis; Julieta bailó con él y otro jóven me cojió á mi de la mano; yo no sabia bailar, pero se hubiera dicho que por una singular disposicion, imité fácilmente y á mi modo cuanto veia hacer; sucedió que me miraron mas que á las otras, se dijo junto á mí que era hermosa, y me creí feliz; aquella era una alegria vanidosa, aturdida, que me comunicaba viveza y no me admiraba. Mi razon habia desaparecido ya; y mujer consagrada á Dios, á la pobreza, y á la reclusion, alcé los ojos ante miradas ardientes, y el alma ante los triuufos de la vanidad. Concluida la contradanza, se acercó á mí Enrique, y á mi vez me invitó á bailar. Aun no me habia repuesto de la emocion producída por aquel primer ensayo, cuando fué á buscarme Enrique; la música dió principio, pero el baile no era el mismo. Enrique rodeó mi cintura con uno de sus brazos, y me arrastró consigo haciéndome dar vueltas con rapidez. Tal fué mi sorpresa, que al principio me dejé llevar cerrando los ojos; pero me pareció que poco á poco se iban arreglando mis pasos al sonido de la mùsica, y abrí los ojos para ver donde me hallaba. La sensacion que entonces esperimenté es indecible; me ví arrebatada en un círculo inmenso con una rapidez espantosa, mil rostros pasaban fugitivos á mi lado; un aire ardiente se deslizaba en mi pecho, y yo sentia volar mis vestidos en torno de mí como azotados por un viento que sopla á flor de tierra; mi cabello huia de mis sienes como para dejar libre todo mi rostro á los ojos cuyas miradas, que como relámpagos se encendian y se apagaban en seguida, no me era dado ver. Mi mano asía el hombro de Enrique, sobre cuyo brazo se apoyaba todo mi cuerpo; mi corazon latia, mi pecho jadeaba, mis labios se estremecian: y mis ojos se cerraron hasta el momento en que tropecé con los de Enrique, cuyo rostro estaba junto al mio, cuyo aliento abrasaba mi frente, cuyas miradas penetraban en mi seno. Mi fascinacion no se puede concebir ni esplicar; hubiérase dicho que el aliento de Enrique me elevaba

de la tierra, y noté que me hallaba sujeta á aquel hombre por una fuerza invisible. Ya no sentia el sosten de su brazo; me parecia dar vueltas alrededor de sus miradas, y que para separarnos era preciso cortar alguna cosa en-



tre nosotros. Tuve miedo y frio; se paralizó mi corazon, se desvaneció mi vista, y caí en sus brazos.

Cuando volví en mí, me hallé al lado de Mad. Genlis, que me decia: «Es una imprudencia hacer valsar tanto á una niña que no está acostumbrada.

Valsar! yo habia valsado! Yo solo conocia de aquel baile el nombre proscripto en el convento. Me refugié al lado de Mad. Genlis, como el niño que ha cometido una falta y se refugia al lado de su madre; pero Mad. Genlis me dijo con frialdad que procurase dominar mi emocion; conocí que no se me protegia, y me eché á llorar; al punto fuí objeto de una curiosidad que me avergonzó, y me indigné de mí misma, y me atreví á alzar la vista á mi alrededor, y entonces vi con cuanta facilidad conllevaban aquel placer que me habia abrumado los que estaban acostumbrados á él, y la tristeza volvió á apoderarse de mí. Pero mi tristeza se trocó muy pronto en una dulce melancolía, durante la cual, por decirlo asi, me hallaba separada de mí misma. Rehusé bailar, pero miré valsar. El aspecto de aquella alegria hacia vibrar en mí la sensacion dulcificada de las delicias que acababa de esperimentar, y en la cual bañaba sonriéndome el alma. Pero cuando Julieta me reemplazó en los brazos de Enrique, esperimenté una curiosidad inquieta y casi celosa: bailaba con una ligereza, un desahogo, un abandono, que dudé que yo hubiese podido parecer tan seductora como ella á los ojos de todos, y sobre todo á las miradas ardientes de Enrique, que parecian perderse en las miradas animadas de Julieta; y cuando mi compañera y amiga volvió á mi lado, repartió en torno suyo un perfume de alegria y de triunfo que me oprimió. Volví á ponerme triste, olvidé la fiesta y el baile, y pensé en vos, hermano mio.

—En mí! esclamó et baron.

—Sí, en vos, Armando; en vos á quien hubiera querido hablar como ahora os hablo; en vos, á quien hubiera querido decir: Arrancadme del convento, de la tumba, de la desesperacion, para ir..... no hubiera sabido deciros á donde .... pero conocí que me habia desterrado de una vida cuyas primeras sensaciones acababa de esperimentar; y sin conocerla aun, casi odié la prision que me iba á separar para siempre de aquella vida.

Llegó la noche, y Enrique se brindó á acompañarnos: dió el brazo á Mad. Genlis, y partimos detrás Julieta y yo. Sea que mi amiga no adivinase un sentimiento que yo misma no pódiá comprender, sea que su amistad tan sincera la hiciese perdonar mis injustos caprichos, estuvo conmigo mas afectuosa que nunca.

—Ya te lo habia anunciado yo, me dijo; tu triunfo ha sido completo.

—Le dejo á las que han sabido merecerle hasta el fin, contesté.

—No, repuso Julieta con afectuosa sonrisa; tú has hecho lo que los héroes de las novelas caballerescas, que toman parte en la lucha para arrebatar el premio á los mas valientes, y despues miran desdeñosamente la lid en que los demas combaten.

—Yo no creia poder glorificarme de una victoria tan alta.

—Y sin embargo, el vencido está delante de tí.

—Quién es?

—Ese pobre Enrique Donezau, que daria cualquiera cosa porque nosotras fuéramos delante de él aunque no fuera mas que para vér de noche la sombra de la hermosa hada que le ha encantado.

—Calla, Julieta, dije yo, sintiendo palpitar mi corazon como si se hubiese derramado en él una esperanza demasiado grande para él; calla, que te equivocas.

—No seas niña: ignoras que yo no he vivido siempre en un convento, que he visto amar..... que he amado acaso, y que no me equivoco? Enrique te ama: su amor es una de esas pasiones súbitas que se inflaman como el relámpago en el cielo.

—Y que como él se apagan, no es cierto?

—No; pero que caen sobre un corazon como el rayo sobre una pacífica cabaña y le reducen á cenizas.

El tono de Julieta y la eleccion de las palabras que empleaba me sorprendieron y me turbaron.

—Has esperimentado tú todo eso, la dije, para hablar asi?

—Hay mas de una escuela para aprender esos secretos me contestó. Yo he vivido hasta hace poco tiempo con mi madre, y piensas tú que el fastidio no me ha hecho algunas veces leer los libros que oia elogiar todos los dias?

—Y has aprendido en ellos lo que es el amor?

—No, me respondió: nadie ha pintado fielmente lo que pasa en un corazon que comienza á amar; tan abundantes y diversas son las emociones del amor! Pero esos libros dan á entender algunnas veces lo que se esperimenta: dán un nombre al dolor ó á la alegria en que nos complacemos en vivir, y ese nombre es verdadero; es un perfil incompleto que nos recuerda un rostro conocido, es una sílaba de una palabra por concluir: el amor no nace, el amor despierta solamente, y Dios le ha puesto en el fondo de nuestro corazon, al lado de su imágen, eterno y poderoso como él.

—Oh! hermano mio! cuán dulcemente resonaba á mi oido aquel lenguaje! Yo no comprendia su sentido, pero vibraba en mí como esos sonidos lejanos cuya melodia huye, pero cuya dulzura nos embriaga. No respondí porque temí responder, y cuando llegamos hubiera querido estar sola; hubiera querido hallarme en mi celda, donde hubiera podido velar y meditar sin que nadie me mirase.

La mañana siguiente, recorrí con la vista los estantes de la biblioteca de Mad. Genlis, como tratando de adivinar cuál de aquellos libros podria esplicarme lo que mi corazon sentia. Pero no me atreví á pedir ninguno á Julieta, que habia recobrado su aire indiferente ó resignado, ni á su madre,

para quien todos aquellos tesoros del talento y del corazon no tenian mas valor que el producto que la reportaban. Tampoco me atreví á ocultar ninguno de ellos escogiéndole al hazar; pero hallé uno olvidado en la alcoba de Julieta.

Luizzi tembló en la incertidumbre de cuál podria ser aquel libro dejado de intento á disposicion de Carolina, porque creia adivinar que, sea por ligereza, ó sea por seduccion, Julieta habia empleado todos los medios para estraviar un corazon inocente; mas al cabo se tranquilizó, y hasta creia que sus sospechas podian ser injustas, cuando la jóven le dijo bajando la voz: era un tomo titulado *Pablo y Virginia.*

Luizzi respiró, y dijo sonriéndose:

—Y le leísteis?

—Sí, y conocí que Julieta me habia dicho la verdad, ví que el amor no se muestra siempre al corazon por las mismas impresiones, pero que solo él nos dá esas diversas turbaciones que no tienen mas que un nombre. Conocí que el amor, nna vez despierto, ocupa todo el alma sea que haya crecido con los años ó sea que la haya invadido de repente. Leí aquel libro, y luego leí otros: me levantaba por la noche, mientras Julieta dormia profundamente, y devoraba aquellos libros á la luz de una lamparilla, muerta de frio, pero sin poder abandonar aquellas emociones desconocidas de que me hallaba sedienta. De este modo leí una tragedia de Shakespeare, *Romeo y Julieta.* Despues leí *La nueva Eloisa.*

—*La nueva Eloisa*! esclamó Luizzi.

—Sí, respondió Carolina; la leí desde la primera página, donde se dice que la que lea aquel libro será una jóven perdida. Luego, cuando Enrique iba por la noche, pues iba sin faltar ninguna, le veia hablar bajo con Julieta, y sabia que hablaba de mí, porque Julieta me decia que Enrique no se atrevia á manifestarme el amor que le abrasaba. Yo creia que me amaba como yo le amaba á él, pues mi aspecto le turbaba y enmudecia, y no se atrevia á mirarme ni á hablarme; y esperimentaba, en fin, lo mismo que yo sentia.

El dia de nuestra vuelta al convento se hallaba ya próximo. No diré que yo le veia con terror acercarse, no; porque era una esperanza para mí. Aquel sentimiento que carecia de espansion y de soledad, que no podia hablar, y que no tenia donde meditar; aquel amor, cuya confesion asomaba á mis labios y me era preciso ahogar; la presencia de Enrique que me oprimia el coraron sin hacerle estallar, todo aqnello, en fin, era un tormento insoportable. El mudo que carece de voz para pedir socorro cuando se halla próximo á perecer, el nadador á quien faltan las fuerzas cuando ya casi toca á la orilla con la mano, deben esperimentar un snplicio semejante al que yo esperimentaba todas las noches cuando Enrique se acercaba á mí y me hablaba con una turbacion tan penosa como la mia. Yo invocaba la soledad

del convento como término de aquella lucha interminable, cuando, la mañana de mi partida, encontré en un libro que leia una carta con sobre dirigido á mí. No la leí, porque adiviné que era de Enrique á quien determiné devolverla. Pero Enrique no vino, y Julieta no se atrevió á dársela á su madre para que so la entregára.

—Puedes desdeñarle, me dijo mi amiga, pero sería una crueldad mostrarle tu desden de ese modo: eso seria impulsarle á un acto de violencia, ante el cual no retrocederá una pasion como la suya. Bastará que no le contestes.

—Y le contestásteis? preguntó Luizzi.

—Ay! respondió Carolina: para no contestarle era preciso no haber leido aquella carta: no sé como fué que la mañana siguiente al tomar de nuevo mis hábitos, no sabiendo qué hacer con aquel papel, le guardé en mi seno y me le llevé. Ah! el cilicio que yo habia visto á nuestras austeras reclusas ceñirse algunas veces en su penitente entusiasmo, no debia abrasar ni desgarrar tanto como aquel papel colocado sobre el cutis de mi seno. Esplicar el combate que sostuve durante nuestro viaje, deciros las veces que llevé la mano á mi pecho para arrancar de él aquella carta que me devoraba, y las veces que la dejé caer sin fuerza como si hubiese ido á arrancarme el corazon, seria mostraros una locura de que me avergüenzo, y que aun no está curada.

De este modo llegué á Tolosa casi decidida á no leer aquella carta: pero una cosa estraña me hizo perder todo mi valor. A mi reaparicion en el convento, escitó tal admiracion el cambio verificado en mi rostro, tal compasion escitaron mi palidez y mi aire de sufrimiento, que ya no dudé del poder de un amor que con tanta rapidez habia alterado los principios de una salud buena y de una vida tranquila. Me atreveré á deciros que porque todo me mostraba que llevaba en mí un mal devorador, me fué imposible resistir á la idea de irritar aquel mal que formaba y destruia á la vez mi vida? Llegada la noche, me encerré en mi celda y leí la carta.

—Y contestásteis? dijo Luiazi.

—Vos mismo la leereis, hermano mio, asi como todas las demas; tambien leereis mis contestaciones.

—Las poseeis? repuso el baron.

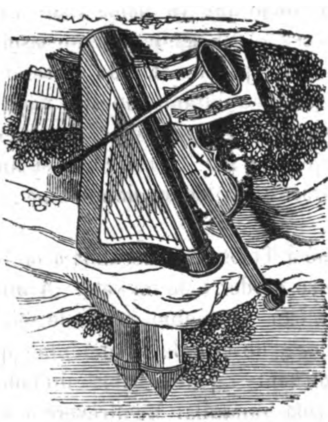
—Vedlas aqui, dijo Carolina entregándole un paquetito guardado en una bolsa de seda; ellas os dirán lo que me precisó á contestar á Enrique y la causa de que mis propias cartas hayan vuelto á mi poder. Las he conservado, no como una esperanza, sino como un remordimiento, porque ellas me dicen cada dia cuán calpable y desventurada he sido.

—Luizzi tomó las cartas y se preparaba á leerlas, cuando le detuvo Carolina, diciéndole:

—Esperad, dentro de un instante las leereis: cuando yo no me halle en

vuestra presencia. Voy á ver al pobre herido; voy á pedir á Dios que me perdone el amor que ha ardido en mi corazon, y cuya llama no se ha estinguido aun, como acabo de esperimentar.

Hé aquí lo que leyó Armando.





XII.

Correspondencia.

DE ENRIQUE A CAROLINA.



ERDONAD si se atreve á escribiros quien no se ha atrevido á hablaros. Ah! cuando me hallaba en vuestra presencia, me sentia tan turbado, temblaba de tal modo, que nunca tuve fuerzas para dirigiros una palabra que vuestra severidad hubiera rechazado. En este mismo instante, cuando me figuro que esta carta llegará á vuestras manos, que la arrojareis quizá con desden ó que la leereis con indignacion, vacilo en la creencia de que no podré soportar tales pruebas de vuestro desprecio ó de vuestra cólera, me detengo y tiemblo todavia. Y sin embargo, no tengo, por otra parte, valor para aceptar la desesperacion de toda mi vida sin haber procurado sustraerme á ella. Yo os amo, Carolina: esta palabra que no debiera escribir y que debe irri-

taros, esta palabra, repito, se me ha escapado como el ay de un dolor que no puedo dominar, y que vos no podeis concebir. Mas osado para con vuestra amiga, me he atrevido á hablarla de un amor que tal vez os parece una ofensa. Ay! queriendo arrebatarme toda esperanza, no ha hecho mas que acrecer la pasion que me enloquece; ella me ha dicho cuán aislada os encontrais en el mundo; ella me ha dicho con qué santa fortaleza y con qué noble resignacion sufrís vuestro aislamiento; ella me ha manifestado cuanta generosa bondad hay en vos; y yo, que os amaba ya por vuestra celestial belleza y por vuestra perfecta gracia, os amé tambien por cuanto hay mas noble y mas puro en la virtud. Entonces, no esperando nada de mí, esperé de vos. La santa compasion que os hizo acudir al socorro de Mad. Genlis escuchará tal vez un instante los lamentos de un desgraciado. Todos los dolores no existen en la miseria, y vos perdonareis al que os ama, como Dios perdona al que sufre. Pero si vuestra alma generosa y noble os inspira ese perdon hácia una falta que solo á mí me atormenta, ¿cómo podré saberlo? Quién me dirá que no os he ofendido? Ah! perdonadme; pero es preciso que yo lo sepa; es preciso que una palabra vuestra me lo diga, ó es preciso que mi vida termine. Conozco que si hubiera tenido ánimo para callar, hubiera guardado toda mi vida en el fondo de mi alma la desesperacion de un amor ignorado; pero ahora, ya que he hablado, necesito saber si he sido en esceso culpable. Bastará vuestro silencio á demostrármelo. Si dentro de ocho dias nada me ha indicado que no me he hecho acreedor al desprecio de la que respeto como á la imágen de los ángeles en la tierra, no volvereis á oir hablar de mí, porque la tumba es muda y la desesperacion tiene en ella un asilo contra el desprecio.

ENRIQUE DONEZAU.«

Luizzi tuvo ganas de reir al terminar la lectura de esta carta, que le pareció neciamente ridícula. Aquel mozo que desde luego hablaba de la tumba como de un asilo preparado en que se iba á guarecer ni mas ni menos que si se hubiese tratado de abrir su paraguas para guarecerse de un chubasco, aquel mozo, repetimos, le pareció un pobre seductor á menos que no estuviese verdaderamente enamorado, porque nuestro baron sabia que en punto á locas imaginaciones y á énfasis sentimental, el amor verdadero es estremado; luego consideró que si la seduccion habia conseguido imitar el lenguage del amor verdadero hasta en sus mas culminantes exageraciones, el seductor no dejaba de ser diestro. Recordó tambien que aquella carta no estaba destinada á una mujer de mundo, á quien la buena salud de todos los que hubieran debido morir por ellas, responde de la vida de todos los que dicen que quieren matarse; mas sí era dirigida á una jóven reclusa que no podia precaver la mentira y que, en el relato que acababa de hacer, habia demostrado con cuanta facilidad se exaltaba su imaginacion. Paso, pues,

á la segunda carta; pero notó que habia dejado por leer una postdata que habia en la de Enrique, y que decia:

«He hablado al jardinero del convento á quien podeis confiar lo que querais, segura de que me lo trasmitirá fielmente.»

Al leer este párrafo, el baron tarareó mentalmente: *Niño amado de las damas*, etc, y las *Visitandinas* (1); y, exhalando un gran suspiro al considerar lo que iba á saber, tornó á la lectura de las cartas, murmurando con tono de alarma: Ah! dignaos escusarme el resto! *siempre Visitandinas.*

Hé aqui la respuesta de Carolina:

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«Por qué os he de despreciar, caballero? Yo no tengo derecho á mirar como una falta un sentimiento que en el siglo conduce á vínculos legítimos; si en la posicion en que me hallo habeis podido ofenderme, es porque sin duda no se os ha dicho que he renunciado á toda esperanza que no sea la de consagrarme al servicio de Dios. Os perdono pues, y si este perdon no basta á daros valor para vivir, sabed tambien que no todos los dolores habitan en el siglo, y que el silencio del cláustro los oculta bien crueles.

CAROLINA.»

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«He recibido vuestra carta, Carolina. Sí, sois santa ante Dios, pues habeis compadecido á un insensato! Y sin embargo padeceis; con que lloran los ángeles? Oh! vos que con una palabra habeis dominado la desesperacion de mi alma y la habeis calmado, vos quizá vivís desconsolada! Ignoro cuales son vuestros dolores, Carolina; pero si alguien que no seais vos misma puede hacerlos cesar, no olvideis que en el mundo hay quien solo por vos vive y que por vos sola vivirá. Perdonad mi loca suposicion, pero si me fuera dado creer que los votos que muy pronto vais á pronunciar os han sido dictados por la tiranía de vuestro tutor, ó la de las personas que os rodean, creed que sabria libertaros. Quizá me equivoco, pero no puedo suponer que tantas gracias y tanta hermosura deban ser sepultadas en un claustro. Solo la desesperacion ó el remordimiento se esconden en esos oscuros asilos; la virtud misma deja de brillar en todo su esplendor cuando ahí se refugia; ahí no desempeña su mas noble mision, que es la de guiar á los débiles y salvar con

(1) Canciones del género picaresco.—*Visitandines*, dice el original, es decir, monjas de la Visitacion ó Salesas, como traduce Capmany.

su ejemplo á los descarriados. Y vos, Carolina, que haríais amable la virtud con el amor ardiente que inspira vuestra hermosura, vos, á quien el cielo debe la felicidad en cambio de todo lo que podeis dar, viviréis desconocida de todos, escepto de mí, indiferente á todos escepto á mí? No, eso es imposible! Por fuerza hay un poder al cual no os atreveis á sustraeros, y que os impone ese horrible sacrificio. Oh! si fuese asi, si yo lo supiera y si yo no me hubiese equivocado, desgraciados de los que se atrevieran á violentaros! Conozco el tutor que dispone de vuestro destino; yo le veré, yo le interrogaré. No es ya mi dolor el que me desgarra, es el vuestro. Padeceis, asi me lo habeis escrito; tengo, pues, un derecho sobre vos..... Tengo derecho á protegeros, á salvaros quizá. Mi vida tiene ya su objeto; soy dichoso, me siento lleno de orgullo.... fiad en mí.

ENRIQUE.»

—Hum! murmuró el baron para sí despues de leer esta carta; hé aqui un mocito que no se anda por las ramas; miedo me da leer la contestacion de mi pobre hermana, que debe tener uno de esos corazones de religiosa que á fuerza de impregnarse en el amor de Dios se encienden en cuanto la menor chispa de amor humano los toca.

Luizzi, mientras hacia estas reflxiones, recorrió la postdata de la carta de Enrique; era bastante insignificante.

«Adjunta, decia, hallareis una carta de Mad. Genlis para su hija. Os la envio á fin de que no sufra el exámen de la superiora.»

Luizzi siguió adelante, y leyó la contestacion de Carolina.

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«Caballero: si vuelvo á escribiros, si cometo una nueva falta, es para reparar la que cometí contestándoos. Soy libre, y con entera libertad tomaré el velo. Escusad, pues, todo paso que pueda hacer creer que no estoy contenta con la suerte que me espera. Nunca he esperado otra, ni la quiero tampoco.

SOR ANGÉLICA.»

«P. D. Adjunta hallareis la contestacion de Julieta á su madre.»

—Hé aqui una contestacion perfectamente esplícita, se dijo Luizzi; tengo gana de ver lo que el tal Enrique halló que responder á tan formal despedida.

«Señorita: leed esta carta; no es ya la del insensato á quien un momento de alegría y de esperanza ha estraviado aun mas que su desesperacion; es la de un hombre honrado que os reclama el derecho de justificarse. Dignaos escucharme. Conozco tan bien como vos misma vuestra vida y vuestra posicion; sé que no teneis familia ni amigos, y que de nadie debeis esperar consuelo ni proteccion. Si, en tales circunstancias, habeis abandonado el mundo á una edad en que no se le puede apreciar, debí creer que buscábais en el claustro un refugio contra un aislamiento que no habríais querido hacer cesar. Pero, hallándoos desde la infancia bajo la direccion de personas que tienen un interés directo en haceros tomar una resolucion que les entregue vuestros bienes, he debido suponer que se os habia estraviado, que con amenazas y hasta con violencias se os habia inspirado una determinacion que só ya ha sido voluntaria. Esta sospecha me estaba permitida viéndoos sola en el mundo, cuando veo familias cuya autoridad no puede arrancar á sus hijos de empeños contraidos bajo el imperio de ideas hábilmente sugeridas, cuando veo que las lágrimas de una madre son impotentes para vencer la implacable codicia de esas mujeres que os gobiernan y que oponen á la desesperacion maternal una pretendida vocacion que muchas veces solo existe por el terror que ellas saben inspirar á las desgraciadas de quienes se han apoderado. He podido creer que á vos os sucedia lo que á tantas otras sucede; debí creerlo, porque vos me digísteis que el silencio del claustro oculta tambien dolores bien crueles. He interpretado mal vuestro pensamiento; sírvame mi torpeza de disculpa. Sois dichosa, y ese era todo mi deseo. Perdonadme si no he sabido comprender esa dicha. Las ideas que el siglo nos da se hallan tan distantes de las ideas que se os han inspirado, que no me comprenderíais tampoco si os hablara de la que en el siglo podria esperaros. No teneis madre, no teneis familia, Carolina: pero cuando una mujer ha dado al hombre á quien ama el sagrado nombre de esposo, encuentra á un mismo tiempo madre y familia. El presente es para ella dulce por la ternura de la que la ha adoptado por hija, por la felicidad que en torno de sí reparte; el porvenir es para ella hermoso, porque llegará un dia en que jóvenes existencias la pedirán el amor sagrado de madre y la tributarán el amor sumiso y respetuoso de la infancia. Amará y será amada. En estas palabras está toda la felicidad que Dios ha dejado en la tierra, y no os hablo del amor de aquel á quien hubiérais elegido; no os digo con qué constante adoracion os hubiera pagado la felicidad que le hubiérais dado. Es imposible, Carolina, que comprendais con qué orgullo os hubiera mostrado á los ojos de todos, diciendo: ved aqui la mujer mas bella, mas noble y mas pura de la tierra. Aun mucho menos comprendereis el encanto embriagador que existe en esa union

de dos almas confundidas en una misma vida, que sonrien la una á la otra y viven la una de la otra, dichosas por todo y en todas partes, sea que los dos tiernos esposos se dirijan alegres á un espectáculo brillante en el que se envidiara su felicidad, sea que se confundan juntos entre el placer de la multitud en una bulliciosa fiesta, sea que en la soledad se detengan juntos á meditar prestando oido á los ligeros rumores del campo, sea que tornen á la noche asidos del brazo confiándose en voz baja sus dulces esperanzas y sus pensamientos de cada instante, sea que se sienten junto al hogar al lado de su familia y sus amigos que los acarician, tranquilamente dichosos, rodeados de afecciones sinceras entre las cuales parece ser un secreto su consagrado amor, cuya magnitud solo ellos comprenden. Ah! en todas esas cosas hay una felicidad inefable á que el corazon aspira sin saberlo. Pero para comprenderla, para buscar en ella una esperanza que calme el tormento que se esperimenta, es preciso amar, es preciso rufrir, y vos no amais, y vos sois dichosa; es preciso ser el condenado que envidia la felicidad de los ángeles, es preciso ser yo y no vos. Adios, pues, Carolina, adios. Dios ha enviado los ángeles á la tierra para sembrar en ella la desesperacion y la muerte!

ENRIQUE.»

Luizzi hizo un gesto. Enrique le parecia un amante bastante ridículo, pero dotado de una razon bastante sólida. «Sin duda, dijo para sí, le parecia que una jóven linda, de talento, distinguida, era mejor para otra cosa que para monja.» Apresuróse á abrir la carta que seguia, á fin de ver la respuesta de Carolína; pero aun halló otra de Enrique fechada un mes despues de la que la precedia.

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Hace diez dias me entregó el jardinero un paquete con sobre á mí, y le abrí temblando de loca alegria, lleno de uña esperanza insensata. Contenia la contestacion de Julieta á la carta de su madre, que incluí en la última que os escribí dándoos mi postrer adios. Deciros que esperimenté una horrible decepcion, me es imposible: ví el cielo abierto, y se cerró de pronto dejándome en las tinieblas. Asi se debe sufrir al morir; pero no se muere siempre que se sufre asi. En cuanto se hubo calmado el delirio producido por mi dolor, envié á Mad. Genlis la carta de Julieta y quedé anonadado. En seguida me pareció que aquella carta que vos habíais tocado me pertenecia, y hubiera querido recobrarla á costa de mi sangre. Conocí que en ella se hablaba de vos, y si la hubiera tenido en mis manos, no sé si mi locura me hubiera estraviado hasta el punto de abrirla; pero no estaba ya en mi poder, y no pudiendo recobrarla quise saber su contenido. Fuí á Auterive, vi á

Mad. Genlis, y la pregunté por su hija. «Está buena y contenta» me dijo. No me atreví á hablarla de vos, pero al fin pronuncié temblando vuestro nombre, y me respondió estas solas palabras: «Me dice mi hija que la señorita Carolina está enteramente cambiada; dice que pasa las noches llorando, y los dias entregada á la oracion.» Me hago repetir esta frase y parto como un insensato. Corro á vuestro convento, y cuando estaba á punto de llamar á la puerta de vuestra prision, recordé que entre nosotros habia muros impenetrables. Oh! yo hubiera roto con mi frente aquellos muros si asi os hubiera podido salvar; pero un resto de razon me aconsejó que ocultase á los ojos de todos una locura por la que se os podria castigar. Vagué toda la noche en torno de la morada en que llorais y sufris. Escuchadme, Carolina, escuchadme: vos sufris, vos llorais, lo sé muy bien; solo vuestra posicion debe causar vuestras penas. Osad fiar en el honor de un hombre que jamás ha faltado á su palabra, y os salvaré; luego..... nunca volvereis á oir hablar de mí. Estaré equivocado? Procederán vuestras lágrimas de un dolor semejante al mio? Amareis y os vereis separada del objeto amado? Pues bien, Carolina, si es asi, decidmelo. Decídmelo, y aquel á quien amais será mi hermano; yo le buscaré, yo le hallaré, yo venceré todos los obstáculos, yo os reuniré y despues no me volvereis á ver. No volvereis á verme asi que seais dichosa..... Huiré lejos de vos, porque odiaré demasiado al que os haya dado aquella felicidad. Una palabra, una palabra de compasion, Carolina! Oh! fiad en mí; el amor es tambien una religion que tiene sus mártires, que saben sacrificarse al culto á que se han consagrado. Quedo esperando, no lo olvideis, y si no recibo contestacion vuestra, no respondo de lo que podré hacer; tened compasion de mí, y tenedla de vos misma.

ENRIQUE.»

Luizzi se rascó la oreja al terminar esta carta.

—Este es un amor de temple meridional, se dijo: ó yo no lo entiendo, ó aqui hay un gascon superlativo. Sin embargo, añadió, los periódicos están llenos de relaciones de suicidios amorosos, de crímenes amorosos, de atrocidades amorosas. Es preciso confesar que esos caracteres existen. Seguramente ese Enrique, que ne es otro que el subteniente que han traido aqui herido, debe ser, segun lo que ha dicho el tio Brunó, un valiente soldado; esa cualidad generalmente suele suponer un hombre de bien. Pero veamos, porque es posible que yo me equivoque.—Y continuó su lectura.

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«A qué volverme á escribir, caballero? Por qué me perseguis en mi

dolor? Dejadme con mi infortunio. Todas vuestras suposiciones son falsas. No, yo no amo. Si amára, qué seria de mí, Dios mio!!

CAROLINA.

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Vos amábais, Carolina, no me engañaba; la última palabra de vuestra carta me lo ha demostrado. Permitid ahora al amigo á quien se lo habeis confiado, que conteste con frialdad á la triste pregunta que os haceis. Si amára, qué seria de mí, Dios mio? decís. Ignorais, pues, que sois libre, y que el cruel aislamiento en que os hallais tiene al menos la ventaja de que sois dueña de vos misma? En la edad á que llegais, debe daros cuenta de vuestros bienes vuestro tutor; no tardareis en poder disponer de ellos lo mismo que de vuestra persona, sin consentimiento de nadie. Las soberanas del convento en que os hallais no lo ignoran, y sabrán hacéroslo saber el dia en que puedan amoldar á su provecho vuestra voluntad. Preguntais qué seria de vos, Carolina: seríais la esposa honrada y querida de aquel á quien amáseis, la santa madre de familia que reparte su amor en torno de sí como un dulce calor que hace brotar tiernas virtudes: seríais la dueña absoluta de un corazon que se haria vuestro esclavo; seríais la alegria y la honra de una nueva familia, el modelo de las gracias mas perfectas, el objeto de la admiracion y el respeto de todos; seríais todo lo que Dios quiso que fuéseis. Ved aqui el destino que tanto os espanta; el destino que es vuestro si os atreveis á aceptarle. Pero tiemblo temiendo haber añadido un nuevo dolor á vuestros sufrimientos dejándoos entrever la felicidad. Si no os atreveis á ser de aquel á quien habeis elegido, será, pues, porque sea indigno de vos? será que él no os ame? Estas dos suposiciones son igualmente locas. Vuestro corazon no me permite dar fé á lo uno, y el mio me dice que lo otro es imposible. Qué es, pues, lo que tanto os hace sufrir? Cuál es el secreto que me ocultais? Oh! decídmelo, Carolina; os amo bastante para saber que amais á otro y para uniros á él y salvaros aunque debiese yo morir.

ENRIQUE.»

—A fé mia, pensó Luizzi, que este señor es necio ó sagaz hasta dejarlo de sobra; ó no adivina nada, ó quiere absolutamente que se lo digan todo. Veamos la respuesta de mi pobre hermana.

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«Enrique, salvadme!»

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Me amais! era yo! Me amas, Carolina.... Oh! déjame arrodillarme á tus piés.... déjame darte las gracias y adorarte. Oh! quisiera deciros la felicidad que me ha hecho sentir esa palabra que me ha abrasado y anonadado; he cerrado los ojos, he vacilado, he creido morir.... Luego he caido de rodillas llamándoos con todas mis fuerzas: Carolina! Carolina! oh! sereis dichosa puesto que habeis fiado en mí, yo os lo juro.... Sereis dichosa para que yo pueda vivir; porque vuestra felicidad será el alma de mi vida, será el corazon de mi corazon, que cesará de latir ante una de vuestras lágrimas. Hoy nada mas puedo deciros.... mi cabeza se trastorna..... Lloro en este instante..... tiemblo.... dudo.... tengo miedo..... Es verdad que me amais?»

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«Sí, Enrique, os amo; os amo porque habeis compadecido á la pobre niña aislada y triste; os amo por la noble bondad de vuestra alma..... Sin duda os amo tambien porque Dios lo ha querido, porque ya os amaba antes de todo eso....»

A contar desde estas dos cartas, lo restante era una correspondencia amorosa en que Enrique y Carolina se mostraban su corazon. Ingénuas confidencias de la una, sueños exaltados del otro, esperanzas sinceras, deseos locos, todo lo que constituye la conversacion del amor; manantial inagotable y abundante que comienza á secarse el dia en que se empapan en él los labios. Entre todos aquellos pensamientos que se remontaban al cielo se deslizaban sin embargo algunos que eran de la tierra. Enrique enseñaba primeramente á Carolina cuáles eran sus derechos; en seguida venian todas las medidas que convenia tomar para un rapto y una huida; á propósito de esto, habia una carta de Enrique verdaderamente admirable, en que el jóven confesaba su pobreza á Carolina, y una respuesta de Carolina que hizo agolpar las lágrimas á los ojos de Luizzi. La jóven pedia tan sencillamente perdon á Enrique porque era mas rica que él, que el baron estuvo á pique de creer en los sentimientos *vaudevillescos* del Gymnasio. Luego admiró la destreza; una vez establecida esta cuestion, con que Carolina se sacrificó porque no se tratase mas de ella. Se atrevió á pedir cuentas á Mr. Barnet y á hacer depositar en casa de Mad. Genlis las sumas procedentes de las rentas de su capital, desde que habia cumplido los diez y ocho años. En fin, de carta en carta, de billete en billete, llegó Luizzi al momento en que todo estaba preparado para la fuga. Enrique debia ir á esperar á Carolina á una puerta que el jardinero consentia en abrir. Armando creia llegar ya al desenlace; solo un billetito faltaba de leer, y no contenia mas que estas palabras:

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Me habeis engañado indignamente; os devuelvo vuestras cartas, nada quiero de vos que pueda recordarme hasta qué punto ha llegado mi locura.

ENRIQUE.»



Luizzi quedó confundido y reflexionó largo rato acerca de tan singular desenlace. Luego llamó á su hermana, y la dijo contemplándola con compasiva curiosidad:

—Y no habeis sabido nada desde qne recibísteis este billete?

—Nada.

—No habeis vuelto á ver á Enrique?

—Hoy le he visto por primera vez desde que estuve en Auterive.

—No sabeis quien ha podido calumniaros á sus ojos?

—Lo ignoro.

—Pero y Julieta?

—Oh! no! Julieta no ha sido; tampoco ella le habia vuelto á ver. Julieta ignoraba hasta mis proyectos, porque yo, desde que me habia hecho culpable, no me sentia con fuerzas para ruborizarme en presencia de tanta resignacion y virtud. No quise hacerla cómplice de mi falta, porque su amistad no hubiera consentido engañarme, y su conciencia le hubiera reprendido amargamente su debilidad. Por lo demas, ya habeis podido ver el secreto que Enrique me encomendaba.

—Pero cómo estais aqui?

—Llegada la noche en que debia marchar con Enrique, hui de mi celda y atravesé el jardin, temblando y apenas sin poder sostenerme; la noche era muy oscura, y todo dormia en el convento. Al fin llegué á la puerta fatál. «Y bien! dije al jardinero.—Mr. Enrique ha venido, me contestó, pero se ha ido en seguida despues de haberme entregado este paquete y este billetito» Yo pensé que algun obstáculo imprevisto habia retardado la ejecucion de nuestros proyectos. Pregunté al jardinero si debia volver Enrique la noche siguiente; pero nada habia dicho. Hubiera yo querido leer aquel billete á fin de asegurarme de lo que ocurria, pero no tenia luz, y ni aun en mi celda la habia. Al fin, pasé á la capilla que se hallaba próxima á la puerta del jardin, y á la luz de un cirio que ardia junto á una reliquia de San Antonino, leí esas palabras terribles que me destrozaron el corazon de tal modo, que caí al suelo sin sentido. Cuando volví en mí, me hallé tendida sobre el pavimento de la capilla. Desperté como de un sueño horrible sin saber por qué estaba en aquel sitio, y sin acordarme de lo que habia sucedido. Cuando hube reunido mis recuerdos, esperimenté un dolor tan grande, que si la santidad de aquel sitio no hubiera hablado á mi alma, hubiera despedazado mi cabeza contra las losas, como se habia despedazado mi corazon. Volví á mi celda sosteniéndome con dificultad, y pasé el resto de la noche en una desesperacion sombría en que mi alma se perdia, sin resolucion para vivir ni para morir. El dia, trayéndome la luz, me mostró, por decirlo asi, el camino que debia seguir. Desde que pude ver aquella morada donde tanto habia amado, tanto sufrido y tanto esperado, me sentí sin fuerzas para habitarla por mas tiempo, y, al cabo de alguuos dias, habia obtenido permiso de la superiora para ir á una de las casas centrales de las hermanas de la caridad. En Evron era donde debia terminar mi noviciado, y vine sola, trayendo conmigo mi secreto y mi desesperacion. Diez meses hace

que paso mi vida entregada á los mas rudos trabajos, destinada al hospital de Vitré, asistiendo á los enfermos, esperando que el aspecto del dolor de los demas calmará la intensidad del mio. Pero en vano ambiciono esos dolores del cuerpo bajo cuyo peso veo sucumbir á tantos hombres. Venia aqui á desempeñar los santos deberes á que me he consagrado, cuando he vuelto á ver al que ha matado mi vida, porque yo no vivo ya, hermano mio, ya no espero.

—Esperad, Carolina, dijo vivamente Luizzi, porque en todo esto hay una horrible maquinacion que yo descubriré.

—Hermano mio, qué quereis hacer?

—Veré á Enrique y le interrogaré.

—Ay! quizá no sea ya tiempo.

—Eso es lo que voy á ver.

Y Luizzi entró en el cuarto donde velaba aun el tio Bruno.

—Señor Bruno, dijo el baron, hay aqui alguien que pueda conducirme al sitio donde se oculta la partida de Bertrand?

—En otro tiempo yo hubiera podido guiaros, contestó el tio Bruno; conozco todos los escondites de los facciosos y no hay uno que no hubiera en otro tiempo acertado; pero ahora que estoy ciego, no estoy seguro de no equivocarme.

El baron no pudo menos de sonreirse en vista de la singular proteccion del anciano, y del mentís que á si mismo se daba al mismo tiempo.

—Pero, en lugar de vos, no habrá quien me guie? Yo le gratificaré correspondientemente.

—Hum! respondió el ciego. Mateo es un rapazuelo que tiene en la punta de la uña los caminos; indicándole donde debe estar á estas horas Beltrand, os conducirá en derechura; pero seria esponeros ambos á un balazo, á menos que no fuéseis con alguien que respondiese de vos.

—Si vos me acompañárais, Carolina, dijo Luizzi volviéndose á su hermana.

—Yo! contestó la jóven ruborizándose, yo!.... Vaciló un momento y luego añadió con voz balbuciente: Qué podré yo para con esos hombres? Ya habeis visto que cuando he tratado de salvar á Enrique sin conocerle, nada he conseguido.

—Es verdad, dijo Bruno; pero tambien habeis visto que una palabra vuestra ha bastado para salvar al señor, á quien ya conocíais.

—No importa, respondió Carolina; renunciad á ese proyecto, hermano mio, no os espongais á algun terrible peligro por obtener una esplicacion que quizá solo me proporcionará un nuevo dolor.

—No olvideis, replicó Luizzi, que en ello va vuestro honor, y quizá tambien vuestra dicha.

—Es cierto eso? preguntó el tio Bruno levantándose; pues en ese caso, aqui estoy yo. Yo os acompañaré y Mateillo nos guiará.

—Pero no veis que os esponeis vos mismo al peligro con que hace un instante me amenazábais? dijo Luizzi.

—Es muy diferente. Entre Bertrand y yo hay cosas que me responden de su prudencia.

—Pues eso no ha librado á vuestro hijo de las violencias del gefe de los facciosos.

—Bertrand no disparó el tiro ni tampoco le mandó disparar. Sor Angélica, solo una cosa os pido y es que seais caritativa y buena para con los pobres. Es verdad que vuestra dicha depende de que el señor halle la partida de Bertrand y vea al prisionero?

Carolina vaciló, y luego respondió bajando la vista:

—No puedo oponerme á la voluntad de mi hermano, y si quiere absolutamente ver á Enrique....

—Sí, hermana mia, sí, lo quiero. Considerad tambien que Enrique se halla entregado sin defensa á hombres que pueden hacerle pagar con la vida el valor que ha mostrado para con ellos. Se trata tambien de salvarle á él.

—Pues salvadle, hermano mio, y Dios os proteja!

—Cuándo podremos partir? preguntó Luizzi.

—Cuanto mas pronto mejor, contestó Bruno; tardaremos el tiempo que se tarde en despertar á Mateo y hacerle vestir.

—Oid, dijo una voz que partió de la cama que ocupaba el estremo de aquella pieza:

Luizzi y su hermana se acercaron, y vieron á Santiago sentado sobre su cama.

—Oid, continuó, quiero dejar ir á mi padre y á mi hijo puesto que se trata del honor de sor Angélica. Cuando mi pobrecita hija que está durmiendo aqui estaba á la muerte, de las viruelas, sor Angélica vino á casa sin miedo de que se le pegasen, y pasó los dias y las noches junto á la niña hasta que consiguió salvarla. Quiero arriesgar por ella una vida ya que me ha salvado otra. Mateo irá, pues, con vosotros. En cuanto á vos, padre, vos sabeis lo que haceis y nada tengo que oponer á vuestra voluntad; pero es preciso, caballero, que nos deis palabra de que solo hareis uso en vuestro provecho de lo que vais á saber. Es preciso que me jureis ante Dios que no direis á nadie el sitio donde se oculta Bertrand, y que si los gefes de las tropas que ocupan el pais saben que habeis penetrado á donde se hallaban los facciosos, no les deis noticia ninguna que pueda guiarlos allá.

—Os doy esa palabra, contestó el baron, aunque me admira que me la pidais cuando habeis sido víctima de esos miserables.

—Esas son cuentas que arreglaremos Bertran y yo, dijo Santiago Na-

quiero que otros cobren la sangre que á mí me debe. Arreglad vuestros asuntos y dejad los mios, que yo los arreglaré cuando sea tiempo.

Mateillo estaba ya aviado un momento despues, y se convino que Carolina esperaria en casa de Bruno la vuelta de Luizzi, partiendo éste acompañado del muchacho y del anciano ciego. Hasta el amanecer, que estaba próximo, fué silenciosa la jornada. Los caminos eran encallejonados y era preciso seguirlos arrimándose á los espesos matorrales que habia á ambas orillas. Asi que amaneció, empezaron á encontrar campesinos que iban á trabajar á sus tierras; luego el movimiento se hizo mas activo y vieron los caminos irse poblando de las estrechas carretas del pais, tiradas, cuando menos, por tres pares de bueyes y cuatro caballos sujetos por tiros de inmensa longitud. En algunas partes, el deplorable estado de los caminos hacia necesario el empleo de fuerzas considerables para trasportar las menores cargas y arrancar las carretas de los barrizales en que se hundian; ademas los campesinos tienen una especie de orgullo en la cantidad de los caballos y los bueyes que pueden enganchar á una sola carreta para conducir algunos sacos de trigo al mercado.

Luizzi, ocupado en la importante mision que se habia impuesto, miraba todo aquello sin poner en ello mucha atencion; ni aun notaba el aspecto estraño de los campesinos que guiaban aquellos carruages, los cuales llevaban capotes de piel de cabra, gorro encarnado, del cual se escapaba su pelo desgreñado: calzaban zuecos y polainas que dejaban ver la desnuda pantorrilla, y su calzon estaba abierto por la parte esterior de la rodilla. La especie de canto dulce y monótono que acompaña casi siempre á la marcha de aquellos campesinos, no le distraia de sus reflexiones; sin embargo, llamó su atencion la manera con qua era saludado el tio Bruno en todos los encuentros.

—Hola! qué tal vá por vuestra casa? se le decia á cada instante. Cómo está Santiago de su brazo? Es de gravedad la herida?

El suceso ocurrido en la granja dos ó tres horas hacia era ya conocido de todos; cada cual se informaba con interés, pero ninguno hacia la mas mínima observacion para alabar ó vituperar la conducta de Santiago ni la de los facciosos. Sin embargo, Luizzi manifestó á Bruno la sorpresa que le causaba el que con tanta rapidez se hubiese propagado la noticia de haber sido herido su hijo.

—Eso no es estraño, respondió el bueno del anciano; quizá la mitad de los mozos que acabamos de encontrar serán de la partida. Despues de dar el golpe se encierran en sus madrigueras, y aunque vayan allá los gendarmes no haya miedo que sospechen nada.

—No comprendo eso, dijo Luizzi.

—Pues es fácil de comprender. Ya se sabe cuantos *sombreros y cabezas blancas* (hombres y mujeres) hay en cada casa: que los gendarmes llegan,

por egemplo, á la hora de comer y cuentan la gente? es preciso declarar los que están en el campo y los que están al mercado, y si falta alguno toman nota. Mas como los mozos al amanecer ya están en casa ó en el trabajo no hay medio de saber los que pertenecen á las partidas. Y esto es tan cierto, que con frecuencia se piden noticias de un golpe de mano á los mismos mozos que le han dado. Para descubrir á los facciosos seria necesario caer de repente en las casas durante la noche; pero los gendarmes no creen oportuno andar de noche por nuestros caminos.

—Entonces, dijo Luizzi, hallaremos á Bertrand en su casa.

—No tal; es muy conocido, y si alguna vez vá á casa, es despues de ponerse el sol; le encontraremos en la llanada con otros cuatro ó cinco que se vén obligados á ocultarse por la misma razon.

—Segun eso, repuso el baron, creeis que hemos encontrado algunos de los que anoche atacaron vuestra casa?

—Aun creo mas; apuesto que hemos hablado con el que disparó el tiro. Ya habeis visto ese rechonchillo que me dijo: «No tengais cuidado, que eso no es nada.»

—No fué él, abuelo, dijo Mateillo; yo sé quien fué.

—Y se lo has dicho á tu padre? le pregnntó Bruno sin admirarse del secreto que el niño habia guardado.

—Primero se lo diré con mi zueco á Luis el hijo de Chiquitin en cuanto le encuentre con el ganado.

—Ah! es Chiquitin? dijo el anciano con frialdad: hace tiempo que hubiera debido desconfiar Santiago. Pero tú, muchacho, tén cuidado con Luis, porque tiene dos años mas que tú; sacúdele sobre los ojos que es muy buen sitio.

—No tengais cuidado, abuelo, que ya estoy acostumbrado á señalarle.

Y sin inquietarse mas acerca de resultado que pudiera tener la camorra de su nieto, se detuvo Bruno como para registrar á su alrededor.

—Ya debemos estar cerca de la llanada, dijo.

—Sí, abuelo contestó Mateo.

—Entonces, busca á la izquierda, entre las retamas, un sendero. Bertrand debe estar en el agujero del puente viejo.

El niño encontró muy pronto el sendero, y Luizzi que veia estenderse delante de ellos una llanura de mas de una legua de diámetro, preguntó si faltaba mucho para llegar.

—Estamos á mitad de la llanada poco mas ó menos, contestó Bruno.

—Cómo! dijo el baron; con qué se esconden los facciosos en sitio tan desamparado?

—Mirad y vereis delante de vos, un poco á la izquierda, un altito; al pié de ese cerrillo está el puente viejo. Un centinela colocado en la cumbre y oculto entre las retamas domina fácilmente todo el llano. En este instante

sabe ya Bertrand que tres personas se dirigen á su madriguera. Nos espera, porque no somos mas que tres; pero si se le hubiese indicado un cuerpo de tropas estaria ya huyendo por la parte opuesta.

—Pero, y si se presentáran por muchas partes á la vez?

—Aunque vinieran por diez lados, poco le importaria, hay veinte senderos ocultos que salen del llano; los mozos se dispersarian y escaparian por medio de los soldados como una liebre por medio de dos cazadores. Solo hay un medio bueno de hacer la guerra á los facciosos.

—Y cuál es?

—Coger sus mujeres y sus hijos y llevarlos tranquilamente á la ciudad sin hacerles daño. Si viérais qué pronto se amansarian los pobres diablos careciendo de gobierno en su casa. Seria negocio de ocho dias. Irian corriendo á entregar sus armas y sus municiones por ver á sus familias, y una vez desarmados, se verian precisados á mantenerse quietos.

El tio Bruno se detuvo de pronto, y añadió en seguida:

—Escuchad! Habeis oido ese *huhu*? envian alguien á reconocernos.

Continuaron todos su marcha, y Luizzi notó que aquel terreno que a primer golpe de vista le habia parecido tan llano, estaba cruzado en todos sentidos por profundos arroyos, por hondas cortaduras hechas por las lluvias, y poblado de distancia en distancia de retamas, cuando menos de cinco á seis pies de altura. En el momento en que salian de aquellas ásperas malezas, vieron á Bertrand de pié delante de ellos, el cual les preguntó:

—Adónde se vá por ahí?

—Venimos á donde hemos llegado, contestó Bruno; te buscamos á ti.

—Pues ya que me habeis encontrado, decidme qué quereis.

—Este caballero te lo vá á esplicar, porque el asunto es cosa suya.

—Diablo! esclamó Bertrand: no le basta haberse librado de ir al fondo de la charca, como le hubiera sucedido á no ser por la intervencion de sor Angélica?

—Vengo todavia en su nombre, dijo Luizzi.

—Para salvar al oficial? preguntó Bertrand con tono sombrío.

—Para salvarle.

—Qué sor Angélica se mezcle en tales asuntos! dijo Bertrand con enfado. Tanto peor para vosotros por haberos metido en eso; tanto peor para tí Bruno, que te has metido tambien en ello. Has cometido una falta, pues has enseñado á un forastero el camino del puente viejo; es una traicion, y ya sabes como se pagan las traiciones.

—El motivo que trae á este caballero, respondió Bruno tranquilamente, no tiene nada que ver con la faccion: interesa solo á sor Angélica. Esplicaos, señor, y haced vuestro negocio.

Iba Luizzi á hablar, cuando Bertrand volvió á tomar la palabra, y dijo:

—Puesto que habeis querido ver el agujero del puente viejo, es preciso que le veais por completo ahora mismo; y, puesto que sois curiosos, voy á enseñaros un camino que ni unos ni otros conoceis.

En seguida Bertrand echó á andar, tomando una especie de foso que tenia bastanta agua. Como Luizzi vacilase en seguirle, Bruno dijo á este último en voz baja:

—Ahora no se trata de retroceder. Debe haber facciosos á derecha é izquierda de nosotros y quizá detrás, los cuales os acariciarán los riñones con una bala si tratais de haceros el remolon.

Luizzi se decidió á seguir adelante, y al cabo de diez minutos llegaron al lecho de un arroyo cuyas dos orillas habian estado otro tiempo enlazadas por un puente de dos ojos, uno de los cuales estaba aun entero, y bajo del cual habia ocho ó diez hombres reunidos en torno del fuego que habian encendido.

Apenas miraron á Bruno y su nieto, pero rodearon á Luizzi, murmurando entre sí.

—Es el espía de anoche.

Esta denominacion pareció de mal augurio á Luizzi. Sin embargo, no se habia decidido á dar aquel paso sin preveer que podia correr algunos peligros, y pareció no echar de ver el mal sentido de los facciosos.

Mateo se acercó á uno de los facciosos que permanecia algo retirado, á quien dijo con tono jovial:

—Buenos, dias, tio Chiquitin, cómo está Luisillo?

—Tal cual, contestó el faccioso.

—Estás ahí, Chiquitin? dijo Bruno con tono amistoso.

—Sí, tio Bruno. Y qué tal, cómo vá en vuestra casa?

—Asi asi.

Ni el niño ni el anciano mostraron la menor emocion al hablar, el uno al asesino de su padre y el otro al asesino de su hijo.

Por otra parte, Luizzi no vió nada que le anunciase haber sido conducido allí el oficial, y esperaba que Bertrand le interrogára. Este se sentó sobre un gran canto, apoyó los codos en las rodillas, y le dijó inclinándose al fuego:

—Qué es lo que quereis?

—Lo que temo no me podreis conceder: quiero ver á vuestro prisionero.

—Qué es lo que quereis decirle?

—Es un secreto entre él y yo.

Beltrand alzó la cabeza y examinó á Luizzi con aire de sorpresa; luego recobró su posicion, estendiendo las manos hácia el fuego, y dijo á uno de sus soldados

—Vete á buscar el herido.

Enrique apareció un momento despues, y Luïzzi le pudo mirar á su gusto. Era un hombre de veinte y cinco años apenas, de formas hercúleas, la cabeza pequeña, la frente deprimida y la barba negra, cuyo color debió ser sonrosado antes de que el mal le hubiese desfigurado.

—Podeis hablar juntos, dijo el faccioso. No os precipiteis, que os daremos tiempo para ello.

—Habeis venido para tratar de mi libertad, caballero? preguntó Enrique.

—No, contestó el baron; vengo á nombre de la persona que os ha conocido en casa de Santiago.

—De Carolina, llamada sor Angélica, que á falta de un apellido tiene dos nombres de pila: y qué es lo que quiere?

—Nada, caballero, dijo Luizzi indignado de aquella brutal grosería; pero tengo derecho á esperar de vos una esplicacion.

El militar miró á su alrededor con aire indiferente, y replicó:

—Una esplicacion aqui? El sitio no es muy cómodo; tengo el brazo en cabestrillo, pero es igual. Si estos campesinos nos dan un par de chismes bien aguzados, me teneis á vuestra disposicion.

—Me suponeis el mal gusto de pediros aqui, y en el estado en que os hallais, semejante esplicacion? replicó Luizzi con altivez.

—Pues en ese caso no tengo otra que daros, contestó Enrique volviendo la espalda.

Luizzi quedó absorto de sorpresa viendo el tono y las maneras de aquel hombre á quien por sus cartas se habia figurado un bello y melancólico jóven. Nada hallaba que decir despues de oir la brutal respuesta de Enrique, y quizá se hubiera alejado si este no se hubiera vuelto diciéndole con tono insultante:

—Pero ahora caigo: quisiera que me dijérais con qué derecho os mezclais en mis asuntos.

—Me mezclo porque vuestros asuntos son los mios, contestó el baron con altanería; soy el baron de Luizzi y Carolina es hermana mia.

Enriqué quedó como petrificado al oir esta revelacion, y cuando oyó á Luizzi añadir:

—Lo sé todo, caballero,—el subteniente prorumpió en terribles juramentos, esclamando:

—Pues bien! no importa que lo sepais todo; id á delatarme á mis gefes; hacedme fusilar al frente del regimieuto. Me es igual: esos pillos están desde ayer amenazándome acabar conmigo. Que hagan lo que quieran, y cuanto antes mejor.

Luizzi se figuró que el delirio de la fiebre ocasionada por la herida exaltaba la cabeza del jóven; lisonjeado por otra parte por la impresion que habia hecho la simple enunciacion de su nombre, dijo con mas dulzura:

—Oid, caballero: me parece que la autoridad militar no hará mucho caso de una falta como la vuestra, y sobre todo cuando se puede reparar.

—Eh! cómo quereis que yo la repare con mil doscientos francos de sueldo?.... contestó Enrique encogiéndose de hombros.

Luizzi, que se habia formado una idea caballeresca de la mision que iba á desempeñar, y que no renunciaba á llevarla á cabo, atribuyó tambien esta singular respuesta á la fiebre y repuso vivamente:

—Vuestra falta de recursos no es un obstáculo, caballero; los intereses personales de mi hermana son pocos, pero puedo yo aumentarlos de modo que se pueda atender á todas las obligaciones de una posicion decente.

—La torpe inteligencia del subteniente pareció irse despertando poco á poco. Enrique, á manera del hombre que trata de comprender lo que se le quiere decir, miró á Luizzi y le dijo balbuceando:

—Carolina era desde luego un buen partido.... Tanto mejor para ella si la haceis mas rica.... Tal vez hubiera hecho bien en casarme con ella... Si yo no hubiera escuchado.........

—Indignas calumnias, añadió Luizzi.

—No digo que la conducta de Carolina haya sido reprensible, respondió Enrique entre dientes.

—Pero vos quizá lo habeis creido por un momento, y ese momento ha bastado á destruir para siempre su dicha, y sin duda tambien la vuestra. Pero todavia hay tiempo, caballero; Carolina no ha pronunciado aun sus votos y os ama: si estais ya desengañado, demostrádmelo aceptando su mano.

Para hacer esta proposicion, Luizzi habia tomado una actitud heróica, inclinándose sobre la cadera y tendiendo la mano hácia Enrique. Su tono era tan teatral que solo faltaba una capa española y un espadon para que fuera completamente dramático. Armando continuó del mismo modo, viendo vacilar á Enrique.

—Me dirijo á vos lealmente; contestadme: sois libre?

—Libre para casarme? contestó Enrique. Sí que lo estoy si llego á estar libre para salir de aqui.

—Siendo asi, qué quereis que diga á Carolina?

—Toma! que estoy pronto á casarme con ella, respondió Enrique, cuyos ojos denotaban una estraña sorpresa y una especie de estravío.

—Gracias en su nombre, hermano mio, dijo Luizzi siguiendo su papel caballeresco. Luego, dulcificándose hasta el tono paternal, por medio de una diestra transicion, añadió:

—Quién pudo cegaros hasta el estremo de escribir á Carolina un billete como este?

Enrique tomó el billete y le leyó, permaneciendo luego en silencio y como sumido en profundas reflexiones.

—Yo sé, dijo Luizzi que estaba de temple para el estilo sentencioso, yo sé que el amor que muchas veces no cree en la evidencia, cree otras en el crímen fundándose solo en ligeras sospechas. Pero no podreis decirme quién fué el autor de esas calumnias?

—Oh! dijo Enrique sin quitar la vista del billete; no puedo ni debó mentar á la persona.....

—Os comprendo; le interrumpió Luizzi; yo temo que esa Julieta.....

Enrique se estremeció, pero contestó en seguida:

—No, os aseguro bajo palabra de honor que Julieta nunca me ha dicho una palabra contra la buena reputacion de Carolina.

—Pues entonces quién fué?

—No os canseis, señor de Luizzi; vos no conoceis á los qne me engañaron.

—Como gusteis; respeto vuestro escrúpulo. Lo que ahora debe ocuparnos es el hallar medios de conseguir vuestra libertad. Yo me encargaré de esta negociacion, añadió Armando con aire de superioridad; yo haré entrar en razon á esas gentes.

—Haced la prueba, dijo Enrique; pero tened la amabilidad de confiarme esa correspondencia.

—En ella encontrareis vuestro corazon, respondió Luizzi con tono encantador.

Y entregó el paquete de cartas á Enrique, quien se puso á leerlas con una atencion que hizo sonreir á Luizzi.

El baron se adelantó en seguida hácia Bertrand.

—Es concluido, dijo el faccioso; Bruno me acaba de esplicar el negocio; parece que la religiosa es vuestra propia hermana. Tanto mejor para vos, porque es una santa. Ya que nada teneis que hacer aqui, idos; cuanto mas pronto mejor.

—No puedo marchar solo, porque Bruno no os lo ha dicho todo. Yo soy hermano de sor Angélica, como vosotros la llamais; ese oficial era su prometido hacia tiempo; los separó la desgracia, y ahora se han vuelto á encontrar, y quiero asegurar su dicha casándolos.

—Casar á una religiosa! esclamó uno de los facciosos.

—No ha pronunciado aun sus votos, contestó Luizzi.

Un sordo murmullo circuló entre aquellos hombres.

—Callad, dijo Bertrand, esa no es cuenta vuestra; y para probároslo, añadió dirigiéndose al baron, os diré lisa y llanamente que el oficial y la religiosa podrán casarse cuando quieran, asi que se nos haya devuelto á Jorge en cambio de nuestro prisionero.

—No quereis, pues, entregármele?

Bertrand miró á Luizzi con aire de admiracion.

—Y por qué quereis que os le entregue?

—Vá en ello el honor de una mujer, la felicidad de la que decís que es una santa.

—Buena santa que tiene amantes en las tropas de línea! dijo Bertrand.

—Olvidais á quién hablais? repuso Luizzi.

—Vos sí que lo olvidais, replicó Bertrand dirigiéndose á Luizzi con la culata de la escopeta levantada; acaso os conozco yo? Os he dejado acercar cuando hubiera podido haceros volver atrás á balazos; os he permitido hablar á ese oficial porque el tio Bruno os acompañaba, y he causado una desgracia á su hijo; pero tengo que ver algo con vos? Idos pronto, puesto que ahora tengo la buena voluntad de dejaros ir, y no me fatigueis con vuestre aire de señor parisiense, lo oís?

Probablemente hubiera dado Luizzi alguna nécia réplica, sino hubiera tomado Bruno la palabra.

—Vamos, Bertrand, no seas malo, dijo; este caballero tiene razon.

—Bruno, no te mezcles mas en eso, dijo Bertrand; demasiado te has mezclado ya.

—Y me mezclaré lo que me dé la gana: lo entiendes, Bertrand? contestó el ciego irritado. Piensas meterme miedo con tu vozarrona? La he oido temblar y suplicar.

—Cállate, dijo el faccioso dirígiendo su feroz mirada al ciego, cállate; que si no te puede costar caro.

—Y si no quiero callarme, y si quiero decir lo que tu hiciste? Bertrand, no me hagas hablar.....

—Yo te lo impediré, replicó el faccioso montando la escopeta.

—No toques á ese buen hombre, esclamaron los otros facciosos: basta con lo de Santiago.

El gefe se detuvo y desmontó con cólera la escopeta, y Bruno le dijo con tono imperativo:

—Vén aquí, Bertrand, vén aqui.

—Bertrand obedeció y siguió al anciano á algunos pasos de Luizzi. Los facciosos se retiraron fuera del ojo del puente; pero como la elipse de la bóveda sirviera de conductor á las palabras de Bruno, el baron pudo oirlas como si hubiese estado al lado del ciego, que decia á Bertrand:

—No te acuerdas ya del ataque de Andoullie? Has olvidado que Balatru nuestro gefe, murió alli de un balazo que recibió en la espalda aunque iba delante de nosotros? Solo yo iba á tu lado, y nadie mas que yo sabe quien disparó aquel balazo. Quieres que lo diga en alta voz?

—Balatru nos vendia, dijo Bertrand bajando la cabeza.

—Lo que hay es que tú eras amante de la mujer de Balatru y te has casado con ella.

—Pues bien; y luego? dijo Bertrand cuya mano se crispaba de cólera.

—Luego? Cuando yo te amenacé con denunciarte á los gefes, me supli-

caste de rodillas, diciéndome: «No me delates; si alguna vez me pides la vida ó la muerte de un hombre, yo le salvaré ó le mataré, segun quieras.»

—Y me pides la vida de ese oficial?

—Eso te pido primero, y luego otra cosa. Chiquitin es quien ha herido á Santiago.

—Quién te lo ha dicho?

—Acaso no es cierto? Mateo lo vió.

—Sí, él fué.

—No quiero que repita su fechuría. Tú sabes que quiso casarse con Mariana; anoche trató de hacer lo que tu hiciste en otro tiempo, y.....

—Basta, dijo Bertrand, yo sé lo que he de hacer. Ademas es un cobarde de quien desconfio. A la menor cosa... Pero en cuanto al oficial, es imposible.

—Si tú quieres puedes muy bien.

En esto se oyó un ligero ruido en la falda del cerrillo, y un faccioso bajó deslizándose por entre la maleza y diciendo en voz baja:

—Eh! muchachos! los calzones encarnados!

—Por dónde? preguntó Bertrand.

—Por la linde del bosque grande.

—Está bien, respondió el gefe; subid allá arriba y quietos allí. Luego, se volvió á Bruno, y añadió:

—Cómo quieres que proponga eso á los otros?

Aun no habia acabado estas palabras, cuando apareció otro faccioso.

—Eh! muchachos! los calzones encarnados!

—Hácia dónde?

—Hácia la charca.

—Vuelve á tu sitio, y esperad, contestó Bertrand.

Al oir esta noticia, Enrique se habia levantado para acercarse al baron; pero éste le hizo señas de que no interrumpiese la conversacion de los dos campesinos. Bruno decia á Bertrand en aquel instante:

—Hé aqui una buena ocasion; despacha tu gente y deja al oficial con nosotros.

—Voy á ver si puedo, contestó Bertrand con voz serena. En seguida se alejó algunos pasos echando una mirada amenazadora al anciano. Luizzi se acercó á Enrique, y le dijo:

—Ved aqui un socorro á tiempo.....

—Dudo que lo sea, respondió Luizzi; en seguida se acercó á Bruno y le dijo en voz muy baja:

—Cuidado, que temo alguna traicion.

Bertrand apareció casi al mismo tiempo; parecia hallarse violentamente agitado.

—Estamos vendidos, dijo; son mas de trescientos, y vienen por todas partes.

Los facciosos se acercaron á Bertrand, y la palabra *vendidos! vendidos!* circuló entre aquellos doce ó quince hombres.

—Vendidos y perdidos! dijo Bertrand; avanzan ya rodeando la llanura y ojeándola toda como cazadores.

—El tio Bruno es quien ha dado soplo, esclamó el faccioso Chiquitin, en tanto que Bertrand miraba qué efecto producia aquella acusacion.

—Si yo hubiera dado soplo, dijo Bruno alzándose de hombros, estaria entre vosotros?

—Tiene razon! tiene razon!

—Muy pronto os acobardais, dijo Bruno. Cómo es eso? no podeis escapar escurriéndoos entre un centenar de soldados? Acaso no sabeis el sendero de.....

—Yo sé todos los senderos, dijo Bertrand interrumpiendo á Bruno; pero segun la cosa se presenta seremos felices sino dejamos tres ó cuatro muertos ó prisioneros. Sin embargo hay un medio de salvarnos sin que ninguno de nosotros corra el menor riesgo.

—Veamos.....

—Vedle aqui, continuó Bertrand dirigiéndose á Enrique: ya conoceis el escondite donde hemos estado ocultos: cabemos todos y podemos escondernos alli. Dejareis que se acerquen los soldados, y les direis que hace mas de dos horas que hemos dejado la llanura. Asi cesarán por aqui las pesquisas, y nosotros permaneceremos tranquilos como el pez en el agua.

—Corriente, dijo Bruno, yo te lo prometo.

—Y yo tambien, añadió el baron.

—Yo no puedo consentir en engañar á los mios, dijo Enrique.

—No importa, repuso Bertrand, yo os aseguro que no hablareis.

—Qué tratas de hacer? dijo Bruno.

—Nos seguirá por buenas, y en ese caso no chillará, ó quedará aqui y entonces habrá un cadáver mas en la llanura.

—No olvides que te he pedido la libertad de ese oficial, dijo el tio Bruno.

—Para que nos la quite á nosotros? replicó Bertrand.

—Salvaos, Enrique, dijo el baron, y jurad por vuestro honor que no revelareis el sitio donde se escondan.

—Es imposible, respondió Enrique.

—En ese caso, dijo Bertrand sacando un cuchillo de monte, partid delante de nosotros, y cuidado como andais.

—Podeis matarme, dijo Enrique, pero no daré un paso.

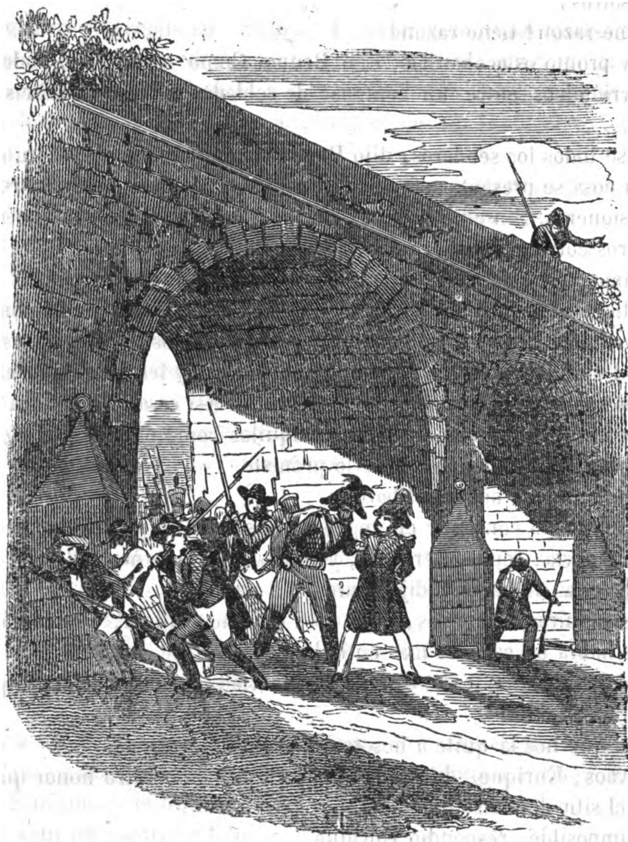
—Pues lo dicho dicho, murmuró Bertrand, retirándose como para asestar con mas seguridad el golpe al oficial.

—Si cometeis ese crimen, retiro mi palabra, esclamó Luizzi.

—No importa, haremos con vos lo mismo que con él.

—Van estrechando el círculo y acercándose aqui, murmuró una voz desde lo alto del puente.

—Vamos, decidios! esclamó Bertrand.



—Esperad un momento, dijo Luizzi. Olvidais una cosa, y es que si permanecemos aqui, no creerán nuestras aserciones, y continuarán las pesquisas.

—Es cierto, es cierto, esclamaron todos.

—Pero si uno de sus oficiales, continuó Luizzi, les asegura que hemos partido hace tiempo no podrán menos de creerle.

—Tambien es verdad, asintió Bertrand; pero falta que él quiera.

—Consentid, Enrique, dijo el baron.

—Ya vienen! esclamó un faccioso bajando del cerrillo donde estaba de centinela.

—Vaya, dijo Bertrand sujetando bruscamente la escopeta á la espalda para poder servirse mejor de su cuchillo de monte. Quereis jurar que partimos de aqui esta mañana?

Enrique vaciló aun.

—Tanto peor! murmuró el tio Bruno encogiéndose de hombros.

—No quereis? repitió Bertrand. Entonces, allá vá.

Y alzó el cuchillo. Enrique palideció retrocediendo.

—Os juro por mi honor no decir lo que habeis hecho, dijo con voz alterada.

—No basta eso, replicó Bertrand; es preciso decir que hemos partido hace ya tiempo. Vamos, no andeis con delaciones. Vuestra piel se ha puesto hace un momento demasiado blanca para que desafieis mi cuchillo.

—Ya llegan..... ya llegan! murmuró una voz entre la maleza.

—Acabemos, dijo Bertrand levantando el cuchillo.

—Pues bien! respondió Enrique; os doy mi palabra de militar de declarar lo que deseais.

—Corriente, dijo Bertrand.

Luizzi recibió gran contento con la resolucion de Enrique, aunque le pareciese demasiado tardía; pensó que hay ocasiones en que es locura dejar que el peligro se acerque lo bastante para demostrar miedo.

—Tened presente que Bruno y su familia responden de vos, dijo Bertrand; si somos vendidos, perecerán todos ellos, hombres y mujeres.

—Bien! bien! repuso Bruno; pensad en vos, que lo demás corre de mi cuenta.

Bertrand hizo una seña á los suyos para que le siguieran; caminó algun tiempo arroyo arriba, por donde se habia traido á Enrique, y luego desapareció con su gente entre la maleza; pero antes que se hubiesen alejado, Luizzi vió que Bertrand indicó á Bruno el faccioso Chiquitin. El baron puso su observacion en conocimiento del anciano, que al parecer reflexionó un momento acerca de lo que se le acababa de manifestar.

—Diablo!..... diablo! murmuraba meneando la cabeza.

—Vos teneis la culpa, abuelo, dijo Mateo exasperado. Por qué habeis dicho á Bertrand que sabemos es Chiquitin el que hirió á mi padre?

—Tienes razon, muchacho, he sido un torpe. Pero no puedo creer que Bertrand se atreva á hacer una cosa como esa.

—Le habeis reprendido cruelmente, dijo Luizzi en voz baja, y.....
—Lo habeis oido? le interrumpió el anciano.

Luizzi hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Bruno vaciló, al parecer un momento; luego dijo de repente y en voz alta:—Hay un medio de salvar á los facciosos mejor que el de permanecer aqui: vayamos al encuentro de los soldados, é impidámosles que se acerquen, diciéndoles que hace ya mucho tiempo se marchó la partida.

—Teneis razon, contestó Enrique; vamos pronto y tomemos el camino mas corto.

En seguida dejaron el arroyo y tomaron un sendero resguardado por ambos lados por altas retamas. Al principio caminaron con rapidéz; pero Bruno se detuvo de pronto y se puso á escuchar. Solo oian los gritos lejanos de los soldados que se indicaban mútuamente el sitio en que se hallaban. Bruno continuó su camino; pero se detuvo nuevamente á los cuarenta ó cincuenta pasos.

—Estoy seguro de que nos sigue alguien, dijo. No has oido nada, Mateo?

—Teneis razon, contestó el niño; hácia la izquierda, entre las retamas.... Voy á ver quién es.

—No vayas, muchacho, dijo el anciano.

Pero el niño penetró con intrepidez entre la maleza, sin hacerle caso. Luizzi y Enrique siguieron con la vista el movimiento que causaba en las retamas conforme caminaba por entre ellas. A los treinta pasos escasos se hizo mas vivo aquel movimiento como si indicara una lucha; luego volvió á hacerse mas leve, y continuó á lo lejos como si Mateo hubiera seguido adelante, hasta que al fin cesó de pronto.

—Muchacho! Mateo, ven acá porfiado! gritó el anciano inquietándose.

Pero nadie contestó. Un terror singular se apoderó entonces de Luizzi, que se adelantó hácia el sitio donde habia desaparecido el muchacho. Enrique le siguió y le detuvo á diez ó doce pasos de Bruno, que continuaba llamando á Mateo.

—Ese chico es el diablo, dijo el subteniente; ya habeis visto agitarse las retamas en la direccion que ha seguido.

Al tiempo que Luizzi iba á participar á Enrique su temor, oyeron un golpe sordo y un grito espantoso. Se volvieron y vieron al tio Bruno de pié aun, sosteniéndose sobre la punta de los piés y con los brazos tendidos; su rostro se contraia en horribles convulsiones; corrieron hácia él, pero antes que llegaran, el anciano cayó boca á bajo con los brazos tendidos hácia adelante, y vieron que un golpe espantoso dado por detrás, le habia deshecho la cabeza.

Enrique y Luizzi se miraron por un movimiento comun de terror, y luego dirigieron á su alrededor su vista espantada. Todo estaba tranquilo; nada se movia, y solo oyeron las llamadas incesantes de los soldados que se acer-

caban cada vez mas. Enrique pasaba por un valiente soldado; mas la palidez qne tanto en su rostro como en el de Luizzi aparecia, denotaba el profundo terror que se habia apoderado de ellos. Luizzi trató de articular algunas palabras; pero sus labios se agitaron en vano: su voz quedó en la garganta como oprimida por un peso invencible, y estaban uno en frente de otro inmóviles, helados. Sintióse un ligero ruido y se volvieron de repente apoyándose de espalda el uno contra el otro como para hacer frente al peligro que podia amenazarlos. Asi permanecieron cerca de un minuto, al fin de cuyo tiempo notaron que aquel ruido procedia de las últimas convulsiones de Bruno, que se agitaba en las ánsias de la agonía. Un mismo movimiento de compasion los hizo acercarse á él para prestarle los últimos auxilios; un mismo movimiento de terror los hizo incorporarse para mirar á su alrededor. Nada se movia ni respiraba, y sin embargo se acercaron aun mas uno á otro; pero aquel inmóvil espanto pareció cesar de pronto, y despues de haberlos tenido como anonadados prorumpió en movimientos y gritos desordenados, Luizzi sacó su pañuelo, y agitándole por encima de las retamas se puso á gritar con voz penetrante y turbada por el miedo:

—Por aqui! por aqui! por aqui!

Y Enrique le imitó casi al mismo tiempo. La agitacion de su miedo pudo mas quizá que su inmovilidad; porque aun seguian gritando y agitando los pañuelos cuando ya se hallaban rodeados de soldados.

Luizzi contó entonces al capitan los tristes sucesos de que habia sido testigo. Durante su relato trageron los soldados el cadáver de Mateo. Señales de dedos fuertemente hundidos alrededor del cuello del desgraciado niño probaban que habia sido cogido por la garganta y estrangulado por una mano dotada de una fuerza espantosa.

Los gritos de Luizzi y Enrique, atrayendo precipitadamente grau número de soldados al sitio donde yacía el cadáver de Bruno, habian quebrantado el cerco que se estrechaba lentamente alrededor de las ruinas del puente viejo, y fué preciso conocer que los facciosos habian aprovechado aquel desórden escitado por ellos con tan atroz atentado, para deslizarse por aquel lado y salir de la llanada, pues no se encontró ninguno en la especie de caverna que habian designado para su ocultacion, y la batida no dió por resultado el descubrimiento de ninguno de ellos.

Luizzi, que debia tornar á ver á Carolina en casa de Santiago, fué el destinado á llevar á este desgraciado la triste nueva de la muerte de su padre y la de su hijo.

La felicidad que creia llevar á Carolina apenas distraia ya su pensamiento ocupado del cruel deber que tenia que desempeñar. Encaminóse temblando hácia la casa del labriego, en tanto que Enrique, á quien habia citado para Vitré, seguia á los soldados. El baron se detuvo un momento á la puerta antes de entrar; la casa estaba cerrada y no se veia á nadie.

Al fin se decidió á entrar. Todos estaban reunidos en la cocina; Santiago sentado junto al fuego, su mujer llorando caida á los pies de su marido, los criados refugiados en un rincon y mirándose aterrorizados, y los niños estrechados entre las piernas de Santiago y los brazos de su madre; Carolina estaba de pié al lado de ellos. Santiago se levantó en cuanto vió á Luizzi.

—Lo sabemos todo, caballero, le dijo.

—Quién os lo ha dicho? esclamó Luizzi.

—Un amigo.... Chiquitin que ha pasado por aqui.

—Chiquitin! murmuró el baron; el fué quien os hirió, y vuestro padre fué designado á él como víctima por Bertrand, yo lo ví.

—Chiquitin! repitió Santiago dirigiendo una mirada terrible á su mujer, en tanto que esta retrocedió como para esquivar aquella terrible mirada.

Ni una palabra mas se pronunció de una parte ni otra. Santiago enjugó su frente con la mano, pues estaba inundado de sudor, y luego dijo con voz tranquila:

—Sor Angélica, ya habeis recobrado á vuestro novio. Casaos con él si es el único hombre á quien habeis querido. Ya nada teneis que hacer aqui. Adios.

—Yo no quisiera abandonaros en medio de esta afliccion.... contestó Carolina.

Santiago no respondió, pero sus cejas se fruncieron ligeramente y mostró á la religiosa la puerta de la casa con un gesto imperativo. Carolina salió acompañada de su hermano.





XIII.

Conclusion, segun Luizzi.



No bien se alejaron de aquella escena de desolacion Carolina y Luizzi, este contó á su hermana su entrevista con Enrique; pero la contó como hombre que quiere llegar al objeto que se ha propuesto, es decir, que pasó en silencio las singulares respuestas que el subteniente le diera á su llegada. Tampoco dijo á su hermana la estupefaccion y la reserva del jóven, é inventó una sorpresa y una alegria que hicieron ruborizar dulcemente á Carolina. Como esta insistiese en sus deseos de saber cuales eran las calumnias que habian determinado á su amante á devolverla tan brutalmente sus cartas, Luizzi, que no queria confesar su ligereza en sus esplicaciones con Enrique, creyó lo mas acertado echar toda la culpa á una persona cuyo carácter aceptaba voluntariamente la responsabilidad de todas las murmuraciones, y cuya lejana ausencia no permitia á Carolina averiguar con exactitud

la verdad. Mad. Barnet, la mujer del notario, de maneras rústicas, de voz áspera y cuya aguja se ocupaba de contínuo en cerrar los agujeros de las medias de su marido mientras su lengua abria brechas en la reputacion del prógimo, Mad. Barnet, repetimos, fué el editor responsable de las calumnias que habian debido dictar la conducta de Enrique.

Carolina se dejó persuadir fácilmente por su hermano; ambos concertaron los medios oportunos para que la jóven abandonase la casa sucursal de religiosas á que pertenecia. Para evitar contestaciones que pudieran ser largas, Enrique dispuso que Carolina no volviera al convento y que fueran los tres en derechura á Laval.

Sin embargo, ambos se detuvieron ante un obstáculo; era la falta absoluta de dinero. Luizzi creyó que á Enrique le seria facil obviar aquella dificultad; se encaminó á pié á Vitré con su hermana, y pidió una habitacion en la posada menos miserable de la ciudad, dejando alli á Carolina para ir á ver al subteniente, á quien encontró levantado y escribiendo, á pesar de su herida. En cuanto hizo su demanda á Enrique, éste se halló bastante embarazado y balbuceó escusas poco acertadas aunque pareciese muy posible que un subteniente no hubiese economizado nada de su corta asignacion.

El baron, que poseia sus doscientas mil libras de renta, creyó imposible que un hombre conocido no pudiese procurarse en el acto algunos millares de francos, y muy naturalmente propuso á Enrique que los pidiese prestados á sus compañeros ó al cajero del regimiento; pero el subteniente le hizo comprender, bastante de mal humor, que no podia recurrir á la bolsa de oficiales que eran tan pobres como él, concluyendo por decir:

—Si estuviéramos en Paris, no me veria apurado para daros con qué salir de este maldito pais, aunque tuviese que empeñar mi charretera; pero en este agujero ni siquiera hay un monte-pio: Con razon se dice que la Bretaña es un pais de salvages.

Al baron le pareció singular que el monte-pio fuese para Enrique un termómetro de civilizacion; mas no por eso fué menor su inquietud no sabiendo por qué medios salir de aquella enojosa posicion. Enrique no tenia ningun recurso, y Luizzi, á juzgar por lo que habia creido ver, supuso que cuando tanto reparaba en acudir á la bolsa de sus compañeros ó de sus gefes, era porque habria sido ya mas que indiscreto.

La impresion de esta entrevista fué poco favorable á Enrique en el concepto del baron. Sin embargo, este se habia formado tan bello plan de conducta, se habia creado tan noble papel de protector, de hermano generoso, que hizo cuanto pudo por destruir por sí mismo aquella enojosa impresion. Se dijo á si mismo que un subteniente hacia bastante con cubrir los gastos de su juventud, y que todos los de las buenas comedias y de las buenas óperas cómicas tienen casi siempre tanto papel sellado como billetes amorosos en la cartera.

Volvia Luizzi á la casa donde habia dejado á su hermana entreteniéndose asi consigo mismo, cuando fué distraido de sus reflexiones por un grito de sorpresa y por un nombre pronunciado con acento de admiracion. Miró y vió un viagero que bajaba de una diligencia, cuyos tiros se estaban mudando. Aquel hombre era Mr. Barnet el notario.

—Pardiez, dijo Luizzi, el cielo es sin duda quien os envia.

—Y el mismo es quien hace que os encuentre. Qué diablo ha sido de vos desde año y medio á esta parte? Os he escrito veinte veces y todas mis cartas han quedado sin respuesta.

—He hecho un viage al estrangero, contestó el baron bastante embarazado. Pero qué os trae á vos por aquí?

—Un motivo muy importante como negocio y otro que no lo es menos como afeccion. El primero es un pleito de que depende la fortuna de uno de mis clientes: consiste en mas de millon y medio. Es asunto grave; se trata nada menos que de un testamento supuesto que privaba al marqués de Bridely de sesenta mil libras de renta.

—El marqués de Bridely! esclamó el baron; me parece que le conozco. No es el hijo tercero del marqués.... un miserable....

—No.... no.... respondió Barnet por lo bajo con aire de confidencia; ese murió: se trata de su hijo á quien reconoció y legitimó.

—Mr. Gustavo! esclamó el baron, es otro intrigante....

—Pero sus derechos son incontestables, respondió el notario; el derecho, señor baron, es siempre respetable aun cuando le tenga un pícaro. Ademas que Mr. de Bridely en esta circunstancia se ha mostrado tal como debia ser. Yo soy quien ha descubierto la herencia que la casualidad le ha dado, y él me ha encargado del negocio. Si sale bien, mi recompensa será una suma de cien mil francos.

—Eso bien merece el trabajo de andar doscientas leguas.

—Y sin embargo, replicó Barnet, quizá la esperanza de semejante beneficio no me hubiera decidido á dejar á Tolosa si no hubiese tenido la de ver en este pais á una persoaa que á vos tambien os interesa, señor baron.

—Carolina? dijo Luizzi.

—La habeis visto?

—Sí, la he visto; está aqui.

—Al coche, al coche! gritó el postillon.

—No os detendreis en Vitré? preguntó Luizzi á Barnet, que se adelantaba hácia la diligencia.

—El pleito de Bridely se entabla mañana en Rennes; no llegaré hasta el anochecer, y tendré que pasar la noche ocupado en dar á conocer al procurador encargado de él las piezas importantes que le llevo.

—Pero y Carolina? dijo el baron.

—Pensaba escribirle y verla á mi vuelta; se acerca ya la época de su ma-

yoría y tengo que darle cuenta de sus intereses, y me alegro infinito que vos os halleis presente para que veais el uso que he hecho de ellos, aunque siento que tanto dinero vaya á parar á un convento.

—No irá, replicó vivamente Luizzi; se casa Carolina.

—Calla! dijo Barnet dejando el estrivo de la diligencia; y con quién?

—Con un militar, con un tal M. Enrique Donezau.

Barnet frunció las cejas.

—Me parece que conozco ese nombre.

—Al coche! repitió el postillon. No falta nadie mas que vos, caballero. Nos llevan dos horas de delantera Leffitte y Caillard, y ya no los vamos á alcanzar.

—Adios, dijo Barnet; dadme vuestras señas aqui.

—Pienso salir mañana. Me vuelvo á París.

—Pues hasta París; allí nos veremos, porque tenemos que tratar asuntos muy graves.

—Una palabra, dijo Luizzi; por un accidente largo de esplicaros, he sido detenido, despojado y robado por los facciosos, y me encuentro aqui....

—Sin dinero, dijo Barnet. Pues es un demonio! yo no he traido mas que lo justo para mi viaje, porque sabia que iba á atravesar un pais en guerra civil. Hé aqui, pues, todo lo que puedo daros: es una letra de cambio á cargo de un comerciante de Rennes; no os será dificil hallar el descuento, á menos que no prefirais que yo os remita los fondos que tendreis para mañana á medio dia lo mas tarde.

—Mejor es eso, contestó Luizzi que tenia bastantes razones para no ir á casa de un banquero, pues éste se hubiera informado de las circunstancias que habian puesto aquel valor en sus manos, y le hubiera exigido el pasaporte para hacer constar la identidad de su persona.

Con esto se separaron Barnet y Luizzi, y este último contó su encuentro á su hermana.

Esta no tenia tan buenas noticias. Una de las hermanas del convento, sabedora de lo que habia pasado en casa de Santiago, y viendo que no volvia Carolina habia ido á preguntarle acerca del particular. Irritada con la nueva resolucion de Carolina, amenazó á esta con denunciarla á las autoridades: y aunque ningun derecho tuviera á ello, logró asustar á la jóven.

Luizzi se vió aun mas turbado, porque era preciso comparecer ante una autoridad cualquiera, y no tenia medio algnno de justifiear quién era, ni el derecho que tenia sobre la jóven religiosa. Asi, pues, se decidió á dejar á Vitré tan pronto como pudiera. No bien habia tomado este partido, cuando recibió un billete de Enrique, quien le manifestaba que le habia vuelto á dar la calentura, y por lo tanto le era imposible ir á pedir perdon á Carolina. Luizzi se apresuró á ir á ver al subteniente, y le halló en efecto en cama; en su vista, convinieron entre ambos en que Luizzi partiria inmedia-

tamente para París, que durante su permanencia alli sacaria el permiso del ministro de la guerra, haria correr las amonestaciones, y que Enrique iria á reunirse á ellos asi que se lo permitiese su herida.

Todo esto salió perfectamente, al menos en lo relativo á los proyectos de Luizzi, quien la mañana siguiente recibió los fondos prometidos por Barnet y tres dias despues se hallaba en París.

Asi que llegaron, el baron se ocupó todos los dias en enseñar á Corolina al menos el mundo esterior en que iba á entrar, haciendo numerosas compras de muebles, de telas, de trages, de aderezos, llevándala á espectáculos donde volvió á ver muchos de sus antiguos amigos que le recibieron como al hombre que ha hecho un viaje á Italia ó á Inglaterra, sin tratar de averiguar la causa de su ausencia. Presentó algunos de ellos á su hermana, y á los pocos dias el palco de Luizzi en la Opera llegó á ser el punto de cita de los mas elegantes que solicitaban la gracia de ir á tributar sus homenages á la bella Carolina de Luizzi.

Todo iba á medida de los deseos del baron. Acababa de mandar á Enrique el permiso del ministerio, y el subteniente anunciaba que su herida le permitiria muy pronto ponerse en camino, cuando una mañana que el baron estaba solo con Carolina en su habitacion, se anunció á la jóven que una señora deseaba verla. Carolina no conocia á ninguna mujer en Paris; Luizzi no habia querido presentarla en ninguna parte antes de su casamiento, embarazado como se hallaba, no sabiendo con qué apellido darla á conocer en la sociedad. Aquella visita admiró á ambos, y Carolina hizo preguntar el nombre de la persona que se presentaba. El criado volvió anunciando á

—La señorita Julieta Genlis.

Al oir este nombre, Carolina dió un grito de sorpresa y se lanzó á la antesala, donde se arrojó en los brazos de Julieta con la alegria de una amiga confiada que vuelve á ver á su compañera mas querida. Luego la llevó con rapidez hácia el salon y la presentó á su hermano. Luizzi miró á aquella mujer con curiosidad, en tanto que ella le saludaba inclinando la vista. Armando echó de ver que en el retrato que su hermana le hiciera, no habia adulacion ninguua; pero lo que notó, y lo que habia debido escaparse á la ignorancia de Carolina, era el aire de ardiente languidez que respiraba el semblante ligeramente fatigado de Julia; era la flexibilidad quebrantada de aquel cuerpo delgado y esbelto, que parecia atribuirle el poder de *enlazamiento* de la serpiente que quiere apoderarse de la presa, ó la gracia flexible de una bayadera enamorada que quiere conquistar un amante con sus caricias. Luizzi no se detuvo en estos pensamientos, y se decidió á escuchar atentamente á Julieta para juzgarla con datos mas exactos que los del rostro y el talle.

Pasadas las primeras espansiones de una entrevista en que dos amigas cambian mútuamente las palabras, los besos y los apretones de manos,

fué preciso entrar en esplicaciones. Luizzi se encargó de contar su encuentro con Carolina y con Enrique Donezau, y lo hizo observando el efecto que su relato producia en Julieta.

Esta escuchó al baron con la sonrisa en los labios, con dulces movimientos de cabeza que parecian aprobar toda la dicha que su amiga debia á la casualidad; al llegar á Enrique, demostró una alegre sorpresa, y se volvió á Carolina tendiéndola la mano, y la dijo con un sentido acento en que parecia vibrar el eco del gozo de Carolina:

—Serás dichosa! sí, dichosa, porque te ama en estremo. Es un escelente jóven.

Luego añadió con una gracia encantadora, dirigiéndose á Luizzi:

—Os doy las gracias por ella, caballero; es vuestra hermana; pero no sabeis como yo cuán digna es de la felicidad que la proporcionais; al hacerla feliz, pagais la deuda de los demas.

Una lágrima brilló en los ojos de Julieta; una lágrima dorada en que se reflejaba el resplandor del alma agracecida, que no pudiendo hacer nada por la que tan amada le es, dá las gracias al que posee la facultad de recompensar.

Todas las dudas, todas las sospechas de Luizzi desaparecieron en presencia de tanta adhesion y de tan sincero afecto, y Armando se dispuso á escuchar con interés la relacion que Carolina pedia á Julieta.

—Ah! respondió ésta: nada mas sencillo que lo que me ha sucedido; en cuanto te alejaste del convento me encontré del todo aislada, porque tú eras mi única amiga; y me vi perseguida, porque tú solamente me protegias. El valor, ó mas bien la amistad que me habia sostenido, aquella fuerza que yo creia hallarse en mí, y solamente en tí estaba, me abandonó de repente. Me dió miedo el porvenir que yo misma me labraba y la imposibilidad en que me veia de huir de él, solo sirvió para aumentar mi desesperacion No me atreví á confesárselo á mi madre, que quizá hubiera aceptado la carga que mi presencia llevára á su casa; pero cuyos ahogos no quise aumentar. Sin embargo, mi madre habia adivinado mi dolor, y se acusó á sí misma. Entonces fué cuando te escribió para devolverte el dinero que tú habias reunido para tí.

Julieta se detuvo, y Carolina le dijo:

—Lo sabe todo mi hermano.

Julieta continuó:

—Sus cartas y las mias quedaron sin respuesta.

—La superiora de Tolosa ha debido suprimir las vuestras y la de Evron sin duda ha hecho lo mismo con las de Mad. Genlis, dijo el baron.

—No acuso á nadie de semejante infamia, aunque el trato que he recibido debe hacerme creer cualquiera cosa en esas piadosas mujeres.

—Pero, en fin, dime lo que te ha traido á París.

—Una mala accion que vengo á confesarte, respondió Julieta; una mala

accion que es irreparable. En el momento de abandonarme todo mi valor escribió á mi madre un antiguo amigo de París proponiéndola la adquisicion de un establecimiento semejante al suyo, un gabinete de lectura. Era un



buen negocio, y con dinero al contado, se podia adquirir el establecimiento por la tercera parte de su valor real. Carolina y vos, caballero, no sabeis lo que es pobreza, ignorais lo que es una madre á quien se ofrece la espe-

ranza de arrancar á su hija de una existencia miserable, de llevarla á su lado, de proporcionarla un porvenir.

Julieta se detuvo como avergonzada por la confesion que iba á hacer; luego continuó con acento turbado:

—Mi madre—no la acuseis!— mi madre se atrevió á disponer del dinero que tenias tú en su poder, adquirió el establecimiento y nos vinimos á París. Pero aquel dinero está ya reunido, añadió vivamente Julieta, cuya voz se habia ido debilitando conforme hacia esta penosa confesion. Está ya reunido y te lo traigo. Hace ya ocho dias que sé tu llegada á París, y no he querido venir á verte hasta poder traerte el dinero; he echado mano de todos mis recursos, y ahora vengo sin miedo y sin avergonzarme á decirte que te amo y que soy feliz volviéndote á ver.

Al decir esto, Julieta hizo un gesto como para buscar algo en el ridículo.

—Qué vás á hacer? esclamó Carolina; no quiero, tal vez te habrás empeñado. No Julieta, no. Quieres que ese dinero sea mi regalo de novia, no para tí, sino para tu buena madre?.....

—Aceptad, señorita, dijo Luizzi enternecido al ver los nobles sentimientos de Julieta, y la graciosa liberalidad de su hermana.

Julieta se resistió largo rato, pero al fin aceptó.

Luizzi creyó debia dejar solas á las dos jóvenes, suponiendo que debia haber entre aquellos dos corazones de niña muchas inocentes confidencias que no se atreverian á hacerse en su presencia, y ya del todo tranquilo, respecto al porvenir de su hermana, fiando en los informes de Julieta acerca de la nobleza del corazon de Enrique, y en el interés que aquella misma jóven le habia inspirado, se separó de ellas.

Desde aquel dia Julieta fué la perpétua compañera de Carolina, con quien iba á los teatros y paseos. La jóven prometida se complacia en adornar á su amiga, y decia muchas veces con una dulce alegria y una sencillez que hacia sonreir á Luizzi:

—Oh! yo te casaré, yo te proporcionaré un buen partido.

Pero aunque lo procurase, Carolina no pudo obtener para Julieta las consideraciones y los respetuosos homenages que para sí misma encontraba sin buscarlos, y Julieta le respondia con una sonrisa cuya amargura no se atrevia á condenar Carolina:

—Qué quieres, hija mia, soy pobre!

En cuanto á Luizzi, lleno de contento por haber encontrado su hermana tan amable compañera, procuraba por todos los medios hacer olvidar á Julieta su pretendida pobreza.

Un mes pasó así: todo estaba dispuesto para el casamiento de Carolina, y Luizzi sin apercibirse de ello, se habia habituado á la costumbre de ver á Julieta todos los dias hasta el punto de esperimentar cierto disgusto cuando

tardaba en ir. Animaba Carolina en su libeial afecto á su amiga; él era quién daba por mano de su hermana, y la inocente jóven solo veia en todo aquello una generosidad que, despues de haberse estendido pródigamente sobre ella se estendia hasta á los que ella amaba.

Julieta ignoraba ó afectaba ignorar completamente aquellos beneficios, pues conservaba para con Luizzi una modesta confianza en que conocia éste que la jóven no echaba de ver sus cuidados.

Luizzi, sin estar precisamente enamorado de aquella mujer, se veia hasta cierto punto dominado por ella. Parecia que Julieta poseia dos naturalezas que igualmente influian en él; su persona, su aire, su mirada, su sonrisa respiraban una voluptuosidad que hacia esperimentar á Luizzi una turbacion estraña; sus palabras, sus maneras, sus sentimientos eran tan puros, que Armando no se atrevia á escuchar los deseos que en él se despertaban. Ademas, no tenia ocasion de ver á Julieta á solas, y se dejó llevar de un sentimiento indefinible hácia aquella jóven. Nunca le habia pasado por el pensamiento la idea de hacerla su mujer, y rechazaba la de hacerla su querida, en primer lugar por respeto á su hermana, cuya amistad no queria deshonrar, y en segundo, porque se creia con bastantes ventajas en semejante seduccion para que esta fuese verdaderamente culpable.

Sin embargo, no podia ver á Julieta ni oirla á su lado sin sentirse embriagado por un perfume de amor que parecia flotar en torno de ella. Armando la miraba entonces, no con ese dulce éxtasis del amor santo que parece fundir con sus rayos la forma humana de la mujer á quien se ama para llegar á su alma y abarcarla con una caricia inefable: la miraba para buscar su persona mas allá de sus vestidos, para acabar con su mirada las líneas caprichosas y flexibles de sus hombros fluidos ó de su pié delicado, para figurársela desnuda como una bacante con su largo cabello ardiente esparcido en torno de su cuello, entregando á *mordientes* besos sus labios incesantemente húmedos, y cuya caricia debia abrasar, para oir estallar aquella voz en gestos de placer y lubricidad, para ver aquel cuerpo flexible y delicado retorcerse con acentos de delirio en los ardores del amor, como la cuerda de una harpa que se arrolla y gime echándola en el hogar. Luego oia una palabra grave y sencilla de la jóven, y se arrepentia de aquellos deseos insensatos, de aquellos sueños ardientes en que su imaginacion se estraviaba.

Todo estaba dispuesto, Luizzi habia hecho disponer para Enrique y su hermana la habitacion que se hallaba encima de la suya, y en la cual se habia reservado una cámara á Julieta. El contrato estaba ya estendido, y Luizzi le habia hecho redactar con arreglo á la voluutad de hermana. Al dar á esta un dote de quinientos mil francos habia tenido que amoldarse á la noble susceptibilidad de la jóven. Carolina no queria que en concepto de las persona

que debian asistir á la firma del contrato, y ni aun en el del notario apareciese deberle Enrique toda su fortuna, y se estipuló que el futuro llevára un capital de doscientos cincuenta mil francos, y Carolina un dote igual.

Enrique llegó la mañana misma en que debia firmarse el contrato; el casamiento debia celebrarse el dia siguiente. Luizzi y Julieta se hallaban presentes cuando Enrique penetró en el salon donde estaba Carolina. El baron no pudo menos de observar el embarazo y la torpeza con que el subteniente se acercó á su futura. Las faltas de Enrique bastaban pera motivar aquel embarazo, y Luizzi pensó qne su presencia y la de Julieta le aumentaron. Armando dijo á ésta que deseaba consultarla acerca de una compra que acababa de hacer, y que solo á ella podia enseñar so pena de privar de la sorpresa á los nuevos esposos. Julieta no se dió por entendida, pues permaneció sentada al lado de Carolina, que con los ojos bajos respondió balbuciente á las palabras casi incoherentes de Enrique. Julieta los observaba con una mirada tan atenta, que el baron se admiró, aunque supuso que debia ser efecto de la curiosidad de una jóven inocente que oye hablar de amor. Viendo Armando crecer la turbacion de Enrique y la de su hermana, renovó su invitacion. Entonces se levantó de repente Julieta, y dijo con emocion:

—Sí, teneis razon, voy á ver lo que habeis comprado: pero es solo con el objeto de admirarlo, porque todo lo que vos dais es rico y de un gusto perfecto, y una mujer no puede tener un deseo que vos no sepais satisfacer con encantadora solicitud; digo esto delante de vuestro futuro cuñado, para que sepa que Carolina ha sido mimada en esceso en punto á atencion y delicadeza.

Luizzi creyó ver en estas palabras una leccion que le pareció extraordinaria, y se retiró con Julieta en tanto que Enrique la seguia con una mirada casi colérica y que Carolina confusa y temblorosa parecia pedir á su hermano que la defendiese de la emocion á que la entregaba sin defensa. No bien salieron, dijo Julieta á Luizzi.

—Vamos, vamos, enseñadme ese regalo secreto que destinais á Carolina.

—A decir verdad, respondió el baron, no es cosa que vale mucho: es un servicio de plata para la casa de nuestros jóvenes esposos, y el verdadero regalo que creo haberles hecho, es haberlos dejado solos. Al fin podrán hablarse de amor con arreglo á su corazon.

Luizzi habia conducido á Julieta á un lindo gabinete que formaba parte de su habitacion, y la ofreció una silla; pero ella no la aceptó, y repitió con distraccion las últimas palabras de Luizzi:

—Hablarse de amor con arreglo á su corazon! dijo.

—Creeis que haya mejor ocupacion para los amantes que no se han visto hace mucho tiempo?

Julieta guardó silencio, como preocupada de una idea penosa, y al fin contestó:

—Con qué es esta noche cuando se firma el contrato? Mañana se casan; es preciso dejarlos entregados á sus amores.

Esto dicho, Julieta pareció volver en sí; sentóse en el divan que ocupaba al fondo del gabinete, é inclinándose hácia atrás sobre los cogines, apoyó en el respaldo su cabeza de modo que pudiera fijar la vista en el techo. En esta postura perfilaba admirablemente la línea ondulante de su cuerpo flexible y delgado; su vestido apoyado sobre la cadera, marcaba el contorno saliente y voluptuoso, al paso que hallándose ligeramente levantado por esta posicion del cuerpo, descubria el nacimiento de una pierna pequeña, redonda, atrevida. Nunca habia visto Luizzi á Julieta en semejante abandono de su persona, y como al encanto provocador que se evaporaba de aquella mujer se prestase el atractivo de aquella posicion voluptuosa, Luizzi sentia un ardiente deseo de poseerla.

En aquel instante recordó el baron la aventura de la diligencia, la derrota de Mad. Buré, y sobre todo aquel movimiento de delirio que arrojára en sus brazos a la marquesa du Val, y esperó alcanzar una victoria no menos rápida. Sentóse al lado de Julieta, y repitiendo las últimas palabras que ésta habia pronunciado; dijo:

—Hablan de amor, son dichosos!

—Julieta contestó con una sonrisa casi desdeñosa, siguiendo con la vista fija en el techo:

—Que lo sean!

—Y no envidiais vos esa felicidad? dijo el baron.

Julieta se levantó de pronto y lanzó á Armando una mirada de sorpresa. Detúvose en la del baron que vibraba de deseo, y una nueva admiracion se mostró en el rostro de la jóven; y sus ojos, un momento fijos en los de Luizzi, quisieron al parecer penetrar en el fondo del pensamiento de éste.

—Y vos me preguntais si envidio su felicidad? dijo con acento turbado aun por la sorpresa.

—Sí, respondió el baron con tono apasionabo. No habeis considerado nunca cuán dulce es decir: Yo os amo?

Julieta dejó escapar una prolongada y lenta esclamacion, semejante á aquel que acaba de obtener la esplicacion de su asombro, y descubre un pensamiento secreto que por largo tiempo le fuera dudoso.

—Ah! fué lo único que dijo. Y este ah! parecia querer decir: Ah! estais enamorado de mí. No es esto? Y este «ah!« no demostraba cólera ni rubor porque en los labios de Julieta vagaba una sonrisa imperceptible de alegria y de triunfo. La jóven bajó súbitamente los ojos y recobró su continente frio y reservado. Luizzi continuó:

—No me habeis contestado. Me habeis comprendido?

—Quizá mas de lo que creeis, respondió Julieta.

—Y cuál es vuestra respuesta?

—Estoy obligada á dárosla, y debo manifestaros mi corazon.

—Se puede hacerlo á un amigo.

—En materia de amor, solo los hombres tienen amigos. Una mujer no debe decir lo que esperimenta mas que á ella misma ó al que se los hace esperimentar.

—Entendeis bastante los misterios del amor.

—Mas de lo que se os figura quizá.

—Ah! esclamó Luizzi, cuanto me agradaria oíroslos revelar.

—Es posible, señor baron, que asi os divirtiérais un rato; mas no creo que por gozar ese placer querais obligarme á renovar recuerdos que no me permiten ser dichosa por la amistad, sino con la condicion de dejarlos descansar en el fondo de mi alma.

—Segun eso, habeis amado? dijo el baron.

—Sí, contestó Julieta haciendo un esfuerzo.

—Y habeis sido amada? añadió Luizzi.

—He sido engañada, respondió con tristeza la jóven.

Luizzi se hallaba ya muy distante de la tentacion puramente sensual que le habia arrastrado un momento antes; sin embargo se veia empeñado en una conversacion sentimental, y creyendo que su honor y su posicion le mandaban sostenerla, repuso, dando á sus palabras cierta espresion de sutileza:

—Una infidelidad... quizá....

Julieta frunció un poco las cejas y respondió:

—No, señor baron: el que nunca ha amado nunca es infiel en el sentido mas lato de esta palabra; y en el sentido que vos le dais, quizá aquel á quien nada se ha concedido tampoco es infiel.

—Perdonad, dijo Luizzi; me habeis dicho que habeis sido engañada.

—Oh! engañada como jamás lo ha sido mujer! Figuraos una pobre jóven á quien persuade la única amiga en quien cree en este mundo que es amada por un jóven á quien encuentra por casualidad; suponed que este jóven consiente en sostener aquel error por todos los medios posibles, por la persecucion mas constante y la correspondencia mas apasionada, y figuraos que cuando ha obtenido una confesion de la pobre jóven engañada, la abandona sin motivo.... porque ya no la necesita para ocultar sus amores con la amiga de la infortunada.

—Oh! ciertamente que eso es inícuo; pero es posible que se haya cometido tal crímen? dijo Luizzi.

—Sí, sí, respondió Julieta con una espresion estraña; y los detalles de esa traicion deben admiraros mucho. Pero ya conocereis cuan penoso me es hablar....

—No lo dudo, contestó Luizzi viendo un medio de huir aquellas confidencias sentimentales, y ahora comprendo vuestra dolorosa admiracion al preguutaros yo si no envidiábais á esos amantes que se hallan tan cerca de nosotros.

Julieta se sonrió y se echó atrás tomando aquella postura seductora á que se entregaba con tal abandono que debia suponerse que ignoraba cuan provocativa era. Fijó su penetrante mirada en el baron, y mil espresiones diversas pasaron por su rostro durante algunos segundos. Luego, calmóse toda aquella agitacion y sucedió á ella una contemplacion dilatada y ardiente que turbó á Armando y despertó de nuevo aquel tumulto de sus sentidos que le habia dominado un momento antes. Armando se acercó tanto á Julieta que se rozó su cuerpo con el de la jóven; esta permaneció inmóvil y no bajó los ojos.

—Julieta, murmuró Luizzi con dulzura, reuunciareis para siempre á amar por un amor falso?

—Y de qué me serviria amar? repuso Julieta con tono ligeramente turbado ó burlon.

—No sabeis que el amor encierra placeres embriagadores, y que entre todas las mujeres que yo he conocido no ha habido ninguna cuya presencia me lo haya hecho esperimentar tan poderosamente como la vuestra?

Julieta no se ruborizó, pero aparentó ofenderse, repúsose luego; y acariciando á Luizzi con una sonrisa que parecia querer ocultar mordiéndose dulcemente sus palpitantes labios, dijo:

—Y podreis vos enseñarme esos placeres?

Esta pregunta hubiera sido francamente desvergonzada si hubiera ido hecha con intencion, ó casi ridícula dicha con sencillez.

—Enseñároslos, Julieta! esclamó Luizzi acercándose aun mas á la jóven, hasta el punto de saborear el amor que emanaba aquella mujer: enseñároslos! ah! eso seria el delirio de la felicidad!

Y se apoderó de la mano de Julieta, que esta no retiró.

—Para vos quizá, dijo la ex-religiosa con una bondad capaz de desesperar; pero, en cuanto á mí, solo creo en las penas del amor.

—El amor tiene sus horas de felicidad; creedme, repuso Luizzi rodeando con su brazo el talle de Julieta, que se encorbó, como un arco tendido, por el esfuerzo que hiciera para resistir, apoyando asi la cadera en el cuerpo de Luizzi y echando hácia atrás su seno palpitante y su rostro alterado.

—Creedme, Julieta, murmuró de nuevo el baron con voz turbada; en esas horas está la vida y el olvido de todas las penas.

—No os comprendo, replicó Julieta con voz entrecortada y temblorosa.

—Oh! no conoceis, dijo el baron atrayendo á sus brazos á la jóven, no conoceis ya que es una embriaguez inefable el sentir palpitar otro corazon contra el nuestro!

Y el baron, ciego por el deseo que le abrasaba, apoyó sus lábios sobre la boca abierte y jadeante de Julieta; sintió estremecerse todo su cuerpo y vió sus ojos medio cerrados velarse por completo y perderse bajo sus párpados; se apoderó de aquel cuerpo tan flexible y tan abandonado, y se decidió á aprovechar uno de esos estravíos de los sentidos que pierden á las mujeres de naturaleza imperiosa; separaba ya por la fuerza los últimos obstáculos que le oponia la inmovilidad de Julieta, cuando la jóven se enderezó de pronto como la serpiente pisada, y rechazó á Armando con voz alterada, mientras temblaba todo su cuerpo y chocaban sus dientes con violencia:

—No, no, no, no.

Parecia que al hablar asi se dirigia mas bien á sí misma que al baron.

Armando buscaba confuso algunas palabras, pero Julieta ni le dió tiempo para escusarse ni para perseguirla.

—Volvamos al cuarto de vuestra hermana, le dijo con el mismo tono de agitacion.

Y dejando el gabinete entró bruscamente en el salon donde estaban Enrique y Carolina.

El subteniente se hallaba sentado tan cerca de su futura, que retrocedió con viveza cuando oyó abrir la puerta.

Carolina bajó los ojes colorada, avergonzada, llena de turbacion, y Luizzi halló cuando menos estraordinaria la mirada equívoca que Julieta le lanzó y que, lanzada por cualquiera otra, hubiera querido decir:

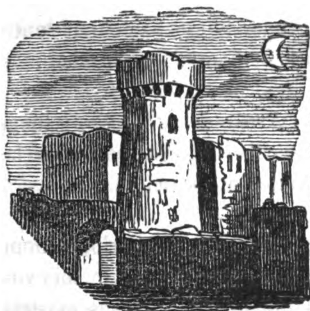
—Aqui como alli.





XIV.

Consecuencias de una chanza.



Asi al mismo tiempo llegaron algunas personas, y Luizzi se admiró no poco al oir anunciar al señor marqués de Bridely. Iba el baron á saludar al ex-cómico con una frialdad que debia demostrarle cuán poco placer causaba al huésped su visita, cuando el ayuda de cámara le entregó una carta muy urgente, cuya respuesta se esperaba. Luizzi la tomó, y en el mismo instante le alargó el marqués un billete diciéndole, celebrando el apropósito:

> Aqui teneis otra carta
> que me han mandado entregaros.

Luizzi, deseoso de desembarazarse de aquel hombre, recibió el billete

con frialdad y le abrió el primero. Despues de haberle leido, dijo en voz alta:

—Ah! con que está aqui Mr. Barnet?

Si Luizzi no hubiera estado en un rincon de la sala con Gustavo, hubiera notado el efecto singular que produjo aquella noticia en los que le oyeron.

Julieta y Enrique cambiaron una mirada rápida y temblorosa; pero el marqués se habia dado prisa á responder:

—Hemos llegado hace una hora y yo me he apresurado á venir aqui. No es solo el billete de Mr. Barnet el que habeis recibido.... Os dejo con vuestra correspondencia.

En seguida adelantóse el hermoso Gustavo con un desembarazo en el que habia una fatuidad aun mayor que la fatuidad de ópera cómica, hácia las personas que permanecian al otro estremo del salon.

Preciso fué que el baron estuviera muy ocupado en la lectura de la carta que Pedro le entregara, para que no oyese la esclamacion de Gustavo al ver á Julieta y á Enrique. Carolina la notó, pero Enrique, que se habia acercada rápidamente á Gustavo, arrastró á éste á otro lado del salon y le dijo algunas palabras. Aun no habia tenido el marqués tiempo para responder, cuando Luizzi se volvió y le dijo con tono aun mas que impertinente:

—Esa carta os concierne.

—A mi! esclamó Gustavo con aire poco respetuoso.

—A vos, contestó Luizzi con acento colérico y despreciativo; y necesito tener con vos una esplicacion acerca de este asunto. Tened la bondad de seguirme.

—Me teneis á vuestras órdenes, dijo Gustavo sin que el tono orgulloso del baron le hubiese desconcertado enteramente:

Pasaron al gabinete donde acababa de tener lugar la escena ocurrida entre Julieta y Luizzi, y Gustavo dijo al baron con impertinente familiaridad:

—Qué hay, señor baron?

—Lo que hay, caballero, es que vos sois.... Armando se detuvo, y luego continuó: Me cuesta repugnancia servirme de ciertas espresiones; pero las hallareis escritas en este billete, de cuyos sentimientos participo.

Gustavo le tomó y leyó lo que sigue:

«Caballero: en casa de Mad. de Marignon presenté, sin saberlo, un hombre intrigante y sin honor. Ese hombre sin honor y ese intigrante sois vos. Mad. de Marignon me ha perdonado el error en que incurrí. Vos presentásteis; SABIENDOLO, otro intrigante conocido vuestro, y aquel hombre era un pretendido marqués de Bridely, á quien yo no perdono. Si, como se ha dicho, estais loco, os enviaré mi médico; si conservais la razon, os enviaré dentro de una hora mis padrinos.

COSME DE MAREUILLES.»

El marqués guardó silencio un instante en tanto que el baron fijaba en él una mirada iracunda. Al fin el jóven actor devolvió el billete á Luizzi, y le dijo con sarcasmo:

—Participais de todos los sentimientos espresados en ese billete?

—Sí, caballero, contestó el baron dejándose llevar por la cólera.

—Lo mismo en lo que os concierne que en lo que me concierne á mí? replicó Gustavo columpiándose.

—Caballero! esclamó el baron, á quien el enojo habia hecho olvidar cuanto le ultrajaba tambien á él la carta de Mr. de Mareuilles; caballero, tanta insolencia merece correccion.

—Quereis tener dos duelos en lugar de uno? dijo Gustavo con mucha sangre fria; como mas os plazca. Por lo que hace á mí, soy de buena conformidad; seré el primero ó el segundo, como mas os plazca.

—Yo no me bato con personas de vuestro jaez, contestó el baron con desprecio: á tales personas las echo de mi casa.

Gustavo palideció de cólera; pero al fin se contuvo y dijo:

—Escuchadme un momento si os place. Os batireis, señor baron: puesto que estamos solo podemos hablar francamente: vos sabíais muy bien quien era yo cuando me dísteis una carta de recomendacion para Mad. de Marignon. Para vos, yo era el instrumento de una ruin venganza vuestra, instrumento que en el dia quisiérais echar de vuestro salon poniéndole de patitas en la calle; pero no lo conseguireis, querido amigo. Tengo un título mas noble que el vuestro. Soy casi tan rico como vos, porque he ganado el pleito que tenia pendiente como legítimo heredero del difunto marqués de Bridely; soy en el dia, por un fallo irrevocable, marqués de Bridely, y no consentiré, y hacedme el favor de creerlo, no consentiré humos que no hubiera sufrido cuando era el cómico Gustavo, hijo adulterino de Amadeo Ceferino Ganguernet y de Mariana Gargablou, la hija de Liberto.

Gustavo, diciendo esto en voz baja y firme á la vez, se habia acercado á Luizzi mirándole de un modo amenazador.

—Todo eso no me hará olvidar, le respondió con frialdad el baron, que debeis vuestro título y vuestro capital á una bribonada.

—Bribonada que vos hallásteis encantadora cuando os era útil.

—Pero al fin, caballero, qué es lo que quereis?

—Voy á decíroslo. Nuestro negocio es uno mismo en esta circunstancia, y no podemos separarle. Mr. de Mareuilles no debe poder repetir impunemente tales acusaciones contra vos y contra mí. O yo me bato con él á lo cual os juro que sabré obligarle, y en ese caso sereis mi padrino, ú os batís vos y yo os acompañaré.

—No estoy conforme.

—Andad con tiento, dijo Gustavo con la sangre fria del hombre para quien un duelo es cosa tan insignificante que no se toma el trabajo de calcular sus

resultados; andad con tiento; rehusarme por padrino, lo cual pondré en conocimiento de Mr. de Mareuilles, es decir, que habeis cometido la mala accion que se os echa en cara; aceptar es mostraros persuadido de la lealtad de vuestro proceder, es haber creido en amistad lo que en el dia es una verdad legal é incontestable, es haberme creido lo que soy, el marqués de Bridely.

Luizzi reflexionó y dijo de pronto:

—Quizá tendríais razon si no olvidáseis que se ha tratado de una estafa que no deshonra menos al marqués de Bridely que al cómico Gustavo.

—Vamos, vamos, contestó el marqués; la causa sobre estafa se sobreseyó; no andeis con tantos melindres vos que habeis sido absuelto por loco en una causa de asesinato.

Cómo! con que lo sabeis? esclamó Luizzi asustado.

—Como que Mr. Niquet era el notario de la familia que litiga contra mí.

—Y Mr. Barnet?

—Mi querido amigo, una casualidad bien estraordinaria me ha hecho conocer esta circunstancia. Es una historia singular, os lo juro.

—Creeis que no soy curioso?

—Lo creo. Vos poseeis un secreto mio; yo he querido poseer otro vuestro, y le he conservado.

Luizzi reflexionó nuevamente y dijo:

—Acepto vuestra proposicion, pero con la condicion de que me he de batir el primero con Mr. de Mareuilles.

—Estais en vuestro derecho.

—Ahora necesito otro padrino.

—Por qué no eligis á Enriqne Donezau? Creo que le he visto en vuestra casa.

—Le conoceis? preguntó Luizzi. Ah! ya comprendo: le veríais sin duda en Tolosa cuando estuvísteis alli con Ganguernet.

—Precisamente.

—No puede ser; se casa mañana con mi hermana.

—Con vuestra hermana! esclamó el marqués con un asombro que el baron tradujo asi:

—Mi hermana, sí, hija de mi padre como vos sois hijo de Ganguernet.

—Y se la dais á Enrique? repuso Gustavo con sorpresa, y luego añadió con aire de suficiencia: Bien es que en su posicion, no teniendo apellido ni familia.....

—No hay padres marqueses de venta, dijo Luizzi incomodado por el tono impertinente de Gustavo.

Este se echó á reir, y dijo con una fatuidad estraña:

—No es verdad que desempeño bien mi papel?

—Podíais dispensaros de él para conmigo, contestó el baron. Tenemos

otra cosa que hacer. Voy á ir á casa de un amigo: es preciso que mi hermana y Enrique ignoren lo que vá á pasar. Hacedme el favor de pasar por un momento al salon; puesto que vos conoceis á Enrique, podeis entreteneros esplicándole vuestra posicion.

—Oh! tengo para eso un admirable cuento de niño perdido.

—Muy bien. Decidle que me ha obligado á salir en seguida la carta de Mr. Barnet. Quedais encargado de recibir á los padrinos de Mr. de Mareuilles; señalad el duelo para mañana á las siete, porque el casamiento se verificará de diez á once, y todo á puerta cerrada. Si soy el mas dichoso, estaremos de vuelta antes de las diez; sino, entregareis á mi hermana una carta que escusára mi ausencia, y se efectuára sin mí la ceremonia.

—Está bien dispuesto eso, dijo el marqués.

Luizzi contestó una palabra á Cosme y salió; Gustavo pasó en seguida al salon. Enrique se apoderó de él so pretesto de visitar el nuevo aposento que le habia hecho preparar el baron, y dejaron solos á Carolina y Julieta.

Todo pasó como Luizzi deseaba: se presentaron los padrinos de Mr. de Mareuilles á saber la hora en que se habia de efectuar el duelo, y éste quedó dispuesto para la mañana siguiente.

Cuando volvió el baron, habia ya venido su notario: hacia largo rato que habia pasado la hora señalada para la lectura del contrato. Julieta, Gustavo y los interesados eran los únicos que asistian á aquel acto, pues Luizzi habia querido ahorrar á su hermana el disgusto de oir decir refiriéndose á ella las dolorosas palabras: «padre y madre desconocidos—por personas que no fuesen las que ya sabian esta circunstancia.

Enrique, á quien Luizzi habia entregado la suma que por el contrato se le reconocia, rebibió igualmente una cartera que contenia el dote de Carolina, en atencion á que, segun costumbre, el contrato llevaba en sí finiquito.

Enrique se admiró de semejante precaucion, y demostró á Luizzi su embarazo.

—En los negocios debe haber mucha formalidad, dijo el baron con una graciosa sonrisa; tengo mis razones que os espresaré mañana, al menos lo espero, las cuales me precisan á obrar con tal rigor.

Julieta, Gustavo y Enrique se miraron furtivamente, y pasó el resto de la noche, ya bastante avanzada, sin que el baron demasiado ocupado en el duelo que le esperaba al dia siguiente, parase la atencion en la tristeza inquieta, pero silenciosa, que se habia apoderado de Carolina.

Llegado el dia siguiente, á cosa de las seis y media de la mañana, ya estaban en casa del baron los padrinos. Armando entregó á Gustavo la carta que debia dar á Enrique en caso de desgracia, y partieron los tres para el bosque de Vincennes.

Los preliminares de un duelo no son largos entre personas del todo de-

cididas á batirse. Sin embargo, el que nos ocupa originó algunas esplicaciones que le retardaron largo rato.

—Yo creia, dijo Mr. de Mareuilles, con su fatuidad ordinaria, que el señor baron de Luizzi, que sin duda viene á aqui con objeto de rehabilitar sn honor, se hubiera hecho acompañar por padrinos honrados;—aludo solamente á uno, añadió saludando al segundo padrino de Luizzi.

Gustavo quiso tomar la palabra; pero Luizzi se anticipó diciendo con una altanería que calmó la estrema confianza de Mr. de Mareuilles:

—Seria preciso que yo hubiese venido aqui á rehabilitar mi honor para que pudiera parecer inoportuna mi eleccion de padrinos cualquiera que ella fuese; pero á lo que vengo es á corregir la fatuitad de un nécio y la insolencia de un noble de nuevo cuño; debeis estar persuadido de ello.

—Y yó continuaré la leccion, repuso Custavo; y yo marqués de Bridely, os honraré batiéndome con vos, señor de Mareuilles, yerno de Olivia de Marignon, hija de la Beru, antigua dueña de una casa de juego y mujeres públicas.

Cosme que sabia poco mas ó menos los antecedentes de Mad. de Marignon, palideció al oir aquel apóstrofe de Gustavo, y esclamó colérico:

—Miserable!

—Vamos, vamos, le dijo Gustavo, no os irriteis asi, mi querido Mareuilles. Acabo de llegar de Bretaña, donde se me ha hablado de vos.

Cosme se turbó visiblemente, y dljo á uno de los padrinos que era un jóven de rostro dulce y hermoso:

—Vamos, du Berg, acabemos.

—Oh! dijo Luizzi con sarcasmo, con qué tenemos aqui á Mr. du Berg? Me alegro mucho, porque era lo único que faltaba en este duelo.

—Qué quereis decir? repuso el jóven con voz meliflua.

—Vamos, señores, no bemos venido aqui para entretenernos con encuentros, dijo Cosme. Dónde están las espadas?

—Vedlas aqui, contestó el padrino de Luizzi.

El terreno en que se hallaban no se creyó á propósito, y fué preciso meterse en el bosque para encontrar otro. Despues de media hora de andanza se halló un sitio llano y descubierto. Se entregaron las espadas á los dos enemigos, y estos se atacaron con una franqueza que demostraba tenian ambos el valor completo de su accion, y al mismo tiempo demostraban con su destreza y su precaucion que cada cual defendia su persona con tanto interés como atacaba la de su adversario, Cosme sin embargo, ciego por la ira que habian despertado en él las palabras de Luizzi y las de Gustavo, era mas violento en su ataque, y Luizzi retrocedió con rapidez; Mareuilles se detuvo despues de algunos golpes.

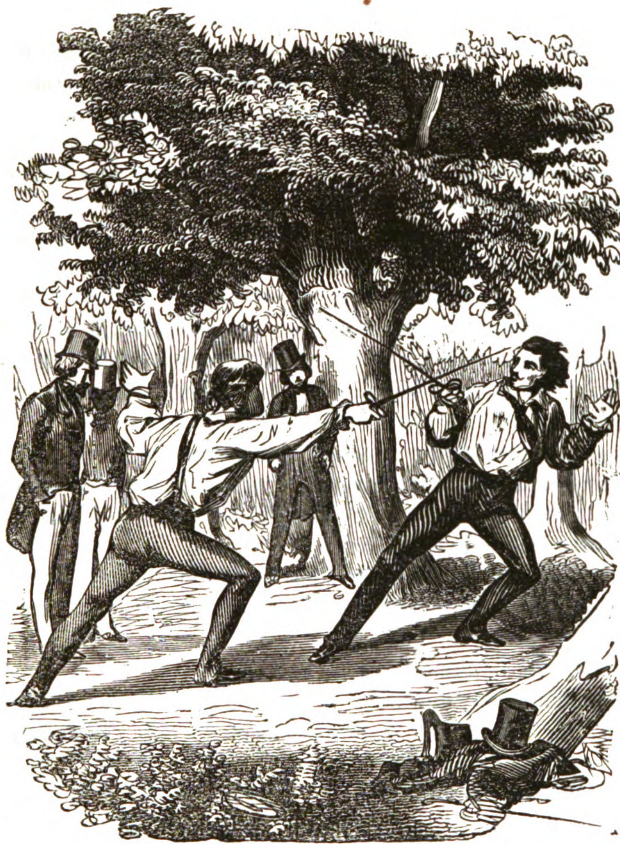
—Os he herido, dijo á Luizzi.

—No importa, repuso Armando atacando á Mareuilles, que á pesar de

esto le hizo retroceder nuevamente hasta un campito cubierto de mielgas.

—Cosme se detuvo, y dijo con tono despreciativo:

—Quiero mataros, pero no quiero segaros. Dejemos este juego, añadió con sarcasmo; no quiero *bastos* (1).



(1) *Trefle* dice el original, que significa *bastos* y tambien *trebol*. Este equivoco y los que le siguen son intraducibles, por lo cual tenemos que contentarnos con anotar su doble significado.

—Sois muy ingenioso para los equivocos, repuso el baron con el mismo tono. Y tirando una estocada á Cosme, añadió:

—Veamos quien de los dos queda en el *campo* (1).

—Magnífico! dijo Mareuilles parando los golpes de su adversario y esquivando á su vez su impetuoso ataque.—El que se rasca se *araña*, añadió en seguida, pues acababa de herir otra vez al baron en el brazo.

—Juguemos hasta que los *oros* (2) nos falten, contestó Luizzi, jugando como su adversario con las palabras. Uno y otro se lanzaban, al compás de sus espadas y de su risa furiosa, equivocos que en cualquiera otra ocasion hubieran dejado á los pobres ingenios que hacen con ellos su agostillo.

—Perfectamente, dijo Mareuilles; continuemos pues la *partida*.

Pero en aquel mismo instante le tiró el baron un golpe tan terrible que le traspasó el hombro.

Hé aqui un buen *triunfo*, esclamó Gustavo, viendo caer á Cosme; tendremos que *alzar la baza*.

—Luizzi, cuya sangre corria en abundancia de sus heridas, y á quien habia sostenido hasta entonces la cólera, empezó á desfallecer y cayó al lado de su adversario.

Los padrinos se apresuraron á socorrer á aquellos dos hombres desmayados. El primero que volvió en sí fué el baron; quien despues de cerciorarse de que Mr. de Mareuilles respiraba aun, se encaminó á su carruage.

—Quereis ir á vuestra casa? le dijo Gustavo.

—No, porque se asustaria mi hermana. Carolina trataria de diferir la ceremonia, y os aseguro que no tengo ganas de practicar nuevamente las enojosas diligencias que he practicado estos dias. Estas heridas no valen nada, pues no han interesado al hueso del brazo.

—Sí, dijo Gustavo, pero están cerca de la muñeca, y en tales casos son de temer los tétanos. No hay que andarse con juegos con las heridas de espada.

—No pudiérais llevarme á vuestra casa?

—Con mucho gusto, dijo Gustavo, aunque me hallo de huésped; alli encontrareis á Mr. Barnet que se hospeda cerca de mí, y os confiaré á él en tanto que yo voy á preparar á vuestra hermana.

—Perfectamente, dijo Luizzi.

Una hora despues, llegaron á la calle de Helder; pero Barnet no estaba en casa. Se llamó á un facultativo que sangró á Luizzi y le mandó un completo reposo. Eran ya las diez.

—Id á mi casa, dijo Luizzi á Gustavo, y decid á mi hermana que mi vo-

(1) *Carreau*: el suelo y tambien el palo de *oros* en la baraja.

(2) *Cœur*: Corazon, y tambien el palo de *copas*.

luntad espresa es que se case á pesar de mi ausencia, y que dentro de dos horas volveré; luego vereis á Enrique y me haré trasportar á mi casa.

—Seria una imprudencia, dijo el facultativo.

—Veremos, contestó Luizzi: en todo caso dejad recado para que venga á verme Mr. Barnet asi que vuelva.

Gustavo hizo lo que Luizzi le mandaba, y salió.

Las heridas y la pérdida de sangre habian debilitado en estremo á Luizzi: asi que dejaron de preocuparle todas aquellas disposiciones, cayó en un abatimiento que se acercaba al sueño: no calculó la duracion de su desmayo, pero le sacó de él el ruido de la puerta de su habitacion, y el de una péndola que dió las doce de la noche. La persona que abria la puerta era Mr. Barnet. El baron le hizo una seña para que se acercára, y el notario esclamó:

—Calla! qué es lo que acabo de saber! Con qué habeis sido herido en un duelo!

—No es nada, contestó el baron admirado de su debilidad y del vivo dolor que le causaban las dos heridas que tan leves creia.

—Es mucho, repuso Barnet, es mucho para un hombre cuyos asuntos reclaman su presencia inmediata. No sabeis que fuísteis arruinado por un pícaro viejo llamado Rigot?

—Sí, dijo Luizzi; pero Rigot perdió el pleito.

—Le perdió en primera instancia; pero apeló. Durante vuestra ausencia, he arrastrado el proceso de incidente en incidente; pero se vá á ver el pleito el mes que viene, y es preciso que preparemos todos nuestros medios de defensa.

El baron recordó en aquel instante que el Diablo le habia dicho se le habian devuelto sus bienes, y ciertamente que si se hubiera hallado solo le hubiera llamado para quejarse á él. Mr. Barnet, añadió en seguida:

—Pero la ocasion no es á propósito para hablar de asuntos demasiado embrollados. Decidme: por qué no os habeis hecho conducir á vuestra casa, donde me ha admirado no poco vuestra ausencia?

—Si habeis estado en mi casa, habeis debido adivinarlo, porque sin duda habreis visto á Carolina.

—No la he visto, contestó Barnet con acritud; me ha contestado por medío de una jóven bastante impertinente, que no estaba visible.

—Dispensadla, dijo Luizzi: toda mujer está muy ocnpada el dia de su casamiento.

—Cómo! esclamó Barnet con esplosion. Con qué se casa!

—A esta hora debe ya ser asunto concluido, contestó Luizzi mirando á la péndola.

—Y la habeis casado con Enrique Donezau! esclamó Barnet acentuando cada sílaba con admiracion y cólera.

—Con el mismo, dijo Luizzi.

—Ah! Dios mio..... he llegado tarde.

—Qué quereis decir? preguntó Luizzi incorporándose en el lecho. Acaso me ha engañado Enrique? Quizá estemos todavia á tiempo.

Gustavo abrió la puerta, y en seguida entraron Enrique y Carolina que se precipitó gritando al lecho de su hermano.

—No es nada, no es nada, hermana mia, tranquilizaos..... dijo Luizzi.

—Me habeis prometido tener ánimo, dijo Gustavo; no os asusteis asi. Tened presente que, segun ha manifestado el facultativo, una emocion algo viva pudiera ser fatal para el baron, y que podeis ponerle mas malo aun de lo que está.

—Ya me callo, ya me callo, respondió Carolina enjugándose las lágrimas; pero no puede permanecer aqui, es preciso que vaya á casa.

—Teneis razon, dijo Luizzi. Gustavo, tened la bondad de disponer mi salida.

Gustavo salió de la alcoba; pero quedó Enrique que hasta entonces habia guardado silencio, y su presencia recordó á Luizzi las palabras de Barnet.

El baron, alarmado á su pesar por la esclamacion del notario, dijo sin embargo al subteniente con tono que procuró hacer amistoso:

—Puedo ya llamaros hermano? Se ha celebrado la ceremonia?

—Sí, hermano mio! respondió Enrique con acento vivamente turbado y alargando la mano al baron.

Luizzi notó que Barnet examinaba á Enrique y que hizo un movimiento de aprobacion al oir la respuesta del subteniente.

Pasados algunos instantes, todo estaba en movimiento para la partida de Luizzi; mientras los demas se entregaban á aquella ocupacion, hizo Armando una seña á Barnet, y le dijo:

—Qué significan esas palabras «he llegado demasiado tarde?»

—Nada, nada; tenian relacion con otros proyectos.... Quizá os hubiera yo propuesto otro partido....

—Creeis que Enrique no sea hombre de bien?

—No he dicho tal cosa, pero no es rico, y quizá....

—Habiais pensado en el marqués de Bridely?

—Que tiene sus sesenta mil libras de renta, contestó Barnet con alegria como si hubiese visto con placer la ocasion de esplicar asi sus palabras.

—Y por qué no me escribísteis? dijo Luizzi que conservaba todavia su desconfianza en el fondo de su corazon.

—Yo os diré.... contestó Barnet vacilando; no os escribí porque.... porque el marqués no habia ganado aun su pleito, añadió con rapidez como si de pronto le hubiera ocurrido esta salida.

Todo se hallaba preparado para la traslacion de Armando. Bajó este con paso firme la escalera; pero, una vez en el carruage, le aturdió de tal modo el movimiento, que estuvo muchas veces á punto de perder el conocimiento. Al fin llegó á su casa, y con gran terror suyo se encontró enfermo en el mismo lecho en que habia estado próximo á perecer á manos de sus criados. Sin embargo, le tranquilizaron los cuidados de su hermana y los de Mr. Barnet; pero á pesar suyo, y por un sentimiento del todo nuevo, no contó la presencia de Enrique entre estos motivos de seguridad. Esta idea le atormentó de tal modo durante aquel dia, que cuando llegó la noche se habia apoderado de él una violenta calentura, y el médico se mostró descontento del estado de sus heridas.

—Es preciso, dijo, descanso absoluto del cuerpo y del espíritu, señor baron, porque si no pueden sobrevenir graves accidentes.

—Yo pasaré la noche al lado de mi hermano, contestó Carolina.

—Gustavo hizo un gesto bastante cómico mirando á Enrique, que repuso:

—Mi hermano creerá tal vez que es inútil.

—Por qué lo ha de ser? replicó con acritud Julieta; nadie puede prestar al baron mejores y mas asiduos cuidados que Carolina. Una hermana de la caridad sabe curar las heridas.

—Pero no habeis sido vos tambien hermana de la caridad? repuso Gustavo con tono burlon.

—Creeis vos, respondió Julieta tomando un aire de dignidad ofendida, creeis que yo debo pasar la noche en el cuarto de un hombre?

—Eso cuando menos seria generoso, dijo Gustavo mostrando con la vista á Enrique y á Carolina.

Julieta se mordió los labios de rabia y no contestó.

—Yo me quedaré, dijo Carolina; lo quiero absolutamente, y como se va haciendo ya tarde, podeis retiraros.... os lo suplico.

—Vamos, Enrique, dijo Gustavo, vamos, resignaos, querido....

Enrique se retiró con despecho, en tanto que Julieta le seguia con una mirada ardiente y curiosa. Apenas salió él de su alcoba, se acercó Julieta á Carolina y la dijo:

—Quedaré en casa, me echaré vestida sobre mi cama, y si me necesitas, subes á llamarme que estaré pronta.

En seguida se volvió al baron, é inclinándose á él lo bastante para que el calor de su aliento le hiciera estremecer, le dijo en voz baja:

—Buenas noches, señor baron.... buenas noches, Armando.

Luizzi escuchaba aun aquella voz vibrante y apasionada que acababa de lanzarle su nombre como una confesion de amor, cuando Julieta habia ya desaparecido.

Armando, asi que quedó solo con Carolina, reflexionó acerca de todo lo que habia creido ver y oir en sentido equívoco durante aquel dia. Pero todo

consistia solo en gestos imperceptibles, miradas furtivas, palabras interrumpidas que se fatigaba en vano por recordar. Su razon era de cuando en cuando bastante lucida para que se dijese á sí mismo que su imaginacion exaltada por la calentura prestaba un sentido oculto á mil pequeños incidentes que carecian de él; pero no tardaba en aparecer de nuevo aquella tormenta de su espíritu, y todos aquellos pequeños incidentes pasaban y volvian á pasar delante de él como los restos de un navío que las olas llevan de un lado á otro en medio de la oscuridad á la vista del náufrago que, de pié sobre una roca, en vano procura apoderarse de uno de ellos. El vértigo físico que por fin se apodera del náufrago se iba apoderando tambien insensiblemente del espíritu de Luizzi, que le sintió y trató de librarse de él. No pudiendo apartar su atencion de las dudas que flotaban en él, quiso esclarecerlas y cogió su campanilla. Sin embargo, miró á Carolina, que estaba sentada en un ancho sillon al pié de su lecho, y que se habia ido quedando adormilada.

Como la presencia y la voz del Diablo solo eran perceptibles al baron, éste agitó su talisman; pero la campanilla no produjo sonido alguno, y en aquel mismo instante sintió Armando una rigidez invencible en el brazo, su cuerpo se encorbó hácia atrás como un arco que ninguna fuerza humana hubiera podido enderezar, y sus mandíbulas se apretaron de tal modo que parecian romperse sus dientes. El baron conoció que se hallaba atacado de esa horrible enfermedad que se llama tétanos, resultado frecuente de aquellas heridas en que han sido rotos los músculos. No pudo hacer un movimiento para agitar la campanilla, ni exhalar una queja para llamar, y casi en seguida le pareció que se le habia descargado en la cabeza un golpe terrible. Cerró los ojos y vió....

Vió una luz tan viva que jamás habia herido su vista tan deslumbradora claridad. Era aquella luz tan intensa, tan penetrante, que atravesaba los cuerpos opacos como la luz ordinaria que se desliza á través del cristal, y tan fúlgida, que diseñaba en las paredes la sombra de la llama de las bugías. Aquel prestigio no era el que habia separado de delante del baron las paredes, la distancia, la oscuridad, los cuerpos intermediarios que le hubiesen impedido ver á Enriqueta Buré en su horrible calabozo: era una trasparencia que dejaba ver los objetos mismos, aunque se pudiera ver mas allá de ellos; era su efecto el del cristal que se ve y no oculta nada sin embargo; aquel era un espectáculo deslumbrante, desconocido, en que todo radiaba y todo se hallaba penetrado de luz.

Asi es que Luizzi creyó ver mas allá de su alcoba su salon desierto y amueblado tal como en realidad lo estaba; mas allá del salon, el comedor con todos los efectos que en él habia, y luego la antesala donde dormia Pedro sobre un banco. Encima de su cabeza creyó ver á través del techo el aposento de su hermana; conoció todas las piezas, y siguió tan estraña inspeccion con una curiosidad deliciosa. Vió con mucho cuidado si se habia escapado al-

gun mueble á su investigacion; fijó su atencion en los mismos muebles, y descubrió en su interior los objetos mas pequeños; su mirada fué pasando de alcoba en alcoba recorriendo detalladamente todos sus adornos, pues estaban deshabitadas, y se maravillaba de aquel estraño espectáculo que hubiera querido ver mas animado cuando reconoció el cuarto de Julieta, donde se hallaba ésta. Enrique paseaba á largos pasos por el cuarto, y la jóven le hablaba accionando con viveza

Armando escuchó y oyó del mismo modo que veia. El sonido llegaba á su oido recto y claro, como si no hallára ningun obstáculo en que estrellarse, como si volara por un espacio vacío de todo, escepto del aire, que debia servirle de conductor. Hé aqui lo que oyó:

—Si deseas engañarme, chasco te llevas, Enrique; te conozco muy bien, estás enamorado de esa tontuela de Carolina.

Julieta era la que hablaba.

—En qué diablo de manía has dado ahora? contestó Enrique. Quieres que no me acueste con mi mujer?

—No quiero, no! dijo Julieta con furor.

—Vaya, déjame.... No te pido mas. Tengo en el bolsillo los quinientos mil francos del cuñado; mientras se halla en cama, aprovechemos la ocasion; dentro de dos dias ya estaremos fuera de Francia.

—Ayer era posible, pero hoy que está Barnet en París seria esponernos. El notario es hombre capaz de ir á la policía á la menor sospecha y denunciarnos; y ya sabeis que los telégrafos andan mucho mas que las sillas de posta.

—Con que lo sabe todo ese culebron de notario?

—No sabe los pormenores, contestó Julieta; ese bribon sin duda no sabe que yo fui quien manchó los hábitos de Carolina para obligarla á ponerse otros é incitarla á ir á la romería de Auterive. Nadie ha podido decirle de qué modo hice creer á esa idiota que tú estabas enamorado de ella, ni como tu tierna correspondencia, que nos servia para escribirnos nosotros, hizo que se enamorara locamente de tí.

—Con que me amas? dijo Enrique con una vanidad de toro.

—Alábate, sí, repuso Julieta. Si yo, querido mio, no te hubiera dictado la primera carta, y si el gallardo Fernando, tu sargento mayor, que tan lindos *vaudevilles* hacia, no te hubiera escrito las otras, piensas que hubiera perdido la cabeza por tí?

—Esas cartas, dijo Enrique con aire de desprecio, no son tan famosas. No puedes figurarte como me atontaron cuando el baron me las devolvió entre los facciosos y las leí.

—Pues tú las escribiste.

—Yo las copié, y llévemе el diablo si las entendia; pero las he aprendido de memoria, y ya puedo decir como el mas pintado: «Tú serás el alma de

mi vida, el corazon de mi corazon.» Elevaré mis sentimientos platónicos mas altos que los tejados.

—Sí, dijo Julieta; en bella situacion pusiste á Carolina la primera vez que te viste á solas con ella; me parece que si nosotros hubiéramos llegado un poco mas tarde....

—Habla algo tambien de tí: á fé que estabas mas colorada que un pavo cuando volviste con el baron.

—Toma, yo soy diferente.

—De veras? dijo brutalmente Enrique.

—Qué quieres, querido mio! contestó Julieta; el baron es buen mozo y tiene doscientas mil libras de renta; luego como tú te has casado....

—Pues descuídate, dijo Enrique mostrando el puño á Julieta.

—Bah! qué es lo que harás?

—Romperos los huesos á tí y á él, respondió Enrique, cuyo rostro tomó una feroz espresion.

—Tá, tá, tá! Eres un botarate y nada mas, dijo Julieta.

—Vaya, no hablemos mas de eso; muchas han sido las necedades que me has obligado á hacer en mi vida, pero la última es la mayor de todas.

—Gracias! dijo Julieta; te puedes quejar cuando te he proporcionado una mujer con quinientos mil francos....

—Sin necesidad de tí me hubiera casado con ella.

—Sí? te hubieras casado con ella si yo no te la hubiera hecho conocer? la hubieras inflamado con tus bellos ojos si yo no hubiera soplado el fuego? Y luego te se hubieran reconocido doscientos cincuenta mil francos de dote, si yo no hubiera inducido á Carolina á pedir á su hermano esa cláusula?

—Ya sé que eres diestra en todo.... Pero te juro que me da lástima esa pobre mujer.

—Y tambien el baron me da á mí lástima, querido mio, porque el pobre tiene un deseo, un deseo....

—Todavía!

—Te juro que me he portado como mujer virtuosa. Sin ir mas léjos, ayer.... en su gabinete me puse á jugar con él.... Hubo un momento en que perdimos la cabeza, y si él hubiera querido....

—Julieta! murmuró furioso Enrique.

—Eh! anda á acostarte con tu mujer y déjame en paz.

—Pardiez que tienes razon, dijo Enrique encolerizado; voy ahora mismo. Y se dispuso á hacerlo.

—Enrique, esclamó Julieta levantándose, si sales de aqui esta noche hemos concluido.

—En ese caso, contestó Enrique volviendo, no me fastidies mas con tu baron, y hablemos con seriedad. Volviendo á Mr. Barnet, en qué te fundas para creer que pueda sospechar algo?

—Te lo diré, ya que todo es preciso decírtelo. Debe sospechar por esos seis mil francos que habia dado á Carolina, que yo habia colocado en poder de mi madre y que debian servir para vuestra proyectada fuga.

—Al fin nos embolsamos nosotros esos seis mil francos, y tú viniste á parir á París, gracias á ese socorro debido á Dios y á tí.

—Pues bien; esos seis mil francos habian dado en qué cavilar á Barnet en Tolosa, donde yo me hallaba aun; las hermanas le dijeron que no habian oido hablar de ellos, pero que Carolina debia haberlos llevado á Evron. Como el bueno de Barnet sabia que las religiosas dejaban hacer á su protegida casi todo lo que ella queria con objeto de adquirir su capital, se contentó al parecer con aquella razon. Pero volviendo últimamente de Rennes, torció á Evron, y habiendo preguntado si habia llevado Carolina aquella cantidad, la superiora le contestó que no.

—Pero yo creo que todo está arreglado con el cuento que inventaste y contaste á Carolina.

—Está arreglado para con ella, pero no para con Barnet, á qnien dieron malos informes de tí en Vitré, lo cual unido á los seis mil francos....

—Y no ha podido traer Carolina ese dinero á París?

—Buen modo de discurrir! dijo Julieta. Crees tú que si Carolina hubiese tenido seis mil francos se hubiera visto obligado el baron á pedir dinero prestado á Barnet para su viage desde Vitré á París? Eso sobre todo es lo que ha puesto alerta á ese pícaro tacaño; luego recordó los primeros mil doscientos francos dados á mi madre, y cree que los seis mil han llevado el mismo camino.

—Pero quién te ha dicho todo eso?

—Toma! Gustavo que ha hablado con ese buho de notario, y que no sabiendo nada de nada, le dijo qne me conocia, un dia que Barnet pronunció mi nombre en su presencia.

—Y qué le dijo?

—Poca cosa, dichosamente. Le dijo que me habia conocido de comparsa en el teatro de Marsella.

—Y nada mas? dijo Enrique.

—Nada mas. Como que Gustavo no estuvo nunca en Aix cuando yo me hallaba alli con mi madre.

—Oh!.... esclamó Enrique, como si el nombre de Aix despestase en él ignobles recuerdos.

—Y qué?..... alli egercia su oficio.

—No te le habia dado á tí malo!

—Toma! dijo Julieta, tan bueno como el tuyo: á no ser por la revolucion de Julio en que hallaste medio de pegar un tiro á aquel vejete de Baquenel, so pretesto de que era espía y de robarle los pagarés falsos que te habia descontado, yo quisiera saber donde estarias á estas horas. Y esa gracia no se

opuso á que obtuvieras una charretera por mi buena mediacion, en tanto que fueron enviados á Argel de soldados rasos otros que se habian batido valerosamente contra los suizos y la guardia real. Con que ya vés que éramos tal para cual cuando nos conocimos.

—Y despues has continuado siendo la misma.

—De lo cual no te has quejado mientras te ha proporcionado para gastar y triunfar, dijo Julieta con espresion de disgusto; pero ahora que tienes rentas.....

—Pues bien! en el dia no quiero que el baron te haga la rueda.

—Pues bien! yo no quiero que tu mujer sea tu mujer.

—Y qué quieres que haga?

—No hacer nada: es inocente como una niña de dos años, yo te lo aseguro.

—Sí, pero y si le preguntan su hermano ó Barnet ....

—Eres muy tonto! dijo Julieta con tono de burla y de desprecio. Piensas que Barnet ha de ir á decir á Carolina: «Señora, hacedme el favor de decirme si vuestro esposo..... Déjame en paz. Estoy viendo que no podrás nunca acostumbrarte á los usos del gran mundo.

—A tí te sucede todo lo contrario: te dás un aire de princesa, un tono de mojigata.....

—Ah! esclamó Julieta con exaltacion; las mujeres tenemos en la cabeza y en el corazon una cosa mas que los hombres. Si yo hubiera nacido en la revolucion seria generala..... ó si hubiera nacido antes hubiera sido la Dubarry..... Pero en el dia nada se puede adelantar con los hombres que son tan mojigatos como avaros.

—Y por qué me cuentas á mí en ese número?

—En cuanto á tí, te amo, es muy diferente. Pero mira, si no fueras celoso como un bruto, ni un sueldo le dejaria yo de sus doscientas mil libras de renta al baron.

—Yo tambien soy bastante rico.

—Veamos, dijo Julieta... Te dejo á Carolina... me es igual, y yo me las compongo con el baron.

—Corriente, contestó Enrique; pero reflexionó un poco y añadió: No, decididamente no quiero.

—No quieres?

—No, no, aborrezco al baron. Le detesto, porque tú le quieres; te gusta con su gascon, con sus guantes amarillos y su aire de gran señor..... Si fuera un viejo, no digo que no, no me importaria; pero él..... no, mil veces no.

—Corriente; pero piensa en Caroliua y ya verás.

—Pues bien! lo veremos.

—Andate con cuidado. Ella me lo cuenta todo y yo sabré lo que ocurra.

—Y si ocurre?

—Tengo en mi poder tus pagarés falsos.

—Con que los has guardado, miserable bribona?

—Están en sitio seguro; yo soy muy precavida.

Enrique se golpeó la frente de cólera, y Julieta continuó:

—Oh! yo te conozco muy bien pichon mio. Tú lo que quisieras ahora es dejarme con un palmo de narices :.. Vete á buscar á tu mujer si te place... eres libre.....

—Lléveos el diablo á tí y á mi mujer! Yo no pienso siquiera en ella.

—Mas de lo que dices.

—Te aseguro que no, bajo palabra de honor. Es solamente por pura fórmula. Cuidado que estoy pasando una buena noche de boda!

—Conozco que la cámara nupcial te gustaria mas que la mia.

—Te aseguro que quedará vírgen.

—Al menos por esta noche, no lo dudo.

—Enrique se detuvo delante de Julieta, al parecer poseido de una idea súbita. Contempló largo rato á su cómplice, como para observar por medio de la mirada la lubricidad que en aquella mujer habia, y al fin la dijo:

—Acaso no.

—Lo que es Carolina no subirá á ella.

—Pero vendrás tú.

—Yo?

Julieta se echó á reir al oir aquella detestable proposicion, y en seguida añadió:

—En efecto, seria gracioso... . Pero no, no quiero..... estoy de mal humor.

—Vamos, pues, dijo Enrique cogiéndola de las manos y atrayéndola hácia sí; no seas hipócrita, ya te pondrás de buen humor.

—Déjame en paz, repuso Julieta; que me haces daño, bruto.

—Ya sabes que para mí no hay mas que tú en el mundo, dijo Enrique ciñéndola con sus brazos.

—Eres insoportable, dijo Jnlieta dejándose llevar, cuando te dá la locura.....

—Anda, vamos.

—No, esta cámara está encima de la del baron.

—Pues eso es lo divertido, contestó Enrique.

—Y cogiendo á Julieta en sus hercúleos brazos, la llevó á través de las habitaciones, en tanto que ella decia:

—Qué manía, Enrique!..... Qué locura!..... Eres ùn mónstruo!

Y luego añadió de repente, echándole á su vez los brazos:

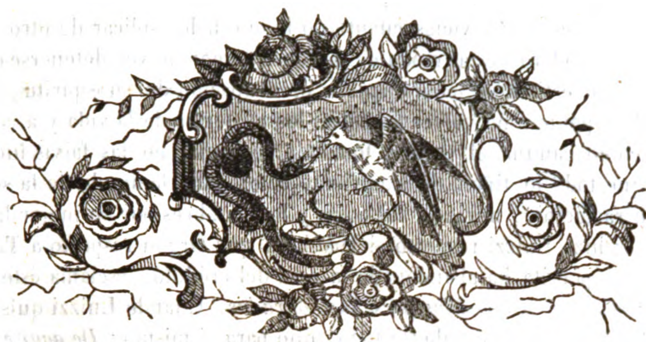
—Y por eso precisamente te quiero, picarillo.

Luizzi los vió dirigirse á la cámara nupcial cuya puerta atravesaron. El

baron quiso gritar lleno de horror y de indignacion; y en efecto exhaló un grito terrible. Pero desapareció toda aquella vision delirante y se encontró



en medio de una oscuridad espantosa, donde en vano daba terribles gritos. No vio mas, no oyó mas, no sintió mas; luego abrió de repente los ojos, y vió:



XV.

Encuentros.



Vió á Julieta, á Enrique y á Carolina inclinados sobre su lecho, impidiéndole romperse los miembros en las horribles convulsiones que el tétanos habia hecho suceder á la inmovilidad. A pesar de los dolores atroces que esperimentaba, conservaba la completa percepcion de cuanto pasaba á su alrededor, y todo el uso de su razon como de ordinario sucede en esa afeccion inesplicable. Cuando el baron vió á su lado á Enrique y á Julieta prodigándole sus cuidados con la mayor solicitud, no pudo menos de convenir en que se habia hallado por espacio de algunas horas bajo el imperio de un delirio estravagante y una idea repentina vino á iluminarle dándole á conocer el peligro de su situacion.

Recordó que dos veces habia sido tenido por loco; conoció entonces que hallándose bajo el imperio de las revelaciones del Diablo, todas las co-

sas ciertas debian ser dudosas para él, toda apariencia un sueño, que tomaba por crímenes y vicios cuanto no le era dado esplicar de otro modo. Entonces se apoderó de tal modo del baron el temor de ver detenerse en una cosa fija y convertirse en locura aquella preocupacion de su espíritu, que se decidió de repente á no volver á sondear los misterios de la vida y á caminar por esta como camina el vulgo, tomando por guia, no las falsas luces del infierno que todo lo tiñen de sangriento color, sino la ayuda de la sencilla luz de su raciocinio, mirando las cosas y los hombres por su mejor lado.

Tal vez hizo Luizzi respecto al Diablo lo que Orgon respecto á Tartufe. Asi que el hipócrita ha abandonado la casa del crédulo, esclama éste: *Esto es hecho; renuncio á todas las personas honradas*. Cuando Luizzi quiso desechar aquella manía de saberlo todo, dijo para sí mismo: *De aqui en adelante, creeré que todas las personas son honradas.*

La convalescencia bastante penosa que siguió á aquel grave accidente, incurable las mas veces, disipó del todo los temores de Luizzi á quien el mal habia exaltado hasta esperimentar tan espantosa vision. Enrique tuvo para con él todas las atenciones posibles; y en cuanto á Julieta, le acompañó constantemente, leyéndole alguna cosa, conversando con él con una candidez, una gracia y una modestia nunca desmentidas. Sus encantos cada vez eran mayores á los ojos del baron, porque al encanto de una sociedad dulce y franca, se juntaba siempre aquella embriaguez magnética que el baron esperimentaba casi siempre á su pesar. Cuando se hubo restablecido se halló completamente enamorado de Julieta, ó mas bien, volviendo á la singular pasion que le inspiraba aquella mujer, la deseaba como un seminarista y huia de ella como un niño.

Por lo demás, en la posicion del baron tuvo lugar un cambio notable. Del mismo modo que él habia mandado al marqués de Bridely á saber como seguia Mr. de Mareuilles, este habia enviado al jóven du Bergh á informarse de la salud de Armando.

Estas visitas se renovaban todos los dias por ambas partes. Gustavo habia hallado medio de decir en casa de Mad. de Marignon donde vivia Mr. de Mareuilles desde que era yerno de ésta, que él, el marqués de Bridely, poseia sesenta mil libras de renta, y esto sirvió de escusa á los pecadillos pasados; su tentativa de estafa se tuvo por uua locura de jóven, á quien la esperanza de una gran fortuna daba derecho á ser menos circunspecto que un pobre diablo, en atencion á la certidumbre que tenia de poder reparar pródigamente sus desaciertos.

Se habian acostumbrado todos á verle, y si no pertenecia á las intimidades de la casa, se mezclaba con alguna vanidad el nombre del marqués de Bridely entre los bellos nombres de los jóvenes que frecuentaban la sociedad de Mad. de Marignon. Hasta se murmuró que la jóven y hermosa Mad. de Mareuilles envidiaba, sino la persona y los bienes de Gustavo, al menos su

título de marqués. Por otra parte, Luizzi habia recibido con política las visitas, primero ceremoniosas y luego amistosas, de Mr. Edgardo du Bergh. El aire delicado y dulce de aquel jovencito que bajaba la vista como una doncella y hablaba con una vocecita atiplada, habia agradado á Luizzi. Este le habia ofrecido su casa, y él habia aprovechado el ofrecimiento para visitarla por cuenta propia. Resultaba de todo esto una especie de aproximacion por intermediarios entre Luizzi y Mr. de Mareuilles, y el baron sin desear llevar las cosas mas adelante; pero como hombre que sabe vivir, consagró su primera salida á hacer una visita á su adversario, cuya cura se hallaba mucho menos adelantada que la suya.

La reconciliacion de dos hombres de corazon que se habian batido con bastante serenidad para dirigirse mútuamente chanzonetas, por malas que fuesen estas, no era dificil de conseguir. Mareuilles alargó la mano á Luizzi y se abrazaron, sin que les quedára otra, pues eran bastante libres para odiarse abiertamente, sin necesidad de guardarse ningun rencor oculto. Por lo demas, solo habian querido matarse uno á otro, y nadie en el mundo se aborrece por tan poca cosa. Si Mareuilles y Luizzi hubiesen sido rivales por opiniones políticas, por mujeres ó por una superioridad de caballos ó de corte de ropas se comprende que se hubieran odiado mortalmente, pero por sangre derramada?..... Eso se queda para los rústicos.

Asi que vió á Mareuilles, Luizzi solicitó ver á Mad. de Marignon que le recibió con esa gracia y esa cortesanía de la mujer que sabe olvidar y recordar oportunamente. Luizzi trató de hallar en aquella señora mayor tan bien puesta, tan conservada y tan digna á la loca Olivia, á la libertina Olivia, y conoció que bajo aquella apariencia de gravedad habia un fondo de indulgencia y de franqueza que se doblegaba á la hipocresia de que estaba rodeado, pero que la detestaba.

Mad. du Bergh, que se hallaba alli, dió las gracias al baron por la buena acogida que habia hecho á su hijo. Tambien encontró á Mad. de Fantan, la cual le anunció haberse casado su hija, y por último vio á la bella Mad. de Mareuilles. Salió de casa de Mad. de Marignon enteramente reconciliado con aquella sociedad que tan odiosa le habia pintado el Diablo.

Desde que se habia separado de ella; desde su primera y fatal enfermedad, el baron se habia hallado con tanta frecuencia en contacto con los vicios ridículos y groseros de la clase media y del pueblo, que le parecia resucitar en la atmósfera franca y despejada de aquel salon; escuchó con un placer del todo nuevo aquella palabra dorada y lisonjera de las personas que *saben vivir*, y se prometió no volver á emprender sus pesquisas fuera de aquella esfera elevada.

Sin embargo, habian transcurrido algunos dias desde su primera salida, cuando Luizzi recibió una carta de Barnet que habia dejado á París dos dias despues del famoso duelo. El notario instaba en aquella carta al baron á que

fuera á Tolosa para arreglar sus asuntos, y le participaba un proyecto que agradó bastante á Armando. El diputado de un distrito en que radicaban las mas ricas propiedades de Luizzi acababa de morir, y se iba á hacer nueva eleccion. Barnet, que disponia de gran número de votos, no queria, por deferencia de opiniones, dárselos ni al candidato de la estrema izquierda ni al candidato legitimista; tampoco queria, á causa de enemistades particulares, dárselos al candidato ministerial, que habia obtenido una plaza de recaudador particular que Barnet hubiera preferido á su estudio; se los ofrecia al baron, á quien aseguraba el triunfo si queria el mismo Luizzi aspirar á él.

El baron puso en conocimiento de su familia, de la cual casi formaba parte Julieta, el contenido de aquella carta, y entonces fué cuando con un vivo sentimiento de placer vió por primera vez á aquella jóven animarse al espresar los votos que por él hacia, y complacerse en el cuadro brillante que ella trazaba del porvenir de un hombre político.

Luizzi participó al principio de aquel entusiasmo, pero luego consideró las investigaciones de que son objeto los desgraciados candidatos, y temió que su pasado no se pudiese esplicar satisfactoriamente á electores de la clase media y muy poco fanáticos. Sin embargo, lo impelieron á aceptar un estraño descubrimiento y un suceso no menos estraño. En efecto, algunos dias despues, hallándose en casa de Mad. Marignon habló con tono bastante indiferente de la candidatura que se le ofrecia.

Un concierto de felicitaciones por su buena suerte resonó por todas partes.

—Con que os hareis elegir, no es verdad? le dijo un caballero anciano de figura aristocrática; ya era tiempo de que la Francia se hiciese representar por algunos nombres que pudieran recordarla que toda su gloria no pertenece á esta época. Los Luizzi datan, en la historia, de la guerra de los Albigenses; se los vé al lado de los Levis y los Turenas en aquellos memorables sucesos.

—Tambien es tiempo, mi querido señor de Armely, añadió Mad. de Mareuilles, que nuestros diputados no sean todos abogados de canton, médicos de aldea ó comerciantes de hierro y de algodon. Esos señores, con su trage burdo, su camisa sucia y sus manos sin guantes, invaden todos los salones, están en palacio, están en el despacho de los ministros, en todas partes en fin; y una pobre mujer no sabe con quien hablar, á menos que no quiera discutir el impuesto sobre la sal, ó la tarifa de aduanas. Ni bailan, ni atienden, ni rien.

—Es verdad, pero votan, dijo una dama que pasaba por muy decidora; ese es su gran negocio.

—Y sobre todo, el de los ministros, añadió un caballero que gozaba gran renombre por lo atrevido de sus opiniones.

—En verdad, mi querida Lidia, añadió una jóven cuyas facciones no podia

distinguir Luizzi, pues se hallaba en el hueco de un balcon, y casi oculta su cara por un gorro, pero cuya voz llamó mucho su atencion, en verdad que no soy de vuestro parecer. Haríais muy bien en no quitarnos los últimos hombres de sociedad que nos quedan y de no aconsejar al señor baron que vaya á perderse en ese caos de *honorables*, demasiado *honorables* sí, pero que inficionan con la política y el fastidio el salon en que entran. La política es un mal que se pega, un hedor que lo impregna todo; y si no dígalo mi marido que apenas tiene la edad que se requiere para ocupar un asiento en la cámara de los pares y ya está inficionado por esa manía. Cuando vuelve de una sesion de la cámara alta le sucede lo que á Mr. de Mareuilles cuando vuelve del club de los Jokeis: mi marido huele á política y el vuestro á tabaco. Tanto me agrada un capitan de la guardia nacional.

Luizzi procuraba recordar donde habia oido aquella voz, cuando le distrajo de su preocupacion el acento varonil de otra mujer hermosa en toda la estension de la palabra, que replicó con una especie de impetuosidad apasionada:

—Qué quereis que hagan los hombres en nuestra época sino dedicarse á la carrera política? El fin de todo hombre que conoce su fuerza es siempre, y en todas partes imponer su superioridad á sus rivales y crearse un nombre y un poder cuyo ascendiente sea preciso reconocer. La carrera política es la única en el dia que puede conducir á ese fin; todo el hombre que tenga alguna ambicion viril debe, pues, seguirla.

—Segun eso, dijo la jóven con tono bastante acre, vos no hubiérais llevado á mal que en los abominables dias de la revolucion, el hombre honrado hubiese buscado ese poder y ese renombre de que hablais; hubiérais aprobado que un verdadero noble se hubiera hecho, por ejemplo, soldado de Bonaparte para llegar á general y que un marqués de antigua raza se hubiera hecho senador para ser conde del imperio?

—Seguramente, señora.

—Sentimientos son esos que me admiran en la condesa de Cerny, en la hija del vizconde de Assimbret, en una mujer que lleva dos nombres de los mas nobles de Francia.

—Sentimientos de que no es estraño deje de participar la condesa de Lemée, contestó con desden la hermosa dama.

—La condesa de Lemée! esclamó Luizzi (hija de Turniquel, murmuró para sí, como si quisiese terminar la frase de Mad. de Cerny).

—Si, dijo la jóven, saludando con mucha gracia á Luizzi; sí, señor baron, soy la condesa de Lemée, y tenia deseos de saber si me conocíais.

—Con que os conoceis? preguntó Mad. de Marignon procurando cortar las contestaciones de aquellas dos mujeres.

—Pasamos algunos dias juntos en casa de mi tio Mr. Rigot, dijo Mad. de Lemée. Espero, señor de Luizzi, que no tendreis prevencion ninguna con-

tra mí por el pleito que os puso mi tio. Al fin le perdió, y me alegro mucho; debeis dar las gracias á cierto Mr. Bador, á quien mi tio encargó su direccion. Aunque la torpeza de Mr. Bador me haya hecho perder mis esperanzas de heredar, le doy las gracias á ese buen señor, puesto que á él debo el que no haya rencor entre nosotros.

Luizzi prestaba atencion á la señorita Ernestina Turniquel, cuyo aplomo admiraba, cuando le dijo la condesa de Cerny:

—Ya! con que habeis conocido á Mr.... de Rigot?

—He tenido ese honor, contestó con frialdad el baron, que deseaba ponerse de parte de Mad. de Lemée, á fin de que esta continuase la defensa de sus miras políticas en tanto que él procuraba recordar donde habia oido el nombre de Cerny.

—Os doy mi sincera enhorabuena, caballero, dijo la condesa con tono casi impertinente, mirando á Luizzi con atencion.

Mad. de Marignon quiso nuevamente cortar la conversacion acerca de Rigot, y preguntó á Luizzi:

—Y se puede saber por qué distrito esperais ser elegido?

—Por la Aude, en N.... contestó Luizzi.

—Pero ved que teneis alli un rival terrible, dijo el anciano que habia hablado el primero.

—Quién, mi querido Armely? preguntó Mad. de Marignon.

El nombre de Armely habia sido ya objeto de admiracion para Luizzi, que hacia enojosas reflexiones viendo en casa de Mad. de Marignon, y con tanta intimidad, al padre de la infortunada Laura, cuando Armely repitió:

—Sí, señor baron, teneis un terrible adversario, un hombre que puede contar con los esfuerzos de todos nuestros amigos políticos.

—Y es....

—Mr. de Carin, contestó el marqués.

—Mr. de Carin? repitió Luízzi.

—Le conoceis vos tambien, dijo la condesa con marcado interés.

—Sí, mucho.... mucho.... respondió Luizzi, á quien habian puesto pensativo aquellos nombres evocados unos tras otro como para herir su imaginacion con mil horribles recuerdos.

—Ved ahí lo que se llama un hombre de corazon y de capacidad, dijo Mad. de Cerny. A no tener un carácter tan firme como el suyo, no sé como hubiera podido vivir; casado con una idiota que ha terminado por volverse loca, ha sufrido tantas penas que hubieran hecho sucumbir á cualquiera otro.

—Al menos no ha sufrido la de ser engañado por su mujer, dijo el baron con amargura.

Todo el mundo se echó á reir, y Mad. de Cerny se puso encarnada como la cereza.

—Vámos, es preciso perdonárselo todo á una loca, dijo Mad. de Fontan; la pobre mujer no sabia lo que se hacia. Ademas Mr. de Cerny estaba mal acostumbrado al casarse con vos, y las malas costumbres no se pierden asi como quiera.

Esto recordó á Luizzi que el conde de Cerny no era otro que el que habia procurado mostrarse menos grosero que los demas para con Mad. de Carin. En tanto que Armando reunia uno á uno todos aquellos recuerdos, circulaban las miradas equívocas por todas partes como los relámpagos en el horizonte. Pero Mad. de Cerny las detuvo con otra mirada imperiosa, y repuso:

—De cualquier modo, Mr. de Carin ha procurado distraer sus pesares con una vida noblemente ocupada, y lo ha conseguido. Ah, señor baron, si Mr. de Carin es el adversario con quien teneis que combatir, dudo mucho de vuestro triunfo.

—Pues bien, lo veremos, repuso Luizzi con una energía cuyo secreto nadie adivinó, y que provenia de la indignacion que despertaron en él los elogios tributados por la condesa á Mr. de Carin y la calumnia de las otras contra la desventurada Luisa; lo veremos y acaso no seré tan desgraciado como pensais.

—Respeto vuestro valor, dijo Mad. de Cerny.

—Haced provision de él, añadió el anciano marqués de Armely; porque Carin me ha escrito diciéndome tiene ya un rival temible en un rico fabricante de hierro de aquel pais, llamado Félix Ridaire.

—Félix Ridaire? repuso Luizzi.

—Sí, y Mr. de Carin está tanto mas inquieto cuanto que Mr. Ridaire, ademas de ser sus opiniones muy exageradas, es hombre de una capacidad incontestable y de una probidad á toda prueba.

—El capitan Félix Ridaire? dijo Luizzi con desdeñosa sonrisa.

—Le conoceis tambien? preguntaron todos.

—Sí, contestó Luizzi con enérgica espresion; le conozco tambien y le combatiré como á cualquiera otro.

—Conoceis á todo el mundo, dijo la condesa riéndose.

Luizzi se acercó á ella en tanto que algunas personas que se levantaban deshacian tumultuosamente el círculo.

—Creo que tengo el honor de conoceros á vos tambien, la dijo en voz baja.

Esta respuesta habia sido dictada á Luizzi por un singular sentimiento de despecho causado por todos aquellos elogios tan liberalmente tributados á personas que él sabia eran indignas de ellos. Por otra parte, si el nombre de Mad. de Cerny le habia recordado el relato de Mad. de Carin, el nombre de Asimbert habia traido á su memoria al vizconde libertino amigo íntimo de la Beru, y que tan placenteramente habia robado á Liberto el

amor de su Olivia, y tan bruscamente echado á la calle á Bricoin. El baron se sintió con un vago deseo de inquietar á aquella mujer, diciéndole que tenia conocimiento de todas las cosas por cuyo medio se puede dominar, y cuando la condesa contestó riendo:

—No lo creo, señor baron.

Este continuó:

—Y sin embargo, señora, yo puedo esplicar la causa de que una mujer como vos se halle en casa de Mad. de Marignon por consideracion al nombre de Asimbert, olvidando indulgentemente las consideraciones que debe al nombre del conde de Cerny.

—Cómo, caballero! esclamó la condesa alarmada, echando una mirada significativa á Mad. de Marignon, acaso sabeis.....

—Muchas cosas, contestó Luizzi animado por el efecto que sus palabras producian, y quizá, continuó, pudiera tranquilizaros acerca del resultado de las atenciones de Mr. de Cerny para con la infortunada Mad. de Carin.

Estas palabras que, por parte de Luizzi, solo eran alusivas á la inocencia de Luisa, de la cual se creia seguro, confundieron al parecer á Mad. de Cerny.

Un subido carmin apareció en el rostro de la condesa que miró á Luizzi con singular espanto, y balbuceó con voz alterada:

—Es imposible..... vos no sabeis.....

—Lo sé todo, contestó Armando gozoso por poder llevar adelante aquel engaño de resultado tan inesperado para él.

Y en tanto que Mad. de Cerny le seguia asustada con la vista, saludó y se retiró diciendo: «Con que no hay siquiera una mujer cuya vida secreta se pueda tocar, aunque sea á la casualidad, sin despertar en ella el recuerdo de una accion vergonzosa ó un remordimiento?»

Esta reflexion entristeció á Luizzi, que se vió á punto de tornar á sus dudas acerca de Enrique y Julieta. Sin embargo, reflexionó que, en cuanto á Mad. de Carin, lo único que sabia era lo que habia leido en el manuscrito de aquella infortunada. Recordó que el Diablo le habia dejado en duda respecto á la veracidad del relato de Luisa, y que su historia tenia todo el carácter de una idea fija; por otra parte, consideró que, suponiendo que aquella historia no fuese el resultado de la locura, era bastante natural que Mad. de Carin no hubiera confesado en ella una debilidad que hubiera redundado en su perjuicio. A consecuencia de estas buenas razones, se calmó ante la duda de que Luizzi se vió acometido, la indignacion que esperimentára al oir hablar de Mr. Carin y de Félix; y la resolucion en que el baron habia estado un momento de servirse en su lucha electoral de lo que sabia respecto á ellos, le pareció cuando menos imprudente.

En esta disposicion se hallaba al volver á su casa; arrepentíase ya de haberse prevalido un momento de conocimientos cuyo orígen no podia revelar,

cuando se detuvo un carruaje á la puerta de su casa. Abrió el lacayo la portezuela, y Luizzi vió que aquel elegante carruaje se hallaba ocupado por una mujer. Desde el fondo del portal donde se habia apeado, oyó una voz que dijo con viveza:

—Inmediatamente al señor baron de Luizzi..... En seguida, á casa.

Una mano elegante, de forma perfecta, y blanca como el armiño, alargó un billete al criado, que cerró la portezuela, y entrando en el cuarto del portero, dió á éste el billete repitiendo la órden de su señora:

—Inmediatamente al señor baron de Luizzi.

El lacayo subió en seguida á su puesto, y dijo al cochero:

—A casa.

Y el carruaje desapareció al escape de sus dos soberbios caballos.

El baron creyó conocer la voz de aquella mujer, y no se engaño. Hé aqui en qué términos estaba concebido el billete que se le entregó:

—«Caballero: las palabras que me habeis dicho hacen precisa una esplicacion entre nosotros. Creo dirigirme á un caballero, y no dudo en deciros que os espero esta noche á las diez. Estaremos solos.

LEONIA DE CERNY.»

Este billete agradó mucho á Luizzi, que creyó debia corresponder á aquella invitacion; pero, reflexionando mejor, pensó que le seria muy embarazoso resolver las dudas de Mad. de Cerny, y convino en que lo poco que sabia acerca de las relaciones del conde y Luisa no bastaban para persuadir á una mujer, y sin duda muy celosa, puesto que únicamente siéndolo, podia dar un paso tan estraordinario como aquel; por último, pensó que en todo caso le seria preciso esplicar el orígen de sus noticias, y Luizzi no podia contar de qué modo habia entrado en la casa de locos habitada por Mad. de Carin.

En resúmen, calculó que le seria mas fácil y mas razonable escusarse por medio de un billete, y subió á su habitacion reservándose reflexionar alli nuevamente.

Toda la familia estaba reunida en la habitacion de Carolina; tratábase de ir á ver un melodrama al teatro de la puerta de San Martin, y todos estaban ya dispuestos para salir. Carolina sobre todo se hallaba muy contenta, y Julieta estaba encantadora y alegre como Enrique. Luizzi, por otra parte, habia notado que las maneras del subteniente se habian pulido al contacto de las personas bien educadas, y se asociaba á la alegria comun. El jóven du Bergh y Gustavo eran tambien de la partida. Luizzi se negó á acompañarlos, so pretesto de su salud, y porque, segun dijo, habia visto ya aquella funcion. Queria estar libre, aunque no se hallaba muy decidido á ir á casa de Mad. de Cerny. Unicamente, durante la comida, habló de su visita á Mad. de Marignon; nombró apasionadamente á la condesa, por ver si Ed-

gardo du Bergh le decia algo acerca de ella; y en efecto consiguió su objeto, aunque no satisfacer su curiosidad, porque Edgardo habló de Mad. de Cerny con un entusiasmo ardiente hácia su hermosura, y el respeto mas profundo hácia su virtud.

Tambien entonces dejó Luizzi escapar la ocasion de notar la turbacion que el nombre de Cerny producia en Julieta; como lo único que le ocupaba era la condesa, dijo á Edgardo.

—Sé que en efecto es bella, y no dudo que su conducta sea irreprensible; pero no la creeis en estremo celosa?

—Celosa? contestó du Bergh, nada de eso, yo os lo aseguro. Su marido se lleva bien con ella y no hay otro que viva mas independiente que él. Yo creo que no sea celosa por carácter, y además su marido no la da motivos para serlo. El conde, despues de haber sido uno de los hombres mas á la moda de París, ha cambiado de repente; se ha hecho ambicioso, y como en su mujer, á mi entender, sobresale esta pasion mas que ninguna otra, se entienden maravillosamente.

Estas noticias no concordaban con la turbacion que á la condesa habian causado las palabras de Luizzi relativas á los pretendidos amores de Mr. de Cerny y Mad. de Carin; Armando permaneció en su perplegidad y dejó á su familia prepararse á gozar el placer de los horrores de *La torre de Nesle* (1) que entonces estaba en su auge. Todos habian ido á aviarse; Julieta únicamente habia quedado en el salon con Armando, que reflexionaba para sí. La jóven le distrajo de sus reflexiones diciéndole en seguida con mucha sencillez:

—Mucho me temo nos divertamos bien poco en el teatro, cuando vos no habeis querido arrostrar el fastidio de una segunda representacion por acompañarnos.

—Estais equivocada, dijo Luizzi con negligencia; ese drama encierra un interés muy vivo..... y si yo no estuviera tan débil.....

—Y cuál es el argumento de esa obra?

—El argumento, contestó Luizzi mirando á Julieta..... es bastante dificil de esplicar. Dejo al autor el cuidado de hacerlo.....

—Se trata, dijo Julieta, de una reina de Francia que tenia amantes.....

—Que mandaba arrojar al Sena despues de pasar la noche en la embriaguez y la orgía, respondió el baron.

El rostro de Julieta se iluminó con una mirada feroz y una sonrisa lujuriosa, y asaltó de repente al baron la idea de que una naturaleza como la

(1) Este drama es el que conocemos en castellano con el título de *Margarita de Borgoña*.

de Julieta podia esplicar la ferocidad y la lubricidad de los crímenes atribuidos á Juana (1) de Borgoña.

Y se acercó á aquella mujer por un movimiento precipitado, producido por el deseo que incesantemente despertaba en él, y la dijo:

—En ese drama hay una pintura maravillosa de esos placeres frenéticos, de esos besos furiosos, de esa embriaguez delirante á que conduce el amor, y ese cuadro os sorprenderá, estoy seguro de ello.

Julieta alzó á Luizzi sus húmedos ojos, cuya mirada era temblorosa como la luz de una estrella entre la bruma. Armando se vió, por decirlo asi, inundado, y en un movimiento irreflexivo, osó estrechar en sus brazos á Julieta, y, mas atrevido que hasta entonces, la colocó sobre sus rodillas, y buscó sus labios.

Julieta se retorció bajo aquel beso; pero otra vez se desembarazó de Luizzi y huyó esclamando:

—Oh! no! no! no!

Tal vez se hallaba Luizzi decidido á acompañar á Julieta al teatro, persuadido de que aquella jóven ocultaba, bajo su reserva, un amor que la devoraba y que la entregaria á él aquella noche misma si sabia aprovechar la exaltacion que podia producir en ella un drama como *La torre de Nesle*; pero cuando flotaba entre el deseo de poseer á Julieta y la obligacion de asistir á la cita de la condesa, recibió un nuevo billete que decia:

—«El señor baron de Luizzi no me ha contestado si acepta mi invitacion. Espero su respuesta, y sobre todo espero á Mr. de Luizzi.—Leonia.»

Nuevamente consideró el baron que seria una falta grave abusar de la debilidad de la amiga de su hermana, y para no ceder á una nueva tentacion, contestó en el acto que tendria el honor de presentarse á las diez en casa de Mad. de Cerny.

Durante este tiempo, Luizzi habia oido á Enrique y á Carolina conversar alegremente y reir en su cuarto, á donde habian ido hacia largo rato á terminar su tocado. Julieta volvió sin embargo con ellos, y como se los oyese venir llamándose con esa familiaridad de los esposos bien avenidos, se acercó al baron y le dijo:

—Necesito indispensablemente hablaros esta noche.

—A qué hora?

—A nuestra vuelta del teatro.

—Será á las doce, dijo Luizzi calculando que á aquella hora estaria él de vuelta de casa de Mad. de Cerny.

—Bien, á las doce, ó mas tarde si es necesario, contestó Julieta.

(1) *Margarita*, en la traduccion citada.

—Dónde os veré?

—En mi cuarto, si es que no temeis subir á él cuando yo no temo admitiros.

Luizzi hizo una señal de asentimiento, y buscó la mano de Julieta que la retiró diciendo, con aire particular y con un violento suspiro:

—Veremos..... veremos.....

Volvieron Enrique y su esposa, y poco despues Gustavo y Edgardo, y partieron todos para el teatro.

Luizzi quedó solo reflexionando acerca de aquellas dos citas, y hé aqui los pensamientos que acudieron á su imaginacion:

Cuanto mas examino el mundo, mas me convenzo que lo que mas predomina en él es el amor, ó mas bien lo que pasa por amor, el placer. Las mujeres, legítima ó ilegitimamente, solo se ocupan de él. Pero es dificil que ellas se ocupen tanto del amor, si los hombres no se mezclan un poco en esa ocupacion; los hombres aparentan ocuparse poco del amor, no por discrecion, sino por vanidad, para que se los tenga por graves y juiciosos. Paréceme, pues, que el papel de curioso que estoy representando en medio de todo esto es bastante tonto. Hé aqui una doble ocasion de abandonarle. Julieta será mia cuando yo quiera, esta misma noche si quiero; pero la mujer, cuya derrota me seria tambien muy agradable, es Mad. de Cerny. Una mujer virtuosa, una mujer reservada..... ese debe ser un triunfo halagüeño y un pasatiempo adorable.

Para comprender bien este capricho del baron, que abandonaba á Julieta de pensamiento para dirigirse á Mad. de Cerny, es preciso decir aun, que aquella jóven singular solo egercia su influencia en los sentidos del baron, y que no bien desaparecia de su presencia, dejaba enteramente de ejercer aquel imperio, por decirlo asi, físico, que ejercia en Armando.

Mad. de Cerny, al contrario, conservaba todo del nombre, del talento, de la buena reputacion que irrita por medio del pensamiento los deseos del hombre; y Luizzi, turbado aun por su conversacion con Julieta, dirigió á la casta Mad. de Cerny todos los deseos que la jóven ardiente le habia inspirado.

Sin embargo, las reflexiones de Luizzi continuaban en pos de la esperanza de poseer á la condesa sin hallar el medio de conseguirlo. Qué deberia decir á aquella mujer? Despues de haberla demostrado sus pretensiones de hombre de talento, debia aparecer muy tonto no teniendo que contarla mas que la simple circunstancia del relato de Luisa. El temor de apareceer ridículo se mezclaba con sus pensamientos, por lo cual el baron pensó en la casualidad que hasta entonces habia hecho que las confidencias del Diablo solo le sirviesen para mostrarle bajo un aspecto fatal sus acciones pasadas, y no para guiarle en sus acciones futuras. Asi pues, se decidió á ir á casa de Mad. de Cerny para hacer de su visita el uso que las circunstancias le aconsejasen.

Entonces, viéndose solo por primera vez despues de mucho tiempo, llamó al Diablo, que apareció de repente sin que Luizzi le conociese al principio, pues tan estraña era la forma en que se presentaba.

Llevaba medias de seda de un negro mate que diseñaban una pierna redonda, delgada por el tobillo y vigorosamente rechoncha por la pantorrilla, una de esas lindas piernas de calzon corto, piernas tan estimadas por nuestras abuelas, y que al bello natural son horriblemente deformes; llevaba un calzon de casimir negro muy ajustado por las rodillas, rodillas muy delgadas sobrecargadas de unos muslos fuertes y cortos, un poco de vientre y muchas caderas; un chaleco de seda negro, una corbatita de lazo, sobre la cual se posaba una barba regordeta; un rostro sonrosado, fresco y risueño; una boquita con dientes hermosos, ojos beatos, pelo un poco rizado, manos blancas y perfumadas, camisa sumamente fina y de una blancura deslumbradora, sin almidonar, sin esa horrible preparacion que da el aspecto del carton á la tela; pechera flotante y graciosamente plegada, y en fin, un pequeño redingot negro con una sola hilera de botones.

Hubiérase podido tomar por un adorable abate, si no hubiese sido el Diablo, cosa muy dificil de adivinar, porque habia ocultado su arqueado pié en el mas lindo zapatito del mundo, zapatito lustroso, estrecho, encantador.

A pesar de su deseo de interrogarle, Luizzi no pudo menos de admirar la forma que Satanás habia tomado para aparecérsele.

—De dónde vienes en ese trage?

El Diablo le contestó en tono de falsete muy atiplado:

—Vengo de achispar á un arzobispo aleman y á un canónigo.

—Bella hazaña para un ser como tú!

—Es una de las cosas mas dificiles que he emprendido. Creí no conseguir hacerlos caer nunca en el dulce pecado mortal que vosotros llamais gula, y del cual forma parte la embriaguez.

—Acaso serian personas que en toda su vida no habian bebido mas que agua?

—Al contrario, mi amo, personas tan acostumbradas á los vinos mas peligrosos, que he temido caer yo bajo la mesa antes que ellos se achispáran.

—Y qué interés tenias tú en achisparlos hoy, si acostumbraban á hacerlo todos los dias?

—No se achispaban nunca, y hé ahí el caso de conciencia para esos furibundos jesuitas. En efecto, Dios ha dado al hombre los alimentos para reponerse y el vino para calmar la sed; pero no ha dicho á los hombres: Vosotros comereis todos los dias una libra ó dos de alimentos, y bebereis una botella de vino; les ha dicho que tomen uno y otro con arreglo á sus necesidades. Ahora es preciso que sepas que el dicho arzobispo y su canónigo habian acostumbrado gradualmente su estómago á tan vastas necesidades, que

si yo te lo dijera te daria miedo. Entre los dos eran capaces de dejar desierta una mesa de doce cubiertos y un esportillo de cincuenta botellas de Burdeos no les causaria tampoco embarazo.

—Esa era una glotonería atroz.

—Eso sí, glotonería, pero no gula, porque nunca resultaba embriaguez ni indigestion. En qué consiste la falta en todas las cosas de este mundo? en el abuso. Qué es lo que constituye el pecado? el esceso. Ahora bien; el dia que hubiera tenido que disputar á algunos ángeles hinchados el alma de esos prelados, me hubiera visto apurado porque no hubiera podido decir que habian comido ó bebido mas de lo necesario á sus necesidades naturales. He previsto el argumento jesuítico que un adversario diestro hubiera podido sacar de esta circunstancia, y le he destruido anticipándome.. Es cosa hecha: acabo de dejar á los dos sacerdotes tan borrachos que parecen muertos, y para mayor gloria del Señor los he colocado en cruz uno sobre otro bajo la mesa.

Luizzi escuchaba á Satanás en tanto que este hablaba asi con tono de embriaguez y lengua algo tartamuda.

Aquel diablo no era el diablo taciturno y grave que le habia contado la historia de Eugenia, ni el diablo escéptico y burlon que le perseguia con sus crueles sarcasmos; era un lindo diablo, gentil, perfumado, engalanado.

—En verdad, Satanás, le dijo, yo te creia ocupado en cosas mas serias que esa.

—Acaso hay para mí cosa mas séria que corromper á los hombres? Piensas que yo tengo hecha una clasificacion de los vicios que me hace estimar los unos y despreciar los otros? Crees tú que el potentado embriagado de sí mismo que sacrifica la paz de un estado á su ambicion, sea para mí menos despreciable que el rústico que sacrifica la paz de su familia á algunos litros de mal vino? Te imaginas que yo hallo mucha diferencia entre la gran señora que introduce por el adulterio los hijos de su amante en la familia de su marido, y la ramera que introduce los del público entre los espósitos? Guardad para vosotros esas miserables distinciones, porque á vosotros os pertenecen.

—Crees tú que nuestra moral no los condena igualmente?

—Y acaso vosotros vivís con arreglo á vuestra moral? Ni siquiera vivís con arreglo á vuestras pasiones, porque la mas natural en todos los animales es el amor, y vosotros mentís incesantemente al que os inspira vuestra organizacion.

—No te entiendo.

—Sal á la calle, mi amo: encuentra una jóven rica de hermosura y juventud, pero oculta bajo sus harapos; es posible que repares en ella; pero que pase á su lado una de esas traviesas criaturas estraidas de un periódico de modas encapuzadas de seda; con un cabello tan liso que le reemplazaría un cas-

quete de raso, prensadas por un corse que les hace una cintura como el cuello de una botella, empaquetadas con trapos de muselina almidonados que dan á sus caderas una forma inmoral é inverosímil, que obstentan formas que no tienen y que exageran impudentemente aun mas que sus ricas proporciones la Venus de Callypige; en seguida abandonareis á la hermosa jóven dotada de bellezas naturales por seguir á aquel paquete de encages blancos y de crugiente seda.

—Ese es asunto de ilusion, dijo Luizzi, las apariencias engañan.

—Mientes! repuso Satanás; estais seguros de lo que aquella mujer es. La hay que durante la noche todo lo pierde menos el sexo, y vosotros lo sabeis y os encanta de dia cuando ha suplido las faltas de la belleza. La adorais por el corsé que la hace un seno admirable, por el *polisson* (es palabra vuestra), que la presta una cadera andaluza; os enamorais de su cintura apretada por un cordon como un salchichon sujeto con bramante. Vosotros no amais las mujeres, mi amo: amais las ballenas, el almidon y el algodon.

—Sea enhorabuena. Pero ya que se trata de mujeres, qué te parece la condesa de Cerny?

—Me parece una mujer rubia, muy mujer en todo, escepto de corazon, pues se dice que es decidida, audaz, ambiciosa; es un bello trozo de escultura de carne. Si un dia se echa un amante, le hará lacayo, no de sus deseos de amor, sino de sus deseos de poder. Hé aquí á lo menos como la juzga el mundo.

—Dices que si un dia se echa un amante? Segun eso no le ha tenido aun?

—Nunca.

—Imposible. De qué procede entonces el terror que esperimentó cuando yo la amenacé con revelar sus secretos?

—Medrados estamos! piensas tú, mi amo, que las mujeres no tienen mas vicios ó mas desgracias que las del amor? Piensas que el ridículo no puede con frecuencia darles mas miedo que la vergüenza?

—Cómo! esclamó Luizzi inclinándose hácia el Diablo que, arrellanado en un sillon, se desabrochaba el chaleco soplando como un hombre sofocado; se halla acaso la condesa imposibilitada de tener un amante?

—Te digo que es un cuerpo admirable, una de esas mujeres que han conservado el tipo primitivo de su raza original, una de esas magníficas naturalezas normandas venidas de los paises slavos á la conquista de Francia, naturalezas originarias, fecundas, ricas, vigorosamente constituidas, una mujer, toda una mujer en fin.

—Acaso ocupa su ambicion todas sus facultades sensibles?

—No te diré que las ocupe, pero al menos las distrae.

—Qué entiendes tú por eso?

—Que se ha hecho ambiciosa por no hacerse mala.

—Es demasiado impune y fácil el amor para que la condesa renuncie á él.

—Para ella no es fácil ni impune.

—Segun eso es celoso el conde?

—De su mujer? no. De lo que vosotros llamais vuestro honor? sí.

—Sin duda vigila á su esposo con un rigor digno de un tutor español?

—A las diez irás á casa de la condesa, encontrarás á ésta sola y saldrás cuando te se antoje sin que nadie repare en tí, á menos de no ocurrir cosa estraordinaria.

—Con que entonces esa visita no tendrá los resultados que yo esperaba?

—Acaso obtendrás tú en una noche lo que á otros muchos se ha negado despues de algunos años de amor sincero y de pasion rendida.

—Lo crees asi? dijo Luizzi.

—Estoy convencido de que sino triunfas solo tuya será la culpa.

—Pero no puedes darme algunos consejos?

—Yo? repuso Satanás suspirando: Ah! no! Solo he amado á una mujer mortal, y no he podido alcanzar el triunfo.

—Y quién?.....

—La vírgen María! contestó el Diablo con una cruel sonrisa. Eso es lo que me ha sucedido con la madre de Dios.

—Y las demas?

—Se las he dejado á los hombres, escepto Eva, como ya te he dicho. Como no habia en el mundo mas que Adan y Eva, tuve que intervenir á fin de que la mujer engañára al marido. Si Eva hubiera tenido por alli aunque no hubiera sido mas que un horribie tartamudo, tuerto, jorabado é idiota, me hubiera ahorrado semejante trabajo. Desde entonces no me he vuelto á ocupar de tal cosa; mis consejos no serian pues los de un maestro muy inteligente

—Pero dime, la condesa es una de esas mujeres cuya prudencia es dado estraviar por medio de una sorpresa audaz?

—Yo no creo en esas sorpresas á menos que las mujeres á quienes se dirigen ignoren por completo lo que se quiere de ellas, cosa que no sucede en el dia.

—Sobre todo, añadió Luizzi, cuando son casadas. Pero es de aquellas cuya imaginacion se puede exaltar con miradas, con palabras, con cuadros lascivos?

—Yo no creo en esa exaltacion tan rápida cuando no es ya una costumbre de la imaginacion y los sentidos. No se achispa fácilmente á un hombre sóbrio; pero es fácil embriagar al que está acostumbrado á perder todas las noches la razon.

—No es eso lo que acabas de decirme con respecto á tu arzobispo.

—Al contrario, dijo el Diablo, pues aunque el arzobispo bebia, no se

achispaba nunca. Hay mujeres que se entregan á tres amantes en una misma noche, y sin embargo no sienten la embriaguez del amor. Esas mujeres son lo que Diderot llamó con tanta exactitud bestia feroz; son lo que Juvenal esplica tan bien en su *Lassata viris et non satiata recessit.*

—Y en cuanto á eso, qué me dices de esa Julieta cuya presencia ejerce en mí una influencia tan instantánea, tan viva?

El Diablo se mostró algo embarazado, y contestó.

—No todo lo que existe satisface cuando se posee. Hay manjares cuyo solo aspecto es apetitoso.

—Sin embargo, me parece que Julieta.....

—No aprovechará probablemente los deseos que despierta en tí, dijo el Diablo interrumpiendo al baron.—Hay una espresion atroz que se dirigió á Mr. de Mére, último amante de Olivia, un dia que contaba que una mujer á quien queria mucho se habia entregado inesperadamente á otro.

—Y cuál es esa espresion?

—Quiere decir, contestó el Diablo, que no se deben contaminar los buenos principios de una mujer, agitar su corazon, trastornar su cabeza, turbar sus sentidos y no estar al lado de ella en el momento oportuno para aprovechar el instante en que se halla decidida á sucumbir si es fuerte, ó incapaz de resistir si es débil.

—Pero cuál es esa espresion?

—Es de una mujer.

—La espresion!

—Es de una mujer de talento.

—La espresion, dime la espresion!

—Es de Mad. de Staël.

—Satanás, te estás burlando de mí.

—Querido, ya sabes que no soy mas que el Diablo; yo no tengo derecho á ser tan esplícito como una mujer, y sobre todo como una mujer de talento.

—Acaso te hace tan púdico tu disfraz de abate? dijo Luizzi riendo.

—Al contrario, mi amo, le he adoptado porque tengo que contarte un rasgo algo picaresco, y que desmereceria hallándose el narrador en cualquiera otra forma.

—Pues bien! dime esa espresion, la espresion!.....

—La espresion..... es que *no siempre son los que cuecen los que calientan el horno.* Vuelve la frase, y sabrás tu historia con Julieta y Mad. de Cerny.

—Segun eso, tú crees que la condesa será mia?

—Depende de tí.

—Y cómo debo gobernarme?

—Hé ahi una pregunta de liceista, amigo mio.

—Va pasando la hora y nada útil me dices.

—Todavia tenemos tiempo, dijo Satanás riendo. La historia de Mad. de Cerny no es larga para lo que tienes que hacer, ni tampoco lo es la de su marido. Te la contaré en el carruage mientras me lleves al arrabal de San German donde tengo que visitar á una jóven devota.

—Yo creia, dijo Luizzi, que viajabas por el aire.

—Algunas veces, pero esos desesperados me han hecho beber tanto, que me estraviaria á través de las chimeneas.

—Ah! me ocurre una cosa, no sé donde vive la condesa.

—Calle de Grenelle—San German, número..... Yo voy primero hácia aquel lado y luego al ministerio de lo Interior.

—Te vas á ocupar de política?

—Sí, tengo que ocuparme de las elecciones de N.....

—Por donde seré yo candidato.

—No creo que estés decidido.

—Lo estoy, si quieres decirme una cosa.

—Y cuál es?

—Es verdadero el relato de Mad. de Carin?

—Esactamente verdadero.

—No ha sido su amante Mr. de Cerny?

—No.

—Podré, pues, afirmárselo á su mujer?

—Su mujer está tan segura de ello como tú.

—Tan segura como yo? Pues entonces, qué puede quererme?

—Yo puedo decirte que es lo que puede quererte: quiere hablarte, quiere saber de tí cómo sabes que Mr. de Cerny no ha sido amante de Mad. de Carin.

—Bastará que yo lo afirme para que me crea?

—Es probable, puesto que está ya convencida, respondió el Diablo riéndose; pero eso no la esplicará como es que tú estás tan seguro de todo ello.

—Necesitaré contarle que he leido el manuscrito de Luisa?

—Ese será el medio mas sencillo y razonable; pero tambien será el de perder todas las probabilidades del triunfo.

—Hay algun otro?

—Están dando las nueve y media, dijo Satanás.

—Sin duda quieres engañarme otra vez, dijo Luizzi, llamando para que acercaran su carruage que hacia largo rato habia pedido.

—No; te aseguro que sabrás respecto á Mad. de Cerny cuanto se puede saber, y sobre todo cuanto debes saber tú.

Un momento despues estaban en el carruage y se dirigian hácia el arrabal de S. German.

—Ahora, dijó Luizzi, vas á contarme, si te place, la historia de Mad. de Cerny.

—Pues hé aqui la historia de Mad. de Cerny, contestó el Diablo. Y recostándose en un rincon del carruage, añadió: Figúrate tú que voy á casa de una mujercita que es seguramente una escepcion en los tiempos que corren; es linda, graciosa, de buen talle, de cútis blanco y fino, de buena raza, una mujer de abogado ni mas ni menos, y por consiguiente muy apropósito para una pasion de compromiso ó para una aventura galante; tenia ciertas puntas de exaltacion en el corazon y una gran dósis de capricho voluntario en la imaginacion, circunstancias que debian formar, cayendo en buenas manos, una de esas existencias mediocres que bullan en una porcion de pecadillos secretos y de escándalos de ocho llaves, existencias que, por lo demas, constituyen la felicidad de las mujeres, y casi siempre, la de los maridos.

—Me cuentas la historia de Mad. de Cerny?

—A su tiempo vendrá, dijo el Diablo, y añadió en seguida: Ni por un momento suponia yo que aquella mujer valiese la pena de ocuparme de ella, y habia dejado á los hombres y á las otras mujeres el cuidado de perderla; pero su madre la confió á un cura anciano, que tornó hácia la religion aquella exaltacion que yo pensaba aprovechar, y hácia el cumplimiento de sus deberes aquella obstinacion que debia haberla hecho perseverar en él, no bien hubiera dado el primer paso. Mi jovencita se hizo piadosa y perseverante; se casó por amor con un hombre de bien, y héla ya mujer tranquila y honrada, y luego, en fin, madre vigilante y cuidadosa de sus lindos hijos. Me pareció que esto iba demasiado lejos, y me dediqué á rectificar todas estas buenas cualidades con arreglo á mi interés. Pardiez, señora, dije para mi, sois piadosa y os haré devota; sois perseverante y os haré obcecada; sois honrada y os haré púdica hasta la estupidez; sois vigilante y os haré suspicaz; vuestra casa es un paraiso y haré de ella un infierno.

—Pero eso era atroz!

—Vamos, vamos, dijó el Diablo, que soy mejor cristiano que todos vosotros, pues trato al prógimo como á mí mismo.

—Y por qué buenos medios llegaste á tan bellos resultados?

—Le dí todos esos defectos por el mismo medio que se la habian dado todas aquellas bellas cualidades.

—Como fué eso?

—Aquella mujer se habia hecho tan buena por medio de un santo director, y yo le dí un director malo.

—Para que contaminase los buenos principios de aquella mujer y trastornase la obra del honrado sacerdote?

—Qué torpeza! esclamó el Diablo, restregándose la espalda contra los cogines de seda del carruage. No contaminé el edificio de aquella virtud; le elevé á otra altura. Sobrecargar la cima ó minar la base son dos medios

escelentes para derribar un monumento. Recordé un caso de conciencia de los mas originales que se han inventado.

—Y cuál es ese caso de conciencia?

—Antes de todo, es preciso decirte que hay cierta moral religiosa que consiste en considerar como pecado todo lo que proporciona placer. Los fakires y los trapenses son los sectarios de esa moral. Para ellos no solamente es un crímen comer mas de lo necesario, sino tambien es un pecado comer con placer lo necesario. Asi pues, hice que se nombrara vicario general al cura, y le hice reemplazar por un jóven sacerdote de la especie de los fakires, recien salido del seminario y de las discusiones teológicas, y á quien dirigí mi protegida.

—Y se enamoró de ella?

—Buen Dios! buen Dios! que bestia sois algunas veces! esclamó el Diablo con tono de desconsuelo; verdaderamente me desesperais. Os he dicho que habia recordado cierto caso de conciencia bastante original, lo cual, á mi entender, no tiene nada que ver con la historia muy comun de un confesor enamorado.

—Veamos y concluyamos de una vez! dijo el baron mortificado por la esclamacion del Diablo. Y cuál es ese caso de conciencia?

—Es aquel de que ya te he hablado, el que consiste en considerar todo placer como pecado; es ese escrúpulo en toda su estravagancia. Asi pues, un dia que mi bella devota se estaba confesando....

—Era ya devota.

—Gastaba cilicio.

—Como cilicio?

—Sí, cilicio.

—Dónde están en el dia los cilicios? esclamó Luizzi.

—Donde las personas de tu clase no los pueden ver, porque las mujeres que los gastan no acostumbran á dejar que se les vean.

—Y sin embargo, seria eso cosa divertida.... una devota!

—Ah! ah! dijo el Diablo pasándose amorosamente la lengua por los labios.... Hé ahí un manjar de un sabor adorable, de un picante superlativo, de un azucarado delicioso! Una devota enamorada es un guisado de miel y pimienta, de confituras y guindillas, que escalda y acaricia el paladar: pero para tales manjares se necesita estómago mas fuerte que el tuyo. Para ese amor es preciso tener un estómago del temple del de mi arzobispo para la glotonería, y el uno y el otro se hallan bajo la sotana. Pero volvamos á mi devota el dia en que se hallaba en el confesonario. Hé aqui mi diálogo con ella.

—Eres tú?

—Yo soy todo lo malo. Quien hablaba era el abate Molinet, pero era yo quien la apuntaba. Digo, pues, á mi pollita con mucha dulzura y

con voz llena de uncion: Desde que dirijo vuestra conciencia, hija mia, he conocido que en cuanto á la mayor parte de las cosas de este mundo os hallais en el verdadero camino de salud; pero hay una duda que me atormenta, pues cuando encuentro una vida tan pura como la vuestra, quisiera hallarla perfecta, si puede haber alguna cosa perfecta no siendo Dios.

—Satanás, con que digiste eso?

—Y por qué no? repuso el Diablo: Dios es perfecto, puesto que me ha formado, y aun solo es perfecto con esta condicion, porque si el mal no viniera de mí, seria preciso que viniera de él, y el Diablo se llevaria entonces su perfeccion Pero me interrumpes cada instante. Dije, pues, esto á mi devota, y me respondió:

—He examinado bien mi conciencia, y os aseguro que no he hallado mas pecados que los que os he dicho.

—Es que hay pecados que á veces se cometen por ignorancia.

—Decídmelos, padre mio.

—Enormes pecados.

—Oh! yo huiré de ellos; hablad, ya os escucho.

—Contestadme con sinceridad. Cuánto tiempo hace que parísteis?

—Año y medio.

—Año y medio! dos veces nueve meses! esclamó el confesor con tono sombrío. Y despues habeis guardado castidad y abstinencia?

—Soy casada, padre mio, y no creo faltar á mis deberes religiosos accediendo á los deseos de mi esposo.

—Y qué resulta de esos deseos?

—Padre mio, no sé como responder, y....

—No os habeis hecho embarazada desde hace año y medio?

—No, padre mio; fué muy penoso mi último parto, y el médico me ha hecho temer graves accidentes en caso de nuevo embarazo.

—Qué infamia! esclamé yo.

—Es tan débil mi salud....

—Ah, miserable criatura, repuse tronando en voz baja. Con que tu salud es débil para procrear el niño que quiere nacer y es fuerte para acceder á los deseos de tu marido, como dices en tu horrible lenguaje! Vuestra union no es ya un vínculo sagrado, es un libertinage inmundo que desobedece la voluntad del Señor que ha dicho: Creced y multiplicad.

—Pero yo creia.... murmuró temblando la penitente.

—Qué es lo que creias, desdichada! esclamé yo con furor.... Creias.... y hé ahi lo que te ha perdido; la presuncion.... la vanidad.... Creias....

Contínué con unas cuantas esclamaciones y murmuré muchas palabras latinas, porque con algunos um, algunos us y algunos o bien articulados al fin de un pequeño murmullo entre dientes, se forma un escelente latin de sacristía. Aparenté calmarme, y entonces espliqué á mi devota cómo nuestros

padres mas instruidos en teología han considerado como pecado capital todo placer que no tiene mas objeto que el placer, y la aterroricé con aquella larga série de infanticidios de que ella se habia hecho cómplice.

—Pero era preciso que fuera una idiota y que hubiera dado con un imbécil.

—Mi amo, repuso el Diablo, yo conozco mujer que ha cambiado nueve veces de confesor para obtener la absolucion de ese crímen y aun para encontrar un sacerdote que no la interrogase acerca de ese punto, y no lo ha conseguido. Entonces ha renunciado.

—A qué? dijo Luizzi, al pecado?

—Quiá! no, á la absolucion. Mas no sucedió lo mismo á aquella.

—Y entonces qué resultó?

—Resultó que dió á escoger á su marido entre hacer cama aparte ó resignarse á tener otro hijo.

—El marido chilló al principio, pero ella se mantuvo firme; él exigió y ella respondió como devota exaltada; él la trató de loca y ella le trató de infame libertino; se han indispuesto, se han injuriado, se han enfadado, se detestan, y, gracias á mi modo de manejar el asunto, la mujer va á confesarse todas las mañanas, y el marido se va á picos pardos todas las noches.

—Ah! por fuerza mientes!

—Si dudas, dijo el Diablo, puedes subir conmigo á su casa, porque ya estamos á la puerta de la tal Mad. de Arnetai.

—Gracias. Es preciso parar?

—Es inútil, dijo el Diablo.

—Pues abre la portezuela.

—Es inútil, volvió el Diablo á decir.

—Baja los cristales.

—Es inútil, repitió Satanás.

En efecto, el Diablo pasó su dedito por los cuatro bordes del cristal, y éste se separó como si hubiera sido cortado por el mejor diamante de vidriera, y Satanás se escapó por aquella abertura improvisada. Pero Luizzi recordó en aquel instante que no habia llevado al Diablo en carruage para escuchar la historia de Mad. de Arnetai. Le cogió por una pierna, pero Satanás se le escapó dejándole su zapato en la mano. Iba Luizzi á desesperarse, cuando el Diablo, que se habia agarrado á la portezuela, asomó la cabeza por el cristal roto.

—Dame mi zapato! dijo al baron.

—Cuéntame la historia de Mad. de Cerny.

—Mr. de Cerny ha sido uno de los mejores mozos de su tiempo, y uno de los mas libertinos. Dame mi zapato.

—La historia de Mad. de Cerny!

—Mr de Cerny hizo un viaje á Aix, y allí llevó tan alegre vida, que á poco mas se muere, gracias á una linda jóven fresca de cara como una rosa. Dame mi zapato.

—La historia de Mad. Cerny, ó no hay zapato.



—Mr. de Cerny, al volver despues de una larga enfermedad que le habia causado la jóven, y corregido de su vida disoluta, apareció nuevamente en la sociedad y se enamoró de la señorita Leonia de Assimbert.

—Gracias á Dios que llegamos á la cuestion ! y la señorita de Assimbert...

—Mr. de Cerny la obsequió de tal modo que consiguió comprometerla.

—Y Leonía ?

—Mr de Cerny fué compelido por su familia y la de la señorita de Assimbert á casarse con Leonía.

—Pero ella..... ella ! esclamó Luizzi con impaciencia.

—Mr. de Cerny se negó con todas sus fuerzas.

—Te estás burlando de mí?

—Mr. de Cerny, movido sin embargo, por la inmensa fortuna de la señorita de Assimbert, concluyó por casarse.

—Muy bien ! Y despues ?

—La primer noche de novios.....

—Satanás, cuidado ! Mira que tengo mi campanilla ! esclamó Luizzi.

—La noche de boda, se acercó Mr. de Cerny á la cama de su mujer con aire solemne.

—Y ella le habia engañado, no es verdad ?

—Mr. de Cerny la dirigió un discurso muy largo, un discurso de una longitud desmesurada, y despues de mil circunloquios, le dijo la verdad.

—Qué verdad ?

—Le dijo que la amorosa enfermedad que adquiriera en un instante, y le habia durado seis meses, le habia dejado.....

—Impotente ?

—Tú lo has dicho, respondió el Diablo. Mr. de Cerny es impotente. Ahi tienes toda la historia de Mad. de Cerny.

—Impotente ! repitió Luizzi desternillándose de risa.

—Mi zapato, dame mi zapato !

—Impotente !

—Mi zapato ! dame mi zapato, que ya estamos á la puerta de Mad. de Cerny.

—Impotente ! repetia el baron, recordando su respuesta á Mad. de Cerny : *puedo tranquilizaros acerca de los resultados de los obsequios de Mr. de Cerny* á *Mad. Carin*, y riendo al considerar la interpretacion que naturalmente debia haber dado ella á aquella afirmativa.

—Mi zapato ! mi zapato ! repetia el Diablo.

—Impotente ! impotente ! repetia Luizzi.



XVI.

La mujer.



Habiase detenido el carruage, y Luizzi reia tan estrepitosamente, que no habia atendido á la reclamacion del Diablo. Se habia quedado con el zapato en la mano, y echó pié á tierra conservándole aun y repitiendo sin cesar, en medio de una risa que procuraba ahogar, la palabra fatal: Impotente! impotente!

Subió en esta disposicion á casa de Mad. de Cerny, y mandó á un criado que le anunciase. La alegria de Luizzi chocó sin duda al criado, que examinó al baron como sorprendido, y miró dos ó tres veces á lo que veia en su mano. Armando que al fin notó aquella admiracion, conoció que en él debia haber alguna cosa estraordinaria, y como siguiese la mirada del criado, echó de ver entonces que tenia en la mano el zapato del Diablo. Esto aumentó su

hilaridad, y cuando mandó al criado anunciar el baron de Luizzi, reia mas fuerte que nunca.

Mientras el criado pasaba á la habitacion de la condesa, Armando quedó solo en la antesala, buscó con la vista al Diablo para devolverle el zapato, pero no viéndole se puso á examinar éste; era un zapato encantador, estrecho, gracioso, arqueado, de una piel suave y lustrosa, forrado de raso de color de rosa brillante como el esmalte, uno de esos zapatos destinados á quedar al pie del lecho de una mujer, y á mostrar la elegancia pretensiosa del que los lleva, si por casualidad se repara en ellos.

Luizzi seguia aun admirando aquel lindo zapato, riendo sin cesar, y pensando que acaso esperaba el Diablo olvidarle en casa de la linda devota á quien iba á visitar, cuando oyó que volvia el criado; entonces, no sabiendo qué hacer con el calzado de su amigo Satanás, le guardó en uno de los bolsillos del costado de su levita, y pasó á ver á Mad. de Cerny. Se le hizo atravesar tres inmensas piezas de diverso estilo, un comedor *romano*, un salon *gótico* y una biblioteca del *renacimiento*. Pasó luego á la cámara, que era del estilo puro de *Luis XV*, y entró por fin, llegando al estremo mas retirado de la casa, en un gabinete chinesco, ochavado, escéntricamente lujoso.

Las puertas estaban dadas de laca negra; la tapicería era de raso negro, bordado de seda de colores diversos; los divanes bastante bajos, eran de telas uniformes, y el techo era avobedado; de modo que, á primera vista, aquel gabinete parecia una capilla ardiente.

Pero cuando se descubrian á la pálida luz de la bugia de color de rosa que le iluminaba encerrada en una bomba de cristal de Bohemia suspendida del techo por cadenas de bronce, todos aquellos estraños dibujos, todos aquellos pájaros fantásticos de plumage ardiente, todas aquellas figuras grotescas cuya faz relucía sobre el esmalte negro y brillante de la laca; cuando se veian todas aquellas porcelanas trasparentes y caprichosas, aquellos anchos y lustrosos bordados de seda, aquellos mueblecillos cargados de mil objetos inútiles de oro torcido y de plata cincelada, de admirables flores y de penetrantes perfumes que se exhalaban de vasos admirables, conocía que se hallaba en uno de esos santuarios de la moda mas estraña é impertinente. Un momento despues, asi que se habia esperimentado la influencia de aquel lugar prodigioso, se adivinaba facilmente que la claridad sombría de aquella estancia, la fealdad escogida de todos aquellos adornos, no eran tal vez tan inoportunos como á primera vista parecian. En efecto, la rubia y alta Mad. de Cerny se hallaba medio tendida sobre el raso negro de aquellos divanes; estaba vestida con una bata de muselina blanca que la mostraba sobre el fondo oscuro de la tapicería como la sombra blanca de una hada en medio de la noche; su cabeza se apoyaba en un cogin, cuya pluma se apelmazaba bajo la funda negra, y se esponjaba alrededor de su rostro deslumbrador, orlándole ad-

mirablemente en tanto que los espesos y largos bucles de su hermoso cabello rubio se desparramaban en ricas madejas doradas sobre aquella orla oscura y severa.

Mad. de Cerny era bella; pero al verla conoció Luizzi cuanta razon tenia el Diablo cuando le hablaba de la seduccion que resulta de las gracias prestadas con que las mujeres suelen adornarse. En efecto, la belleza de Mad. de Cerny desaparecia en aquel instante bajo el atractivo mágico de aquel atrevido contraste, y la blancura deslumbradora de su rostro, y el rubio y suave color de su cabello hicieron el gasto del primer sentimiento de admiracion que se apoderó del corazon de Luizzi.

Aquel movimiento de sorpresa distrajo la alegria que se habia apoderado del baron, que pudo saludar á la condesa sin reirse á sus hocicos, y tomar con gravedad la silla que ella le designó con la mano, pues parecia hallarse demasiado turbada para poder hablar.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo el baron, y espero de vos la esplicacion del motivo á que debo el grato favor que recibo.

—Ignoro hasta qué punto se puede llamar favor á una esplicacion que puede ser muy séria, contestó Mad. de Cerny.

—Teneis razon, señora, y yo no concibo que cosa relativa á vos no sea ó no deba ser muy séria.

—Me alegraria comprenderos mejor, caballero.

—No sé esplicarme de otro modo.

—Pues lo que yo quiero es haceros esplicar con toda claridad, repuso Leonía con violencia. Qué quereis dar á entender al decir que cuanto tiene relacion conmigo debe ser muy sério?

—Puesto que me exigís una esplicacion, os obedezco, dijo Luizzi, á quien toda aquella elegancia de que se veia rodeado hacia volver á la senda de su buena educacion. Sí, señora, todo lo que tiene relacion con vos debe ser muy sério. Una union espiritual con una mujer cuya superioridad intelectual ha estudiado y resuelto las cuestiones políticas y sociales mas altas, seria muy séria para la mujer que en su preferencia emplea toda la abnegacion, toda la firmeza que hacen tan santa á la amistad; y en fin, si alguien se atreviese á consagrar su amor á Mad. de Cerny, esta pasion fuera séria porque se apoyaria á la vez en la mas alta estimacion hácia el carácter mas noble y la adoracion mas viva hácia la hermosura mas perfecta.

La franqueza directa de este elogio y el tono sincero y respetuoso con que fué hecho, embarazaron al principio á Mad. de Cerny, pero, al parecer, no la irritaron. Despues de un momento de silencio respondió sonriéndose:

—En verdad, caballero, que me admira vuestro modo de despreciarme.

—Qué es lo que decís de desprecio, señora? repuso Luizzi. Estad persuadida de que mi respeto hácia vos es tan verdadero....

—Oh! no procureis escusaros; ya me habeis comprendido, dijo la conde-

sa interrumpiendo al baron. Me admira cuan poco me apreciais, puesto que la palabra desprecio os asusta: no podeis estar un momento al lado de una mujer sin violentar la conversacion á fin de decirla que es hermosa y formada para ser amada.

—Consiste, respondió Luizzi sonriéndose, en que es dificil admirar y abarcar muchas cosas con una misma mirada. Los ojos de la imaginacion, como los del cuerpo, se detienen, sin elegir, en lo que mas los hiere, y los que no han tenido la dicha de haber podido apreciar en un trato íntimo la escelencia de vuestras facultades, es muy natural que se entreguen á la contemplacion de lo que no podeis ocultarles, el talento mas delicado, la gracia mas esquisita y la mas completa hermosura.

Mad. de Cerny se volvió hácia el baron sin dejar su sitio, le miró atentamente, y le dijo:

—Teneis mucha habilidad para volver á vuestra tésis, que yo creo falsa; me parece que la admiracion de un hombre hácia una mujer, si es tal como merece serlo, debe abarcar todo lo que hace que la merezca, y que únicamente reconociendo en grado muy inferior esas altas cualidades de que hablais, se las olvida fácilmente.

—Ah! cuanto os engañais, señora! repuso Luizzi con viveza; dignaos escucharme sin acusarme acerca de la intencion de mis palabras, y quizá conocereis mi razon.

—Os escucho, pues, dijo Mad. de Cerny juntando sus manos sobre el negro cogin que la sostenia, y apoyando con suma gracia la cabeza sobre sus dos manos unidas.

—Hay una cosa de que debeis estar bien persuadida, continuó Luizzi, y es el respeto sincero que me inspirais, la estimacion íntima y pura que se debe. Tambien debeis estar persuadida de que es facil, si no olvidar esos dos graves sentimientos, al menos dejarse dominar por una adoracion mas viva, mas ardiente, aunque sin esperanza.

—Os concedo todo eso, caballero, dijo Mad. de Cerny con una sonrisa; no hay en mí tan mala fé que lo niegue.

—Pues bien, señora, continuó Armando; asi como el amor mas puro puede dominar por un instante el respeto que os he debido, asi un deseo insensato puede dominar por un momento ese amor puro. El hombre que contempla vuestra hermosura, vuestra gracia, vuestro talento, os ama á su pesar, el que os viera aqui, el que viera ese hermoso rostro con tanta gracia apoyado en esas bellas manos, ese cuerpo igualmente bello, dibujándose con toda la gracio y toda la plenitud de su perfeccion, ese cabello esparcido, por vuestros divinos hombros, el que percibiera el perfume embriagador que se aspira en este asilo, en el que viera esta semi-luz que parece un misterio, ese hombre, señora, podria olvidar por un momento, quizá por un solo momento, el respeto que merece vuestra virtud y el respeto mas

tierno de un santo amor, conociendo que no hay en el mundo mujer que reparta en torno de sí tan poderosa embriaguez, considerando que la posesion de tanta hermosura seria la felicidad mas grande.

Mientras Luizzi hablaba de este modo con voz tímida y conmovida, Mad. de Cerny habia inclinado la vista, habia alzado lentamente la cabeza y se habia sentado en el divan en que hasta entonces habia estado tendida. Un vivo carmin coloraba su rostro, y sus aspiraciones oprimidas demostraban que las palabras de Luizzi habian producido en ella una emocion que el baron debia tomar por el embarazo y el rubor que semejante declaracion la causaba; asi es que esclamó con rapidez:

—No os he ofendido, señora: he respondido á una pregunta general con una verdad que quizá he cometido la torpeza de particularizar, pero que no debe heriros. He hablado de la luz involuntaria de una llama que toda mujer, hermosa como vos, puede encender, pero que solo vos podeis hacer pura sin apagarla.

Mad. de Cerny no respondió tampoco; pero su embarazo y su preocupacion eran menores. Luizzi no queriendo dejar en ella enojosas impresiones, añadió:

—Os acusaré para defenderme? Os enojaré para tranquilizaros? Necesitaré deciros que vos teneis la culpa, pues á la vez sois tan santa y tan hechicera?

—No, no, respondió Mad. de Cerdy con graciosa sonrisa, es inútil empezar de nuevo; pero acabais de enseñarme una cosa que me alegro saber, y es que se pueden decir á una mujer con decoro las cosas mas impertinentes.

—Señora.....

—No me habeis ofendido; al contrario, me alegro mucho hallar en vos esa ciencia; porque al fin, caballero, aun no hemos tocado el asunto que ha motivado vuestra venida; aun estamos muy lejos de la esplicacion que os he pedido.

—Y cuál es esa esplicacion? dijo Luizzi aparentando admirarse.

—«Puedo tranquilizaros acerca de los resultados de los obsequios de Mr. de Cerny á Mad. de Carin» me habeis dicho: Veamos de qué modo podeis darme esa seguridad que me habeis ofrecido.

—Perdonad si á vuestro lado elogio á Mad. de Carin, dijo el baron, á quien no ocurrió la idea de contestar á aquella mujer ni con franqueza ni con impertinencia; pero respondo con mi honor de la inocencia de la desgraciada Luisa.

—Teneis pruebas de su inocencia?

—Tengo conviccion.

—Y nada mas?

—Nada mas.

—No es eso lo que vuestras palabras parecian querer decir, caballero.

—Os suplicó que no les presteis un sentido que no tienen.

—Y qué sentido puedo prestarles, repuso la condesa, como no sea el de que vos sabeis de una manera cierta y particular que esas relaciones de que todo el mundo ha hablado no han tenido las consecuencias culpables que se les atribuyen?

—Creeis vos en esas consecuencias culpables? dijo el baron sonriéndose.

El carmin apareció en el rostro de Mad. de Cerny, la mirada interrogante que dirigió al baron, advirtió á este que habia ido demasiado lejos.

—Y por qué quereis que no crea en esas consecuencias? repuso Leonía.

Luizzi procuró retroceder, y dijo con acento balbuciente y desembarazado:

—Los sentimientos de Mr. de Cerny, sus principios.....

—Vos sabeis que en punto á principios de fidelidad no pasa por modelo Mr. de Cerny.

—Su posicion.....

—Su posicion admite muy bien relaciones con la hija del marqués de Vaucloix.

—El amor que os profesa.....

—Nunca hemos pasado por esposos muy apasionados.

—La virtud de Mad. de Carin de cuya pureza respondo.....

—Nada de eso es contestarme, caballero. Por qué pensáis que yo no debó creer en la infidelidad completa de Mr. de Cerny?

La palabra «infidelidad completa» hizo reir sin rebozo al baron; viéndose apremiado por preguntas obstinadas, y hallando una palabra que podia servir de testo á una buena contestacion equívoca, dijo, dejando eacapar sus palabras con la posible lentitud:

—Decís que una infidelidad completa? Ese es un crímen de amor.... del cual vos..... no podeis creer á Mr. de Cerny..... capaz.

Leonía parecia hallarse en un suplicio, pero parecia tambien decid.da á arrancar al baron una respuesta categórica, pues repuso con colérica impaciencia:

—Pero por qué no puedo creer capaz á Mr. de Cerny? Vos que poseeis el arte de decirlo todo, no podeis hallar una perifrasis conveniente para esplicarme lo que teneis que manifestarme?

—Acaso tengo yo algo que manifestaros? Y por qué me obligais á esplicarme, puesto que me habeis comprendido? dijo Luizzi con tono suplicante.

—Yo! esclamó la condesa admirada; nada comprendo como no sea que vos teneis razones que yo ignoro completamente para ocultarme los motivos de vuestra conviccion.

El baron halló tan estraordinaria la persistencia de Mad. de Cerny, que trató de poner termino á aquella situacion equívoca. Sin embargo, como le daba vergüenza el herir á una mujer, cualquiera que fuese, que verdaderamente solo era digna de compasion hácia su desgracia, y de aprecio hácia su resignacion, Luízzi respondio con dulzura:

—Si yo hubiese cometido la torpeza de alarmaros acerca de la fidelidad de Mr. de Cerny, como otros muchos quizá, me perdonaríais si os dijese que olvidárais una palabra inconsiderada y escapada en el calor de la conversacion? Sereis menos indulgente viendo que he tratado de haceros creer que vuestro esposo no ha podido seros infiel?

Luizzi habia dicho esto con tono suplicante, sumiso, el mas conveniente; pero caminaba por un terreno tan escurridizo, que el final de su frase tenía trazas de una chanza de mal género, y Mad. de Cerny dijo en voz alta y firme:

—Caballero, eso es indigno de un hombre honrado; os pregunto franca y decididamente de que procede esa conviccion de la inocencia de Mad. de Cerny. Respondedme sin rodeos, como yo os interrogo. Puedo y sabré oir vuestra respuesta, cualquiera que ella sea, sin que necesiteis ataviarla con palabras convenientes. Hablad, que ya os escucho.

—Pues bien, señora, contestó Luizzi, á quien el tono de la pregunta dictó el de la respuesta; sé todo lo que vos sabeis.

Luego se detuvo sin atreverse á hacer una confesion mas formal á una mujer cuya distincion le imponia mas que su virtud.

—Qué es lo que vos sabeis y yo tambien que no os atreveis á decírmelo? repuso Mad. de Cerny con altanería. Puesto que no lo quereis decir, es cosa que yo puedo oir?

—Pues bien: ya que es preciso decíroslo todo, satisfaré vuestro deseo: sé que el mismo Mr. de Cerny os manifestó la primer noche de boda con un embarazo que debia ser aun mayor que el vuestro.....

—Leonía ocultó la frente entre sus manos, dando un grito, y en aquel mismo instante se abrió la puerta de aquel delicioso gabinete, y apareció Mr. de Cerny.

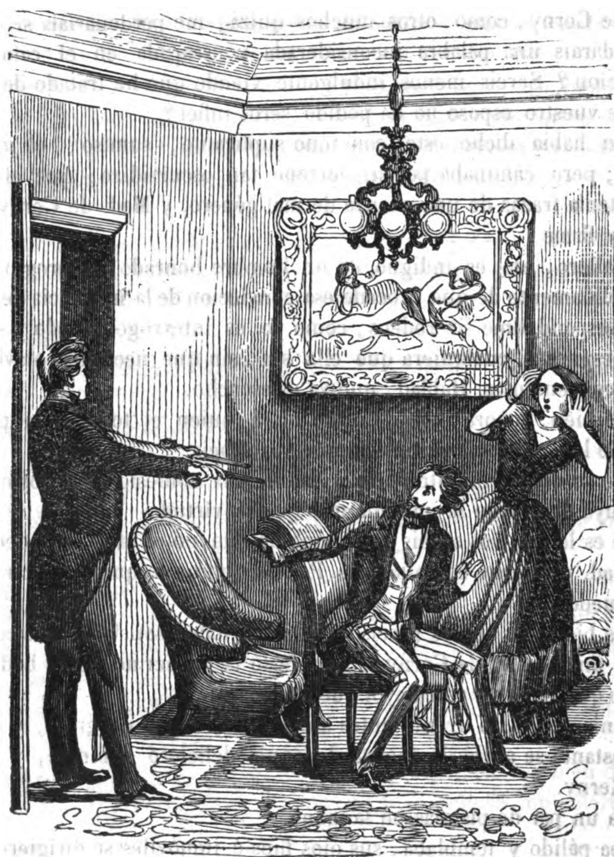
Tenia un par de pistolas en la mano.

Estaba pálido y temblaba; sus ojos fijos é inmóviles se dirigieron al baron, al cual dijo con acento colérico:

—Quién os lo ha dicho, caballero?

Es dificil pintar la admiracion de Luizzi, y la inquietud real que esperimentó al ver aparecer á Mr. de Cerny armado de aquel modo. Seguramente que si se hubiese hallado entre gentes de baja esfera, en las cuales hubiera descubierto algun crímen abominable, no hubiera temido verlas entregarse á tan odiosos escesos para evitar el cadalso como aquel gran señor de alto nacimiento para huir del ridículo.

No sabiendo qué responder á la interpelacion de Mr. de Cerny, Luizzi, á quien la vanidad no permitia mostrar la menor debilidad en presencia de



un hombre de su clase, se volvió con frialdad hácia la condesa, diciéndola:

—Ya veo, señora, que esto era nna alevosía.....

Pero el terror y el asombro que se pintaban en el rostro de Mad. de Cerny, le probaron mejor que todas sus respuestas, que ella estaba tan admirada como él de la aparicion del conde.

—Sois vos! esclamó Leonía dirigiéndose á su marido.

—Sí, dijo el conde, soy yo que he sabido en casa de Mad. de Marignon el calor con que el señor habia tomado la defensa de Mad de Carin; soy yo que he sabido la oficiosidad que ese hombre ha demostrado para tranquilizaros; soy yo que he sabido vuestra curiosidad y he participado de toda ella.

—Pues bien, caballero! dijo el baron.

Pues bien, caballero! replicó Mr. de Cerny, aun está por satisfacer esa curiosidad.

—Y yo no puedo satisfacerla.

—Esa señora lo hará por vos.

—Yo? dijo la condesa.

—Vos, señora, contestó el conde corriendo los cerrojos de las dos puertas del gabinete.

—Ya habeis visto mi ansiedad, y habeis oido mis preguntas, dijo la condesa.

—He oido la contestacion de Mr. de Luizzi que, segun ha dicho, sabe lo que yo mismo os manifesté la noche de nuestra..... de vuestra..... en fin, esa primera noche de boda. Un secreto como el mio pudiera adivinarse, cuando mas; pero una circunstancia como la de que ha hablado el baron de Luizzi, ha debido confiársele. Estábamos solos, señora, y seguramente no habré sido yo quien se haya divertido en contar ese caso.

—Pero el modo con que he interrogado á Mr. de Luizzi ha debido demostraros....

—Que no es á él á quien habeis hecho esas confidencias; yo no sé á quien, pero seguramente se las habeis hecho á alguien. Decidme vos á quien se las habeis hecho, y vos, baron de quien las habeis obtenido, y asi es muy probable que yo sepa por que telar han pasado.

—Os juro por mi alma, dijo la condesa, que ninguna palabra mia ha podido hacer entrar en sospechas á nadie.

—No mintais negando la evidencia, señora, replicó Mr. de Cerny, cuyo furor, con dificultad contenido, estalló de repente. Puesto que el baron sabe todo lo que pasa entre nosotros, es porque vos ó yo se lo hemos dicho.

—Pero, en fin, qué pretendeis? qué quereis? dijo Luizzi.

—No me habeis comprendido aun? repuso el conde. Habeis dicho que soy impotente...... Impotente para dar la vida, eso sí; pero no lo seré para dar la muerte.

—Un asesinato! esclamó Mad. de Cerny levantándose espantada.

—No, señora, dijo con amargura Mr. de Carin; una venganza, una ven-

ganza que la ley ha previsto y que la ley autoriza, puesto que la escusa. Encuentro en el cuarto de mi mujer á un hombre, y le mato.

—Esos son dos crímenes obominables! esclamó la condesa; matais á un hombre y deshonrais á vuestra esposa..... necesitais matarme tambien, porque yo vengaré á mi vez la muerte que hayais cometido.

—Entonces los dos, dijo con amargura el conde, los dos.....

—Es imposible, esclamó la condesa trastornada, en tanto que Luizzi permanecia anonadado y mudo. Es imposible. Se oirán nuestros gritos y vendrán...... No nos matareís tan bien al uno y á la otra, sin que el uno ó la otra podamos llamar.

—Antes de acercarme aqui he hecho alejarse á todos los de la casa, contestó el conde.

Y luego añadió:

—He previsto vuestra resistencia, y ya nadie de modo alguno puede salvaros.

Esto diciendo, retrocedió y se apoyó en la puerta como para prevenir la fuga y darse el tiempo necesario para dirigir con mas seguridad sus golpes.

—Ved, esclamó la condesa, ved que vais á perpetrar un crimen horrible, para el cual no hay escusa ni perdon.

—Es un crímen de que vuestra traicion es causa.

—Nuestra traicion! Soy inocente, os lo juro, estoy inocente de toda traicion. He respetado vuestro nombre.

—Sí, dijo el conde con sarcasmo; le habeis respetado en todo lo que me era indiferente.

—Ah! repuso la condesa con repugnancia, no me recordeis lo que os habeis atrevido á proponerme; ese es vuestro mayor crímen, y desde el dia en que os atrevisteis á bablar asi á vuestra esposa, yo debia esperar veros coronar con un asesinato tanta bajeza.

El conde se encogió de hombros, dejando escapar una carcajada de desprecio; luego dijo con tono de indefinible sarcasmo:

—Vamos, señora, no os hagais la virtuosa sin venir á cuento. Os dije y quiero repetirlo delante del señor, pues tambien debe saberlo, os dije que queria ser generoso para con vos, y que no queria encadenar vuestra existencia á la de un cadáver, y que sabria sufrir sin venganza lo que la sociedad llama una afrenta y lo que yo llamo un consuelo; os dije que, escepto el escándalo que yo nunca sufriré, estaba dispuesto á permitirlo todo, resignándome anticipadamente á una suerte que otros no aceptan tan fácilmente. Si os dije esto, fué quizá una locura propia del amor, la sola locura que me era permitida, pero no por bajeza.

—Fué una bajeza, caballero, respondió la condesa exasperada; una bajeza, porque habiais previsto que mi adulterio podia un dia destruir las sospechas infundidas por mi esterilidad, y que un heredero de vuestro nom-

bre, si no de vuestra sangre, seria la mejor respuesta que pudiera darse á todas las suposiciones.

—Es cierto, señora, dijo el conde con aquella horrible impudencia del hombre que, impelido al crímen, llega con bastante facilidad al cinismo.

El baron se levantó entonces, y dijo con frialdad:

—Concluyamos, caballero, que si yo he podido esperar un instante que un doble asesinato repugnaria en el momento de cometerle á un hombre á quien solo creia estraviado por una cólera insensata, debo conocer ya que el que ha hecho semejante proposicion á su mujer, es capaz de todos los crímenes y de todas las bajezas.

El conde respondió otra vez á este apóstrofe con aquella risa cruel que revelaba el trasporte feroz de su alma. Guardó silencio un momento, y luego dijo de repente:

—Pues bien! hice esa proposicion y ahora la renuevo.

—Qué quereis decir? preguntó la condesa.

—Vamos, señor de Luizzi, dijo el conde con sarcasmo; mi bello señor de Luizzi, que hablais un lenguaje tan dulce á las mujeres, y con tanto talento las dirigís chanzonetas acerca de la desgracia de sus maridos; aquí teneis una que os doy á consolar..... Es hermosa, es jóven, reune toda clase de atractivos, hasta el que no tiene ninguna mujer casada. Vamos, os entrego esa mujer, sed su amante en el acto y á mi presencia, y os perdono á los dos; á vos porque os creo muy capaz de perpetuar el nombre que vá á estinguirse conmigo; á esta señroa, porque se verá precisada á guardar el secreto de una falta que deshonra.

Mad. de Cerny se desplomó sobre un divan, ocultando la frente entre sus manos.

—En verdad, caballero, dijo Luizzi, que yo no creia posible añadir nada á vuestra infamia.... pero esa repugnante chanzoneta....

—Chanzoneta! nada de eso, señor baron, repuso el conde con sarcasmo, os juro que hablo con seriedad. Vamos, vamos.... este gabinete tan lindo, esta mujer tan bella, este perfume de amor, todo esto, en fin, debe trasportaros, debe exaltaros.... Vaya, me parece que el miedo os pone en un estado mas miserable aun que el mio. Mostrad un poco de ánimo, tened mas presencia de espíritu. Os juro por mi honor, que si sois capaz de hacer lo que os digo, saldreis de aquí despues de haber poseido á la mujer mas bella, mas noble, mas seductora del mundo; todo vuestro talento y vuestra seduccion no os dará jamás una querida tan encantadora.... Vamos, señor baron, que en las grandes circunstancias se ven los grandes corazones.

—Ah! esclamó Luizzi con hastío, sois un infame.

—Pues bien! dijo la condesa levantándose con exaltacion, yo por mi parte acepto. Mi curiosidad ha conducido á Mr. de Luizzi al lazo en que debe pe-

recer; si es necesario mi honor para salvarle, que le tome; me entregaré á él.... y le salvaré.

El conde se puso lívido al oir estas palabras; pero ocultó la nueva cólera que se inflamaba en él, en tanto que Luizzi esclamaba:

—Señora, señora, vuestro dolor os estravia....

—Sois muy poco galante, señor baron, dijo el conde riéndose: mi esposa se presta de buena gana á la broma; acaso os cuesta á vos mas trabajo que á ella? Qué os falta para obtener la mas inefable de las felicidades?

Es imposible esplicar la rabia que esperimentaba Luizzi al verse temblando al cañon de una pistola por semejante cosa. Por otra parte, lo que le sucedia estaba tan fuera de todas las situaciones en que el hombre puede hallarse, que estaba aun mas aturdido que atemorizado.

—Disparad al corazon, esclamó no sabiendo qué decir. Concluyamos, matadme pronto: teneis interés en no errar el tiro.

Esto diciendo, el baron descubrió con violencia el pecho para presentarle á la bala de Mr. de Cerny, y el zapato del Diablo, que habia guardado en el bolsillo, se le cayó y rodó por la alfombra.

El conde dirigió, por un movimiento maquinal, sus ojos al objeto que acababa de caer del bolsillo del baron; y, sea que verdaderamente le admirase aquel zapato, sea que no le desagradase tener un pretesto para retrasar aun la ejecucion de un crímen que á su pesar le asustaba, contestó con su tono burlon:

—Por Dios que es singular esa cartera!....

Luizzi pensó á su vez que aquel accidente era un socorro inesperado del Diablo; y entonces, tranquilizándose algun tanto, respondió con tono no menos burlon:

—Una cartera que encierra terribles secretos, y que tal vez revelará un dia el del atentado que se va á cometer aqui.

—Y encierra el secreto que habeis revelado á mi mujer? preguntó el conde con amargura.

—Sí; contestó Luizzi, porque es el zapato del que me lo ha contado que le ha dejado hace un momento en mi carruage.

El conde recogió el zapato por un movimiento impremeditado, y le examinó con sombría atencion.

—Es lindísimo, dijo, y no habrá muchos hombres que puedan calzarle.

—Lo creo, asintió Luizzi, que se hallaba con bastante presencia de espíritu.

El conde echó una mirada rápida á los pies del baron, como para compararlos con el zapato que tenia en la mano. Parecióle que no podia pertenecer á Luizzi, y murmuró en voz baja y lenta, semejante al hombre que concibe una idea, la cual va esclareciéndose poco á poco:

—En efecto, hay pocos hombres que puedan calzar semejante zapato;

pero hay uno á quien se alaba por la elegancia de su pié pequeñito y por el cuidado con que hace uso de él.... ese hombre es quizá el único á quien una mujer se atreveria á confiar tal secreto sin creer faltar á sus deberes, y ese hombre seria mas infame que cualquiera otro si le hubiese revelado..... Ese hombre....

El conde, al hablar asi, daba vueltas al zapato; de pronto se acercó vivamente á la bugía, porque habia descubierto un nombre escrito, segun costumbre, en el fondo del zapato, y esclamó:

—Es él!... es el abate Molinet!... es vuestro confesor, señora!

—El abate Molinet! dijo Mad. de Cerny. Nunca.... yo os lo juro....

—No mintais, dijo el conde con tono severo; no destruyais con juramentos inútiles el único medio de perdonaros que me resta. Un sacerdote! un sacerdote! faltar al secreto de la confesion! Pero ese es capaz de todo; el desórden que ha sembrado en casa de Mad. de Arnetai prueba bastante hasta donde es capaz de llevar sus infames investigaciones. Pero en verdad, señora, yo creia que solo una mujer tan necia como Mad. de Arnetai podia dejarse dominar por los consejos impúdicos de un sacerdote sin vergüenza.

La condesa miró á Luizzi con un asombro que el baron comprendia, pero que no podia ni debia esplicar. En efecto, creia entrever la posibilidad de que la rabia del conde se volviese contra otro que no fuese él, y en el peligro apremiante en que se hallaba no se sentia con bastante generosidad para sacrificarse á la seguridad de un inocente á quien, por otra parte, defenderia el Diablo, puesto que él era quien lo habia comprometido.

El conde guardaba tambien un horrible silencio; al fin, miró sucesivamente á Luizzi y á la condesa, y dijo:

—Con que sois tres los que sabeis ese horrible secreto? En cuanto á las víctimas, sale la misma cuenta, porque á vos, señora, os perdono. Sois devota y no puedo oponerme á vuestra devocion. Pero en cuanto á vos, baron de Luizzi, es preciso que murais.

Esta palabra, que destruyó la esperanza del baron, devolvió su valor al hombre honrado, que respondió con frialdad:

—En ese caso, ahorrad un crímen inútil. Yo no conozco al abate Molinet, y por consiguiente no es él quien me ha revelado vuestro secreto.

—Disculpa miserable y tardía! dijo el conde. Vuestra respuesta ha sido demasiado franca; el abate estaba hace un momento en vuestro carruage, y venía sin duda á casa de Mad. de Arnetai, que vive á dos pasos de aqui. Ademas yo sabré muy pronto si es él.

—Id á interrogarle, señor conde, dijo el baron.

—No, no quiero interrogarle; yo soy mas diestro que todo eso, y hubiera hecho un escelente juez de instruccion como os lo voy á probar. No se olvida un zapato en un carruage, á menos de mediar una circunstancia que se esplica maravillosamente por las costumbres provinciales del abate

Molinet. Como nuestro abate no goza de riquezas, se vé precisado á hacer á pié sus mas bellas visitas, y resulta que el coquetismo del señor abate desafia el lodo por medio de un calzado *ad hoc* que reemplaza con rapidez por esos encantadores zapatos en el instante de entrar en una casa. Voy á ir á la de Mad. de Arnetai, donde debe estar aun el abate: si no está, voy á su propia casa y le presento de vuestra parte ese zapato. Su turbacion me dirá lo que debo creer: yo sabré hacerle hablar en seguida, y si resulta ser cierto lo que me habeis confesado, su sentencia será tan irrevocable como la vuestra, señor baron.

—Olvidais la mia? preguntó la condesa. Pensad en lo que os he dicho, señor conde: si cometeis ese crímen os acusaré públicamente, os lo juro ante Dios.

—Pues bien! haré con vos lo que con ellos, contestó Mr. de Cerny.

—Sea, dijo la condesa; herid, pero no quiero dejaros en un error. Despues de estos asesinatos tendreis que empezar de nuevo á asesinar; yo no sé quien es el que ha dicho á Mr. de Luizzi la verdad, pero sí que no es Mr. Molinet, porque no es él á quien se lo he confiado.

—No es él! esclamó el conde furioso. Pues quién es, desgraciada?

—Un hombre á quien amo, un hombre que adivinará por qué me habeis matado y que me vengara, señor conde.

—Un amante! esclamó Mr. de Cerny volviendo á su sarcástica risa.

—Sí.

— Señora, esa astucia es mala y yo no creo en ella, repuso el conde, reponiéndose del todo. No señora, no: la cosa se esplica muy claramente. De vos al señor abate, del abate á Luizzi; ved aqui todos los intermediarios; ved aqui todas las voces que me es preciso reducir al silencio.

La duracion de esta discusion habia producido en los tres actores de tan singular escena un cansancio de sus propios sentimientos, y todos tres se hallaban ya bien distantes de su primera exaltacion.

Luizzi no se entregaba á aquellos nobles arranques de valor en que brindaba con su vida al conde. Mad. de Cerny, abatida por la naturaleza de las sensaciones que habia esperimentado, habia caido sobre aquel divan donde aparecia tan bella una hora antes, y el conde, retirado á la entrada del gabinete, no sentia ya aquellos furiosos trasportes que hubieran podido hacerle ejecutar su horrible proyecto; pero á medida que le faltaba el ánimo le tornaba la reflexion para irritarle; en efecto, solo se trataba para él de evitar un ridículo cuyo temor le habia impulsado á las amenazas mas espantosas; hasta el recuerdo de estas mismas amenazas necesitaba ya anonadar. La condesa y Luizzi no podian salir de aquel gabinete despues de lo que se habia atrevido á decirles el conde, á quien atormentaba este pensamiento, sin hacerle, no obstante, volver á su furiosa resolucion. Se veia reducido á esa horrible precision de matar por necesidad y no por saña, cuando, exaspe-

rándose de pronto contra sí mismo, dijo como el hombre que procura aturdirse con sus propios gritos y animarse con sus movimientos desordenados:

—Vamos, baron, vamos, señora; puesto que vosotros lo habeis querido, que vuestra voluntad se cumpla.

Esto diciendo, el conde apuntó con una de sus pistolas al baron, que retrocedió con espanto exhalando un grito.

—Ola! teneis miedo! dijo Mr. de Cerny, que no pudiendo, á su pesar, cometer aquel crímen con la sangre fria necesaria, se apoderó con rapidez de lo primero quo creyó podria ahorrársele.

—Miedo! replicó el baron sobreponiéndose á su primer movimiento de debilidad; no, señor conde; pero hay peligros á los cuales ningun hombre se halla preparado: los de un asesinato cobardemente premeditado son de ese número.

—Pues bien, dijo el conde; podeis salvaros ambos. Podeis hacer lo que os he dicho, y ved aqui como. Mi mujer va á escribiros algunas de esas cartas que se dirigen á un amante, cartas de fechas diferentes; vos contestais á esas cartas de modo que con vuestras contestaciones se pueda probar que esta señora ha sido vuestra querida. Quiero una verdadera correspondencia amorosa, de dos amantes dichosos; y por último, me escribireis cada uno una carta, á mí mismo, en la cual me direis que me remitís aquella correspondencia confesando que os he perdonado la vida á ambos, al uno como un cobarde, á la otra como á una mujer deshonrada. Una vez estas pruebas en mi mano, podreis vivir, y os dejaré salir de aqui si eso os conviene.

—Nunca! esclamó el baron.

—No quiero discusiones, dijo con violencia el conde; os dejo una hora para reflexionár y consentir en lo que os exijo. Si en este tiempo no lo habeis hecho, es prueba de que preferís la muerte. En cuanto al abate Molinet, añadió tirando al suelo el zapato, yo sé cierto medio de hacerle callar.

El conde salió en seguida y dejó á la condesa y á Luizzi en presencia uno de otro.

Apenas quedaron solos, se levantó la condesa y corrió un cerrojo interior do la puerta, y luego se volvió á Luizzi. Una resolucion loca y terrible apareció en su rostro: se puso en frente de Armando y le dijo:

—Y bien, señor baron, qué tratais de hacer?

—Nada por mí, señora, dijo el baron; todo por vos.

—Eso no es responder, caballero, podemos salvarnos el uno y el otro sin perder ambos el honor. No podemos salir de aqui, vos con la reputacion de un cobarde, y yo con la fama de una mujer perdida. Quereis sacrificar vuestro honor?

—Os atreveríais á sacrificarme el vuestro?

—No se trata de mí, caballero, la posicion no es igual: yo solo puedo vivir ó morir deshonrada; mi marido no puede ejecutar impunemente el

crímen que medita sino acusándome de un adulterio que habrá castigado con un asesinato cometido bajo la proteccion de la ley. Vos teneis mejor suerte: vuestra muerte no os deshonrará..... no será para vos una afrenta el haber sido mi amante.

Luizzi guardó silencio un instante: las ideas que su situacion despertaba en él, se agitaban sin órden en su cabeza.

—No me respondeis, caballero? dijo la condesa. Quereis escribir esas cartas?

—No, contestó Luizzi, no; no compraré la vida á costa de vuestro honor.

—Decid mas bien del vuestro, replicó la condesa mirando á Luizzi atentamente.

—Como gusteis, señora, respondió el baron. No compraré mi vida á costa de mi honor.

—Es preciso morir, dijo Mad. de Cerny inclinando la cabeza, morir inocente..... inocente y deshonrada!

El baron miró entonces á la condesa que se habia desplomado sobre un sillon con la desesperacion pintada en el rostro..... Nunca le habia parecido tan bella. Se aproximó á Leonía, y la dijo:

—La vida y la muerte están al mismo precio..... á vos os toca alegir entre ellas.

La condesa le miró largo tiempo como para penetrar los verdaderos sentimientos de su corazon. Despues se volvió á levantar, y le dijo lentamente, como si quisiera que comprendiera bien cada una de sus palabras:

—Obedecereis á esa eleccion cualquiera que sea, caballero?

El baron dudó, y respondió por último con resolucion:

—Obedeceré.

—Escribamos, pues, caballero, dijo la condesa.

—Escribamos, dijo Luizzi exhalando un suspiro, y en tal estado de turbacion, que verdaderamente no se sabia si era por su salvacion ó por la de la condesa por lo que tomaba aquella pusilánime resolucion.

—Vamos, le dijo Mad. de Cerny abriendo un pequeño secreter: escribid, pues no creo sea muy comun empezar la mujer una correspondencia amorosa

Luizzi se sentó delante de la mesa forrada de terciopelo, y tomó una pluma; pero en lugar de escribir se puso á reflexionar.

—Y bien, caballero, le dijo Mad. de Cerny, no quereis salvarme?

—Sí, dijo Luizzi, sí..... yo pronuncié las imprudentes palabras que os han perdido; yo por mi infernal curiosidad soy causa de esta catástrofe, debo salvaros, puesto que quereis vivir, salvaros á costa de mi honor, puesto asi lo quiere mi fatal destino..... me resigno á él.

Tomó de nuevo la pluma y escribió rápidamente la palabra *Señora;* pero despues de este esfuerzo de imaginacion, no pudo ir mas lejos: no se le ocurrian ninguna de aquellas dulces frases con las que habia jugado tantas vaces, y se puso á cavilar mirando á Mad. de Cerny, que estaba sentada frente de él al otro lado de la mesa: el sobresalto de aquella situacion habia añadido á la belleza de sus facciones una espresion exaltada que detuvo las miradas de Luizzi. La contempló algunos momentos, admirando aquel noble y celestial rostro, tan gracioso y tan risueño un momento antes, y entonces tan pálido y tan asustado.

El baron consideró que aquel triste cambio llegaria á ser pronto mas horrible aun, y que si él vacilaba por mas tiempo, aquella mujer tan jóven y tan bella no tardaria en ser un cadáver helado y sangriento, y en el mismo instante se apoderó de su corazon una noble resolucion de salvarla, porque, es preciso decirlo, en aquel momento se olvidó completamente de sí mismo, y formándose al mismo tiempo la idea novelesca del hombre que ha visto á una mujer, que la ha tributado sus respetuosos homenages, y que se decide al fin á hablarla de su amor, escribió al punto la carta siguiente:

SEÑORA:

«Hay peligros de los que la virtud mas pura no pudo librar á una mujer; porque hay delirios que toda su modestia no puede prevenir. Cuando esa mujer inspira amor, aun sin quererlo, es preciso que se resigne á oir la declaracion. Si esta declaracion le parece una ofensa, y si padece su orgullo, debe pensar que contra el orgullo qùe se indigna y el corazon que ama, debe estar por el padecimiento mas cruel, y debe perdonar; vos me predominais, pues, señora. Por otra parte, lo que me atrevo á escribiros no es nuevo para vos. El amor mismo cuando es mudo, lleva en sí una conviccion que persuade á la mujer; esta conoce que es amada mucho antes de que se le diga, porque aquel lenguaje del corazon, al corazon no puede serle desconocido. La que escucha con su vanidad los lisongeros homonages del mundo, puede dejarse engañar; pero la que como vos ha conservado la sencillez de sus emociones en medio de las mas severas preocupaciones del espíritu, no puede equivocarse acerca del sentimiento que inspira. El alma tiene un oido que solo oye la voz del alma, y que nada puede impedir que la oiga; no quiero decir, que la confesion de un amor tan vivamente sentido lisongee ó haga dichosa á la mujer; pero lo que sí me atrevo á afirmar es que no puede negarse á ser sincera que es el consuelo á que aspiro. Vos, señora, no podíais negar vuestro aprecio al hombre que se dejase llevar de una pasion hácia la mas bella y noble imágen de Dios, que se arrodillára ante la mas santa y mas perfecta de sus obras. Seré yo culpable porque vos seais esa celestial imágen y esa obra perfecta, y me arrodille delante de vos? Eso seria

injusto, y la justicia os pertenece como la belleza, porque como ella, procede del cielo. Tengo, pues, la conviccion de que me habeis perdonado.

ARMANDO DE LUIZZI.»

El baron asi que hubo terminado esta carta, la entregó á la condesa, que fijando tristemente los ojos en él mientras escribia, parecia compadecer al hombre á quien habia puesto en la terrible alternativa de la muerte ó el deshonor. La condesa tomó la carta y la leyó al punto con rapidez. Despues la volvió á leer, y una dulce y triste sonrisa asomó á sus labios, y dijo al baron:

—Ved aqui una cosa bien triste, caballero; ved aqui una cosa capaz de desvanecer las mas bellas ilusiones.

—Qué quereis decir, señora?

—Es preciso convenir en que un hombre puede hablar á una mujer del amor que no siente con toda la conviccion de un amor verdadero; es preciso convenir en que lo que en este momento es para vos una horrible necesidad puede llegar á ser el entretenimiento de una hora de ociosidad.

—No lo creais, señora, dijo el baron. Al escribir esas palabras, no puedo asegurar que esperimentaba el amor de que hablo; pero me preguntaba á mí mismo de qué modo os deberia amar el que se atreviera á amaros.

—Hablais con sinceridad? repuso Mad. de Cerny mirándole.

—Sí, señora; y si no encontrais en esta carta espresion bastante completa y bastante respetuosa á la vez para el sentimiento que debeis inspirar, perdonad una preocupacion que debeis comprender.

—Sí, sí, dijo la condesa con un suspiro; sois noble y bueno para mí, caballero; sacrificais vuestro honor á la debilidad de una mujer que tiene miedo; creed que os doy las gracias desde el fondo de mi corazon.

Se detuvo enjugando una lágrima que temblaba suspendida de sus largas pestañas, y añadió con esfuerzo:

—Ha llegado mi vez; es preciso que yo conteste á esta carta.

La leyó de nuevo, y escribió en tanto que Luizzi lo contemplaba con el mismo sentimiento de tristeza, considerando que su imprudencia habia perdido á aquella mujer, y reprochándose las lágrimas que la infeliz derramaba reales y amargas sobre el papel en que jugaba la dicha y el amor. Hé aqui lo que la condesa escribió:

CABALLERO:

«Me amais, pues; me lo decís demasiado bien para que yo no lo crea, y lo creo demasiado para que no os lo confiese. Esta confesion de vuestro amor es una falta; lo sé, y lo siento. Reconocer el amor que se inspira,

es decir, que ni asombra ni ofende ese amor, es aceptarlo aun cuando no se pueda corresponder á él, es mostrar agradecimiento cuando se debe mostrar ingratitud, es pedir culto cuando nada se debe conceder á la oracion; es ser injusta, en fin, y yo no quisiera serlo para con vos. Olvidadme, pues, caballero; olvidadme para siempre, y entonces recordaré con orgullo que me amásteis, y recordaré agradecida que no quisísteis ser amado.

LEONIA DE CERNY.»

Tomó la carta la condesa y se la entregó á su vez al baron, diciéndole con esa dulce y triste sonrisa que prestaba á su rostro tan tierna melancolia:

—Voy muy de prisa en esta carta; digo mucho mas de lo que una mujer debiera decir, aun cuando tuviese un verdadero amor en su corazon; pero no estamos en situacion de trazar una larga lucha de sentimientos; leed.

El baron leyó y releyó la carta como la condesa habia hecho con la suya; despues dijo con tono de melancólica chanza:

—Cómo os quejais, señora, diciendo que los hombres pueden jugar con la espresion de los mas dulces sentimientos? No convendreis en que si la desesperacion en que os encontrais os ha dictado esta carta, una coqueta hubiera podido escribírsela á un hombre que la amase sinceramente?

—No creo, dijo Mad. de Cerny, con sencilla franqueza, no creo que una coqueta hubiera escrito asi, porque he interrogado á mi corazon para contestaros como vos al vuestro al escribirme; le ha preguntado lo que hubiera sentido siendo amada con el amor que me habeis espresado vos; y ved ahi lo que me ha respondido.

—Oh! con qué es asi como hubiérais contestado siendo verdadero ese amor? dijo el baron, cuya mirada abarcó aquel rostro tan bello en la tristeza, tan resignado en el dolor.

—Verdaderamente, yo asi lo creo, respondió Mad. de Cerny; qué mas da? Apresurémonos, concluyamos esta horrible novela. A vos os toca ahora......

El baron tomó la pluma; pero esta vez no se detuvo á reflexionar antes de empezar la carta; escribió rápidamente y casi con la accion de un hombre que escucha á su corazon y le deja hablar.

Mad. de Cerny seguia atentamente la rápida agitacion de la fisonomía de Armando, en la que se mostraban ya los diversos sentimientos que este espresaba en el papel. Habia una verdad tan franca en la espresion involuntaria de lo que Luizzi fingia esperimentar, que hubiera podido creerse que realmente lo esperimentaba; asi es que la condesa, que le habia seguido atentamente con la vista, no aguardó á que le entregase su carta, y le dijo asi que la hubo terminado:

—Veamos, veamos. Tomó la carta y la leyó. Decia asi:

«Señora :

Qué es lo que pedís al que os ama? Cuando solo vuestro aspecto le encanta y le turba; cuando la gracia y la hermosura que en vos admiran todos; cuando el alma que mostrais al mundo bastan para inspirarle el amor mas santo y mas sumiso, con qué amor quereis que os ame? Con qué amor quereis que os ame cuando descorreis para él el velo impenetrable que oculta las castas é inocentes bellezas de una alma tan pura como la vuestra; cuando despojándoos por un momento para él de esos deslumbradores atractivos que llevais á todas partes y que á todos pertenecen, le dejais entrever desconocidos y misteriosos encantos que sobrepujan á sus sueños? Oh, señora, decid si juzgais digno de tanta dicha al hombre á quien asi os dignais mostraros? El neófito deslumbrado y hechizado por la luz que inunda el atrio del templo, teme no poder resistir el resplandor de la claridad celeste que se escapa á través de la puerta entreabierta del santuario; y yo en vuestra presencia tiemblo como él y temo no poder amaros mas, cuando apenas os amo lo que merece lo que conozco de vos.

Sí, señora, cuando os amaba con todo el poder de mi alma, me imaginaba que no podríais exigirme mas, y ved ahí que he entregado todo mi corazon á lo que solo es una parte vuestra.

Habeis sido á la vez demasiado buena y demasiado cruel para conmigo. Sois el ángel de la belleza que pasa disfrazado delante de un miserable mortal. Al ver la magestad de su porte, la gracia de su andar, lo apacible de su paso, el insensato le tributa toda su admiracion; despues el ángel vuelve á pasar, levanta una parte de su túnica, separa un poco su velo, y el desdichado se pregunta qué homenages podrá ya tributar á aquella belleza del cielo, cuya existencia ni aun sospechaba, y se arrodilla y pide perdon al ángel. Ved ahí lo que tambien debo yo hacer.... porque esa carta que me habeis escrito es la puerta entreabierta del santuario, es la túnica que se alza, es el velo que se separa, es vuestro corazon, cuya luz y cuya hermosura he vislumbrado. Oh! perdonadme si no os amo mas de lo que os amaba, pero ningun hombre puede ir mas allá de su corazon y de su vida. No se puede morir mas que una vez por la que se ama: no se puede tributar mas amor que el que el alma puede contener.

Armando de Luizzi.»

Cuando la condesa hubo acabado esta carta, puso la mano sobre su corazon como para contener sus latidos; despues dijo esforzándose por disfrazar su emocion con una sonrisa :

—Esta carta es una locura; pocas veces se escriben asi en el mundo, y sin

duda no os parecerá muy verosímil la triste novela que estamos escribiendo.

—Tal vez señora, repuso Luizzi, no es á la mujer imaginaria á quien he contestado con una pasion imaginaria; tal vez sois vos á quien he hablado en esa carta; porque razon tengo al decir en ella que conozco de vos lo que el mundo ignora; sé la nobleza y la fortaleza de vuestra alma; sé que ninguna mujer ha merecido tanto como vos la admiracion y el respeto de los hombres, y que nadie puede amaros y respetaros todo lo que mereceis. La espresion de estos sentimientos puede ser loca, señora, pero estan sinceramente impresos en mi corazon, os lo juro, y debeis estar bien persuadida de ello.

—Quisiera daros las gracias por vuestra buena opinion, señor de Luizzi, contestó la condesa dirigiéndole una mirada del mismo modo que se tiende la mano á un amigo. Pero el tiempo no nos pertenece; necesito escribir, añadió con voz empapada en lágrimas. En seguida tomó la pluma y escribió:

«Os doy las gracias por vuestro amor; hasta os doy las gracias por ese entusiasmo que va mas allá de vuestro amor, no porque crea merecerlo como vos decís, sino porque soy feliz en haberlo inspirado á un hombre como vos, aunque este hombre se equivoque. No soy el ángel velado de la hermosura, todo lo conoceis en mí, escepto algunas dolorosas heridas que no me atrevo á mostrar. En el santuario de mi alma no hay esas luces deslumbradoras que os figurais, y quizá os sorprenderíais no poco si penetrárais en él y viérais que es el santuario del dolor y el asilo de la desesperacion. Entonces comprenderíais por qué agradezco vuestro amor. Conservadle tal como es, bueno é indulgente para mí, noble y grande como vos mismo.»

Mad. de Cerny, mientras escribia esto, dejaba correr abundantes lágrimas de sus ojos, que enjugaba de cuando en cuando para volver en seguida á tomar la pluma y continuar.

—Ved, dijo á Luizzi con voz entrecortada; ved lo que he contestado. Ay! me siento ya sin fuerzas para continuar este horrible juego.

—No olvideis que en él va vuestra vida.

—De qué me servirá conservar una vida que pasará sin honor como ha pasado sin amor?

La condesa ocultó su rostro y sus lágrimas entre sus manos, en tanto que Luizzi leia su carta. Asi que Armando acabó esta, miró á Leonia, que estaba entregada á su desesperacion. El baron se sentó por un singular movimiento de resolucion, y se puso á escribir con rapidez.

Señora:

«Os he comprendido mal? Esa vida para el mundo tan serena y dichosa, será tal vez una contínua série de tormentos sufridos con valor? La

tranquilidad de vuestra alma, que se ha acusado de frialdad, será únicamente la máscara risueña que oculta el pesar y la desesperacion? Será verdad que el amor que siento hácia vos, este amor mas verdadero, mas grande que os le he pintado; será, pues, para vos un consuelo? Oh! si pudiera esperarlo, señora, si me atreviera á creerlo, yo os libraria de los dolores que sufrís y de los peligros que podeis correr! Oh! pronunciad una palabra, Leonia; una palabra, y os salvo. Haced por comprenderme, yo os lo suplico. Cualquiera que sea la desgracia que os amenace, os libraré de ella llamándola sobre mí. Oh! si necesitais mi honor, disponed de él, porque es vuestro, ya lo sabeis.... Si mi vida os hace falta, tomadla. Tomadla, pues, señora, y me la pagareis con esceso si al empeñarla en una lucha mortal me decís: Armando, yo amaré vuestra memoria!»

Aun estaba llorando Mad. de Cerny, cuando Luizzi acabó la carta.

—Tomad, leed, la dijo el baron con un vivo acento de súplica: leed..... leed bien.

La condesa recorrió la carta sin poderla leer: luego enjugó rápidamente sus ojos, y volvió á leerla con lentitud y con una atencion profunda; cuando la hubo acabado alzó hácia el baron una mirada afanosa é interrogadora, y le dijo con una voz en la que la alegria se traslucia al través de las lágrimas:

—A quién debo contestar, Armando?

—A mí, Leonia! dijo el baron cayendo de rodillas á sus pies.

—A vos, Armando, no es verdad? A vos, aqui y á esta hora?

—A mí, aqui; á mí, al que morirá por salvaros.

—Pues bien! Armando, esclamó Leonía, á vos os contestaré: No, no amaré solo vuestra memoria..... porque os amo á vos.

—Oh! esclamó el baron cogiendo las cartas escritas y rasgándolas en un trasporte de heróica altivez: que venga el conde ahora, y será preciso que me asesine diez veces antes de llegar á tí, Leonía!

—No, Armando, no; si mueres yo tambien moriré: respondió la condesa, en cuyo rostro brillaba una loca exaltacion. Moriré deshonrada para todos, inocente para tí solo!

Leonía se detuvo, mirando á Luizzi con exaltacion, y dijo:

—Culpable para tí solo si tú quieres.

—Leonía, esclamó el baron estrechándola en sus brazos: será verdad?.....

—Sí, sí, sí..... contestó Leonía con voz moribunda, tuya soy..... tuya.... yo te amo! Y hablando asi, ocultaba su rostro entre sus manos, mientras Luizzi la llevaba loco y desolado hácia el divan en que la viera tan bella y tan serena una hora antes.

La condesa se dejó llevar ocultando aun el rostro entre sus manos, y murmurando con voz ahogada:

—Oh! esa luz!.....

Luizzi quiso soplar la bugia que ardía en la bomba de cristal, pero no pudo alcanzar á ella; y mientras Leonía sepultaba su rostro entre los cogines para



ocultarse á sí misma su falta, reparó el baron en el zapato del Diablo; le cogió rápidamente y le puso sobre la bugia á modo de apagador.

Todo quedó en una oscuridad infernal, y el zapato del Diablo empezó á dar vueltas sobre la bugía.



XVII.

Capítulo de novela.



Mientras esto pasaba en el gabinete, el conde habia vuelto á su habitacion, y reflexionado largamente acerca del horrible proyecto que le sugiriera el temor del ridículo que es mas poderoso de lo que se puede imaginar; porque muchos hombres han acudido al suicidio para librarse de él.

Sin embargo, una vez en presencia de sí mismo, Mr. de Cerny consideró mas tranquilo la accion que se habia creido con valor suficiente para cometer, y conoció que habia confiado demasiado en su valor. No obstante, faltaba un desenlace á esta escena. No podia ir á abrir la puerta á sus dos prisioneros y dejarles salir libremente, á menos que le hubiesen escrito las cartas que les habia pedido, y no tenia la reso-

lucion necesaria para obtener por un crímen el silencio que necesitaba para vivir tranquilo.

Encontróse pues en el caso de buscar un medio de conciliarlo todo, en la suposicion de que Luizzi y la condesa no hubiesen escrito aquella pretendida correspondencia amorosa, y á fuerza de buscar acabó por descubrir uno muy sencillo: reducíase á que si los dos eran personas que preferian la muerte á una bajeza que podia deshonrar á ambos, debia haber en ellos un principio de honor, al que podia confiarse sin temor ninguno.

Lo único que le embarazaba, era el modo de aprovecharse de esta circunstancia. En fin, fué discurriendo medios tan estravagantes, que hubo de volver al mas sencillo de todos por su ejecucion, asi como habia vuelto á la mas sencilla de sus ideas para salir del mal paso en que se hallaba empeñado.

Este medio consistia en reconocer francamente la firmeza de la conducta del baron y la condesa, felicitarlos como hombre que los habia creido verdaderamente capaces de quebrantar el secreto, y que solo habia querido hacer una prueba que le tranquilizára por completo. Despues añadiria que teniéndolos por personas de honor, fiaba en ellos y no les pedia mas garantia que su palabra.

El conde habia preparado al efecto un discursito, y esperaba con impaciencia el término de la hora. Sin embargo, no se habia adelantado al plazo que él mismo fijára, en primer lugar, porque queria conservar en presencia de sus prisioneros, el aire de resolucion implacable que delante de ellos habia tomado; y en segundo, porque abrigaba esperanzas de que escribirian las cartas que debian comprometerlos, cuya garantia preferia á cualquiera otra.

Llegado que hubo la hora, bajó armado de sus pistolas, y sin embargo bastante embarazado con el papel que iba á representar. Habia tomado sus armas considerando que en vez de salir bien su plan podia empeñarse una lucha, y por último recurso, aceptaba el homicidio para ahogar la voz del baron y la de su mujer.

Hacia largo tiempo que todo dormia en la casa, cuando el conde atravesó la larga série de aposentos á cuyo estremo se encontraba el gabinete de su mujer. Llegó á la puerta de éste, escuchó, y no oyó nada. Supuso que el baron y Leonía sumidos en su desesperacion, guardaban silencio. Entonces juzgó mas conveniente que nunca su aparicion, y con la pistola en la mano para obtener de ellos todo lo que deseaba, alzó el picaporte, pero la puerta resistió, no sin que le causara admiracion.

Entre las ideas que se habian agolpado á la imaginacion de Mr. de Cerny, no le habia ocurrido la de que los prisioneros podrian haberse encerrado para defenderse, y en el primer arrebato de cólera causado por este obstáculo imprevisto, gritó:

—Abrid!

Nadie respondió, y al mismo tiempo dió el conde un violento puntapié á la puerta para romperla; pero parecia estar sólidamente asegurada por dentro. Irritado por aquella resistencia, se puso á golpear como un furioso la puerta, ya con los pies, ya con el pomo de sus pistolas.

Hay muchas casas en Paris en donde los criados retirados á la repostería ó á la antesala pueden oir impunemente agitar las puertas de los aposentos, amenazar con la voz, rodar los muebles de uno á otro estremo del salon, caer los espejos hechos pedazos, romperse los cristales, volar las porcelanas por los balcones ó ventanas, sin inquietarse para nada mas que para decir:

—El señor y la señora tienen una esplicacion.

Entonces, encerrándose en la inteligente discrecion de criados bien enseñados, dejan que ruja la tempestad, y que estalle el rayo sabre los muebles: llegada la mañana siguiente, reunen los despojos, teniendo cuidado de guardar algun objeto precioso que pasa por víctima de la derrota y vá á ocultarse en el fondo de su baul, ó á esconderse en casa de los mercaderes DE LANCE.

Pero, es preciso decirlo, la casa de Mad. de Cerny no estaba acostumbrada á esas escelentes costumbres; todo pasaba en ella con una dignidad y una calma constantes; de suerte, que cuando los criados oyeron repetidos golpes á la puerta, creyeron qoe era un accidente sucedido al conde ó á la condesa, un incendio, ladrones ú otra cosa por el estilo, y algunos acudieron á medio vestir, en el momento en que el conde, despues de esfuerzos inauditos, rompia la puerta y penetraba en la cámara derribando todos los muebles que se hallaban amontonados tras ella.

El conde se encontró en la mas profunda oscuridad, y en el acceso de rábia en que se hallaba, gritó:

—Dónde estais? Dónde estais?

En aquel momento vió aparecer una sombra en la puerta, y, mas rápido que el relámpago, se lanzó hácia aquel lado disparando un pistoletazo. Al mismo tiempo oyó la caida de un cuerpo humano, sintió un doloroso grito, y una voz, que no era la del baron ni la de la condesa, empezó á gritar:

—Socorro! socorro!

Aquella voz era la del ayuda de cámara de Mr. de Cerny. Ciego de rabia el conde, buscó á sus prisioneros en la oscuridad, decidido á hacerles pagar la sangre que acababa de verter. Iba golpeando las paredes y tropezando con los muebles, hasta que llegó al balcon cuya cortina estaba corrida. Suponiendo que el baron y la condesa estaban escondidos allí, la descorrió con violencia. Estaba abierto el balcon.

Entre las ideas sencillas que le ocurrieron al conde, no se le habia ocurrido la mas sencilla de todas, es á saber, que los balcones son salidas como

las puertas, un poco mas peligrosas si, pero en todo caso preferibles á un pistoletazo y al deshonor infructuoso.

El conde quedó petrificado, los criados acudian, y el ayuda de cámara que era á quien habia disparado, se palpaba tratando de asegurarse si se le habia roto algo.

El estupor del conde se cambió en ira al verse asi rodeado, y mandó á los criados que encendiesen luz y se retirasen.

Uno de ellos, dotado de una de esas naturalezas de lacayo que entienden su deber de cierto modo, y que no lo desempeñáran de otro en medio de los desastres mas espantosos, aquel criado, decimos, estaba acostumbrado á iluminar el gabinete encendiendo la lámpara de cristal, por consiguiente, cuando el conde pidió luz, el ingenioso criado en vez de dejar sobre la chimenea el candelero que trajo, se creyó en el deber de encender la lámpara; subióse al efecto sobre una silla, y la primera cosa que encontró fué el zapato del Diablo que arrojó al suelo como si hubiera tocado una serpiente, esclamando:

—Toma! qué es esto?

El encuentro de aquel zapato, y el uso que de él se habia hecho parecieron al conde una burla demasiado pesada, y le pisoteó furioso considerando que se hallaba á merced, no solo del dueño de aquel zapato, sino tambien del baron y de Leonía. Sin embargo, á aquel encuentro debió el de una cosa que de otro modo hubiera pasado para él desapercibida. Halló en el suelo papeles rotos.

Eran los pedazos esparcidos de las cartas escritas por Luizzi y la condesa. Mr. de Cerny los recogió con cuidado, y los reunió de modo que pudiera enterarse de ellos. Despidió á los criados y leyó aquella singular correspondencia. Entonces fué cuando comprendió que la imprudencia de los fugitivos habia dejado en sus manos armas terribles.

Sin duda semejantes cartas no hubieran bastado para hacer condenar como adúltera á una mujer; pero aquellas cartas, de cuya autenticidad nada podia hacer sospechar como no fuese la asercion de los acusados, podian perder á estos concordando como concordaban con su fuga de noche, juntos, por un balcon, y cuando la conducta patente del marido, su misma violencia, de que tenia testigos, debian hacer creer que habia querido sorprenderlos en una *conversacion criminal*. Todas estas circunstancias, decimos, parecian agruparse maravillosamente, y ayudarse para que el conde viese á primera vista el verdadero fundamento de una acusacion de adulterio contra su mujer.

Por otra parte, la verdad se parecia demasiado á un cuento fantástico, suponiendo que Luizzi y la condesa se atrevieran á decirla. Sin embargo, podian hacerlo, bien yendo en el acto á casa de un magistrado, bien yendo directamente á la del anciano vizconde de Assimbert, y Mr. de Cerny, antes

de dar paso ninguno en cualquier sentido que fuese, quiso asegurarse de lo que habia ocurrido.

No queriendo que sus criados supiesen lo que iba á hacer, despues de haberse enterado desgraciadamente de la fuga de su mujer, tomó oro y un baston de estoque, y salió á pié. Subió al primer coche de alquiler que encontró y se hizo conducir á casa de su suegro. Cuando salió de su casa era ya cerca de la una. En vez de entrar en la del vizconde, llamó al portero y se aseguró de que nadie habia entrado despues de las once, hora á que él habia dejado el gabinete de su mujer.

Desde allí se dirigió á casa del comisario de policía de su cuartel, y le contó, sin formular no obstante querella alguna, la desaparicion de su mujer, y se aseguró de que tampoco habia ido á casa del magistrado. Entonces tranquilo en cuanto á este punto, y seguro de hallarse siempre en el caso de plantear una acusacion y de no sufrirla, mandó que le condujesen á casa de Armando. Todavia estaban en vela en casa del baron. Llamó el conde poco á poco, preguntó por el señor de Luizzi, y le contestó el portero que no habia vuelto aun. Mr. de Cerny insistió diciendo que se trataba de un negocio de sumo interés para el baron.

—Eso no me estraña, respondió el portero, porque apenas hace media hora que me entregó un propio una carta para Mr. Donezau, que acaba de volver con su mujer y la señorita Genlis. La carta era de parte del señor baron, y debia ser entregada al momento á Mr. Enrique. El propio venia con tanta prisa, que yo mismo he tenido que subir á casa de Mr. Donezau, cuyos criados estaban acostados ya todos. Le encontré levantado juntamente con la señora, y dijo á su mujer apenas leyó la carta: Necesito salir al momento.... y en efecto, un momento despues ha salido y todavia no ha vuelto.

—Pero sin duda volverá el baron, repuso Mr. de Cerny; es tan urgente el negocio, que necesito esperar á que vuelva él ó Mr. Donezau su cuñado.

—Eso es muy fácil, respondió el portero, no teneis mas que subir á casa del señor baron; su ayuda de cámara os abrirá, y allí podreis esperar á que vuelva, todo el tiempo que os agrade.

—Teneis razon, dijo Mr. de Cerny; tomad dos luises; es inútil decir al señor baron que le esperan; escepto su ayuda de cámara, nadie debe saberlo.

En efecto, Mr de Cerny subió á la habitacion del baron, y llamó bastante quedo, no queriendo que le oyesen de la de Carolina, que tal vez estaba enterada, por la carta llevada á su marido, de lo ocurrido á su hermano, y que hubiera hecho prevenir á Luizzi que una persona le esperaba. Urdió un nuevo cuento al ayuda de cámara, cuento apoyado por una buena gratificacion, y fué creido por Pedro, que era ayuda de cámara de buena casa, que conocia todos los nombres un poco sonoros de la aristocracia, y conocia

ademas la cara de la mayor parte de los que los llevaban. Asi que, cuando vió al conde de Cerny, le dejó entrar en el cuarto de su amo, donde le instaló.

Pero á pesar del asombro de Carolina viendo que su marido la abandonaba tan repentinamente, á pesar de la inquietud que esperimentaba, habia en la casa un oido mas atento que el suyo; era el de Julieta, Julieta que esperaba al baron. Al principio, cuando oyó llamar al piso principal y á poco rato andar en el aposento, supuso que habia vuelto el baron, y entonces esperó que subiese á su habitacion. Pedro dormia tendido en el sillon á la Voltaire, que con tanta frecuencia le servia de lecho en la antesala, y solo velaba el portero, si puede llamarse velar esa manera de dormir de pié que pertenece esclusivamente á los porteros de París.

Grande fué el despecho de Julieta, pero sin duda la pasion que la impelia era mayor aun; porque se decidió á bajar á buscar á Luizzi, creyéndole en su cuarto. El baron habia hecho construir una escalerita interior para subir por un gabinete próximo al comedor, al cuarto de su hermana. Aprovechando Julieta aquella escalera, bajó con mucho tiento, se acercó á la cámara del baron, oyó pasearse precipitadamente por ella, y se imaginó que Luizzi se hallaba entregado á uno de esos combates interiores que preceden al momento en que se cede á una pasion que se puede mirar como culpable.

Probablemente creyó Julieta que aquellas incertidumbres redundarian en provecho suyo, y empujó la puerta. Al entrar se halló cara á cara con el conde de Cerny que, atraido por el ruido de la puerta, se habia adelantado con presteza hácia la persona que entraba; miráronse los dos con estraña sorpresa, y despues ambos....

—Basta por ahora, dijo el baron al Diablo interrumpiéndole.

En efecto, era el Diablo el que habia hecho este relato al baron en la salita de una habitacion de posada, en tanto que Luizzi le escuchaba con una atencion que jamas habia prestado hasta entonces al terrible narrador, sin interrumpirle ni hacerle observacion alguna, en cuanto á la forma de su narracion, que por lo menos era estraordinaria, pues tenia todas las trazas de un capítulo estractado de un libro en que se refiriesen cosas pasadas mucho tiempo antes. Esta discrecion del baron procedia sin duda de que conocia la habilidad del Diablo para aprovecharse de las menores interrupciones, mejor que lo hubiera podido hacer cualquier novelista ó folletinista para prolongar indefinidamente lo que iba á referir, y para meterse en digresiones morales ó inmorales.

—Basta por ahora, le dijo al Diablo; sé lo que necesito para tomar un partido decisivo.

—Te engañas, repuso Satanás; deja que te cuente la escena ocurrida entre Julieta y Mr. de Cerny; será cosa de media horita, aunque ella duró cerca de tres.

—Sé todo lo que queria saber, porqué eso me prueba que el conde no nos ha perseguido, ó al menos, que no sigue nuestros pasos.

—Y tanto no, asintió el Diablo, que volvió á su casa y no ha salido otra vez.

—Todo me sale á las mil maravillas, respondió el baron; podemos partir sin temor ninguno.

—Has tomado bien tus precauciones? preguntó el Diablo.

—Veamos, contestó el baron, como para recapitular todo lo que habia hecho y darse cuenta exacta de ello. Luego que hube depositado á Leonía en esta posada, escribí á Enrique, que ha venido á traerme, segun yo le decia, el dinero necesario para salir de Paris y hacer todos mis preparativos de viaje.

—Y le has dicho por qué marchabas?

—En verdad que no.

—Ni tampoco á dónde piensas ir?

—Tampoco.

—Veo que vas progresando baron, guardas para tí tus secretos. Y luego?

—Luego he ido yo mismo á un despacho de carruages públicos, y he alquilado uno cuyo cochero, gracias á mi liberalidad, me ha dado su palabra honrada de estropear los caballos de su amo á fin de ponerme en cinco horas en Fontainebleau.

—Me gusta ese cochero: y debe venir el carruage á buscaros aqui?

—No, nos espera en la esquina de la calle de Richelieu.

El Diablo se echó á reir y el baron le miró como asombrado.

—No sé qué chiste tenga todo esto.

—Me parece singular el sitio que has escogido para partir, dijo el Diablo. No hubiera sido mejor que hubieras escogido la puerta de una casa de mujeres ó la de una casa de juego?

—El cochero ha sido el que me ha señalado ese sitio, diciéndome que allí seríamos menos notados que si parara á la puerta de una casa en donde todo estuviera cerrado y tranquilo.

—Es un hombre de bien ese cochero, dijo el Diablo. Hé ahí una cosa que denota cierta inteligencia para los malos negocios. Ese mozo andará su camino.... Vamos, y qué esperas?

—Solo espero que tú te marches para partir yo, ganar á Fontainebleau, y allí buscar medios de transporte de pueblo en pueblo hasta Orleans, sin que pueda sospecharse hácia qué lado nos dirigimos.

—Y tu diputacion? dijo el Diablo.

—Veremos.

—No olvides que estoy á tus órdenes para informarte de todo lo que quieras saber.

—Satanás, te vas haciendo demasiado servicial.

—Quiero estar en buena armonía contigo, mi amo; quiero que no puedas decirme, como lo has hecho hasta aqui, que si has cometido tantas necedades ha sido porque no te he ilustrado lo suficiente. Vamos, reflexiona un poco; no tienes nada que mandarme?

—Nada por ahora, contestó Luizzi alejándose hácia el cuarto donde escribia Leonía á su padre.

—Baron, le dijo el Diablo deteniéndole; tú sabes muy bien que no todos mis avisos han llegado á tí por medio de mis relatos, no ignoras que muchas veces he puesto á tu lado personages ó acontecimientos que hablaban por mí: recuerda todo lo que has visto desde tu salida de la cárcel, y pregúntate á tí mismo si en el momento en que vas á ejecutar un acto tan importante hay algo de todo eso que merezca esplicacion.

Luizzi reflexionó, pero aunque puso en referencia todas las palabras del Diablo con su aventura con Mad. de Cerny, nada encontró que no le pareciese del todo claro; por otra parte, la persistencia del Diablo en ofrecerle sus confidencias, le parecia mas que interesada, y pensó que Satanás trataba de distraerle del camino que emprendia. Ademas de esto, pertenecia por completo á Mad. de Cerny, y deseaba saber lo que esta habia escrito á su padre; el dia se acercaba y era ya hora de huir: entró al cuarto de Leonía y la encontró sentada á la mesa, donde se hallaba la carta concluida y cerrada hacia largo rato.

—Leonía, dijo á la condesa, ya es hora de que salgamos de Paris; dadme esa carta y la mandaré al correo; de este modo no se podrá sorprendar é interrogar á un criado de la posada ó á otro. Vamos Leonía.

La condesa, que habia apoyado el codo sobre la mesa y la frente sobre sus manos, levantó lentamente aquel hermoso rostro que brillara de salud la víspera. Aquella blancura mate solo estaba animada por la azulada aureola que circundaba sus ojos, y que anunciaba una fatiga á la cual solo la impedia sucumbir el ardor de una fiebre violenta.

Sus ojos brillaban con inquieto trasporte bajo sus pesados y dilatados párpados; su cabello caia en desórden alrededor de su rostro, adornado la víspera con tanta coquetería con hermosos bucles rubios. En toda aquella mujer se notaba todo el abatimiento de un cuerpo habituado al reposo de una vida tranquila, y el desfallecimiento del alma que acaba de sostener la primera lucha con el dolor.

Miró la condesa á Luizzi largamente, y luego le dijo:

—Armando, aun es tiempo; pensad en vos antes que salgamos de Paris... Pensad que es mi vida la que perdeis, y que yo os creo con demasiado honor para estar segura de que tambien perdeis la vuestra.

—Leonía, respondió Luizzi, por qué me pedís que reflexione lo que voy á hacer? Os asusta ya vuestro porvenir?

—Hoy como ayer; hoy culpable como ayer inocente; para mí ya no hay

honra ni estimacion! No volveré á entrar en casa de mi marido, porque si lo hiciera, le confesaria mi falta, y entonces tendria derecho á castigarme. Estoy resignada á un completo destierro de la sociedad; pero vos, Armando, no echais de ver el porvenir que os labrais? Ni casamiento posible, ni familia, como no sea una familia infamada con el nombre de adúltera que yo he merecido! Ni aun habrá para vos sociedad, porque se tratará de haceros pagar la falta cometida por mí á sus ojos! Reflexionad, Armando; yo puedo partir sola, yo puedo huir.... Así no sereis mi cómplice, asi el único compromiso será el mio.

—Leonía, repuso Armando, me habíais permitido morir por vos; acaso no merezco vivir para vos tambien?

—Lo quieres asi, Armando? dijo Leonía tendiéndole la mano. Pues bien: acepto tu vida. Te la pagaré con la mia.

—Partamos, pues, partamos! esclamó Luizzi, que habia dispuesto anticipadamente su salida de la posada.

Y ambos dejaron ésta, vestidos tal como estaban, él en trage de visita y ella con bata de muselina; porque á la hora avanzada en que habian abandonado el gabinete, á la hora en que se habian decidido á huir juntos, ni el uno ni el otro habian pensado en esas necesidades miserables de la vida material qne aumentan los grandes dolores con otros pequeños. Por otra parte, no habia ninguna tienda abierta para que Luizzi hubiera podido proveerse de los objetos necesarios al que viaja. Llegaron lentamente á donde estaba el carruage, y solo encontraban á algunos obreros que emprendian su marcha á aquella hora para llegar á tiempo á su trabajo, y que se admiraban de que aquella mujer y aquel hombre caminasen á pié por el lodo. No obstante, poco tardaron en llegar á Frascati, y Luizzi, oyendo en el patio voces alegres de hombres y mujeres que salian de aquel sitio, abrió rápidamente la portezuela del coche, é hizo salir á Leonía antes que nadie la pudiera ver: luego, sin dar lugar al cochero á bajar de su asiento, subió á su vez al carruage, en el momente en que el grupo de alborotadores salía de la posada y pudo oir una voz de mujer que decia:

—Calla! quién es esa que se va en un Simon?

—Toma, respondió otra, es Palmira que indudablemente se larga con su agente de cambios.

La condesa se sepultó violentamente en el fondo del carruage, mientras una nueva voz añadia en ese tono chillon y modulado que caracteriza tan particularmente á la ramera:

—Gustavo, decid á Julieta, puesto que la habeis vuelto á ver, que no olvide á sus antiguas amigas. Ahi teneis una que sacaria raja de un pedernal.

Sin duda los nombres de Gustavo y de Julieta no hubieran sorprendido á Luizzi hasta el punto de alarmarle, sino hubiera creido reconocer en la

respuesta á aquella interpelacion la voz del mismo Gustavo Bridely, que respondió desde lejos:

—Julieta trae ahora otra cosa entre manos ....

Esta estraña coincidencia causó tal asombro en el ánimo de Luizzi, que éste no pudo menos de sacar la cabeza por la portezuela para ver si se habia engañado, ó si verdaderamente era aquel hombre el marqués; pero un «Ah! cuidado» de Leonía le hizo volverla á meter, y de tal modo le ocupó el estado miserable de la pobre mujer, que no tardó mucho en olvidar la circunstancia que habia llegado á herirle como un nuevo aviso.

Leonía, retirada en el fondo de la berlina, tiritaba á la vez por el frio de la madrugada y por el de la fiebre que se apoderaba de ella. No era ya aquella mujer fuerte y altiva, cuya belleza de emperatriz y cuya aventajada estatura parecian revelar uno de esos ánimos varoniles que comunmente se suponen encerrados en los cuerpos fuertes y de grandes proporciones; era una pobre mujer débil, tímida, desesperada, llorando, temblando, sufriendo, que acababa de salir repentinamente de una vida de tranquila resignacion, de costumbres en donde ningun malestar físico habia penetrado jamás, y arrojado de repente á la accion mas atrevida y culpable, y en la cual nada faltaba, ni aun la voluntad para privarse de las cosas mas necesarias.

Luizzi se aproximó á ella y le habló dulcemente suplicándola tuviera ánimo.

—Ya le tengo, respondió ella; ya le tengo.

Pero estas palabras se escaparon entre el choque de sus dientes, y su voz temblaba como su cuerpo.

—Oh! Leonía, murmuró Luizzi, qué tienes? Tu vida me pertenece ahora, y la defenderé.

—Ay! respondió Leonía en un tono en que habia mas desesperacion que valor: no temo morir.

—Tambien defenderé tu vida de la calumnia; y si no soy bastante fuerte contra el mundo, huiremos á cualquier pais estranjero, donde viviremos ambos con un nombre supuesto.

—Sí, sí; no es verdad Armando que huiremos de Francia, y nos ocultaremos en donde solo nosotros sepamos mi falta?

—Tu falta, Leonía? Es una falta el haber querido huir de la muerte, el no haber querido dar tu vida al que la habia condenado á arrastrar una existencia de resignacion?

—Es una falta, Armando, una falta! pero no me arrepiento de haberla cometido si tú me amas.

—Oh Leonía! esclamó Armando: lo dudas?

La condesa cayó de rodillas en el carruage por un movimiento delirante, y esclamó alzando sus suplicantes manos á Luizzi:

—Oh, Armando! Amame mucho, ámame,.... Me amarás, no es verdad?

Me amarás siempre?..... Si no me amaras tú..... qué seria de mí..... Dios mio!

Luizzi estrechó en sns brazos á Leonía, y la tranquilizó asegurándola con los mas sagrados juramentos la constancla y la adhesion del amor que le pedia.

La condesa estaba helada, temblaba de frio en los brazos de Armando.

—Sufris, la dijo, y yo nada he previsto..... ni siquiera os he puesto á cubierto del frio!

—No es nada, contestó Leonía, que procuró contener el temblor nervioso de sus dientes; no es nada, no os ocupeis de esto.....

—Voy á mandar parar antes que salgamos de París; haré que abran una tienda en donde encontraré todo lo necesario.

—No, no; dijo Leonía asustada..... huyamos, huyamos pronto.

Sin embargo, Luizzi veia que se aumentaba por momentos el malestar de la condesa que se habia sepultado en un rincon del carruage, y vencida por el desfallecimiento, el frio y la calentura, estaba inmovil, tiritando, murmurando quejas inarticuladas, y respondiendo á lo que Luizzi decia con estas palabras pronunciadas con acento breve y distraido:

—Estoy bien! estoy bien!

—Al fin, vió Armando á través de les cristales del coche la multitud de carretas qne llegan á París al nacer el dia. Los hombres que las conducian estaban abrigados con esa especie de capote corto de lana gruesa y rayada que llaman traginero. A pesar del encargo de la condesa, hizo parar el coche, bajó, y llamó á uno de los carreteros que pasaban.

—Buen hombre, le dijo, quereis venderme vuestro capote?

—Mi capote! esclamó el carretero admirado..... Vamos, añadió sacudiendo su pipa, y qué quereis hacer con mi capote, señor baron?

Luizzi miró á aquel hombre que tan bien le calificaba. Creyó conocer al que le hablaba, pero no pudo recordar quien era, y no queriendo entrar en conversacion con él, quien quiera que fuese, le dijo:

—He olvidado tomar el mio, y estoy transido de frio; os le pagaré tan bien que podreis comprar aunque querais otros diez.

—Calla, calla! os habeis hecho rico, señor de Luizzi? Mejor que mejor, añadió desabrochándose su traginero. Ay! no sucede así por allá; el viejo Rigot está arruinado, la pobre tia Turniquel ha muerto, y Mad. Peyrol, que ha cedido todos sus bienes á su hija la del par, vive con el bueno de Rigot en una barraquilla junto á la antigua casa de su tio. Solo se mantienen los dos con una pensioncilla que les pasa ese Mr. de Lemée yerno de Mad. Peyrol.

—Ah! esclamó Luizzi ilustrado al fin por todas aquellas circunstancias; si es Periquillo!..... Has dejado las postas?

—Toma, las dejé para ir de cochero á casa del bueno de Rigot que me

habia hecho grandes promesas; pero me he quedado al piste..... Qué! si lo que ha pasado es una historia terrible..... pero no tanto como la muerte de Mad. Turniquet. Sin duda no sabreis que Mad. Peyrol no era hija de la tia Turniquel.

—Cómo! dijo Luizzi..... Eugenia.....

—Parece que es hija de una gran señora á quien se habia robado un niño en otro tiempo; la vieja ha guardado el secreto hasta el último instante porque tenia miedo de que la abandonára su hija que la mantenia; pero en el artículo de la muerte su temor al diablo reemplazó al otro y lo confesó todo.

—Y ha dicho el nombre de esa gran señora?

—Esperad, esperad, dijo el antiguo postillon; es una tal Mad. de Cliny... Cany..... Cauny..... Cauny, sí, eso es. Pero cómo diablos se ha de saber que ha sido de ella despues de treinta y cinco años? Ay! señor, no andaria asi la cosa si vos os hubiérais querido casar con aquella pobre mujer.

—Cauny! murmuró el baron; me parece que conozco ese nombre; le he oido, no me acuerdo donde.

El baron iba tal vez á interrogar á Periquillo; pero éste, que durante la conversacion se habia acercado al coche, retrocedió vivamente esclamando:

—Ay Dios mio! esa señora se ha puesto mala!

—Está bien..... está bien! dijo el baron echando á Periquillo cinco ó seis luises y volviendo rápidamente á su puesto.

Leonía se habia desvanecido y caido sobre la banqueta. Luizzi la levantó, la puso sobre sus redillas, y dependiendo su cabeza del movimiento y los baivenes del carruage, la envolvió en el capote, y la contempló pálida, fria y casi moribunda.

—Leonía, Leonía! le dijo muy bajo estrechándola contra su pecho: valor! valor!

—Gracias!..... gracias! contestó ella, como si se hallara adormecida. Oh! estoy asi bien..... estoy abrigada.....

Una lágrima asomó á los ojos de Luizzi al oir aquellas palabras en boca de una mujer de tan noble cuna, de tan elevada posicion, tan elegante y tan hermosa, que le daba gracias por haberla guardado un momento del frio que se apoderaba de ella. La estrechó aun con mas fuerza contra su corazon, como si quisiera cubrir todo su cuerpo, é inclinándose á ella imprimió un beso en su helada frente.

Leonía desembarazó suavemente sus brazos del capote en que se hallaba envuelta, y echándolos al cuello de Armando, quedó suspendida de él, y murmuró dulcemente sin abrir los ojos:

—Me amas, no es verdad?..... me amas?

—Sí, Leonía, sí; yo te amo..... y Dios es testigo de que perderé la vida

antes da pensar en no amarte como á la mas noble y á la mas santa de las mujeres.

—Gracias!..... gracias!..... repuso Leonía. No me abandonarás nunca, no es verdad?

—Oh! calla, Leonía, calla..... Abandonarte!..... oh! nunca. . nunca....

La condesa abrió los ojos, cuyo vidrioso brillo anunciaba un ardor febril, y dijo echando una lánguida mirada al baron:

—Sí, me amas..... oh! sí, me amas,.... no es cierto? y si muere no me despreciarás!

—Leonía!..... Leonía!..... esclamó el baron inundando con sus lágrimas el rostro de la condesa; qué dices de morir!..... Oh! padeces mucho, padeces.....

—No..... me amas! Háblame, háblame asi..... me haces mucho bien!

Y dasenlazó sus brazos del cuello drl baron, tomó una de sus manos y la acercó á su corazon, diciéndole dulcemente y con una voz que se estinguia poco á poco por el soñolicnto desmayo producido por el cansancio y la fiebre.

—Amame..... ámame..... ámame mucho..... no tendrás que amarme por mucho tiempo..... Soy feliz sin embargo..... soy asi feliz..... soy feliz..... Armando..... yo te amo!.....

Y hablando asi, Leonía oprimia la mano de Armando contra cu corazon, y, á medida que se estinguia su palabra, disminuia tambien aquella presion; luego, dejó caer sus brazos, se desvaneció su cabeza, y quedó sumida en un completo anonadamiento.

Luizzi fijó entonces sus ojos en ella.

Por la primera vez de su vida sintió en su corazon algo de ese amor que pertenece á los últimos años de la juventud del hombre, de ese amor que hace completo al hombre, de ese amor que protege, que se sacrifica, que se apoya en la confianza de sí mismo, y que solo se inquieta por su porvenir, porque está basado en sentimientos de honor á que ningun hombre se resiste, amor santo y puro que no lleva consigo la ceguedad de los amores crédulos y llenos de ilusiones de la adolescencia, ni el fuego impetuoso de las pasiones de la juventud en todo su rigor, pero que prevee la lucha que tendrá que sostener, que ha calculado todos los sacrificios que necesitára hacer, toda la constancia que le será preciso mostrar, y que acepta la lucha con valor, se impone los sacrificios con placer, y se ensancha con la felicidad que posee, y mas aun con la que dá.

Jamás el corazon de Luizzi habia esperimentado tan noble sentimiento, y por la primera vez tambien se sentia dichoso y orgulloso consigo mismo, porque veia unirse á él una noble existencia, y se sentia con valor para entregarse por completo á ella.

En aquel instante, viendo á Leonía bastante abatida para no admirarse

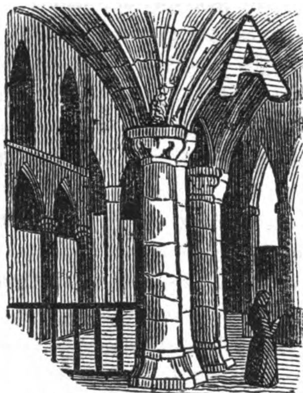
de su silencio, trató de buscar los medios mejores para ponerse à cubierto de toda persecucion. Para ello, necesitaba saber lo que pasaba en París; asi, pues llamó á Satanás seguro de que su voz, solo para él era perceptible, y prometiéndose firmemente responderle de modo que Leonía no le oyese, y se admirase de una conversacion que para ella solo seria un monólogo desnudo de sentido.





XVIII.

Contraste.



Apareció Satanás. Se habia despojado de su trage de abate; estaba completamente vestido de negro; llevaba en el ojal una cinta en que estaban reunidos todos los colores del iris, y que probablemente contenia los signos distintivos de una docena de condecoraciones. Si el Diablo hubiera tenido las manos limpias y algunas prendas de ropa blanca, con aquel trage se hubiera parecido algo á uno de esos diplomatiquillos de los pequeños estados alemanes, que pasan la vida solicitando todos los cordones de todas las cortezuelas de la confederacion germánica; pero, prescindiendo del trage negro, daba á Satanás su mal continente un aire de pobreza mugrienta que hubiera convenido á esos intrigantes de baja esfera que se condecoran para estafar una comida á los fondistas crédulos, ó para vender pomada á los adjuntos de alcaldes de pueblo.

La posicion en que se hallaba Luizzi, no dejaba á éste suficiente tiempo para inquirir la causa de que el Diablo hubiese escogido aquel trage equívoco. Asi que Satanás hubo tomado asiento en la berlina en la banqueta de frente al baron, le dijo Armando en voz baja:

—Dime qué es lo que hace ahora el conde en París.

—Para informarte convenientemente, contestó Satanás, voy á tomar el relato desde el punto donde lo dejé. Sin embargo antes de empezar, déjame recordarte, mi amo, que tù mismo has rehusado escuchar hasta el fin.

—Lo sé; pero date prisa, dijo Luizzi, que te prometo interrumpirte aun menos que la otra vez.

—Pues ármate de valor, porque antes de empezar debo decirte tambien que vas á oir cosas singulares. Pero al fin, puesto que quieres saber lo que es la vida humana ó los sucesos humanos en su parte mas oculta, es preciso atreverse á mirarlos de frente. A veces son muy hediondos: la anatomía del cuerpo humano toca á todas las asquerosidades; la de la vida humana seria imperfecta si se detuviera solo en las superficies blancas y puras.

—Pero date prisa; escitas sin cesar mi curiosidad y nunca la satisfaces por completo.

—Escucha pues.

Y el Diablo prosiguió:

—Te he dicho ya que Julieta, creyendo que habia vuelto á casa el baron é irritada porque no iba á la cita que le habia dado, se decidió á bajar, y penetró en su cámara, en el momento en que Mr. de Cerny se dirigia á ella. A la vista de un desconocido, retrocedió Julieta confusa, y al ver el conde una mujer, se detuvo y la saludó profundamente.

—Perdonad, dijo Julieta, creí que Mr. de Luizzi estaba en su cuarto.

—Aun no ha vuelto, respondió el conde; yo le estoy esperando.

Saludáronse ambos, él para quedarse en la cámara, y ella para retirarse, pero dirigiéndose el uno al otro una mirada de asombro.

Sin duda Julieta recordó en qué circunstancias habia visto otra vez al hombre que tan inopinadamente encontraba alli; porque casi al mismo tiempo le acometió una especie de terror, se volvio con rapidez, como para evitar la mirada investigadora de Mr. de Cerny, y se dirigió vivamente hácia la puerta.

La alteracion que causara á Julieta, su presencia y su pronta retirada, dieron tambien á los recuerdos del conde la certidumbre que hasta entonces les habia faltado, porque se adelantó con mas rapidez aun, se puso entre la puerta y la jóven, y detuvo á esta en el momento en que iba á salir.

—Sois Julieta Genlis? la preguntó.

—Os equivocais, caballero, contestó ella con audacia; yo no os conozco.

—Miserable bribona! esclamó el conde asiéndola violentamente del brazo

y arrastrándola al medio de la habitacion: no aparentes ignorar quién soy, porque yo te he conocido muy bien.

Bajó entonces Julieta la cabeza mordiéndose los labios de cólera; pasado un momento de silencio, se puso á mirar al conde con desdeñosa impudencia, y le respondió en tono de grosera fanfarronada:

—Qué teneis que decirme? Pues bien: sí, soy Julieta Genlis.

—Qué tengo que decirte! esclamó el conde acercándose á ella con los puños cerrados, como hombre que halla todas las dificultades del mundo en contenerse lo bastante, á fin de no proceder con estremada violencia: qué tengo que decirte? miserable! no te acuerdas ya de lo que entre nosotros pasó en A'x?

—En Aix, esclamó Luizzi interrumpiendo, á pesar suyo, al Diablo, compulsando esta circunstancia con el relato que habia escuchado la víspera.

Miró el Diablo á Luizzi con una sonrisa desdeñosa, y le dijo:

—Me habias prometido no interrupirme!

—Tienes razon, Satanás, tienes razon, contestó Luizzi: pero ten presente que eres mi esclavo, y cuidado no te traiga tan constamente á mi lado que se te quite el placer de hacer miserables otros mas que á mí.

—Como te agrade, respondió Satanás; pero no grites tanto; cuidado no despiertes á esa mujer que está durmiendo.

—Habla pues, habla!

—El Diablo apartó sobre su frente los largos cabellos grasos y sucios que le cubrian el rostro, y prosiguió su relato conservando siempre esa sonrisa constante y débil, que es lo único que queda á unos labios manchados por la vergonzosa disolucion.

—Te acuerdas, dijo el conde á Julieta, de lo que entre nosotros pasó en Aix?

—Y qué? respondió ella; me parece que os divertísteis tanto como yo por lo menos. Hice todo lo que quisísteis, pagásteis y quedamos corrientes.

Julieta se adelantó al decir esto hácia la puerta, pero el conde la detuvo y le dijo en tono aun mas irritado:

—Todavia no, porque pagué aquella noche de orgía á mas precio aun que el del oro que te dí; debes saberlo, miserable!

—Bah! dijo Julieta; esas son desgracias á que se espone el que va á donde vos fuísteis: por otra parte, ni yo he muerto ni vos tampoco, y creo que en este mundo miserable lo mejor es no ocuparse del mal cuando ha pasado.

Las primeras palabras de Julieta habian exasperado al conde, pero el final de esta frase le hizo contener su furor; supuso con razon que la persistencia de su cólera podria ser una confesion de las fatales consecuencias de su primer encuentro con Julieta, y la respondió mas tranquilo:

—Teneis razon, no hablemos mas de ello, y sobre todo, no hableis vos,

añadió desplomándose en un sillon y haciendo señal á Julieta para que se acercase; despues continuó:

—Al veros en casa del baron de Luizzi, supongo que debeis estar mas interesada en mi silencio que yo puedo estar en el vuestro. Sed franca con-



migo y seré discreto para con vos. Sois ahora la querida de Luizzi, no es eso?

—No, señor conde.

—Con las costumbres en que os he conocido, y á la hora en que os encuentro en esta habitacion.... Es la esplicacion mas honrosa que puedo dar á esta visita.

Julieta respondió con un pequeño movimiento bastante despreciativo, y dijo con frialdad:

—Posible es que hubiera sucedido lo que decís, si le hubiese encontrado; aunque, á decir verdad, añadió sériamente, eso no debiera suceder jamas entre nosotros.

—No os encuentra el baron de su gusto? dijo Cerny mirando á aquella mujer de pies á cabeza.

—Seria necesario que él no fuera del mio para que yo no fuese del suyo, contestó Julieta. Mas, á pesar de todo, no la echeis tanto de bravo, añadió sentándose cerca del conde de Cerny; me habeis amado mas de una noche, y si yo quisiera todavia os acordaríais de mí de cuando en cuando.

La fisonomía del conde se contrajo á estas palabras, pero como probaban que Julieta ignoraba por completo su desgracia, se contuvo y la respondió:

—No digo que no, aunque has tomado un aire de modestia que no te debe dejar ser tan divertida como antes.

—Todo eso está bien para con el baron, dijo Julieta; pero no quiero hacerme la mogigata contigo; y luego estás aun muy hermoso; estás mas guapo que antes. Ay! es preciso conocerlo, querido mio; al fin llega la virtud, añadió inclinándose amorosamente al conde, que sometido á la fascinacion y á las miradas lascivas de aquella mujer, retrocedió palideciendo.

Julieta se apercibió de ello, y repuso levantándose de repente:

—No tengais miedo, no tengais miedo, que no os violentaré. Ya sé que sois incapaz de ser infiel á vuestra mujer.

—Quién te ha dicho eso? esclamó el conde arrebatado por la cólera; acaso te lo ha dicho el baron?

—Os aseguro que no, respondió Julieta; me lo ha dicho du Bergh, que contaba hoy durante la comida que ya solo pensabais en la ambicion y en la política. Por lo demas, concibo muy bien que cuando se ama á alguno no se le quiera engañar. Mirad, yo por ejemplo, si Enrique no estuviera acostado ahora con su mujer, tampoco hubiera pensado en hacerle una infidelidad con el baron.

—Oh! esclamó Luizzi, iluminado de repente por una luz fatal: con que esa horrible vision que esperimenté durante mi enfermedad era cierta?

—No me habias llamado para saber las relaciones de Julieta y Enrique? Te obedecí, y te las mostré del único modo que entonces me era permitido.

—Y por qué no te presentaste á decirme que todo aquello era cierto?

Me pediste la verdad; estabas en el delirio del tétano y no podias oirla, y te la mostré, ¿qué mas podia hacer? Por otra parte, no te he dicho esta mañana:—recorre tu memoria y mira, si tienes algo que mandarme?

La cabeza de Luizzi se perdia á través de las terribles revelaciones que la herian una tras otra.

Olvidaba á aquella mujer tendida en el carruage que dormia con un sueño penoso y febril, dominado por los temores que le asaltaban, esclamó vivamente y sin moderar su voz:

—Acaba ya! dímelo todo, Satanás, ya te escucho; y el Diablo prosiguió con su fria y burlona impasibilidad:

—En el momento en que Julieta decia al conde: «tampoco hubiera pensado en hacer una infidelidad á Enrique con el baron.» M. de Cerny contestó á la jóven.

—Hubiérais hecho mal, porque Enrique lejos de estar con su mujer en esto momento, ha salido.

—Tras alguna otra, no es verdad? repuso Julieta.

—No, respondió el conde; no se trata de una mujer, aunque una mujer sea la causa principal de la salida de vuestro Enrique.

—Ya! se trata de alguna querida de ese nécio de Armando?

—No, contestó el conde con enojo, no! la mujer de quien se trata no ha sido, ni será nunca querida del baron de Luizzi.

Satanás se detuvo al llegar aquí, y luego añadió medio cerrando los ojos y con sonrisa siniestra, dirigiendo una mirada á Mad. de Cerny que se agitaba en su sueño:

—Qué dices á esto, mi amo? Hé ahí una verdadera asercion de marido.

—Infame! murmuró Luizzi, puesto que yo no te interrumpo, continúa y no te interrumpas tu mismo.

El Diablo tomó una espresion de melevolencia que hasta entonces no le habia notado el baron, y continuó su relato sin responder á aquella injuria de Armando:

—Ni ha sido ni será nunca su querida; habia querido decir el conde.

—Ni esa ni otra lo será, dijo Julieta, á no ser que yo quiera permitirlo; porque el pobre mozo está enamorado de mí como un imbécil.

—Yo enamorado de esa muchacha! esclamó Luizzi con ira! Oh! detesto y desprecio á esa miserable ramera, á esa indigna criatura!

En este instante despertó Leonia dando un grito, y volviéndose á ocultar en el fondo del carruage.

—Oh! Armando, de quién hablas? de quién hablas? esclamó espantada; á quién has llamado indigna criatura? A quién has dicho miserable ramera?

—Oh! no eres tú pobre mujer sin ventura: esclamó Luizzi cayendo de rodillas delante de Leonía. No eres tú, que ahora mas que nunca te hallas unida á mí por los lazos del infortunio, porque los dolores que has sufrido y los que para mí preveo, tienen un mismo orígen.

—Prevees nuevos dolores para tí? preguntó Mad. de Cerny; habeis reflexionado demasiado tarde, Armando!

—No, Leonía, mis dolores no pueden proceder de tí.

Mientras hablaba asi, oyó la risa ágria y seca del Diablo que estaba agachado sobre el asiento delantero del carruage devorando con su mirada siniestra á aquella hermosa y noble mujer, á quien al fin habia logrado conducir al mal.

—No, contestó Luizzi alzando la voz como para responder á la burla de Satanás; no, de tí no me pueden venir esos dolores; y si algun consuelo puede quedar á mi vida, de tí solamente le espero: lo oyes, Leonía?

Y la risa de Satanás se dejo oir mas ágria aun al oido del baron; éste irritado por la insolente burla de su infernal esclavo, esclamó colérico:

—Vete! vete!

El Diablo desapareció entonces diciendo al oido de Luizzi.

—Mi amo, no olvides que quien me despide eres tú.

La condesa, admirada de la esclamacion de Armando, que no parecia dirigirse á persona alguna, miró á éste con inquietud, y él la dijo:

—Perdóname, Leonía, perdona la incoherencia de estas palabras; durante vuestro sueño me han perseguido ideas tan tristes, presentimientos tan amenazadores, que por un momento han estraviado mi pensamiento lejos de vos.

—Y yo tambien, Armando, contestó Leonía, yo tambien durante el horrible sueño que me habia vencido, he recibido fnnestos avisos, si es cierto que Dios da al sueño algunas veces la potestad de comprender un porvenir que nuestra razon, ó mas bien nuestro corazon, no se atreverian á preveer.

—Y cuál ha sido ese sueño? preguntó Luizzi cuya imaginacion, sin cesar herida por revelaciones sobrenaturales, buscaba incesantemente luces fuera de las cosas que dirigen la conducta de los demas hombres.—Cuál es ese sueño?

—Me parece, dijo la condesa en esa voz baja con la cual parece llamarse algun suceso, y con esa mirada que parece querer penetrar en lo pasado para no olvidar ningun detalle; me parece, dijo, que me hablaba en una miserable alcoba; era un cuarto de posada en un pueblo miserable, y aunque pobre, se me habia dado como la mejor de la casa, porque se me dijo, que en otro tiempo la nabia ocupado un gran personage..... Escuchad, aquel gran personage era el Papa.

—Un cuarto donde se habia alojado el Papa? dijo Luizzi asombrado.

—No, no, contestó Mad. de Cerny, aquel cuarto existe verdaderamente en Bais-Mandé; y como he pensado mas de una vez desde ayer en ir á buscar un asilo cerca de ese pueblo á casa de mi tia Mad. de Paradéze, no es estraño que esta circunrtancia que con tanta frecuencia he oido contar, se haya juntado al sueño que me ha perseguido: ahora caigo en ello. Me hallaba pues en

aquella habitacion, estaba enferma, y la noche fria me helaba á la par el cuerpo y el corazon.

—Sí, dijo el baron tristemente, acaso pesó sobre vuestro sueño el frio de apuel momento; acaso vuestro verdadero pesar era el que os inspiraba el sentimiento de vuestra enfermedad imaginaria.

—Es posible, contestó la condesa; pero lo que no tiene relacion con nada de lo que he sufrido y sentido desde hace ya algunas horas, es lo que me ha parecido ver en este cuarto, es lo que tan estrañamente ha coincidido con las palabras que oí durante mi sueño..... y que en efecto eran pronunciadas por tí á mi lado, dijo la condesa acercándose á Luizzi.

—Continúa, continúa, repuso el baron tuteándola como ella acababa de tutearle, dejando y tomando ambos á su placer ese lenguaje de la intimidad dejándole cuando trataban de un asunto en que no se interesaban comunmente, tomándola cuando necesitaban recordarse uno á otro que ya eran enteramente uno de otro. La condesa continuó con aquel tono triste y sobresaltado en que habia empezado su relato.

—Sí; me hallaba sola y enferma en esta miserable habitacion. Digo que estaba sola, porque tú, Armando no estabas á mi lado; pero habia alguien á los piés y á la cabecera de este lecho fatal; habia un hombre y una mujer. Me parece que conoceria á aquel hombre si le viese alguna vez: era viejo, estaba vestido de negro de piés á cabeza; su rostro era pálido, y daba senales de una vida corrompida y disoluta tenia largo cabello negro que caia sobre su rotro, y la suciedad de su camisa y la de su persona me hubiera hecho tomarle por algun miserable viajero atraido alli por la curiosidad, si no hubiese echado de ver en el ojal de su levita una cinta de colores diversos que parecia anunciar que aquel hombre estaba condecorado con muchas órdenes importantes.

—Ah! con qué tenia una cinta en el ojal?

—Sí, contestó Leonía sin parar mucho la atencion en la curiosidad de Armando, sí. En cuanto á la mujer que estaba á los piés de la cama, era jóven y quizá me hubiera parecido hermosa, á no ser por el fiero resplandor de sus ojos que clavaba en mí y hacia penetrar en mi corazon como un hierro candente.

—Pero recordais la fisonomía de esa jóven? preguntó Luizzi sobresaltado.

—Muy poco, contestó la condesa; unas veces me parecia jóven como una niña de diez y seis años, cándida y pura, á pesar del contínuo brillo de sus ojos; otras veces me parecia de mas edad, y entonces habia en ella una espresion de licenciosa impudencia que me causaba horror. Ambos permanecian aqui, él á la cabecera de la cama y ella á los piés. La primera que habló fué la mujer.

—Vamos, dijo al hombre, estás contento?

Aquel hombre me dirigió una mirada aun mas siniestra que la de la mujer, y respondió:

—En cuanto á esta, muy bien.....

La condesa se detuvo y reflexionó; luego continuó:

—Llamó á aquella mujer Enriqueta ó Julieta..... una cosa asi; nada importa. «En cuanto á esta, muy bien, dijo; ha sido infame y adúltera; y por lo tanto me pertenece; pero ha renegado de Dios la otra, y se ha verificado el incesto?

—Todavia no, contestó la jóven.

—Pues entonces vete y no tardes, porque se pasa el tiempo y no tardará en espirar el plazo fatal.

—Ya voy, maestro, respondió ella.

Y entonces, volviéndose á mí, añadió con cruel sonrisa:

—Tú ya puedes morir, porque, gracias á mí, te ha abandonado tu amante y no le volverás á ver.

Apenas habia pronunciado estas palabras, desapareció y esclamó aquel hombae colocando sobre mi corazun una mano de hierro:

—Vén ya, ramera, infame criatura; vén, que ya eres mia.

—Entonces fue cuando desperté, entonces fué cuando me pareció que las palabras pronunciadas por tí resonaban sobre mi lecho de muerte como el eco de las que habia oido durante mi sueño.

Tal vez eran mis palabras las únicas que oiste, dijo Armando; como estabas medio dormida, mis palabras tomaban sentido en aquel sueño en que la realidad se juntaba al delirio de tu imaginacion.

Luizzi habia prestado una profunda atencion al relato de la condesa y por decirlo asi, habia participado de su terror hasta el momento en que el hombre de aquel sueño habia hablado de incesto y de una alma que reniega de su Dios. Cuando dominado por el terror que le inspirára lo que acababa de saber por boca de Satanás, habia creido entrever en el sueño de Leonía una terrible advertencia de su infernal confidente, habia prestado nombre á cada uno de los actores de aquella escena: para él aquella mujer era Julieta; para él, aquel hombre era Satanás; pero la palabra «incesto» le habia mostrado hasta qué punto se habia dejado alucinar; porque en su vida nada habia á que fuera aplioable aquella palabra: procuró pues, por medio de todas esas razones que llama la razon, desechar del corazon de Leonia los temores quiméricos que la condesa habia esperimentado y se persuadió á sí mismo el primero queriendo persuadirla á ella.

El cochero habia cumplido su palabra; se hallaban en Fontainebleau. Hicieron parar su carruage á la entrada de la ciudad, porque asi como no habian querido que el cochero pudiese decir de donde habian salido, no querian que pudiese decir á donde habian ido. El baron se ocupó en seguida en tomar todas las precauciones necesarias para que Leonía entrase

en la ciudad sin que llamase la atencion: la dejó un instante en la berlina para proporcionarla los objetos que necesita una mujer que debe ir á pié. El bello y elegante baron se fué por las calles de Fontainebleau, entrando en las tiendas para comprar un chal, un gorro y un velo, para la condesa. Y en cuanto volvió al lado de esta con gran admiracion de los transeuntes que miraban á aquel hombre cargado con las compras que acababa de hacer, entraron ambos en Fontainebleau y fueron á parar á la posada del Cuadrante azul que está cerca del correo y al paso del camino real. Esta circunstancia les permitia tomar un carruage particular ó uno público, para alejarse sin que Luizzi ó la condesa corriesen riesgo de ser conocidos atravesando á pié una ciudad que, durante todo el año, es término de paseo para los parisienses ociosos.

Al llegar á la posada, el primer cuidado de Luizzi fué proporcionar lecho á la condesa; acostóse esta, y el reposo del cuerpo devolvió muy pronto la calma á su espíritu. Leonia pudo contemplar al fin su situacion con menos terror bajo todas sus fases y razonar de modo que no la agravase con pasos inconsiderados. Luizzi, por su parte, tuvo el tiempo necesario para ocuparse de los pormenores materiales del viage que aun les restaba, é hizo venir á la posada las personas que debian proveer, asi á él como á la condesa, de trage mas adecuado que el que llevaban.

El oro es un agente cuya potencia no se ha calculado aun, como no se ha calculado la del vapor y la de las máquinas de dilatacion.

En efecto, á fuerza de dinero, logró Luizzi tener en Fontainebleau ¡en Fontainebleau! un sastre y una modista, que en doce horas le confeccionaron cuanto necesitaban.

Despues de haber atendido á todos estos pormenores, lo cual veia la condesa con ese dulce agradecimiento del corazon que ama y que todo lo toma en consideracion, aunque sea un alfiler, si este alfiler significa: «Pienso en vos»: despues de haber atendido á todos estos pormenores, repetimos, Luizzi, hallándose al lado de la que perdia, creyó serle lícito pensar en la que abandonaba, y el recuerdo de su hermana entregada á Julieta y á Enrique, vino á entristecerle y desesperarle. El baron hubiera deseado saber hasta el fin la escena ocurrida entre Julieta y el conde de Cerny; pero no se atrevia á separarse de la condesa, que le decia cada instante con voz débil y desconsolada:

—No os vayais, Armando; tengo miedo cuando estoy sola: me parece que no voy à volveros á ver.

Por otra parte, Leonia se fué quedando dormida, y Armando no se hubiera atrevido á llamar á Satanás al lado de ella, temiendo los movimientos de cólera á que el Diablo podia conducirle, movimientos que hubieran podido asustar á la condesa hasta el punto de hacerla dudar de la razon de su amante.

Despues de largas reflexiones, pensó que ya sabia bastante respecto á Julieta y á Enrique para tratar de arrancar de sus manos á Carolina, y no sabiendo á quien dirigirse para proteger á esta; se decidió á hacerlo á ella misma y la escribió:

«Carolina: Así que recibas esta carta sal de casa sin que tu marido te vea; no digas que yo te he escrito y parte inmediatamente para Orleans, donde te espero en la casa de postas, á donde te harás conducir. No te alarmes por ese viage y no te asuste lo que te mando; si existe en el mundo algun peligro para tu vida, consiste en permanecer por mas tiempo en París; piensa en que tal vez está interesada la mia en que sigas sin tardanza mi consejo y que cuento contigo para salvarme.

Armando de Luizzi.»

El baron añadió esta última frase á su carta para determinar á Carolina, sabiendo que esta haria por él lo que no se hubiera atrevido á hacer por sí misma, y conociendo en ella una de esas calmas cuya abnegacion es, por decirlo asi, su vida consagrada por Dios á la felicidad y á las necesidades de los otros.

Cuando hubo terminado esta carta el baron, colocado por una falta en la senda del bien y la proteccion, quiso acudir asimismo en ayuda de todas las existencias á quienes habia comprometido, y pensó en lo que acababa de saber de la desgraciada Eugenia. La dificultad que encontraba consistia en hallar una persona, por cuyo medio hacer el poco bien que podia hacer á la infeliz Mad. Peyrol, y en la situacion en que se hallaba no encontró nadie á quien dirigirse mejor qne á Gustavo Bridely.

Copiaremos la carta que le dirigió, y así se comprenderán suficientemente las razones que decidieron á Armando á hacer una eleccion que á primera vista debia parecer bastante singular.

«Mi querido Mr. de Bridely: Sin duda debeis acordaros de Mr. Rigot y de la estraña condicion que impuso para el casamiento de sus dos sobrinas; tambien debeis recordar que por un capricho, cuyo secreto sabeis tambien como yo; me decidí á presentarme en lugar de vos en su casa. Ved aqui lo que le ocurre: Mr. Rigot está arruinado y Mad. de Lemée tiene la desvergüenza de dejar vivir en la miseria al anciano á quien debe sns riquezas y á su madre, que la ha asegurado la posesion de ellas.

Si en el poco tiempo que estuve en casa de Mr. Rigot no tomé un afecto muy profundo á aquel hombre, al menos supe que Mad. Peyrol era la mujer mas honrada, y acaso la mas desventurada que conozco. Al verla tan noble y tan distinguida, me ocurrió la idea de que aquella mujer era la hija de una ilustre familia arrebatada á su madre.

Aquella suposicion gratuita ha llegado á ser hoy una verdad, y tengo derecho á creer que Mad. Peyrol pertenece á cierta Mad. de Cauny. No puedo aseguraros que este sea el nombre de la madre de Mad. Peyrol; pero vos lo sabreis suficientemente de ella misma cuando la veais, porque deseo que la veais lo mas pronto posible. Vive en una casita próxima á la granja de Taillís, á algunas leguas de Caen; trasladaos allá en persona y entregadle de mi parte el importe de la adjunta letra que os satisfará mi banquero. Hacedla ver que aquello no es una limosna, sino un préstamo que yo la hago, y cuyo reembolso exigiré asi que ella haya recobrado su familia y los bienes á que sin duda tiene derecho.

Lo mas difícil de vuestra comision será, mi querido Gustavo, el hacer aceptar ese dinero á Mad. Peyrol; pero hay un medio que probablemente podrá mas que todas vuestras instancias: este medio consiste en inspirarle la esperanza de recobrar su familia, y de hallarse por consiguiente, en posicion de satisfacer esa deuda. Vos podeis darla esa esperanza mejor que yo, al menos asi lo creo: si mal no me acuerdo, ahora que estoy mas tranquilo, el nombre de Mad. de Cauny se asocia en mi memeria con el de Mad. de Marignon, cuya historia sabeis tan bien como yo. Interrogadla, pues, sobre el particular, interrogadla con la discrecion y delicadeza que reclama su pasado, por mas que el nombre de Mad. de Cauny no me parezca de aquellos cuyo recuerdo puede avergonzar á Mad. de Marignon.

Ved aqui, mi querido Gustavo, lo que espero de vos como de un amigo á quien tengo derecho á pedir algun servicio. Al hacer todo esto, me satisfareis todo el pasado, y asegurareis mi mas vivo agradecimiento para el porvenir.

La mision que os confio, es una mision honrada; *el nombre que llevais* me responde de que la desempeñareis con fidelidad.

ARMANDO DE LUIZZI.»

El baron, cuando tomaba parte en algun asunto, sabia tomar sus medidas tan bien como el mas vulgar de los hombres. Habia practicado, en efecto, largo tiempo la vida ordinaria antes de empeñarse en la vida fantástica, á la cual le consagrara la herencia de su padre, y con tal que no consultase al Diablo, no era mas nécio ni mas malo que otro cualquiera y si bien se considera, quizá era mejor y mas diestro que los demas.

La carta que acababa de escribir y las precauciones que tomó para su remision, son una prueba de ello, prueba que nos complacemos en aducir, con tanto mas cuidado, cuanto que si no han faltado desgracias á la vida de aquel desventurado jóven, tampoco le han faltado calumnias.

En vez de someter sus cartas al sello denunciador del correo echándolas en una estafeta de Fontainebleau, las confió á un mayoral de diligencias

para que las echase en una estafeta de París, y nuevamente pudo mas el dinero que la ley que prohibe espresamente á los empleados en las diligencias encargarse de conducir cartas cerradas.

Pero Luizzi no podia hacer uso del poder del dinero sin que conociera que aquel poder iba á marcharse con el dinero mismo; cuando hubo satisfecho las cuentas de todos los proveedores que habia hecho llamar, echó de ver que si la suma que le entregara Enrique bastaba aun para un largo viage hecho con las condiciones ordinarias, en caso de un acontecimiento imprevisto que le obligase á salir de Francia mas pronto de lo que él quisiera, se veria muy apurado para viajar con comodidad.

De todas las desgracias que hubieran podido afligir al baron, la mayor hubiera sido el ver renovar para Leonía esos miserables dolores de la vida física, aquellas bochornosas privaciones á que se habia visto sometida, porque estas eran las privaciones que mas fácilmente hubiera podido él precaver. No queriendo sin embargo dar conocimiento de su paradero á ninguna persona de París, se decidió á escribir á Barnet para pedirle el dinero que necesitaba siquiera para algunos meses. La única dificultad que faltaba vencer era la del sitio donde habia de esperar la contestacion del notario.

El baron, segun la precaucion que tomaba, no queria esponerse á aparecer en una ciudad considerable, y por esto dijo á Barnet que reuniera todo el oro que pudiese, lo colocase en una caja sólidamente cerrada, llevase esta al correo declarando su contenido, y le mandase la llave por diferente correo en una carta dirigida á..... (aqui faltaba designar el sitio, porque aun no le habia elegido Armando).

Esta eleccion era la gran cuestion del momento, y el baron consultó á la condesa. Segun sus cálculos, Carolina debia llegar á Orleans casi tan pronto como ellos mismos; y bastaba que esperasen un dia para verse todos reunidos. Pero Orleans, como Fontainebleau, era una ciudad demasiado próxima á París para que pudieran permanecer alli mucho tiempo sin peligro. El baron, pues, puso sus proyectos en conocimiento de la condesa á fin de determinar juntos el camino que debian tomar y el punto donde se habian de detener. Leonía, cuando se hubo enterado de las medidas que habia tomado Armando, dijo á este cariñosamente:

—Es preciso que á mi vez os haga yo conocer, no diré la resolucion que he tomado, pero sí la idea que me ha ocurrido: es imposible, como conocereis, que salgamos ambos de Francia sin que hayais arreglado vuestros negocios de modo que nuestra vuelta no sea necesaria. Segun algunas palabras que oí en casa de Mad. de Marignon á un tal Gustavo de Bridely, parece que es urgente vuestra presencia en Tolosa, á fin de establecer por completo vuestros derechos á ciertos bienes que se os han disputado injustamente.

—Todo se sabe en el mundo, contestó Armando sonriéndose.

—No sois vos quien debe admirarse de eso, dijo la condesa sonriéndose

tambien. Pues bien, amigo mio, lo mas razonable y prudente seria que fuéseis en seguida á Tolosa; asi arreglaríais mejor vuestros asuntos que por una correspondencia cuyas combinaciones puede inutilizar la menor casualidad.

—Quizá teneis razon, dijo Luizzi; pero os atreveríais á ir conmigo á una poblacion habitada por lo mas escogido de la nobleza de Francia?

—No seré tan imprudente, contestó Mad. de Cerny; aunque no conozco á nadie en Tolosa porque nunca he estado alli, conozco muchos de Tolosa por haberlos visto con frecuencia en París; pero puedo esperaros con tranquilidad en cualquier punto á donde ireis á buscarme asi que lo hayais arreglado todo para nuestra fuga.

—No, Leonía, dijo el baron, no quiero dejaros sola en una miserable aldea, espuesta á la persecucion de vuestro esposo que, á pesar de todas nuestras precauciones, puede descubrir vuestro paradero, sobre todo si mi ausencia durase el tiempo que necesitaria para ir á Tolosa, arreglar mis asuntos y volver á vuestro lado.

—Si por desgracia llegase el conde á descubrir mi paradero, vuestra presencia seria una desgracia mayor aun que vuestra ausencia, debeis creerme. No quiero pensar las consecuencias de semejante encuentro, porque serian horribles. Si me hallase sola, creeria que habia huido sola; y si tratase de emplear la autoridad que la ley le dá para hacerme volver á su casa, creeme, Armando, añadió la condesa tendiendo la mano al baron: creeme, yo sabria huir para ir á reunirme contigo donde tú me designaras.

—Lo creo, lo creo, dijo Luizzi; pero vos, Leonía, no sabeis lo que es vivir en una miserable aldea donde os encontrareis sola, sin apoyo, sin tener á quien pedir ausilio en caso de ocurriros cualquiera cosa aunque no fuese mas que caer enferma, lo cual debe hacerme temer lo que habeis padecido.

—El asilo que he elegido no tiene esos inconvenientes.

—Habeis elegido un asilo?

—Creo haberos hablado de una tia mia, de Mad. de Paradéze que habita en Baois-Mandé, de modo que me podeis dejar alli al paso que vais á Tolosa; alli es donde pienso esperar vuestra vuelta.

—Pero cómo esplicareis el motivo de vuestra llegada?

—Le diré francamente lo que deba decirle: Mad. de Paradéze cuya única heredera soy, me ha amado siempre con la ternura de una madre y estoy segura de que su bondad aceptará fácilmente la condicion que yo le imponga de no decir á mi esposo que he buscado en su casa un asilo contra su terrible persecucion.

—Pero estais bien segura de su discrecion?

—Estoy tan segura de su amistad como de vuestro amor, Armando; mi tia es una alma que ha sufrido mucho, un corazon que ha llorado mucho,

una existencia que no ha tenido en el mundo mas afecciones que la mia y que es para mi lo que yo soy para vos.

—Pero será ella la única persona que tenga noticia de vuestra presencia en la casa?

—No podré ocultar mi llegada á Mr. de Paradéze, su esposo; pero es un anciano mas que octagenario abrumado por la edad y las enfermedades y además no tiene mas voluntad que la de mi tia á quien debe la posicion que disfruta y hasta el nombre que lleva.

Todavia se ocuparon largo rato Armando y Leonía de esta cuestion, Luizzi asustándose á la idea de abandonar un instante aquella mujer, Leonía perseverando en su generosa resolucion y haciendo comprender á su amante que el mejor medio de asegurar el porvenir era el de establecerle sobre bases sólidas en el presente. Este proyecto era tan razonable y su ejecucion podia ser tan rápida que Luizzi acaba por ceder, diciendo:

—Sois superior en todo, Leonia, hasta en la razon, y en vos no hay ninguna superioridad de que yo no quiera ser esclavo.

—Amigo mio, dijo la condesa, vos llamais razon á lo que solo es amor, creedme, el que desea su felicidad halla en si mismo toda la prudencia y la fuerza que necesita para defenderse. Pensad ahora á que hora debemos salir para Orleans. Estamos enteramente conformes en que tomaremos un carruaje público, porque tomar una silla de postas para dos personas que han llegado á pié llamaria la atencion demasiado.

—En todo teneis razon, dijo Luizzi.

Y en seguida salió y volvió algunos minutos despues para anunciar á la condesa que hasta las cinco de la mañana no podrian salir de Fontainebleau aun asi solo en el caso muy eventual de que tuvieran asiento en la diligencia. Tambien le dijo que le habian dado razon de un carruage de alquiler, que en caso contrario los conduciria á Orleans por un precio módico que no desdijera de las facultades de personas que procuraban ocultarse.





XIX.

Amor.



El resto del dia habia trascurrido en estos preparativos. Despues de una comida servida bastante tarde, una criada habia encendido dos bugías y habia salido del cuarto diciendo:

—Mañana á las cuatro se os llamará.

Luizzi y Leonia quedaron solos.

No se debe maldecir nada de este mundo; nada, ni aun esas miserias de la vida que aquel dia habian parecido tan odiosas á Luizzi. Todas las cosas tienen un punto que las salva de la reprobacion completa, y hasta la pobreza misma, esa detestable desdicha que se ha creido maldecir lo bastante denominándola vicio, la pobreza misma guarda entre los recuerdos los sufrimientos y los harapos que arrastra tras sí, regocijos, horas de voluptuosidad que constituyen los recuerdos mas dulces de la vida.

Quizá la palabra mas verdadera que se ha dicho por una boca acostumbrada al lenguaje del amor, es la de la cortesana que habiéndose hecho célebre y rica, esclamó en medio de sus tristes placeres de gran señora :

—Qué es del buen tiempo en que yo era tan desgraciado ?

Al fin llegó el instante en que Luízzi y la condesa despues de haber pensado en su situacion solo tuvieron que pensar en sí mismos. Leonía estaba en su lecho y miraba al baron sentado á la cabecera, y que, mirando al suelo, reflexionaba á ver si le faltaba tomar alguna otra precaucion. Leonía se complacia en observar aquella preocupacion de que ella era causa y que tenia lugar á su lado sin dirijirse á ella, cuando Luizzi alzó dulcemente sus ojos á la condesa y encontró aquella mirada límpida y llena de fé que se le dirijia.

Ambos esperimentaron el mismo sentimiento; ambos comprendieron que en aquel instante habia desaparecido la gravedad de su posicion, que la mujer desdichada y culpable y su cómplice no estaban ya en presencia uno de otro, que solo habia dos amantes en aquel reducido cuarto de posada donde solo habia nn lecho.

La condesa bajó los ojos y se ruborizó, y Armando, conociendo en aquel rubor que su pensamiento era el pensamiento de Leonía, dió gracias á esta en el fondo de su corazon. Pero, en presencia del pudor de aquella mujer tan fuerte que se habia entregado á él tan animosamente, aquel hombre se sintió con una timidez de niño, timidez que no se atrevia á vencer. Entonces le sucedió lo que sucede al amante tímido que no tiene mas derechos que el de saber amar, y que teme ofender á la que ama haciendo valer como un derecho una confesion de amor. Hábil para hablar de amor mientras este solo es el voto de su corazon, huye de él cuando cree que debe parecer la espresion de un deseo; entonces busca una evasiva para no dejar ver su turbacion, porque su turbacion es ya por sí misma una confesion de lo que esperimenta, y poco á poco llega á hablar de una cosa que se halla á mil leguas de su pensamiento, y del pensamiento de la mujer á quien habla.

Luizzi no debia esperimentar este embarazo en toda su fuerza; pero conoció que nada seria mas humillante para Leonía en la posicion en que él se hallaba, que el ardor obstinado con que pudiera solicitar un favor que, al menos para ella, solo habia sido hasta entonces, por decirlo asi, un sacrificio á la desgracia.

Este temor de herirla fué bastante vivo para que solo buscase en una alusion á su soledad un medio de hacer cesar el embarazo que los separaba. Asi pues, la dijo cariñosamente y con acento conmovido:

—Padeceis aun, Leonía?

La condesa levantó sus grandes y bellos ojos, tan dulces en aquel instante, y le respondió con un ligero movimiento de cabeza:

—No, Armando; estoy ya mejor; el descanso me ha repuesto mucho.

—Mucho me alegro, dijo Luizzi, porque necesitais fuerzas para sufrir el destino que yo os he dado.

—Las tendré, Armando, las tendré.... os lo prometo.

Leonía se detuvo en tanto que Luizzi bajaba la cabeza sintiendo en su corazon los movimientos desconocidos de un amor que nunca habia sospechado.

No se desea á la mujer á quien se ama con un amor santo, como á la mujer á quien se ama con una pasion ardiente. Las dichas que proporciona no son los que se llaman placeres amorosos; hay entre aquellas felicidades horas de éxtasis en que la vida se funde en alegria, y que no tienen mas orígen que dulces miradas que se encuentran, que se mezclan, que se pierden una en otra; hay en ellas embriagueces tranquilas y serenas que no necesitan las violencias del amor, pero que se deslizan de una alma á otra por una mano colocada en otra mano.

Pero esa felicidad tan rara, esa dicha tan divina no se la busca y no se la halla; se la halla una tarde sentados uno al lado de otro bajo un árbol magestuoso, enfrente de un paisage cuya inmensidad le hace solitario; se la halla en un rincon ignorado y misterioso del teatro donde todas las miradas se dirigen á la escena, y dejan en libertad las miradas de los que se aman.

Luizzi estaba triste no sintiendo ninguna de esas felicidades, y no atreviéndose á pedir otras; tenia la cabeza inclinada y su corazon estaba oprimido y casi triste. Leonía le miró entonces, pues él no la miraba, y quizá le comprendió como él la habia comprendido, porque á su vez fué en su ayuda para sacarle del penoso embarazo en que se hallaba, diciéndole en voz baja á fin de no despertarle, por decirlo asi, sobresaltado de su preocupacion:

—Y vos, Armando, debeis padecer tambien....

Luizzi levantó la cabeza y la miró; Leonía sacó suavemente su brazo de su lecho y tendió la mano al baron, que la tomó con transporte y respondió con voz turbada por el placer:

—Gracias!.... No, no, no padezco....

Y volviéndose de pronto á Leonía para contemplarla mejor, añadió:

—Soy tan dichoso....

—Sí.... no es verdad? Y yo tambien, Armando, yo tambien soy dichosa.... no siento ya lo que me ha sucedido.... soy dichosa....

Y al decir estas palabras, se cerraban dulcemente sus ojos como para estrechar sobre su alma la tierna mirada que Armando la dirigia.

Permanecieron largo rato mirándose asi, gustando en toda su plenitud una de esas felicidades de que hace un momento hemos hablado, y cuyo secreto conocen pocos corazones.

Luego llegó un instante en que la fatiga de aquel dia y aquella noche pasados en activos cuidados y sin un momento de descanso, se apoderó insensiblemente de Armando, cuya cabeza se inclinó lentamente sobre el

hombro, sin que sus ojos, sin embargo, se separasen de los de Léonía.

Leonía cogió la mano del baron por un movimiento rápido é involuntario, la apretó y la llevó hácia sí.

—Padeceis, Armando, dijo asomando á sus ojos una lágrima tan dulce, que corrió al corazon de Luizzi; padeceis.... estais rendido de cansancio.

—No, respondió tristemente el baron, como si sintiese que Leonía hubiese notado su cansancio; no, soy fuerte; no lo seré tanto como vos?

—No habeis descansado, Armando; debeis tener necesidad de descansar. Considerad, añadió Leonía con timidez y conmocion, considerad que tenemos que partir mañana.... y.... necesitais descansar tambien....

—Sí, dijo Armando dirigiendo á su alrededor una mirada casi melancólica; sí, descansaré.... alli.... en cualquiera parte....

—Armando, murmuró Leonia apretándole vivamente la mano y dejando escapar una lágrima de placer; Armando, sois muy noble y yo os lo agradezco.

—Leonía!

—Oh! sí, os estoy agradecida, porque habeis querido olvidar que he sido vuestra..... Os he comprendido, Armando..... me amais..... me amais mucho.

—Vos, Leonía, vos sí que sois buena y noble, vos que os habeis entregado á mí.

—Y que soy siempre tuya, Armando, dijo la condesa tendiéndole sus brazos. Oh! sí, ven á mi lado, ven, que tengo orgullo en ser tuya.

Y muy pronto se vieron ambos confundidos en apretado abrazo, llenos de una felicidad que no se puede describir, porque esa felicidad pertenece á muy pocos, y la lengua que habla de amor pertenece á todos, y solo tiene el sentido grosero con que se la escucha.

Cuando aquella noche hubo pasado; cuando los largos coloquios de aquellas horas tan cortas terminaron; cuando se hubieron manifestado todo el gozo que deslumbra la vida de tal modo que todo le parece bueno y hermoso á su lado; cuando se hubieron salvado dulcemente esas primeras barreras de una intimidad que debe durar largo tiempo, llegó la mañana, y con ella, los cuidados de la partida.

Dos personas de la edad y de los hábitos de Armando y la condesa, no podian esperimentar esos transportes de gozo que son propios de los primeros años de la juventud que se divierte con los primeros cuidados personales á que se obliga con alegria; pero sí esperimentaron una dulce felicidad al prodigarse esos cuidados, al ver que tan completamente se pertenecian uno á otro.

Luizzi era verdaderamente dichoso al ver á la altiva y bella condesa de Cerny, tan acostumbrada á entregar su persona al cuidado estraño, desatar y peinar su hermosa y larga cabellera delante del miserable espejillo de aquel

cuarto de posada, y recogerla, quedando aun bella aunque no tan bien peinada.

La condesa era tambien dichosa cuando al buscar sus ojos una de esas mil futilezas tan necesarias á una mujer, veia á Luizzi soltar algun voluminoso paquete, abrir alguna caja y sacar de alli lo que ella buscaba, demostrándola asi que nada habia olvidado de cuanto ella podia necesitar.

Aquella mútua felicidad era pura, y no miraba al pasado ni al porvenir, porque era un dia, era una hora el tiempo que tenian que pasar asi; no necesitaban preguntarse si aquella felicidad duraria siempre. Dentro de algunos dias debian tornar ambos al lujo habitual de su vida, y aquellos momentos serian entonces un recuerdo sin pesar, despues de haber sido una felicidad sin temor.

Oh! el amor es una potencia suprema que ablanda y plega los espíritus mas altivos y les hace gustar el placer que encierran las cosas mas insignificantes. Y de tal modo fué cierto esto para Leonía y Armando, que cuando les fué preciso dar la última mano á los preparativos del viage, Leonía dividió con Armando aquellos cuidados y se los disputó con una franqueza tan dulce y una alma tan ligera, que olvidando ambos que acaban de jugar y perder su vida, hallaron un momento de alegria al continuar su fuga, como hubiera sucedido á dos esposos lanzados por la casualidad y por un accidente cualquiera en el embarazo de una situacion en que solo careciesen del lujo material de su vida.

Por fin llegó la hora, y Luizzi mandó cargar los grandes paquetes que habia hecho, llevando Leonia en la mano los objetos que debia tener consigo, y ambos subieron al cupé de la diligencia que estaba desocupado, y que Armando tomó para ellos esclusivamente.

Partió el carruage, y caminaron oprimidos uno contra otro, sometidos aun al encanto de aquella noche de amor, porque el corazon es como un instrumento que ha sido herido por una mano poderosa, y que vibra aun cuando ya no le anima el arco qne le ha tocado. Llegado el dia fueron desapareciendo lentamente los pensamientos misteriosos que vagaban en torno de ellos, bien asi como desaparecen á la presencia del sol los fantasmas amados. Poco á poco se fué presentando á sus ojos la realidad de su posicion con todas las realidades de la naturaleza, que aparecia lentamente con el dia; y entonces fué cuando Luizzi dijo á la condesa:

—Yo he querido lo que habeis querido vos, Leonía; pero decidme: teneis completa seguridad en la proteccion de Mad. de Paradéze?

—Toda la que en este mundo se puede tener en un corazon bueno y sincero.

—Esa cualidad suele ser á veces señal de debilidad, Leonía.

—No lo dudo, dijo Mad. de Cerny; no os presento á mi tia como uno de esos modelos de valor heróico dispuestos siempre á la abnegacion y al sacri-

ficio: pero si es débil, lo es solamente para el bien, porque es capaz de resistir hasta el último estremo antes de cometer una mala accion.

—Lo creo, dijo Armando; pero puede hacérsela creer que vuestra dicha está en obligros á volver al lado de vuestro esposo.

—Solo en dos casos seria posible eso: en el de estar á su lado una persona que la persuadiera, lo que no es probable, y en el de tener esa persona sobre mi tia un poder capaz de contrastar el mio.

—No dudo del poder que sobre todos egerceis, Leonía, repuso el baron sonriéndose; pero perdonad si temo tanto, perdonad si preveo todos los peligros que puede correr mi dicha. En qué fundais vuestro poder sobre vuestra tia?

—En el cariño que me tiene, en su corazon. Vamos Armando, añadió Leonía sonriéndose, estais ya tranquilo? Creeis que esto es bastante garantía?

—Es que no todos os aman como yo; y en verdad que empiezo á creer que solo hay dos amores poderosos en este mundo, el que yo os tengo..... y el de una madre á su hijo.

—Pues bien, Mad. de Paradéze es una madre para mí..... ó mas bien soy para ella una hija, porque ha tenido la desgracia de perder la suya.

—Ah! con qué se le murió una hija?

—No puedo decíroslo, respondió Mad. de Cerny: la palabra perder que he empleado por casualidad debe ser tomada en su sentido mas exacto. La niña de quien se trata se perdió ó fué sustraida á su madre.

—Ah! esclamó Luizzi con una admiracion que provenia de la coincidencia de aquella historia con la de Eugenia que habia sabido la víspera. Con qué se le robó su hija á Mad. de Paradéze!

Pero aun no habia terminado la frase, cuando el mismo nombre que acababa de pronunciar le advirtió que se engañaba, pues Paradéze y Cauny se parecian muy poco para que Periquillo tomara un nombre por otro. Luego debia ser una casualidad tan estraordinaria el que sus sospechas fuesen ciertas, que el baron rechazó semejante idea, y se contentó solo con responder:

—No es esa la única madre que se halla en tan triste situacion, porque no hace mucho se me ha referido la historia de una jóven que acaba de saber que no pertenece á la mujer del pueblo brutal y salvage á quien habia llamado hasta entonces madre, y sí á una noble familia á la cual habia sido arrebatada.

—Y ha recobrado su familia? dijo Mad. de Cerny.

—Creo que no, contestó Luiszi.

—Ay! dijo la condesa, quizá sea una felicidad para ella en haberla encontrado. Es muy triste destino el de una jóven educada en el pueblo, en las costumbres bajas y brutales, lanzada de repente á una sociedad nueva para ella, á una sociedad que despues de haberla compadecido dos dias, la

contempla en seguida con curiosidad, luego con desden y mofa, y la dirige las burlas mas crueles y humillantes.

—Sin duda teneis razon, tratándose de una pobre jóven tal como la ocabais de pintar; pero hay pocas mujeres que pudieran figurar en cualquiera sociedad por elevada que fuera mejor que Mad. Peyrol.

—Mad. Peyrol! esclamó Leonía admirada; creo haber oido ese nombre. No es la madre de Mad. de Lemée?

—Precisamente: sobrina ó mas bien pretendida sobrina del famoso Rigot.

—Hé ahi una cosa que me admira; porque Mad. de Lemée es demasiado impertinente para ser de tan buena estraccion.

—Otra opinion formaríais de su madre, y seguramente ella seria la mejor prueba del poder hereditario de la sangre noble.

—Pero corresponde á una familia verdaderamente ilustre?

—No puedo asegurároslo. Habeis oido hablar alguna vez de cierta Mad. de Cauny?

—Mad. de Cauny! esclamó Leonía estupefacta. Mad. de Cauny! como que es mi tia.

—Tia vuestra?

—Mad de Paradéze, á cuya casa vamos, en otro tiempo Mad. de Cauny.

—Es estraño!..... dijo el baron aun mas estupefacto que la condesa. Y sin embargo..... Esperad que me acuerde. Desapareció su hija algunos dias despues de su nacimiento?

—El mismo dia.

—Y fué en París?

—En París.

—Hácia 1797?

—En efecto, en 1797.

—Entonces es ella! ella!

—Estais seguro? dijo Leonía con viva emocion.

—Tanto como se puede estarlo de una cosa por la coincidencia de las fechas y la semejanza de los sucesos.

—Qué gozo tan grande esperimentaria mi pobre tia..... Oh! Armando, es preciso que os informeis.

—Lo haré, Leonía, lo haré.

—Sin embargo es preciso asegurarse bien antes de decir nada á mi tia. No sé si la pobre mujer tendrá bastante fuerza para sobrellevar el placer de recobrar á su hija; pero estoy segura de que sucumbiria si llegára á entrever un rayo de esperanza y luego no le quedara ninguna.

—Fiad en mí, Leonía, fiad en mí: yo tomaré todas las precauciones necesarias; y si puedo devolver una hija á su madre, creo que la habreis pagado con usura la hospitalidad que vais á pedirle.

—Sí, Armando, sí..... grande será mi dicha si de ese modo se la pago.

Pobre tia! ha sido tan desgraciada, ha sufrido tanto, que tal vez quiera el cielo darle ese consuelo en su vejez.

—Pero decidme cuantas circunstancias sepais respecto á ese suceso, á fin de que yo pueda emprender mis pesquisas con mas acierto.

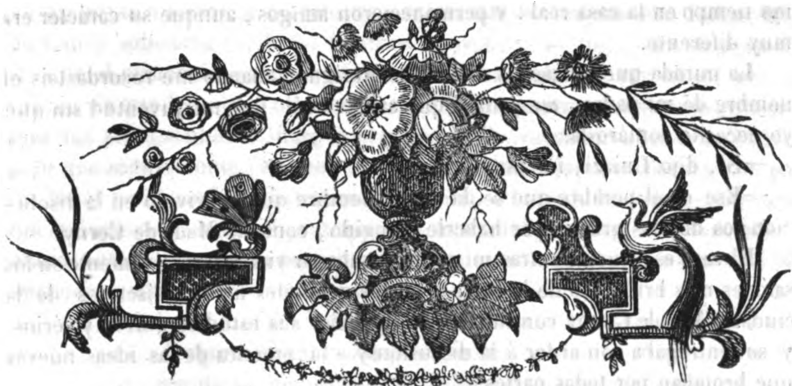
—Con mucho gusto..... Es una historia muy estraña la que os voy á contar, puesto que teneis tiempo para oirla: es preciso que la sepais con todos sus pormenores, á fin de que no os admire el desenlace.

Luizzi se acercó á Leonía para escuchar con el corazon una historia que se le decia era muy interesante, y que iba á ser contada por una boca cuya voz tenia para él el sonido mas armonioso.

Perdónesenos, pues, si el curioso á quien trasmitimos como fieles secretarios estas confidencias de nuestro infortunado amigo Luizzi, no leen esta historia con el embeleso que el baron esperimentó al oirla, porque nosotros no reunimos las favorables condiciones que Leonía reunia para lograr la atencion y la indulgencia de los que quieran saber el secreto del nacimiento de la desgraciada Eugenia.

Hé aqui como lo contó Mad. de Cerny.





XX.

Las tres paradas.



Preciso es deciros, mi querido Armando, á menos que no lo sepais, pues vos sabeis muchas cosas, que mi padre el vizconde de Assimbert y su hermana Valentina de Assimbert quedaron huérfanos en la infancia, y su tutela se confió á Mr. de Cauny, padre del marido de mi tia, que murió al principio de la revolucion. Este Mr. de Cauny era viudo, y hallándose en Bretaña su hermana, que estaba soltera, se encontró muy embarazado con su pupila, por lo cual la colocó en un convento á algunas leguas de París.

Por lo que hace al vizconde de Assimbert, mi padre, fué educado con el hijo de Mr. de Cauny: siguieron los mismos estudios, entraron á un mis-

mo tiempo en la casa real, y permanecieron amigos, aunque su carácter era muy diferente.

La mirada que lanzásteis á Mad. de Marignon cuando me recordásteis el nombre de mi padre, me prueba que sabeis cuál fué mi juventud sin que yo necesite contárosla.

—Sí, dijo Luizzi, fué muy brillante.

—Ese es el nombre que se da aun al hombre que ha vivido en la disolucion; os doy las gracias por haberle escogido, contestó Mad. de Cerny.

El caso es, que mientras mi padre pasaba su vida alternativamente en los salones mas brillantes de la corte y en los gabinetes menos discretos de la ciudad, Mr. de Cauny continuaba sin descanso sus estudios graves y sérios, y se entregaba con ardor á la discusion y á la práctica de las ideas nuevas que brotaban por todas partes.

Mi padre y él eran verdaderamente los dos representantes mas completos de las dos sociedades de aquella época.

Mi padre, superficial, ligero, osado, temerario, despreciando las clases medias que no conocia, y á las cuales ni aun concedia el derecho de pensar, burlándose de lo que él llamaba duelos de los patanes, escuchando la palabra pueblo, como un sonido vano que carecia de sentido, era el tipo mas perfecto de aquella sociedad que vejetaba en los pequeños salones de Trianon, tomando como garantía del porvenir los catorce siglos pasados de la monarquía.

Lo mismo que otros muchos, no sospechaba que en el momento en que se efectuaba con mas furor aquel trabajo interno de la sociedad que se rehacia, aquella sociedad revivia bajo los andrajos del poder real, del de el clero y la nobleza, y se desembarazaba de pronto de aquellos andrajos como de un trage inservible para mostrarse en toda su fuerza. Cuando le hicieron ver los primeros actos de la Constituyente que la nacion hacia un verdadero esfuerzo para cambiar su sistema de gobierno, trató á aquellas primeras manifestaciones de impertinente charlatanismo, y la sublevacion del pueblo le pareció un miserable motin. Estuvo en el famoso banquete de los guardias de corps de Versalles, y se hizo alli notar por su exaltacion.

Mr. de Cauny, al contrario, era aficionado á la mayor parte de los hombres cuya fama ocupaba entonces la Francia. Habia abrazado con ardoroso estremo las ideas de reforma social sin echar de ver quizá, como otros muchos, que solo podria llegar á realizacion de aquella reforma comenzando á destruir la constitucion política del pais. Acaso habia comprendido tambien sus opiniones en todas sus consecuencias probables, como parece probarlo su conducta. En tanto que mi padre pasaba las noches en las fiestas de la Muette de Lucienes.... y de la Opera, Mr. de Cauny las pasaba en los conciliábulos donde se tramaba la propagacion de las ideas liberales, donde se preparaba el inmenso movimiento que debia arrebatar á los que le habian hecho nacer.

Mientras el vizconde buscaba los sufragios de las mujeres mas lindas, Mr. de Cauny solicitaba los de los hombres graves, y se alejó para siempre de la corte el mismo dia que mi padre se hizo notar de los cortesanos por la gracia con que levantó el abanico de la reina y le presentó recitando un cuarteto que se ha atribuido siempre al conde de Provenza, despues Luis XVIII, pero que seguramente pertenece á mi padre. Solamente la oportunidad podia hacer perdonar la audacia, no solamente en boca de mi padre, sino aunque hubiese sido en la del principe mas alto, dirigiéndose aquel cuarteto á Maria Antonieta; pero la poesía y la etiqueta son poco rigurosas para con las improvisasiones, y el famoso cuarteto

Vuestro menor deseo previniendo,
en medio del calor mas escesivo,
los céfiros os traigo presuroso,
pues vendrán los amores por sí mismos,

fué juzgado delicioso.

Pues bien: como os decia, el mismo dia en que mi padre daba celos á toda la corte con su talento, Mr. de Cauny era nombrado diputado popular para la asamblea de los estados generales por la senescalía de Rennes; y algun tiempo despues, cuando mi padre llamaba la atencion en Versalles por la exaltacion con que se adheria á los intereses de Luis XVI, Mr. de Cauny dimitia el destino militar que desempeñaba en la casa real.

Esta dimision fué considerada como un acto de cobardía, y todos los oficiales de la compañía á que pertenecia Mr. de Cauny juraron castigarle. Ya sabeis, Armando, que cuanto mas se ha querido á un hombre mas se le aborrece y se le desprecia cuando se cree que ha faltado al honor.

Mi padre, impulsado por este sentimiento, é indignado de la traicion de Mr. de Cauny, tomó á su cargo aquella venganza y desafió al que por tanto tiempo habia sido su amigo. Mr. de Cauny rehusó primeramente. Los principios filosóficos que profesaba le hacian considerar como una barbárie el duelo; su posicion en la asamblea constituyente le hacia decir que no se zanjaban las cuestiones políticas con combates singulares; pero aquellos motivos que manifestaba en alta voz, y otro mas poderoso aun que callaba, no bastaron á contener las provocaciones insultantes de Mr. de Assimbert; al fin se verificó el duelo, y fué mi padre herido de gravedad.

Esto causó gran escándalo, y casi se le dió la razon á mi padre, acusándosele de faltas que no habia cometido. Se hizo correr la voz de que la corte, no atreviéndose á resistir á la asamblea constituyente en masa, queria deshacerse de ella individualmente. Se pronunció la palabra infame de asesinato al hablar aquel combate leal que seis personas habian presenciado.

Como podeis figuraros, todos los que tenian á mi padre por uno de los

oficiales mas valientes y mas francos, se indignaron al saber aquella acusacion. Esta llegó á oidos de la familia real, que creyó debia dar á mi padre pruebas de su agradecimiento, y tambien esto se tomó por donde se tomaba todo en aquella época. Díjose que Luis XVI habia felicitado á mi padre por su conducta, y le habia presentado como modelo á todos los oficiales, resultando que el nombre de Assimbert alcanzó una celebridad que debia hacerle inscribir mas tarde en la lista de proscripcion.

No os he dicho el motivo secreto que habia hecho rehusar tanto tiempo á Mr. de Cauny la reparacion á mi padre; pero sin duda lo habreis adivinado: el conde estaba prendado, y muy sinceramente, de Valentina, aunque esta solo tuviese en aquella época catorce años: parece que á aquella edad era ya una mujer completa en talento y hermosura.

—Ah! dijo Luizzi con un amargo suspiro; por lo visto, entonces como hoy, no eran los conventos un asilo contra la seduccion.

—No hubo seduccion ninguna, os lo aseguro, querido Armando; aquella pasion nació y creció con la edad en el corazon del conde y en el de Valentina.

Siempre que Mr. de Cauny, padre, enviaba al vizconde á ver á su hermana, éste, á quien fastidiaba un viage de algunas horas cuyo término era un locutorio, se hacia acompañar por su amigo.

Al fin mi hermano, á quien aquellas visitas robaban el tiempo que queria dedicar á otros placeres, rogó al conde que, segun él decía, estaba mas desocupado, que fuese solo á ver á su hermana y le diese noticias del convento para que él pudiese trasmitirlas al tutor como si hubiese hecho la visita en persona. Mr. de Cauny, aunque muy jóven, amó desde luego á Valentina como á una niña encantadora que no tenia mas proteccion que la suya, porque el anciano conde, siempre enfermo é impotente, apenas salia de casa. Valentina creció en cuerpo y en hermosura, y Mr. de Cauny la amó como á una mujer.

Se habian acostumbrado en el convento á las continuas visitas de Mr. de Cauny, que representaba alli hacia tiempo á su padre en calidad de tutor de Valentina. Nadie pudo sospechar que aquellas visitas no tuviesen solamente aquel respetable interés; y cuando estallaron entre el vizconde de Assimbert y Mr. de Cauny las disensiones políticas, como nadie hubiese dado la importancia que tenia á la separacion de aquellas dos familias, el conde continuó viendo á Valentina hasta que se verificó aquel deplorable desafio.

Al llegar aqui de su relato Mad. de Cerny, se detuvo la diligencia en una parada. La condesa calló porque la hubiera sido dificil hacerse oir en medio del ruido de las cadenas de tiro y de los juramentos de los postillones que mudaban los caballos. Durante este tiempo, Luizzi examinó los viageros que ocupaban el interior, la rotonda y los cabriolés superiores de la diligencia, y que en su mayor parte habian echado pié á tierra; con gran satisfac-

cion vió que no habia entre ellos ningun conocido, pues comenzaba á desconfiar de su memoria en punto á fisonomías, y no conocia á las personas á primera vista.



Al terminar esta inspeccion, sacando la cabeza por la portezuela, le llamó Mad. de Cerny que le dijo riéndose:

—Armando, dadme una limosna.

El baron volvió la cara, y vió al estrivo una hechicera niña de catorce años poco mas ó menos, enferma, demacrada, que hablaba con voz doliente.

El baron sacó una moneda de cien sueldos y se la alargó á la mendiga que le miró primero con un asombro lleno de alegria, pero que volviendo de repente á su tristeza, dijo dándole las gracias:

—Es mucho, señora, os doy las gracias.

Se detuvo y añadió en voz baja alejándose, y como si hablara para sí misma.

—Es mucho, y sin embargo no es bastante.

—Qué quereis decir? repuso vivamente la condesa llamando á la jóven, cuyo hechicero rostro la habia interesado. Por qué no basta eso, hija mia?

—Ah! señora..... no pido mas; nunca he recibido tanto desde que mi anciano padre y yo vivimos de la caridad pública; pero necesitábamos llegar muy pronto á Orleans, y yo decia que no era bastante para pagar un asiento en el imperial para mi padre y otro para mí.

—Armando..... dijo la condesa, echando una mirada suplicante al baron.

Luizzi llamó al mayoral, y le dijo:

—Dejad subir al imperial á esta niña y su padre: yo pagaré lo que sea.

—Gracias! gracias, señora! esclamó llena de gozo la mendiga, dirigiéndose siempre á la condesa, y comprendiendo por un instinto secreto que aquel beneficio venia mas bien de ella que del que le ejecutaba..... Gracias! gracias, señora! Tomad vuestro dinero puesto que pagais por nosotros.

—Guardadlo, hija mia, dijo Mad. de Cerny, guardadlo, y asi que lleguemos, venid á hablarme en cuanto dejemos el carruage.

—Bien, señora, bien! contestó la niña haciendo un saludo y corriendo hácia el anciano que estaba sentado en una piedra junto á la puerta de la casa de postas.

El modo con que escuchó á la jóven, sin alzar la cabeza, dió á conocer que estaba ciego, y solo percibia con el oido lo que pasaba cerca de él. Entonces Mad. de Cerny se volvió hácia Luizzi, y le dijo sonriéndose:

—Ya veis, Armando, como dispongo de vuestros intereses.

—Es una picardia, contestó Armando en el mismo tono: y cambiaron una de esas sonrisas y una de esas miradas que encierran mas amor que todas las palabras.

En seguida partió el carruage, y dijo la condesa á Luizzi:

—Ahora continuaré mi relato.

Y continuó asi:

—Como ya os he dicho, el conde de Cauny siguió viendo á Valentina hasta que se verificó su duelo con mi padre.

La delicadeza le imponia entonces un sacrificio que no habia creido tener que hacer á sus disidencias por opiniones, pero que no podia rehusar á la

sangre que á su pesar habia derramado. Cesó de ir al convento, y resuelto á no volver á ver á la señorita de Assimbert, la escribió por primera vez manifestándole el obstáculo que los separaba. Despues de deplorar en aquella carta los resultados de aquel fatal suceso, concluia el conde asegurando á Valentina que nunca olvidaria el amor que la habia confesado, y que si llegaban dias mas felices en que pudiera recobrar la amistad de su hermano, esperaba recobrar el amor de la hermana. Pero añadia que aquella esperanza estaba para él muy lejana; que preveia que la marcha de los asuntos iba á producir grandes desgracias, y que no dudaba en asegurarla que temia lo bastante por el porvenir de Francia para deplorar la parte que habia tomado en el movimiento revolucionario.

«En tal caso, añadia, si vos y vuestro hermano necesitais un protector, —no me atrevo á decir un amigo—no olvideis que soy vuestro ahora como antes, mañana como hoy, y que tal vez no retrocederé en la senda que he emprendido, porque vislumbro en ella la esperanza lejana de poder proteger á aquellos á quienes amo.»

—El relato que os hago no carece de ninguna de las cualidades que constituyen la novela, dijo Leonía á Armando: hasta juegan en él las cartas amorosas, y las cito testualmente. Lo hago porque aquella carta de Mr. de Cauny tuvo para éste terribles consecuencias, pues la frase que os cito sirvió de testo para su condena.

—Pereció Mr. de Cauny en la revolucion?

—Sí, como muchos que despues de haber desencadenado al leon quisieron sujetarle. Pero no es esto lo que os interesa. Me apresuro á llegar á la circunstancia que originó la pérdida de la hija de mi tia, de mi prima.

—No, no, dijo Luizzi, contádmelo todo, porque muchas veces los pormenores mas insignificantes son los que mas ayudan á descubrir la verdad de los sucesos mas graves.

—Ved aqui, pues, la continuacion de esta historia.

«Mi padre, restablecido ya de su herida, permaneció en Francia hasta el 10 de agosto, esperando siempre que se restableciera el órden, no creyendo posible una revolucion capaz de derribar el trono, no imaginándose sobre todo que los súbditos pudiesen llegar á juzgar á su rey, á condenarle y á hacerle ejecutar.

Cuando se encerró á Luis XVI, el vizconde, que habia sido conocido entre los que mas animosamente habian defendido las Tullerías, se vió obligado á esconderse, y no tardó en ir á reunirse con los príncipes emigrados.

Sin duda no recordó en su fuga que dejaba á su hermana en Francia, sin quien la protegiera, porque el anciano conde de Cauny habia muerto; pero por una parte sus propios peligros no le permitian llevar consigo á Valentina á quien hubiera hecho participar de ellos; y por otra pensó como

otros muchos, que aquella emigracion solo era una ausencia de algunos meses; que no tardaria en hallarse de vuelta en París, y que bastaria una compañía para hacer entrar en órden á aquel populacho amotinado. Se equivocó como otros muchos.

Durante este tiempo ocurrió la completa dispersion de las comunidades religiosas, y hubo un dia en que los oficiales municipales, seguidos de una columna de tropa, forzaron las puertas del convento en que se hallaba aun mi tia, y en el acto, sin dar tiempo á las pobres reclusas á hacer ningun preparativo, se las espulsó, literalmente hablando, poniéndolas en la calle sin dinero, sin recurso, sin guia.

Cada cual tuvo bastante que hacer con atender á su seguridad para no ocuparse de la de las demas; pero casi todas sabian á donde se habian de retirar, porque todas aquellas cuya familia habia abandonado la Francia hacia ya tiempo que habian dejado el convento. Valentina fué la única que verdaderamente se encontró en la calle sin saber qué hacer ni lo que iba á ser de ella.

—Ayer os compadecíais de mí, Armando, continuó Mad. de Cerny, ayer os compadecíais de mí, pobre mujer en la flor de la vida y que me hallaba en un carruage con un hombre que me habia jurado protegerme; me compadecíais porque sufria un poco de frio y un acceso de fiebre; pero considerad cuáles debian ser los dolores de una pobre jóven de quince años, lanzada de pronto á un camino público, vestida con un hábito que atraia sobre ella las groseras injurias de los pasageros y hasta el encono de los niños de los pueblos que atravesaba, que arrojaban lodo á su blanco ropage y la perseguian con las mayores invectivas.

Mi pobre tia, pasó dos dias enteros sin comer, y durmió dos noches en las alcantarillas de los caminos.

Ved aqui dolores que se cree no han sufrido nunca las personas de nuestra clase; y ciertamente que si hubiérais visto á Mad. de Paradéze en la magnífica quinta que habita, hubiérais tomado por un cuento increible el que una mujer de su apellido y de su rango se hubiese visto mas miserable aun que la mendiga á quien acabamos de dar una limosna.

—Eso me admira menos de lo que pensais, contestó Armando; yo mismo he debido á la hospitalidad de un campesino el no pasar la noche al aire libre, y á un encuentro muy dichoso el no ser detenido como un mendigo y un vagamundo. Pero hacedme el favor de continuar.

La condesa siguió su narracion:

—Aquella miserable situacion fué larga, duró cerca de quince dias, al fin de á los cuales pudo llegar á París Valentina. Lo único que conservaba de su vida pasada era la carta de Mr. de Cauny. Ninguna mujer se deshace jamás de la primer carta de amor que ha recibido. Habia guardado aquella carta aunque sin esperanza, y cuando se vió arrojada de su único asilo rechazó la

idea de ir á pedir proteccion á Mr. de Cauny que habia derramado la sangre de su hermano; pero la miseria puede mucho, y despues de haber vagado dos dias enteros por las calles de París viviendo de la caridad que el hambre la habia enseñado á implorar, se decidió á dirigirse al hombre á quien amaba.

Se encaminó á la casa y no le encontró, porque el conde, noticioso del acto brutal cometido en el convento donde residia Valentina, habia marchado inmediatamente á ofrecerla un asilo, y la buscaba por todas partes, siguiendo las huellas de todas las religiosas por los caminos que se le decia haberlas visto tomar, ya de un lado, ya de otro. Encontró muchas de ellas, pero no á Valentina, y volvió desesperanzado á París, donde supo que una jóven, una religiosa, habia estado á preguntar por el, y que se habia retirado al saber que no estaba, diciendo llamarse la señorita de Assimbert.

El conde se irritó porque no se la habia acogido á pesar de su ausencia, y maltrató al portero cuya insolencia le hizo suponer que la habia rechazado con dureza.

Aquella pequeña circunstancia que ninguna importancia hubiera tenido entre el conde de Cauny y uno de sus servidores, fué muy grave entre el ciudadano Cauny y el ciudadano Follard. A la mañana siguiente, cuando Valentina se presentó de nuevo en la casa, en el instante en que el portero despedido iba á dejar ésta, Follard esclamó mostrando los puños á la jóven:

—Los que salen se la harán pagar bien cara á los que entran.

Aquel miserable formaba parte de un club, cuyo presidente era un antiguo profesor de música del conde, á quien este habia tratado siempre bien, y que hasta debia á Mr. de Cauny el puesto que ocupaba.

Aquel hombre, impulsado por un sentimiento de gratitud, fué á buscar al conde que habia sido acusado por su portero de haber dado asilo á religiosas, añadiendo que, á pesar de todos sus esfuerzos, habia decidido el club llamarle á su seno para que diese cuenta de su aristocrática piedad.

Mr. de Cauny que conocia ya las consecuencias que podia tener semejante delacion, creyó que lo mejor era contestar al club que el ciudadano Cauny no habia atentado á la seguridad pública, recibiendo en su casa á la ciudadana Cauny su mujer. Lleno pues las formalidades del casamiento, muy ligeras en aquella época, y se casó con mi tia la señorita de Assimbert.

La necesidad de su salvacion decidió á Valentina mejor acaso qne lo hubiera hecho su amor. Aquellos dias de miseria que habia pasado sin encontrar nadie á quien pedir apoyo, habian herido estraordinariamente la imaginacion de aquella jóven, que casi era una niña, y que hablaba siempre de la desgracia que era vivir sola y abandonada en el mundo. El temor que toda su vida ha conservado á semejante aislamiento, sin duda ha contri-

buido no poco á hacerla consumar un acto que yo he mirado siempre como una desgracia, pero que mi padre llama aun una bajeza.

—Una bajeza! esclamó el baron interrumpiendo á Mad. de Cerny.

—Dejadme concluir este relato, y conocereis que puedo tener razon con arreglo á mis ideas, y que mi padre puede hablar asi con arreglo á las suyas.

Durante muchos años Mr. de Cauny y mi tia fueron dichosos con su union; pero al fin esta valió á ambos una persecucion que seguramente se hallaban bien distantes de prevcer.

La simple casualidad de una visita llevó un dia á casa de Mr. de Cauny al antiguo maestro de música, de quien he hablado, y le puso en presencia de mi tia.

La atencion con que aquel hombre la miraba, movió á Mad. de Cauny á preguntarle por qué la examinaba asi, y el tal Mr. Bricoin respondió que ....

—Bricoin! esclamó Armando interrumpiendo de nuevo á la condesa.

—Le conoceis acaso? dijo Mad de Cerny.

—No, contestó el baron; pero, si mal no me acuerdo, ese es el nombre del que tuvo la dicha de ser el primer amante de Mad. de Marignon.

—Puesto que sabeis eso, contestó Leonía, sin duda sabreis tambien que fué el que echó mi padre á palos de casa de Mad. de Marignon. Aquel hombre no habia olvidado esto; y cuando contestó á mi tia que la miraba con tanta atencion porque hallaba en ella mucha semejauza con cierto vizconde de Assimbert, á quien habia conocido, y mi tia le hubo esplicado aquella semejanza, diciéndole que era hermana del vizconde, no pudo adivinar Valentina en la singular despedida de aquel hombre terribles proyectos de venganza, porque nada habia que la hiciese ver que se hallaba espuesta á ellos.

—Adios, señora, la dijo aquel hombre retirándose; ya nos veremos, ya nos veremos.

Mad. de Cauny, como podeis figuraros, olvidó muy pronto la circunstancia que os acabo de contar, y estuvo bien lejos de ver en ella el orígen de la persecucion que esperimentó pocas semanas despues, siendo preso su marido bajo uno de aquellos mil pretestos con que entonces se reducia á prision á un hombre y se le decapitaba. Como hubiera escrito á mi padre, se le acusaba de hallarse en correspondencia con los emigrados: en su consecuencia, se registraron sus papeles y la carta de que os he hablado, y en la cual se prejuzgaban los sucesos de la revolucion, fué la base de una acusacion de traidor.

Mi tia se encontró sola por segunda vez, con su debilidad y sus temores.

En su lugar, cualquiera otra menos ignorante del pasado, menos igno-

rante tambien de la perfidia de las malas pasiones, se hubiera dejado engañar por la manera con que Mr. Bricoin fué á ofrecerle su apoyo cuando supo, como él decia, que el ciudadano Cauny habia sido encarcelado. Contaros de qué modo se introdujo en casa de Valentina, como ganó su confianza, como se hizo dueño de todos sus secretos, seria contar la historia de una pobre mujer abandonada, sola en el mundo, y á la cual causaba el terror mas profundo aquel aislamiento.

Sin duda Bricoin supo de ella cuanto deseaba saber porque con arreglo á sus consejos hizo el conde un testamento por el cual dejaba á su mujer todos sus bienes en caso de morir sin sucesion y asegurándola la mitad en el caso contrario. Esta cláusula se habia establecido en el testamento, porque Mad. de Cauny estaba embarazada en la época á que me refiero.

Sin embargo, el régimen de terror que durante año y medio habia pesado sobre la nacion, empezaba á cansarse de su sangrienta obra, y algunos meses despues de haber hecho aquel testamento Mr. de Cauny, podia éste concebir alguna esperanza fundada de recobrar su libertad y de ver nacer el fruto que su mujer llevaba en su seno; pero el mismo dia que parió Mad. de Cauny se arrancó de la prision á su esposo y se le hizo perecer en el cadalso.

Fácilmente se concibe que una mujer como mi tia se dejase dominar mas que otra en todas circunstancias por temores imaginarios, y que en presencia de tan terrible suceso se la dominára con un terror increible es menos estraño aun.

Bricoin la hizo creer que la saña de los verdugos se haria estensiva hasta la criatura que acababa de nacer, y, gracias á la desesperacion de aquella mujer enferma, débil, sola y próxima á morir de dolor y de mal, logró persuadirla á que se separára de su hija que, segun decia, tenia él medios de confiar á manos seguras.

Detúvose la diligencia otra vez, y otra vez suspendió Mad. de Cerny su narracion. La mendiga se acercó casi al mismo tiempo á la portezuela del carruage, mostró su linda cabeza por el cristal, y dijo á la condesa con aire encantador:

—Señora, ved aqui á mi padre que por sí mismo quiere daros gracias por lo que habeis hecho por nosotros.

Leonía vió que se acercaba un anciano, ciego como á ella se le habia figurado, pero cuyo severo rostro conservaba cierto aire de resolucion y de altivez bajo el largo cabello blanco que le inundaba.

—Señora, dijo á la condesa, acabais de practicar una buena accion, y Dios no seria justo si no os diera la recompensa. No solamente habeis dado una limosna á esta niña, sino tambien le habeis dado quizá una familia procurándole los medios de trasladarse á la ciudad donde puede hallar algunos indicios de los parientes que la abandonaron.

La condesa no respondió al anciano mendigo; pero se vólvió nuevamente al baron, y dijo á este:

—Ved aqui, Armando, una cosa bien estraña: otra jóven abandonada y perdida.... Cuántos desgraciados hay lanzados asi á este mundo, cuando en este reducido carruage se encuentran, por decirlo asi, dos?

—Es estraño, en efecto, contestó el baron mas pensativo aun que lo que era de esperar de un simple movimiento de sorpresa; es estraño, repitió para sí, preguntándose si el poder infernal de su esclavo era quien le deparaba en su camino todos aquellos estraordinarios encuentros, anunciándole su presencia como se lo habia prometido.

La condesa se habia vuelto entre tanto hácia el mendigo, contestándole con vivo interés y con esa delicadeza de la mujer que da cierta categoría á la desgracia:

—Habia rogado á esta niña que no dejase á Orleans sin venir á verme; os suplico que la acompañeis, porque si puedo seros útil en algo lo haré con placer.

—Por quién debo preguntar? dijo el anciano.

—Preguntareis, respondió con rapidez Leonía, preguntareis....

—Cuidado! dijo Luizzi deteniéndola con prontitud; no olvideis que puede ser una imprudencia pronunciar vuestro nombre en alta voz.

—Teneis razon, contestó Leonía, y luego dijo al ciego: No necesitais preguntar por nadie, porque os alojaremos en la misma casa á donde vayamos nosotros á parar.

El carruage iba á echar á andar y los viageros rocobraron sus puestos; pero esta vez Leonía no continuó inmediatamente la narracion que habia interrumpido. Su conversacion con Luizzi giró sobre lo que acababa de pasar, y ambos se prometieron firmemente sondear por completo aquel nuevo misterio.

—No olvidemos, dijo Luizzi á la condesa, no olvidemos que no es solo ese punto el que tenemos que aclarar; decidme qué sucedió al fin á la desgraciada Mad. de Cauny en poder del miserable Bricoin.

—Ay! contestó la condesa, se casó con él.

—Cómo! esclamo Luizzi, con que Mr. de Paradéze....

—Es el mismo Bricoin, que cuando se vió rico por aquel casamiento, ocultó bajo un nombre tomado de una posesion, la baja estraccion de su nacimiento. Pero para que no acuseis á mi tia de haber obrado con una ligereza y una inconsecuencia que la harian poco digna de respeto á vuestros ojos, preciso es que os esplique por qué culpable maniobra llegó Mr. Bricoin al fin que se habia propuesto desde el momento en que viera por primera vez á Mad. de Cauny.

Si el temor que habia sabido inspirarla acerca de su seguridad y la de su familia entregaba á Valentina sin defensa á aquel hombre, lo

poco que simpatizaba mi tia con aquellas formas groseras, y por otra parte, la edad avanzada de Bricoin, que tenia ya mas de cuarenta años en aquella época, la defendian de todas las declaraciones mal disfrazadas que la abrumaban. Entonces fué cuando la sucedió una desgracia que puedo deciros á vos, Armando, y que es quizá una escusa de la falta en que incurrió casándose con Mr. Bricoin, aunque esta desgracia sea por sí misma una falta.

Valentina, jóven, hermosa, hechicera, aislada, encontró entre los pocos que su nombre llamaba á su casa un hombre distinguido, diestro en hacer creer en sentimientos que no abrigaba, dotado de un implacable cinismo para alabarse de haber jugado con sus sentimientos y que empleó toda su infernal seduccion para colocar á Mad. de Cauny en el número de sus víctimas; aquel hombre, cuyo nombre nunca ha querido decirme mi tia....

—Era, dijo Luizzi interrumpiendo á la condesa, era Mr. de Mére.

—Le conoceis? preguntó Mad. de Cerny admirada.

—No sabeis que conozco toda la historia de Mad. de Marignon? repuso Luizzi.

—Y qué, dijo la condesa, ha tenido Mr. de Mére algunas relaciones con Mad. de Marignon?

—Fué su último amante como Bricoin fué el primero.

Madama de Cerny se puso pensativa á su voz cuando oyó aquella revelacion; se admiró interiormente al considerar esos destinos que obran uno sobre otro sin que al parecer se encuentren nunca, y dijo á Luizzi:

—Segun eso el último amante de Mad. de Marignon entregó á Valentina al primero?

Leonía se detuvo y luego continuó:

—Supongo que sabreis con que cobarde é insultante abandono pagó Mr. de Mére el amor de la mujer qne tan noblemente habia confiado en él y para con la cual fué tanto mas infame cuanto que ella no tenía nadie en el mundo que la protejiese.

—Sin embargo esa mujer se vengó cuanto puede vengarse una mujer, dijo el baron, y lo hizo arrastrándole audazmente por el fango de su propia infamia, delante de una numerosa reunion y en presencia de Madama de Marignon que entonces no era mas que la bella Olivia.

—Si, contestó la condesa, ya se que, gracias á las relaciones de la bella Olivia—puesto que la llamais así—con el vizconde á quien habia vuelto á encontrar en Inglaterra, se creyó autorizada á atraer á su casa á Mad. de Cauny á pesar de la vergonzosa posicion que entonces ocupaba.

Luizzi no pudo menos de notar la palabra «vergonzosa posicion» que acababa de emplear Mad. de Cerny y tampoco pudo menos de admirar hasta qué punto pueden dominar á las almas mas fuertes y mas justas las conveniencias aparentes del mundo, pues treinta años despues pudo hallar el

mundo convenientemente á la condesa en casa de aquella mujer cuya vida de otro tiempo calificaba con tanto desprecio.

Sin embargo, Mad de Cerny contiuó:

—Lo que yo no sabia, pues ella no me lo habia dicho, era que mi tia hubiese dado la campanada de que hablais. Despedazado su corazon por la fatal esperiencia que acababa de adquirir de la perfidia de ciertos hombres, renunció para siempre á toda esperanza de amor y sintió con mas fuerza que nunca el dolor producido por su aislamiento.

La ocasion se presentó entonces favorable para Bricoin que, siempre solícito con la jóven viuda, evitándole el fastidio de sus asuntos, protejiéndola contra la rapacidad de los intrigantes sino contra la perfidia del mundo, parecia ser el único protector en quien mi tia debia esperar. Por otra parte Bricoin hablaba con frecuencia de casamiento, y este lazo sagrado cuya santidad habia tenido ocasion de apreciar Mad. de. Cauny durante los dos años que habia pasado al lado de su esposo, era el único que podia unirla á un hombre que asegurára su vida con su vida, su felicidad con su felidad.

Otra razon que he tardado en deciros porque no puedo creer el modo que tiene mi padre de verla, otra razon debió determinar tambien á la imfortunada Valentina. No habia vuelto á ver á su hija desde que la diera á luz, Bricoin, por razones falsas ó verdaderas, la decia siempre que las personas á quienes la habia confiado habian abandonado á París y se hallaban á punto de volver. Acaso tenga razon mi padre; acaso aquel hombre hacia esperar su bija á una madre como precio del sacrificio que la pedia; acaso Bricoin prometió á Mad. de Cauny devolverle su hija el dia en que consintiese casarse con él. De cualquier modo que sea, el casamiento se verifico; y algunos dias despues Mr. de Paradéze, pues tomó este nombre al casarse con mi tia, Mr. de Paradéze anunció á su mujer que casi tenia la certidumbre de que habia muerto su hija.

—Le creeis capaz de un crímen? dijo Luizzi.

—Lo que me habeis dicho de Mad. Peyrol, respondió la condesa, nosprueba, suponiendo que ella sea aquella desgraciada niña perdida, que Bricoin no llevó al estremo su infamia.

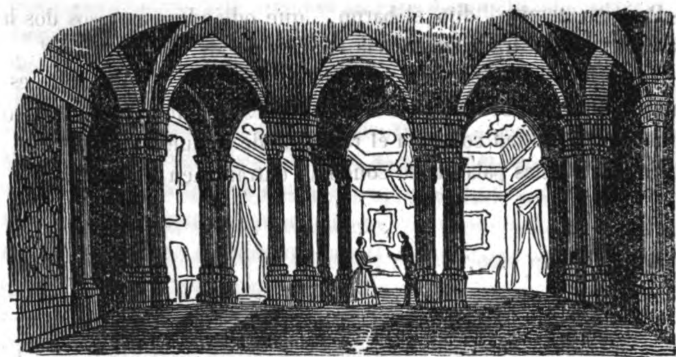
Por otra parte, nunca presentó una prueba legal de la muerte de aquella niña y hace cerca de treinta años que mi tia vive en la horrible incertidumbre de si tiene ó no tiene una hija. Todas las pesquisas hechas por mi padre han sido inútiles, porque—es preciso decíroslo—mi padre fué quien aborreciendo á Mr. de Paradéze, procuró activamente descubrir el paradero de la heredera de Mr. de Cauny. «Ha hecho desaparecer la niña, decia, para apoderarse de sus bienes; yo haré que parezca para que ese miserable vuelva á la miseria de que nunca debió salir» Ved aquí añadió Leonie, cual es el lenguaje que mi padre usa siempre que habla del marido de su hermana.

—Pero no temeis, dijo el baron, que odiándose asi esos dos hombres sea arriesgada vuestra permanencia en casa de Mr. de Paradéze?

—Ya os he dicho, contestó la condesa, que Mr. de Paradéze es actualmente un anciano abrumado de enfermedades, y que ni aun tiene voluntad, porque con dificultad conserva el recuerdo de lo que ha sido.

Y al decir estas palabras la condesa, entraron en Orleans.





XXI.

El veterano.



Luizzi, con arreglo á lo que habia escrito á su hermana, fué á parar á la casa de postas sin decir su nombre, que no se le exigió, merced á la generosidad con que se portó con el primer criado que echó mano á sus efectos. Aunque se presente la policia, el oro es un pasa-porte tan escelente como el que ella misma libra con tanta política.

Asi que Leonía y Armando se instalaron en su habitacion, pensaron en llamar al ciego y á la niña mendiga que, con arreglo á sus órdenes, los habian seguido á la posada. Los mandaron subir á su habitacion, y les rogaron que les contasen su historia.

—Si me lo permitís, dijo el anciano, empezaré por la mia que no será larga; la chica os contará en seguida la suya, y allá vereis lo que podeis sacar en limpio.

—Hablad, dijo Leonía.

—Aqui donde me veis, tengo ochenta años cumplidos: nací en 1752, y era soldado de la guardia francesa en 1770; no os debeis admirar de lo que voy á deciros, porque á los ochenta años, y en el estádo á que yo me veo reducido, hay derecho para decirlo todo. Cuando tenia diez y ocho años era uno de los mejores mozos de la compañía; debo confesar que no lo habia echado de ver, cuando una mujer bellísima me lo advirtió por medio de su doncella; era el caso que aquella bellísima mujer tenia un marido que no la bastaba: el marido se llamaba Beru, y tocaba el violon maravillosamente, pero nada mas.

Al oir el nombre de Mad. Beru, se miraron Mad. de Cerny y el baron con tal asombro (pues Leonía no ignoraba el orígen de Olivia) que verdaderamente ni uno ni otro comprendieron la singular frase del veterano, que continuó:

—Parece que Mad. Beru se fastidiaba no poco con su marido, que al parecer tampoco se divertia mucho con su mujer; una vez que esta fué á ver la parada donde me hallaba de gran uniforme, eché de ver que me miraba con mucha atencion.

—Calla, dije para mi capote: esa mujer seria una querida con quien me iria perfectamente: viste bien, es bien formada y debe tener una escelente cocina.» La hice un guiño y no mostró ofenderse: en seguida me pareció que preguntaba á uno de los oficiales de la compañía:

—Cómo se llama ese buen mazo que está el tercero en primera fila?

Parece que el oficial le dijo mi nombre y donde me acuartelaba, porque aquella misma noche recibí un billetito que me leyó el cabo, y en que se me decia que pasára á casa de la hermosa dama so pretesto de pedirme noticias de mi pais, en atencion á que soy de las cercanías de Orleans, de donde tambien era ella. Y acudí á la cita.

—Me callo por respeto á esta señora y por la niña que está presente; pero á los nueve meses contados dia por dia, parió Mad. Beru una niña que se llamó Olivia. Conservo bien los nombres, y no sin motivo, añadió el veterano con tono significativo.

Leonía y Armando cambiaron una nueva mirada, ambos cada vez mas confundidos con el estraño conjunto de todas aquellas circunstancias, y Luizzi verdaderamente alarmado recordando las amenazas de Satanás.

—Ahora, continuó el soldado, es preciso decir que ademas de los regalitos que me hacia la hermosa de mi corazon, y que me proporcionaban vestir paño tan fino como el de los oficiales, y mudar camisa dos veces por semana, me habia prometido su proteccion; pero la proteccion se hizo esperar tanto, que en 1789 era todavia soldado en la guardia francesa. Sin embargo, mi hija habia hecho fortuna; pero como no era hija mia ante la ley, y por lo tanto yo no podia reclamar nada, y cuando ella se hallaba en

Inglaterra en 1795, yo era soldado de la república. Despues no volví á tener noticias de ella, porque hallándose Italia camino de Lóndres, mal podia buscarlas.

Cuando volví á París se me dijo que se la habia visto no sé donde. Entonces era yo todavia soldado de la república, pero me hallaba tan bien de fondos que no pensé mucho en buscar á mi hija. El buen estado de mi bolsa procedia de un endiablado asunto que es preciso os cuente.

Pasando una noche junto á una gran casa de la calle de Varenes me da un tropezon un hombre que llevaba en la mano un envoltorio que chillaba; era de noche y yo miré á aquel hombre que parecia hallarse muy sobresaltado.

—A dónde vais tan ligero, le dije deteniéndole, que pisais los zanzajos á un granadero de Italia, como quien pisa el empedrado?

—Voy á donde vos podeis ir por mí, me dijo, si quereis ganar una buena propina.

—Corriente, le contesté.

—En ese caso, me dijo, tomad veinte luises y esta criatura que llevareis á los espósitos.

Tomé los veinte luises, y reparé en la casa de donde habia salido aquel hombre; tenia una hermosa fachada, una gran portada con soberbias columnas y una elegante portería; en fin, era un verdadero palacio del arrabal de S. German. Yo que habia vivido un poco de tiempo en las ideas del antiguo régimen, dije para mí: Perfectamente! se trata de una gran señora que se la ha pegado á su marido ausente, ó á una jóven á punto de casarse; es cosa muy sencilla. Cogí la criatura de manos del médico, porque aquel hombre debia ser el médico, pues los médicos nunca han servido para otra cosa, y eché á andar con ella lo mas pronto que pude, y con todo el cuidado posible. Se le habia puesto al cuello un papel que tuve la discrecion de no leer, en atencion á que no sabia, lo que ahora me importa poco, puesto que soy ciego; y me divertia en mirar á la luz de los reverberos la rica envoltura de la criaturita, cuando tropecé con un hombre que se sorprendió tanto como yo al verme de gran uniforme con un un rorrito en brazos. El caso es que aquel encuentro era poco natural, pero aun no habia tenido yo tiempo para enfadarme, cuando me dijo de buenas á primeras el desconocido:

—Eh, camarada; á dónde diablos habeis encontrado ese chiquillo?

—Toma! allá abajo hácia el lado de *Gros-Caillon* chillando como un desesperado, le contesté.

—Y qué vais á hacer con él?

—Voy á llevarle á su domicilio natural, á los espósitos.

Entonces se detuvo, reflexionó un rato, y me dijo:

—Quereis darme ese niño?

—Sabed, camarada, le contesté, que no se entrega de buenas á primeras una pobre criatura al primero que llega sin saber qüe es lo que va hacer con ella.

—Yo la criaré, yo la educaré y será mia. Ademas, la necesito.



—Qué, necesitais una criatura? repuse; eso se queda para un viejo, pero vos, que sois todavia novato.....

En efecto era jóven, á lo que pude ver á la luz de los faroles.

—Aunque seais militar, me dijo, os puedo contar lo que me pasa. Mi mujer, que entonces aun no lo era, queriendo librarme de la quinta, hizo presente que estaba embarazada de mí, por lo cual he tenido que casarme con ella; pero ni estaba embarazada ni se ha hecho despues. Se acerca ya el término, y se vá á descubrir nuestra treta y la declaracion falsa de mi mujer nos vá á costar cara tanto á ella como á mi.

—Se conoce que no sois de los mas valientes, repuse yo; pero en fin, á lo hecho pecho; ademas que los buenos maridos son malos soldados. Tomad la criatura y dadme las señas de vuestra casa, para que pueda ir á daros las gracias á nombre de la criatura.

Yo sabia lo que me pescaba al hacer esta peticion. Dos dias despues tomé informes, y supe que Gerónimo Turniquel era un hombre de bien, digno de la confianza que yo habia depositado en él. De alli á algun tiempo, y cuando ya no me quedaban de los veinte y cinco luises mas que las deudas que mi crédito me habia ayudado á contraer, pensé en buscar á mi hija; pero tuve que salir de París inmediatamente para ocuparme mas particularmente de los asuntos de la Francia; era, como siempre, soldado de la república.

Salí para Egipto, donde solo gané la peste, de la cual curé, porque era un buen mozo, y me cuidó con mucho amor una odalisca del serrallo.

Estuve ausente muchos años en el estranjero; volví hácia 1805 con la esperanza de hallar á mi familia, pero parece que mi hija se habia hecho gran señora y nadie me dió razon de su paradero. Era entonces soldado en la guardia consular. Pasé otra porcion de tiempo en distintas capitales de Europa hasta la campaña de 1814. Entonces era soldado en la guardia imperial. Cayó el emperador, y su caida me quitó toda esperanza de ascenso; pero continué en el servicio militar siempre gallardo, siempre bien plantado, hasta que en 1830 me pasó por delante de los ojos, y me dejó ciego, una bala que iba á matar á un viejo fusilero que ya no podia con su alma. Entonces era soldado en la guardia real. El veterano se detuvo, y, tomando una postura en la que habia mas altívez que la que su relato demostraba, añadió:

—Todo esto, debeis creerme, no os lo cuento por contaros mi historia, sino para deciros que despues de sesenta años de servicio efectivo, se me negó una plaza en los Inválidos, so pretesto de que mi herida no era herida, y de que, por otra parte, la habia recibido haciendo fuego al pueblo; todo esto es para deciros que se me ha liquidado un miserable retiro de ciento veinte y cinco francos, con el cual se quiere que ponga el puchero á la lumbre todos los dias. Todo esto es para haceros ver que un veterano, como yo tengo el honor de serlo, se ve reducido á mendigar de puerta en puerta.

Aqui teneis toda mi historia. Ahora la chica va á contaros la suya, que yo ni pizca comprendo, acaso porque no veo: debeis creerla, porque desde el dia que tropezó conmigo en el camino ha pasado mucha hambre y me

ha dado la mitad del pan que ella debia comer, lo cual prueba que es una buena muchacha: siempre me ha entregado con exactitud lo que se la daba, y siempre lo he compartido yo exactamente con ella; no es verdad, hija mia? entre nosotros esa exactitud es punto de honor; ella pide y á mí se me da. La vejez interesa siempre, y á decir verdad, yo quisiera verme, porque debo hacer un hermoso ciego.

—Si no hemos esplicado lo suficiente durante este relato todos los movimientos de sorpresa que dejaron escapar la condesa y el baron; si no hemos dicho que la impresion que produjo en ellos fué tan grave que les hizo olvidar su forma grotesca para ocuparse solo del fondo, consiste en que hemos supuesto que el lector ha debido imaginarse fácilmente esos movimientos y esa impresion, y porque vamos á ver en seguida sus resultados.

No bien habia acabado de hablar el veterano cuando Leonía, que parecia ser quien mas deseos tenia de oir las aventuras de la jóven mendiga, detuvo á esta en el memento de empezar, diciéndola con dulzura:

—Me creí mucho mas fuerte de lo que soy; me ha fatigado del tal modo el camino, que se cierran mis ojos á mi pesar; dejemos para mañana la narracion de vuestras desgracias, que entonces estaré mas en disposicion de oirla.

Luizzi conoció la intencion de la condesa, é hizo conducir al mendigo y á la jóven al cuarto que se les habia dispuesto.

El rostro de Leonía denotaba una preocupacion que flotaba entre el temor y la esperanza, tan vaga esta como aquel, en tanto que Luizzi parecia dominado esclusivamente por un terror invencible. Al parecer, Leonia eligió de repente entre las emociones de su alma, y dijo á Luizzi con una confianza llena de exaltacion:

—La voz de Dios es la que habla en todo esto; su indulgencia previsora es quien ha puesto en nuestro camino todas estas cosas estraordinarias para presentarnos la ocasion de una buena accion que pueda contrabalancear un dia ante su justicia la falta que cometemos.

Luizzi no respondió en alta voz, pero murmuró en su corazon:

—Mas bien es la voz del infierno la que me da todos estos avisos; el poder de Satanás es quien presenta á mi vista todos estos intrincados caminos, donde debo estraviarme.

—No sois de mi opinion? preguntó Leonía asustada al ver la sombría preocupacion de Armando, que por primera vez se mostraba sordo á sus preguntas.

—Creeis, por el contrario, continuó Leonía, que todo esto sea una amenaza de la suerte, puesto que todo es demasiado estraordinario para que no haya una leccion oculta en el fondo de estos acontecimientos?

—No sé, contestó Armando profundamente desanimado; no sé, porque todo lo que procede de mí me da miedo; mi vida es un misterio que me es-

panta, y confieso que en este instante solo tengo fé en la proteccion que Dios debe daros á vos, tan santa y tan pura á sus ojos, á la mujer que sin duda ha puesto á mi lado para que no me pierda por completo en la senda en que puedo perecer.

—Armando! Armando! esclamó Mad. de Cerny.

Por que esa debilidad y ese terror? En estos estraños encuentros nada hay que pueda alarmarnos acerca de nuestro destino.

—Esos encuentros pueden tener para mí un sentido oculto que no tienen para vos.

La espresion del baron, asi estaba impregnada de esa sombria resignacion á una fatalidad invencible que se apodera del hombre cuyos esfuerzos han sido vanos y cuyos cálculos dirigidos al bien han ido á parar al mal.

La condesa se alarmó sériamente, y le dijo sintiéndose desanimada á su vez:

—Quizá teneis razon, y Dios coloca el castigo al lado de la culpa.

—Qué quereis decir? preguntó el baron.

—Que apenas poneis el pié en la senda de perdicion á que ambos nos vemos condenados, quizá sentís el remordimiento.

—Leonía! esclamó el baron; Leonía habeis dicho? Soy yo bastante miserable para que lo hayais pensado?

Armando se acercó á la condesa y añadió:

—Ah! si es así, teneis razon, al lado de la culpa está el castigo, porque ya mi debilidad me ha hecho acreedor á vuestro desprecio.

—No, Armando, no, dijo Leonía acercándose á su voz á él y apartando con su mano el largo cabello que cubria la pensativa frente de Armando, como si quisiera apartar con él el pensamiento que la oscurecia; no, yo no he pensado de tí eso, Armando; he tenido miedo y nada mas, pero no le he tenido de tí, te lo juro, porque creo en tí.. Tú arrastras una existencia destinada á un singular infortunio y necesitabas ser amado para ser feliz, lo creo, Armando, lo creo!... Y te amo tanto... te amo tanto que trocaré en dicha la fatalidad que tanto te ha hecho sufrir.

—Oh! sí, sí, respondió Armando estrechándola contra su corazon, si, tú eres el ángel de mi vida, tú eres la mano que Dios me tiende para salvarme de la tempestad, tú eres la luz que Dios me mandó para guiarme en la oscuridad; habla y haré lo que tú me mandes hacer, querré lo que tú quieras.

—Pues bien; creeme, Armando, repuso Leonía, aceptemos como señal de la proteccion de Dios todas las cosas que me han asombrado y te han espantado á tí. Terminemos con nuestros esfuerzos la obra comenzada y que parece haber encomendado Dios á nuestras manos, devolvemos á una madre su hija; Dios que ha colocado los beneficios en el número de las virtudes aceptará ese beneficio como el mas santo y el mayor de cuantos se pueden hacer en la tierra.

—Tienes razon, dijo Armando, eso será un beneficio para tí y una espiacion para mí; ahora puedo ya decirte que antes de este instante habia pensado en ello.

Entonces citó la carta que habia escrito á Gustavo de Bridely y lo que le habia encargado respecto á Mad. Peyrol.

Leonía escuchó al baron con una dulce sonrisa y así que hubo terminado le dijo sellando su frente con un beso y como si hubiese comprendido todas las acusaciones que interiormente se dirijia á sí mismo:

—Armando, ya ves que eres noble y bueno cuando quieres serlo y que solo son falsas luces las que te estravian.

Luego añadió:

—Es preciso saber si Mr. de Bridely ha desempeñado su comision; ayer fué cuando dirijiste esa carta desde Fontainebleau y ha debido recibirla esta mañana. A esta ahora, pues es de noche ya, si ese hombre te ha comprendido debe hallarse fuera de París hace rato.

Es necesario escribir á Mad. Peyrol para saber si Mr. de Bridely ha hecho tu encargo; si no le ha hecho, iremos nosotros mismos á revelarla un secreto que seria una imprudencia confiar á una carta, ó mas bien la citaremos á esta misma casa donde esperamos á tu hermana, y entonces seremos tres las que te debamos nuestra felicidad.

—Te obedezco, dijo Luizzi pensativo; descansa que yo voy á escribir mientras tú duermas, porque necesito escribir tambien una estensa carta á mi notario para esplicarle todas mis intenciones, de modo que me basten veinte y cuatro horas en Tolosa para arreglar todos los asuntos que me llaman allá.

La condesa se retiró á la alcoba de la pequeña habitacion que ocupaban, y Luizzi quedó solo.

Sin duda tenia razon Armando al decir que Leonía era el ángel de su vida; porque al separarse de él parecia que se llevaba consigo cuanto infundia á aquel hombre esperanza, fé y caridad, esperanza en su porvenir, fé en la bondod de Dios, caridad para con los que padecian á su lado.

Asi que se vió solo, renacieron todas sus dudas, todos sus temores, y empezó á calcular su vida con arreglo á las ventajas y desventajas, que se creia con fuerzas para combinar y contrarestar.

Consideró que el tiempo necesario para recibir contestacion de Mad. Peyrol ó esperarla, podia espouerle, como tambieu á la condesa, á ser descubierto en uua ciudad que es punto de cita de la mayor porte de los que viajan por las carreteras que desembocan en París. Consideró además que no podia sacrificar su seguridad y la de la condesa, á una mujer, cuyo destino no habia labrado y que tarde ó temprano, recobraria á su madre, sin que él necesitase comprometerse por ello.

La mision de Gustavo bastaba por entonces para arrancar á Mad. Peyrol

de su miseria, que no debia ser en estremo penosa para una mujer educada en las rudas costumbres del pueblo. Lo único que turbó á Luizzi en el benévolo panegírico que de sí mismo hacia, fué el no saber si aquella mision habia sido cumplida; pero tenia un medio de saberlo demasiado fácil para que no acudiera á él.

Por lo demas, habia echado de ver la facilidad con que se dejaba dominar á la sazon por la presencia de aquel á quien llamaba su esclavo, y se decidió á revestirse delante de él de la autoridad con que otras veces habia luchado con aquel génio del mal.

Llamó pues, á Satanás, y Satanás apareció bajo una forma aun mas estraña que cuantas habia adoptado hasta entonces. Habia tomado la fisonomía y la forma grotesca de Akabila, vestido de jokey. Su esterior denotaba aquella sumision servil y tímida del esclavo malayo, obediencia que sin embargo parecia hallarse siempre dispuesta á la altivez y á la venganza.

Luizzi se hallaba bien lejos de creer que Satanás le habia inspirado todos los fatales pensamientos que acababa de tener, pero suponia que el Diablo habia adivinado su resolucion, y le demostraba por medio de su forma de esclavo, que se sometia anticipadamente á sus órdenes. Luizzi le midió con una mirada serena: Satanás bajó los ojos ante aquella mirada, y el baron le dijo con tono imperativo:

—Ha partido Gustavo para Tolosa?

—Ha partido, mi amo, respondió Satanás.

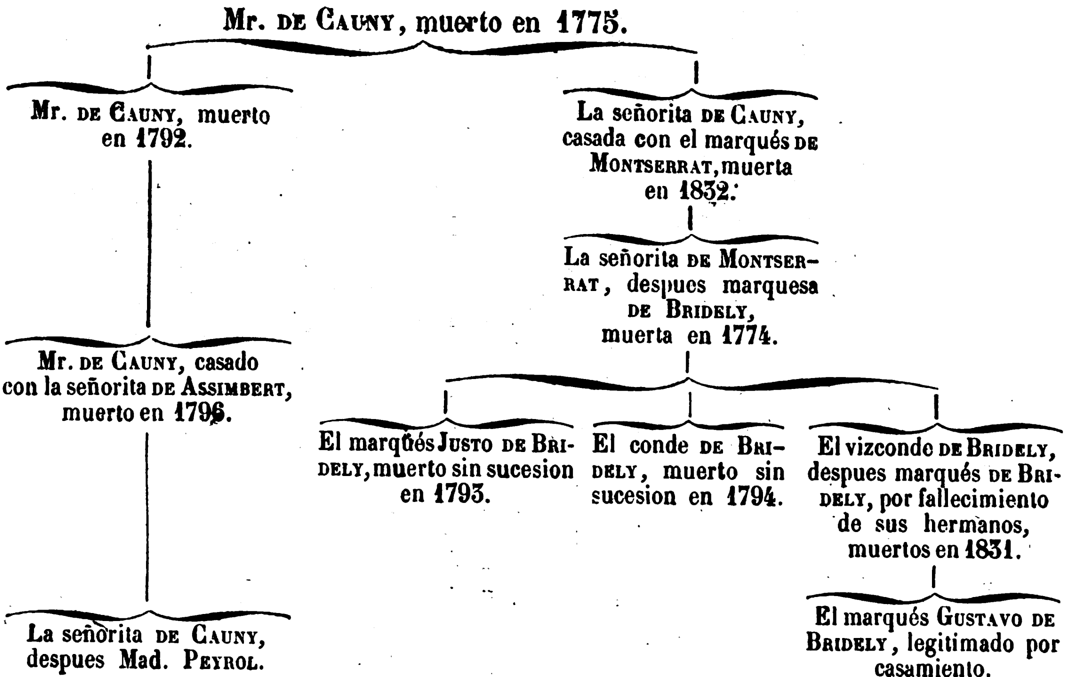
—Desempeñará su comision?

—Eso corresponde á lo venidero, y no te lo puedo decir.

—Es verdad; pero con qué intenciones ha partido?

—Mira, contestó Satanás echando sobre la mesa un pergamino; éste te lo esplicará todo mejor que yo pudiera hacerlo, y nos ahorrará una larga narracion que acaso no tienes tiempo para escuchar.

—Luizzi desarrolló el pergamino. Era un árbol genealógico tal como sigue:


Mr. de Cauny, muerto en 1775.
Mr. de Cauny, muerto en 1792.
La señorita de Cauny, casada con el marqués de Montserrat, muerta en 1832.
Mr. de Cauny, casado con la señorita de Assimbert, muerto en 1796.
La señorita de Montserrat, despues marquesa de Bridely, muerta en 1774.
La señorita de Cauny, despues Mad. Peyrol.
El marqués Justo de Bridely, muerto sin sucesion en 1793.
El conde de Bridely, muerto sin sucesion en 1794.
El vizconde de Bridely, despues marqués de Bridely, por fallecimiento de sus hermanos, muertos en 1831.
El marqués Gustavo de Bridely, legitimado por casamiento.

—Qué quiere decir esto? esclamó Luizzi.

—Mira y lee bien, contestó el Diablo; eres de familia demasiado buena para que no entiendas un árbol genealógico; has recibido una educacion demasiado buena para que no conozcas las leyes que rigen sobre mayorazgos; debes pues, saber, que Mr. Gustavo de Bridely y Mad. Peyrol descienden de una misma rama, y que Mr. Gustavo de Bridely ha heredado en representacion de su padre y su abuela, la herencia de su visabuela que de otro modo hubiera correspondido á la última heredera de los Caunys, si la familia de los Bridelys se hubiera estinguido.

—Y sabe esa circunstancia Gustavo, ese heredero supuesto, legitimado por un crímen?

—Y tanto lo sabe, contestó el Diablo, que esa ha sido la materia del pleito que ha ganado en Rennes gracias á la actividad de tu notario Barnet.

—Desventurada Eugenia! á qué hombre te he entregado! esclamó Luizzi dirigiendo una mirada de espánto y de súplica á la vez á Satanás.

Pero no vió ya al esclavo tímido y grotesco que hacia un instante se hallaba á su presencia: vió al malayo que se habia despojado de la librea ridícula y vergonzosa que se le habia vestido; estaba de pié delante de él, enteramente desnudo, con su hedionda sonrísa y su salvage mirada de canibal que contempla la víctima que vá á devorar.

Al verle, Luizzi esperimentó un terror indecible, su cabeza se trastornó, sintió su rodilla próxima á doblarse ante el rey del mal, exhaló un grito horrible, é iba á implorar su compasion, cuando se abrió una puerta.





XXII.

Continuacion del capítulo precedente.



HABIASE abierto la puerta y entrado Mad. de Cerny.

Satanás permanecia en la habitacion como habia hecho ya otra vez, á pesar de no ser aquella su costumbre ordinaria en su trato con Luizzi. Este, próximo á doblar la rodilla ante su esclavo, se habia levantado y se lanzó hácia Leonía como un niño asustado hácia su madre. Si el terror que acababa de esperimentar no le hubiese, por decirlo asi, estrangulado, sin duda hubiera pedido socorro á Leonía con gritos de espanto; pero no podia articular una palabra, y sus miradas permanecian fijas en el ángulo de la habitacion donde el Diablo se hallaba inmóvil en su feroz actitud.

—Armando! Armando! esclamó Leonía; os he oido hablar, os he sen-

tido agitaros, pareciais no estar solo, y sin embargo no hay nadie aqui; nadie, añadió echando á su alrededor una mirada llena de inquietud.

Luizzi se habia repuesto algun tanto de su violenta emocion, y respondió:

=Nadie, en efecto, nadie mas que el remordimiento que me devora, nadie mas que el espíritu infernal que me posee.

Al oir esta respuesta, hecha con aire de profunda desesperacion y con voz entrecortada, Leonía miró tristemente al baron, luego puso su mano blanca y fresca sobre aquella frente pálida y ardorosa, y repuso con dulzura:

—Armando, si el pasado os dá tanto miedo, apartad de él vuestras miradas, y dirigidlas al porvenir.

El Diablo se echó á reir, y Luizzi se estremeció.

—Ay! añadió Leonía al notar este movimiento del baron, temo mucho que os espante el porvenir tanto como el pasado, y quizá al dirigir la vista á él habeis sentido esa fatal desesperacion.

Luizzi iba á responder para tranquilizar á la condesa, cuando oyó á un hombre que gritaba violentamente á la parte de fuera.

—Aqui están, he conocido la voz de la condesa.

En seguida se abrió á su vez la puerta que conducia al interior de la posada, y apareció Mr. de Cerny acompañado de un comisario de policía y dos gendarmes.

—Ved aqui á la culpable, y aqui su cómplice, dijo el conde designando primero á su mujer y despues á Armando.

Los gendarmes se adelantaron hácia Mad. de Cerny que les dijo aun con mas dignidad que espanto:

—No me toqueis..... Yo os seguiré.

—Apoderaos de ese hombre, dije el conde señalando al baron.

Armando, trastornado por aquella rápida sucesion de emociones y de sucesos, echó en torno de sí una mirada insensata, como buscando un arma para defenderse y para defender á Leonía; pero solo encontró la mirada salvage de Satanás que dirigia lentamente su dedo hácia la puerta de la alcoba.

No fué cobardía ni cálculo lo que hizo al baron precipitarse hácia aquella salida; no hubo en él la baja resolucion de abandonar á Leonía; no calculó que podria defenderla mejor estando libre que estando preso; lo que le hizo lanzarse fuera de la habitacion, fué un movimiento maquinal é involuntario, fué uno de esos empujes hácia la salvacion que arrastran invenciblemente al hombre que se halla en peligro; fué, en fin, un acto de su cuerpo.

Una vez en la alcoba de Leonía, otra puertecilla abierta se presentó á sus ojos, la atravesó, encontró una escalerita, bajó con rapidez, se encontró en el patio, salió á la calle, y como impulsado por una fuerza su-

perior, atravesó corriendo toda la ciudad y se encontró en la carretera.

La noche era oscura y las calles estaban desiertas.

A esta circunstancia debió su fuga, pues aunque á los veinte pasos de la posada ya estaba fuera del alcance de los gendarmes, si cualquier habitante de la ciudad hubiera visto á aquel hombre huyendo, sin sombrero y despavorido, le hubieran tomado por un loco ó por un ladron.

Al fin el cansancio le obligó á detenerse, y se sentó á la orilla del camino en uno de esos montones de piedra que dicen al viajero que la direccion piensa siempre en raparar las carreteras, al paso que los baches le dicen que nunca las repara.

Luizzi permaneció en aquel singular asiento algun tiempo sin poder calmar los precipitados latidos de su corazon escitado por aquella larga carrera. En nada pensaba aun: estaba demasiado agitado para concebir ninguna idea. Sus pulmones estaban aun mas oprimidos que su espíritu. Unicamente cuando el aire se introdujo mas libremente en el pecho de Luizzi, entraron en tropel las ideas en su cabeza. Viéndose solo, de noche, y en aquel camino, se acordó de Leonía á quien acababa de dejar indefensa en poder de su marido, espuesta al resentimiento de éste, y á la vez se avergonzó y se horrorizó de sí mismo.

En su primer movimiento de noble resolucion, se levantó para volver á Orleans; pero al dar el primer paso oyó en la oscuridad una voz que le dijo:

—Nécio.

Volvióse al punto y vió á Satanás que habia dejado la figura de Akabila parr revestirse de otra menos estraña. Se hallaba en trage de camino, si es que puede haber alguno que merezca este nombre en el modo de vestir regularmente mezquino que usamos en todas circustancias. Llevaba una casaca abrochada hasta arriba, botas cuya caña subia basta el muslo, una especie de poncho al hombro, y una gorrilla calada hasta las orejas suplia á ese informe rollo de fieltro negro que se llama sombrero.

Luizzi estaba demasiado descontento de sí mismo para que no se quejára de su indigna conducta al primero que se presentara. Asi, pues, en cuanto conoció á Satanas en el fuego de sus pupilas, que repartian en su derredor una luz verde y lívida, esclamó:

—Quién te ha llamado, esclavo?

—Tú.

—Mientes.

El Diablo dijo con frialdad volviendo la espalda á Luizzi:

—Estais loco, señor baron.

—Sí, sí, dijo Luizzi; es cierto, te he llamado, pero no aqui, y no te mandé que me siguieras.

—Pero me mandásteis que os dejara?

Al oir esto, Luizzi se sintió henchido de una de esas rabias inmoderadas que necesitan estallar por actos violentos. Ciertamente hubiera dado en aquel instante cualquiera cosa porque el ser impasible que se hallaba delante de él hubiese sido un hombre con quien pudiera luchar para despedazarle ó ser despedazado; pero conocia su impotencia para con su terrible esclavo, y el sentimiento de aquella impotencia redobló su furor tanto, que no sabiendo con quien pegar, se volvió contra sí mismo, y esclamó hiriéndose el pecho:

—Ah! soy un miserable!

—Un nécio, replicó el Diablo.

—Soy un cobarde.

—Un nécio.

—Oh! soy un loco, verdaderamente un loco!

—Un nécio, verdaderamente un nécio! dijo el Diablo.

—Satanás! Satanás! dijo Luizzi, cuidado! Ya te he dicho que te encadenaré tan bien á mi lado que deplorarás el tiempo que emplees únicamente en mi perdicion, porque entre tanto te se escaparán mil víctimas.

—Enhorabuena, dijo el Diablo. A dónde vamos?

—A Orleans.

—Pues vamos.

Y echaron á andar.

—A casa de quién vamos á parar? preguntó Satanás, que hiriendo con la uña su primer diente incisivo hizo salir una chispa fulgurante con la cual encendió una gran pipa de forma en estremo singular: el hornillo tenia una cabida inmensa, y estaba adornada de uno de esos largos tubos que se arrollan alrededor de sí. Luizzi no pudo menos de mirarla, y el Diablo, como lo hubiera notado, le dijo:

—Miras mi pipa? Merece mirarse. Ya que la arquitectura gótica ha pasado de moda, he querido utilizar los pequeños detalles de la figura que ella me habia hecho imaginar, asi es que he hecho una pipa con mis cuernos y mi cola.

Hay ideas locas que escitan el alma; y la escitan, digámoslo asi, por medio de unas cosquillas morales tan bruscas y tan imprevistas, que la arrancan una risa tan convulsiva como la que se obtiene del cuerpo por el mismo medio, en los dolores mas agudos. Luizzi no pudo menos de echarse á reir, y el Diablo añadió siguiendo fumando apaciblemente en su cola.

Y á qué vamos á Orleans?

—A buscar á Leonía.

Entonces lo mejor será tomar este caminito de travesía que nos conducirá en derechura á la casa en que estan encerradas las locas y las mujeres de mal vivir.

—Leonía en un encierro con mujeres de mal vivir! esclamó el baron.

Si su marido ha hecho que se apoderen de ella, probablemente habrá sido para ponerla presa; si se la ha puesto presa no se ha debido ponerla entre ladrones y asesinos.

—Oh! Leonía! Leonía! qué es lo que debo hacer? esclamó el baron que se detuvo abrumado de desesperacion y sin saber que partido tomar.

El Diablo se habia sentado á su vez sobre un monton de piedra; cruzó las piernas, y mientras fumaba por un lado de la boca, se puso á silvotear por el otro:

«Niño amado de las damas,
en todas partes me ha ido
bien, muy bien con las mujeres,
mal, muy mal con los maridos.»

—¡Satanás! Satanás, cállate! esclamó Luizzi montado en furor al ver aquella impertinencia del Diablo que parecia burlarse de su buena suerte para con la mujeres.

—Este es de una ópera cómica algo vieja, repuso Satanás; pero si no te gusta, aqui tienes cosa enteramente nueva:

«Es una quimera el oro,
sepamos servirnos de ella.»

Luizzi estaba muy acostumbrado á tratar al Diablo; por consecuencia no es estraño que tuviese una inteligencia particular de sus palabras por mas estrañas que pareciesen en aquellas circunstancias. Asi es que no bien oyó el refran que acabamos de citar, se palpó los bolsillos. No conservaba siquiera una moneda de cien sueldos. Este enojoso accidente en aquella cruel situacion, irritó su cólera, que tocó en rabia cuando oyó á Satanás que parecia ser fuerte en materia de ópera cómica, responder con imperturbable sangre fria:

Ya todo lo he perdido, nada temo.
Acaso un bien es para mí la vida?

Luizzi se puso frenético; si en aquel instante hubiera tenido una pistola seguramente se hubiera levantado la tapa de los sesos; pero estaba inerme. Paróse á contemplar con mirada fija aquel monton de piedras angulosas como buscando una apropósito para romperse el cráneo, pero al mismo tiempo se sintió asido por una mano que le detuvo con suavidad y una voz infantil dijo en seguida:

—Por fin, os encuentro.

Volvióse y á pesar de la oscuridad de la noche conoció á la niña mendiga.

—Eres tu, hija mia? esclamó con viveza. Quién te envia?

—La señora.

—Y cómo la has visto?

—Yo estaba al pie de la escalera cuando ella bajaba; porque aquella ocurrencia habia hecho levantar á todo el mundo. La señora bajaba acompañada de un señor que llevaba banda. Cuando me vió dijo al señor. «Esta es una pobre mendiga á quien he traido conmigo deseosa de protegerla; permitidme hacerla un regalo que la ponga, al menos por algunos dias al abrigo de la miseria.» Al mismo tiempo que el señor de la banda le hacia seña de que la permitia favorecerme, volvieron los gendarmes diciendo que no sabian por donde os habíais ido. «Yo ya lo sé dije yo en voz baja á la señora.—«Bendito sea Dios! me respondió. Pues bien, procura dar con él en el campo y entrégale esto diciéndole que me han detenido, que no vuelva á Orleans y que vaya á Tolosa segun habiamos convenido pues yo buscaré medio de escribirle allá.»

Y al decir esto, la niña entregó á Luizzi un bolsillo que contenia el poco oro que le quedaba de lo que le diera Enrique.

—Pero y ella? preguntó el baron á la niña.

—Ella? repuso esta. La señora añadió: «Dile que mañana habré escrito ya á mi padre y nada deberé temer; dile que tú y el anciano ciego esperareis aqui á su hermana Mad. Donezau y que la hareis salir en secreto para Tolosa» Entonces el señor de la banda se acercó á decirla que se despachase y me dejó. Luego eché á andar, y tomé el camino seguido, suponiendo por el estado en que os hallábais, cuando pasásteis por delante de mí, que no os habríais vuelto atrás.

—Y al fin me habeis encontrado.

—Y á juzgar por la última mirada que me dirijió, la señora espera respuesta. Qué la diré?

—Que voy á seguir sus consejos y que no tardaré en estar de vuelta y haciendo lo posible por salvarla. Lo has oido?

—Sí, sí; la repetiré todo lo que me habeis dicho.

—Dila tambien, añadió Luizzi, que solo el delirio de un instante de locura me ha movido á....

El Diablo se echó á reir, y Luizzi, echando de ver que se rebajaba no poco mandando protestas y esplicaciones de aquella naturaleza á la mujer que acababa de mostrarse tan sencilla y noblemente animosa para con él, se detuvo y repuso:

—Dila que yo la salvaré, aunque me costase la vida.

—Bien, asi se lo diré.

—Pero me ocurre una cosa: cómo has de penetrar en su prision?

—En cuanto á eso no hay cuidado, contestó la mendiga alejándose.

—Conoces algun medio?...

—No, pero entraré, estoy bien segura.

—Es imposible; tú no sabes sin duda la vigilancia que hay en esas casas.

—No hay cuidado, dijo la niña, que se hallaba ya á algunos pasos de Luizzi; ya he pensado en ello viniendo en busca de vos.... y he encontrado un medio.

—Y cuál es?

—Robaré.

La niña desapareció y el Diablo soltó una inmensa bocanada de humo, y dijo mientras Luizzi permanecia estupefacto con aquella sencilla respuesta:

—Entonces se reunirán doce hombres; primeramente un tocinero, cuyas ideas de moral se limitan á saber que los pasageros no deben desenganchar sin pagar los embutidos colgados á su puerta; luego un chalan, que sabe por esperiencia que á los animales viciosos se los corrije á latigazos, y añade á estos un frenólogo que hallará una prueba concluyente de la predestinacion al robo en la accion de esa niña; pon á su lado un confitero, que al volver á su casa dirá lleno de gozo á su hija, que tiene cuatro años y se otraca de confituras: si no eres buena, te meto en la cárcel como á la mendiguilla. Agrega un abogado que necesita ver si acierta á punto fijo la aplicacion que hará de la ley el tribunal; junta á todos estos uno ó dos imbéciles, que piensan deben en conciencia responder *si* ó *no* respecto á la realidad del hecho, sin ocuparse del resultado de su respuesta; completa el número con cuatro ó cinco propietarios ó comerciantes, que necesitan concluir cuanto antes los negocios del tribunal para atender á los suyos; dí á estos hombres, que se llaman jurados, y que tienen á su cargo la salud de la sociedad, figúrate que con una palabra les has dado las sanas ideas de lo justo y de lo injusto; se condenará á prision á esa niña, es decir, se la condenará al vicio por la accion mas noble que ha inspirado la gratitud.

—Pero esa niña hallará un abogado que la defienda.

—Cuando no hay dinero no hay abogado.

—La ley se le concede á todos los acusados.

—Sí, un abogado de oficio, un abogado novel y el mas inesperto de todos, porque si se tratara de un reo que hubiera envenenado á tres ó cuatro personas, de una madre que hubiese matado á sus hijos, de un hijo que hubiera ahogado á su padre, si se tratara, en fin, de un gran criminal, se agolparian todos á la entrada del calabozo para obtener del carcelero la defensa de tan bella causa! Pero quién quieres tú que se ocupase de una niña que ha robado un pan ó un par de zapatos? Qué gloria puede reportar semejante defensa en lugar de los honorarios? Qué hermosas damas atraerá una cosa tan fútil al tribunal el dia de la vista? Nadie hará caso de semejante cosa, mi amo, ni aun tú, que es quien va á aprovechar ese crimen.

—Implacable burlon! esclamó Luizzi. Te crees muy grande porque atacas algunos vicios de la organizacion social. Esa es tarea que han desempeñado mejor qué tú veinte declamadorcillos de la escuela moderna liberal.

—Y es tarea que han inutilizado con una sola palabra veinte malos declamadores de la escuela contraria.

—Muy débiles son los principios de que te constituyes defensor cuando caen con una palabra.

—Oh! es que esa palabra es omnipotente entre todos los pueblos de talento.

—Y cuál es esa palabra?

—La palabra VIEJO. Gritad al hombre mas avanzado del siglo: Eh! hace veinte años que me estais diciendo una misma cosa; eso está ya muy gastado, eso fastidia, sois muy machaca; y un fátuo impondrá silencio con este argumento á aquel á quien los mas diestros no hayan podido hacer callar. Este es *ultima ratio* de los tontos. Vuestras artes, vuestra política, vuestra filosofia estan sometidas á él. El máximun de cada escuela es veinte ó treinta años; luego viene una nueva, ó mas bien una vieja rejuvenecida que sufrirá á su vez la misma proscripcion. Por lo que hace á mí, espectador eterno de esta exaltacion y de estos desprecios periódicos de las mismas ideas, estoy, como te puedes figurar, singularmente fastidiado.

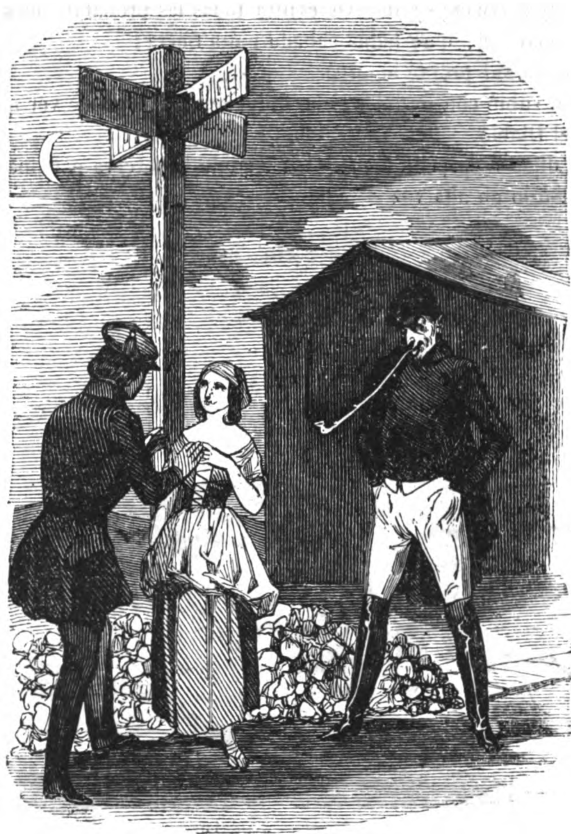
—Ese es el esfuerzo de una sociedad que quiere desembarazarse de sus antiguos hábitos, y busca una salida para lanzarse, libre y alada, á un vasto espacio.

—Te equivocas: es el esfuerzo estremo de un cacochimo que quiere recobrar la vida. Pueblo viejo y gastado! ya no tienes siquiera uno de esos instintos primitivos que conducen á los grandes descubrimientos y revelan al génio los nuevos mundos de la inteligencia; pero, peseido sin cesar de un deseo de cambio que prueba el malestar á que habeis conducido la sociedad, reedificas tu decrépita vida con los restos de todo lo que ha derribado; restableces con Cristo la religion abolida por el Ser Supremo, con Malebranche la filosofia espiritualista muerta por Voltaire, la aristocracia con la nobleza abolida por el 93, la pintura con el estilo *rococo* vergonzosamente espulsado por el romano David; en fin, vosotros, reyes de la moda, tomais vuestra arquitectura, vuestros muebles, vuestras modas, de la arquitectura, de los muebles y las modas que le abolieron hace veinte eños. Si dejais brotar alguna idea nueva, es para coger la flor y decirle en seguida: «Eres vieja y gastada» cuando apenas está madura. Y os creeis vigorosos en medio de esa senectud mal emplastecida y mal amasada! Pueblo derrengado, verdadero viejo caduco, tú necesitas niños y virginidades abortadas ó cortesanas, y besos mezclados de albayalde y bermellon. Puf!

Y el Diablo despidió en torno de sí con esta última esclamacion una

nube de humo bermejo y resplandeciente tan prodigiosa, que Luizzi retrocedió espantado.

Los periódicos del departamento de Loiret decian á la mañana siguiente, que habiendo aparecido en el horizonte una claridad inmensa, se habian te-



mido al principio el incendio de alguna granja, pero que los astrónomos del pais habian conocido muy pronto que aquella luz provenia de una aurora boreal, cuya descripcion acababan de mandar á la Academia de Ciencias

para que esta lo hiciese constar á continuacion de todas las auroras boreales observadas hasta entonces.

Felizmente las diatribas del Diablo habian distraido á Luizzi y héchole olvidar el peligro á que la jóven mendiga iba á esponerse. El baron busba un medio de cumplir la promesa que habia hecho á Leonía por medio de ella, cuando oyó á lo lejos los cascabeles del tiro de una diligencia que venia de Orleans. Dejó acercarse al carruaje, y se puso á gritar para informarse si habia en él algun asiento desocupado, asi que estuvo al alcance de su voz. El carruage se detuvo contra todas las probabilidades, y dijo á Armando el mayoral, que habia echado pié á tierra:

—Vamos, subid pronto al cupé.

El baron subió con rapidez á la diligencia, y echó de ver que le habia precedido el Diablo.

Iba sin duda á despedir á Satanás, cuando la tercera persona que estaba en el cupé, dijo en alta voz:





XXIII.

Un poeta artístico, pintoresco y moderno,



QUEREIS un pañuelo para cubriros la cabeza, señor de Luizzi? lo digo porque se os ha olvidado el sombrero en Orleans.

El baron se admiró no poco al oirse llamar por su nombre. Hizo por ver al que le hablaba, y percibió á la claridad del crepúsculo, que empezaba á invadir la oscuridad, un jóven de veinte y ocho á treinta años, demacrado y flaco, con barba rematada en punta, cabello largo y mal peinado, bello rostro de contornos nobles, aunque descarnados. Viendo aquel jóven la atencion con que le examinaba Luizzi, continuó con un tono un si es no es declamatorio:

—No me conoceis, señor de Luizzi? Pues no hace tanto tiempo que nos vimos. Ese tiempo quizá solo figura en vuestra vida por algunos años, en tanto que casi ha llevado la mia á la vejez. El pensamiento, mas aun que

las pasiones y el infortunio, el pensamiento devora con rapidez al hombre. Es el cristal ardiente donde convergen todos los rayos sensitivos del ser humano para producir en él por la reflecsion ese fuego devorador que se llama genio. Por eso yo siempre he escrito en mis libros la palabra reflexion, *reflecsion* con una *c* y una *s* para que el mundo conozca que el procedimiento moral del fuego creador es del todo análogo al procedimiento material del fuego destructor.

—Bien, muy bien! dijo el Diablo en voz baja, dirigiendo una mirada protectora al jóven, y haciendo con la cabeza un movimiento de aprobacion.

—Ya! dijo Luizzi, con que sois escritor!

—Soy poeta.

—Haceis versos?

—Soy poeta.

—Y me conoceis?

—Si, os conozco, declamó el jóven; y me parece que un estraño destino nos impele el uno hácia el otro en circunstancias en que vos solo podeis comprenderme, en que yo solo puedo comprenderos á vos.

—Muy bien! muy bien! repitió el Diablo en tanto que Luizzi se preguntaba quien podia ser aquel hombre que le conocia.

—Perdonad, le dijo Armando, si no recuerdo con ecsactitud en que circunstancias y donde nos hemos visto, y tened la bondad de recordármelo.

—Todo lo que puedo deciros, contestó el desconocido midiendo las palabras de una manera particular, es que yo me hallaba en peligro cuando me visteis y que en peligro os he hallado á vos. Me dije á mi mismo: «este hombre ha acudido á tu ayuda y tu acudirás un dia á la suya»; y he cumplido mi palabra. Al pasar por Orleans he oido el sordo murmullo de una conversacion en que se decia que una mujer habia sido robada por un hombre; que aquella mujer habia sido cojida y que aquel hombre habia huido. Un presentimiento, uno de esos presentimientos que hacen creer en las previsiones del alma, me movió á preguntar como se llamaba aquel hombre y se me manifestó vuestro nombre. Entonces me dije: Ya ha llegado el tiempo y es probable que se presente muy pronto la ocasion, porque las cosas humanas no establecen vanas premisas, todas tienen sus consecuencias inevitables, y yo no podia haber oido pronunciar asi vuestro nombre sin que creyera que debia encontraros muy pronto; el genio que vela por vuestro destino me noticiaba algun suceso. He mirado á mi alrededor desde lo alto de este carruage, y cuando he visto á un hombre á la orilla del camino con la cabeza descubierta á pesar del fresco de la noche, he dicho desde luego: Héle allí! y he dicho en seguida al mayoral: suspende tu curso; he aquí un hombre con quien tengo contraida una deuda: y el mayoral se ha detenido,

como habeis pedido ver; ahora estamos ya pagados, baron de Luizzi.

Armando habia escuchado esta tirada con la boca abierta y los ojos ávidos, en tanto que el Diablo acompañaba todas las palabras con un ligero movimiento de cabeza que terminó por un pasmo de admiracion, dejando escapar un murmullo de:

—Oh! bien! bien! bien! bien! muy bien!

En cuanto á Luizzi, necesitó bastante tiempo para desentrañar un poco el sentido encerrado en este flujo de palabras. Necesitó un trabajo semejante, por ejemplo, al de Musard buscando un motivo melódico en el complicado tumulto de una ópera de Meyerbeer. Por fin, consiguió adivinar poco mas ó menos lo que queria decir el poeta; pero Luizzi, del mismo modo que el químico á quien las dificultades de un descubrimiento realizado hacen desear mas y mas el descubrimiento que espera, Luizzi, repetimos, gracias al trabajo que le habia costado comprender al poeta deseaba tanto mas saber el servicio que le habia hecho.

—Os agradezco infinito vuestra buena voluntad y vuestra intercesion en esta circunstancia, le dijo. Pero no podré saber á que lo debo, y á que ocurencia debo el debéroslo?

—Jé! jé! dijo el Diablo al oir esta frase alambicada; no va mal, no va mal!

Luizzi no tuvo tiempo para estrañar la aprobacion de Satanás, porque el poeta contestó siguiendo siempre en el tono de melopea cantante y nasal:

—Ya lo sabreis, ya lo sabreis; la hora y el sitio en que deben saberlo se acercan simultaneamente; hay un sitio donde os revelaré el secreto de nuestra primera entrevista; ese sitio servirá de comentario á mis palabras. Su presencia les prestará la luz que les conviene y entonces me conocereis por entero.

Esto era ya mas claro, y Luizzi procuró recordar quien podia ser aquel hombre que la casualidad ó el Diablo habia puesto en su camino para sacarle de embarazos. En efecto, era muy posible que á no ser por él, el mayoral no hubiera consentido en recojer en el camino un individuo sin pasaporte y lo que es aun mas, sin sombrero, porque la falta del sombrero es una prueba incontestable de fuga por un mal negocio. Puede estar un hombre sin camisa, sin medias, sin zapatos, y no despertar sospecha alguna; pero no hay agente de la autoridad que no se crea con derecho para detener á un hombre sin sombrero. El sombrero es la primer garantia de la libertad individual. Recomendamos este aforismo á los sombrereros.

La memoria del baron se mostraba rebelde. El poeta echó de ver la preocupacion de Luizzi y le dijo:

—No busqueis, porque podeis hallar y si hallais no tendre nada que deciros.

—Bien! perfectamente! bien! murmuró el Diablo.

—Nada, nada tendria que deciros, continuó el poeta, porque entonces no me comprenderiais.

—Al contrario, dijo Luizzi, me parece que un recuerdo no se opone á semejante confidencia.

—Os equivocais, porque os representariais al hombre á quien habriais visto ó mas bien al hombre á quien habriais creido conocer y le juzgariais entonces con arreglo á vuestra alma y no con arreglo á la suya. Y cuando á aquel hombre os dijera: «ved quien soy», vuestro pensamiento flotante entre el sueño de vuestras opiniones y la realidad de su vida permaneceria un instante suspenso entre ambas cosas para caer en seguida en la duda, ese gran abismo en cuyo fondo se ajita el siglo.

Satanás parecia loco de contento; pero esto no estaba al alcance de la comprension de Luizzi. Este hizo lo que algunas veces hace el público, que habiendo procurado con ahinco comprender las primeras escenas de un drama, luego deja el drama caminar á su antojo; esperando un instante favorable para adivinar, si es posible, el sentido de lo que se le representa.

Habia ya amanecido completamente, y el sol se mostraba al borde del horizonte que estaba cargado de vapores. El poeta sacó en aquel instante su reloj, le consultó y esclamó con aire de triunfo:

—Bien seguro estaba yo.

—De qué? le preguntó Luizzi.

—De la vanidad de esa cosa que llamais ciencia.

—Y á qué debeis esa opinion?

—A una cosa bien sencilla en verdad; pero un instinto secreto, una revelacion del pensamiento, me habia dicho que esos hombres que han pretendido reemplazar la idea por la esperiencia, el pensamiento por el cálculo, arrullan la ignorancia popular con cuentos absurdos y falsos sobre los cuales han basado una reputacion que ya es tiempo de derrocar para que ocupen el primer puesto los hombres de imaginacion.

—Y en qué os parece que acusa á la ciencia de absurda y falsa el instante en que sale el sol? repuso Luizzi sorprendido de aquellas palabras.

—En qué? En el hecho mas pueril, el mas vulgar de todos; hecho, acerca del cual no debia dejar duda alguna la esperiencia de todos los siglos.

—Pero cuál es?

—Se trata de la hora justa en que sale el sol. Mirad, dijo mostrando la hora de su reloj y la que indicaba un calendario, difieren entre sí cerca de diez minutos.

Todo el reconocimiento de Luizzi por los buenos oficios de aquel hombre no bastó para que no se riera al oir aquella respuesta, en tanto que el Diablo se inclinaba profundamente ante el poeta.

—Os reis, caballero, dijo el desconocido, os reis, y dominado por la fé

estéril del siglo en la ciencia material os negais á reconocer sus errores en uno de sus detalles mas ínfimos.

—Perdonad, contestó Armando sin dejar de reir; pero, error por error, estoy mas bien por el de nuestros astrónomos que por el de vuestro reloj.

—Mi reloj es un cronómetro escelente, dijo el poeta; y no varía un segundo en un año.

—Esa misma pretension es un gran homenage á la ciencia, repuso Luizzi cortesmente.

—Es que yo encuentro una gran diferencia entre la ciencia que se apoya en números y la que descansa en hechos físicos.

—Pero el salir el sol es un hecho físico, dijo Luizzi con la timidez de un hombre que tiene demasiada razon y no puede decidirse á mostrar á otro hombre toda la estension de su necedad.

—No lo dudo, contestó el poeta, pero es un hecho físico muy mal observado; porque al fin este cronómetro es exacto. Como puede esplicarme la ciencia semejante diferencia?

—Suponed, dijo Luizzi, que vuestro cronómetro arreglado sin duda en París marcaba exactamente la hora que debia ser á algunas leguas de Orleans, lo que no es precisamente cierto; pero se puede dar otra esplicacion mucho mas sencilla á esa diferencia, y es que todavia no ha salido el sol.

—Eh! dijo el poeta, como aquel que ha recibido un insulto, esa es una chanza de mal género, caballero. Yo estoy viendo el sol, al menos me lo parece.

—Es cierto que le veis; mas sin embargo, está mas bajo que el horizonte.

El poeta se sonrió con aire burlesco, y repuso:

—Y sin duda esplicará eso la ciencia?

—Lo esplica perfectamente. Es efecto de la refraccion.

—Reflexion, quereis decir.

—No, refraccion, caballero.

—Mirad, dijo el poeta tomando su lente para mirar el sol, y continuó: veo ó no veo, aqui está todo. Lo que me admira sin embargo, es que la ciencia, esa engañifa de todos los siglos, no se haya atrevido á negar los milagros mas sencillos de la edad media, cuando pretende probar que yo no veo lo que veo. Pero no hablemos mas de esto, caballero, yo tengo formada en este particular una opinion fija, una conviccion íntima, es para mí asunto de conciencia, no se me puede convertir.

—Pero, quién es ese señor? dijo Luizzi al oido y en voz baja al Diablo.

—Es una notabilidad literaria y artísticas, un hombre de arte y de imaginacion.

—Oh!.... pero no he visto ignorancia mas crasa.

—No digo que no, dijo Satanás; vos debeis saber que en estilo moderno siendo el génio una águila, está probado que la ciencia es una tortuga.

La conversacion quedó suspensa un instante. Luizzi no se sentia con deseos de volver á ella; pero el poeta que estaba absorto en la contemplacion del sol, esclamó:

—Ved aqui una cosa bien estraña en verdad.

—Y cuál es?

—Es que nadie, nadie todavia ha comprendido poeticamente el salir el sol, no solamente con su dulce sonrisa y su cabellera de nubes, sino tambien con el pensamiento inmenso que envia al alma sobre sus rayos de oro, en lo cual se desliza rápido como un vagon por los carriles de un camino de hierro.

—Teneis razon, caballero, dijo el Diablo, y eso sin duda es lo que ha hecho decir á Shakespeare estos dos versos sublimes:

«Aquel que siempre la virtud ha amado
Vé despuntar el alba entusiasmado.»

Luizzi, que recordaba la escelente composicion sacada de la ópera *Montano y Estefania*, se volvió por no reirse en las narices del poeta, en tanto que éste tomaba un aire de admiracion exaltada para decir á Satanás que tenia todas las trazas de un buen hombre:

—Eso es verdad, caballero. Ah! Shakespeare tiene ideas enteramente suyas, pensamientos de hierro candente que se diria hallarse empapados en las lágrimas de una niña. Estais haciendo alguna traduccion suya?

—No, pero adoro á Shakespeare.

—Y haceis bien, porque es el único poeta, y las pocas palabras suyas que acabais de citar tienen ese sabor dulce y amargo del canto inglés que se conoce en todo y por todos. Consiste tambien en que le toca una época en que era posible la poesía; en un siglo de hierro y de seda, de acero y de terciopelo, de grandes combates y de ligeras escaramuzas; si fue grande y profundo consistia en que tenia espacio para echar al mundo los jigantes que concebia su pensamiento.

—Pero me parece, dijo Satanás, que el mundo es tan ancho ahora como en otro tiempo y que no falta sitio para los jigantes

—Y dónde quereis que arraigue la poesia en este siglo de cosillas egoistas? Qué obra algo séria es posible en presencia de un pueblo que ha concentrado su vida en los intereses materiales de su existencia?

—Yo creo, dijo el Diablo, que los intereses materiales han desempeñado siempre un papel importante en la existencia humana.

—Es posible, repuso el poeta; pero los hombres de los siglos pasados abrigaban pasiones grandes como ellos. En el dia todo está á la altura de los

hombrecillos contemporáneos. La sociedad es un vasto *vaudeville* cuyo corazon se halla en el Gynasio.

—Dirigios entonces á los siglos pasados y escribid tragedias.

—Tragedias romanas? repuso el poeta con tono despreciativo!

—Tragedias francesas.

—La tragedia es imposible sin religion y sin fatalidad.

—Pues qué, no teneis religion y fatalidad?

—Religion y fatalidad en que el pueblo no cree.

—Entonces, seguid el precepto de Horacio y representad los hechos de vuestra historia, *facta doméstica*.

—El señor Haracio, dijo el poeta, fué un buen hombre á quien respeto mucho; pero no le escucho. Me causa el efecto de un tio de comedia, que dá consejos y no dinero al calavera de su sobrino; es viejo é inútil, por lo cual paso de largo. Lo único dramático son las escenas encerradas en nuestras antiguas crónicas y en nuestras leyendas.

Luizzi creia que el *facta doméstica* de Horacio no queria decir otra cosa que lo que pretendia aquel señor; pero conocia á éste ya bastante para comprender que despreciaba á Horacio con el mismo título que á Shakespeare. Tambien echó de ver que el poeta tenia cierto número de palabras con las cuales lo salpicaba todo como si variasen de sentido variando la aplicacion. Asi, pues, para él el hecho mas palpitante contado por la historia, era vulgar y viejo; pero la última necedad, revestida con el nombre de crónica, le parecia prodigiosamente interesante. Luizzi prestaba atencion, y el poeta continuó:

—Si he de manifestaros el verdadero objeto de mi viaje, os diré que no es otro que el deescribir nuestra historia nacional en los sitios mismos donde los sucesos tuvieron lugar y buscarla en los recuerdos populares de cada comarca, donde verdaderamente está escrita con toda su belleza y su verdad.

—Hé ahi un preyecto admirable, le dijo el Diablo. Y sin duda habreis dado ya principio á vuestras observaciones?

—Sí, contestó el poeta con aire indiferente, he recogido ya algunos datos.

—El asiento que habeis tomado en lo alto de la diligencia es escelente para eso, dijo el Diablo.

La burla era demasiado grosera para que no admirase hasta al gran nombre mismo; pero cómo éste fijara la atencion en el que le hablaba, halló en él una candidez, una buena fé que le hicieron deponer su enojo.

—Desde aqui se vé a mucha distancia, continuó Satanás.

—Y desde punto alto, contestó el poeta con una necedad sublimemente intrépida.

—Os aseguro que me encanta vuestro modo de ver el arte, repuso el Diablo, y puesto que la casualidad me ha hecho encontrar un hombre pen-

sador é inteligente, tendré á mucha dicha ayudarle en su gloriosa empresa y contarle algunas historias singulares de mi pais, pues soy de aqui.

—Esas historias deben ser muy curiosas, dijo el poeta con desden.

—Yo no sé si la historia es curiosa por sí misma, pero al menos es interesante para ciertas personas.

El Diablo pronunció estas palabras dirigiéndose con la vista al baron, que dijo:

—Se trata de alguna historia contemporánea?

—No, precisamente; pero hay personas cuyo nombre se remonta á bastante antigüedad para que escuchen con interés rancias historias.

—Es una leyenda ó una crónica? preguntó el poeta tomando la actitud del oyente que escucha con indiferencia.

—Es una crónica, dijo Satanás, porque sus hechos pertenecen á la verdad material y visible; es tambien una leyenda porque figura en ella el Diablo.

—De veras? preguntó el poeta sonriéndose. Debe ser cosa divertida.

—Yo por mi parte dispenso de contárnosla al señor, dijo el baron que temia todas las revelaciones del Diablo cualquiera que fuese la época á que se refiriesen.

—Pero yo se lo ruego.

La cólera de Luizzi contra el Diablo estuvo á punto de estallar; pero esperando librarse del relato de Satanás, resolvió aprovechar el primer momento en que se viera solo con él para despedirle y se recostó en el fondo del cupé decidido á no escuchar.

Sin embargo, no tomaba la palabra el narrador.

—Y bien, caballero: Y vuestra historia? No os acordais?...

—Allá voy; pero esperaba para comenzarla á que demos la vuelta á aquel ángulo del camino á fin de mostraros el teatro de la aventura que voy á referiros y de la que creo se podria hacer una tragedia regularmente sombria manejada por un hombre de vuestro génio.

—Querreis decir un drama histórico, callero; pero donde está el teatro de esa história que llamais destinada al teatro? añadió el poeta armándose de su lente.

El Diablo tendió la mano hácia una colinita que se alzaba á corta distancia del camino.

—Veis, dijo, en la cima de aquella altura escarpada algunas piedras colocadas circularmente y que parecen haber sido la base de una gran torre?

—Las veo perfectamente, contestó el poeta.

—Pues bien, es lo único que queda del antiguo castillo de Roquemure.

—El castillo de Roquemure! esclamó Luizzi dando un salto en su asiento.

—Habeis oido hablar de él? preguntó Satanás con el tono de un honrado artesano que vá á contar una anécdota de sociedad.

—Sí, contestó Luizzi, y quisiera saber cuál es la historia que acerca de ese castillo teneis que contar.

—La de su destruccion.

El baron examinó atentamente á Satanás que embozándose en su capote no parecia echar de ver la mirada interrogante de Armando.





XXIV.

Primer acto.



El Diablo empezó del modo siguiente:

Un dia del mes de mayo de 1179, estaban sentadas dos mujeres en el gran salon del castillo de Roquemure, media hora antes de anochecer; una de ellas tendria cincuenta años poco mas ó menos, y era de estatura aventajada; su rostro flaco y descolorido, denotaba una alma enferma y una salud resentida; habia en sus ojos un ardor triste, y sus menores movimientos eran lentos y fatigosos. A través de la debilidad física y moral que la dominaba, se distinguian aun los restos de un vigor poco comun y de un carácter en estremo decidido. Al verle, se adivinaba que aquella mujer debia guardar en su corazon un gran dolor ó un gran remordimiento.

La segunda era Alix de Roquemure, casada hacia un año apenas con

Gerardo de Roquemure hijo de Hugo y de su primera mujer Blanca de Vireley.

A algunos pasos de aquellas mujeres estaba de pié un hombre delante de un pupitre sobre el cual habia un libro abierto, y leia de cuando en cuando algunas líneas que comentaba y esplicaba en seguida á una veintena de hombres y mujeres sentados alrededor de la sala sobre haces de paja, pues en aquella pieza no habia mas sillones que los ocupados por Alix y por Ermesinda, y si los presentes hubiesen querido sentarse en los bancos adheridos á la ensambladura de las paredes no hubieran podido oir la voz del venerable Audoin, que debilitada por los años no bastaba á llenar aquella basta sala.

Todos escuchaban con santo recojimiento la paráfrasis que el clérigo hacia de los versículos de la Biblia, pues esplicaba uno de los puntos mas interesantes: clasificaba los demonios y mostraba sus diversas atribuciones. Todo el mundo escuchaba á no ser Ermesinda y Alix cuyas miradas fijas sin cesar hácia el esterior decian suficientemente que el pensamiento de aquellas dos mujeres estaba fuera de aquella habitacion. Seguramente esperaban la llegada de alguien pues ambas volvian la cara al mas leve ruido procedente del patio que se estendia desde aquella ancha sala hasta la torre donde se hallaba la entrada principal del castillo de Roquemure.

Dos horas habian transcurrido ya desde que comenzaran los comentarios del clérigo, la atencion de los circunstantes y la facundia de las damas. La fecundidad del comentador se agotó antes que la atencion de sus oyentes, rasgo bastante característico de aquella época remota á la que da un color muy original. Muy pronto reinó un profundo silencio en la sala, porque ninguno de los subalternos que se hallaban reunidos eu torno de su señora se permitió comentar al comentador ni burlarse de él, lo cual es otro rasgo bastante característico y original.

Lo único que conservaba el invariable color humano era la impaciencia mal disimulada de aquellas dos mujeres; á cada instante enredaban una y otra la lana que hilaban. Unicamente Ermesinda procuraba con paciencia desenredar la suya y se detenia en una distraccion completa despues de un trabajo al cual no prestaba mucha atencion, en tanto que Alix rompia impaciente los hilos y los volvia á unir maquinalmente sin reparar en los nudos de que llenaba su labor. Todo el carácter de aquellas dos mujeres se mostraba en esta insignificante accion: una resignacion fatigada por una parte y una impaciencia colérica é imprevisora por la otra.

El sol daba encima de la torre de entrada, que estaba á poniente, y se hallaba próximo á retirarse de las almenas mas elevadas, cuando Ermesinda, que lo habia notado, dijo en voz baja á Alix:

—Ya va siendo tarde, hija mia, y vuestro marido no vuelve.

—Ni el mio ni el vuestro, contestó Alix.... Los esperábais tan pronto?

—No, dijo Ermesinda; dijeron que no volverian hasta dos horas despues de puesto el sol.

—Es verdad, asintió Alix; se me habia olvidado.

Aquellas mujeres no esperaban, pues, á sus maridos.

—Muy bien, dijo el poeta; eso no dejará de tener gracia en la esposicion del drama.

El Diablo continuó:

—No bien habian pronunciado estas palabras, se oyó un gran ruido á la puerta del castillo, y rechinaron las cadenas de los rastrillos y de los puentes levadizos.

—Muy bien, dijo el poeta; ahí habrá asunto para algunos buenos versos, puestos en boca de una de esas mujeres.

Oyense rechinar en los anillos
de fierro las cadenas, y los puentes
bajan, y se levantan los rastrillos.

Aquí hay un contraste muy pintoresco: *bajan*, *levantan*.... no debe estar mal. Continuad, dijo el poeta pasándose la lengua por los labios, como para saborear la miel poética que acababa de destilar.

El Diablo continuó:

—Ninguna de las dos mujeres dijeron eso; pero Ermesinda se levantó de pronto y esclamó: es él! Alix dirigió una mirada rápida y llena de curiosidad hácia la puerta, y dejó escapar de su pecho un hondo suspiro. Esto dice tambien suficientemente que Ermesinda tenia derecho á felicitarse en alta voz por la llegada del recienvenido, y que Alix no le tenia, á pesar de la ansiedad y la turbacion que esperimentaba.

Este sentimiento debia ser muy poderoso en ella, pues se levantó en seguida y dijo á Ermesinda:

—Me retiro, señora. No quiero importunar con mi presencia á una madre y un hijo que despues de cuatro años de ausencia se ven por primera vez. Disculpadme para con el señor Lionel de Roquemure, mi hermano.

—Idos, respondió Ermesinda, que siguió á Alix con la vista diciendo para sí:

Aborrece á Lionel, pues se retira
cuando él se acerca? O por ventura le ama
y solamente aborrecerle muestra
para ocultar mejor su amante llama?

declamó el poeta, y añadió luego: Esto daria bastante impulso á la accion.

—No lo dudo, repuso el Diablo, pero Ermesinda no dijo eso, puesto que

su hijo habia dejado el castillo de Roquemure hacia cuatro años, y que hacia uno solo que Alix habitaba en él, sin que hubiera ningun motivo para creer que se hubiesen visto antes y pudiesen amarse ó aborrecerse; pero sí dijo al ver que Alix se retiraba:

—Tampoco ella es dichosa, pues cuida demasiado de mi dicha. Los dichosos son mas egoistas que eso.

Lionel entró un momento despues en la sala, y poniéndose de hinojos delante de su madre, la dijo segun era de costumbre:

—Bendecidme.

Ermesinda tendió las manos sobre la cabeza de su hijo contemplándole, pero sin poder hablar. Luego hizo una seña á todos los presentes para que se retiráran. Apenas se vió sola con Lionel, levantó á éste y le abrazó, mirando cuán bello era, viendo lo que habia crecido, alarmándose al verle tan pálido, y todo en el espacio de un minuto. Luego las palabras acompañaron á las lágrimas, y esclamó:

—Oh! al fin te veo!

El hijo, por su parte, habia mirado á la madre con tristeza y amor, y, en lugar de responder al movimiento de alegría de su madre, la dijo:

—Siempre lágrimas en vuestros ojos, siempre lo mismo!

—Lloro de alegría al volverte á ver.

—Oh! no, madre mia, todos los dias llorais. Las lágrimas de alegría no hunden los ojos ni enflaquecen tan pronto.

—No hables de mí, Lionel, háblame de tí. Me vas á contar, no es verdad, todo lo que te ha pasado durante cuatro años de ausencia?

—Sí, os lo contaré y á mi padre tambien.

—Bien; pero antes siéntate y escúchame ahora que eres ya hombre, pues tienes veinte y dos años. Si mi esposo ... si tu padre no te abre los brazos con la misma ternura que yo, no te irrites por tan fria acogida. Has vivido en la corte, entre hombres de todas clases, y no ignoras que á veces es preciso ocultar en el fondo del alma el descontento que se esperimenta.

—Sí, madre mia, respondió Lionel; he estado en diferentes paises desde que nos separamos, pero en todas partes he visto á los padres amar á sus hijos no habiendo los hijos manchado su sangre.

—Tienes razon, Lionel, dijo Ermesinda con tristeza; pero sin embargo, te suplico que seas sumiso para con él y sufras sus palabras por mas severas que sean.

—Me ha llamado á su lado para hacerme sufrir, como en otro tiempo, todas las humillaciones y el mal trato posible?

—Te ha llamado porque te necesita; los señores de Melize, raza turbulenta y vengativa, no dejan pasar una estacion sin dar á tu padre graves motivos de queja.

—Y se queja mi padre? preguntó Lionel con amargura.

—Tu padre tiene ochenta y cuatro años, y una armadura pesa demasiado á su edad.

—Pues qué! no tiene á su primogénito, á mi noble hermano, á su hijo querido, para que le defienda ó le vengue?

—Por qué te burlas así, Lionel? Tu hermano Gerardo vino al mundo débil, raquítico, enfermo, deforme.

—Y sobre todo, cobarde, bajo y embustero, madre mia...... Oh! no sé como él y yo somos de una misma sangre.

Ermesinda se puso encarnada al oir esta esclamacion de Lionel.

—Eso puede reemplazarse por un *aparte*, dijo el poeta interrumpiendo al Diablo, porque empiezo á conocer....

—Cómo con un *aparte*? preguntó Armando, que habia olvidado completamente el punto de partida de la historia con relacion al poeta.

—Es que el señor sigue componiendo su drama, contestó Satanás...

—Ya! ya! dijo el baron; está muy bien, continuad vuestra narracion.

—Jé! jé! jé! parece que os interesa! dijo el Diablo haciendo un guiño á Luizzi con aire burlon.

—Sí, tengo deseos de saber el desenlace.

—Jé! jé! continuó Satanás; todavia estamos en la segunda escena del primer acto.

—Pues adelante.

El Diablo siguió :

—Lionel no echaba de ver aquella turbacion de su madre, quien, sintiendo de repente un gran ruido hácia la entrada del castillo, dió una palmada; todo el mundo volvió á la sala, y Ermesinda dijo á Lionel por lo bajo :

—Es inútil que el señor Hugo sepa que hemos hablado en secreto. Sobre todo, no te alteres, hijo mio, ten calma.

—Lionel, que se habia sentado á los pies de su madre, se levantó al punto sacudiendo su larga cabellera castaña con un movimiento de cabeza. Su talla alta y esbelta, su dulce palidez, la elegancia de sus miembros casi delicados, no hubieran dado á conocer el vigor del soldado si la agilidad y el desembarazo de su andar, y la presteza de sus movimientos, no le hubiesen manifestado, porque en el hombre la gracia es la fuerza.

—Gracia y fuerza implican contradicion, dijo el poeta; pero es igual, continuad. Decís que llegó el señor Hugo?

—Sí, contestó el Diablo; era un anciano con un bosque de cabello blanco y desordenado, labios colgantes, ojos legañosos muy arqueados, y andaba con dificultad apoyado en un largo báculo. Al atravesar la puerta de la sala echó una mirada rápida á los que estaban allí reunidos, y esclamó vivamente :

—Qué hace aqui esta paja?

—Era para sentarse los pajes y las doncellas en torno del padre Andoin, respondió Ermesinda.

—No podian escucharle de pié? Hablarian de amores y de bailes un dia entero sin acordarse de sentarse; pero cuando se trata de escuchar á un anciano no saben como estar, no es verdad, señora? La palabra de un anciano causa mucho.

Ermesinda quiso contestar, pero el anciano Hugo continuó:

—Quitad de aqui esta paja. Quizá no está lejos el dia en que, encerrados todos aquí por las lanzas de los Melize, os tendriais por dichosos en hallar esa paja para calmar vuestra hambre.

Hombres y mujeres obedecieron en silencio en tanto que el anciano refunfuñaba con furor:

—Buenos defensores tiene el castillo de Roquemure! hombres que se sientan para escuchar á un sacerdote! Y ningun jefe. ningun jefe!....

—Aqui me teneis, padre mio, dijo Lionel adelantándose.

El anciano le miró largo rato sin hablarle y le contempló de pies á cabeza, conteniendo con dificultad la agitacion que parecia haberse apoderado de él. Despues de este exámen, se volvió, fué á sentarse en uno de los bancos laterales colocados á cada lado del inmenso hogar que ardia á uno de los estremos de la sala á pesar de hallarse bastante abanzada la estacion, é hizo seña á Lionel para que se acercara. Este estaba de pié, y su madre colocada en frente de él al lado del anciano, le suplicaba con la vista que se contuviese, porque el inflamado rostro del jóven mostraba cuan irritado se hallaba por aquel recibimiento.

—Habeis llegado muy tarde! dijo Hugo á su hijo.

—He llegado antes del peligro, respondió Lionel cruzándose de brazos.

—Acaso no hubiera llegado el peligro si vos os hubiérais puesto antes á mis órdenes.

—Seguramente mi presencia no hubiera impedido á mi hermano Gerardo recorrer de noche las tierras de los señores de Melize y arrebatar las doncellas y los ganados de sus vasallos, porque eso es lo que se llama el peligro.

—Quién os ha contado esos embustes? esclamó el anciano irritado.

—Me lo han contado las quejas de los señores de Melize que han llegado al rey Felipe Augusto.

—Y vos creis las quejas de vuestros enemigos?

—Delante del rey les he dicho que mentian; pero delante de vos, padre mio, debo confesar que tienen razon.

—Y habeis venido para sostenerlos?

—He venido para combatirlos; no tocarán una piedra de este castillo mientras yo permanezca de pié entre ellos y las murallas.

—Perfectamente! dijo Hugo con una amarga sonrisa de satisfaccion. Pero,

añadió observando atentamente el efecto de sus preguntas, hace cuatro años que dejásteis el castillo: qué habeis hecho en ese tiempo que no habeis vuelto por aquí?

—Fuí á Aquitania donde combatí por la causa de los nobles gascones contra Ricardo, Corazon de leon. Tres veces tropecé con él en el campo, y tres veces rompimos lanzas, sin que él retrocediera una pulgada, sin que yo me replegára una línea.

—Lo sé; pero no habreis permanecido siempre en Aquitania?

—Al año siguiente me hallé al frente de Ruan con el rey Enrique VII, y allí trepé dos veces al muro, sin mas ayuda que mi espada.

—Lo sé; pero y despues, á dónde fuisteis?

—Me hallé en Berri en el momento en que el rey de Inglaterra, Enrique II, habia triunfado por traicion y combatí contra él.

—Lo sé; y acercásteis vuestra bandera á las filas enemigas mas que ningun otro. Pero qué fué de vos despues que dejásteis á Berri?.

Lionel re ruborizó y permaneció embarazado. Su madre se admiró, al parecer, de su silencio y le hizo una seña para que continuase; entonces Lionel sobreponiéndose á su turbacion, dijo vacilando un poco:

—Me trasladé hace medio año á Arles, donde asistí á la coronacion del emperador Federico Barbaroja.

—Hace medio año! dijo Hugo; pero dónde estábais hace año y medio?

—Acaso olvidé algo entonces los deberes de la guerra, respondió Lionel. seguí á Enrique Cour-Mantel á los juegos y torneos que ha dado en París y en todas las Galias.

—Ah! esclamó Hugo observando á Lionel con una mirada mas atenta aun; con que fuísteis con él á los juegos que tanto gustan á las bellas damas! Luego añadió con voz temblorosa por la cólera que procuraba ocultar: No os ocurrió en París alguna aventura digna de ser contada á vuestro padre?

—Ninguna, contestó Lionel mirando á su madre.

—Ninguna? dijo el anciano levantándose.

Lionel bajó los ojos, y el anciano se retiró arrastrándose penosamente despues de decir:

—Basta.

Tal fué la primer entrevista del padre y el hijo despues de cuatro años de ausencia. Lionel y su madre quedaron solos.

En este momento interrumpió el Diablo su narracion y dijo al poeta:

—Ya conocereis que aqui no hago mas que indicar los principales rasgos de esta escena. Para que hiciera efecto en el teatro en un drama bien limado convendria ponerla del modo siguiente:

El padre. Donde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace cuatro años estaba en Aquitania donde hacia esto ó lo otro, etc.

En seguida una hermosa tirada de versos describiendo combates, y luego:

El padre. Dónde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace tres años estaba en Normandía, donde tenia esto, ó lo otro, ó lo de mas allá.

Otra tirada con los detalles de un asedio de la época, y despues:

El padre. Dónde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace dos años estaba en Provenza, donde hacia esto, y lo otro, etc.

Tercera tirada de versos descubriendo las lizas y las cortes de amor con todo el color histórico posible, y por último:

El padre. Pero dónde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace un año estaba en Picardía, donde.....

Aqui el padre interrumpe al hijo, y le dice:—«Sé ya bastante.» Y el público tambien, pues sabe que año y medio antes pasó alguna cosa estraordinaria.

—Os habeis dedicado al teatro? dijo el poeta al narrador con aire de protectora confraternidad.

—Estudio mucho el drama moderno, respondió Satanás.

—Me gusta mucho vuestra idea. Ese hijo que cuenta todo lo que no se le pregunta, y ese padre que interroga obstinadamente dan un estraño misterio al drama.

—Misterio que se descubrirá probablemente en la siguiente escena, dijo el baron con impaciencia.

—Es decir, repuso Satanás, que levantaremos una puntita del velo, una puntita nada mas; ved aqui como:

Ermesinda que ha quedado con su hijo, dice en seguida:

—Oh! dime ¿qué hacias hace año y medio? Por qué no has dicho á tu padre lo que hacíais en esa época?

—Porque entonces amaba, y aquel amor debe ser un misterio; porque tropecé con una mujer á quien amé con toda la pasion de un corazon que aun no ha amado nunca.

—Y era hermosa esa mujer?

—Oh, madre! cómo no habia de ser hermosa para mí que la amaba, cuando lo era para los que me aconsejaban que huyese de ella, diciéndome que era frívola y coqueta? Era tan bella, madre mia, y tan seductora, que los que la aborrecian no se atrevian á mirarla ni á prestarle oido, pues tal era el miedo que tenian de amarla.

—Y te engañó, Lionel?

—Me engañó madre mia, me abandonó por otro!

—Y la lloras?

—La aborrezco, madre mia!

—Y la olvidas?

—La maldigo todos los dias.

—Oh! entonces la amas todavia, hijo mio!

—No, madre mia, no; ya no la amo, repuso Lionel con violencia; la veria espirar sin sentimiento.

—Pues eso es que la amas aun.

—Yo? no; madre! dijo el jóven con rabia; yo? la mataría!

—Pues entonces la amas como un insensato, respondió Ermesinda.

Lionel calló, y su madre le dijo echándole sus brazos:

—Y el nombre de esa mujer?

—Hace un año juré que nunca saldria ese nombre de mis labios.

—Guarda tu secreto, hijo mio, y sobre todo guarda tu aborrecimiento.

—Asi puede concluir el primer acto, dijo el poeta.

—Id al Diablo con vuestro drama ó tragedia! esclamó el baron lleno de cólera. Escucho una historia y la interrumpís.

—Toma, como que el señor es poeta! dijo el Diablo.

—Señor de Luizzi, repuso el pálido literato, sois rico y gran señor, segun creo; en esta atencion os perdono vuestro mal humor, porque vos y yo no escuchamos esta historia con el mismo oido.

El baron no se creyó obligado á responder á este impotente ensayo de impertinencia, y dijo al Diablo:

—Vamos, caballero, concluireis al fin esa historia?

—Perdonad, contestó Satanás, no sé que en ella haya nada que os pueda interesar tanto.

El baron, que estaba furioso, hubiera querido pellizcar el brazo á Satanás hasta sacar sangre; pero sabia que solo conseguiria quemarse los dedos, y se colocó de nuevo en su sitio.





XXV.

Segundo acto.



ERMINADA por Lionel y su madre esta esplicacion, continuó el Diablo, volvió á aparecer en la gran sala del castillo el anciano Hugo. Se estaban preparando las mesas para cenar, y todos los habitantes de la fortaleza llegaban uno á uno. Era de noche, y solo se esperaba á Gerardo, pero Gerardo no volvia. Todo el mundo se admiraba, escepto el anciano, que respondió con acritud á su mujer, que estaba inquieta por aquella tardanza.

—Los que cabalgan por los campos hallan muchas veces obstáculos que los detienen, pero es estraño que los que solo necesitan atravesar una puerta no estén aqui á la hora exacta de cenar. Dóndo está Alix?

—Que vayan á avisarla, dijo Ermesinda.

El anciano bajó la cabeza; pero sus ojos feroces, sombreados por sus largas cejas, se fijaron en el rostro de Lionel. Alix vino, y Lionel permaneció impasible é inmóvil.

El anciano dijo con tono almivarado:

—Vamos, hija mia, huís de nosotros? No hay en el castillo quien os agrade cuando Gerardo no está en él? Sin embargo aqui teneis á mi hijo Lionel que es un gallardo y valiente caballero.

Alix y el jóven se saludaron con frialdad. Hugo los contempló atentamente.

Ermesinda, que estaba al lado de su hijo, dijo á éste en voz baja:

—No estrañes el frio recibimiento de la mujer de tu hermano, porque es muy tímida aun.

Lionel se sonrió con amargura, y contestó:

—Nada me estraña, madre mia.

Como podeis conocer, aquel recibimiento era muy estraño, y lo era aquella entrevista de una cuñada y un cuñado. Pasaba la hora; todos guardaban silencio, y el anciano no parecia ni irritarse ni inquietarse por la tardanza de su hijo primogénito: Alix no preguntaba por èste; Lionel, sumido en sus reflexiones, seguia con la vista las oscilaciones de la llama del hogar; Ermesinda miraba á su marido con ansiedad, como si temiese que rompiera su silencio.

En aquel instante se oyó un nuevo ruido á la entrada de la fortaleza; y apareció en seguida Gerardo: Alix se levantó, y se apresuró á salir á su encuentro con una solicitud que parecia estraña, en vista de su anterior indiferencia. Pero retrocedió vivamente al verle, se puso colorada y bajó los ojos con una viva espresion de cólera y resentimiento.

Gerardo estaba tan borracho que apenas se podia tener, y se adelantó tambaleándose hácia su mujer. Jorobado, cojo, feo, pequeño, colorado, manchado de vino y de lodo, hubiera repugnado á una ramera. Alix tuvo que callar á pesar de su deseo de recibir graciosamente á su esposo. En cuanto á Hugo, cualquiera que fuese la cólera que esperimentase viendo á su hijo querido degradarse delante de tantas personas, no quiso que nadie manifestase su repugnancia, pues dirigió á todos una mirada que queria decir: «Quién se atreverá á acusar al que yo prefiero?» Ermesinda bajaba los ojos; Alix habia vuelto la cara, y Lionel miraba á esta última con una sonrisa insolentemente desdeñosa. Ninguno de los demas parecia haber echado de ver la llegada de Gerardo, y cada cual permanecia en su sitio.

—Qué es lo que me han dicho á la puerta? dijo Gerardo. Con qué está aqui mi hermano?... Bueno... bueno!...

Lionel permaneció con los brazos cruzados.

—No abrazas á tu hermano! esclamó el anciano lleno de cólera

Lionel obedeció á una mirada suplicante de su madre; pero en aquel abrazo, el lodo y el vino que manchaban la ropa de Gerardo mancharon tambien la cota de malla del jóven caballero, que llamó á un page y le dijo con tono desdeñoso:



Limpiame este lodo y este vino: el acero mas puro se empaña y se enmohece cuando no se quitan inmediatamente estas manchas, y llega un dia en que la noble armadura no puede resguardar á su dueño.

Muy poco tenia de estraña la precaucion de Lionel; pero Hugo conoció fácilmente que al hablar de la cota de malla aludia al nombre de los señores de Roquemure, y aquella era una amarga advertencia del peligro á que le esponia la conducta de Gerardo. El anciano dirigió á su hijo menor una mirada rencorosa, en tanto que Ermesinda hacia servir la cena para distraer la atencion de los circunstantes, y enjugaba á Alix una lágrima de despecho. Durante este tiempo, Gerardo andaba de un lado á otro, dirigiendo en alta voz las palabras mas obscenas á las lindas jóvenes que servian la mesa en aquella noble casa. Hugo callaba, y toleraba con paciencia todas aquellas insolencias, mas bien que condenar á su hijo predilecto delante de Ermesinda y de Lionel.

Sirvióse al fin la comida, y cada cual ocupó su puesto; sentóse tambien Gerardo, aun cuando ciertamente no necesitaba cenar, y á los pocos minutos se quedó dormido con la cabeza apoyada en la mesa. Lionel se ocupó de su madre durante la cena, al paso que Alix devoraba sus lágrimas, encarnada de vergüenza é indignacion. Llegada la hora de retirarse, se levantó Hugo, é hizo una seña que entendieron tres ó cuatro lacayos, para quienes aquella órden muda no era nueva. Los lacayos se apoderaron de Gerardo y se dispusieron á sacarle de la sala. Hugo les desiguó con el dedo una puertecilla que conducia á la cámara de Alix. Esta, absorta en su humillacion, nada habia visto de lo que acababa de pasar; pero asi que los lacayos se dispusieron á atravesar la puerta que conducia á su habitacion se levantó de repente y esclamó con violencia:

—A mí cuarto! á mi cuarto no! llevadle á los establos.

El anciano Hugo la miró de traves.

—Es vuestro marido! la dijo.

—Un borracho! esclamó ella con una espresion de invencible hastío; y se dispuso á retirarse. Ermesinda y Lionel se hallaban á su paso. La primera quiso hablarla para tranquilizarla, pero Alix la dijo, rechazándola colérica:

—Dejadme, dejadme vos y vuestro hijo.

Tal vez Alix queria hablar de Lionel; pero este que ni un gesto habia hecho creyó que se trataba de Gerardo y dijo:

—Su hijo? No lo es, señora.

Alix al oir la voz de Lionel que por primera vez le dirijia á ella, se volvió á los lacayos como si se hubiese verificado en ella una revolucion imprevista, y les dijo:

—Tiene razon mi padre, es mi esposo, y el amor debe escusar una falta tan ligera. Venid por aqui.

Los lacayos obedecieron; los dejó pasar Alix, quien se retiró dirigiendo á Lionel una mirada insultante.

Lionel permanecia con la vista fija en la puerta, por donde acababa de entrar Alix, en tanto que Hugo examinaba la palidez del rostro de su hijo

y la contraccion de sus labios. El anciano no abandonó su puesto, no hizo una seña ni un gesto; pero el que hubiera estado junto á él, hubiera podido oirle murmurar:

—Oh! es cierto.

Un momento despues, como si obedeciera al pensamiento que acababa de hacerle hablar, dió órden á todos sus servidores que se retirasen. Lionel y Ermesinda permanecieron solos con Hugo, que dijo entonces á su hijo:

—Retiraos, Lionel; dentro de un instante os hablará vuestra madre.

Lionel se retiró, y Ermesinda se encontró sola con su marido. Hubiérase dicho que aquella era una situacion rara y temible para ella, pues á la vez temblaba y parecia hallarse admirada. Hugo, no bien oyó debilitarse y perderse á lo lejos el ruido de los pasos de los que se retiraban, esclamó con violencia, señalando el sitio por donde se habia retirado Lionel como para designar á este mismo:

—Es preciso que mañana salga del castillo.

—Quién?..... Lionel?

—Mañana, antes de salir el sol.

—Lionel! esclamó Ermesinda con terror.

—Y maldito sea el dia en que ha vuelto, y maldito el dia en que nació! dijo Hugo estallando.

Ermesinda bajó la cabeza, en tanto que el anciano se agitaba colérico y heria el suelo con el pié. Ermesinda parecia hallarse anonadada; al fin se atrevió á preguntar con timidez:

—Pero qué ha hecho para ser tratado con tal severidad?

Hugo no respondió; y Ermesinda, como aquel silencio la diera audacia, repuso con mas confianza:

—Acaso tiene él la culpa si ha sido testigo de una escena que es muy comun en nuestra casa?

—No, no, contestó el anciano con amargura; pero no quiero que esta casa sirva de teatro á una escena mas vergonzosa aun.

—No os comprendo, dijo Ermesinda.

—Madre de Lionel, esclamó Hugo con voz tonante; no me comprendeis?

Ermesinda bajó nuevamente la cabeza, y respondió balbuciente:

—Nada he olvidado del pasado, señor; pero ignoro que es lo que preveeis en el porvenir.

—Eschúchame, Ermesinda, dijo el anciano con dulzura; has deshonrado mi ancianidad; has llenado mi alma de desesperacion con una injuria que no he podido vengar; pero te he hecho bien desgraciada. Veinte y dos años hace que lloras: estoy cansado de padecer y de verte padecer; escúchame pues: Lionel ama á Alix.

—No la conocia, la ha visto por primera vez esta noche.

—La conoce hace mucho tiempo, hace ya año y medio....,

—Ahí está el famoso año y medio! dijo el poeta interrumpiendo al Diablo que se hallaba embebido en su narracion, en la que le seguia Luizzi con suma atencion:

Luizzi contuvo con dificultad un nuevo movimiento de impaciencia, y replicó al interruptor con una política demasiado marcada para no ser impolítica.

—En verdad que seríais el hombre mas amable del mundo si pudiéseis dejarme oir ese relato hasta el fin sin interrumpirme á cada instante.

—Perdonadme, dijo el hombre de génio: pero os haré observar que creo es por mí por quien el señor cuenta esa historia.

—Me parece, dijo Satanás, que empiezo á cansaros á uno y á otro, por lo cual debo dejarlo.

—No, no, contestó el baron con viveza; hablad, que quiero saber el fin de esa aventura.

—Acaso sois vos tambien dramaturgo? repuso el Diablo.

—No tengo tal pretension; pero escitan tanto mi curiosidad como la del señor esa especie de baladas diabólicas

—Calla! dijo el Diablo. Con qué conoceis ya esa historia puesto que sabeis que figura el Diablo en ella?

—Me parece que me lo habeis dicho; por lo demas os suplico..... os agradeceré que concluyais.

—Corriente, dijo el narrador.

Hugo contestó del modo siguiente á Ermesinda, que le habia escuchado estupefacta:

—Alix estaba en París hace año y medio, y hace año y medio que conoció á Lionel en aquellas brillantes justas donde él adquirió tanto renombre. Yo ignoraba eso cuando Alix vino á Orleans á ver al único pariente cercano que la quedaba, al señor de Peruse. Alli fué donde la ví, y al señor de Peruse fué á quien me dirigí para obtenerla. Era huérfana, y solo tenia un miserable estado que no podia defender de la rebelion de sus vasallos ni de las agresiones de sus enemigos; las faltas de su madre habian impreso á su apellido una mancha que debia hacerle dificil toda alianza honrosa; pero era jóven, hermosa, seductora, y esperé que inspiraria bastante amor á Gerardo para sustraerle á su vergonzosa disolucion. Cuando el señor de Peruse me trasmitió la contestacion de Alix, me admiró no poco, pues me dijo que habia aceptado con alegria la proposicion de ser nuera del señor de Roquemure. Supuse que hábia conocido su desgraciada situacion, ó que era ambiciosa, y que la esperanza de ser esposa de un poderoso y rico heredero la hacia no ver los defectos de Gerardo, pues os juro que yo habia hablado con franqueza al señor de Peruse. A la mañana siguiente debia yo partir de Orleans; hicímonos mútuas promesas y convinimos en que el señor de Peruse vendria pasados algunos dias con su sobrina á este castillo.

—Y vinieron en efecto, dijo Ermesinda.

—Sí, vino Alix y se casó con Gerardo sin mostrar disgusto ni repugnancia. Mas tarde supe por el señor de Peruse, el cual se habia informado en un viaje á París, que Alix habia conocido alli á Lionel, y que el amor de vuestro hijo á aquella reína de la hermosura se habia señalado por los actos mas brillantes.

—Con qué era ella! murmuró Ermesinda.

Hugo no oyó esto, y continuó:

—No soy injusto para con Lionel; sé muy bien lo que vale. Me admira que Alix lo propusiese á Gerardo; pero Gerardo era el heredero de este castillo y sus vastos dominios, y la ambicion me lo esplicó todo. Yo vivia en esta seguridad cuando nuestras disensiones con los señores de Melize me inspiraron la idea de llamar á mi lado á un hombre capaz de vengar mis injurias. porque tengo un hijo que no es un hijo ni aun es hombre; pero es mi hijo, y la vergüenza que me causa se aumenta con el orgullo que á vos os inspira vuestro Lionel. Sin embargo, consentí en dejarlo entrar en este castillo. Vos, sabeis, Ermesinda, cuales fueron mis condiciones. Os dije entonces: Llamaré á Lionel, le trataré como si no fuese hijo de un adulterio; él lo ignora, y jamás lo sabrá. Consentiré en deberle algo; pero quiero que vos os comprometais á hacerle partir si yo lo mando, el mismo dia de su llegada. Ermesinda, no quiero que conozca que es hermoso, valiente y fuerte; no quiero que se irrite con la cruel parcialidad del que cree su padre. Si quiero que parta, no es porque desprecia á Gerardo, es porque ama á Alix y porque Alix le ama á él aun.

—Es imposible! esclamó Ermesinda arrebatada por su deseo de combatir el fallo que debia separarla nuevamente de su hijo.

—Imposible, Ermesinda! dijo Hugo con amargura: dices que es imposible? Cuando tú te casaste conmigo, amabas á un page de tu padre, y pospusiste el anciano al bello page sin nombre y sin riquezas! Le introdugiste en este castillo como hermano y salió de aqui como amante!

—Es verdad, contestó Ermesinda bajando los ojos; pero Alix no olvidará lo que debe al nombre de su esposo.

—Tú lo olvidaste Ermesinda! Y sin embargo yo no era un hombre relajado y sin vergüenza, ni un ser deforme y sin vigor: era un anciano, pero un anciano que llevaba un apellido ilustrado por algunas victorias y algunos nobles combates.

—Es verdad! dijo Ermesinda humillándose ante aquellos deplorables recuerdos.

—Y te acuerdas de la noche que te sorprendí, desnuda y embriagada de amor, en los brazos de tu seductor, en los brazos de ese miserable genovés, de ese Zi....? No pronunciaré jamás su nombre, lo he jurado. Recuerdas, Ermesinda, que á pesar de hallarme débil y enfermo, quise ma-

taros á los dos, y que bastó tan solo para derribarme un bofeton de......

El anciano detuvo nuevamente aquel nombre en sus labios y continuó:

—Fuí derribado como un niño sobre el lecho en que acababas de deshonrarme y tenia el puñal en la garganta é íba á morir cuando apareció el padre Andoin. El fué quien, no pudiéndome arrancar de la mano de hierro de aquel infame, me persuadió á jurarle que, en cambio de la vida que me otorgaba, no revelaría jamás tu crímen y te le perdonaría. Yo consentí en semejante bajeza, consentí, Ermesinda, porque te amaba como á mi hija y mi esperanza, porque temia que mi cabello blanco fuese objeto de irrision para los que se habian reido de mí el dia que te elegí por esposa. Dí mi palabra y una hora despues hubiera renunciado á mi salvacion antes de empeñarla, y hace veinte y dos años que ese recuerdo pesa sobre mí y me abruma.... No quiero que mi hijo herede mi desgracia; no quiero oirle gritar una noche demandando piedad bajo el puñal de tu hijo y correr yo débil y tembloroso para decirle como el sacerdote me dijo á mí: «Jura olvidarlo todo, jura perdonar á tu esposa y su amante te dejará vivir!» No, no..... no quiero, no quiero!

Ermesinda callaba en tanto que el anciano hablaba asi con una exaltacion colérica que daba á su cuerpo cierta apariencia de vigor. Mucha resignacion hay en el corazon de una madre; Ermesinda, esperando no separarse de su hijo, se humilló lo bastante para responder:

—No todas las mujeres han perdido como yó el sentimiento de su deber, y Alix....

Hugo la miró con compasion.

—Tu crímen fue muy grande, Ermesinda! y sin embargo yo fiaría mas en tí que has sido culpable, que en Alix que es aun inocente. Lionel debe partir, lo exijo. Ya sabes lo que debes hacer: tú eres quien debe hacerle salir del cestillo. No qniero tener que darle cuenta de una decision cuya causa me preguntaría y quizás tendria que decírsela.

—Oh! no, no! esclamó Ermesinda, no me hagais ruborizar delante de mi hijo. Yo le haré marchar.

—Y fió en ello. Que parta mañana.

—Al amanecer.

—Llamadle.

—Voy á su habitacion.

Ermesinda dejó la sala y Hugo llamó á dos lacayos que le condujeron á la habitacion, sosteniéndole por los brazos, pues las emociones que acababa de esperimentar habian debilitado en estremo á aquel anciano, cuyas fnerzas consisten solo en una voluntad inflexible.

—Tá, tá, tá! dijo el poeta interrumpiendo al narrador; ved ahí un golpe no muy hábil; el drama está terminado, se reconoce el misterio del odio de

Hugo; se sabe el amor de Lionel y Alix, la curiosidad está satisfecha, el público se retira ó silva. Es una obra defectuosa.

—Pero me parece, repiicó Satanás, que queda todavia el desarrollo de esas pasiones.

—El desarrollo de las pasiones, repuso el dramaturgo, algunas escenas del género de *Zaira* y de *Fedra*. Ha tiempo ya que el siglo XVII y el siglo XVIII hicieron el catastro parcial del corazon humano. Ademas, mi querido colaborador (porque, si hago ese drama, sereis mi colaborador, yo pondré mi nombre á la pieza y tendreis la cuarta parte de los derechos de representacion), ademas, repito, qué color histórico puede tener el desarrollo de una pasion?

—No me parece que sea una necesidad de primer órden el color histórico de un drama, respondió Luizzi.

—Oh! entonces, repuso el poeta, vamos á parar en la tragedia admirativa ó llorona, que viene á ser el fastidio en verso.

—Perdonad, caballeros, dijo el narrador, me parece que los dos estais equivocados. La pasion puede tener color histórico, porque la pasion tiene relacion con las costumbres de la época á que se refiere, y recibe de ella un sello particular; hay mucha diferencia de un rudo normando de la edad media acostumbrado á alcanzarlo todo con la espada á un almivarado del tiempo de Luis XIII cargado de galantería española y de madrigalas; hay mucha diferencia del gastado de la regencia que se entrega á la orgia lleno de encages y un húsar del imperio que hace la corte con el látigo en la mano.

—Es posible, dijo el baron, pero prescindiendo del desarrollo de las pasiones, prescindiendo del color histórico, esa historia debe tener su desenlace, que es sobre todo lo que yo deseo saber.

—Veamos, veamos, dijo el poeta, en defecto del drama quizá se pueda sacar una novela.

—Continúo, contestó el narrador, y espero que el desenlace os probará que las pasiones tienen un color histórico y que prescindiendo de su desarrollo guardan analogía con las costumbres y el siglo á que se refieren.

Ermesinda, pues, habia quedado sola. La exigencia de su marido, á la cual habia accedido tan facilmente viéndose abrumada por el peso de los crueles recuerdos del anciano, le pareció horrible entonces, que debia hacérsela sufrir á su hijo. Qué podia decir á Lionel para que aquel destierro de la casa paterna no pareciese á aquel jóven el odioso capricho de un tirano insoportable?

—Podia confesarle la verdad, contestó el poeta.

—No señor, repuso el narrador; hay pudores maternales mucho mayores que los de la virginidad. Decir una madre á su hijo que la ha respetado siempre como la mas pura y mas santa de las mujeres: «Soy una adúltera» decir al hijo que lleva con orgullo un apellido: «Ese apellido no es tuyo;»

añadir á la confesion de la falta la confesion de un engaño que ha durado veinte y dos años, es enteramente imposible, ninguna madre lo haria, al menos sin sufrir terribles combates, al menos sin.....

—Sin un bello monólogo, dijo el poeta; tenemos un bello monólogo. Pero despues del monólogo, qué hizo la madre?

—Ved aqui lo que hizo:

Pasó á la habitacion de su hijo, que con arreglo á las palabras de Hugo, esperaba á su madre, y le dijo armándose de todo su valor:

—Lionel, es preciso que dejes este castillo al amanecer.

—Ya esperaba yo eso, madre mia.

Ermesinda quedó estupefacta al oir esta contestacion, y despues de haber contemplado largo rato á su hijo como si tratara de adivinar lo que podia haberle preparado asi, repuso asustada:

—Y por qué lo esperabas?

—Ya veis que lo esperaba con la razon.

—Pero por fuerza tenias algun motivo para barruntar esa desgracia.

—Sí, madre mia.

—Y cuál es?

—Podeis vos decirme cuál es el que os ba hecho venir á anunciarme mi mi partida?

La desgraciada madre callo; creyó que su hijo habia adivinado su secreto y ocultó llorando la frente entre sus manos. Lionel se acercó á ella y la dijo con ternura:

—No me lo debia hacer presumir su recibimiento? No lloreis, madre mia, no lloreis!.... porque todo esto concluirá. Mi padre me aborrece ¿sabeis por qué? Yo lo sabré.

Ermesinda conoció que se habia eqnivocado, y, retrocediendo ante la idea de humillarse en presencia de su hijo, respondió:

—Sabe tu amor á Alix.

—Y por eso me aleja de aqui? preguntó Lionel con una sonrisa de incredulidad.

—Por eso, te lo juro, Lionel.

—Sí, tal vez será verdad, dijo el mancebo con amargura; pero hace cuatro años no me alejaria de aqui por eso; no me habrá aborrecido por eso desde que nací. Pero no importa, partiré, abandonaré este castillo para no volver mas. Pasaré aqui esta noche, y mi padre no volverá á oir hablar de mí.

—Pronto has tomado tu resolucion, Lionel.

—He querido ahorraros el cansancio de una súplica, madre mia; y ahora que me habeis hallado sumiso y obediente como debias desear, buenas noches, madre mia; id á descansar, id.....

—Con qué no volveré á verte antes de tu partida?

—Oh! si, me volvereis á ver; no nos separaremos asi.

—Lionel, no meditas ninguna violencia, no es verdad ? Tu resignacion me espanta.

—Imito la vuestra madre mia.

—Oh ! la mia es muy diferente ! Pero yo no puedo creer tu tranquilidad, porque conozco tu carácter y sé que es muy diferente.

—El tiempo cambia todas las cosas y roe el mármol mas duro.

—La humillacion que se aculta con tanta paciencia medita algunas veces la venganza.

—Meditais vos alguna ?

—La desventura conduce al crímen por un silencio obstinado, Lionel.

—Os ha conducido á él la vuestra ?

—No, pero quién sabe !.....

—Madre mia ! esclamó Lionel retrocediendo..... madre mia, repitió con voz terrible.

—Pero se serenó de repente, y cayendo á los pies de su madre la dijo:

—Oh: no, no! sois la mas santa y mas pura de las mujeres; perdonad si he olvidado que os hallais bastante resignada para acusaros, á fin de que yo no acuse al esposo que os ha hecho sufrir tanto, al padre que me arroja de su casa. No, madre mia, no, vos no sois culpable: yo os he visto desde que me hallo en el mundo dando á esta miserable casa el egemplo de la mas constante virtud..... nó!..... pero sois desdichada y es preciso que concluya para vos y para mí esa desdicha.

—Qué tratas de hacer?...

—Mañana os lo diré, madre mia.

—Y hasta entonces?

—Hasta entonces,. os juro que no faltaré al respeto que un hijo debe á su padre.

Ermesinda se separó de su hijo temblando por lo que iba suceder y sin sentirse con fuerzas para preveerlo ni para impedirlo. No se acostumbra impunemente el alma por espacio de veinte años á una obediencia resignada. Cuando un carácter fuerte se dobla con osadia una vez no se desdobla despues facilmente. El acero mejor templado no se vuelve á enderezar cuando ha estado mucho tiempo torcido. Tal sucedia á Ermesinda: todo se habia quebrantado en ella, hasta el amor maternal que habiéndose plegado fácilmente á todas las humillaciones para proteger y abrigar á su hijo, mientras éste era pequeño y débil, no podia enderezarse por mas que Lionel fuese ya grande y fuerte.

—Apenas se retiró Ermesinda, el mancebo dejó á su vez la habitacion, y pasó á la sala principal. Una mujer velaba al lado de una luz. Levantóse de pronto al oir los pasos de Lionel, y exhaló un grito; el mancebo se precipitó hácia ella, y vió que era Alix. Lloraba y queria ocultar sus lágrimas; pero fué vano su esfuerzo; el manantial estaba abierto y no se cerró

fácilmente; entonces Alix, impotente para ocultar su dolor, dió libre curso á sus lágrimas, y lloró aun mas de vergüenza de que se la hubiese hallado llorando.

El corazon de Lionel estaba escudado por un doble dolor; la desesperacion de su amor burlado y la de su ternura filial desconocida. El jóven era lo bastante desgraciado para ser despiadado; asi, pues, dijo á Alix con frialdad:

—Os ha echado de su lecho vuestro noble esposo, puesto que os hallo á media noche en esta fria habitacion?

Alix, una hora antes, al oir estas palabras, hubiera contestado con una jactancia insultante; pero entonces se hallaba completamente vencido, y respondió retorciéndose los brazos.

—Sí, me ha echado.

Cuando Lionel dirigió á Alix aquella dura pregunta, creyó herirla con una suposicion humillante; pero desde el punto que aquella suposicion fué verdadera, conoció que sus palabras no eran ya un sarcasmo y sí una brutal grosería.

—Echado! esclamó.

—Sí, echado! repitió Alix, echado con desprecio, insultándome, porque..... La jóven se detuvo, y se echó á llorar.

La compasion, el resentimiento y el amor luchaban en el corazon de Lionel; pero al fin venció la cólera. Habia amado tanto á aquella mujer, se indignaba tanto al verla colocada en puesto tan bajo cuando en su corazon la habia él señalado puesto tan alto; le recordaba tan cruelmente la felicidad que él la hubiera dado, la desventura á que la veia entregada, que no pudo dirigirle una palabra de consuelo.

—Nuestros destinos, Alix, no son uno mismo, pero se parecen: la respondió con amargura; el que debiera adoraros os maltrata asi como me maldice el que debia bendecirme. A vos os han echado de vuestro cuarto, y á mí me echan del castillo.

—A vos! esclamó Alix con espanto, dejais esta casa!

—Mañana.

—Y quién me protegerá aqui? esclamó Alix con desesperacion.

Lionel sintió su corazon dispuesto á la indulgencia. Aquella súplica, hecha con todo el abandono del dolor, le hubiera vencido tratándose de otra mujer; pero como Aliz habia sido demasiado culpable para con él, se contentó con responder:

—No habeis elegido un protector que permanecerá en el castillo?

Al oir esta fria respuesta, Alix recobró toda su altivez.

—Caballero, dijo, olvidad que me habeis hallado aqui llorando y gimiendo, y yo olvidaré que os he encontrado brutal y sin respeto para con una mujer llorosa.

Esta reconvencion fué derecha al orgullo de Lionel. Este mismo sentimiento fué lo que le hizo cambiar de repente de lenguaje. Lionel no queria que pudiese decirse que le suplicaba llorando una mujer, cualquiera que fuese, y la habia rechazado. Asi, pues, dijo á Alix despues de un momento de silencio:

—Todo lo olvidaré, señora; á todo accedo menos al olvido que me pedís; olvidaré lo pasado que tanta razon me dá para maldeciros, para acordarme del presente que os dá derecho á despreciarme. Recordaré que os he hallado llorando y desconsolada, y que no os he ofrecido mi ayuda y mi auxilio, y os pediré perdon por mi indigna conducta, rogándoos que acepteis mi ayuda y mi auxilio.

—Os doy las gracias, dijo Alix; asi he vivido un año, y continuaré lo mismo.

—Cómo! esclamó Lionel verdaderamente sorprendido; con que no es esta la primera vez que se ha atrevido á maltrataros Gerardo?

—Y sin duda no será la última.

—Pero le hacen perder la razon la embriaguez y la disolucion?

—Os equivocais: Lionel, cuando procede así no carece de razon.

—Y por qué os ha echado de su lado?

—Porque le he rechazado yo, porque sabe que no le amo. No es injusto para conmigo como para con vos; por qué os echa de aqui vuestro padre?

—Porque sabe que os amo! respondió Lionel cruzándose de brazos y poniéndose delante de Alix como para decirla:

—«Ved hasta donde llegan mi debilidad y mi cobardia.»

—Oh! esclamó Alix con una alegria que no le fué dado reprimir: con qué me amais?

—Sí, contestó Lionel avergonzado de su confesion, hasta ese estremo llega mi locura.

—Me amas aun! Lionel, tú lo has dicho, esclamó Alix estremeciéndose de emocion.

—Te lo he dicho?

—Sí, Lionel, me amas y....

La jóven se detuvo, dirigió á su alrededor una mirada fugitiva y añadió acercándose al mancebo:

—Y yo tambien te amo!

—Tú?

—Bien lo sabes tú, Lionel; tú lo sabes, tú cuyo corazon está herido en su orgullo porque me casé con tu hermano; no ignoras que un dia me digiste que tu padre no aceptaria por nuera á la hija de una mujer sin reputacion. Me insultaste en mi madre, Lionel, fuiste implacable para con ella.

—Sin duda heredaste de tu madre la imaginacion frívola y el alma fácil á la seduccion.

—Si supieras quien era el hombre que sedujo mi madre y al cual debo el ser, no hablarias asi de ella. Aquel hombre se parecia á tí, Lionel: era ardiente, implacable, hermoso y valiente como tú, mi madre le amaba como yo te amo y se perdió por él como yo me pierdo por tí.

—Y qué era? preguntó Lionel con orgullo.

—Era un noble genovés que reunia todas las bellezas, todos los encantos toda la riqueza, toda las seduciones, hasta la de ser fatal á cuantas mujeres amaba.

—Y su nombre?

—Su nombre.... ahora puedo ya decírtele; tenia un apellido estrangero y desconocido: se llamaba el bello Zizuli y desapareció de Francia del mismo modo que habia aparecido, abandonando á mi madre que habia abandonado por él á su esposo y su familia.

—Cuantos te han conocido en Paris lo saben.

—Pero ninguno de mis mas mortales enemigos me lo ha echado en cara, y tú me has lanzado á la cara esa reconvencion!

—Te lo dije ofreciéndote mi mano y mi apellido, Alix.

—Si, pero con la condicion de salir de Francia para llevar ese apellido como un robo. Pues bien! quise mostrarte que me seria dado llevarle en todo su esplendor; lo quise y lo conseguí.

—Y te pesa ya?

—Lo bastante para arrojarle al suelo. Lionel! mañana abandonas este castillo: si tú quieres yo le abandonaré tambien.

—Tú! dijo Lionel en quien se despertaron entonces todos los deseos y todo el furor de un amor violento colocado en un cuerpo robusto; amor de los sentidos y del espíritu, ciego y voluntario, al cual se juntó el pensamiento de vengarse arrebatando su esposa á su hermano que se la habia arrebatado á él, y que no le dejaba asiento en el hogar paterno. Quieres? añadió, quieres? Pues bien! sea. Pero no esperemos á mañana, debemos huir esta noche, dentro de una hora.

—Dentro de una hora! repitió Alix que al verse próxima á la fuga, se sentia llena de terror.

—Sí, dentro de una hora, dijo Lionel. Pero me engañas aun? me seguirás?

—Y lo dudas?

—Es porque he sido ya engañado por tí, Alix!

Alix vaciló y miró á su alrededor.

—No te atreverás! dijo Lionel.

Alix se inclinó hácia la cámara nupcial como para escuchar el ruidoso sueño de su esposo, y luego miró á Lionel que repitió con desden:

—No te atreverás!

En aquel momento la jóven, como si un vértigo se hubiese apoderado de ella, arrojó la luz que se apagó, y díjo:

—Pues, bien! ven, Lionel, huyamos!

La oscuridad era completa, pues ademas de haberse apagado la luz, densas nubes se iban amontonando en el cielo. Lionel quiso colocar un crímen entre Alix y su debilidad, y tomándola en sus brazos......

—Comprendo perfectamente, dijo el poeta; ahí habrá que echar el telon.

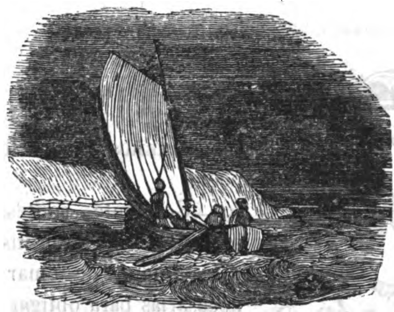
—Yo lo creo necesario, contestó el baron riéndose.

—Pche! dijo el Diablo; el drama no se detiene en esas vagatelas.

—El señor se chancea, repuso el grande hombre con aire picaresco.

—No tal, contestó Satanás; cosas se ven que hacen esperar aun mas que eso en ese género. La única dificultad estaría en encontrar un actor á punto...

Sobre todo habiéndose dado cien representaciones del drama, dijo el baron que se olvidaba de sí mismo hasta el punto de adherirse á un chiste de tan mal género, particularmente en las circunstancias que le rodeaban.





XXVI.

Tercer acto.



ERMINAREMOS asi el acto segundo, dijo el poeta.

—Corriente, contestó Satanás; empezamos el tercero en el instante en que Lionel, despues de tomar todas las medidas necesarias para obligar á Alix á seguirle, se dirigió á oscuras al cuarto del anciano Hugo. Durante el tiempo qne quedara aquella infernal oscuridad, habia estallado una horrible tempestad que se anunciaba dentro y fuera con terribles relámpagos y truenos.

Ermesinda habia pasado á la habitacion de su esposo, á quien referia la escena que habia tenido lugar entre ella y su hijo. Ermesinda solo hablaba de la sumision del jóven, esperando conmover á Hugo diciéndole que el amor de Lionel era muy débil, pues habia opuesto tan poca re-

sistencia á los deseos de su padre, y que habia poco peligro en dejarle cerca de Alix, y sobre todo, en ocasion en que necesitaria pasar la mayor del tiempo manejando la lanza en el campo.

—Oh! en eso está el peligro, Ermesinda, respondió el anciano, porque las mujeres son tales que se entregan bien al que está siempre y á todas horas á sus pies, dispuesto á obedecer sus palabras, esclavo de su mas frívolo capricho y de su deseo mas estravagante, lacayo servicial, á quien recompensan con su amor, no pudiendo recompensarle con su oro, ó bien se entregan al que apenas las mira, al que ha colocado su ambicion á mas altura que ellas: una noche que torna al castillo cubierto de sangre y de polvo, con los ojos animados aun por el ardor de la pelea, conducido en triunfo por sus soldados, se embriagan al verle y le abren sus brazos, para que descanse de tan noble fatiga en su seno. Hé aquí lo que sucedería á Alix una noche en que su marido dormiria borracho en su lecho y en que el amante pasara con altiva frente junto á la esposa descansada. No ha sucedido ya casi eso, Ermesinda?

—Ermesinda calló, y al fin dijo:

—Cúmplase vuestra voluntad, señor; Lionel obedecerá.

En aquel instante se abrió la puerta de la cámara y apareció Lionel que se detúvo al ver á su madre, á quien no esperaba hallar allí.

—Quién os ha llamado? le dijo Hugo con severidad volviéndose hácia él.

—A qué vienes aquí? esclamó su madre lanzándose á su encuentro.

Lionel guardó silencio un instante; tenia el aire de estravio del hombre que acababa de cometer por primera vez un crímen.

Sin embargo, se repuso un poco y respondió rechazando con dulzura á su madre:

—Ya que la casualidad lo dispone, sed testigo, madre mia, de lo que voy á decir á mi padre.

—Lionel, me habeis prometido partir.

—Y partiré.

—Me habeis prometido no volver á ver á vuestro padre.

—Os he prometido, madre mia, no faltar al respeto que debo á mi padre; sin faltar á ese respeto voy á interrogarle.

—Oh! calla! esclamó Ermesinda, qué le quieres preguntar?

—Quiero preguntarle, madre mia, por qué llorais sin cesar, por qué me veo siempre proscripto.

—Lo quereis saber? digo Hugo levantándose de repente.

—Oh! callad, callad! repitió Ermesinda dejando á su hijo para lanzarse hácia su marido.

Hugo la miró y se compadeció de la madre y del hijo.

—Vete! vete! dijo á éste. No me preguntes lo que tengo oculto en mi corazon hace veinte y dos años.

Esta palabra pareció deslumbrar á Lionel como la luz de un relámpago fatal.

—Hace veinte años! dijo el jóven con lentitud dirigiendo á su madre una mirada en que se leian todas las sospechas que aquella fecha acababa de despertar en él.

Aquella madre no pudo soportar la mirada terrible de su hijo y la vergüenza pesó en su frente como la eterna roca de Sísifo; dobláronse sus rodillas y esclamó dirigiéndose á la vez á su hijo y á su esposo:

—Perdon! perdon!

Lionel permaneció inmóvil y se cerraron sus ojos; luego, haciendo un esfuerzo, se pasó la mano por la frente para enjugar el sudor gracial que le inundaba, porque su pensamiento acababa de hacer una larga y penosa jornada en tan cortos instantes; habia recorrido todo su pasado, y todo su pasado se habia presentado á él. Vuelto al presente, abrió los ojos para asegurarse si todo aquello era un sueño, y vió á Hugo mirándole con una alegria feroz y á su madre de rodillas sin atreverse á mirarle.

Lionel no era uno de esos seres débiles y humanos que de repente sienten la compasion en su alma. Lionel no perdonaba á su madre aunque supiese cuan dolorosamente habia espiado su falta; pero no vaciló entre la alegria de Hugo y el dolor de Ermesinda: así, pues, se inclinó á ésta y la dijo:

—Levantaos, señora, no lloreis; Lionel de Roquemure os proteje ahora.

—Ahora que ya sabes la causa de mi ódio, dijo el anciaño, ya no existe Lionel da Roquemure.

—Tienes razon, anciano! guarda tu apellido, que yo me avergüenzo de haberle llevado.

El anciano se sonrió con desprecio.

—Oh! no te rias, Hugo de Roquemure, continuó Lionel. A cada uno lo suyo. Hace un instante habia aquí un jóven que habia tendido su espada sobre la familia de Roquemure, y el resplandor salido de aquella espada era tan vivo que nadie se atrevia á mirar hácia ella, nadie sabia que el apellido de aquella familia habia venido á parar á un anciano sin fuerza y un idiota sin valor. Ahora que ya no le pertenece ese apellido, el bastardo retira su espada para sostener su marcha, porque su único apoyo es su espada, y deja que lleguen hasta vos las miradas de los hombres. Hágase lo que has dicho, señor de Roquemure, tú recobras tu apellido y yo recobro mi gloria. Estoy contento con la particion.

—Y á qué apellido unirás esa alta gloria?

—Al que yo mismo me cree.

—Por qué no tomas el de tu padre, cuyo esplendor podríais sostener?

—Cualquiera que ese apellido fuese, podria llevarle con orgullo, pues seria el del hombre á quien amó mi madre.

—Era un noble y rico aventurero, en efecto, ese magnífico genovés que agradaba á las mujeres por su hermosura, y que les dejaba el deshonor po despedida.

Un genovés! un genovés..... esclamó Lionel con un horrible presentimiento; luego añadió con voz entrecortada: Y su nombre? Cuál es su nombre?.....

—Tomadle, Lionel; vuestro padre adquirió mucha fama por sus bajezas, por sus crímenes y por su hermosura; tomadle, y todavía se entregarán muchas mujeres al bello Zizuli.

—Zizuli! esclamó Lionel dando un grito que resonó eu todo el castil'o.

Hugo quedó estupefacto, y Ermesinda se levantó como si oyeca el rugido de una fiera.

—Zizuli! Zizuli! repetia Lionel mirando alternativamente á su madre y al anciano.

Hugo lleno de contento al ver la terrible desesperacion de Lionel, gozaba sin embargo sin comprender el motivo, y dijo con sonrisa cruel dirigiéndose á su esposa:

—Mira, Ermesinda, mira á lo que conduce el adulterio.

No lo sabes bien, Hugo; repuso el mancebo acercándose á él; crees que conduce al dolor, á la desesperacion, á la locura; pero te equivocas: conduce al incesto.

Hugo y Ermesinda retrocedieron con espanto.

—No me comprendeis? preguntó Lionel adelantándose hácia ellos; no sabes, cobarde anciano, que no mataste al amante de tu mujer, no sabes que tu nuera es hija de mi padre, y que la hija de mi padre se ha entregado á mi?

—Alix! exclamaron á un tiempo el anciano y Ermesinda, Alix!

Ermesinda cayó en el suelo sin sentido; pero el anciano Hugo, hallando algunas fuerzas en su cólera, se lanzó hácia Lionel, y le asió gritando:

—Aqui! aqui, mis hombres de armas! muera Lionel! muera el infame! muera el incestuoso!

Lionel, cuya razon vacilaba al choque de tan terrible revelacion, rechazó violentamente al anciano que fué á caer junto á Ermesinda, y se lanzó fuera de la cámara con la cabeza trastornada. Atravesó los largos corredores que le habian conducido á la habitacion de su padre, y llegó pálido, helado, tembloroso al salon principal donde debia esperarle Alix.

—Cuánto has tardado! esclamó cerca de él una voz.

Lionel se volvió y no vió delante de él á Alix á la luz de los relámpagos que se sucedian con rapidez.

—Qué crímen acabas de cometer tú tambien? le preguntó sintiéndole estremecerse y temblar.

—Adulterio é incesto! contestó Lionel rechazándola en tanto que la tempestad estallaba en todo su furor.

—Qué dices Lionel? Has olvidado que yo te esperaba?

—Sígueme si te atreves, respondió el mancebo, sígueme, mujer de Gerardo.

—Ya no lo soy, dijo Alix empujando la puerta con el pie y mostrando á su marido ahogado sobre el lecho.

—Ah! tambien un asesinato! esclamó Lionel retrocediendo.

—Empezaba á despertar y yo te esperaba.

—Sígueme pues si te atreves, dijo Lionel cuya razon habia desaparecido; hija de Lionel, adúltera viuda de Gerardo de Roquemure, eres la prometida incestuosa del hijo de Zizuli.

Y, sea que los dos repitiesen con horrible estruendo estas palabras fatales, ó sea que una voz infernal las pronunciase al lado de ellos, parecia que durante un instante todos los ecos del castillo de Roquemare hacian resonar las palabras *adulterio, asesinato, incesto.*

Lionel huyó entonces. Al atravesar el ancho patio que se estendia entre aquella sala y la puerta del castillo, oyó relinchar los caballos al ruido de su armadura. Aunque trataba de huir rápidamente siguió adelante; pero vió á la puerta del castillo una ligera hacanea, una soberbia yegua que Alix habia hecho preparar, la cual tenia un page por las bridas. Apoderóse de ella por un movimiento instintivo y montó; alzóse en seguida el rastrillo y el joven salió de la fortaleza sin mas objeto que el de salir y sin dar ningnna direccion á la yegua que se lanzó hácia el pie de la colina con la rapidez del ciervo.

Mientras esto pasaba en un lado del castillo, tenia lugar una escena no menos horrible en la cámara de Hugo. El anciano y Ermesinda se habian levantado del suelo.

—Lionel! Lionel! se puso á gritar la última arrastrándose hácia la puerta por donde habia desaparecido su hijo.

—No tengas miedo, dijo el anciano ciego de rabia, ya le volverás á ver.

Y en seguida Hugo quiso lanzarse en persecucion de Lionel, pero Ermesinda se arrojó á su paso para impedírsele. Hugo cuya rabia se aumentó entónces, tiró de su puñal y le clavó en su esposa. Creyóse libre, pero aquella desventurada le detuvo aun agarrándose á èl con el resto de sus fuerzas y él en el delirio de su rabia la desgarró las manos con el puñal para obligarla á soltarle; la lucha fue bastante larga para dar lugar á huir á Lionel.

Al fin sucumbió Ermesinda y el anciano salió de la camara. Hacia ya rato que sus gritos y los de Ermesinda habian despartado á los moradores del castillo; corrieron estos á la sala que Lionel acababa de dejar y encontraron allí á Hugo que preguntaba con furar á Alix:

—Dónde está?.... dónde está tu amante?.... dónde está ese infante?

Alix no contestó, Alix permaneció muda.

El anciano se precipitó á la cámara de su hijo llamando.

—Gerardo! Gerardo!

Y permaneció allí largo rato sin que se oyese nada, sin que nadie se atreviese á traspasar el umbral de la puerta.

Cuando salió, hubiérase dicho que una fuerza sobrehumana animaba su cuerpo caduco y débil..... Era espantosa la palidez de su rostro; su cabello blanco estaba herizado.

No solamente habia visto en la cámara el cadáver de su hijo, sino tambien á la luz de los relámpagos habia visto en el campo al que creia su asesino, el cual se alejaba del castillo.

Sin duda le habia inspirado un demonio, sin duda se habia apoderado de él un horrible pensamiento, uno de esos pensamientos que caen sobre el hombre con la rapidez del águila, y que le ahogan entre sus garras de fierro, pues no exhaló uu grito ni una imprecacion; pero dió algunas órdenes con voz tan firme é imperativa, que no parecia la suya. Los criados estaban muy acostumbrados á la obediencia en el castillo de Roquemure, y sin embargo nunca habian obedecido con tanta rapidez como entonces; tales eran la sorpresa y el espanto que á todo el mundo habian causado la inusitada firmeza de Hugo, y la seguridad de su paso.

El cadáver de Gerardo, Ermesinda y Alix fueron trasportados en un instante al patio del castillo, á donde se habian llevado ya tres soberbios caballos cerriles que relinchaban y saltaban. Estaban ya preparadas las cuerdas, y en un momento fueron atados sobre los tres corceles el cadáver de Gerardo, Ermesinda y Alix que se agitaba con todas sus fuerzas.

No bien se apretaron los últimos nudos, esclamó Hugo con voz tonante:

—Ahora dejad que pase la justicia del infierno.

Abrióse la puerta y los caballos se precipitaron al campo abriendo sus humeantes narices á las ráfagas de la tempestad, que hacian llegar hasta ellos las cálidas emanaciones de la yegua.

Durante este tiempo, otros criados habian amontonado gran cantidad de madera y paja en la sala principal del castillo.

Hugo se dirigió á esta con paso firme, y encontró al padre Andoin que, habiéndose levantado demasiado tarde, á causa de su debilídad y sus muchos años, solo habia sido testigo del suplicio de los verdaderos culpables.

—Qué es lo que acabo de saber! dijo. Ha muerto Gerardo!

—Sí, puedes rogar por la salvacion de su alma.

—Ah! acabo de ver la espantosa venganza que has tomado..... Por tu alma es por la que debo rogar.

—Sacerdote, perderás tus oraciones; al ver á mi hijo muerto, he pedído

venganza al cielo y me ha respondido el infierno. En cambio de esta venganza, doy al infierno mi al alma, voy á enviársela.

En seguida el anciano cerró la puerta de la sala, y un momento despues se oyó rugir el incendio. Muy pronto apareció Hugo á todos los ojos; estaba sobre la torre mas alta, y alli permaneció de pié entre el fuego del cielo y el de la tierra, inmóvil como una estátua blanca. Desde lo alto de su castillo devorado par el incendio, á la luz de las llamas que parecian impotentes para anonadarle, pues debia ser su alimento imperecedero y eterno, desde alli vió consumarse la venganza que el infierno le habia prometido.

En efecto, los fogosos caballos se habian lanzado á su vez por la falda de la colina persiguiéndose, aventajándose, tropezando unos contra otros, en tanto que el cadaver iba y venia batiendo los costados, las ancas y el cuello de su corcel, en tanto que Ermesinda moribunda se asia desesperada á la crin del suyo, y Alix procuraba soltar las cuerdas que le sujetaban. En cuanto á Lionel, habia dejado correr al azar su noble yegua, y esta acostumbrada á mano mas firme, habia tornado hácia el castillo. Lionel solo echó de ver esto á la repentina claridad que se alzó delante de él. Miraba, sin esplicarse aquella luz roja que se cruzaba con el blanco resplandor de los relámpagos, cuando de pronto sintió á su lado el galope del primer caballo, y al dar un salto para detenerse el fogoso animal; Lionel vió ajitarse el sangriento cadáver de su hermano. Exhaló un grito, y otro grito le respondió. Volvióse y vió pasar á Alix por el otro lado, pálida, desordenado el cabello y los ojos oscos, y la vió desaparecer en seguida. Duda, cierra los ojos como hiciera al saber el secreto de su nacimiento; quiere huir, le llama una voz, abre los ojos, mira..... y vé á Ermesinda que tiende hácia él sus manos ensangrentadas, esclamando:

—Soy yo, Lionel, soy tu madre!

El miedo, el miedo glacial penetra de repente en la sangre y en los huesos de Lionel ante aquel espectáculo, y duda, se siente próximo á perder á un mismo tiempo las fuerza y la razon. Se afirma en su yegua, y dirige á su alrededor una mirada llena de terror, para ver si todos aquellos fantasmas que han pasado como relámpagos se han desvanecido por completo; pero vuelven los tres sobre sus caballos que se ponen de manos, saltan y se tropiezan sacudiendo en torno de Lionel uno de ellos un cadáver, el otro una mujer moribunda y ensangrentada, y el tercero tambien una mujer que forcegea dando gritos de rabia, en tanto que dicen unas voces que el mancebo conoce demasiado:

—«Lionel, Lionel, soy yo..... soy tu madre, soy tu hermana.»

Nombres terribles para aquel desgraciado, que hacen resonar siempre en su espíritu las palabras terribles de *asesinato, adulterio é incesto*.

Espantado y trastornado, oprime los hijares de su fogosa yegua que corre

entonces con espantosa rapidez; sus pies, tan delgados y ligeros apenas tocan al suelo, juega mientras con el freno, porque la mano desfallecida de Lionel ha dejádo las riendas; los soberbios caballos cerriles continúan su furiosa carrera. Oyese el ruido de sus anchos cascos que baten el cami-



no como pudieran hacerlo los martillos de cien forjadores. La yegua parece oirlos relinchar, huye de ellos y los espera; luego relincha tambien, acorta su suelo y deja que se acerque uno de ellos. Vuélvese Lionel, y vé á

Alix jadeante y trastornada que tiende los brazos y desaparece de nuevo arrebatada por su corcel. La yegua se detiene, y un nuevo corcel la alcanza y pasa rozándose con ella. Lionel se oculta para no ver, pero choca con el cadáver de su hermano que vá de un lado á otro batiendo los hijares del caballo que le lleva. Quiere huir el mancebo, y grita y se agita; pero siente que le asen por la garganta dos manos teñidas de sangre: son las de su madre, las de su madre que le dice:

—Sálvame, Lionel! sálvame!

Lionel la rechaza y hiere con furor á la ligera yegua, que corre, corre furiosa, con las narices humeantes; pero el cerril que lleva á Ermesinda, mas furioso aun que ella, la muerde en las narices, la oprime el costado y corre con tanta rapidez como ella, y las manos ensangrentadas de la madre adúltera no dejan el cuello del hijo incestuoso. Entonces Lionel en el arranque de una rábia furiosa azuza á su cabalgadura con sus gritos; unde en ella sus espuelas y la oprime con sus pies y aventaja á todos los corceles que la persiguen y se libra al fin de la opresion convulsiva del fantasma; pero oye la voz de Ermesinda que le grita:

—Oh! maldito seas!

El desgraciado cuya razon se desvanece, se detiene al oir aquel grito para volverse hácia aquel fantasma que le ha maldecido con la voz de su madre, pero entonces Gerardo y Alix se hallan á su lado sobre caballos que se ponen de manos y le amenazan con ellas. Vuelve á correr su yegua y Lionel se tiende casi sobre la silla cerrando los ojos; pero Alix le alcanza á su vez y se inclina hácia él y asiéndole, le dice con voz desmayada que parece decir alguna cosa que solo él debe oir:

—Lionel, soy yo:... Lionel, soy yo... soy tu Alix á quien amas!

Y como el jóven se esfuerce por librarse de Alix, esta añade con desesperacion y como para enternecerle:

—Soy yo, soy tu hermana.....

Lionel solo ve á su lado el incesto, el asesinato, el adulterio traidos alli por el infierno.

Entonces loco, fascinado de terror, huye, huye, huye; pero los fogosos cerriles le persiguen sin cesar; la yegua espantada no sabiendo que camino seguir dá vueltas sin cesar alrededor de la colina donde se abrasa el castillo y Lionel ve en lo alto de la torre del homenage la figura del anciano que da vueltas lentamente siguiéndole con la vista, como una estatua de mármol que gira en su pedestal.

Durante mas de una hora aquella horrible cabalgata dió vueltas en torno del incendio envuelta entre las ráfagas del huracan que silvaba, los relámpagos que hendian con su blanco fulgor las nubes enrojecidas por el incendio, al estallido del trueno que acompañaba al inmenso crujido del edificio que se desmoronaba y á los salvajes relinchos de los caballos. La lucha fue incesan-

temente violenta, furiosa y terrible hasta que Lionel prorumpiendo en terribles imprecaciones llamó en su ayuda todas las potencias de este mundo; y como nadie acudiese á favorecerle llamó á las potencias del infierno que respondieron á su voz.

Entonces, entonces fue cuando, en el delirio producido por su terror, se entregó al infierno con toda su posteridad hasta que hubiese en esta un hombre bastante virtuoso para romper aquel pacto infernal.

Hubiérase dicho que un ser sobrehumano cabalgando en un caballo de fuego y arrastrando á la yegua en su furiosa carrera, hablaba en voz baja á aquel desgraciado y le arrebataba á través de los campos. Cuando el pacto se hubo terminado, cuando Lionel le hubo ratificado echando al lodo sus espuelas, escupiendo una cruz que encontraron al paso y bañando su espada en la sangre de su madre, se detuvo la yegua rendida de fatiga y los corceles que la perseguian fueron á caer junto á ella.

Cuando Lionel se levantó estaba muerta su madre, pero vivia aun Alix.





XXVII.

Transformacion.



ABIA escuchado Luizzi esta espantosa historia con el rostro pálido y el alma helada, hasta el poeta se habia dejado dominar por la voz siniestra del narrador, pero recobró su imperturbable serenidad y dijo al Diablo:

—Con que todavia vivia Alix?

—Sí, contestó Satanás, era razon que diese á luz el primer vástago de esa raza nacida del adulterio y el incesto, al hijo de Lionel, al nieto del genovés Zizuli.

—Ah, sí, perfectamente, dijo el poeta: teneis razon, era preciso que la balada tuviera su desenlace; digo balada, porque ya conocereis que ese desenlace no se puede egecutar en el teatro como no sea en el circo de Franconi. Y se habla aun en este pais de la familia de Roquemure?

—No; se estinguió con Gerardo y Hugo.

—Pero qué fué de Lionel y su hijo?

—Se dice, contestó el Diablo que en aquella rápida carrera habia llegado en menos de una hora al centro del Languedoc.

—Y existe en Languedoc alguno de los Roquemure?

—Creo que no, porque el hijo de Lionel debió dejar el apellido de su abuelo segun el pacto hecho con el Diablo, formando uno nuevo con las letras de aquel singular apellido.

—Y cuál fué el que formó?

—Ved el que se puede formar con el de Zizuli.

Luizzi, casi tan espantado con el relato que acababa de oir, como su abuelo Lionel pudo estarlo en aquella terrible lucha, esclamó iuvoluntariamente:

—No, no hay en Languedoc ningun apellido que se parezca á él.

—Perdonad, repuso el narrador, hay uno. Si el señor que se ocupa de historia pintoresca, fuese á Tolosa, le encargo que haga algunas investigaciones en la biblioteca pública. En un rincon á la izquierda de la puerta de entrada, encontrará, olvidado en el fondo de un estante, un pequeño manuscrito en lengua de oc, en el que se refiere la vida del hijo de Lionel, que figuró en la guerra de los albigenses, y se llamaba.....

—Qué importa el nombre? dijo Luizzi interrumpiendo al Diablo con viveza. Y qué fué de ese pretendido hijo de Lionel?

—Con arreglo al contrato celebrado con el Diablo tenia diez años para elegir lo que le hiciera feliz y le librara del infierno.

—Y eligió?

—No, porque entregando su vida al azar, rico, aventurero y negligente, echó de ver que habia dejado cumplirse el plazo, y ya no era tiempo.

Luizzi se estremeció al oir esto, y poseido del terror que le dominaba, esclamó como el hombre que despierta de un horrible sueño:

—A cuántos estamos?

—A 1.° de Setiembre de 183.....

—Tres meses! no tengo mas que tres meses, murmuró Luizzi.

Y quedó sumido en horrible preocupacion. Tres meses le quedaban para elejir; pero ¿no era tiempo suficiente si sabia emplearle en estudiar el mundo, sino prácticamente, al menos por el relato de Satanás?

Entre tanto el poeta conversaba con el viajero discutiendo ambos el medio de hacer un drama ó un *vaudeville* cualquiera de aquelle historia como dos dramaturgos á la moda.

Cuando el baron se ponia á escucharlos, se detuvo la diligencia. Satanás echó pié á tierra saludando á sus dos compañeros, y les dijo:

—Disimulad mi charlatanismo; sin duda os he fastidiado no poco; pero qué ha da hacer uno en una diligencia como no sea referir historias?

Luizzi, deseoso de hallarse á solas con Satanás, le dejó bajar y le siguió. Cuando estuvieron á alguna distancia del carruage, le hizo una seña imperativa para que le siguiera. El viajero obedeció, y dijo entonces á Armando:

—Os comprendo, señor baron de Luizzi; mi narracion ha podido heriros, y sin duda quereis pedirme una satisfaccion, pero no tengo ganas de aceptar uu duelo ni lo acostumbro, sobre todo tratándose de vos.

—Miserable! esclamó el baron con tono amenazador, y persuadido como estaba de que aquel hombre era el Diablo y se burlaba de él.

—Son inútiles vuestras amenazas, caballero. Soy sacerdote, y si un tiempo fue mi conducta objeto de escándalo, creo haber espiado mis faltas con la austeridad de una vida entregada al estudio y á la soledad.

—Qué significa esa chanza? repuso Armando furioso.

—Vedlo aqui. Volviendo de París encontré á ese jóven loco en ese pueblo donde está mi curato; y valiéndome de mi trage de seglar para que no me conociera, quise mostrarle hasta que triste ferocidad se puede llevar esa manía literaria que se alimenta de incestos, de asesinatos y de sangre, y le he contado la leyenda que habeis oido y que leí en efecto yendo á buscar las antiguas tradiciones de nuestro pais á la biblioteca pública hallándome estudiando teología en Tolosa.

—Pero y esa historia? dijo Luizzi, á quien admiraba la tranquilidad de su interlocutor.

—Se dice que es la de vuestra familia, porque se puede formar el apellido Luizzi con el de Zizuli; pero os confieso que no solamente me he admirado de que no lo sepais, sino tambien del efecto que parecia producir en vos.

El baron esperimentó uno de esos movimientos interiores que nos hacen dudar de nuestra razon, y dijo:

—Segun eso, me conoceis?

—Os conozco hace muchos años, baron, y nos aproximamos por una desgracia que debe ser un remordimiento eterno para los dos.

—Pero quién sois? repuso Luizzi cada vez mas inquieto.

—Quisiera ocultaros mi nombre; pero no me he consagrado á una vida de humillaciones para temer sufrir delante de vos una nueva vergüenza. Soy el abate de Serac.

El viagero saludó y partió al decir estas palabras, que parecian haber petrificado á Luizzi.

No bien habia desaparecido el viagero, agitó Armando su talisman, y se presentó Satanás.

La figura que esta vez tomó espantó á Luizzi, aun mas que lo habia hecho la de Akabila. El baron creyó tener delante de sus ojos á Mr. de Cerny. Era él, su gesto, su figura, su postura en fin. En su primer momento de

sorpresa el baron no sabia si soñaba, si aquel ser era el Diablo, ó si era el conde. Al fin se decidió á hablarle quien quiera que fuese.

—Ya estais aqui? le dijo.

—Ya estoy.

—Y qué me quereis?

El Diablo contestó sonriéndose:

—No me esperábais, señor baron?

—Sí, te he llamado, dijo Armando conociendo al fin á Satanás en su feroz sonrisa.

—Y he venido, mi amo.

—Y por qué has tomado esa figura?

—Porque puede serme útil.

—Sin duda como la que acabas de dejar?

—La que acabo de dejar? Si no te he visto desde anoche.

—Quién era ese hombre que acaba de separarse de mi?

—Pues qué, no has conocido al abate de Serac, al antiguo amante de la marquesa du Val?

—No habias tomado tú su figura?

—Sí, en el camino de Orleans esta noche. Es cierto; tomé su trage porque el bueno del sacerdote sabe abrigarse muy bien, y yo detesto mucho el frio.

—Y no subiste á la diligencia?

—No por cierto; como que el abate y el poeta se habian adelantado ya á tí, no habia ya asiento mas que para tres.

—Con que no eres tú quien ha contado esa espantosa historia?

—Yo no hablo nunca de mis asuntos.

—Pero es cierta esa historia?

—Está escrita.

—No me responderás con claridad siquira una vez en tu vida?

—No sé lo que entiendes por responder con claridad.

—Es verdadera esa historia? dime sí ó no.

—Antes de todo, qué entiendes tú por verdadera?

—Ha sucedido todo lo que ese hombre ha contado?

—Sí y no. Sí para tí, que quieres creer en ella néciamente; no, para los que la traten de fábula.

—Pero, prescindiendo de mi credulidad y de la de los demás, cuál es la verdad?

—En un tiempo se decia que el sol daba vueltas alrededor de la tierra, y entonces era una verdad; en el dia se cree que la tierra da vueltas alrededor del sol, y en el dia es una verdad.

—Pero entre esas cosas hay alguna verdadera?

—Puede que sí; á no ser que la verdad no esté entre esas cosas.

Luizzi conoció que no podia hacer decir al Diablo lo que deseaba saber, y se puso á reflexionar á la vez acerca de la obstinacion del Diablo en no responder y acerca de la casualidad que le hacia encontrar en aquel singular viage á la mayor parte de aquellos cuya vida se habia rozado con la suya.

El baron parecia conocer que en torno suyo se establecia una lucha entre Satanás, que le impulsaba á la perdicion, y una potencia desconocida que parecia querer salvarle. Aquel sacerdote lanzado á su caminno, y que le habia advertido la proximidad de la hora fatal en que necesitaba hacer su eleccion, era acaso el órgano involuntario de aquella potencia protectora? Aquel hombre mismo, vuelto por el arrepentimiento á una vida regular y honrada, despues de haberse entregado de tal modo á la disolucion ¿era un ejemplo que se le ofrecia, y se le mostraba con el dedo?

Armando fué interrumpido en estas reflexiones por la necesidad de volver al carruage; pero, decidido esta vez á consultarse detenidamente y sin someterse á ninguna influencia estraña, se alejó diciendo á Satanás:

—Déjame.

—Me es imposible en este instante.

—Cómo imposible! dijo Luizzi. Y si yo no quiero oirte?

—Te taparás los oidos.

—Acaso ignoro que tu voz lo penetra todo?

—No será ahora asi, pues no hablaré para que tú me oigas.

—Quién sino ha de oirte?

—Tu compañero de viaje.

—El poeta?

—El mismo.

—Y qué quieres decirle?

—Contarle dos anécdotas: la una para que haga una novela que será horrible; la otra una mala accion que será infame. Y sin embargo, se podrá practicar una buena accion con la primera anécdota, y hacer una buena comedia con la segunda.

—Y cómo sabes que será mala su eleccion?

—Porque conozco al hombre y á los hombres, porque tu siglo es aficionado á los cuadros monstruosos, y desdeña las pinturas verdaderas..

—Y qué anécdotas son esas?

—Puedes oirlas.

Y hablando asi, se acercaron al carruage y ocuparon los dos únicos aseintos que quedaban vacíos.

—Ola! dijo el poeta asi que vió al baron. Quá habeis hecho de vuestro narrador?

—Le he dejado volver á su presbiterio.

—Cómo! esclamó el poeta, con que era cura!

—El cura de ese pueblo.

—Pardiez que para ser cura ha contado cosas singulares: sabe baladas bien edificantes.

—No hablais del abate Serac? preguntó el Diablo mezclándose en la conversacion. En ese caso, conozco la balada á que os referís: no sabe mas que ella, y se la encaja á todo el que llega, ni mas ni menos que el orador de la oposicion, cuyo discurso es siempre el mismo, y un ministro cuya contestacion es la misma siempre.

—Pues yo creo que hay en ella materia para un drama, dejando á un lado la carrera de los cadáveres. Tengo que pensar en ello.

—Ya! con que el señor se dedica al teatro? preguntó el Diablo. Es muy hermoso dominar á todo un público con el poder del pensamiento, tenerlo lleno de ansiedad, y hacerle temblar y llorar á gusto del escritor.

Es verdad, dijo el poeta con la fatuidad mayor que hasta entonces habia mostrado; esa es una de las felicidades que yo he gustado ya algunas veces.

—Lo que me admira, repuso Luizzi á quien disgustaba soberanamente aquel señor literato que decia haberle hecho un favor, lo que me admira es que no se hagan comedias abundando por todas partes los originales.

—Comedias! esclamó el poeta. Y dónde quereis que se busquen personages para ellas?

—En el camino real, contestó el baron; en el camino se los encuentra tan bien como en los salones.

Preguntad, mas bien como podreis hacerlas.

—Como se hacia en otro tiempo, contestó el baron.

—En otro tiempo, caballero, se podia reir y criticar, pero en el dia no se puede, replicó Satanás.

—Creeis que en un tiempo de libertad como el nuestro haya menos que antiguamente?

—En un tiempo en que el vicio es dueño de la sociedad no hay público á quien divierta la crítica del vicio. En un presidio no ve con gusto el desprecio á los ladrones; no se perdona el contar sus fechurias á no ser que sea para aprender á imitarlas.

—Sin embargo, dijo Luizzi, en el dia que van desapareciendo las gerarquias sociales se puede elejir donde se quiera sin temor de una oposicion que antiguamente era solidaria entre la gente de una misma clase.

—No estoy conforme, replicó el Diablo. Quién se atreveria á retratar un diputado independiente que quiere venderse, un banquero ladron, un notario idiota, un militar fanfarron, un majistrado infame, un abogado bribon? La cámara, el comercio, el notariado, el ejército, la majistratura y el foro se indignarian; se hablaria de impudencia, de desmoralizacion, de desorganizacion social, de fuego revolucionario. Se ha hecho burla de los marqueses que en tiempo de Luis XIV asistian al rey cuando se levantaba; os desafio á que pongais en escena al ayuda de cámara que viste á vuestro

soberano. Se componen farsas idiotas, y no hay poder ministerial que se atreva á permitir presentar en escena un comisario de policía imbécil. Si quereis pintar un obrero insolente y brutal, encontrareis mil obreros insolentes y brutales, sin contar los buenos y los nécios, que se creerán interesados en la cuestion, y os silbarán diciendo que calumniais al pueblo. Si retratais un rico sórdido y desapiadado, se os arrojará de todos los salones por envidioso y miserable. Retratad á un pedante ambicioso lleno de falsa ciencia, y todas las sábias corporaciones se alzarán contra el ignorante que quiere ponerlas en ridículo. Presentad un literato fátuo, que desvirtúa el talento que roba, haciéndolo pasar por su pluma, y todos los folletines dirán que sois un nécio. De modo que necesitais reiros de los jorobados y los ingleses amancebados: ahí está toda vuestra comedia. El imperio de la risa pertenece á los bufones, con tal de que lo sean hasta el absurdo; porque si solo lo son hasta la verdad, no faltará un ciudadano cualquiera, miembro de cualquiera clase, que llevará á mal el que le pongan en escena. La igualdad ante la ley ha matado á la sátira personal; la igualdad ante el vicio ha matado á la comedia. Cuando una casa vieja se desmorona, es peligroso dar con la piqueta en los sótanos; cuando la sociedad conoce que se cae, no quiere que se descubran sus resquebrajaduras. Se revoca con toda clase de leyes, se pinta con el respeto humano y se apuntala con la moral escrita, pues teme el menor empuje. No es una clase sola la que se opone á toda pintura exacta, es la sociedad entera. Y qué hombre es bastante fuerte para luchar con ella?

—Añadid, dijo el poeta, que hasta esos mismos vicios carecen de relieve, de vigor; con dificultad quedan algunos rídiculos.....

—Os aseguro que los hay enormes; replicó el Diablo mirando al poeta.

—Pasiones sin vigor.

—Os juro que las hay monstruosas.

—Una vida regida y vigilada por el código, por los pases, los pasaportes y los gendarmes.

—Os puedo hacer ver que muchos criminales burlan todas esas investigaciones.

—Durante algun tiempo; pero al fin ván al cadalso.

—O son estimados en la sociedad.

—Pero, oid, dijo el poeta: prescindiendo de la parte diábólica de la historia que ha contado el cura, semejantes sucesos serian increibles en nuestro siglo.

—Y por qué? por el incesto? El incesto de esa historia fué debido á la casualidad, y vos señor de Luizzi, vos habeis encontrado el egemplo del incesto mas abominable, mas complicado y mas hediondo que puede haber.

—Yo! dijo el baron.

—Hay mas incestos que los que vos sabeis, y vos mismo habeis contribuido á mas de uno en los salones de París. Pero vos, señor de Luizzi, vos particularmente habeis estrechado la mano de un magistrado que, sorprendido por el hermano de una jóven en una entrevista familiar, se vió obligado por el tal hermano, so pena de cortarse el pescuezo con él, á casarse con la jóven. Y sabeis quién era aquella desgraciada? Era hija del migistrado que habia sido amante de su madre! Y sabeis por qué exigió el hermano de una manera tan terrible la reparacion de una ofensa que no existia? Porque su hermana estaba embarazada de él y esperaba ocultar su propio incesto haciendo cometer dos á su hermana.

—Ah! eso es increible! dijo el boron con repugnancia.

—Yo no digo que sea creible, pero sí que es cierto. Y qué diríais si yo os contara la historia de un padre que educa cuidadosamente á sus hijos en las máximas del materialismo mas completo, en los principios de desmoralizacion la mas profunda, para no encontrar luego obstáculo en sus infames proyectos?

—Y se consumó el crímen? preguntó Luizzi.

—Lo gracioso fué, si en tales cosas puede haber algo gracioso, lo gracioso fué, contestó el Diablo, que precisamente las lecciones del padre estorvaron el crímen.

—Me parece imposible, dijo el poeta.

—Ved aqui como sucedió. El dia en que plugo á aquel padre filósofo pedir un amor infame á su hija, le respondió ésta:

—No quiero, padre mio.

—Acaso tienes preocupaciones, hija mia?

—Preocupaciones no; pero sois viejo y feo.

—Pues bien: si no quieres darme por voluntad lo que te pido, me lo darás á la fuerza.

La jóven se apoderó de un cuchillo, y dijo:

—Si os acercais, os mato.

—Cómo! matar á tu padre, bribona!...

—Toma! pues que, no me habeis dicho que mi padre era un hombre como cualquiera otro?

Y el desmoralizador no pudo sacar á su hija de este terrible argumento. Si es preocupacion el no entregarme á vos, tambien debe serlo el no mataros si quereis emplear la fuerza. Ya veis que, gracias á vos, no tengo preocupaciones.

Y semejantes historias, continuó Satanás, no son fábulas inventadas para diversion; son verdaderas, existen los actores, vos los conoceis á todos, y los saludais con respeto. Asi, pues, no os admire la historia fantástica del abate Serac.

—Con qué es verdadera? dijo Luizzi.

—Despues de lo que acabo de deciros, me parece que no hay nada inverosímil en en ella. El crimen no lo es, porque ya veis que en nuestro siglo los hay aun mas espantosos. No lo es el misterio de la fraternidad de



Alix y Lionel, porque esa fraternidad se hallaba oculta bajo un doble adulterio, y las hay legítimas que se ignoran ellas mismas.

—Eso me parece bastante estraordinario, dijo el poeta; el estado civil ha perjudicado no poco á la comedia, matando los reconocimientos inesperados.

—Puedo probaros en este instante lo contrario, repuso el Diablo.

—Me alegro mucho, contestó el literato; ya que se presenta la ocasion, me alegro saber que á nuestro siglo no falta nada de cuanto hizo á los pasados tan fecundos en grandes obras.

— Os aseguro que no le falta nada, dijo Satanás, ni vicios, ni ridiculeces, ni pasiones, ni sucesos estraños, ni caractéres singulares: escepto.....

—Escepto qué? preguntó el poeta.

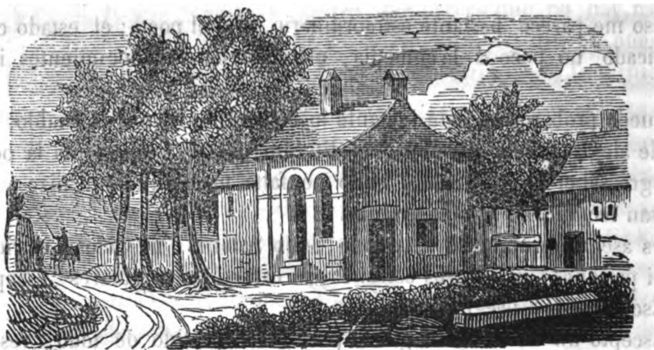
—Escepto un hombre de génio para sacar partido de todo, respondió Armando.

—Cosas de millonario y baron, replicó el poeta con desden. Lo que falta es un público que sepa apreciarlo.

—Cosas de un lilerato silbado, dijo Armando.

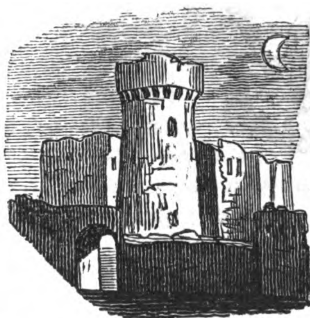
—Ni lo uno ni lo otro falta, señores, dijo el Diablo saludando á ambos; ahora que estais acordes, prestadme atencion.





XXVIII.

El banquero.



COMENZABA la primavera de 1830.

En un rico gabinete, situado en el piso principal de una gran casa de la calle de Provenza, estaba sentado un hombre que leia atentamente los periódicos que su ayuda de cámara acababa de pasarle. Aquel hombre era el banquero Mateo Durand.

—El banqueao Mateo Durand! esclamó el poeta; le conozco mucho: tiene una quinta á algunas leguas de Bois-Mandé, á donde pienso ir á visitarle á mi vuelta de Tolosa.

—Ah! es singular el encuentro, dijo el Diablo; no sé si debo continuar.

—Al contrario, la historia interesa mucho mas desde el instante en que se conocen los personages. Tengo deseos de conocerla á fondo.

—Como gusteis, dijo Satanás, por otra parte, esta historia es la de muchas personas, prescindiendo de algunas particularidades de familia.

Mateo Durand, continuó el Diablo, solo tenia en aquella época cincuenta y cinco años, aunque parecia de mas edad. Las arrugas profundas que atravesaban en todas direcciones su frente ancha, despejada y pensadora, demostraban el esfuerzo constante de una vida activa y laboriosa; sin embargo, cuando se hallaba desocupado, lo cual sucedia pocas veces, su rostro respiraba una benevolencia afectada hácia todo lo que le rodeaba; su voz mas bien estimulante que protectora, parecia decir á todos: Yo soy dichoso y quiero que vosotros lo seais tambien.

Sin embargo, hubiérase podido conocer que su dicha le causaba orgullo, que se la mostraba voluntariamente, que le gustaba dejarla contemplar, como si la sintiese mejor por el efecto que producia en los demas. No trataba, pues, de humillar á los que se acercaban á él, trataba de hacerles ver en su persona el fin á que todo hombre puede llegar por medio de un trabajo constante y de una conducta honrada; por lo demas, el carácter mas comun de la fisonomía de Mateo Durand, era el de una inteligencia rápida y fuerte. Asi, pues, cuando oia á alguien hablar de negocios, fruncia ligeramente las cejas, y daba á su mirada cierta facultad absorvente que parecia no dejar escapar un gesto, ni una palabra, ni un movimiento y aquella facultad era tan viva y tan completa, que Mateo Durand, cuando contestaba tenia por costumbre reasumir cuanto se le habia dicho, y todo con una claridad y una precision notables; luego daba principio á sus observaciones, sea para aceptar, sea para rehusar, sea en fin, para modificar las proposiciones que se le habian hecho. Entonces era cuando se manifestaba la cualidad á la vez mas de bulto y mas oculta de Mateo Durand: y esta cualidad era una obstinacion tal, que nunca variaba de parecer cualquiera que fueran las razones que se le espusiesen.

No he sido exacto al decir que habia una singular obstinacion en sus ideas, porque á nadie le era tan fácil como á él el cambiar de resolucion. Asi es que despues de condenar una operacion y de rebatir con gran superioridad todos los cálculos, se veia de repente prestar el apoyo de su nombre y el de su capital á aquella operacion. Otras veces abria un crédito ilimitado á un comerciante en el momento en que todos los banqueros empezaban á dudar de él, y cuando el mismo Durand conocia mejor que nadie el mal estado de los negocios de su protegido. Nadie habia podido adivinar nunca las razones que determinaban aquellas decisiones tan contrarias á sus intereses: unos decian que era capricho, otros que era generosidad; pero era dificil suponer caprichos tan fantásticos á un hombre tan recto en el manejo general de sus negocios.

Aquella conducta se hubiera esplicado mejor quizá atribuyéndola á generosidad, porque Mateo Durand pasaba por generoso; pero se le habia visto algunas

veces negar con la inflexibilidad mayor algunos socorros. Unicamente un hombre pretendia que aquel sistema era cálculo y este hombre era Mr. Sejan, el dependiente principal de la casa. Pero no esplicaba cual era el objeto de aquel cálculo, y un dia que se habia preguntado á que aritmética pertenecia un cálculo que consistia en prestar mil francos á un deudor insolvente, el anciano Sejan se contentó con responder: Pertenece á la aritmética indirecta.

—Qué significaban las palabras aritmética indirecta? Mr. Sejan no lo esplicaba, y se encerraba en un silencio obstinado, al cual daban cierto aire de sagacidad profunda, y un ligero guiño. Por lo demas, aquellas infracciones de la ley del buen comerciante, no daban temor á nadie aunque fuesen bastante numerosas, porque la reputacion de probidad y de inteligencia de Mateo Durand, eran superiores á toda sospecha, y aquel hombre era demasiado rico para que pudiera arruinarse sin que se conociera.

Creo inútil detenerme mas en el retrato de Mateo Durand; me parece que sus acciones y sus palabras le retratarán mejor que yo pudiera hacerlo.

Estaba, pues, en su rico despacho, que era una gran pieza adornada de magníficos cuadros, severamente alfombrada con un tapiz verde guarnecido de terciopelo negro, y amueblada con el lujo del que paga caro para comprar bueno. El banquero, despues de haber leido con mucha atencion todos los periódicos, abrió uno de los cajones del inmenso bufete á que se hallaba sentado, y sacó un papel que leyó con mas atencion aun que los periódicos; borró muchas palabras, puso otras y volvió á leer aquel escrito desde el principio hasta el fin, declamándole á media voz en tanto que, pluma en mano, le daba el último toque, poniendo puntos y comas con particular cuidado; luego tiró de una de las tres campanillas cuyos cordones, cada uno de diferente color, caian encima del bufete, no sin dirigir antes la última mirada á su obra, porque su obra debia ser aquel escrito, á juzgar por aquella mirada. Aquella mirada era la de una madre que ha concluido de adornar á su hijo, y que despues de haber examinado su trage pliegue por pliegue, alfiler por alfiler, y su cabello bucle por bucle, le coloca á algunos pasos de distancia para contemplar el conjunto de su atavío y para asegurarse de que nada le falta. El ayuda de cámara apareció un momento despues, y le dijo Mateo Durand

—Que venga Mr. Leopoldo.

El criado iba á obedecer á su amo, cuando este añadió:

—Pasad por la escalerilla que conduce de aqui al entresuelo donde debe estar Mr. Leopoldo. Decidle que venga tambien por alli: no hay necesidad de que vean las personas que esperan en el salon que recibo á alguien.

Obedeció el criado y el banquero, asi que quedó solo, abrió la correspondencia que tenia á su lado, contentándose con echar una rápida ojeada á las cartas, que clasificaba colocándolas en diferentes carpetas. Anotó algunas

de ellas, y guardó en su bufete dos ó tres, cuya lectura parecía haberle disgustado. El ayuda de cámara volvió á aparecer acompañado de un jóven como de veinte años, que se detuvo delante del banquero como penetrado de una respetuosa admiracion.

—Decid que voy á recibir dentro de un instante, dijo el benquero al ayuda de cámara, que se retiró.

Mateo Durand se volvió hácia Leopoldo, y le dijo con voz dulce y benévola:

—Leopoldo, tengo que pediros un favor.

—Un favor! á mí? esclamó el jóven con viveza. En qué os puedo complacer, señor? Ya sabeis que mi vida es vuestra, y si es necesario sacrificárosla....

—No, amigo mio, no; contestó Mateo Durand, calmando aquel entusiasmo con una sonrisa afectuosa; el favor que tengo que pediros no exige vuestra vida, pero sí exige prontitud y discrecion.

—Oh! si es un secreto, estad seguro de que antes se me arrancará la vida que revelar una palabra.

—Exagerais la importancia de lo que espero de vos, Leopoldo.

—Quisiera hallar un medio de probaros mi agradecimiento; todos vuestros dependientes os miran como á un padre; pero para mí habeis sido un Dios salvador.

—Vuestra madre se hallaba sin medios de qué subsirtir, y aunque vuestro padre habia muerto en 1815 de resultas de sus heridas, se la negó una pension.... Era una grave injusticia.

—Y vos la reparásteis noblemente, señor; vos acudísteis al socorro de mi madre.

—Podia yo dejar en la miseria á la viuda de un valiente militar?

—Os encargásteis de mí y á vuestra generosidad debo la educacion que he recibido. Es un beneficio.

—Sí, Leopoldo, es un beneficio, dijo el banquero interrumpiendo al jóven, y acaso tengo derecho á decirlo. Aqui donde me veis, salí de mi pueblo casi sin saber leer, y lo poco que sé he tenido que aprenderlo robando algunas horas al trabajo que me daba la subsistencia. Aprendi á escribir sin maestro; sin maestro fui dejando mi lenguaje de campesino; cuando obtuve un destinillo, no queriendo apareeer mas ignorante que mis jóvenes compañeros que habian sido educados en los liceos, procuré aprender el latin.

—Solo?

—Solo, en mi pobre camaranchon. Luego quise saber un poco de historia y un poco de matemáticas; me gustaba la química y estudié física, y hasta aprendí á tocar regularmente el violin. A fuerza de trabajo y economía pude emprender algunos negocios pequeños, luego emprendi otros

mayores y siempre solo, pero siempre perseverante y al fin llegué á ser lo que soy.

—Sois uno de los hombres mas considerables de Francia.

—Al menos, uno de los mas considerados, repuso Mateo Durand; pero volvamos al gran favor que tengo que pediros. Ved aqui una memoria, una carta, un escrito, en fin, del cual necesito cuatro ó cinco copias; lleváosle á vuestra habitacion y sacadme esta noche esas copias. Vuestras horas de escritorio no me pertenecen, porque Mr. Sejan me gruñiria si os distrajese de vuestras obligaciones. Cuento con vuestro favor.

—Oh! señor, dijo Leopoldo confuso, no me hableis de favor pues todos los instantes de mi vida os pertenecen.

—Sobre todo, no enseñeis eso á nadie, ni aun á vuestra madre.

—Yo os lo prometo, señor.

—Y, á propósito, cómo sigue vuestra madre?

—Muy bien. Cuánto agradecerá....

—Que yo haya preguntado por su salud, le interrumpió el banquero sonriéndose. Y sin duda irá proclamando por todas partes la bondad de Mr. Mateo Durand que ha preguntado por Mad. Baron.

—No estrañeis su reconocimiento.

—Me chanceo, Leopoldo, me chanceo, amigo mio; vuestra madre es una digna y honrada mujer, y si exagera lo poco que yo he hecho por ella, ese sentimiento procede de una virtud tan rara, que yo la alabaria si su agradecimiento se dirigiese á otro y no á mí. Dadla mis espresiones.

—Os doy las gracias en su nombre, señor; pero para cuando quereis esas copias?

—Para mañana temprano.

—Entonces las traeré á primera hora, puesto que hasta mañana por la mañana no partís para el Estanque.

—Teneis razon, que es mañana domingo. Tengo que partir esta tarde, porque mi hija me reñiria sino llegara hasta mañana, pues tiene baile en una quinta inmediata, y estoy encargado de llevarla una porcion de cosillas.

—Entonces voy á pasar el dia sacando esas copias.

—No, porque seria preciso escusar vuestra falta al escritorio con Mr. Sejan. Mejor es que vayais mañana al Estanque y paseis el dia con nosotros. Por la noche os llevaré al baile, donde sereis bien recibido..... Quedamos en eso.

A esta proposicion, Leopoldo se puso colorado, bajó los ojos con embarazo, y pareció vacilar. El rostro de Mateo Durand se contrajo ligeramente y el banquero preguntó al jóven con tono un poco seco:

—No podreis complacerme?

—Es que..... ese obsequio me confunde, pues sé que es la recompensa

mas lisonjera para vuestros dependientes..... Mi madre se juzgaria tan dichosa.....

Las facciones de Mateo Durand recobraron su estado ordinario, y dijo con tono de hechicera benevolencia:

—Pues bien! si creeis que no se fastidiará demasiado en el Estanque, la rogareis un dia que os acompañe á allá.

—Ah! señor, señor! esclamó Leopoldo, sofocado y llorando de agradecimiento.

—Vamos, vamos, amigo mio, le dijo Mateo Durand alargándolo la mano.

Leopoldo estaba tan gozoso, habia en su corazon tanta gratitud, que asió la mano del banquero y la besó como la de un rey que acaba de conceder una gran merced á uno de sus súbditos. Durand le contempló mientras se retiraba, y estalló entonces en su rostro la espresion de una viva satisfaccion de sí mismo; levantó la frente con altivez y dejó escapar una sorda esclamacion de triunfo, y dió en seguida dos ó tres vueltas por el despacho como para dar á aquella emocion el tiempo necesario para quo se exhalara libremente. Luego, asi que se vió del todo dueño de sí mismo, volvió á su asiento cerca del bufete y volvió á llamar. El ayuda de cámara apareció nuevamente.

—A fé mia, dijo el poeta, parece que conoceis mucho á ese escelente Mr. Mateo Durand. Ved ahí lo que se llama un hombre de buen corazon. Yo solo le conozco un defecto.

—Y cuál es? preguntó el Diablo?

—Tengo el honor de hablar á uno de sus amigos?

—Soy el conde de Cerny, contestó el Diablo, y solo os cuento lo que he sabido por una casualidad muy estraña. Podeis hablar con franqueza.

—Pues bien: en medio de todas esas buenas cualidades y de su génio financiero, Mateo Durand tiene un defecto que le rebaja á la categoria do los mas vulgares vendedores de gorros de algodon.

—Y qué defecto es ese? dijo Satanás.

—Mateo Durand es clásico, pero clásico á mas no poder.

—Ese es un vicio de que se corregirá leyendo su obra.

—Y luego Mr. Sejan la echa de gracioso cuando cae un libro en sus mamos; lo primero que hace es contar las líneas de la página: sino tiene tantas como las de una edicion compacta de Voltaire, dice que el autor y el editor roban al público.

—No soy de su opinion, dijo el Diablo: yo creo que en punto á literatura moderna, cuanto mas se dá mas se roba al público.

—Cómo! dijo el literato.

—Pero volvamos á Mateo Durand, continuó Satanás. Su ayuda de cámara habia acudido.

—Quiénes son las personas que esperan? le preguntó el banquero.

—Aqui teneis sus nombres, contestó el criado presentando á su amo una porcion de targetas.

Mateo Durand las miró, y se detuvo al llegar á una de ellas.

—Quién es ese Mr. Félix de Marsella? preguntó.

—Es un caballero que parece tener lo menos setenta y cinco años; es el que ha llegado el último.

—Pues será tambien el último que entre.

—El primero que ha llegado es el señor marqués de Berizy, dijo el criado.

—Pues que pase Mr. Daneau, repuso el banquero, y decid á Mr. de Berizy que tenga la bondad de dispensarme: se trata de una entrevista convenida de antemano.

Un momento despues se vió entrar á Mr. Daneau. Saludó al banquero con una torpeza visible que sin duda provenia del embarazo que esperimentaba al hallarse en presencia de uno de los capitalistas mas ricos de Europa. Mateo Durand no pareció echar de ver la turbacion de Mr. Daneau, y le dijo mostrándole un sillon con un gesto bondadoso:

—Os recibo el primero, caballero, porque sé que nunca sobra el tiempo para los negocios; el tiempo es un capital cuyo empleo no se puede trocar sin graves perjuicios. Tened la bondad de sentaros.

Mr. Danean era un hombre muy grueso, alto, de rostro encarnado, pies anchos y manos largas; todo demostraba en él un sólido desarrollo de sus fuerzas físicas nutridas con embutidos y vino de Borgoña. Sin embargo, en medio de aquella rudeza aparecia una inteligencia delicada y pronta, y un lenguaje fácil y adecuado; despues de toser, tomó la palabra teniendo la cabeza inclinada, en tanto que Mateo Durand le contemplaba con aquella mirada firme y directa con que parecia desentrañar las frases mas oscuras y los asuntos mas embrollados.

—Señor, la pretension que hoy traigo es bastante atrevida; pero sereis indulgente con un hombre que se halla á punto de verse arruinado y deshonrado la vispera del dia en que pensaba ver asegurada su posicion. Soy empresario de edificios.

—Lo sé, caballero.

—En la actualidad estoy edificando seis casas. Pensaba alquilarlas para abril de este año terminando las obras interiores durante el invierno; pero ha sido tan cruda la estacion que no se ha podido construir una pulgada de techo, ni pintar una toesa, de modo que me encuentro tan atrasado como hace medio año. Sin embargo, no previendo un invierno tan terrible como el que acaba de pasar, contraje numerosos empeños para este mes y los siguientes. Si mis cálculos no se hubieran visto destruidos por un accidente que ni una vez se renueva, cada diez años hubiera podido atender fácilmente

á esos compromisos, hubiera hallado fondos suficientes, bien hipotecando las casas ó bien enagenándolas. Pero tanta dificultad hay en encontrar dinero sobre casas muy distantes aun de su conclusion como facilidad en hallarle sobre las que están terminadas y en producto. Nosotros únicamente tenemos un conocimiento bastante exacto del valor que tendrán y de los gastos que ocasionarán, para conocer los resultados positivos del negocio y tener confianza en el.

—Comprendo perfectamente lo que decis, contestó Mateo Durand mirando con mas atencion aun al empresario; pero las casas, aun cuando no estén terminadas tienen un valor real sobre el cual no debe ser dificil hallar fondos.

—Señor, no puedo ocultar que ese valor está empeñado, al menos en gran parte. Calculo que las seis casas que estoy edificando valdrán tres millones, y solo tenia trescientos mil francos para empezar. Asi es, que pagada una parte del terreno, tuve que hipotecarle para empezar los trabajos; una vez construido el piso bajo, tomé sobre el piso bajo para continuar el principal; luego tomé sobre el principal para construir el segundo y asi sucesivamente. En el dia debo al pié de un millon doscientos mil francos en hipotecas sobre las casas; mas cuatrocientos mil francos en documentos pagaderos en abril, mayo y junio, en cuya época creí poder adquirir recursos teniendo la facilidad de hallar préstamos sobre casas que representarian un valor de tres millones. Ese valor no le tendrán hasta julio y tal vez ni aun para entonces podré dársele.

—Y cómo así? preguntó Mateo Durand que parecia interrogar á aquel hombre mas bien para saber como entendia los negocios que para conocer lo negocios mismos.

—Vedlo aquí. Despues de haber pagado al contado á todos mis destajistas, gracias á los préstamos que tomaba me vi precisado al empezar el invierno á hacerles pagarés. Esto empezó ya á inspirarles desconfianza y cuando se trató de terminar los trabajos me exigieron la mitad al contado y el resto á plazo. Hoy vence la primera quincena de la continuacion de las obras y tengo que pagar treinta mil francos, la mitad en escudos para los trabajadores; luego dentro de tres dias concluye el mes y necesito sesenta y dos mil para atender á mis compromisos. Ved en el caso en que me hallo: si hoy no puedo disponer de esos quince mil francos, no se pagará á los trabajadores esta noche, se paralizaron las obras, quedarán mis casas sin concluir, y perderá todo mi crédito; si me veo en la precision de hacer quiebra, las casas que dentro de tres meses pudieran valer tres millones solo en el desembolso de cien mil escudos, se venderán quizá dentro de un año judicialmente, por un millon ó millon y medio de francos porque para entonces habrán perdido mucho en el hecho de no estar del todo cubiertas y cerradas. Asi pues, me veré arruinado por una operacion que debia enriquecerme y me hubiera en-

riquecido á no sobrevenir una estacion tan estremadamente desfavorable.

El banquero reflexionó, al parecer, largo rato acerca de lo que acababa de oir en tanto que el empresario examinaba su rostro con ansiedad buscando en él la menor señal de una resolucion favorable. Al fin, Mateo Durand se volvió con viveza hácia Mr. Doneau y le dijo:

—Y con cuántos destajistas estais comprometido?

—Con muchos, señor, porque he tenido que dividir los trabajos á fin de adelantar. Asi es, que en cada una de las seis casas tengo un destajista de carpintería, otro de cerragería, otro de ebanistería; tengo pues seis pintores, seis estufistas; cada casa en fin tiene sus destajistas diferentes; personas honradas que deben lo que poseen al trabajo pues empezaron como yo, con nada.

—Muy bien! muy bien! El todo constituye una treintena de destagistas, hombres de bien sin duda?

—Sí, señor, todos de escelente reputacion.

—Electores tal vez..... Y con los destagistas de albañilería?

—La albañilería la he desempeñado yo mismo, porque soy maestro albañil.

—Es lo mismo, dijo el banquero, eso os ha hecho adquirir compromisos con los proveedores de piedra, de yeso, de cal, de arena, eso os habrá hecho ocupar muchos trabajadores.

—Doscientos trabajadores, y mas de veinte proveedores.

—Muy bien, está muy bien! Y tienen confianza en vos?

—Hasta ahora nada he hecho que pueda haberles inspirado desconfianza.

El banquero miró con franqueza á Daneau, y le dijo con tono benévolo:

—Ni se la inspirareis tampoco.

—Será posible?

—Escuchad, señor Daneau, yo no hago operaciones de ese género; pero segun lo que acabais de decirme, vuestros acreedores son hombres que solo con su industria han llegado á la posicion que ocupan.

—Esa es la historia de todos nosotros, señor Durand; yo aprendí mi oficio empezando por servir á los albañiles, y en el mismo caso se hallan todos mis destagistas.

—Y esa es tambien mi historia, señor Daneau; cuarenta años hace que llegué á París con cien sueldos en el bolsillo y el afan de seguir mi camino; soy un hijo del pueblo como vos, como todos vuestros destagistas y nunca miraré con indiferencia á los que han sido menos dichosos que yo.

—Ah! señor, señor! esclamó el empresario que no hallaba palabras suficientes para espresar su agradecimiento.

—Lo hago por vos, lo hago por los trabajadores que tendrian que sufrir un cruel contratiempo.

—Oh ! si yo me atreviese á decírselo !

—Es inútil, repuso el banquero, es inútil. Si puedo hacer algun servicio, hallo bastante recompensa en el servicio mismo. Pero necesito deciros de qué modo voy á manejar este asunto. Me dareis una hipoteca general sobre vuestras casas.

—Es muy justo.

—Y yo os abriré un crédito de cuatrocientos mil francos.

—Un crédito ?

—Sí, señor Daneau ; yo no negocio de otro modo. Siempre que tengais que hacer un pago librareis contra mi casa y antes de las veinte y cuatro horas será satisfecha la libranza.

—Eso es cien veces mejor que el metálico, caballero, y no tendré necesidad de librar asi que sepa que estoy sostenido por la casa de Mateo Durand.

El banquero se hizo el desentendido, y continuó :

—Por lo que hace á los quince mil francos que necesitais para hoy mismo, librad contra mí, dad libranza contra mí á vuestros destagistas, pues se harán los pagos en el acto. Por otra parte, señor Danean, desde el momento en que me encargo de proveeros de fondos, deseo que todos los documentos firmados por vos sean en lo sucesivo pagaderos por mí, pues asi conviene al sistema de contabilidad que he establecido en mi escritorio.

—Pero, señor, eso es ya demasiado, es dar á mi firma el valor del dinero contante.

—Me alegro que os agrade mi proposicion. El lunes por la mañana deben hallarse aqui mi notario y el vuestro. Voy á mandar que se venga á la contaduría de hipotecas y dejaremos en dos dias terminado el asunto. Sin embargo, si mañana pudiérais pasar una hora ó dos en el Estanque, hablaríamos libremente.

—Iré, señor, iré, pero..... permitidme manifestaros..... daros las gracias..... por.....

Y el empresario tartamudeó estas palabras agolpándosele las lágrimas á los ojos.

—Perdonad, señor Daneau, le dijo Durand, me están esperando, y es preciso que nos despidamos.

—Sí, señor, sí.....

—Adios, adios, hasta mañana.

Y el banquero hizo salir al empresario antes que este hubiese tenido tiempo de descargar su corazon del agradecimiento de que estaba lleno, de modo que aun no se hallaba á la puerta del despacho, cuando ya buscaba á quien hablar de la beneficencia y de la bondad del banquero. Daneau tenia tal necesidad de dar espansion á los sentimientos de que se hallaba opri-

mido, que se puso á hacer el panegírico de Mateo Durand á su criado que le esperaba á la puerta de la casa con su cabriolé. Detuvo á dos ó tres de sus amigos para contarles que tenia cuenta abierta con la casa del banquero Mateo Durand, que era el hombre bienhechor por escelencia, y tan sencillo y tan bueno, y tan poco orgulloso, que él, Daneau, admiraba completamente á aquel hombre.

—Pero me parece que merecia esa admiracion, dijo el baron que escuchaba por pasatiempo.

—Cómo es eso! repuso el Diablo; prestar sobre hipotecas no tiene nada de generoso; pedir garantías enormes, no tiene nada de benéfico.

—Vos, Mr. de Cerny, como sois noble no teneis mucha ley al comercio. Todos vuestros epígramas no harán que el rasgo de Mateo Durand deje de ser admirable.

—Admirable! esa es la verdadera calificacion, díjo Satanás, y vos convendreis en ello cuando veais el reverso de la medalla. Pero, para mostráros lo necesito continuar mi historia. Volvamos al despacho del banquero.

Se acababa de introducir en él al marqués de Berizy. El recibimiento que le hizo Mateo Durand fué muy político, pero impregnado de esa modestia reservada que marca la diferencia que hay entre sí mismo y el hombre á quien se dirige la palabra. Al ver á Mr. de Berizy hombre de unos cincuenta años, de tez curtida, ademanes rústicos, y de compostura un poco descuidada, al lado del banquero Mateo Durand, peinado con tanto cuidado, afeitado, vestido, con las manos blancas y las uñas sonrosadas, seguramente se hubiera tomado al marqués por el banquero. La voz blanda y dulcemente sonora de Durand, parecia tambien ser mas aristocrática que la voz fuerte y casi ronca del marqués. Pero, al mirarlos de cerca, se hubiera podido echar de ver en el banquero un gran cuidado en cuanto decia y en el modo de decirlo que probaba cuanto procuraba hacer formar una buena opinion de sus maneras, al paso que se echaba de ver en la negligencia del marqués un hombre acostumbrado á los buenos modales, pero que hace uso de ellos sin ninguna ceremonia.

—A qué debo el honor de vuestra visita, señor marqués? preguntó Mateo.

—Vedlo aqui, caballero. Ya sabeis que acabo de ser nombrado par de Francia por merced del rey Cárlos X.

—Lo sé, como todos.

—Y quizá preguntareis, como todos, qué méritos me han valido la dignidad de par?

—Llevais un apellido ilustre, señor de Berizy.

—Y vos llevais el apellido de un hombre honrado, señor Durand, lo cual en los tiempos que corren vale lo mismo. Pero, preciso será decíroslo.—no debo mi nombramiento de par al apellido de que hablais. Le debo á ser uno de los hacendados mas ricos de Francia. Piensa el rey que los que tienen mu-

chos bienes tienen interés mas directo en la conservacion del órden que los que solo fundan la esperanza de tenerlos en las revoluciones. Ya veis, pues, que soy par de Francía por la razon que vos lo sereis mañana si quereis.

El banquero se sonrió desdeñosamente, y el marqués continu

—Pero no es esa la cuestion. Vengo á lo que vengo. He recibido la noticia de mi remocion á la dignidad de par, cuando hacia veinte años que me hallaba acostumbrado á ser únicamente un campesino útil á mi pais; porque debo parte de mi capital á empresas agrícolas. En Francia se descuida mucho la agricultura, se olvida que es una industria. Pero en verdad que charlo como si me hallara ya en el egercicio de mis funciones. Me hallaba en mis posesiones retirado de todo, cuando plugo al rey hacerme par de Francia. Haré lo posible por ser un buen par de Francia; pero al lado de los deberes políticos que he jurado cumplir, hay uno que quiero imponerme y que supongo no desaprobareis, porque la magnificencia de vuestra casa me prueba que no estais por el sistema de esos economistas que pretenden que todo lo que se invierte en lujo es un robo á la prosperidad pública. No vengo á París con objeto de arruinarme; pero ya que el rey se ha dignado investirme de una dignidad elevada, quiero sostener convenientemente esa dignidad.

—Comprendo perfectamente vuestra idea, respondió el banquero, hablando con precision y como el hombre que demuestra su paciencia.

El marqués lo echó de ver, y continuó:

—Dispensad que os cuente todo esto; pero éste preámbulo os hará conocer que tengo que pediros un favor, y de qué favor se trata. Como os he dicho estoy resuelto á establecerme en París. He enagenado un monte cuya esplotacion no me era dado vigilar, y he resuelto comprar desde luego un palacio en París, y despues colocar parte del capital que he realizado, sea sobre fondos públicos ó sea en casa de un banqnero para reemplazar con los intereses del capital activo el capital muerto empleado en el palacio.

—Y habeis elegido mi casa? preguntó Durand con un tono en que se descubria cierta emocion.

—Sí, he elegido la vuestra, porque vos gozais de una reputacion de probidad y honradez que toda la Francia aplaude.

Bien necesitamos esa reputacion nosotros los hijos del pueblo, respondió el banquero volviendo á tomar su aire de modestia.

—A vuestra reputacion juntais una veintena de millones, segun se dice, repuso el marqués de Berizy riéndose, y ese accesorio no deja de tener alguna importancia.

—Se exagera mucho mi haber, caballero, dijo el banquero con uno de esos gestos que afirman lo que niega la palabra; pero cualquiera que sea mi capital, ha sido adquirido honradamente: mi capital es el premio de una laboriosidad constante, porque empecé con nada. Hijo de un pobre, de un

trabajador que solo me dejó un apellido honrado, el amor al trabajo y principios llenos de honradez.

—Y convendreis, amigo Durand, en que, por mas que se diga, esa es una bella herencia, una herencia que habeis sabido aprovechar noblemente.

—Me vanaglorío de ello.

—Y con razon. Pero decidme qué debo esperar de vos. Os encargareis de mis fondos?

—Como gusteis, señor marqués, si las condiciones ordinarias de mi casa os convienen, es negocio concluido; porque el comercio no entiende de privilegios, y yo no podria hacer mas por el marqués de Berizy que por el mas oscuro de mis comitentes.

—Ni yo tampoco lo exijo. Podreis decirme cuáles son esas condiciones?

—Perdonad, señor marqués, tengo que recibir clientes que tienen mas prisa que vos, porque vienen á pedirme dinero en vez de traérmelo. Si teneis la bondad de pasar al despacho del gefe de contabilidad podeis entenderos con Mr. Sejan, seguro de que lo que él haga estará bien hecho

El marqués hizo una señal de asentimiento saludando á Mateo Durand, que tiró de la campanilla.

El ayuda de cámara apareció.

—Quién espera?

—Ese viejo que dice se llama Mr. Félix.

—En efecto, Mr. de Berizy, un anciano de cerca de ochenta años. Siento haberos entretenido tanto.

—Algun desgraciado que acude á mí, dijo el banquero dirigiéndose al marqués en tanto que escribia algunas palabras.

—Ya sé qué recibís á los desgraciados con una bondad que debe redundar en vuestro provecho.

—No todos son afortunados, señor marqués, y yo no he olvidado el punto de donde partí, dijo sentimentalmente Mateo Durand.

Luego entregó al criado el papel que habia escrito, y añadió:

—Conducid á este caballero al despacho de Mr. Sejan.

El marqués y el banquero se saludaron afectuosamente, y Mateo Durand volvió á quedar solo por algunos instantes.

—Ah! murmuró entre dientes! esos grandes señores necesitan al hombre salido de la nada; vienen á mi casa ó irán viniendo todos.

—Nos anunciais ya el reverso de la medalla? preguntó el poeta.

—Ahora vá á empezar, dijo el Diablo: porque un momento despues se anunció á Mr. Félix.

Habia en el aspecto de aquel hombre esa solemnidad de la vejez tan avanzada como vigorosa. Su compostura era sencilla sin ser des-

cuidada. Mateo Durand le examinó de pies á cabeza con una mirada rápida, que el anciano sufrió sin desconcertarse; este último examinó á su vez al banquero con una atencion que solo podia escusar la autoridad que la edad le daba.

Mateo Durand se resintió tanto mas, cuanto que conoció que aquel hombre le imponia.

—Quién sois, y en qué puedo serviros? le preguntó sin mandarle tomar asiento.

—Esta carta os lo dirá, caballero, contestó Mr. Félix; y sin esperar la respuesta de Mateo Durand, tomó un sillon y se sentó.

El banquero halló la leccion un poco atrevida, y lanzó al anciano una mirada queriendo hacerle ver su impertinencia; pero aquella mirada se detuvo ante la mirada serena del anciano. Durand abrió la carta y la leyó; solo contenia las siguientes palabras escritas muy de prisa:

«Muy señor mio y amigo: Mr. Félix, dador de esta, es un antiguo comerciante que ha esperimentado grandes desgracias. He de estimaros que hagais por él lo posible.»

—Esta carta es de Mr. Dumont de Marsella, no es verdad? dijo Durand.

—Sí, señor.

—No dejaré marchar sin socorro á un hombre recomendado por Mr. Dumont, dijo desdeñosamente el banquero. Ved aqui cuanto puedo hacer por vos, añadió tomando del bufete un monton de plata y ofreciéndoselo al anciano.

—No basta eso, dijo Mr. Félix.

—Qué quiere decir ese tono? esclamó Durand.

—Tened la bondad de escucharme.

—Con mucho gusto, pero daos prisa porque reclaman mi atencion mis negocios.

—Trataré de ser breve. Pertenezco á una buena familia de comerciantes y mi padre me dió una educacion escelente.

—Beneficio es ese de que yo no he gozado.

—Vos? repuso el anciano frunciendo las cejas, y luego añadió: Es cierto, me lo han dicho. En ese punto, he sido mas dichoso que vos. Yo tenia veinte y cinco años cuando murió mi padre, quien me dejó un capital inmenso. Pero las especulaciones con la India y la China tan dichosas para mi padre fueron fatales para mí.

—Bien se conoce, caballero, que no habiais sido educado en la ruda escuela de la pobreza; solo se conoce el valor del dinero cuando se ha ganado á fuerza de trabajo.

—Sin duda teneis razon, caballero; en la época de la revolucion empezaron á claudicar mis negocios, y habiendo perdido ricos cargamentos con

motivo de la guerra con Inglaterra, me ví arruinado y obligado á hacer....
—Quiebra, dijo el banquero imterrumpiendo al anciano, que parecia vacilar al ir á pronunciar esta palabra.



—Hice quiebra, continuó animosamente Mr. Fèlix; huí de Francia con algunos recursos, y fuí condenado
—Cómo quebrado! dijo el banquero estremeciéndose. Luego se repuso y añadió: Pues bien, caballero, y qué es lo que yo puedo hacer?

—Vedlo aqui. Hace mas de treinta años que abandoné la Francia. Este tiempo le he empleado, no en rehabilitar el capital que habia perdido, sino en adquirir lo necesario para pagar á mis acreedores ó á sus herederos, á fin de rehabilitar mi nombre. Casi lo he conseguido: he dado cuanto he traido de los Estados-Unidos, nada me queda ya; pero me falta aun una suma de cincuenta mil francos.

—Y acaso venís á pedírmela? dijo el banquero.

—Vengo á pedírosla, caballero.

—Perdonad, amigo mio, pero en verdad no os comprendo. Quiero creer vuestra historia y no trato de ofenderos, pero no puedo constituirme en tesorero de todos los quebrados de Francia.

—No olvideis que el que os pide el medio de recobrar su honor es un anciano.

—No soy yo quien os ha hecho perder el honor.

—No hay duda que cincuenta mil francos son una cantidad enorme; pero vos los habeis gastado alguna vez en la compra de un cuadro.

—Me creo con derecho á gastar mi dinero con arreglo á mi gusto, replicó brutalmente el banquero; porque el dinero que poseo lo he ganado sueldo á sueldo; no he sido un rico heredero: mi padre.....

—Vuestro padre! dijo el anciano con viva emocion.

—Mi padre no me dejó millones que disipar. Era un trabajador, un honrado menestral. Nací pobre, he vivido pobre, y por eso no me creo obligado á reparar las locuras y las imprudencias de los que han sido ricos y no han sabido seguir siéndolo.

—Si supiérais cuál es el sentimiento que me ha impulsado á tan fatal determinacion, tuvieras compasion de mí.

—Dirigíos á Mr. Dumont.

—Perdonad, dijo el anciano levantándose y con acento solemne; creí que me comprenderíais mejor que él.

Y despues de saludar al banquero se retiró.

—Vamos, dijo el Diablo interrumpiéndose, qué os parece el benéfico millonario?

—No dejaba de tener razon. Dar cincuenta mil francos al primero que llega no me parece muy razonable, dijo Luizzi.

—Yo conozco algunos menos ricos que dan doscientos cincuenta mil á un pícaro porque en ello está interesada su vanidad, replicó el Diablo.

Esto recordó al baron su necedad en el asunto de Enrique Donezau, y calló temiendo dar á Satanás tema para algunas pullas, pues no podria pedirle satisfaccion de ellas estando prohibido el duelo entre los sacerdotes y el Diablo (1).

(1) Añádase lo mucho que Soulié tiene que perdonarnos, una objeccion que á su observacion vamos á hacer: mal podia contener á Luizzi semejante prohibicion pues entonces el Diablo no era ya el cura de la aldea sino el conde de Cerny.

—Es indudable que no estais por los banqueros de la clase media, dijo el poeta; el retrato que habeis hecho del noble es una prueba de ello.

—Lo vais á ver, contestó Satanás; pero antes de presentar nuevos personages, dejadme concluir con Mateo Durand. Este, pues, paseó un rato por su despacho con muestras de mal humor despues de retirarse Mr. Felix; pasados algunos minutos, tiró con fuerza de la campanilla y dijo á su ayuda de cámara.

—Si ese caballero que acaba de salir de aqui vuelve alguna vez, no le dejeis pasar.

—Está bien, señor.

—Quién está ahí?

—Como una docena de personas que, segun dicen, vienen de parte de Mr. Daneau.

—Bien! muy bien! dijo el banquero, recobrando de pronto su buen humor; mandadlas pasar.

Primeramente entró un cerragero.

—Qué se os ofrece? le preguntó el banquero como si ignorase á qué venia el artesano.

—Pediros una sencilla esplicacion. Mr. Daneau nos ha dado bonos contra vuestra caja y letras á nuestro órden y cargo vuestro. Los bonos no han side pagados y debemos temer que suceda lo mismo con las letras.

—Todo se pagará.

—Ah! con qué es cierto lo que nos ha dicho? Conqué Mr. Daneau tiene en vuestra casa un crédito de cuatrocientos mil francos?

—Si, señor.

—Señor, le habeis salvado.

—Si he obrabo así, no lo he hecho por él solo.... Sé cuales son sus compromisos con vos y otros muchos; quiero sostener cuanto me sea dado á un hombre de quien depende la subsistencia de tantas personas honradas y por consecuencia la de tantos jornaleros.

—Ah, señor Durand! cuán digno es ese comportamiento de vuestro corazon. Ningun banquero de Paris hubiera hecho otro tanto.

—Es que no es solamente el banquero quien lo hace; es el hombre que recuerda lo que ha sido, el hombre que, como todos vosotros, ha empezado por el trabajo; es el hombre del pueblo, en fin.

—Ah! ya sabemos que sois el verdadero amigo de los trabajadores y las gentes honradas.

—Hago por ellos lo que puedo y siento no poder hacer mas.

—Y qué podeis desear en vuestra posicion, señor Mateo Durand?

—Para mí, nada.... Pero he pensado algunas veces, que si los derechos del pueblo estuvieran mejor defendidos en la tribuna.....

—Yo soy elector, señor Durand; y si alguna vez aspirais....

—No he pensado en tal cosa..... Pero debeis estar de prisa. Voy á examinar vuestras libranzas para que se os paguen.

Y el cerragero se retiró gozoso. En seguida entraron los otros destagistas enviados por Mr. Daneau: diez, doce, quince; y diez, doce, quince veces se verificó la misma escena con muy ligeras variantes, hasta que apareció Mr. Sejan en el despacho de su principal.

—Cómo estamos Mr. Sejan? le dijo el banquero.

—Siempre lo mismo. Temo mucho que nos veamos apurados al fin de mes. No me atrevo á librar contra nuestros comitentes de provincias, porque son devueltas la mayor parte de las letras.

—Esas cantidades son de poca importancia.

—Es cierto, pero se multiplican hasta lo infinito. Diez, veinte, treinta mil francos de crédito abierto, son poca cosa; pero en el libro mayor resultan mas de seiscientos créditos de esa clase, que ascienden á mas de seis millones; casi doble cantidad nos debe el comercio al pormenor de París, y todo el reintegro consiste en papel cuyo valor me es sospechoso, porque hay un comercio de firmas terrible.

—Soy de vuestro parecer; pero basta mi firma para que el banco acepte todos nuestros libramientos. Asi es que por ahora no debemos tener cuidado; lo único que necesitamos es prudencia para no esponernos á una catástrofe é ir asegurando poco á poco el reintegro de las operaeiones terminadas. Habeis visto á Mr. de Berizy?

—Sí.

—Y qué suma es la que desea colocar en nuestro poder?

—Dos millones; vengo á preguntaros cuál es el destino que pensais dar á esa cantidad.

—Emplearla en títulos del tres.

—Están á 82 francos 25 centésimos.

—Y bien?

—El menor acontecimiento puede producir baja. Tenemos mas de treinta millones, procedentes de depósitos, empleados en fondos públicos. Los treses pueden bajar al menor pánico de 4 á 5 francos. La espedicion á Argel puede tener mal éxito, las nuevas elecciones pueden ser malas.....

—Serán buenas, Sejan.

—En qué sentido?

—En tal sentido que obligaremos el poder á venir á nosotros.

—Y si no viene, si hay colisiones que conmuevan el crédito público?

—Esperaremos á que suban los fondos.

—Pero y si vuestros comitentes se alarman y os reclaman entonces todos sus fondos los unos empleados en comanditas sin número, y los otros en fondos públicos? Considerad únicamente que con una baja de diez francos—lo que pudiera suceder muy bien si estallara una revolucion—sola-

mente para reembolsar el capital empleado en treses tendríamos cerca de cuatro millones de pérdida.

El banquero escuchó á Sejan con una sonrisa de alta proteccion, y le respondió con aire de contento:

—Mi pobre Sejan! razonais como si os hallárais aun en casa de L..... ó en casa de O..... Pueden ocurrir todas las desgracias que decís; pero no la de dudar de la solvencia de la casa de Mateo Durand.

—Nadie dudará, señor; yo sé muy bien que es bastante rica para hacer frente á todas las catástrofes; pero puede perecer vuestro capital.

—Mi capital vale mas que el del rey de Francia, Sejan, esclamó el banquero con exaltacion; mi capital es mas sólido que el del rey, porque se apoya en la popularidad. La casa de Borbon puede caer, pero la de Mateo Durand quedará en pié.

Sejan levantó los ojos al cielo, y el banquero, despues de echar las firmas que iba á recoger el dependiente principal de su casa, mandó preparar su carruage y partió para el Estanque.

Ni Luizzi ni el poeta hicieron observacion alguna; en su vista, el Diablo continuó:

—El mismo dia que estas diversas escenas pasaban en casa del banquero Mateo Durand, se representaba otra comedia por personage bien diferente en la calle de Varennes del arrabal de S. German. El principal actor era el conde de Lozeraie. Era este hombre de mas de cincuenta años, alto, de rostro acicalado, de aire frio y desdeñoso, de frente descubierta, y hablaba apretando los labios, pero con tal cuidado que sabia tomar á la moda de la juventud lo que podia convenir á su edad sin dejarse llevar empero de sus ridiculeces. Hallábase en un gabinete ricamente decorado, donde abundaban los brocados, los dorados muebles, las curiosidades preciosas y las costosas porcelanas. Parecia dispuesto á salir, pues un ayuda de cámara acababa de darle el sombrero, los guantes y el latiguillo, anunciándole que estaba preparado el caballo.

En aquel instante abrió la puerta del gabinete un jóven de veinte y cuatro años, y saludó al conde de Lozeraie.

—Al fin habeis venido, Arturo.

—Me han dicho que me llamábais, padre mio, y me he apresurado á bajar.

—Pudiérais muy bien haberos dado mas prisa.

—Perdonad, padre mio, estaba concluyendo una carta para un amigo, para Mr.....

—Basta; yo no os pido cuenta de vuestras acciones; llevais un apellido y perteneceis á una clase que deben poneros al abrigo de toda relacion indigna de vos.

—Arturo bajó los ojos y no respondió. Su padre añadió:

—Os he llamado para rogaros que no os comprometais para mañana domingo.

—Quisiera haberlo sabido antes, padre mio, porque casi estoy comprometido ya.

—Basta que lo sepais hoy, dijo severamente el conde interrumpiendo á su hijo que guardó silencio; estais convidado para mañana á casa del marqués de Favieri que dá un baile en su quinta de Lorges y espero que acudireis á su invitacion.

—Iré, padre mio, iré con mucho gusto, respondió Arturo con humildad.

—Os agradezco esa obediencia, repuso Mr. de Lozeraie con menos severidad; pero tratad de no poner restricciones, os lo suplico; dejad si podeis ese aire triste y melancólico que os acompaña en todas partes. Mañana vereis á la señorita Flora de Favieri: es una jóven muy bella y su padre es inmensamente rico. Tratad de agradar á entrambos. Ya me comprendereis.

Al parecer Arturo escuchó primero á su padre con viva admiracion, y luego con una satisfaccion evidente. Sin embargo vaciló un momento en esplicarse los pensamientos que la primer frase de su padre habia hecho nacer en él; pero, como el conde le mirase con aire severo é interrogante, se decidió á hablar, y le dijo:

—Sin duda, padre mio, creo comprender que no repugnaríais una alianza con un hombre que ejerce la profesion de banquero, como el señor marqués de Favieri.

—Ese hombre es el representante de una de las familias mas nobles de Florencia, dijo con severidad Mr. de Lozeraie. El comercio que en Francia se ha mirado como degradacion de la nobleza, obtiene mas favor en Italia. Mr. de Favieri no se ha hecho banquero, ha permanecido siéndolo como sus antecesores. Hay gran diferencia entre él y los banqueros de nuestro pais que en su mayor parte son hombres salidos de la nada.

La alegria que apareció en el rostro de Arturo se disipó de repente.

—Sin embargo, replicó el jóven con timidez, hay hombres muy honrados entre ellos.

—Supongo que debe seros eso muy indiferente. Qué teneis vos que ver con esa gente?

—Nada, padre mio, respondió Arturo visiblemente turbado.

El conde examinó á su hijo como si dudase de la verdad de aquella asercion, y repuso con dureza:

—Sois el vizconde de Lozeraie, no lo olvideis; si por casualidad os hubiera ocurrido el olvidarlo.....

—Padre mio, nunca....., yo nunca he hecho.....

—No trato de interrogaros; un noble confia en el honor de su hijo. Sin

embargo, acordaos de que debeis acompañarme mañana á casa de Mr. de Favieri.

El jóven iba á retirarse, y el conde se disponia á salir, cuando se anunció á Mr. de Poissy; Mr. de Lozeraie hizo seña á su hijo para que los dejara solos.

—Llegais á tiempo, dijo el conde á Mr. de Poissy: pensaba pasar por vuestra casa yendo á Saint-Cloud.

—Salí esta mañana, porque los negocios no se desempeñan por sí mismos.

—Y bien, qué tenemos?

—Se llevará á cabo la espedicion á Argel; es cosa decidida.

—Y qué os han dicho nuestros comitentes del ministerio de la guerra?

—No me atrevo á manifestároslo.

—Cómo! serán perdidos tantos sacrificios?

—No lo serán si aumentais la cantidad.

—Todavia! esclamó el conde con impaciencia. Yo creia que bastarian los cuatrocientos mil francos que se han dado.

—Hay tantos acreedores!

—Pero en fin, si me decido á hacer un nuevo sacrificio, puedo estar seguro de que serán mias las provisiones?

—No admite duda.

—Y qué piden?

—Es negocio que puede producir tres ó cuatro millones, contestó Mr. de Poissy.

—Ya lo sé; pero cuánto habrá que dar?

—Cien mil escudos todavia.

—Cien mil escudos! eso es exorbitante!

—Para ganar cuatro millones!

—Ah! repuso el conde de Lozeraie, qué tiempos los nuestros! En otros, el rey hubiera regalado esa empresa á uno de los señores de su córte; y eso hubiera bastado á su protegido. Pero en el dia no gobierna el rey, quien gobierna son por una parte las cámaras, asamblea de ergotistas y arañas, y por otra las oficinas cuevas enchidas por una raza de empleados salidos de detrás de todos los mostradores de Francia, donde aprendieron á vender hasta su honor.

—Dichoso el que tiene con que comprarle.

—Desdichado del que tiene que pagarle diez veces mas que valen.

—Sentís dar esa suma de cien mil escudos? preguntó el vizconde mirando atentamente á Mr. de Lozeraie.

—Yo! repuso este con altaneria; estoy pronto á darla; pero no quiero que me engañen. Necesito garantias.

—Se pueden dar en esa clase de negocios? En ellos no hay mas que la buena fé.

—Ignorais que he adelantado ya mas de seiscientos mil francos?

—No lo ignoro; pero no sabeis que un sugeto de vuestro nombre desbancaria á todos en ese negocio? El ministro mismo tendrá que ponerse de vuestra parte.

—Lo creeis asi? dijo Mr. de Lozeraie con aire de resolucion. Pues bien: veremos. Voy á palacio; alli veré al ministro y tentaré el vado; os daré mañana la respuesta.

—Vendré á buscarla aqui?

—Debeis ser convidado á casa de Favieri; alli nos veremos.

—Está bien; pero qué debo contestar entre tanto?

—Que lo estoy pensando.

—Se han hecho ofertas mucho mayores que la vuestra y que pueden aceptarse de aqui á mañana.

—Pues yo no puedo dar esa suma sin pensarlo antes, sin tomar mis medidas.

—Bastará una promesa formal. La palabra de un hombre como vos en un empeño sagrado.

—Lo sé; contestó el conde con una sonrisa llena de vanidad..... por eso mismo no quiero darla con ligereza. Que se esperen.

—Basta, dijo Mr. de Poissy, yo lo arreglaré de modo que no se decida nada hasta pasado mañana.

—Confio en vos, pues estais tan interesado como yo en el negocio. Me voy á Saint-Cloud; con que adios.

Iba á salir el conde, cuando volvió á aparecer el criado y anunció á Mr. Félix de Marsella.

—No le conozco, contestó el conde. Quién es ese hombre?

—Un anciano de cerca de ochenta años; dice que trae una carta de recomendacion para el señor conde.....

—Ya! algun mendigo sin duda..... No estoy.

Y el conde de Lozeraie salió del despacho sin pensar en lo que acababa de decir; atravesó el salon y pasó á la antesala antes que el criado hubiese tenido tiempo de decir á Mr. Félix que el señor conde no estaba en casa. Al verle, el anciano se levantó, y acercándose á él respetuosamente, le dijo alargándole una carta:

—Tomad de parte del vizconde de Couchy, de Lion.

El conde se detuvo y tomó la carta sin contestar al saludo del anciano. Aquella carta estaba concebida asi:

«Mi querido conde: el dador de esta es un buen anciano que ha perdido su capital á causa de la revolucion. El os contará su historia y yo viviré muy agradecido si podeis hacer algo por él.»

El conde tiró la carta sobre una mesa, y dijo al criado que le habia seguido:

—Dad un par de Luises á este hombre, y mandad que acerquen el coche.

—Señor conde, dijo Mr. Félix colocándose entre él y la puerta; no vengo á pediros una limosna.

—Pues si no, qué quereis?

—Una restitucion.

—Una restitucion! No tengo deudas, y si las tuviera, no seria con personas de vuestra clase.

—No hablo de vuestras deudas personales para conmigo, dijo el anciano con altivez.

—Seria dificil que hablárais de ellas.

—Pero hablo de las de Mr. de Loré vuestro suegro. Antes de la emigracion le presté grandes sumas hallándose en el estrangero, y vengo á pedíroslas.

—A mí?..... Yo no soy responsable de las deudas de Mr. de Loré concediendo que él os deba algo.

— Sin embargo, su hija que era mujer vuestra, le heredó.

—En ese caso, cuando mas pudiera corresponder á mi hijo satisfaceros puesto que ha heredado á su madre. Pero dónde teneis los documentos que lo acrediten?

—Cuando sepais las circunstancias en que favorecí á Mr. de Loré, os convencereis de la certeza de mi aserto, aunque no puedo decir que tengo documentos bastantes.

—Ya entiendo, dijo el conde con ira y desprecio á la vez, se trata de alguna historia basada sobre circunstancias que la casualidad os habrá hecho conocer.... Es ya tarde, caballero, conozco ya esa historia y os aconsejo que vayais con ella á otra parte.

—Y yo entiendo tambien, replicó el anciano con severidad, que Mr. de Lozeraie sabe mejor que nadie comó se zurcen historias con circunstancias que ha hecho conocer la casualidad.

—Qué quiere decir ese miserable? esclamó el conde!

—Yo! nada, contestó con humildad el anciano; pero me habeis dicho que mi reclamacion atañe á vuestro hijo. Voy á dirigirme á él.

—Que se ponga á este hombre en la calle! dijo el conde con violencia.

—Considerad, contestó el anciano, que va en ello el honor del nombre de Mr. de Loré.

—Al nombre de Mr. de Loré ni al mio no alcanzan esas bajas intrigas.

—Quizá no piense del mismo modo vuestro hijo.

—Os prohibo verle; sé muy bien que los jóvenes se dejan seducir fácilmente, y os advierto que en cuanto hagais la menor tentativa haré que mudéis de propósito. Los tribunales saben castigar las tentativas de estafa.

—Tambien saben castigar la suposicion de títulos, dijo el anciano.

Estas palabras causaron al conde una verdadera estupefaccion, á la cual sucedió una violenta cólera. Pero el anciano Mr. Felix se habia ya retirado en el momento de estallar aquella cólera, y Mr. de Lozeraie se volvió á Mr. de Poissy y le dijo acalorado:

—Ved aquí á lo que nos vemos espuestos los que pertenecemos a la antigua nobleza. Esos intrigantes se apoderan de nuestro nombre para asustarnos amenazándonos con un escándalo.

—Y qué resultado pueden esperar?

—El de dar que reir á nuestra costa á esos liberalillos que buscan ocasion de calumniarnos y que atribuyen á la complacencia de los jueces la condena de esos miserables. Mientras no se pueda enterrar en un calabozo á esos pícaros de modo que no se los oiga hablar, seremos víctimas de las mas bajas intrigas. Esperemos, que su tiempo vendrá.

En seguida montó á caballo el conde Lozeraie y partió á galope.

—Vamos, qué os parece mi noble? dijo el Diablo.

—Me parece que es como otros muchos, respondió el poeta. El que lleva un ilustre apellido se embriaga con la vanidad. Pero el que escita mas mi curiosidad es el Mr. Felix. Debe ser el *barba* de vuestra historia. Quién es ese buen señor?

—Lo que yo no concibo, dijo el baron, es la relacion que puede haber entre Mateo Durand y Mr. de Lozeraie.

—Cada cosa vendrá su á tiempo, repuso el Diablo, y si quereis escucharme, vais á saberlo. Yo no hago dramas ni comedias, pero sé preparar los efectos, como decís los dramaturgos.

Y Satanás continuó:

El dia siguiente por la mañana, paseaba Mateo Durand por una de las calles del parque del Estanque leyendo y releyendo con mucha atencion el escrito que habia leido la víspera, y cuyas copias le habia llevado Leopoldo. Era cerca de medio dia y el banquero parecia esperar á alguien con impaciencia mirando atrás con frecuencia como para ver si se acercaba la persona á quien esperaba. Al fin vió á un hombre que apareció al principio de la calle, y cuya llegada pareció llenarle de contento. Aquel hombre era Mr. Daneau. Sin embargo, el banquero no corrió á su encuentro á pesar del placer que su llegada le causaba. Continuó su paseo como si no le hubiese visto, pero con paso bastante lento para que le alcanzára muy pronto, y comenzó de nuevo su lectura aparentando estar completamente absorto en ella.

Daneau se acercó y Mateo Durand le devolvió amigablemente el saludo con un movimiento de cabeza diciéndole:

—Soy con vos, perdonad; si no estais cansado vamos á pasear juntos un rato.

—Tendré mucha honra en ello.

El banquero guardó silencio y continuó su lectura mientras el empre-

sario iba á su lado. Durand se encogia de hombros de cuando en cuando siguiendo en su lectura, luego se sonreia, y despues en fin dejaba escapar algunas esclamacioncillas de benévola compasion, como esta por ejemplo:

—Pobre hombre!... está loco....

Por último pareció conmoverse por lo que leia y se dijo á sí mismo:

—Se conoce que tiene buen corazon.... Debo perdonarle su exaltacion. En verdad, añadió volviéndose de pronto á Mr. Daneau, en verdad que se halla mas agradecimiento en los pobres que en el gran mundo.

—Lo creo, contestó Mr. Daneau.

—Ved aquí un escrito que al principio me pareció ridículo, pero que despues me ha conmovido, porque estoy seguro de que le ha dictado una buena intencion.

—Qué es? preguntó Mr. Daneau, puesto con tanta amabilidad en las confidencias del banquero.

—Un pobre hombre, respondió éste, á quien saqué de un apuro y que ha tenido la ocurrencia de mostrarme su agradecimiento solicitando en mi favor los votos de los electores de su distrito.

—Es cosa muy natural. Y ha puesto su idea en ejecucion?

—Felizmente, no; me ha mandado el borrador de la carta que pensaba escribir; vedla aquí:

—Y lo aprobais?

—Podeis juzgar por vos mismo si debo aprobarlo, contestó Mateo Durand dando el papel á Daneau.

Este le leyó con atencion en tanto que el banquero observaba con ansiedad mal disimulada el efecto que aquel escrito producia en el empresario. Al fin contestó Daneau:

—Pero esta carta no dice nada que no sea la verdad; este hombre, al presentaros como el banquero mas hábil y mas honrado de Francia y al enumerar todos los servicios que habeis hecho al comercio y la industria, no hace mas que decir lo que todo el mundo sabe.

—Acaso habré hecho algun bien; pero de eso, á lo que se supone, hay gran distancia.

—Os aseguro, dijo Mr. Daneau con el entusiasmo del hombre honrado, si yo hubiera escrito semejante carta hubiera dicho aun mucho mas.

—Basta eso, replicó el banquero sonriéndose.

—Y decidme, señor de Durand, pensais presentaros como candidato?

—Cómo candidato? Ciertamente no.

—Pero aceptareis, en fin, la candidatura que se os propone?....

—Eso es muy grave.... La diputacion es carga muy pesada, sobre todo para un un hombre como yo. Considerad que si yo fuera diputado me creeria representante del pueblo, de la industria, del comercio, y tendria que

emplear un trabajo muy árduo para hacer prevalecer sus derechos que el poder se obstina en desconocer.

—Y esos derechos no podrian tener representante mas noble, y defensor mejor que vos.



—Os aseguro que yo los sostendria por afecto y por conviccion, porque pertenezco al pueblo, y siento vivamente las injurias incesantes que recibe.

—Pues bien, señor Durand, permitid que me una al elector que ha escrito esa carta...

—Es imposible, dijo el banquero; si me decidiera á una cosa como esa no querria que apareciese el nombre de ese elector. Es un escelente sugeto que ha sido mas imprudente que mal intencionado, pero que no goza en el comercio de un nombre tan puro como el vuestro, por ejemplo.

—El mio, señor Durand? A vos debo el conservarle honrado, y le estamparé si me lo permitís al pie de esa carta.

—Sí, dijo el banquero con aire indiferente, no dudo que vuestro nombre atraerá otros muchos.

—El vuestro seria quien los atrajera, señor Durand; y si presento esa carta á mis compañeros estoy seguro de que la firmarán todos sin vacilar.

—Verdad es que si una carta como esa estuviese firmada por un gran número de electores, me decidiria tal vez á aceptar..... porque eso me animaria....

—Yo os prometo doscientas firmas para pasado mañana! esclamó el empresario llevado de su deseo de mostrar su agradecimiento á Mr. Durand.

—Me parece dificil.

—Me permitís hacer la prueba?

—Será tal vez inútil vuestro trabajo.

—Es negocio mio, señor Durand, es negocio mio, dijo Daneau lleno de orgullo por la victoria que acababa de alcanzar sobre la modestia del banquero.

—Pues haced vuestro negocio, le contestó Mateo. Pero ya que os empeñais en ello, quiero que se sepa una cosa, y es que me dirijo al pueblo, que soy un hijo del pueblo, que de él es de quien quiero recibir mi mision, y que por él quiero desempeñarla.

—Bien, bien! ya vereis que el pueblo no es ingrato.

—Lo creo Daneau; ocultemos este papel, y no se vuelva á hablar hoy del particular. Aun no habeis visto la posesion del Estanque, voy á enseñároslo; vos debeis saber apreciar las construcciones de esta importancia, es tambien negocio vuestro.

Y por espacio de una hora pasearon el albañil y el banquero por un magnífico parque plantado de los árboles mas raros, sembrado de aguas de pié y de parterres admirablemente cuidados, hasta que llegaron á la régia morada del banquero, antiguo edificio que habia pertenecido á una de las familias mas distinguidas de Francia, y que conservaba aun los fosos y los puentes levadizos feudales, que solo se bajaban al paso del hombre del pueblo, de Mateo Durand.

—Y el dicho Mateo Durand, dijo el poeta, hacia firmar á Daneau con tanta destreza la obra del dicho Mateo Durand. Me gusta mucho ese rasgo.

—No es muy literario que digamos, replicó el Diablo: ordinariamente en

buena literatura, lo que se ha escrito se firma antes que darlo á firmar á los demas.

—Es una calumnia contra la literatura, caballero, dijo el poeta al Diablo.

—Del mismo modo que el retrato de Mateo Durand pasará por una calumnia contra los banqueros, replicó Satanás. Cuando se dá la voz de ladrones en la calle, no faltan pasageros que vuelvan la cara.

Luizzi tenia deseo de presenciar una discusion entre el Diablo y el poeta; pero calló este último y Satanás continuó.





XXVIX.

Un negocio.



LLEGADA la noche, se hallaban en el baile de casa de Mr. de Favieri todas las personas de quienes os he hablado en este relato, y entre las lindísimas jóvenes que ocupaban aquellos salones se distinguia la señorita Delfina Durand que estaba sentada al lado de la señorita Flora de Favieri. Era esta alta, morena, séria y revestia de cierto aire glacial y altanero la espresion apasionada de su rostro; la otra era pequeña, rubia, graciosa y afectaba un desden que no pasaba de impertinente. La una podia hacer creer que solo se apoyaba en la fuerza de voluntad que en sí misma encerraba; la otra dejaba adivinar que solo debia su aire imperativo á la obediencia que habia reconcentrado siempre en torno suyo; Flora parecia dotada de un carácter debido á la naturaleza, y Delfina de un carácter debido á su posicion.

Por lo demas, y á pesar de la diferencia de sus caracteres, habian entablado la conversacion en un mismo tono. Primero habian hablado mútuamente de su elegante *toleitte*; en seguida habian discutido las modas mas en voga y habian decidido que la reina de las modistas era Alejandrina, de la calle de Richelieu. A esta ocupacion sucedió naturalmente la que se halla escrita en todo programa de baile ú otras diversiones por el estilo: aquellas señoritas se divirtieron en poner en ridículo á la mayor parte de las mujeres que estaban en el salon, y en reirse de los hombres que iban á hacer monadas delante de ellas. Mr. Favieri fué quien las interrumpió acercándose á su hija, á quien dijo con ese tono italiano cariñoso y burlon que tanto hace dudar del sentido de las palabras:

—Flora, vengo á presentaros por mí mismo á Arturo de Lozeraie, de quien os tengo ya hablado.

La señorita Favieri respondió al saludo de Arturo con una ligera inclinacion de cabeza y una imperceptible sonrisa; Arturo por su parte saludó á la señorita Delfina Durand con aire de franqueza, pero con reserva al mismo tiempo.

Delfina, dijo á Flora no bien se habia alejado el jóven:

—Tratais á Mr. Arturo de Lozeraie?

—Sí, respondió Flora con aire de burlona compasion.

—Ya! dijo Delfina.... y hace mucho tiempo que le conoceis?

—Esta es la primera vez que le veo.

—Y qué tal os parece?

—No sé, dijo Flora volviéndose á Delfina, no le he mirado.

—Yo he oido decir que es un jóven muy distinguido, muy notable, de una buena familia.

—Y muy bello, no es verdad? dijo Flora.

—Sí, respondió Delfina.

—Vamos, querida, veo que se os ha dicho lo mismo que á mí, sin duda lo mismo que á otras muchas. Mr. Arturo de Lozeraie tiene amigos que le anuncian de ese modo en todas las casas donde hay una rica heredera.

—Lo creeis asi? dijo Delfina con viveza.

—Asi me lo ha dicho mi padre.

—Y le trata vuestro padre en ese concepto?

—No creo tal cosa, respondió Flora desdeñosamente: un capital bastante despilfarrado; un gran título, cuyo orígen no está muy claro, no convienen al banquero Favieri, ni al marqués Favieri convienen tampoco.

—Pero, á pesar de todo eso, pudiera conveniros muy bien á vos Arturo.

—A mí? un jovencito que no es nada, que tiembla en presencia de su padre como un niño de doce años, que baja los ojos delante de una mujer como si todas tuviesen trazas de devorarle de amor?

—Os aseguro que se atreve á mirarlas, cuando son lindas, replicó Delfina con sequedad.

—Teneis razon, contestó la señorita de Favieri; porque en este momento os está contemplando en mudo éstasis.

—Os equivocais: á quien contempla es á vos.

—Vais á convenceros de que no es á mí, pues con vuestro permiso voy á dejaros para ir á dar algunas órdenes.

Flora se levantó y dejó sola á Delfina. En aquel instante se acercó Arturo y preguntó á la señorita de Durand si tenia á bien bailar con él. Delfina le respondió con sequedad y en voz baja:

—Venís demasiado tarde.

—Estais comprometida para toda la noche?

—Quiero decir que se ha marchado la señorita de Favieri.

—Vos sabeis muy bien que no vengo por ella.

—No tenemos necesidad de hablar juntos tanto tiempo.

—Me retiró si temeis que nos vean hablar.

—No lo temo por mí, dijo Delfina; temo que os riña vuestro papá.

—Todo esto habia sido dicho rápidamente y en voz baja, y estas pocas palabras bastan para demostraros que Delfina era una de esas niñas mimadas, soberbias y voluntariosas á quienes se han permitido todos los caprichos. Este diálogo prueba tambien que la señorita de Durand y Arturo se conocian ya, y que habia entre ellos un secretillo de jóvenes.

No bien oyó Arturo la última palabra de Delfina se armó de un valor sobrehumano y se sentó en el sillon que habia dejado la señorita de Favieri traspasando así las estrictas conveniencias que mas que nadie sabia y respetaba de ordinario. Delfina no pudo menos de sonreirse por el triunfo que acababa de conseguir, triunfo que sin embargo no bastó á calmarla. Algunas mujeres son tan aficionadas á reñir con el hombre á quien aman que se sirven para ello de cualquier pretesto, sobre todo cuando su amor solo es en realidad un sentimiento de vanidad tiránica.

—No por eso deja de ser la señorita de Durand una jóven encantadora, dijo el poeta interrumpiendo al Diablo.

—Es inmensamente rica y si encontrara un hombre que supiera dominarla, llegaría á ser la mujer mas dulce y mas hechicera del mundo, asintió el Diablo.

—Siempre ha sido mi opinion esa, dijo el poeta.

—Su padre debiera dársela á un hombre como él, distinguido sí, pero salido del pueblo.

—Cuidado que el señor ha dicho que piensa casarse con ella, dijo Luizzi.

—Yo soy tambien hombre del pueblo, caballeros, replicó el poeta levantándose.

—Y las personas del pueblo como vos y Mateo Durand, siempre son las

mismas, dijo el Diablo sonriéndose; pero si me permitís seguir mi relacion vereis que las cosas no son acaso tan fáciles como creeis.

—En efecto, Arturo, sentado al lado de Delfina, decia á esta:

—Con que no quereis bailar conmigo?

—No.

—Y bailareis con otros?

—Sí.

—Eso lo veremos.

—Eso lo vereis.

Leopoldo se acercó en aquel instante á la señorita de Durand; le preguntó si queria bailar con él y ella le contestó:

—Dispensadme, estoy comprometida con el vizconde Arturo de Lozeraie.

—Ah! esclamó éste en voz baja, sois un ángel.

—Os juro que no es por vos, por lo que no he aceptado el ofrecimiento de este caballero.

Embelesado Arturo, creyó esta respuesta efecto de un resto de despecho. Se engañó, era la espresion del pensamiento de Delfina. Si en vez de Leopoldo, el dependiente de su padre, se le hubiese acercado algun jóven de nombre ilustre, le hubiera hecho una buena acojida; pero su vanidad no resistió al deseo de hacer conocer al escribientillo que su pretension estaba muy fuera de lugar, y que él era una persona bien insignificante al lado del visconde de Lozeraie.

—Segun eso, bailareis conmigo? replicó Arturo.

—Ni con vos, ni con nadie. Dejadme, é íd á buscar á la señorita de Favieri.

—Os juro que no tengo ningun deseo de bailar con la señorita de Favieri.

—Puede ser, pero si lo quiere vuestro papá, tendreis que hacerlo.

Arturo, picado en lo vivo, se calló, y ya iba á empezar la contradanza cuando notó que su padre le hacia señas. Fuese lo que fuese, dejó al momento su sitio, á pesar del despecho que le causaba el mostrar de aquel modo su obediencia, y se acercó al conde que le dijo secamente:

—Habeis invitado á bailar á la señorita Favieri?

—No estaba, y.... dijo Arturo ruborizándose.

—Quién es esa jóven con quien estábais hablando? Parece que la conoceis?

—Es la hija de Mateo Durand, ese banquero tan rico, tan....

—Pues bien, dijo el conde, yo sé que ese Mateo Durand, es una especie de artesano enriquecido.

—Dicen que es muy hombre de bien, muy probo....

—Quereis que sea un bribon? Qué diablos queriais que fuera á no ser hombre de bien? Sea lo que sea ahorrad atenciones con su hija.

Arturo no sabia qué responder; felizmente para él llegaron á hablar con su padre el marqués de Berizy y Mateo Durand. Mr. de Berizy dijó á Mr.

de Lozeraie que deseaba hablar con él, y este último iba á seguirle, cuando Delfina se acercó á Mateo Durand, y le dijo:

—Vamos á estar todavia mucho tiempo aqui?

—No ves, Delfina, que acaba de empezar el baile?

—No importa, dijo la niña mimada, estoy fastidiada, quiero irme.

—Cuando querais, contestó Mateo Durand; ó mas bien en cuanto yo hable un momento de negocios con estos señores.

—Dios mio! hasta en el baile habeis de tratar de negocios, papá! sois muy original.

—Mas original es, señorita, dijo Mr. de Berizy riéndose, que una jóven de vuestra edad y tan linda como vos se fastidie en el baile.

En el tono del marqués resaltaba tanto la espresion del hombre del gran mundo, que Delfina se vió lisonjeada por aquella paternal leccion.

—Dios mio! dijo, si me fastidio es porque no sé qué hacer.

—Pues ahora se vá á bailar, dijo el marqués, y ved ahí un jóven, añadió volviéndose hácia Arturo que permanecia cerca de ellos, ved ahí un jóven que estoy seguro tendria sumo gusto en distraeros.

—Me creeré muy dichoso! dijo Arturo con viveza.....

Pero le detuvo una mirada de su padre. Mateo Durand decia al mismo tiempo á su hija:

—Vamos, Delfina, baila siquiera una vez; no es mucho en todo el baile.

—Delfina tomó el aire de una pensionista, y respondió con tono de mojigata:

—Os obedeceré, papá.

Y en tanto que el conde se alejaba con Mr. de Borizy y Durand, se volvió á Arturo y le dijo:

—Ya veis que os imito siendo una hija obediente.

Mientras Arturo y Delfina iban á bailar juntos, contentos ambos por la circunstancia que los obligaba á ello, Delfina contra su capricho, Mr. de Lozeraie contra la voluntad de su padre, el marqués de Berizy y Mateo Durand se retiraban á una salita donde jugaban al whist silenciosamente en un rincon cuatro hombres. Los recien llegados fueron á sentarse lejos de ellos. Mr. Berizy fué el primero que tomó la palabra, y despues de haber presentado uno al otro al conde de Lozeraie y á Mateo Durand, les dijo:

—Dispensad, señores, que os moleste con un negocio en medio de un baile; pero es demasiado favorable la ocasion para que no me apresure á aprovecharla. He hablado ya á Mr. Durand de un monte que he vendido; el señor conde de Lozeraie que está presente, es el comprador. Con arreglo á la escritura, debe pagarme el total importe de la venta en el término de tres meses. El dinero debe entregárseme á mí mismo. ¿Os convendria señor conde hacer el pago á Mr. Mateo Durand que tiene la bondad de hacerse

cargo de mis fondos? ¿Y á vos, señor Durand, os conviene recibir esos fondos directamente de mano de Mr. Lozeraie?

—Si así lo quereis, yo por mi parte no tengo el menor inconveniente.

—Si acepto ese convenio, es por vos, señor de Berizy, repuso Durand con altaneria; hacedme el favor de creerlo.

—En verdad, dijo el conde con tono mas desdeñoso aun, en verdad que si yo no esperara complaceros, señor marqués, no me apartaria de las cláusulas de mi contrato.

—Y yo me atendria á nuestro convenio, dijo Mateo.

—Os doy gracias á ambos por vuestra estremada complacencia, dijo Mr. de Berizy sonriéndose; la aprovecharé. Me veo precisado á volver á provincia á donde me llaman algunos negocios, y me alegro que los de aqui se arreglen de este modo.

El conde y el banquero hicieron una señal de asentimiento.

—Mi notario redactará mañana el acta que asegure la validez del pago que hagais á un tercero y todo quedará en regla, dijo Mr. de Berizy dirigiéndose á Mr. Lozeraie.

—¿No tiene el señor conde de Lozeraie que hacer ninguna observacion ni tomar ninguna medida? preguntó el banquero.

—Pasará mi agente por vuestra casa, contestó Mr. de Lozeraie.

—Mi cajero le recibirá, dijo Mateo Durand, y recibirá el dinero si lo lleva alguno.

Saludarónse los dos é iban á dejar el salon, cuando se notó movimiento entre los jugadores de whist que dejaron el juego. En aquel instante entraba Mr. de Favieri.

—Qué tal os ha tratado la suerte, Mr. Félix? preguntó á uno de los jugadores.

El conde y el banquero se volvieron de repente al oir el nombre del anciano que tan mal fué recibido por ellos el dia anterior. Los dos se estrañaron verle en casa de Mr. Favieri; pero su sorpresa fué mayor aun cuando le oyeron responder negligentemente al marqués:

—No muy bien: he perdido veinte y cuatro fichas en tres manos. Felizmente, añadió sacando una cartera y echando un paquete de billetes de banco sobre la mesa, solo jugamos á quinientos francos la ficha.

—Ola, ola! ese Mr. Félix es hombre templado, dijo el poeta; quién diablos es? Se parece estraordinariamente al desconocido de todas las comedias de Alejandro Duval..... Es personage del teatro francés.

—Y el conde de Lozeraie me parece á mí de bastante mal gusto, dijo Luizzi; sin embargo es bueno el título.

—A quien yo quisiera conocer, añadió el poeta, es á ese Mr. Félix. Pongo en vuestra noticia que ya estoy ideando mi héroe. Le estoy viendo des-

abrochar su chaleco esclamando: «Conoceis esta cicatriz?» Pero dejémonos de chanzas: quién es ese Mr. Félix? Me parece heberle visto en casa del marqués.

—Parece, dijo el Diablo riéndose, que el sistema de personages desconocidos escita vuestra curiosidad en el teatro tanto como en la sociedad. Durand y el conde de Lozeraie trataban de esplicarse quien podia ser aquel hombre que habia ido á sus casas como un pretendiente en la indigencia, y le volvían á ver en casa de uno de los mas ricos capitalistas de Europa, formando partido con los mas célebres jugadores y perdiendo con tanta indiferencia una suma tan considerable para todo el mundo. Mr. Félix, reparó á su vez en Mr de Lozeraie y Mr. Durand; pasó por delante de ellos con aire grave, y pronunció en voz baja, si bien de modo que se oyesen, las dos palabras siguientes, designando con la vista, primero al banquero y despues al conde:

—Orgullo y vanidad.

Ni Durand ni Mr. de Lozeraie eran hombres capaces de sufrir semejante injuria; pero el que se la dirigia tenia mas de ochenta años; ambos se acordaban del recibimiento que le habian hecho, de las palabras misteriosas y casi amenazadoras que habia pronunciado, y ambos, contenidos sin duda por un temor cuyo secreto ellos no mas poseian, le dejaron alejar sin contestarle. Se miraron únicamente y la sinceridad que cada uno de ellos adquirió cuando el otro oyera el insulto que se le dirigía, dobló en su corazon el ódio que parecia separarlos instintivamente.

Las esplicaciones que siguieron á aquel baile, no dejaron de dar nuevos motivos de ódio al gran señor y al banquero.

En efecto, habia habido una esplicacion entre Arturo y Delfina. El jóven amante tan torpe cuanto enamorado, se imajinaba dar una gran prueba de amor jurando á Delfina resistir á las injustas prevenciones de su padre. La jóven preguntó cuáles eran aquellas prevenciones, y Arturo tuvo la torpeza de decirlas.

Entonces, la rica heredera creyó que lo mejor era echar en cara á Mr. de Lozeraie los desdenes de la señerita de Favieri poniéndolos á cargo de Mateo Durand, para que Mr. de Lozeraie no fuese impertinente impune.

Se concibe bastante bien que Delfina con el carácter que la habia dado la debilidad de su padre, pusiese en conocimiento de este las impertinencias de Mr. de Lozeraie; pero era precisa una circunstancia muy particular para que Arturo revelase á su padre las hablillas de que le habia dado noticia Delfina. Hé aquí lo que habia sucedido. Mr. Felix, habiéndose hecho presentar á Arturo durante el baile, llamó á parte al jóven y le dijo que deseaba tener una entrevista con él relativa á un asunto de interés en que pudiera verse comprometido el apellido de su madre. Arturo respondió que era tan celoso del honor del apellido de su madre, aun cuando no llevaba

aquel apellido, como del apellido de su padre que llevaba. Mr. Félix se mostró complacido al oir aquella respuesta; pero replicó con gravedad:

—Plegue á Dios que el que llevais valga para vos tanto como el que no lleveis!

—Caballero! esclamó Arturo.

—Nos volveremos á ver, jóven, le dijo con dulzura el anciano, y entonces conocereis que tengo derecho á hablar asi.

Y de esto resultó que cuando Mr. de Lozeraie, que habia notado la emocion de su hijo al tomar la mano de Delfina, creyó deber repetir á Arturo la órden de huir de aquella jóven, encontró una obediencia menos rápida y absoluta que de costumbre. Arturo creyó deber hacer presente á su padre que la alianza de la nobleza y el comercio no era cosa tan rara para que con tanto desden rechazara la idea de ella. El conde, irritado en vista de tal resistencia, procuró hacer ver á su hijo la bajeza de sus pensamientos, y terminó una hermosa perorata sobre el respeto que á su nombre debia, con las siguientes palabras:

—«Yo concibo que nobles de nuevo cuño, ó miembros de la antigua nobleza que han comprometido su nombre con indignas especulaciones, traten de enriquecerse ó restablecer sus bienes con semejantes alianzas; pero el que se llama Lozeraie y el que tiene vuestros bienes, debe ser mas escrupuloso en ese punto. Sí, Arturo, á hombres como nosotros está reservado el cuidado de mantener esos rigorosos principios de honor y dignidad que devolverán muy pronto á la nobleza el esplendor y el puesto que en parte ha perdido.

—Pero padre mio, respondió Arturo, cómo es que nuestro apellido y nuestros bienes han sido esta noche objeto de comentarios tan enojosos?

No se necesitaba mas para que Mr. de Lozeraie exigiese una relacion exacta de cuanto se habia dicho; y Arturo, abrumado de preguntas, se vió obligado á repetir á su padre las murmuraciones de Delfina Durand y las de Mr. Félix. Toda la cólera de Mr. de Lozeraie, ó al menos toda la que dejaba ver, estalló contra Mr. Durand, y se previno á Arturo que nada de este mundo podria obligar al conde á consentir que se casase el heredero de su nombre con la hija de un patan enriquecido como Mr. Durand. Arturo debió creer que era irrevocable aquella decision, porque á la mañana siguiente recibió órden de su padre para pasar á Lóndres, y abandonó á Paris persuadido de que se habia querido separarle de Delfina, y sin suponer que quizá se habia tratado sobre todo de que no volviera á encontrarse com Mr. Félix.

Mateo Durand, tan débil por lo comun para con Delfina, se habia mostrado inexorable para con ella. En vano le habia dicho la jóven que moriria de desesperacion si no se casaba con Arturo; en vano habia tenido ataques de nervios, pues nada habia movido al banquero. Delfina habia despedido á sus dos doncellas, puesto de patitas en la calle á su maestro de dibujo, arro-

jado la música á las narices de su profesor de piano, devuelto tres gorros á Alejandrina, la mejor modista de Paris, desgarrado una docena de vestidos, roto una porcion de objetos: todas estas demostraciones de su profundo dolor habian hallado á Mateo Durand inexorable con respecto á Mr. de Lozeraie.

—Qué es lo que te agrada? Su título? preguntaba á su hija; si quieres yo te casaré con un marqués ó un conde.

—Quiero ser esposa de Arturo, respondia ella.

—Pero, reponia Mateo Durand el hijo del pueblo, ese Mr. de Lozeraie es un intrigante afortunado; debe ser hijo de algun macero de provincia que ha robado los títulos con que se condecora.

—Pues qué, padre mio, no sois vos hijo de un jornalero? Vos mismo se lo decís á cuantos quieren oirlo.

—Es muy diferente, Delfina, dijo el banquero con cólera mal disimulada; yo no he renegado de mi orígen; yo hago alarde de ello, lo tengo á mucha honra.

Delfina se hallaba muy lejos de comprender este cálculo del orgullo que inducia sin cesar á Mateo Durand á decir que él era hijo del pueblo, y á resentirse por esta cualidad desde el momento que otro se la echaba en cara; tampoco se detuvo mucho en la distincion establecida por su padre, é insistiendo en la espresion de su caprichosa voluntad, volvió á gritar que si no se casaba con Arturo iba á morir. Esto duró ocho dias, á cuyo tiempo supo que Arturo habia salido para Lóndres. Esta noticia la humilló sobremanera. Hacia ocho dias que se admiraba de no haber encontrado aun á Arturo escalando las tapias del jardin, seduciendo al jardinero, ó al menos á una de sus doncellas para llegar hasta ella, proponiendo robarla en silla de posta, y amenazando matarse á sus piés si ella no accedia á sus deseos. Como la ceguedad de su propia vanidad atribuia al amor todas las nécias demostraciones que habia hecho, no concebia que la pasion de un hombre no hubiese hecho todo aquello y aun mas, y sobre todo una pasion inspirada por ella. La partida de Arturo fué un cruel desengaño para la señorita Durand. No por eso se creyó Delfina menos capaz de inspirar la pasion mas romántica; pero juzgó á Arturo incapaz de sentirla.

La cólera y el despecho que con tal ocasion esperimentó hubiesen debido hacer cesar todos los estremos de un dolor que no existia; pero confesar á su padre que no pensaba ya en Arturo de Lozeraie, era confesar que ella era capaz de engañarse, y siguió repitiendo:

—Arturo, ó la muerte.

Y en su consecuencia no quiso ver á nadie, y se encerró en su habitacion ocupada solo en su dolor, lo cual la hizo dar una contestacion que creemos digna de ser consignada. Un dia que su padre la reconvenia con dulzura porque descuidaba la música, le respondió con acritud:

—Sé bastante piano para morir.

—Sin embargo, no hay duda que su comedia la hubiera costado muy cara si su padre hubiera accedido á sus deseos; pero al fin habia conocido que no conseguia su objeto; y entre tanto alcanzaba otra especie de triunfo que la agradaba mas aun que todos. Llenaba de pesadumbres á su padre y alarmaba toda la casa; se espiaban todas sus acciones, se velaba su sueño; se la seguia en los paseos, se temblaba al verla examinar un cuchillo ó ponerse á una ventana algo alta. Todo esto servia de distraccion al despecho de la señorita Delfina Durand que echaba de ver aquellos temores, y se divertia en escitarlos.

En tal estado se hallaban las cosas tres meses despues de la época en que comenzó esta historia, y Mateo Durand, verdaderamente alarmado con la obcecacion de Delfina, empezaba á ver debilitarse su antipatía á Mr. de Lozeraie en vista del dolor que causaba á su hija cuando ocurrió la escena siguiente:

—Hablais siempre, dijo el poeta, del ódio de Mr. de Lozeraie y Mateo Durand: yo creo que todo ódio debe tener un motivo.

—Un motivo! repitió el Diablo; se le supone al amor? Por qué se ha de buscar en el ódio? Se odia, porque se odia del mismo modo que se ama, porque se ama, y nada mas. Sin embargo, la antipatia del banquero y el conde no partia de uno de esos vivos instintos de disidencia que separan invenciblemente á ciertas naturalezas; yo creo que aquellos dos hombres se odiaban por algo sin esplicarse á pesar de todo este algo. Su odio tenia sus motivos; pero se debe buscarlos en relaciones anteriores de aquellos dos hombres; no procedian del bien ó del mal que podian haberse hecho el uno al otro. Nunca habia habido entre ellos rivalidad de amor, ni rivalidad política, dos orígenes fecundos de querellas, de crímenes, de necedades y de ruinas; y cuando se encontraron en casa de Mr. Favieri era la primera vez que se veian, aunque hacia tiempo que se conocian de nombre.

El ódio que se profesaban provenia únicamente de que habia en ellos un vicio semejante, aunque se produjera bajo distintas formas. Si es posible hacer comprender un sentimiento rencoroso por otro, invocaré uno cuya realidad no está probada, porque se encuentra con frecuencia en nuestra sociedad. El ódio que separaba á Mr. de Lozeraie y á Mateo Durand era el que existe entre dos mujeres de mala conducta, de las cuales una oculta sus estravios con hipocresia, y hasta los pies oculta con sus vestidos, en tanto que la otra alza sin rubor la frente, y deja ver las ligas á los transeuntes. La primera, creyendo ocultar mejor sus vicios condenando á aquellas que muestran los suyos en toda su desnudez, detesta á la franca bribona que la obliga incesantemente á despreciar sin rebozo la vida que ella lleva á escondidas, en tanto que la segunda no puede perdonar á la que

se oculta la poca consideracion que guarda, aunque ella no sea menos indigna de toda estimacion, y la odia porque obtiene mejor puesto en la sociedad. Colocad á una mujer honrada entre esas dos mujeres: las despreciará, sí, pero no las odiará; no tratará de perjudicarlas. Las dos mujeres livianas detestarán sin duda á la mujer honrada, pero no tanto como se detestan á sí mismas.

—Todo eso me parece cuando menos algo sutil, dijo el baron, y no esplica la posicion del conde y el banquero.

—Adelante, pues, contestó Satanás; ese mismo sentimiento rencoroso, modificado ya, se encuentra entre dos hombres el uno un bribon desvergonzado y el otro un bribon hipócrita. Por lo com un los acreedores ladrones son los que hacen quebrar á los deudores br ibones, porque los hombres de bien no llevan las cosas tan adelante. La querida del marido es la que pone en noticia de este que su mujer le pone los cuernos; una mujer honrada se callaria: el vício no tiene enemigo mas implacable que el vício. Haced sufrir además á este sentimiento una modificacion que es puramente esterior, denominad ridículo á lo que yo llamo vício y hallareis el mismo principio de ódio entre dos personas como Mateo Durand y Mr. de Lozeraie.

¡Dos hombres salidos de la nada! esclamó el poeta. ¿Con qué Mr. de Lozeraie era.....

—¿Qué? dijo el Diablo.

—¿Un hombre salido de la nada?

—Sí.

—¿Por eso sin duda le habreís pintado ridículo?

—Nó, le pinto así porque lo era lo mismo que Mateo, contestó el Diablo; por eso se detestan.

En efecto, uno y otro estaban desesperados por la oscuridad de su orígen; el uno trataba de imponérsele orgullosamente á la sociedad como las mujeres de costumbres corrompidas que pretenden imponerle sus vicios, y el otro le ocultaba con cuidado, deseoso como estaba de otra clase de consideraciou á que sabia no era acreedor, como hace la mujer hipócrita.

Mateo Durand era el hombre orgulloso que se cree con fuerzas para luchar solo con las preocupaciones sociales y vencerlas en provecho suyo; Mr. de Lozeraie era el hombre vanidoso que se somete á esas preocupaciones con la condicion de convertirlas en su provecho; Mateo Durand odiaba á Mr. de Lozeraie porque este ocupaba, merced á un engaño, la posicion á que ningun título tenia; Mr. de Lozeraie odiaba á Mateo Durand, porque el alarde que este hacia de su oscuro orígen, era una sátira cruel contra el esmero con que él trataba de ocultar el suyo; ambos detestaban á los verdaderos nobles pero los detestaban menos que se detestaban entre sí.

Por otra parte, se puede decir que aquellos dos hombres eran, el uno representante de ciertas ideas viejas, y el otro representante de ciertas ideas

nuevas. Mr. de Lozeraie era el hombre afortunado de todos los tiempos, el hombre que, conformándose con las ideas recibidas acerca de las ventajas de un alto nacimiento, hace todo lo posible para que se crea que posee esas ventajas. Mateo Durand era el hombre afortunado del dia, el hombre que, apoyándose en un principio absoluto de igualdad social y de valor individual, rechaza toda ilustracion de familia, toda consideracion hereditaria para hacer uso del *yo* como de una potencia que todo se lo debe á sí misma, y casi semejante á la de Dios: y si se ha de decir todo, creo que el anciano Mr. Félix habia pintado con exactitud estos dos caracteres, aplicando á Mateo Durand la palabra orgullo, y á Mr. de Lozeraie la palabra vanidad.

—Ese Mr. Félix debe ser algun noble amigo vuestro, dijo el poeta; debe ser un hombre de alta y antigua alcurnia..... porque hablais demasiado bien de él.

El Diablo continuó sin contestar:

—Ahora que creo haberos esplicado la posicion que aquellos dos hombres ocupaban respecto á ellos mismos y respecto á la sociedad, continúo mi relato, y voy á referiros las diversas escenas que pasaron entre ellos, y que fueron consecuencia de lo que ya os he dicho.

Luizzi, que conocia la manera de contar del Diablo, pensó que éste debia tener sus motivos para alargar tan indefinidamente su relato, y prestó oido para observar si en el poeta producia aquel relato el efecto predicho por Satanás, que continuó:

Corrian los primeros dias de julio de 1830. Mateo Durand volvia del Estanque, donde habia dejado á Delfina en tal estado de dolorosa desesperacion, que la niña mimada habia estado á punto de zurrar á su padre. Hallábase tambien sentado en el despacho donde le vimos al principio de este relato; pero no se echaba de ver en él ese aspecto de tranquila felicidad y de suprema satisfaccion de sí mismo, que radiaba en su rostro algunos meses antes. Hubiérase dicho que esperimentaba á la vez una felicidad mas activa y una vivísima inquietud; repentinamente se sucedian en él las espansiones del gozo y el abatimiento pensativo. Estas diversas emociones dependian de las diversas cosas en que pensaba. Cuando consideraba que acababa de ser nombrado diputado por tres colegios de distrito y un colegio de departamento, su cabeza se llenaba de orgullo y sus ojos se animaban con un brillo estraordinario; cuando examinaba los medios porque habia alcanzado aquel triunfo y convenia en que habia tenido que sacrificar la seguridad de sus negocios á su ambicion, un temor glacial le hacia palidecer. Mateo Durand padecia la fuerza de los grandes jugadores políticos, ya con sus trasportes ardientes que hacen delirar al enfermo y le prestan un vigor sobrenatural, ya con esos estremecimientos glaciales que le hacen temblar y le abaten cual si todas sus fuerzas se hubieran agotado.

Sin embargo, Mateo Durand solo en la soledad mostraba estos síntomas del estado enojoso en que se hallaba. Cuando tenia á alguien delante volvia á tomar su papel y le representaba con la admirable serenidad del autor á quien la costumbre da el gesto y la entonacion que reclama lo que resta aunque su pensamiento esté muy distante de ello.

Como se pasase aviso á Mateo Durand de que una porcion de personas esperaban en la antesala, pidió la lista de ellas, y cual fue su admiracion al encontrar entre treinta nombres bastante insignificantes, el nombre del señor conde de Lozeraie! Al lado de este nombre se hallaba el de Mr. Daneau. El banquero reflexionó un instante acerca de lo que debia hacer en presencia de Mr. de Lozeraie y concluyó por decir á su ayuda de cámara:

—Decid á Mr. de Lozeraie que me dispense, pues tengo destinada la mañana á los negocios y tendria tal vez que esperar demasiado, pero que si quiere volver mañana ó pasado mañana, me tendrá á sus órdenes. En cuanto á Mr. Daneau, decidle que se espere, porque necesito hablarle; mandad pasar luego á los demas.

El banquero, así que hubo dado esta órden, se levantó para recibir de pié á las personas que iban á verle con diferentes motivos abligándolas asi á abreviar su visita. Esta pequeña diferencia entre su modo de recibir en otro tiempo á las personas que iban á solitar de él, y á las cuales ofrecia asiento con tanta gracia, esta pequeña diferencia, repito, parecia demostrar que Mateo Durand pensaba ya que era perder tiempo el escuchar á los pretendientes á quienes algunos meses antes dedicaba algunas horas. Primeramente despachó á media docena de electores que iban á solicitar recomendaciones para las oficinas y que creyó deber negar en atencion á que antes de todo se habia comprometido á sostener los derechos del pueblo..... en la tribuna y no en las oficinas, ó sea en teoría, y no en práctica. Oh! la teoría es la cosa mas bella que ha inventado el Diablo para desorganizar el mundo. Dadme el filántropo mas amante de la humanidad y confiadle el poder por veinte y cuatro horas y hace de él el mónstruo mas abominable. Robespierre era un teórico que deseaba el bien de la Francia, y que como todos los teóricos, opinaba que el fin justifica los medios.

—Señor conde de Cerny, esclamó el poeta, vaya un epígrama carlista! Dais á Robespierre opiniones de jesuita.

—Tal vez sea esa mi intencion, contestó el Diablo en tanto que Luizzi le decia por lo bajo:

—Satanás, cuidado que olvidas tu papel.

—Fuese lo que fuese, continuó el Diablo, Mateo Durand recibió y despachó á los electores con la superioridad del hombre soberanamente fastidiado por tales visitas, diciendo que no queria contraer compromisos con el poder. La misma frase le sirvió para todos, y cada cual se retiró satisfecho

de la alta independencia del nuevo diputado; treinta minutos bastaron al banquero para despachar á sus electores.

Sin embargo, habiéndose presentado un antiguo proveedor del ejército imperial con una peticion dirigida á las cámaras, por la cual reclamaba cre-



Delfina.

cidas sumas acusando al gobierno de haber desatendido títulos incontestables, señalando, segun él decia, fraudes evidentes, el banquero leyó de cabo á rabo la peticion, y dijo al proveedor

—Os prometo apoyar esta reclamacion con todas mis fuerzas; quiero y debo denunciar una espoliacion tan vergonzosa; vuestras reclamaciones han sido desoidas porque se refieren á una época cuya gloria y cuyos empeños repudia al gobierno actual; pero llegará el dia de la justicia, y gracias á mí y á mis amigos, obtendreis reparacion.

—Lo esperais asi, caballero? dijo el ex-proveedor.

—Es incontestable la mayoria de la oposicion; esa mayoria es omnipotente, caballero, y el gobierno se verá precisado á querer lo que nosotros queramos, aunque el gobierno permanezca en manos de hombres que abusan de una manera tan perversa y tan arbitraria de cuanto tiene visos de popular y nacional.

—Ah! caballero! esclamé el pretendiente, vos me devolveis la vida; porque no debo ocultaros que poseyendo esos títulos que tan valederos creí, me veo reducido á la última miseria, y es tal esta miseria, que si hubiera quien me prestase una pequeña cantidad sobre estos documentos que dejaria en depósito para ir tirando hasta el dia en que, gracias á vuestra elocuencia sean atendidas mis reclamaciones, me tendria por muy feliz y dichoso.

—Yo creo que no os será difícil hallar ese dinero, dijo Mateo Durand dirigiéndose á la puerta de su despacho como para mostrársela á su protegido con una soltura que anunciaba grandes disposiciones en el banquero para ser ministro.

—Si tal es vuestra opinion, dijo el proveedor siguiendo á su pesar al banquero, ¿no os sería posible, señor Durand?....

—¿A mí, caballero, replicó el diputado; es imposible. Mi casa se ha propuesto absolutamente no hacer esa clase de negocios, de modo que aunque yo quisiera no podria. Pero por lo demas me teneis enteramente de vuestra parte; y cuando sea presentada á la cámara vuestra peticion, podreis contar desde luego con lo que llamais mi elocuente intervencion.

Esto diciendo, el banquero abrió la puerta de su despacho y saludó al pretendiente con una política que queria decir: «Hacedme el obsequio de iros al diablo!»

Despues de aquel pretendiente se presentó otro que iba á someter á Mateo Durand un proyecto de reforma rentística que tendia nada menos que á suprimir la patente, el impuesto sobre bebidas, el de la sal, el monopolio del tabaco, y á cubrir el déficit que de estas supresiones resultaria en el tesoro rebajando á la mitad los sueldos de los empleados públicos. El banquero aprobó con entusiasmo el principio sin admitir la aplicacion radical de las ideas del reformador, y declaró que era ya tiempo de introducir en los gastos públicos un sistema de economia severa, y de hacer cesar esa impudente malversacion de los caudales del pueblo, que entonces seria posible llegar á la realizacion de las ideas del peticionario, ideas que en todo

caso le instaba á someter á la cámara para que esta se fuese acostumbrando á oir hablar de economías y reformas.

—Ese no es el Mateo Durand que yo conozco, el verdadero y franco patriota á quien admiran todos sus amigos, dijo el poeta.

—Es posible, contestó el Diablo; yo no pinto al que vos conoceis, y sí al que yo conozco.

—No os he visto nunca en su casa.

—Pues suelo estar en ella, dijo Satanás, y continuó:

—Mateo Durand, asi que hubo despedido á aquel gran economista con la misma ceremonia con que despidiera al ex-proveedor, mandó que pasara Mr Daneau; pero cual fué su cólera al saber que el empresario no habia querido esperar, aunque habia dicho que volveria! Por otra parte, se sorprendió aun mas cuando supo que el señor conde de Lozeraie habia dicho que iba á esperar á que Mateo Durand se desocupase de sus asuntos. Mr. de Lozeraie esperando en la antesala del banquero, inspiró á este tal orgullo, satisfecho que Durand olvidó por un momento la desatencion de Mr. Daneau, y mandó con voz imperiosa que pasasen los demas sugetos que esperaban en la antesala. Eran estos comerciantes, que fiados en la alta reputacion de beneficencia que Mateo Durand gozaba, acudian como antes hiciera Mr. Daneau á esplicar su enojosa posicion al banquero, y á solicitar el generoso apoyo que habia obtenido el empresario. Mateo Durand tenia una frase comun para los pretendientes comerciantes, así como la tenia para los pretendientes políticos. Sus nuevas funciones de diputado, decia, absorvian todo su tiempo, y habia dejado completamente la direccion de su casa á Mr. Sejan, quien, añadia, haria cuanto fuese posible, y á cuyo despacho los enviaba con una amabilidad estraordinaria. El gefe de la contabilidad los recibia con ese gesto inmóvil del comerciante que al presentársele cualquiera solo parece desplegar los labios para decir: «Caballero, eso es enteramente imposible.» De lo cual resultaba que el banquero endosaba á Mr. Sejan su insensibilidad, y guardaba para sí su reputacion de benevolencia y generosidad.

Todas las personas habian sido despachadas, cuando se pasó aviso á Mateo Durand de que Mr. Daneau habia vuelto, y el banquero deseoso de apurar hasta la última gota el placer de obligar á hacer antesala al señor conde de Lozeraie, admitió á su presencia al empresario.

—Me habíais llamado? preguntó Mr. Daneau presentándose con aire risueño.

—Sí, caballero, contestó el banquero con sequedad; y hubiera querido veros antes en atencion á que es muy importante lo que tenemos que hablar.

—Vos teneis la culpa, señor Durand, dijo el empresario con tono amistoso.

Mateo Durand frunció las cejas.

—Vos teneis la culpa, continuó el empresario; ¿no me digísteis la primera vez que tuve el honor de veros que el tiempo es un capital que no conviene desperdiciar? He aprovechado el que me dejaban las numorosas visitas que teníais que recibir, para ir á algunos asuntos.

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del banquero, que replicó á Mr. Daneau.

—El asunto de que tenemos que hablar era tal vez el mas importante de todos.

—Pues de qué se trata?

—Creo deberos decir que cesará el 15 de este mes el crédito que teníais abierto en mi casa.

—Me cerrais ese crédito! esclamó absorto el empresario.

—Y espero, continuó Durand, como si no hubiese notado la esclamacion del empresario; y espero que me reembolsareis en el término de un mes de los 400,000 francos que os llevo adelantados.

—En un mes! murmuró Daneau con nuevo asombro.

—Me parece que no os será dificil, dijo Mateo Durand. Os he facilitado conforme deseábais los fondos necesarios para la terminacion de vuestras casas, y ya están terminadas. Estamos en julio, es decir, en la época en que, segun nuestros cálculos deben hallarse en productos. Creo ha llegado el caso de completar vuestra operacion, de poner vuestras casas en venta, de saldar vuestras deudas y de realizar vuestros beneficios.

—Teneis razon, señor; pero si pongo en venta de una vez propiedades que valen tres millones, bajarán su valor lo bastante para esperimentar una pérdida que devorará no solamente todos mis beneficios sino tambien los desembolsos hechos en ellas.

—Eso no puede ser, señor Daneau, replicó el banquero con imperturbable flema. Habeis desembolsado 300,000 francos en el negocio; cuando acudísteis á mí habíais tomado 1.200,000 francos; lo que unido á 400,000 que yo os he prestado, constituye la suma de 1.900,000 francos. Hasta tres millones, evaluacion que vos mismo habíais dado á vuestras fincas, resulta una cantidad bastante crecida para que obtengais beneficios, aun cuando la venta no produzca precisamente tres millones.

—Verdad es; pero los 400,000 francos prestados por vos, han servido para atender á compromisos anteriores. Ya os lo he dicho: he tenido que hacer nuevos gastos, y aun ahora que las casas están concluidas me quedan por saldar deudas por mas de 200,000 francos.

—Pues bien, señor Daneau, todo hace 200,000 francos, y aun tendreis 900,000 de ganancias si vuestros cálculos han sido de todo punto exactos y leales.

—Han sido leales, señor, respondió el empresario con alguna viveza, y

serán exactos si me concedeis el tiempo necesario para llevar á cabo la venta de las casas.

El banquero abrió una carpeta, tomó un papel y leyó algunos trozos de él á Mr. Daneau.

—Ya lo veis, continuó, los términos del contrato son muy claros. Os he prestado 400,000 francos con hipoteca y á cuatro meses de plazo. Mañana espiran los cuatro meses, y me hallo en el caso de pedir un reembolso inmediato é íntegro. No lo hago, os concedo un mes de plazo, lo cual seria ir mas allá de lo que reclaman mis intereses, sino estuviera acostumbrado á sacrificarlos á los de los demas.

—Os aseguro, señor Durand, que me será imposible satisfaceros; dijo el empresario con tono suplicante.

—En ese caso, respondió el banquero, no estrañareis que tome inmediatamente las medidas necesarias para obtener el pago que tengo derecho á esperar de vos.

—Será posible! esclamó el empresario. Una espropiacion!

—Solo vos podeis prevenirla, pagándome inmediatamente.

—Pero no veis que eso es usar para conmigo un rigor.....

—Muchas gracias, dijo con amargura el banquero: felizmente estoy acostumbrado á la ingratitud. Todo el hombre que ha consagrado su vida al servicio de sus semejantes debe esperar ese pago. Cuando os abrí mi caja no use de rigor para con vos; pero ahora que os pido mi dinero obro con mucho rigor. Basta; yo sé lo que debo hacer.

—Señor, perdonad una palabra imprudente que me pesa ya en el fondo de mi alma, dijo Daneau. Pero os juro que me arruinais obligándome á pagaros de ese modo. Vos conoceis bastante los negocios para saber que solo se encuentran compradores no buscándolos. Es preciso dejarlos venir y puedo esperar la realizacion de una venta tan enorme. Ademas se me pedirán plazos y si no los obtengo para mí no podré concederlos; me será impoble la venta.

—Sustituid una hipoteca á la mia, consiento en ello.

—Pero no conoceis que eso es despreciar las fincas, pues es decir que no parecen suficientemente garantía á una casa como la vuestra? Todo el mundo creerá que cuando me exijís con tal premura el pago, es porque creeis espuestos vuestros fondos. Nadie esplicará de otro modo vuestro..... no me atrevo á decir vuestro rigor..... pero sí vuestra.....

El empresario no pudo dar con una palabra bastante fina y se detuvo de nuevo.

—Continuad, continuad, le dijo el banquero.

—Sí, señor Durand, continuó Daneau conmovido: nadie creerá que un hombre como vos, sosten del pobre, apoyo de la industria, y que habeis prodigado vuestro capital en socorro de las gentes honradas, sereis tan se-

vero para conmigo á no haberlo yo merecido por una falta de palabra, ó por una conducta poco leal. Y sin embargo, señor Durand, soy un hombre de bien; soy como vos, y vos mismo me lo habeis dicho, soy un hijo del pueblo que he ganado mi capital por medio del trabajo y la probidad; no puedo creeros capaz de hacerme perder no solo mi capital, sino tambien mi reputacion; no, sois incapaz de ello.

El banquero pareció conmoverse, y contestó:

—Creed que si no necesitara con urgencia esos fondos no seria tan rigoroso para con vos. Pero cuando os los presté tenian ya su destino. Estoy comprometido y no puedo prescindir de ellos.

—En ese caso, señor, dijo Daneau desesperanzado, veré..... veré si puedo.....

Y se disponia á retirarse cuando le llamó el banquero:

—Oid, señor Daneau, no quiero que se diga nunca que he dejado de socorrer á un hombre de bien, y á un hombre salido del pueblo como yo.

El empresario se apresuró á volver con alegria, y esperó con ansiedad las palabras del banquero, que parecia bastante embarazado por lo que iba á decir. Al fin se decidió y añadió:

—Segun vuestros cálculos, teneis tomados sobre vuestras fincas 2.100,000 francos.

—Sí, señor.

—Vendedme las fincas en 2.200,000 francos y liquidais por completo.

—Pero, señor, contestó Danean disgustado, admirado de la proposicion del banquero, y olvidando que el mismo hombre que le proponia comprarle sus fincas en 2.200,000 francos acababa de decirle que necesitaba con urgencia su dinero; pero eso es arrebatarme todos los beneficios del negocio.

—Cómo! esclamó el banquero. Cuáles son vuestros desembolsos? Trescientos mil francos que empleásteis hace un año en la compra de los terrenos, todo lo demas procede de préstamos tomados sucesivamente. Resultará que con 300,000 francos habreis realizado en un año un beneficio de 100,000 francos. Es un 33 por 100 de beneficio. Yo no conozco comercio que produzca tanto; y el alto comercio, contra el cual se chilla tanto, se halla muy lejos de obtener la cuarta parte de ese beneficio con capitales que compromete con frecuencia con mas ligereza que debiera.

—No digo lo contrario, señor, dijo Daneau; pero olvidais que en el negocio de que se trata he tenido que pagar los réditos del dinero tomado á préstamos, y que satisfacer los gastos de escrituras?

—Es cierto, contestó el banquero, pero yo os abonaré esos desembolsos.

—Entonces habré corrido el riesgo del negocio, y habré trabajado un año.....

—Para ganar cien mil francos; me parece una utilidad muy buena, sobre todo teniendo en consideracion lo que habeis sido.

—He sido lo que vos, replicó con altivez el empresario.

—Perdonad, dijo el banquero con enojo, no hablo del hombre, hablo del capital empleado. No he olvidado lo que he sido, sé que he sido quizá menos que vos.

—Pues bien, dijo Daneau por una de esas resoluciones que toma el herido que se cree en peligro y que tiende al cirujano la pierna ó el brazo para que lo corte; pues bien, dadme 2.400,000 francos, y es negocio concluido.

El banquero guardó en la carpeta la escritura de hipoteca y respondió con frialdad:

—He hecho cuanto estaba en mi mano por salvaros; siento hallaros tan poco razonable. Id con Dios; este negocio no me concierne ya. Avistaos con Mr. Sejan para la liquidacion de vuestra cuenta.

—Pero señor.....

—Dispensadme, pues hace dos horas que me está esperando el señor conde de Lozeraie; y en verdad que á pesar de mis deseos de consagrar todo el tiempo á los comerciantes è industriales como yo, seria ya grosería el hacer esperar mas á un personage dotado de tanta paciencia.

—Voy á ver á Mr. Sejan, dijo Daneau confundido.

El banquero le saludó, y mientras daba órden de que pasase Mr. de Lozeraie y entraba éste en el despacho, Mateo Durand escribió algunas líneas que cerró y dió á un criado, diciéndole:

—Corriendo á Mr. Sejan.

Hé aqui aquellas líneas:

«Manteneos firme en el negocio de Daneau, y obtendremos por dos millones doscientos mil francos unas fincas, que esperando ocasion favorable para venderlas, valdrán mas de 3.000,000.»

El banquero hizo una seña á Mr. de Lozeraie asi que se retiró el ayuda de cámara, y quedaron solos y en presencia uno de otro los dos hombres salidos de la nada.

—Es posible que Mateo Durand haya procedido asi? dijo el literato mirando al conde con bastante serenidad para que el baron notase que el Diablo empezaba á obtener la especie de atencion que deseaba.

—Sí.

—Estais seguro de ello?

—Os nombro las personas y os digo con exactitud las cantidades.

—Pero dónde diablos habeis sabido todo eso?

—Os lo diré asi que concluya.

—Sabeis que con semejantes secretos se podria hacer lo que se quisiera de un hombre como Mateo Durand? dijo el poeta.

—Os aseguro, contestó Satanás, que si me gustase su hija, no tardaria en ser mia, sobre todo con lo que me falta deciros.

Al oir esta última frase, Luizzi empezó á adivinar la intencion de Satanás, y prestó oido en tanto que este continuaba.

—Cuando Mr. de Lozeraie quedó solo con Mateo Durand, pareció hallarse muy embarazado por lo que iba á decir. A aquel embarazo se juntaba el resentimiento por la larga antesala que le habia obligado á hacer, y que conocia se habia prolongado todo lo posible por el banquero. Sin embargo, este resentimiento solo se mostró en el rostro del conde por la contraccion de sus labios, pues Mr. de Lozeraie ocultaba su cólera bajo un aspecto franco y político. Pero Mateo Durand se conocia demasiado á sí mismo para que ignorase qne habia herido en lo mas vivo al hombre orgulloso que tenia delante, y debia creer que era preciso al conde una necesidad bien imperiosa para que asi aceptase la especie de insulto que acababa de hacérsele. A consecuencia de esta reflexion, el banquero prometió hacer conocer á Mr. de Lozeraie que se habia burlado de él en casa de Mr. Favieri el dia que con tanto desden le tratara.

Mateo Durand se guardó muy bien de sacar al conde de su embarazo comenzando la conversacion por palabras de política que hubieran dado tiempo para reponerse á Mr. de Lozeraie. Le ofreció un sillon, se sentó en otro cerca de él y se inclinó un poco con ese aire que quiere decir: «Ya os escucho, pero todo sin pronunciar una palabra.» Mr de Lozeraie se decidió entonces á hablar, y queriendo sobreponerse á la humillante turbacion que le dominaba, hizo tan violento esfuerzo para aparentar calma, que entró de lleno en su enojosa impertinencia sin poder circunscribirse al justo medio de una política serena y firme á la vez.

—He sido perseverante, caballero, dijo con un tono de burla que procuraba hacer gracioso, pero que conservaba cierta acritud; he hecho vuestro gusto; acabo de reconocer la soberanía de las riquezas; espero no encontrar esa soberanía demasiado tiránica. Los omnipotentes se muestran por lo comun buenos príncipes para con los que hacen juramento formal de sumision.

Mateo Durand no quiso aceptar la conversacion en tono tan superficial, y contestó con fria gravedad:

—Tengo muy poco tiempo y muchos negocios, señor conde; esto debe disculparme de haberos hecho esperar tanto tiempo.

—Felizmente yo tengo muchísimo tiempo y muy pocos negocios, replicó el conde; esto debe esplicaros por qué he perdido tanto haciéndoos antesala.

Pues bien, señor conde, si quereis que no le perdamos los dos ahora, tened la bondad de decirme cuál es el asunto que os trae á mi casa.

Esta llamada al objeto verdadero de su visita, pareció detener de repen-

te el raudal de nécia vanidad de Mr. de Lozeraie. Volvió á su embarazo, y Mateo Durand pudo comprender mejor que hasta entonces habia comprendido, que estaban en sus manos los intereses mas graves de su enemigo. Sin embargo, el conde añadió despues de un instante de silencio:

—Debeis recordar, caballero, la proposicion que á ambos nos hizo el marqués de Berizy, en virtud de la cual consiente entregaros el importe del monte que acababa de comprarle.

—Me acuerdo perfectamente, contestó el banquero, y yo consentí en recibir el dinero á cuenta de Mr. de Berizy.

Mr. de Lozeraie se mordió los labios de despecho al oir la repiticion seca y fria de la palabra consentir. En efecto, se le habia escapado sin intencion de herir al conde; la costumbre habia sido superior á su resolucion de producirse con sencillez y urbanidad, y echó de ver que se las habia con un hombre dispuesto á no dejar pasar nada que tuviese el menor aspecto de superioridad. Este movimiento fue cruel, pero bastante rápido para que Mr. de Lozeraie continuase en seguida:

—Se os han entregado 1.200,000 francos á cuenta de los 2.000,000, que tuvísteis á bien comprometeros á recibir.

—Es cierto, y debeis completar el pago en todo el presente mes.

—Quisiera que me concediérais un plazo de algunos meses, para este último pago.

—¿Yo? respondió el banquero con aire de verdadera sorpresa; debo haceros observar que yo verdaderamente solo soy en este asunto cajero de Mr. de Berezy, que es el único que puede concederos ese plazo.

—Ya esperaba yo esa observacion de vos, señor Durand y para contestaros necesito haceros ver cual es el acontecimiento que me impide atender á mis compromisos.

El banquero se inclinó y Mr. de Lorezaie continuó:

—Cuando hice la compra en cuestion, esperaba tener las provisiones de la espedicion á Argel.

—Os comprendo, caballero, contestó desdeñosamente el banquero; y contábais con los beneficios enormes de una especulacion tan honrosa para completar las sumas necesarias al pago de vuestra adquisicion?

—No señor, dijo Mr. de Lozeraie; el valor de la adquisicion estaba completo entonces; pero fuí arrastrado á los riesgos de lo que vos llamais especulacion por un intrigante que, so pretesto de comprar las personas que debian hacerme con las provisiones, me ha estafado una cantidad enorme.

Al oir esta revelacion, Mateo Durand no pudo menos de contener un vivo movimiento de alegria, y respondió á Mr. de Lozeraie:

—Podeis esponer esas razones á Mr. de Berizy que las comprenderá perfectamente.

—Las comprenderá mucho menos que vos, dijo en seguida Mr. de Lo-

zeraie; el marqués es un hidalgo rancio de provincia, que siempre ha permanecido estraño á los negocios, asi como vos sabeis muy bien como se hacen.....

—Ignoro completamente los negocios del género de los que decís, repuso el banquero. Nosotros, hombres salidos de la nada, solo conocemos los negocios..... legales.

No puedo asegurar si la vacilacion de Mateo Durand al pronunciar la palabra *legales* en lugar de la palabra *leales* que era la que primeramente le habia ocurrido, provenia de un resto de urbanidad que le vedaba dirigir desembozadamente semejante insulto á Mr. de Lozeraie, ó del recuerdo de la escena que tuviera lugar entre él y Mr. Daneau, en la cual habia hecho en su provecho un uso tan poco leal de la legalidad. Mr. de Lozeraie, fuese como fuese, echó de ver aquella vacilacion y adivinó la palabra no pronunciada por la que lo habia sido. Sin embargo, se guardó muy bien de demostrarlo, y, recobrando su altaneria, añadió con maravillosa inconsecuencia:

—Es verdad que el negocio no era completamente legal, y por consecuencia hubiera sido muy singular confiarle á uno de los que hacen las leyes, á un miembro de la cámara alta, á un par de Francia.

—Y creeis que se pueda confiar á un diputado? repuso con gravedad Mateo Durand, á un miembro de la cámara baja? añadió amargamente.

El conde echó de ver entonces su torpeza, y creyendo hacerla olvidar por medio de un tono de buena fé afectado, dijo:

—Vamos, señor Durand, no representemos entre nosotros una comedia inútil; vos sabeis tambien como yo como se manejan estas cosas, pues sois hombre de mundo.

—Soy hombre del pueblo, señor conde, replicó el banquero con su insolente humildad.

—Pues bien, dijo el conde, á quien sus propias palabras parecian desollarse el paladar, todos somos del pueblo, de un poco mas lejos ó de un poco mas cerca, un poco mas alto ó un poco mas bajo. Sobre todo seamos de la época en que vivimos, y no prestemos una solemnidad inútil á las cosas comunes de la vida. En resúmen, me hareis, sí ó no, el favor que vengo á pediros?

—Y, en realidad, on qué consistirá ese favor?

—En dar por cancelada mi cuenta con Mr. de Berizy, tomando á la vuestra los 800,000 francos que me faltan de pagar. Os daré todas las garantías que querais, os hipotecaré el monte de cuya compra procede el débito... En rigor solo os pido un préstamo hipotecario de algunos meses.

—De algunos meses nada mas? dijo el banquero, que reservando su intencion de rehusar, estaba lleno de satisfaccion por saber el estado de los asuntos de Mr. de Lozeraie. Estais seguro de poder pagarme en ese plazo?

—Segurísimo, pues caso á mi hijo.

Esta noticia esclareció como un relámpago en el espiritu de Mateo Durand el recuerdo de las primeras impertinencias de Mr. de Lozeraie, á quien respondió sonriéndose:

—Ya! con qué casais á vuestro hijo? Y sin duda contraeis alianza con alguna familia de la alta nobleza?

—No, no, Arturo se casa con la hija de un comerciante.

—Ah! con la hija de un comerciante?

—De un comerciante inglés, de un hombre considerable de la Cité; ya sabeis que tales alianzas son muy comunes en Inglaterra, y ademas allí la clase media no es como la nuestra, sin familia, sin antecedentes; en Inglaterra existe una clase que pudiera llamarse nobleza de la clase media.

—Querreis decir clase media noble.

—Eso mismo, señor Durand; pienso hipotecar el dote de mi nuera sobre una de mis propiedades y empleándolo en el completo del pago del monte de Mr. de Berizy, llenaré las cláusulas de la escritura, y quedaré al corriente con vos.

Mateo Durand no contestó; el conde de Lozeraie esperó un instante, y luego dijo:

—Ahora bien: qué os parece mi proposicion?

Mateo Durand se levantó de pronto, y respondió dando á su voz y á su fisonomia toda la altaneria posible:

—Me parece, caballero, que esa proposicion debiera haber sido dirigida al señor marqués de Berizy, porque es muy fácil entenderse entre nobles de un rango que debe suponerse igual. Y si acaso el noble cortesano teme confiar ciertas cosas al noble campesino, en atencion á la enorme diferencia..... de ideas que entre ellos existe, pienso que la proposicion hubiera debido dirigirse mas bien al comerciante inglés que al banquero francés, al hombre de la clase media noble, que al hombre de la clase media del pueblo. Esto es lo que me parece.

Mr. de Lozeraie palideció al oir estas palabras; un relámpago de ódio centelleó en sus ojos, pero se contuvo, y repuso saludando con desdeñosa insolencia:

—Vos sois Mateo Durand, y yo soy el conde de Lozeraie, la distancia que nos separa me impide ver un insulto en lo que acabais de decirme.

—Soy capaz de daros un anteojo de larga vista para que podais verlo, repuso el banquero.

—Con tal que ese anteojo sea tan largo como una espada, me bastará, dijo el conde.

—Lo será si asi os conviene, contestó Mateo Durand.

—Basta! dijo Mr. de Lozeraie, y se retiró en seguida.

A la mañana siguiente, pasaron á casa del banquero de parte del conde

Mr. de Favieri y Mr. de Berizy, y trataron de mediar entre aquellos dos hombres, á quienes su edad y su posicion vedaban comprometer con tanta ligereza su vida; pero, durante dos ó tres dias que emplearon en negociaciones, hallaron á uno y á otro inexorables. Entonces, admirados de tal



persistencia, dijeron que no podian servir de padrinos en un duelo cuya verdadera causa ignoraban. A quien primero se hizo esta objecion fué al banquero, que manifestó no poder revelar la causa cuyo secreto pertenecia á Mr. de Lozeraie.

Esto, á quien se repitió la objecion y la respuesta, se decidió á confesar á Mr. de Berizy y á Mr. de Favieri el motivo de su visita á Mateo Durand y el giro que las cosas habian tomado; apresuróse al mismo tiempo á decir que Mateo Durand se habia conducido como hombre honrado guardando tan fielmente su secreto; y, por su parte, el banquero no pudo menos de aprobar la conducta de Mr. de Lozeraie que habia sacrificado su vanidad al deseo de allanar los obstácnlos que se oponian al duelo.

—Y se batieron? preguntó el poeta: ¿Se bate el comercio?

—Al menos entonces no, contestó el Diablo.

Una vez los dos adversarios en semejante posicion, fué fácil hacerlos confesar que no habia motivos fundados para que se batiesen. Obedeciendo, en efecto, uno y otro mas bien á un sentimiento personal de ódio instintivo que á una comun susceptibilidad de punto de honor, y una vez conocidas las circunstancias de su querella, sin duda temieron mostrar el secreto de su animosidad, y se declararon mútuamente satisfechos.

Por lo demas, este asunto fué muy feliz para Mr. de Lozeraie, atendido á que Mr. de Berizy le propuso la anulacion de la escritura de venta, pues habia encontrado un nuevo comprador del monte, y este nuevo comprador era el anciano Mr. Félix de Marsella, que habia cooperado con Mr. de Berizy y con una rara oficiosidad á impedir el duelo de Durand y de Mr. de Lozeraie.

—Todavia andamos con Mr. Felix! dijo el poeta. Vamos, indudablemente es algun héroe de Mr. Scribe, uno de esos hombres templados que tienen siempre un millon ó dos en el bolsillo del pantalon.

—Pche! dijo el Diablo; esas creaciones no carecen de cierto talento superior. Los antiguos tenian su *Dios* para desenlazar sus dramas: *et Deus intersit*! como dice Horacio. Mr. Scribe ha inventado el millon para llegar al mismo fin; y si yo poseyera alguna fé, cualquiera que fuese, preferiria, lo mismo en literatura que en lo demas, el DIOS MILLON al dios *Júpiter* ó *Apolo*.

El Diablo continuó, despues de dar esta respuesta al poeta:

—Mr. de Lozeraie, despues de aceptar la proposicion de Mr. de Berizy, se encontró sin embargo con 1.200,000 francos, en casa de Mateo Durand, quien se apresuró á ofrecerle la devolucion asi que tuvo noticia del nuevo convenio. Mr. de Lozeraie creyó cumplia á su dignidad rogar al banquero que los conservase en su poder, pues no queria dar á su adversario una prueba de desconfianza, mucho mas no teniendo nada que temer del brillante estado de la casa de Duraad.

Por otra parte, Daneau consintió en la venta que le propusiera Mateo Durand, y este ocupó el puesto del empresario para con los acreedores hipotecarios, y se halló por consecuencia deudor de 1.200,000 francos para con ellos, y de 600,000 francos para con Daneau, cuya suma con los 400,000

francos que habia adelantado formaba la de 2.200,000 francos, valor de las fincas.

Asi las cosas, ocurrió la revolucion de Julio.

—Gran revolucion! esclamó el poeta.

—Yo me alabo de ello! dijo el Diablo.

—Que ha lanzado á la Francia en la senda del progreso social.

—Y que ha derogado la ley del divorcio.

—Y que ha desbancado á la aristocracia.

—Y que ha creado los oficiales de la guardia nacional.

—Y que ha moralizado al pueblo.

—E instituido el baile Musard.

—Ya veo, señor de Cerny, que no es de vuestra devocion, dijo el poeta.

—Por qué? Por qué no ha hecho nada bueno? Yo nada bueno esperaba. Yo no soy como Mateo Durand que esperaba de ella grandes cosas, y solo encontró su ruina.

—Cómo su ruina?

—Como que sí. Escuchad.

Si os he esplicado con claridad al principio de mi narracion, con el ejemplo del empleo de los fondos de Mr. de Berizy sobre rentas del Estado á fin de realizar alguna buena operacion; si os he esplicado suficientemente, ripito, la posicion del banquero para con sus numerosos clientes, debeis conocer que las pérdidas enormes que hubo de sufrir cuando obligado á devolver de repente todos los depósitos en metálico que se le habian confiado, se vió precisado á realizar al 87 los títulos del 5 por 100 que hàbia comprado al 110 y al 62 los del 3 que hadia comprado al 82.

Era precisa la inmensa perturbacion producida por la revolucion de julio en los negocios comerciales para originar tal baja en los fondos públicos y conmover el capital de los que los poseian como garantía de sus propias deudas. Además, aquella baja se hizo estensiva á todos los valores y particularmente al de las fincas sitas en París que en aquella época se vió rápidamente despoblado. Resultó tambien que el negocio hecho con Daneau, negocio que hubiera sido tan ventajoso en cualquiera otra época, originó pérdidas á Mateo Dnrand cuando este se vió obligado á realizar la venta de las fincas para satisfacer á los capitalistas que le pedian sus fondos, pues apenas le valieron 800,000 francos las propiedades que habia comprado en 2.000,000 y que vendidas como él esperaba hubieran valido 3.000,000.

Es verdad que dos negocios de tan poca importancia como el de Mr. de Berizy y el de Daneau, no bastaban á arruinar una casa como la de Mateo Durand; pero al esplicaros los fatales resultados de estos dos negocios, he querido haceros conocer cuál debió ser el de otros que se hallaban basados en las mismas previsiones y que fueron echados á perder por el mismo

acontecimiento. Lo cierto es, que dos meses despues de la revolucion, el banquero Mateo Durand queriendo satisfacer al contado las exijencias de sus acreedores, se halló casi arruinado y dueño apenas de lo que aun debia en créditos líquidos, pero cuyo pago no se podia exijir inmediatamente.

—¡Arruinado! esclamó el poeta; pero nunca ha dado bailes tan brillantes como los que entonces dió.

—Vos sabeis muy bien que los antiguos engalanaban las víctimas antes de inmolarlas, dijo el Diablo. El alto comercio es aun mas poético: se corona de rosas para daclararse en quiebra.

Sin embargo, Mateo Durand no se halló en tal caso pues se veia en presencia de tres acreedores únicamente cuyos créditos eran de alguna importancia. El mas considerable era Mr. de Berizy que, como hemos dicho, le habia confiado los fondos de la nueva venta hecha á Mr. Félix; el menor de los tres era Mr. de Daneau que habia dejado en poder del banquero los 600,000 que quedaban á su favor en la venta de las casas; el tercero era Mr. de Lozeraie que habia salido para Inglaterra algunos dias antes de la revolucion de julio á fin de terminar el casamiento de su hijo. Pero el hijo del conde de Lozeraie gentil-hombre de cámara y con esperanzas de grandes adelantos bajo el reinado de Cárlos X, no pareció ya un partido conveniente al comerciante de la Cité bajo el reinado de Luis Felipe y Mr. de Lozeraie se vió precisado á volver á Francia al cabo de dos meses sin haber podido ver realizadas sus brillantes esperanzas pecuniarias.

Tal era la posicion que ocupaban en 1.° de setiembre de 1830 los diversos personages de esta historia.

Aquel dia, para volver á nuestro punto de partida, se hallaba tambien en su despacho Mateo Durand; pero no se notaban en él ni la estrema felicidad del primer dia que le vimos, ni la inquieta alegría del segundo; su actitud era triste, aunque todavia altanera, altanera aunque decidida: era el hombre que ni aun se queja de su desgracia por mas que conozca toda su estension. Aquel dia se hallaban reunidos en el despacho del banquero los mismos hombres que ya hemos visto en él; el primero era Daneau, el segundo el marqués de Berizy, el verdadero hombre del pueblo y el verdadero gran señor. El banquero leia atentamente como la primera vez, un papel que al parecer le preocupaba vivamente. Era tanta aquella preocupacion, que Mr. Daneau y Mr. de Berizy se hallaban delante del banquero y sin embargo éste no podia separar la vista de aquel escrito que parecia causarlo un vivo dolor..

—¿Qué es eso? preguntó el marqués, ¿alguna mala noticia?

Mateo Durand se repuso inmediatamente y respondió procurando en vano dominar la turbacion de su voz.

—No, es una sátira: una maligna sátira contra mí.

—¿Y eso os afecta de ese modo? dijo Mr. Daneau.

—La mano que la ha escrito me hiere aun mas que los golpes que me descarga. Es de un niño, de un jóven á quien he educado, del jóven Leopoldo Baron que se ha prevalido de la educacion que me debe, de los secretos de que se ha hecho dueño, gracias á la intimidad con que yo le he tratado, para verter sobre mí la calumnia y el ridículo.

—¿Quién? esclamó Daneau: ¿ese Leopoldillo que antes solo hablaba de vos para llamaros su padre, su salvador?

—El mismo, contestó Mateo.

—Pues bien: hoy puedo deciros, continuó Daneau, que semejante exaltacion nunca me gustó: se conoce que era un pérfido adulador.

—Y todo adulador se convierte en detractor, dijo el marqués; es regla fija: con que no debeis estrañarlo.

—Moral un poco vieja, replicó el literato.

—Moral muy jóven, dijo el Diablo; esa moral es eterna, y lo que es eterno es siempre jóven, continuó:

—Dejemos esto repuso el banquero. Adivino, señores, el objeto de vuestra visita: venís sin duda á reclamar los fondos...

El marqués y el empresario interrumpieron á un mismo tiempo á Mateo Durand y empezaron á hablar juntos; pero callaron ambos cediendo, segun decian, la palabra.

—Hablad, dijo el marqués.

—Despues de vos, contestó el empresario; y si teneis que decir alguna cosa que yo no deba oir, os cedo el puesto.

—No, no os retireis, dijo Mateo Durand; creo que las esplicaciones que tengo que dar al uno pueden servir al otro.

—Como gusteis, contestó Mr. de Berizy; hablaré delante del señor, porque, sino estoy equivocado nos trae el mismo motivo.

—Lo creo, dijo con amargura el banquero.

—Señor Durand, continuó el marqués, sois un hombre de bien; me debeis dos millones y vengo á rogaros que los conserveis en vuestro poder.

—¡Es posible! esclamó el banquero.

—Será arruinaros el exijiros un reembolso inmediato; no quiero hacerme cómplice de un pánico que ha causado ya tantos desastres. Sois mi enemigo político, pero este es negocio de probidad y yo creo en la vuestra; os dejo mis fondos y solo os los reclamaré el dia que creais os son enteramente inútiles.

No podemos decir cual fué mayor, si la satisfaccion del banquero al ver la confianza que inspiraba como hombre de bien, ó su humillacion al recibir un favor de uno de aquellos grandes señores á quienes durante tanto tiempo habia deseado aplastar bajo el peso de sus riquezas. Sin embargo, le dominó un buen sentimiento despues de vacilar un instante y tendió la mano al marqués diciéndole:

—Es doy las gracias y acepto, señor marqués.

—¡Ved ahí la moral de vuestra comedia! esclamó el literato. ¡Viva el noble! ¿No es eso, señor de Cerny?

—No, señor, contesto Satanás; pues añado que en aquel instante se adelantó Daneau con cortedad y dijo con una gran turbacion.

—No me debeis mas que 600,000 francos; pero si de algo pueden serviros, no he olvidado que os debí mi salvacion y aunque la cantidad es corta...

—Una lágrima asomó á los párpados del banquero, que esclamó:

—¡Ah! ¡ved ahí el mayor consuelo que pudiera esperar! Gracias, señor Daneau, gracias, pero no acepto vuestra oferta: es lo único que poseeis y necesitais vuestro capital para trabajar.

—El 5 por 100 de réditos me bastará; me encuentro bastante rieo: no lo rehuseis porque sería humillarme.

—¡Cuán noble es vuestro proceder, caballero! dijo el marqués volviéndose á Mr. Daneau.

—¡No lo es menos el vuestro, monseñor! esclamó Daneau estraviado por su entusiasmo hasta el punto de dar un título cuya abolicion le parecia una de las mas preciosas conquistas de la revolucion de julio; mas noble es el vuestro monseñor, porque al fin yo no estoy acostumbrado á ser rico, y si yo perdiera mi dinero me pasaria sin él mejor que vos.

—No le perdereis, querido Daneau, dijo el banquero: y espero que ganará en mi poder así como el de Mr. de Berizy.

El marqués y el empresario se retiraron juntos algunos instantes despues, y en el momento de separarse se estrecharon la mano á la salida de la casa el antigüo jornalero y el gran señor, el condecorado por la revolucion de julio y el ex-par de Cárlos X, dos hombres de bien, en fin. Ved aquí mi moral, caballero, sin contar la que resultará al final de esta historia.

Aquel doble desinterés habia devuelto la confianza á Mateo Durand, que veia abrirse á su paso una nueva senda de prosperidad. Los 2 600,000 francos que le dejaban el marqués y Daneau, así como el 1.200,000 francos que debia á Mr. de Lozeraie, estaban, como hemos dicho, cubiertos con créditos líquidos y cobrables en el término de un año lo mas. Durand se iba á ver pues, al cabo de un año con un capital de 4.000,000 francos disponibles, despues de haber satisfecho al contado todas sus deudas; resultaba que su crédito decaido un momento, debia levantarse mas vigoroso aun habiendo resistido á una catástrofe que habia arrastrado otros mas poderosos que él. Durand solo pedia un año, en cuyo tiempo iria recogiendo cuanto le fuese posible los fondos empleados en una porcion de pequeñas comanditas; de este modo creia poder contar con 1.000,000 mas, aunque perdiese el 60 por 100 en razon de quiebras. Mateo Durand se entregaba á las mas risueñas esperanzas en presencia de un porvenir que así empezaba á esclarecerse des-

pues de haberse presentado tan oscuro; pero, casi en el mismo instante descubrió una nueva nube que se estendia sobre el ancho horizonte que se abria delante de él, y aun no hacia dos horas que el marqués de Berizy y Daneau se habian retirado cuando recibió una carta de Mr. de Lozeraie, el cual le avisaba su vuelta de Inglatera, rogándole que se sirviese tener á su disposicion 1.200,000 francos que le habia dejado.

Esta reclamacion era de bastante importancia para trastornar nuevamente los negocios del banquero. Para satisfacerla le era indispensable empeñar ó enagenar una parte de los créditos que contaba, y por consecuencia sufrir una nueva pérdida en aquellos créditos; porque en aquella época no era fácil adquirir un préstamo como aquel, ó realizar semejante venta bajo las condiciones ordinarias. Era poner á Mateo Durand mas bajo que sus negocios, cuando una hora antes sobrepujaba aun su activo á su pasivo; era obligarle á revelar por una negociacion de aquella especie que se veia reducido á echar mano de sus últimos recursos; era atacar y perder su crédito, su crédito comercial, crédito que hasta entonces no habia sido puesto en duda por ninguna dilacion de paga.

Mateo Durand reflexionó largo rato acerca de su nueva situacion; la contempló por todas sus fases enojosas; consideró que iba á jugar de un golpe toda su vida política y financiera, y pensó en el porvenir de su hija; vió la alegria de todos sus antiguos enemigos; conoció, en fin, que solo podia salvarse con un golpe decisivo y en el acto se dirigió á casa de Mr. de Lozeraie.

Este así que se le anunció al banquero, recordó la larga antesala que Mateo Durand le hiciera sufrir un dia. Por un momento tuvo gana de hacer sufrir al banquero el suplicio que él habia sufrido; pero como, por lo que habia oido acerca de la situacion de Mateo Durand, estuviese verdaramente alarmado por los fondos que en su poder tenia, el interés pudo mas que la vanidad; mandó pasar inmediatamente á Mateo Durad, y los dos hombres salidos de la nada se hallaron por segunda vez frente á frente.

El carácter de Mateo Durand se diferenciaba del de Mr. de Lozeraie en que el del banquero llevaba consigo toda la decision fuerte y rápida del orgullo que encuentra una especie de satisfaccion en la humillacion que á sí mismo se impone, en tanto que la vanidad de Mr. de Lozeraie conservaba toda la indecision del que procura huir por todos los subterfugios del acto de sumision á que las circunstancias le obligan. Así, pues, cuando Mateo Durand se vió en presencia de Mr. de Lozeraie, no esperimentó embarazo alguno y abordó la cuestion con la firme seguridad del que ha tomado un partido sin volver la vista á lo pasado. Así es, que empezó la conversacion por estas palabras:

—Vengo á poneros en vuestras manos...

—¿Qué quereis decir con eso, caballero? le preguntó el conde con mas

inquietud aun por aquellas palabras que orgullo por verse declarado así dueño del destino del hombre á quien mas aborrecia en el mundo.

—Os lo voy á esplicar, contestó el banquero.

Y en seguida manifestó á Mr. de Lozeraie el estado de sus negocios tal como yo he procurado hacéroslе conocer, y terminó así su confidencia:

—Ya veis que vuestros fondos estan perfectamente garantidos, y si dudais de la palabra de un hombre honrado, mis libros podrán convenceros...

Mr. de Lozeraie habia escuchado atentamente á Mateo Durand, y habia visto con una alegría hábilmente disimulada, que su crédito estaba perfectamente asegurado. Una vez seguro de la solvencia de su deudor, solo pensó en desquitarse cruelmente de la afrenta que en otro tiempo habia recibido; y dijo interrumpiendo á Mateo Durand, en el momento en que éste pronunciaba las últimas palabras que he citado.

—Los libros de los señores banqueros dicen todo lo que quieren; son un lenguaje geroglífico, ó mas bien elástico que prueba á voluntad la riqueza ó la miseria; os confieso, caballero, que no tengo fé ninguna en semejantes pruebas.

El banquero se mordió los labios; pero Mateo Durand estaba decidido á salvar á la vez su capital y sobre todo su reputacion; y por el orgullo de su porvenir sacrificó con valor el orgullo de su presente. Así, pues, respondió á Mr. de Lozeraie:

—No me estraña veros participar de esas preocupaciones del gran mundo acerca del sistema de contabilidad y de teneduria de libros adoptado en el comercio. Todos esos numerosos sistemas que hemos adoptado para prevenir toda apariencia de fraude, solo son á los ojos de los que no los conocen un intrincado laberinto en que esperamos esquivar las investigaciones de los interesados. No puedo sacaros de ese error, pero entre nosotros hay una cosa mas clara, mas fácil de comprender, y es la palabra de honor que debe bastaros.

—Y si no me bastase? dijo el conde.

—Dudareis de ella?

—Suponiendo que no dude de vuestra buena fé, repuso el conde, no tengo derecho á dudar de vuestras previsiones? Un capital como el de Mr. Durand, desmembrado en algunos meses, no demuestra mucha prudencia y habilidad.

—Olvidais que ha sido precisa una revolucion para desmembrarle?

—Olvidais que vos sois uno de los que han contribuido á esa revolucion?

—Creo que no estoy obligado á daros cuenta de mis opiniones.

—Pero estais obligado á darme cuenta de mis intereses.

—Ya lo he hecho.

—Yo no me pago de palabras. caballero; y cuando os digo que quiero

mis fondos, que los necesito para mañana, hablo de dinero contante.

—Ya os he hecho comprender, respondió el banquero apretando los dientes como para cerrar el paso á la cólera que le agitaba, ya os he hecho comprender que eso es imposible.

—Los tribunales os harán conocer que nada hay mas posible.

—Yo! ir ante los tribunales! esclamó Mateo Durand.

—Alli es á donde se ven los hombres de mala fé que no satisfacen sus deudas.

—Hay otro sitio, replicó con altaneria el banquero, á donde se vén los hombres honrados que no han satisfecho las suyas.

—Cuando llegue ese caso, veré si un hombre como yo debe seguir á ese sitio á uu hombre como vos.

—Decision es esa á que os vereis obligado mas pronto de lo que pensais.

—Nunca tan pronto como yo deseo, pues la precederá el cobro de mis intereses.

—No esperareis mucho tiempo.

—Todavia espero mi dinero.

—Hasta mañana.

—Tendré preparada la carta de page.

—Tened preparadas tambien vuestras armas.

—Os suplico que no me hagais malgastar tinta y papel.

—Os aseguro que no le malgastareis.

Y el banquero se retiró.

Volvió inmediatamente á su casa, y escribió á Daneau y á Mr. de Berizy. Luego fué á casa de Mr. de Favieri, le esplicó francamente su posicion y le pidió el crédito necesario para saldar inmediatamente su cuenta con Mr. de Lozeraie.

El banquero genovés escuchó al banquero francés sin que su rostro manifestase á éste si se hallaba dispuesto ó no á acceder á aquella peticion; pero asi que Mateo Durand hubo acabado de hablar, le contestó el marqués con frialdad:

—Tened á bien dejarme la nota y el importe de los créditos qué habeis de dejar en depósito para obtener ese préstamo; dentro de dos horas os contestaré y os diré bajo qué condiciones puedo hacer la operacion, si es que puedo hacerla.

Mateo Durand recibió dos horas despues un billete de Mr. de Favieri en que éste le decia que mandase á su casa á Daneau y á Mr. de Berizy, y que todo se arreglaria. La espera de Mateo Durand fué cruel; pero fué estremada su alegria cuando sus dos padrinos fueron á decirle que el millon doscientos mil francos eran del todo inútiles, en atencion á que Mr. Félix habia ofrecido garantias á Mr. de Lozeraie, y éste las habia aceptado y dado

carta de pago de la suma que le debia Mateo Durand, traspasando á Mr. Félix su crédito contra el banquero.

—Mr. Félix ! esclamó Durand admirado de hallar nuevamente este nombre mezclado en un negocio de tal importancia.

—Ya era tiempo de que se admirase, dijo el poeta riéndose. Por lo que hace á mí, os confieso que solo presto atencion á vuestros treses y cincos por ciento, por saber en fin, quien es ese Mr. Félix.

—Ya veis que he hecho bien en no satisfacer desde luego vuestra curiosidad. Pero ya nos acercamos al desenlace que en verdad es una buena escena de drama.

Mr. de Berizy habia respondido al oir la esclamacion del banquero.

—Sí, ese mismo Mr. Félix que ha ocupado el puesto de Mr. de Lozeraie en el negocio de mi monte, y que hoy ha ocupado generosamente el vuestro.

—Pero, quién es ese hombre?

—Os aseguro que lo ignoro.

—Yo le veré, dijo Durand, que se habia puesto pensativo al oir aquella singular noticia; yo lo veré, repito, asi que esté terminado este asunto, porque supongo, señores, que no habeis olvidado que tengo que ventilar otros asuntos ademas de los negocios pecuniarios, con Mr. de Lozeraie.

—Seguramente no, contestó Mr. de Berizy, y la cita general es para mañana á las nueve en casa de Mr. de Favieri; partiremos todos desde allí.

—Es bastante tarde á las nueve, dijo el banquero.

—Esa hora la ha señalado Mr.....

—Esa hora ha parecido á todos la mas conveniente, dijo Mr. de Berizy interrumpiendo á Daneau que habia tomado la palabra. Hasta mañana, señor Durand, hasta mañana.

Durand, no bien quedó solo, sintió una especie de alegria cruel considerando iba á vengarse de aquel hombre que con tanta insolencia le habia insultado. En su primer movimiento de cólera olvidó todos los demas intereses para pensar solo en la venganza de su orgullo; pero cuando pensó que aquel duelo podia tener consecuencias fatales, y que necesitaba arreglar sus asuntos mas urgentes, pensó en su hija á quien iba á dejar en medio del laberinto de una liquidacion, de la cual él solamente podia librar algunos restos de su capital. Qué seria faltando él, de aquella jóven educada con la satisfaccion de todos sus caprichos, y que no habia recibido de él la menor idea de órden ó economia? Pensó con tristeza en la falsa educacion que habia dejado dar á una niña que hubiera sido buena y sencilla si él hubiera querido; se reconvino amargamente su imprevision; pero cualesquiera que fuese su dolor al considerar el enojoso porvenir que podia legar á su hija, ni por un momento pasó por su imaginacion la idea de evitar el duelo que le esperaba, por medio de ninguna concesion. Su orgullo sofocó todos los demas sentimien-

tos, y el banquero separó, por decirlo así, la vista de aquellas penosas reflexiones para que no debilitasen su resolucion.

A la mañana siguiente, á las nueve en punto, se hallaban Mateo Durand y sus padrinos, y Mr. de Lozeraie y los suyos en casa de Mr. de Favieri; esperaban los carruages, las condiciones del duelo estaban ya arregladas, é iban todos á dejar el salon cuando de repente se vió entrar al anciano Mr. Félix. Los dos adversarios se detuvieron al ver á aquel anciano, y éste les dijo con tono grave:

—Señores, deseo hablar con ambos en particular, antes de verificarse el duelo que debe tener lugar entre vosotros.

—Caballero, replicó Mateo Durand inclinándose, tanto Mr. de Lozeraie como yo, conocemos cuantas palabras conciliadoras puede dictaros la razon; pero han llegado las cosas á tal punto, que ni uno ni otro podríamos esperar por mas tiempo sin deshonrarnos los dos.

—Tiene razon el señor, dijo Mr. de Lozeraie, y yo participo esta vez de su opinion.

—Señor de Lozeraie, replicó con dulzura Mr. Félix, me parece que os he hecho un gran servicio librándoos del compromiso que teníais contraido con Mr. de Berizy; señor Durand, no os he sido menos útil poniéndoos en posicion de poder pagar á Mr. de Lozeraie; pues en nombre de lo que he hecho por vosotros os ruego que me escucheis.

Los dos enemigos se volvieron al mismo tiempo á sus respectivos padrinos como para consultarlos; y éstos, como manifestáran que convenia acceder á los deseos de Mr. Félix, se retiraron quedando solos con el anciano Mateo Durand y Mr. de Lozeraie.

Cuando todos se hubieron retirado, Mr. Félix tomó un sillon y designó otro al banquero y despues otro al conde, los que tomaron asiento, el uno á su derecha y el otro á su izquierda. El aspecto venerable, tranquilo y enérgico al mismo tiempo de aquel anciano, contrastaba con la impaciencia inquieta de los dos adversarios, que de cuando en cuando cambiaban una mirada como para prometerse mútuamente no ceder á las súplicas del anciano. Este los contempló un instante, y como si aquella contemplacion le impusiese un nuevo sentimiento de severidad, dijo:

—Hace medio año, señores, me presenté en vuestra casa. En la vuestra, señor Mateo Durand, manifesté que habia sido condenado, y os pedí medios para acabar de restablecer el honor de mi nombre. Y me negásteis esos medios...

El banquero calló, y continuó Mr. Félix:

—Luego me presenté á vos, señor de Lozeraie, y os hablé de ciertas reclamaciones que tenia que hacer á los bienes de vuestra esposa. Y me despedísteis con amenazas.

El conde calló tambien.

Mr. Félix continuó:

—Si no he comprendido mal lo que uno y otro opusísteis á mi peticion, resulta que el uno, Mateo Durand, hijo de un jornalero, y que debe á sí propio y á su trabajo su fortuna, no quiso ayudar al imprudente que habia disipado lozanamente la inmensa herencia de su padre; resulta que el otro, Mr. de Lozeraie, procedente de una familia distinguida fió al poder del ilustre apellido que lleva el hacer callar las quejas del hombre á quien llamaba un intrigante.....

—A dónde vais á parar caballero? preguntáron á un mismo tiempo Mateo Durand y el conde.

—A esto, señores, á hacer constar que yo pobre anciano de ochenta años, no he hallado apoyo ni justicia en el hombre del pueblo ni en el gran señor.

Los dos antagonistas se callaron, porque no habia que contestar á aquellas palabras.

—Vos sois el hombre del pueblo, señor Durand!

—Y lo tengo á honra, contestó este.

—Vos sois el gran señor de antigua raza, señor de Lozeraie.

—Y no por eso tengo vanidad, contestó el conde con una vanidad escesiva.

—Pues bien! dijo el anciano alzando la voz: vos, Mateo Durand, y vos, conde de Lozeraie, habeis mentido los dos impudentemente!

—Caballero! esclamaron ambos enemigos levantándose á un mismo tiempo; tal insulto.....

—Sentaos, señores, os suplico que os senteis; os lo mando si es preciso; y si mis ochenta años no son bastante para que me escucheis con respeto y silencio, invocaré un título que acaso os obligará á escucharme de rodillas.

—De rodillas! dijo el poeta que empezaba á prestar mas particular atencion á este relato.

—De rodillas! repitió el Diablo; se dijo la palabra y se ejecutó la accion. Escuchad.

A notar el acento solemne que habia tomado Mr. Félix, permanecieron estupefactos el banquero y el conde. Parecia que una misma idea, que una misma duda se habia apoderado á la vez del corazon de aquellos dos hombres, quiénes se pusieron á contemplar al anciano con una especie de temor respetuoso; luego recobraron su puesto cerca de él, y ambos inclinaron la frente. El anciano volvió á contemplarlos en silencio, y con su aire de triunfo en que sin embargo se notaba una espresion de dolor. Hizó un esfuerzo sobre sí mismo para sobreponerse á aquella emocion, y continuó con mas calma:

—Señores, sé vuestra historia, pero no os la contaré. Os diré la mia: ser-

virá de preámbulo á la vuestra, que podreis repetir á continuacion como teneis costumbre de contarla.

Al parecer, Mr. Félix reunió sus recuerdos, y añadió con voz firme y decidida:

—Yo era comerciante en Marsella en 1789, y mis negocios hasta entonces habian sido brillantes. Me hallaba casado con una mujer que me habia dado dos hijos, el uno tenia alrededor de catorce años en aquella época y el otro trece.

Mateo Durand y Mr. de Lozeraie hicieron un movimiento.

—No me interrumpais, señores, continuó Mr. Félix con tono absoluto, es esta una historia tan vieja que no seria dificil perdiera el hilo si no la contase como conviene.

El mayor de mis hijos hacia cuatro años que estaba en Inglaterra educándose. Yo le destinaba al comercio, y deseaba que conociese, jóven aun, un pais que era, sobre todo en aquella época, el modelo de nuestra industria. El segundo comenzaba sus estudios en un colegio de Paris. Yo, como otros muchos, miraba sin alarmarme los preludios de la revolucion de 89; pero se aglomeraban los sucesos, y como mi capital se viera amenazado de perecer en aquella gran catástrofe, mandé á Inglaterra cerca de ochocientos mil francos, que coloqué á nombre de mi hijo mayor, y llamé á mi lado al que estaba en París, porque el porvenir se mostraba cada dia mas oscuro.

—Vos, señor, sabeis á qué escesos se vieron impelidas entonces las pasiones revolucionarias. Supe que me hallaba acusado de aristócrata, porque entonces, como ahora, era aristócrata el que tenia dinero. Acaso hubiera arrostrado las contingencias de un juicio, si la esposicion hubiera sido para mí solo, pero temblaba ante la idea de una de aquellas conmociones de que Marsella habia sido ya teatro, y que podia penetrar en mi casa y sacrificar á mi vista á mi esposa y á mi hijo. En su consecuencia, tomé mis medidas; trasladé mis fondos á casa de Mr. de Favieri, padre del que conoceis, muy jóven entonces, y que no habitaba en Génova en aquella época; y en febrero de 1793 me embarqué secretamente con mi esposa y mi hijo, y pasamos á Génova.

Mi ausencia no debia ser larga, pero fué lo bastante para que mis enemigos tuviesen noticia de ella, é inmediatamente se me inscribió en la lista de emigrados. Se me arrebataron mis bienes, y se me condenó á muerte. Semejante condena no importaba mucho á un hombre que se hallaba distante del cadalso.

Aun se fué mas lejos: se pidió una liquidacion de mi casa de comercio, y como todos mis bienes estaban secuestrados, no fué dificil declararme en quiebra; y esta quiebra, ayudada de mi partida, produjo sin dificultad mi condena como quebrado fraudulento.

Quise volver á Francia para anular aquel fallo deshonroso, á riesgo de ver ejecutar el que amenazaba mi cabeza; pero me hicieron desistir de mi propósito las lágrimas de mi esposa y los consejos de Mr. de Favieri, y me decidí á partir para Nueva Orleans, á fin de llegar allá antes que la noticia de mi condena, y de que no se apoderaran los que me habian despojado y deshonrado, de las sumas importantes que me eran en deber los principales comerciantes de aquella ciudad que me conocian personalmente, porque aquel era mi tercer viaje á América. Sin embargo, durante mi permanencia en Génova, conocí á Mr. de Loré y le presté diversas cantidades. En efecto, Mr. de Loré era un noble de Aix que, como otros, habia huido de la decapitacion llevando consigo una hija que entonces tendria quince años, y un jóven de ilustre familia, huérfano, último vástago de su casa, y del cual era tutor el mismo Mr. de Loré. Aquel jóven se llamaba Enrique de Lozeraie.....

—No me interrumpais, caballero, dijo Mr. Félix al conde que habia hecho un movimiento.

—Partí, pues, dejando en Génova á mi esposa y á mi hijo, que á la sazon tenia diez y siete años, bajo la proteccion del anciano Mr. de Favieri y de Mr. de Loré, y despues de escribir á mi hijo mayor que esperase hasta que recibiese nuevas instrucciones mias.

—Es preciso deciros, dijo el Diablo interrumpiéndose, que desde el principio de aquella narracion Mateo Durand y Mr. de Lozeraie habian procurado muchas veces interrumpir al anciano Mr. Félix; pero el anciano Mr. Félix los habia contenido, bien ordenándoles callar como os he dicho, ó bien solamente con la autoridad de su mirada. Los dos oyentes estaban pálidos y temblaban; tenian inclinada la cabeza, y ni siquiera se atrevian á mirarse uno á otro.

El Diablo se habia interrumpido con una intencion que Luizzi adivinó: esperaba una observacion del literato; pero éste, tan propenso á interrumpir al comenzar la narracion, solo parecia ya ocupado en saber el desenlace. Entonces Satanás que tal vez creia que habia conseguido su objeto, continuó su anécdota abreviándola por decirlo así, Mr. Félix mismo.

Muchos sucesos que seria inútil referiros y la dificultad que habia en las comunicaciones en aquella época de guerra general, me impidieron terminar mis asuntos con la rapidez que yo esperaba; no pude dar noticias de mí á mi familia ni recibirlas de ella, y hasta pasados cuatro años no me fué dado volver á Europa. Iba á partir, cuando recibí una carta de Mr. Favieri hijo, es decir, del que vosotros conoceis, que me daba singulares noticias. Una enfermedad endémica habia desolado á Génova, Mr. de Loré habia muerto y mi hijo, despues de haber recojido todos los fondos que yo habia colocado á su nombre en casa de Mr. de Favieri, padre, se habia fugado con la señorita de Loré. Todos estos sucesos habian ocurrido antes de su

vuelta al lado de su padre, quien, segun me añadia, acababa de sucumbir á la fatal enfermedad que me habia arrebatado á mi esposa. Agitado mi corazon con tan fatales nuevas, partí para Inglaterra á fin de hallar allí siquiera á mi hijo; pero supe que este tambien habia recojido todos los intereses colocados á su nombre y que habia dejado á Inglaterra diciendo, que iba á reunirse conmigo en América. Llegué á Inglaterra, y desde allí hice mil esfuerzos por saber el paradero de Leonardo Mateo mi hijo mayor y de Luciano Mateo mi hijo menor, porque yo me llamo Félix Mateo; pero nadie me dió ni me ha dado noticias de estos dos nombres. Ahora, vos señor Mateo Durand, y vos señor conde de Lozeraie, ¿ podreis darme noticias de mis dos hijos?

—¡ Padre mio! ¡ padre mio! esclamaron los dos hermanos cayendo de rodillas ante el anciano, que se apartaba de ellos.

—¡ Cómo! ¡ de rodillas! dijo el poeta, se arrodillaron ambos!

—Justamente, contestó el Diablo, como vos haríais arrodillar á dos personajes en un reconocimiento dramático, ni mas ni menos que pasaria en el teatro de la puerta de San Martin ó en el de la *Gaité*.

—¿ Y cuál es la moral que saca Mr. de Cerny de todo eso? repuso el poeta.

—La misma que sacó Mr. Félix cuando esclamó irritado retrocediendo de sus hijos.

—¡ De rodillas! ¡ de rodillas! ¡ orgullo y vanidad! ¡ese es vuestro puesto! De rodillas, vos que, devorado por la sed de la riquezas, lleno de envidia al ver esos hombres que han medrado en torno vuestro por medio del trabajo y la economía, habeis querido colocaros mas alto que ellos y que á fin de dar mas esplendor á la elevacion de vuestra fortuna, habeis concebido la idea de suponeros partido de la condicion mas baja; que, ambicionando un apellido cuyo esplendor os debiérais solo á vos mismo, habeis renegado del de vuestro padre dejándole con una mancha infame que tan facil os era borrar. De rodillas tambien, vos que, embriagado con la vanidad de un título y no pudiendo crearos uno, habeis robado el de otro hombre; de rodillas, vos que habeis renegado del apellido de vuestro padre, de vuestro padre que solo habia comprometido su apellido por salvaros! ¡ De rodillas los dos! ese es vuestro puesto! sois dignos hermanos y solo os falta levantaros para ir á mataros uno á otro; id ahora, id, que yo no quiero deteneros mas.

El poeta callaba, y el Diablo continuó:

—Si os dedicais á la comedia actual, os referiré la escena que siguió á aquel reconocimiento, la rabia de aquellos dos hombres que se habian visto humillados el uno en presencia del otro, y su embarazo y su rabia aun mas cruel cuando se vieron precisados á abrazarse por órden de su padre.

—¿Y los perdonó su padre? preguntó el banquero.

—Mas de lo que os podeis figurar contestó el Diablo, porque ha ocultado la falta de sus hijos con su silencio; solo ha contado á Mr. de Favieri, de quien yo lo he sabido la verdad de esta singular historia, y si yo os la he referido confieso que ha sido para probaros mi tésis y para haceros ver que á la comedia no faltan caracteres, ni sucesos, ni costumbres si fuera posible hacerla.

—Y cómo sucede en toda buena comedia? preguntó Luizzi, ¿todo eso sin duda terminaria por el casamiento de Mr. Arturo de Lozeraie con la señorita Delfina Durand?

—No tal, contestó el Diablo; no pudo ir tan allá la reconciliacion. Nuestros dos héroes, gracias al secreto que les prometió su padre, conservaron su respectiva posicion. Mateo Durand sigue siendo Mateo Durand. Sigue hablando de la oscuridad de su orígen, del capital que ha tenido que ganar primero, sueldo á sueldo y luego restablecerle sin ayuda de nadie; de su amor al pueblo, del cual procede; de la educacion que con tanto trabajo tuvo que adquirirse, y creo que para sostener hasta lo último su papel concluirá por casar á su hija, dotándola magnificamente, con algun hombre como él, que se haya creado un nombre á fuerza de puños.

—¿Me hareis el favor de decirme qué entendeis por á fuerza de puños?

—Entiendo, contestó el Diablo riéndose, crearse una posicion debiéndosela á sí mismo.

—¿Y hasta una posicion literaria? dijo el baron designando con la vista al poeta.

—¿Y por qué nó? contestó Satanás; yo creo que teniendo en cuenta la literatura de que se nos inunda con tanta profusion, es la fuerza de puños una de las primeras cualidades necesarias al literato.

—El poeta no prestaba atencion y el Diablo continuó:

—En cuanto á Mr. de Lozeraie, sigue siendo Mr. de Lozeraie, mas hinchado que nunca con la antigüedad de su raza y tanto mas impertinente cuanto que puede creer que nadie duda de semejante antigüedad; y á pesar de su ódio á la revolucion de julio, se ha adherido á la nueva dinastia que acaba de llamarle á la cámara de los pares.

La diligencia se detevo al terminar el Diablo su relato.

Luizzi habia escuchado de buen grado aquella historia. Parecia en efecto tan estraña á sus propios asuntos, que no le causó aquella aprension que le causaba comunmente las confidencias de Satanás.

Segun las observaciones nécias y burlonas de que el hombre artístico habia acompañado aquella anécdota, Luizzi esperaba verle hacer observaciones no menos nécias y burlescas acerca de su estraordinario desenlace, como asimismo establecer una teória literaria propiamente suya; pero se sorprendió no poco al verle guardar el mas completo silencio acerca de lo que acaba-

ba de oir. Lo único que hizo fué preguntar el nombre del pueblo donde se hallaban al mayoral, y como éste le contestára que Sar... Le mandó en seguida descargar su equipage. El mayoral se sorprendió al oir aquella órden y, antes de obedecer, consultó su hoja y respondió:

—¿Pues no habeis tomado asiento hasta Tolosa?

—Sí; pero quiero dejarle aquí.

—Estamos á tres leguas de la quinta de Mateo Durand, dijo Satanás al baron mientras se alejaban adelantándose á la diligencia.

—¡Bah! y ¿á qué vá á allá?

—A aprovechar el secreto que conoce para obligar al banquero á que le dé su hija en matrimonio con algunos millones que Durand ha recobrado.

—¡Esa es una infamia! esclamó el baron.

—Olvidas, mi amo, qué ese hombre á fuer de literato tiene derecho á robar las ideas de los demás?

—Y me parece que las escoje muy mal.

—Eres muy modesto.

—¿Yo?

—Tú: lo que hace es lo que tú quisiste hacer en otro tiempo con Gustavo y Ganguernet. No con otro objeto referiste tú á aquellos las aventuras de Mad. de Marignon. Mira si es grande tu gloria: el Diablo se vé reducido á imitarte para hacer mal.

La reconvencion era justa: así pues, Luizzi no replicó. El nombre de Mad. de Marignon le recordó el encuentro del anciano ciego y por consecuencia todo lo que habia precedido á su fuga de Orleans, hasta el instante en que iba á interrogar al Diablo acerca de Mad. Peyrol en el momento en que Mr. de Cerny le habia obligado á huir. Caminaba pues, al lado de Satanás pensando sériamente en hallar un medio de prevenir las intrigas con que Gustavo de Bridely podria impedir el reconocimiento de la hija de Mad. de Cauny, y sin saber si debia obrar por sí propio ó pedir á su esclavo que le ilustrase, cuando el poeta le gritó desde lejos: «¡Eh! ¡señor baron! ¡señor de Luizzi!» Este se detuvo; el poeta se acercó á él, y le dijo:

—Señor de Luizzi, os habia prometido recordaros las circunstancias de nuestra primera entrevista, donde debia referiros esa historia era en Bois-Mandé; allí encontrariais el misterio de una existencia mas estraña quizá que las de Mr. de Lozeraie y Mateo Durand; si lo teneis á bien os la contaré en Tolosa.

El poeta se alejó y el baron continuó á pié.

—Pero quién es ese hombre? preguntó al Diablo.

—Cómo! no le has conocido todavia siendo uno de tus antiguos amigos?

—Ese hombre?

—Es el fatal Fernando, el héroe de la cama del Papa, el raptor de Juanita, á quien serviste de padrino.....

—Ya ! ya me acuerdo; y de eso sin duda queria hablarme en Bois-Mandé.

—Indudablemente hubiera añadido la continuacion de sus aventuras con Juanita; como que ahora estás mas desocupado que lo estarás en Tolosa, te contaré esas aventuras.

—No me importa saberlas, y supongo que ahora me vás á dejar. Sin duda no tienes ya á mi lado nadie á quien adoctrinar ?

—Yo hago todo lo que quiero. Lo que me parece es que podrias ser mas político para conmigo, señor baron; porque, al verte tan poco dispuesto á escuchar lo que te interesa, he procurado escoger una historia que en nada te concierne.

—Esa será la primera vez que tu palabra no me haya sido fatal.

—Quién sabe ?

—Vete ! vete ! esclamó Luizzi; no quiero oirte.

El Diablo desapareció, y Luizzi continuó solo su camino pensando entonces á sus anchas en lo que habia de hacer.

Pensó en sus obligaciones: en aquel instante tenia tres mujeres á quienes salvar de la fatal situacion en que él las habia colocado. Eran Mad. de Cerny, Eugenia Peyrol y Carolina.

Luizzi deploraba vivamente el no poder detenerse en Bois-Mandé á fin de pasar á la quinta de Mad. de Paradéze para manifestar á ésta que habia parecido al fin la hija á quien hacia tanto tiempo lloraba, y para darla parte de la desgracia ocurrida á su sobrina, y era indispensable su presencia en Tolosa; pero se hallaba en una situacion que no le permitia obrar de una manera rápida y conveniente. Sin embargo, pensó en escribir á Mad. de Paradéze poniendo en su noticia el feliz acontecimiento que le habia hecho descubrir á la señorita de Cauny en la pretendida hija de Gerónimo Turniquel; pero el tiempo que le faltaba para detenerse, le faltaba tambien para escribir y aplazó aquella carta para su llegada á Tolosa.

Mientras reflexionaba así y tomaba sus medidas echó de ver que empezaba á declinar el dia y que se habia alejado mucho del carruage que no veia venir. Estaba cerca de un soto bastante espeso y habian pasado y repasado ya por delante de él algunos hombres de mala traza.

Luizzi no temia á los ladrones, pero sí á los agentes de policia. Lo que le alarmaba sobre todo era que le parecia no serle desconocida la fisonomía de uno de aquellos hombres que habia pasado el mas inmediato á él. En su consecuencia trató de volver hácia Sar....

En aquel instante oyó el ruido de un carruage que caminaba con rapidez, é imaginándose era la diligencia que llegaba, se adelantó hasta mitad del camino. Era una silla de posta á cuya trasera iba un muchacho que saltó al suelo asi que vió al baron y le dijo:

—El mayoral me envia á alcanzaros á vos y al otro caballero para deciros

que se ha roto la lanza del coche á la salida del pueblo, y que no será posible continuar hasta media noche.

Este contratiempo que retardaba la llegada del baron á Tolosa, le proporcionaba sin embargo algunas horas para escribir á Mad. de Paradéze.

Volvió pues pies atrás en direccion al pueblo que acababa de dejar, y al mismo tiempo vió al muchacho mirar á derecha é izquierda, diciendo:

—Pero dónde está el otro viajero?

—Se ha ido al diablo, contestó Luízzy, y muy listo tienes que andar para alcanzarle.

—No importa, voy á alcanzarle.

—Larga carrera tienes que dar.

—No tal, replicó el chico: voy á alcanzar la silla de posta, y encargaré al postillon que se lo diga. Pronto le alcanzo, pues ahora que sube la cuesta vá despacio.

En seguida, y sin esperar respuesta, el muchacho echó á correr en tanto que Luizzi volvia al pueblo dando vueltas en su cabeza á la carta que pensaba escribir á Mad. de Paradéze.

Asi que llegó á la posada donde encontró á todos los viajeros, pidió un cuarto y recado de escribir y se encerró.

Una hora habia pasado cuando oyó llamar á la puerta, y apareció el posadero con la gorra en la mano.

—Perdonad que os moleste, caballero, le dijo: á qué distancia habeis encontrado al chico que fué á deciros que volviérais?

—A cosa de media legua, cerca de un soto que no me parece habitado por muy buena gente.

—El chico es hijo mio, y no ha vuelto aun ni tampoco el otro viajero.

—Yo le advertí que el otro viajero iba ya muy lejos; pero se empeñó en alcanzar la silla de posta para dar su comision al postillon.

—Ah! ya caigo, dijo el posadero; el bribon habrá atrapado al postillon que le habrá dejado subir al tercer caballo, y es capaz de haber seguido hasta Bois-Mandé. Puede ser tambien, que los de la silla de posta se hayan ancargado de conducir al viajero hasta la primera parada, porque creo que no iba mas que una señora en la berlina.

—Es probable, contestó Luizzi, que queria desembarazarse del posadero.

—Perdonad que os haya incomodado, dijo éste retirándose.

Y Luizzi continuó sus cartas.

Seria poco mas de media noche cuando siguió el viaje, y cuatro horas despues llegaron á Bois-Mandé.

Luizzi dejó su asiento para buscar alguien con quien remitir la carta á Mad. de Paradéze. El primer postillon á quien se dirigió, le dijo:

—Dadme la carta, que yo la llevaré, pues voy á casa de Mad. de Paradéze con la silla de posta que ha llegado esta noche.

—Calla! dijo Luizzi admirado: y quién vá en esa silla?

—Nadie mas que una pícara de señora á quien he conocido en seguida á pesar de su gorro y su velo; una señora que en otro tiempo estuvo sirviendo en esta posada.

—Quién es? Juanita?

—Calla! la conoceis?

—Sí, la ví hace algunos años pasando por aqui; pero, á qué vá á casa de Mad. de Paradéze?

—Yo no sé; alli hay un monton de historias. Quien la colocó aqui fué el bueno del viejo

Iba Luizzi á admirarse de aquel nuevo encuentro, cuando oyó al mayoral decir á un viajero:

—Allá se las componga ese señor; se habrá detenido en algun caserío viendo que no veníamos, y habremos pasado sin que nos vea.

—Pero no es justo dejar á un hombre honrado á mitad de camino, replicó el oficioso viajero.

—No importa, dijo el conductor, es aficionado al paseo y se paseará esperando otra diligencia; puede que haya subido al coche de Laffite y Caillard que pasó cuando estábamos componiendo la lanza, y como llevo cuatro horas de retraso..... Vamos pues: eh! postillon, á caballo y á galope. Y añadió dirigiéndose á otro postillon:

—Oye, tú que guiabas la silla de posta, no has visto á ese señor?

—Yo no, ya os lo he dicho; Carlillos que iba en la trasera bajó á hablar con el primero que encontramos y yo arreé entre tanto. Al llegar á la cuesta entré un momento en el ventorrillo de la tia Filon y dejé ir al paso el ganado; entonces Carlillos corrió, volvió á alcanzar la silla y dijo á la señora que iba en ella que me diese el recado. Luego se volvió á casa de la tia Filon donde habia una boda, y alli habrá pasado la noche.

—Y tú no has visto á nadie en el camino?

—A nadie.

—Pues entonces que se vaya al diablo el viajero. Eh! postillon; á caballo y vamas andando.

Luizzi, que no hacia caso del viajero desaparecido, entregó su carta con una buena gratificacion al postillon y se apresuró á subir al coche. Partió éste, y llegaron á Tolosa sin otra novedad.

El baron fué á una casa de huéspedes que gozaba de bastante mala fama, pero cuya dueña era tenida por muy discreta. Pidió un cuarto, escribió una carta é hizo llamar á Mad. Perine, la dueña de la casa, que acudió en seguida y que le dijo despues de hacerle una reverencia:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Una persona de confianza para que vaya á llevar una carta.

—Irá mi hijo que es callado como una tapia.

—Y luego quisiera un traje mejor que éste.

Conviene tener presente que Luizzi habia dejado á París en trage de sociedad, y en Fontainebleau solo habia tenido tiempo para procurarse un leviton y un capote. Al llegar á Orleans habia dejado uno y otro; y sorprendido por Mr. de Cerny, se habia fugado con el mismo trage.

Mad. Perine contestó:

—¿Qué sastre se mandará á buscar? Si no conoceis la ciudad yo os escogeré lo mejor que hay en ella.

— Quisiera ropa hecha; deseo no ver á nadie.

—Escepto á vuestro notario Mr. Barnet, segun parece, dijo Mad. Perine que habia leido el sobre de la carta que Luizzi acababa de darle.

—¿Quién os ha dicho que Mr. Barnet es mi notario?

—¡Pche! nadie; es que aquel á quien se le llama notario, es comunmente notario de quien se lo llama.

—¿No puede ser amigo mio Mr. Barnet?

—Si es así, quiere decir que me he equivocado, dijo Mad. Perine retirándose.

—Vamos, la preguntó el baron deteniéndola, ¿acaso creeis conocerme?

—No tal, respondió Mad. Perine; ya veo que vos señor baron no quereis que os conozcan.

—¡Cómo! esclamó Arnando, todavía te acuerdas de mí, bruja?

¡Qué quereis, señor Arnando! el tener buena memoria es propio de mi tráfico: es preciso distinguir á los parroquianos de los pájaros de paso. Además, tengo siempre presente la fisonomía de padre é hijo. Que buenas noches tiene pasadas aquí el viejo, el otro baron.

—¿Mi padre?

—Cabalito. Ya se os puede contar todo puesto que murió y no ireis á decirle: «Puedo ir á casa de la Perine, que vos tambien íbais.» Qué buenos tiempos aquellos! Yo le proporcioné la Mariquita de la cuál tuvo una hija que no ha desmentido su orígen. Ya conocereis á la Mariquita que me dejó para establecerse por su cuenta, porque queria á Ganguernet que es uu chasqueador, en cuya casa pasó la historia del abate de Serac.

—¡Ah! si me parece que la ví una vez en casa de Mad. du Val.

—Justamente; como que la habia colocado allí el abate.

—¿Y qué es de ella?

—No sé nada. Parece que está en París á donde fué de resultas de la enfermedad que la puso fea y desconocida hace tres ó cuatro años.

—Está bien, dijo Armando, que sabia ya bastantes estravios de su padre para no desear saber mas. Envía esta carta á Barnet y manda subirme la cena.

—¿Cenais solo? preguntó la huéspeda.

El baron la miró de través; pero se acordó donde estaba y comprendió que no tenia derecho á incomodarse.

—Bien mirado, respondió, no debia cenar. Tengo mas ganas de dormir que de otra cosa.

—Está muy bien. Teneis trazas de estar cansado y debeis estarlo, dijo la Perine.

En seguida se retiró, y el baron, verdaderamente cansado, se acostó y durmió con el sueño del justo en aquella honrada casa.

No despertó hasta la mañana siguiente á las cuatro que sintió haber perdido tanto tiempo. Llamó y acudió una jóven linda, graciosa y fresca como una rosa que fué á sentarse familiarmente sobre el lecho de Armando diciendo á éste con acento gascon:

—¿Qué quereis, señor?

—El baron la contempló atentamente. Era encantadora y al sonreirse mostraba una dentadura de blancura virginal. Aquel aspecto entristeció á Luizzi, que se estremeció al pensar lo que era aquella niña de rostro cándido y de sonrosada tez, y respondió:

—No quiero nada de vos.

—La jóven pareció picada por la respuesta y se retiró de la cama diciendo:

—Aquí no soy yo sola.

—Quiero que venga Mad. Perine, dijo Armando enfadado.

—Voy á decírselo, repondió la jóven y se retiró.

La Perine volvió un instante despues, y dijo al baron:

—Pardiez, señor baron, que Paris os ha hecho muy descontentadizo, y no sé si.....

—Oye, Perine, dijo el baron con sequedad: he venido á hospedarme en tu casa, porque quiero que nadie en este mundo sepa que estoy en Tolosa. á no ser asi me hubiera ido á la primer posada que hubiera encontrado; pero como en las otras casas se dá todos los dias nota á la policia de los huéspedes que hay, no he querido ir á ella.

—Ya! con que no quereis que la policia sepa.....

—No, y como sé qué tú le das las menos noticias que puedes de tus huéspedes, he escogido tu casa.

—Muy bien. Podíais haberme dicho todo eso al llegar. Desde este instante estais aqui como si os hallárais siete estados bajo de tierra: nadie sabrá nada.

—Diez luises tienes si eres discreta.

—Como si los tuviera ya.

—Y dime, ¿ha venido ya Mr. Barnet?

—Venir! esclamó sorprendida la Perine, y luego añadió; Jesus! el

pobre hombre ni siquiera sabe el camino para venir á mi casa.

—Ya le aprenderá.

—A su edad? Es pecado! ademas le sacaria los ojos su mujer con las agujas de hacer media si supiera que venia aqui.

—Pero ha contestado? ha dicho algo á tu hijo?

—Ah! sí, no me acordaba; le ha dicho: «Dirás á quien te manda que haré lo que él quiere.»

—Le mandaba á decir que viniera hoy.

—Le señalabas hora?

—No; le decia que en todo el dia.

—Pues bien, el dia no concluye hasta media noche: todavia puede ser que venga.

—Le esperaré. Haz que me sirvan la comida, y que me traigan papel y tinta.

—Bueno, ya que quereis que no se os conozca, os servirá la chiquilla que vísteis antes. Es inútil que os vea ninguna otra. Marta, ya sabeis, la vieja Marta, podria conoceros. La chica, al contrario, no sabe quien sois, y luego es una buena muchacha, inocente como ella sola. Cuando querais algo, llamad dos veces: se llama Lili. Voy á mandar preparar la comida; no os impacienteis.

—Haz lo que te se diga; pero despáchate porque estoy muerto de hambre. De todos modos enviarme recado de escribir.

—En ese secretér hallareis cuanto os haga falta.

Retiróse la Perine, y Luizzi escribió una larga carta á Mad. Peyrol, diciéndola que existia su madre, quién era ésta y dónde estaba. Asi trascurrieron dos horas.

Entonces apareció Lili con todo lo necesario para servir la mesa. Su desparpajo era grande, y tambien lo era su mal humor. Luizzi la seguia con la vista; luego, asi que la jóven acabó de poner la mesa, el baron se sentó y Lili lo hizo al lado de la chimenea con aire de disgusto y enojo.

—Qué, no os gusta servirme?

—Pche! contestó la jóven con tono acre y con acento gascon muy pronunciado: yo no estoy aqui para servir. Para eso hubiera seguido en otra casa mejor.

—Ya! con qué estábais sirviendo antes de entrar aqui?

—Y en una famosa casa.

—Cuál?

—La del marqués du Val.

—La del marqués? Y qué haciais alli? porque yo creo que el marqués es viudo.

—Yoma! pues por eso estaba en su casa.

—Ya! dijo Luizzi. Y por qué os salísteis?

—Toma, porque me fastidiaba á mas no poder el tal marqués. Ya sabreis que es diputado. Pues, so pretesto de instruirme, me hacia aprender de memoria sus discursos; y cuando no los aprendia bien me amenazaba con meterme en la cárcel, porque ademas es juez.

Luizzi no pudo menos de echarse á reir, y la muchacha continuó:

—Y luego..... hacia unas cosas!..... gastaba pantorrillas y dientes postizos, y yo era quien tenia que ponérselos.

—Pero de dónde os llevó?

—Toma, de donde estaba antes.

—Y en casa de quién estabais?

—Toma, en casa de otro amo, donde tenia que trabajar diez horas al dia sin descansar; á mí, qué quereis, no me gusta trabajar, ese es mi carácter. Me gusta reirme y divertirme y no hacer nada, es mi génio; ademas aquel amo era tan malo como el otro, y cuando, so pretesto de trabajar en su estudio, iba por la noche á buscarme á mi cuarto, me echaba unos sermones mortales.

—Y nada mas que sermones?

—Lo demas me fastidiaba tanto como los sermones, aunque era él el primero. No sé si le conoceis, pero es bastante feo el tal Mr.....

En el instante en que la jóven iba á pronunciar el nombre, llamaron á la puerta.

—Mirad quien es, dijo el baron.

Lili fué á abrir, y esclamó con alegre sorpresa:

—Calla! en nombrando al ruin de Roma al punto asoma; es él! es Mr. Barnet, de quien os estaba hablando.

Barnet entró con aire compungido, y dijo á Lili:

—Cómo! tú aqui, en esta casa, desventurada!

—Vos tambien estais aqui.

—Bien te habia dicho yo, bribonzuela, libertina, que vendrias á parar aqui.

—Os confieso, señor Barnet, que mas hubiera querido empezar aqui, replicó intrépidamente Lili.

—Haber llegado á tu edad á tal grado de corrupcion! Perdonad, señor baron, dijo Barnet saludando á Armando; pero horroriza la desmoralizacion de la juventud. Ved aqui una niña, una niña de diez y siete años, y ya está encenagada en el vicio!

—Yo creo, mi querido Barnet, que no sois vos quien menos le ha mostrado el camino; dejaos de sermonear á esa jóven, y hablemos con seriedad. Idos, Lili.

Esta se retiró riéndose é indicando con la mano que era cornudo Barnet, quien esclamó furioso:

—Es mentira, embustera!

—Los escribientillos no son muy virtuosos, dijo Lili, y vuestra mujer, aunque es fea, los engatusa con buenas sopas, buenas piernas de gallina y y buenas botellas de vino que les envia á su cuarto.

—Quieres callar, bribonzuela?



—Mirad si yo le sabré: como que lo comiamos juntos.

Barnet estaba encarnado de cólera; el baron se hubiera divertido verdaderamente, á no tener que tratar asuntos muy graves con él. Armando,

pues, hizo una seña á Lili para que se retirase, y la jóven lo hizo alborotando la escalera con su voz gascona y vibrante, que cantaba este aire popular:

A la fount men soun anada
Lou miou galant my a rancontrada (1).

y todo con una alegría, una ligereza y una ingenuidad que ni aun en la mayor inocencia se ven. Luizzi esperimentó una viva repugnancia. El vicio bajo formas hediondas repugna menos que el vicio jóven, sonrosado, fresco é injénuo. Este es incurable porque carece de remordimientos y no tiene idea del mal que hace. El notario alzó las manos al cielo, esclamando:

—¡Qué juventud! qué juventud la de estos tiempos!

Y así que cesó de oir á Lili, se volvió á Armando y le dijo:

—En verdad, señor baron, que me habeis jugado una mala partida. Obligar á venir á una casa como esta á un hombre como yo, es esponerle á perder su reputacion.

—No me era dado escojer el lugar de la cita.

—Podíais haber ido á parar á mi casa.

—Sí, para que Mad. Barnet, la mujer mas bachillera de Tolosa, fuese á contar á todas partes que el baron de Luizzi está en Tolosa.

—Es cierto, es cierto, dijo el notario; no me acordaba que deseais no se sepa vuestra venida: esa muchacha me ha trastornado la cabeza. Pero veamos si he comprendido vuestra carta: ¿necesitais mucho dinero en el acto?

—Mucho. Me voy á ausentar de Francia por algunos años.

¡Vos! dijo el notario; y yo creia que veníais con motivo de las elecciones.

—He renunciado á la diputacion; me voy á Italia.

—Pero, vamos, dijo el notario; os obliga á emigrar algun...

—Nada, nada, es un capricho: voy á ver á Roma; pero ocupémonos de nuestras cuentas.

—Al instante, señor baron: en seguida me dareis si gustais, el poder que os tengo pedido para terminar vuestros asuntos con ese pícaro de Rigot.

—Os daré todos los poderes que querais; pero veamos el dinero que me podreis dar.

Ambos se sentaron delante de un monton de protocolos y rejistros y durante una hora se ocuparon de números y cálculos.

(1) Por agua á la fuente fuí
y me hallé mi novio allí.

Luizzi no era hombre de negocios, pero tampoco era tonto: sabia examinar las cuentas que se le presentaban, y las examinó con tanta mas atencion cuanto que el encuentro de Barnet y Lili no le habia edificado mucho respecto al notario. Pero se vió precisado á reconocer la escrupúlosa probidad de éste y no pudo menos de notar que aquel hombre cuya reduccion habia impulsado al vicio á una niña que quizá de otro modo no hubiera sido lo que era, tenia escrúpulo en estafar un sueldo á su cliente; Luizzi no tenia tiempo ni voluntad para detenerse mucho en tales pensamientos; así pues, una vez hecho el balance, dijo á Barnet:

—Con qué es decir que teneis 342,000 francos disponibles colocados en depósito en poder del recibidor general?

—Justamente.

—Pues bien: necesito ese dinero.

—Para cuando?

—En seguida.

—¿Trescientos cuarenta mil francos?

—Sí.

—Pero y ¿cómo los habeis de trasportar?

—Dadme billetes de banco.

—¿De qué banco?

—Teneis razon, me creia en París: en ese caso, buscad para mañana todo el oro que podais.

—¿Cuánto? ¿mil escudos?

—Cien mil francos lo menos.

—Necesitaré quince dias para juntar en Tolosa 100,000 francos en oro en el caso de haberlos.

—Pero veamos, ¿cuánto podreis tenerme para mañana?

—Con mil esfuerzos, y dirigiéndome á los cambistas, podré reuniros en tres dias 25 ó 30,000 francos.

—Bien, me bastarán por el pronto 30,000 francos. El resto puedo llevárlo en letras de cambio sobre el extrangero...

—Si vais á España no será difícil, porque aquí hay muchas casas con relaciones en España: pero si vais á Italia como pensais...

—Pues, bien, iré á España, me es igual.

—Ya, dijo Barnet admirado, ¿con qué por lo visto no vais á hacer un viaje por diversion?

—Voy á donde quiero, contestó el baron con altaneria, y al pediros mi dinero no os pido ninguna cosa injusta.

—Está muy bien, dijo el notario; os proporcionaré papel sobre todas las plazas de España. Solo os pido tres ó cuatro dias de término. ¿Tomaré las letras á vuestra órden?

—No, hacedme el favor de tomarlas á la vuestra, y me las entregareis en

blanco; no hay necesidad de que se sepa que ese papel vá á servirme personalmente.

—Respondo de vuestros fondos mientras están en mi poder, dijo el notario, y para ello los coloco en punto seguro; pero me es imposible endosar una letra de cambio despues de cambiar el dinero por papel.

—Me conoceis lo bastante para tener la seguridad de que no reclamaré contra vos.

—Vos no reclamareis, pero sí un tercer portador á quien podréis endosar las letras.

—Pues, qué, no quedo yo obligado al pago antes que vos?

—Sí, pero no estareis en Francia al vencimiento.

—¿Con qué desconfiais de los valores que me entregais?

—De ningun modo... Tomo todas las precauciones posibles; porque solo debe tener uno seguridad en lo que se halla en su poder.

—Y ¿cómo se podría arreglar todo?

—No os propongo un endoso sin garantia, porque eso seria despreciar un papel de que podeis necesitar á cada instante; pero solo necesitais hacer una escritura garantizando el pago por medio de una autorizacion para hipotecar cualquiera de vuestras fincas, y así haré cuanto querais.

Luizzi fué quien hizo cuanto quiso el notario porque cada instante veia presentarse delante de él los obstáculos propios de una mala posicion, y como que á todo precio queria seguir adelante, lo echó todo al mar esperando librarse de la tempestad.





XXX.

Los buenos magistrados (1).



Mr. Barnet, como habia dicho, necesitó cerca de cuatro dias para reunir el oro que le pedia el baron. Este sin embargo estaba dispuesto á volver á Orleans; habia enviado muchas veces al correo á ver si habia cartas para él, de cuyo cuidado se habia encargado tambien Barnet. Ninguna habia venido: Armando estrañaba no tener noticias de Leonia que se las habia prometido por medio de la mendiga. No sabiendo á qué atribuir aquel silencio, se habia decidido á dejar á Tolosa, como ya hemos dicho; el notario habia tomado un asiento en la diligencia en que Armando debia subir á algunas leguas de la ciudad para huir de los agentes de policia que vijilaban la partida. Todo es-

(1) Habrá llamado la atencion del lector, la estension que en este tomo tienen los capítulos; debemos advertir que vamos uniendo aquellos que son susceptibles de ello á fin de ahorrar algunos pliegos en la edicion que por causas estrañas *á nosotros*, se prolonga algunas entregas mas de las calculadas.

taba dispuesto, é iba á dejar la casa de Mad. Porino cuando vió llegar corriendo á Barnet de quien se habia ya despedido.

—Se me acaba de avisar, dijo el notario, que ha venido una carta para vos con sobre para mí; pero lo singular es que no se me quiere entregar.

—Y de dónde es? dijo Luizzi.

—De Orleans, contestó el notario.

—Es la que yo esperaba; es preciso sacarla á todo precio.

—Imposible, contestó Barnet; parece que la carta está certificada y solo á vos se os puede entregar. Si el señor de Luizzi está en Tolosa, me han dicho, la entregaremos en el acto, y bastará que venga en persona á recogerla.

—Eso seria decir que he venido á esta ciudad que es justamente lo que yo no quiero; pero puedo autorizaros para sacar en mi nombre todas las cartas que vengan para mí y voy á daros esa autorizacion.

—Asi descubrireis igualmente vuestra venida á Tolosa y quizá no será bastante esa autorizacion; porque he presentado inútilmente la que otra vez me distéis; dejad la carta, ó mas bien id á sacarla. ¿Qué os importa que se sepa que estais aquí, si dentro de una hora ya os habreis marchado?

La carta de Mad. de Cerny era tanto mas importante para el baron, cuanto que probablemente debia trazarle la conducta que debia observar y podia inutilizar el misterio de su llegada y el de su partida; así, pues, se decidió á ir á buscarla. Encargó á Barnet que condujese todo su equipaje á una legua ó dos camino de París, y fué al correo. Asi que llegó y hubo manifestado lo que quería, el empleado le miró con estrañeza y le dijo:

—¡Ah! ¿sois el baron de Luizzi? Tened la bondad de esperar un momento, pues voy á buscar la carta que pedís.

El empleado dejó el despacho y Luizzi empezaba ya á impacientarse por su tardanza en volver, cuando se abrió la puerta para dar entrada á un comisario de policía acompañado de dos gendarmes.

Desde lo que le ocurriera en Orleans, el comisario de policia habia llegado á ser para el baron lo que es para tantos otros, un sér repugnante y espantoso cuyo aspecto ataca los nervios como el de una gran araña, y cuyo contacto es tan odioso como el de un sapo ó una serpiente. Luizzi se volvió de pronto; pero en el mismo instante sintió dos anchas manos apoyarse cada una en uno de sus hombros y en seguida la voz malaventurada del comisario que le dijo:

—Caballero, os arresto como acusado de asesinato en la persona del señor conde de Cerny,

Desde luego habia aterrado al baron la palabra arresto, porque Armando habia calculado al instante la imposibilidad en que el arresto le ponia de acudir en ayuda de Leonia; de Carolina ó de Mad. Peyrol; pero lo que

debia haberle aterrado mas que todo, le dió un instante de esperanza: lo absurdo de la acusacion le tranquilizó, y viendo que no se trataba del rapto de Mad. de Cerny, replicó:

—Cuidado con lo que haceis; Mr. de Cerny sin duda está tan bueno como vos y yo, y sin duda soy víctima de un error ó mas bien de una maquinacion culpable y de una cobarde complacencia.

—Atad al señor, dijo el comisario de policia.

—¿Olvidais con quién os las habeis? esclamó el baron con ira.

—Apretadle bien las clavijas, dijo el comisario.

—Protesto contra esta tropelía.

—Hacedle andar, continuó el majistrado tricolor.

Y los gendarmes apoyaron vivamente la culata de sus carabinas en los reñones del preso, por lo cuál éste tuvo que echar á andar.

Armando se detuvo de repente:

—Pido, dijo al comisario, que se me conduzca inmediatamente ante el juez de instruccion, y si mi reclamacion es desatendida, os hago responsable de ella.

—Me voy á comer, dijo el comisario á uno de los gendarmes: aquí teneis la órden de recepcion para el alcaide á quien encargareis que ponga al preso rigorosamente incomunicado.

Esto diciendo, el comisario entró en la via civil y fué á comer á casa de una linda tendera de medias, mujer de un amigo suyo.

La imposibilidad del comisario habia hecho perder á Luizzi la confianza que éste tenia en su nombre y en sí mismo; recordó entonces que el Diablo le habia dicho muchas veces que habia un poder que nunca perdia su fuerza para con los hombres; en su consecuencia se dirijió á uno de los gendarmes y le dijo:

—Quereis ganar diez luises? Conducidme á casa del juez de instruccion.

—Está gracioso con sus diez luises! dijo el primer gendarme; sin duda piensa hallarlos en algun agujero de su futura alcoba.

—Cállate, dijo el otro que era del pais, y que llevó á su camarada á un rincon de la habitacion; es uno de los nobles de la ciudad, y, segun se dice, tiene dinero para empedrar la plaza del Capitolio; si quieres conducirle á casa del juez de instruccion, te dará, no digo diez luises, sino aunque sean veinte y cinco.

—Veinte y cinco luises! esclamó el primer agente de la fuerza pública, abriendo unos ojos tan radiantes como la chapa de su tahalí.

—Entonces serian cincuenta para los dos, dijo el otro.

—Pues mira, tú que le conoces podias proponérselo.

—Gracias; á quien ha hecho la oferta ha sido á mí; con que á tí te toca lo demas.

—No haré tal; podria decir que salia de mí, y quiero mas conducirle á

la cárcel en derechura. Vamos, señor de los cincuenta luises, echad á andar, añadió el gendarme dirigiéndose á Luizzi.

Mirad, dijo el otro, este borrico ha entendido cincuenta luises como si hubiera alguien capaz de dar cincuenta luises por semejante tonteria; nada de ir en casa del juez de instruccion.

—Os los daré al contado, antes de salir de aqui, contestó Armando.

Ya, dijo el primero de los gendarmes, sois acaso inocente? Estais tan sereno que empiezo á creer..... Tú tambien lo empiezas á creer, no es verdad?

—A fé mia que sí: los dos empezamos á creer.....

—Es cierto que podeis ser inocente.

—Está visto que sí.

—Puesto que sois hombre templado, vamos á ir á casa del juez de instruccion.

—Corriente, dijo el otro; ya que somos complacientes debemos serlo por completo; soltémosle las manos; al menos que pueda accionar.....

—Es claro; y puesto que no tiene trazas de culpable.....

—Que pueda quitarse el sombrero si encuentra algun conocido.....

—Y meter la mano al bolsillo si quiere sonarse.

Luizzi comprendió la indirecta y metió mano al bolsillo para sacar los cincuenta luises con que pagó la complacencia de los señores individuos de la gendarmería departamental.

Una vez terminado el trato, los gendarmes se portaron con toda la amabilidad posible; no pudiendo proporcionarle un fiacre en atencion á que es cosa desconocida en Tolosa, le condujeron por ciertos rodeos á casa del juez de instruccion.

El baron se sorprendió altamente cuando entró en el palacio del marqués du Val por la puertecilla que, diez años antes, le habia dado acceso á la habitacion de la desventurada Lucia. Pero su sorpresa fué aun mayor cuando se le condujo al mismo gabinete donde por última vez habia visto á la marquesa, y le pareció que una estraña predestinacion habia marcado aquella visita, cuando fué introducido al gabinete donde tan locamante se habia entregado á él Lucia.

Hacia pocos momentos que se hallaba alli, cuando vió aparecer al marqués mismo envuelto en una ancha bata.

El marqués du Val era hombre de cincuenta años en aquella época. Libertino gastado por la disolucion, conservaba todas las pretensiones de la juventud, y pasaba mas tiempo al tocador que en el juzgado. Despues de la muerte de su esposa habia entrado en la magistratura para adquirir lo que se llama una posicion, como ya hemos visto en el capítulo precedente. Luizzi no ignoraba esta circunstancia; pero le habia chocado tan poco al saberlo por boca de Lili, que ni por un momento habia sospechado que

pudiese hallarse en el caso de ser presentado ante el marqués du Val.

El marqués, apenas entró en el gabinete, hizo una seña á los gendarmes para que se retirasen, y dijo á Luizzi:

—A no ser vos, baron, no os hubiera recibido, porque necesito aviarme para ir á comer á casa de nuestro primer presidente, y apenas me queda media hora; pero entre antiguos amigos y parientes debe haber franqueza, por lo cual me permitireis continuar aviándome.

Llamó en seguida y apareció un criado trayendo lo necesario para que el juez se vistiese de elegante.

—Con que venís, dijo al baron, por el asunto de Mr. de Cerny? Es posible que despues de robar la mujer hayais matado al marido? Eso, amigo, pasa de la raya.

—Pero vamos, marqués, es cierto que se me acusa de ese asesinato? preguntó Luizzi.

—No solamente se os acusa, contestó el juez calzándose las medias de seda, sino que está suficientemente probado.

—Cómo! probado! esclamó el baron. Con qué ha muerto Mr. de Cerny?

—Y tan muerto, respondió el magistrado metiéndose el pantalon, que ha sido hallado atravesado por dos balas, en un soto cerca del camino real á media legua de Sar..... no lejos de Bois-Mandé.

Esta revelacion dejó pasmado á Luizzi, pues le recordó la figura que Satanás habia tomado para acompañarle precisamente á aquel sitio; se estremeció al pensar que aquella podia ser una de las artes del Diablo para perderle del todo. Mudo y abatido permanecia delante del juez, que dándose los tirantes y estirándose el pantalon con una alegria particular, le dijo:

—Calla! teneis un pantalon precioso. Quién os viste en París?

Luizzi, que no le habia comprendido, alzó la cabeza como un hombre aterrado, y dijo al marqués du Val:

—Es posible! con qué se ha hallado muerto al conde junto al camino real?

—Sí, contestó el juez; y luego añadió dirigiéndose primero á su ayuda de cámara, y luego á Armando: No he visto un pantalon mejor hecho que ese. Quién os viste, Luizzi?

—No sé, respondió éste que apenas estaba en la conversacion.

—Lo siento, dijo el magistrado; daria cualquier cosa por saber el nombre y las señas de vuestro sastre.

No en vano habia visto el baron el mundo por los ojos del Diablo; así es que le dió mas esperanzas aquella circunstancia que su inocencia, y respondió:

—Esperad á ver si me acuerdo: me parece que mi sastre se llama Humann.

—Acuérdate del nombre, dijo el juez á su ayuda de cámara, en tanto que se ponia la corbata, y continuaba Luizzi:

—Pero suponiendo que en efecto haya sido asesinado el conde, por qué se me acusa á mí?



—Porque el amante de la mujer era quien tenia mas interés en desembarazarse del marido.

—Por ventura me creeis culpable de semejante crímen?

—Eso es lo que yo he dicho: he hablado de un duelo sin testigos, lo

cual no deja de ser argumento que os favorece; pero es difícil probarlo. Hay una circunstancia terrible: se han hallado dos espadas al lado del conde, quien ha muerto de dos balazos, lo que parece probar que si el duelo se ha concertado entre vos y el conde en la diligencia, ha sido prevenido por medio de un asesinato.

—Se ha visto á Mr. de Cerny en el camino de Bois-Mandé? dijo Luizzi levantándose:

—Ya lo creo: como que caminásteis cerca de media hora en su compañia.

El baron conoció entonces que Satanás le habia conducido á un lazo en el que debia parecer; y se volvió para ocultar la palidez que conocia estenderse por su rostro, palidez que hubiera podido interpretarse como prueba de su pretendido crímen. Aquel movimiento fué tan violento, que el juez se volvió á Armando, y esclamó:

—Qué levita tan admirable! Os la ha hecho tambien Humann?

Armando no contestó; el juez, siguiendo en su admiracion, dijo á su ayuda de cámara señalando á Luizzi:

—Mirad que buen corte; ni siquiera hace una arruga. No se parece á las levitas que me hacen á mí en Tolosa; es preciso que me vista ese sastre.

Armando lo oyó y dijo, volviéndose con indignacion al marqués:

—Por ventura me habeis recibido para esto, marqués? Es esto lo que yo debia esperar de vos?

El magistrado, llamado asi á sus deberes, le respondió con sequedad, sin separar empero los ojos de la levita:

—Escuchad, pues, baron; estoy encargado de la instruccion de vuestra causa; siento deciros que todo os desfavorece, hasta la conversacion que acabamos de tener, porque no ha sido sin objeto: si no fuérais culpable, hubiérais contestado con mas precision á las preguntas, tal vez insidiosas, que os he hecho.

Luizzi conoció que el juez queria cubrir con un grosero velo la nécia ligereza de sus palabras y convencido de que nada bueno debia esperrar de aquel hombre si no lisonjeaba su ridícula mania, respondió:

—Mi querido du Val, si habeis tomado la indignacion bastante natural de un hombre honrado por la turbacion de un criminal, estoy pronto á demostraros que el remordimiento no me domina hasta el punto de hacerme olvidar una cosa tan importante como el cuidado de mi trage. Como ya os he dicho, quien me viste es Humann; seguramente es el mejor sastre de París, y si quereis, os daré una carta para él. Soy uno de sus buenos parroquianos; tiene tales consideraciones para conmigo, que sirve muy particularmente á los que yo le recomiendo.

—Trae recado de escribir, dijo el magistrado á su ayuda de cámara, y poned bien las señas, querido baron.

—Están bien, contestó el baron cerrando la carta y entregándosela al marqués que leyó en el sobre: A Mr. Humann, calle de Richelieu.

—El marqués estaba ya completamente vestido: habia dado á su pelo una inclinacion conveniente, igualado las vueltas del chaleco y estirado el talle de su frac; estaba calzándose los guantes cuando le dijo el baron:

—Vamos, querido, servicio por servicio; espero que vais á firmar una órden para que se me ponga inmediatamente en libertad.

—¡Yo! contestó el magistrado. ¿Creeís que puedo yo hacerlo? Querido, pesa sobre vos una acusacion terrible.

—Y entonces. ¿por qué me habeis recibido?

—Mi deber es escuchar á los acusados; me parece que he cumplido mas que rigorosamente ese deber, pues no debia haberos interrogado hasta las 24 horas de vuestro arresto. Además, querido, no habeis alegado un solo hecho en vuestro favor; lo mas que puedo hacer por vos es que se os trate con todas las consideraciones posibles.

—Llamad á los gendarmes, añadió dirijiéndose al ayuda de cámara.

—Esto es una iniquidad! esclamó el baron.

El marqués se habia puesto ya los guantes y tenia el sombrero en la mano; púsose derecho y dijo con severidad:

—No agraveis vuestra situacion con ultrajes que me sería preciso castigar.

—¡Vos! esclamó Luizzi exasperado recordando en aquel instante lo. que habia sido y lo que era aun el marqués du Val, acordándose á la vez de Mad de Cremancé, de Lucia y de la jóven de casa de la Perine; ¡vos! vos, miserable! ¡vos que reunís todos los vícios!

Los gendarmes aparecieron en aquel instante.

—¡Gendarmes! dijo el marqués lleno de cólera, llevaos al acusado y que sea tratado con toda severidad.

Salió en seguida y los dos gendarmes se llevaron á Luizzi de tal modo abatido por lo que le pasaba. que atravesó parte de la ciudad de Tolosa sin notar que era objeto de la curiosidad de cuantos le encontraban y le conocian.

Si se recuerdan las circunstancias aparentes del encuentro de Luizzi con el Diablo bajo la figura de Mr. de Cerny, se conocerá fácilmente el terror que debió esperimentar el desgraciado Armando al hallarse solo encerrado en el calabozo en que se le metió por la buena recomendacion de su primo el marqués du Val. A los ojos de todos, se habia alejado de la diligencia con un viajero que no habia vuelto á parecer. Aquel viajero era para todos el conde de Cerny, y sobre todo para el poeta que le habia preguntado su nombre y á quien Satanás habia manifestado el del conde.

Ocho dias hacia que el baron se hallaba incomunicado; ocho dias habia que se hallaba separado de la vida de los demás hombres y durante este tiem-

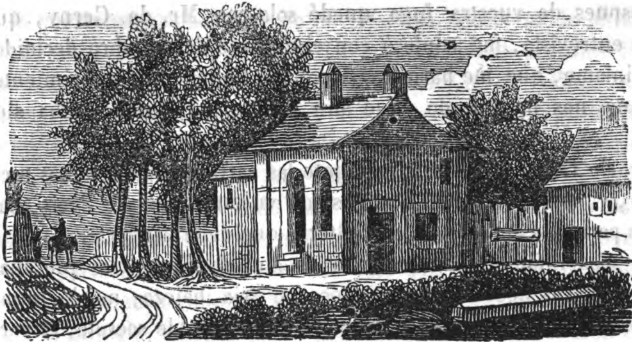
po cada hora, cada minuto se le habia hecho ocho dias. Luizzi nunca habia tenido, durante los 35 años de su vida tanto tiempo para reflexionar. Diez años hacia que habia aceptado la herencia infernal de su padre, y por primera vez habia podido preguntarse despacio la causa de que su vida hubiese sido tan estraordinaria, y por decirlo así, arrebatada en un torbellino de sucesos que le habian dominado siempre; de que el poder sobrenatural de que se hallaba dotado solo le hubiera precipitado á una série de desventuras de las cuales parecia deberle librar aquel mismo poder; preguntóse entonces si esa historia del Génesis que condena al hombre á la desventura desde el momento en que ha tocado el árbol de la ciencia del bien y del mal, es la mas sublime de las verdades, y si no era él una prueba viva de ello pues habia querido penetrar mas adentro que nadie en aquella temible ciencia.

En medio de estas reflexiones, Armando deseaba con frecuencia saber lo que pasaba fuera del calabozo donde se hallaba encerrado. En efecto, podia ver y oir lo que pasaba en los sitios donde se decidia de su vida y de la de cuantos séres amaba aun, y sin embargo vaciló antes de hacerlo, pues hasta tal punto convenia ya en que las confidencias de Satanás solo habian sido para él una claridad funesta que le habia estraviado incesantemente en su camino; y á pesar de su terror al ver perdido su honor, comprometida su vida, á pesar de los temores que le causaban su hermana, Eugenia y Mad. de Cerny, abandonadas á inminentes peligros, resistió á la tentacion y no ajitó su infernal talisman.

Ni lo hizo durante aquellos ocho dias, ni durante el tiempo de sus muchas comparecencias ante los jueces instructores.

El baron quizá hubiera perseverado en tan buena resolucion á pesar de la desesperacion de que estaba poseido, si dos cartas llegadas del esterior no le hubiesen revelado nuevas desgracias y nuevos crímenes.

La primera que se le entregó fué la que habia contribuido á su arresto, la cuál consintió en comunicarle el marqués du Val como pieza del proceso una vez terminada la instruccion. La segunda era la histeria prometida por el literato de la diligencia, la cual tambien habia sido retenida como prueba, porque empezaba con la frase siguiente, frase fatal para Luizzi: «Cuando os dejé en el camino de Bois-Mandé, con Mr. de Cerny etc., etc.» Vuelto á su prision, Luizzi dejó á un lado esta última carta creyendo sería poco interesante, y le yóla de Mad. de Cerny.



XXXI.

La casa de locos.



Puedo al fin escribiros, Armando, despues de cinco dias de cautividad, y voy á narraros, con el corazon todavia conmovido y destrozado por una escena terrible, lo que me ha pasado desde nuestra desgracia; desgracia de que no me atrevo á quejarme, comparándola con la que acabo de presenciar, y que os voy á referir, porque en vuestra posicion tal vez os será dado remediarla.

Esta frase fué, por decirlo asi, el primer golpe inesperado que hizo vacilar la resolucion de Armando; aquella impetracion de su socorro le hizo sentir una impotencia que podia hacer cesar, puesto que tenia en su mano un talisman bastante poderoso para librarse de la situacion en que se hallaba, al menos asi lo creia. Este pensamiento pasó como una ligera sombra por su imaginacion sin dejar al parecer huella ninguna. El baron continuó aquella carta:

»Pero, á fin de no confundir nuevamente el relato de mis propios dolores con el de las desgracias de que he sido testigo, os contaré dia por dia cuanto me ha sucedido desde el instante en que nos separamos.

»Despues de vuestra fuga quedé sola con Mr. de Cerny, quien, en aquella entrevista, me confesó con el cinismo del hombre decidido á una accion infame, que me haria pagar con mi honor el descubrimiento del secreto que nos ha reunido, que aun ignoro por quien os ha sido revelado.

»Mr. de Cerny halló en el gabinete las cartas que habíamos escrito; las recogió, y coincidiendo esas cartas con vuestra salida de París, ha hallado materia para una acusacion de adulterio que debe vengarle.

»Lo mas infame en la conducta de Mr. de Cerny, es que cuando me manifestaba sus hediondos proyectos con fria bajeza, no le impulsaba la venganza de su honor ultrajado, sino la de su innoble secreto, el vergonzoso estado á que se vé reducido por la disolucion. Cuando me hablaba asi me creia aun inocente, suponia que lo único qne yo habia hecho era huir su persecucion, y que vos solo érais para mí un protector, un amigo generoso.....

»Armando! he querido devolverle el mal que me hacia, he querido herirle en esa horrible vanidad que le ha hecho tan bajo y tan cruel, y le he dicho la verdad..... le he dicho que eres mi amante..... He conseguido mi objeto, le he atormentado terriblemente con cuanto de mas punzante ha podido inspirarme mi amor á tí. No bastaba decir á ese hombre que te amo, que te amo con toda mi alma; porque yo te amo, Armando, te amo porque te he hecho á la vez desgraciado y feliz, porque, si he hecho pesar sobre tu vida un peso que puede abrumarte por largo tiempo, tambien he visto que durante algunas horas de esos pocos dias que hemos estado reunidos, tu alma encontraba la calma en mis palabras, y tu corazon olvidaba su desesperacion en mis miradas; si le hubiera dicho eso solo, no me hubiera comprendido, y su infame conducta me indignó de tal modo que le he herido, le he humillado alli donde el miserable habia concentrado todo su orgullo.

»Sí, le he dicho qne eres mi amante, que te amo; pero le he dicho tambien que me he entregado á tí y le he dicho cómo; le he hablado de ese dia pasado sobre tus rodillas, de esa noche pasada en tus brazos; todo se lo he dicho, le he pintado el ardor de nuestro amor, y le he enumerado uno por uno nuestros besos; he descendido hasta ese estremo porque le veia irritarse á cada una de mis palabras, devorarse y torcerse en su impotencia á cada una de mis confesiones, y jamás mujer alguna ha tenido tanto orgullo como yo en aquel momento en ser bella, y tanto placer en hallarse deshonrada.

»Es muy posible que si hubiéramos estado encerrados solos en una casa desierta no hubiera yo devuelto impunemente á Mr. de Cerny todo el mal que me habia hecho; pero al colocarme bajo la cuchilla de la ley me habia puesto bajo de su proteccion, y mi esposo no ignoraba que un magistrado

vigilaba la puerta para apoderarse de mí. Por eso salió vencido en la lucha, por eso huyó dejándome en poder de los que me habian preso.

«Entonces fué cuando encontré á la mendiga y os la envié.

«En seguida se me condujo á la cárcel de la ciudad. El majistrado encargado de mi detencion, fué bastante galante para conocer que mi arresto preventivo no debia ser un suplicio mas hediondo que el que podia imponérseme por los jueces; y, no pudiendo cambiar para mí el destino de los aposentos asignados á los detenidos, me preguntó si queria ir á un cuarto particular situado en la parte del edificio, reservado para habitacion de las mujeres asaltadas de una locura cuya violencia no ofrece riesgo en la comunicacion. Entre la locura y el crímen, entre mujeres que han perdido toda su razon y mujeres que han perdido toda su vergüenza, entre las narraciones insensatas de las unas y el lenguaje obsceno de las otras no vacilé un momento: seguí el consejo que me daba el majistrado. Se me alojó convenientemente y pude pensar en mi situacion y escribir á mi padre poniéndolo en su conocimiento. No quise salir de mi habitacion al dia siguiente de mi cautividad; veia, á través de las ventanas, vagar como fantásmas á las locas de ademan imbécil, de ojos estraviados, cantando, hablando, gesticulando; una se coronaba de yerba como para ir á un baile, otra colocaba á su costado su ramillete de novia para ir al altar, otra mecia en sus brazos un trozo de madera cantándole dulces tonadas, ofreciéndole sus pechos, llamándole su hijo: aquella me hizo llorar.

«Sin embargo, consideré que solo me sería posible saber el resultado de los esfuerzos que haria la niña mendiga para volver á mí confundiéndome, sino entre aquellas infelices insensatas, al menos entre las celadoras que las seguian y que cruzaban indiferentemente en todas direcciones por aquella vasta cárcel.

«Bajé al patio, me acerqué á una y á fuerza de dinero conseguí que fuese á informarse si habia venido con objeto de verme una niña á quien yo habia prometido mi proteccion.

«Aquella mujer sabia la causa de mi arresto, sabia mi nombre, sabia que yo podiá recompensar un dia su complacencia con liberalidad, y se alejó rápidamente diciéndome que esperase su vuelta.

«Sentéme en un estremo de aquel ancho patio destinado á paseo de las locas; evitaba ver á estas y evitaba que ellas me viesen, cuando de pronto me sorprendieron las miradas de dos mujeres que, colocadas á alguna distancia de mí, me observaban con estraña curiosidad; ambas debian haber sido hermosas, pero ya la edad y el dolor se habian apoderado de una de ellas, al paso que la otra conservaba trazas de mejor salud.

«Esta última llamó tanto mas mi atencion cuanto que me parecia que no me era desconocido su rostro, y creí notar al mismo tiempo que ella por su parte trataba de recordar mi fisonomía. Esta observacion mútua duró algunos mi-

nutos, y acaso me hubiera yo acercado á aquellas dos mujeres, impulsada por un secreto instinto de compasion, cuando volvió la celadora y me dijo que en efecto habia venido á preguntar por mí una mendiga; pero que, con motivo de haber mandado mi esposo que no se me dejase comunicar con nadie, se habia rechazado á aquella niña.

« Esta desgracia, pues lo era en las circunstancias en que yo me hallaba, me hizo olvidar á las dos mujeres que me observaban continuamente y volví á mi cuarto, perdida la esperanza de saber qué habia sido de vos.

« Apenas entré en mi cuarto, ví por la ventana á una de aquellas dos mujeres, á la que habia creido conocer interrogando vivamente á la celadora que acababa de separarse de mí. En medio de mi profunda desesperacion, aquella curiosidad escitó la mia; pero no tanto que deseára satisfacerla en el acto; por otra parte, necesitaba pensar en vos, Armando, en nuestro encuentro tan fortuito, en nuestro amor tan singular, en nuestra dicha tan corta, en nuestra desventura tan pronta.

« Os volveré á ver, Armando? ¿ se estiende á todo lo que se os aproxima la especie de fatalidad que parece perseguiros? Lo temo mucho, y por lo mismo no me asusta; no sé que voz secreta me dice que os amo como debiais ser amado, y que hubiérais sido feliz unido á mí. Es mucha vanidad el pensar así, ¿ no es verdad Armando? Pero creo que os pertenezco enteramente aunque solo he sido un instante vuestra; perseguida, encarcelada como una mujer perdida, me creo de tal modo dispuesta á dar por vos mi vida, mi reputacion y mi libertad, que no puedo menos de creer que mi destino tan rápido y fuertemente unido al vuestro, habia sido creado para hacerme vuestra hermana, vuestra compañera, vuestro sosten.

« El ciego halló en su camino á la niña para que le sirviera de guia; ¿ no he sido yo tambien puesta en el vuestro para tenderos la mano, y no es una desgracia el que os haya encontrado tarde? Perdonad, Armando, perdonad que os hable tanto de mí; pero es preciso que sepais que no me he entregado á vos como me hubiera entregado á cualquiera otro que hubiera estado en vuestro puesto. Puedo decíroslo ahora: la primera palabra que pronunciásteis delante de mí, cayó sobre mi vida tranquila y resignada como la piedra que cae sobre la superficie de un lago límpido y terso; aquella palabra indiferente me turbó; no sé que es lo que me dijo desde el fondo del corazon: ¡ Cuidado!

« ¿De qué provenia aquello? Yo no os conocia, habia visto muchos hombres mas nobles, mas hermosos, mas célebres que vos; pero ninguno habia turbado la tranquilidad inalterable de mi espíritu y de mi alma que era mi felicidad; vos sois el único que ha turbado mi corazon, por decirlo así, sin haberme hablado. Aquella emocion me indignó, y vos, Armando, debeis recordar con qué exaltacion elojié á un hombre que ahora debo tener por un miserable. Quise castigaros por haberme hecho dudar de mi imperio

sobre mí misma cuando pronunciásteis aquellas fatales palabras acerca de Mad de Carin, y no sé qué me impulsó á pediros la esplicacion de ellas.

« Aquella necesidad irresistible de hacer una cosa que mi corazon condenaba, era enteramente nueva para mí. Os escribí y acudísteis á la cita que os daba. Quién hizo lo demás, ¿el cielo ó el infierno? Por mas culpable que sea, quiero creer que no me he perdido para perderos.

« Os cuento todo esto, Armando, porque tales son los pensamientos que me han ocupado durante el largo dia que acaba de trascurrir; porque, envuelta en algunos dias en todos los acontecimientos suficientes á llenar una vida, este es el primer momento de calma que he hallado para colocarme frente á frente de mí misma, y preguntarme sino soy á la vez la mas loca y la mas culpable de las mujeres.

« Repaso minuto por minuto, palabra por palabra, estas páginas tan cortas, tan ardientes y tan rápidas de mi vida, preguntándome si me he dejado arrastrar por un delirio, por un vértigo, y ni por un momento encuentro en mi corazon el remordimiento de haberme entregado á tí, y creo que nunca le encontraré tampoco.

« Si supieras, Armando. tú que sin duda te hallas en uno de esos instantes en que devoras las horas con impaciencia precisado á sufrir la lentitud de los asuntos que te detienen, si supieras cuán rápidas pasan las horas para el que tiene fija toda su imajinacion en un pensamiento! Con tal rapidez huyen, que ví llegar la noche repitiéndome á mí misma, puesto que no podia decírtelo á tí: ¡Oh! yo te amo Armando! yo te amo! yo te amo!

» Llegó pues la noche y hubiera pasado como el dia si la celadora no hubiera entrado de repente en mi aposento para turbar aquella preocupacion de mi corazon. Su presencia me recordó la curiosidad de que yo habia sido objeto; y, no sabiendo qué responder á sus ofertas de servirme, ni como proporcionarle la ocasion de ganar una recompensa que no se atrevia á solicitar, la pregunté quienes eran las dos locas que yo habia visto juntas entre tantas como paseaban aisladas, porque aquí he sabido una cosa que me ha horrorizado, y es, que la locura ofrece la particularidad de que nunca se hablan ni se favorecen dos locos. ¿Desaparece el corazon con la razon? La celadora respondió á mi pregunta con otra.

—« ¿No habeis conocido á la mas jóven? Pues ella os ha conocido.

—¿Quién es? dije yó.

—Os diré su nombre, contestó en voz baja la celadora, aunque está prohibido manifestarle á los forasteros por consideraciones á su familia; es Mad. de Carin.

» Yo dí un grito de sorpresa.

» Mad. de Carin! entiendes Armando? La mujer á quien se referian las fatales palabras que nos unieron; Mad. de Carin, á quien se calumnió de-

lante de mí, y yo lo consentí sabiendo que era inocente, por no herir la baja vanidad del hombre cuyo nombre llevaba yo; Mad. de Carin la loca encerrada con Mad. de Cerny la adúltera! Armando, no puedo esplicaros lo que pasó en mí; creí ver el castigo alzándose al lado de la falta y entonces me convencí de que todas esas palabras vanas y mal intencionadas que con tanta ligereza dejamos correr en la sociedad pueden quebrantar las existencias mas fuertes.

»Ah! si yo no hubiera consentido que se calumniase á Mad. de Carin, no me hubiérais contestado vos, Armando, no os hubiera yo conocido, no me veria encerrada en la misma prision que ella. Todos estos pensamientos me asaltaban en tanto que la celadora procuraba esplicarme que Mad. de Carin se veia perseguida de una idea fija, y que Mr. de Carin habia querido matar á Mr. de Vaucloix. Su relato debia parecerme poco interesante al lado de mis pensamientos, y apenas la presté oido mientras me decia que la otra loca era una mujer de vuestro pais llamada Enriqueta Buré que se figuraba haber estado encerrada durante muchos años en un subterráneo donde parió, y del cual se la sacó para encerrarla en una casa de locos, quitándole la criatura. Llegó la hora de cerrar las puertas, se me encerro, y quedé dormida. Por la primera vez de mi vida conoci que el cansancio del cuerpo es el refugio del cansancio del alma; y como habia pasado en tan cruel agitacion las noches anteriores, no desperté al dia siguiente hasta mucho despues de salir el sol. Mi primer pensamiento fuiste tú, y me apresuré á bajar. Parecia que la celadora tenia alguna noticia de importancia que darme, porque asi que me vió atravesó con rapidez el patio, y corrió hácia mí.

—Ha venido alguien á preguntar por mí? la dije.

—Está aqui la niña, me respondió.

—Se la ha dejado entrar?

—Hubiera sido dificil rehusarle la entrada, porque se la ha mandado aqui acusada de robo.

—Esa niña! esclamé, esa niña! es imposible.

—Señora, contestó la celadora, ella misma se alaba de ello y se lo dice á quien quiere oirlo; si podeis verla, vereis como os lo cuenta.

»Entonces pensé en el bolsillo que habia confiado á aquella niña; creí que se le habia guardado, y aunque esta suposicion me quitaba la esperanza de saber lo que habia sido de vos, sentí haber tentado la miseria de aquella desventurada, y el que mi encuentro le hubiese sido fatal. Pedí que me permitiesen verla, y me dijo la celadora:

—Esta noche antes de la hora de recogerse haré que venga á vuestra habitacion: solo se echará de menos al retirarse á dormir todos, pero diré que se ha ido á acostar temprano. Es preciso que se quede con vos toda la noche, porque hasta mañana no podré llevarla á la pieza de las detenidas.

—Bien, pasará conmigo la noche, dije.

Un momento despues ví á Mad. de Carin y á Enriqueta Buré, la otra loca, que no se separaba de ella nunca. Me pareció que huian de mí y creí que se les habia manifestado la causa de mi detencion; olvidé que estaban locas y me sentí humillada: pasaron, y no pude menos de seguirlas con la vista. Entonces fué cuando noté que ellas eran las únicas entre todas las locas que paseaban juntas, y juntas conversaban; tambien me dijo la celadora que dormian en un mismo cuarto. No puedo esplicaros qué singular sentimiento me llevaba hácia aquellas dos mujeres, y me alejaba de ellas al mismo tiempo. Queria hablarles y tenia miedo: temia que mi interés hácia ellas se desvaneciese ante las palabras insensatas que repugnaba oir de otros labios. Conocia que necesitaba conservar mi compasion, y no pudiendo consolarlas queria seguir compadeciéndolas.

«En este punto de mis reflexiones me hallaba, cuando una de las locas que paseaban por el patio se dirigió á mí dando grandes carcajadas y contando que habia sido querida de Napoleon y coronada emperatriz de los franceses. Me volví y quise meterme en mi habitacion; pero como si el ejemplo de aquella mujer hubiera llamado á las otras, llegaron una porcion de ellas acosándome con sus gritos, sus súplicas y sus imprecaciones; una me tomaba por la rival que le habia quitado su amante, ésta por la infame que le habia entregado á sus verdugos, la otra por la bruja que habia chupado la sangre de su hijo. Me hallaba sola en medio de todas aquellas mujeres; no puedo esplicaros el terror que se apoderó de mí: aquel círculo de rostros dementes, aquel concierto de palabras insensatas me aturdieron, me helaron, me dieron miedo. Conocí quo mi razon se trastornaba, sentí que palidecia y temblaba, é iba á caer en aquel mismo sitio que no podia dejar, cuando Mad. de Carin y su compañera se acercaron á mí vivamente y me arrancaron á la furia de aquellas insensatas; me condujeron hasta la puerta de mi habitacion, y la llamada Enriqueta Buré me dijo con una dulzura que me llegó al corazon:

—Entrad á vuestro cuarto, señora, y si os veis precisada á permanecer mucho tiempo en este lado del edificio, esponeos lo menos posible á estos espectáculos porque pudria sucumbir vuestra razon.

—Sí, añadió Mad. de Carin, permaneced en vuestro cuarto, porque, á no ser por Enriqueta que me ha salvado, quizá yo tambien me hubiera vuelto loca.

»Mad. de Carin no se creia loca! Conservaba yo la razon, yo que no hablaba mas razonablemente que ella? La tranquilidad y la ayuda de aquellas dos mujeres me espantaron aun mas que el delirio de las otras, y volví á mi cuarto anonadada, trastornada, dudando de mí.

«Esperé la llegada de la mendiga con terrible ansiedad; me parecia que aquella niña, hablándome de lo que me habia sucedído me sacaria de du-

das acerca del estado de mi razon. Necesitaba para conocerle el testimonio estraño. ¡Terrible fue aquel dia: yo me tapaba los oidos para no oir los gritos agudos de las desgraciadas que andaban por el patio; me ocultaba por no ver los rostros que iban á asomarse á mi ventana, y por fin llegó la noche sin que mi terror se hubiese calmado. Armando! no puedo contaros todo lo que he hecho; casi me he vuelto loca por desechar la idea de que lo estaba; buscaba todos los recuerdos de mi infancia para convencerme de que no estaban borrados; queria absolutamente recordar el nombre y el número de las personas que habia visto tal dia; estaba loca en fin de miedo de estarlo, cuando ví aparecer á la mendiga; me dirigí corriendo hácia ella, Armando, me puse bajo la proteccion de aquella niña á quien habia recojido en medio del camino. Su primera palabra me consoló mas que todos mis esfuerzos: me habló de vos:

—«Le he visto, me dijo la niña.

«Y me contó lo que la habiais dicho. Vos me salvareis, Armando; no es cierto que me salvareis? Ah! ya me habeis salvado: he podido al fin pensar en vos, me he dirijido á vos, he esperado en vos; he recobrado mi razon y soy dichosa.»

«Hasta ahora no hemos esplicado las emociones que esta carta despertaba en el corazon de Luizzi. Para hacerlo hubiéramos tenido que interrumpir cada frase la lectura. Pero en aquel instante se interrumpió él mismo, sintiendo oprimido su corazon viendo que la condesa imploraba su proteccion. Aquella mujer encerrada entre locas confiaba en el que se hallaba encerrado entre criminales! Echó en torno suyo una mirada de desesperacion: se hallaba solo..... solo.... y lloró. Lloró al verse solo; se atrevió á llorar porque estaba solo. Débil y orgulloso!

Al fin se calmó un tanto aquel dolor y Armando continuó la carta que decia:

«La mendiga me ha dicho una cosa que me alarma cruelmente y me admira. Mr. de Cerny llegó en silla de posta con una mujer, y la mañana siguiente continuó con la misma mujer camino de Tolosa. Iba en vuestra persecucion? En este caso no hubiera buscado tan estraño compañero de viaje. Esta reflexion me ha tranquilizado un poco.»

Este párrafo de la carta de Mad. de Cerny asombró á Luizzi, quien se preguntó entonces si era posible que la carta que habia escrito á Carolina hubiese sido interceptada por su marido ó por Julieta y que esta la hubiese manifestado á Mr. de Cerny enviándole asi en persecucion de Leonía. Esta no hablaba de la contestacion de Mad. Peyrol que podia haber llegado ya á Orleans, ni de Carolina que debia estar ya en aquella ciudad. Hasta nació en su espíritu una singular sospecha, y era que podia ser la misma Julieta la que acompañaba al conde de Cerny; pero cuando reflexionó acerca de aquella suposicion y la halló tan poco razonable la abandonó inmediatamente para continuar la lectura de la carta.

«¡Ay! Armando! era tan poco lo que podia ocuparme de vos que una hora despues de la llegada de la mendiga pude ocuparme de la suerte de aquella niña. Me dijo que os habia entregado el oro que yo os habia enviado; creí que esto era mentira, pero dije á la mendiga:

—«Escuchadme, hija mia; agradezco lo bastante que habeis hecho por mí para perdonaros una falta que vuestra miseria disculpa hasta cierto punto. Habeis entrado en esta casa despues de cometer un robo; si estais presa á causa del oro que os entregué y que os habeis guardado os prometo afirmar delante de los jueces que yo os habia dado aquel dinero, y asi se os pondrá en libertad.

«No podeis imaginaros, Armando, el dolor, la indignacion y la sorpresa que estallaron de repente en el rostro de aquella niña.

—Sí, esclamó llorando; he robado, señora, pero no vuestro dinero; he robado, porque no he podido penetrar aqui á no ser haciendo que me prendieran; dije al caballero que lo haria y lo he hecho, él podrá deciros si es cierto. No he robado por mí, he robado por vos, señora, he robado por vos.

«Oh, amigo mio! si supiérais cuán pequeña me he creido al lado de aquella niña! La hubiera pedido perdon de rodillas por mis sospechas; la he estrechado en mis brazos, y me ha costado el mayor trabajo enjugar sus lágrimas; era tan desgraciada, y yo habia sido tan ingrata para con ella. Despues de esto no estrañareis que olvidase un instante nuestra situacion para informarme de la de aquella niña; la pregunté lo que era, quién era, quise saber la historia que debia habernos contado á los dos, y que yo sola oí.

«Esta historia es á la vez sencilla y admirable. Dice la niña que pasó los primeros años de su vida encerrada con su madre en una habitacion donde no entraba nadie mas que un hombre. Ha nacido esa niña en una cárcel? Seria aquel hombre el carcelero que iba todos los dias á llevar la comida á los presos? Pero á través de los recuerdos confusos de esta desventurada me ha parecido conocer que no podia ser una cárcel aquella mansion porque las conversaciones de que se acuerda no son propias de un carcelero y una presa; sin embargo, recuerda el nombre que su madre la enseñó á pronunciar y los sucesos que ésta la decia habian causado su detencion.

«Un dia se la arrebataron á su madre, y se encontró en los *Espósitos* de Orleans. Aquella nueva vida—pues parece que fué enteramente nueva para la niña—borró rápidamente el recuerdo de sus primeros años. Hasta entonces nada habia visto, ni el cielo, ni la luz del dia, ni una flor, ni un árbol, ningun ser viviente, escepto á su madre y al que guardaba á ambas. Esto es muy sorprendente, Armando, porque en Francia no hay cárcel tan rigorosa como la en que se encerró á la madre de la niña. Sin embargo, no atreviéndome á suponer un crimen abominable, acusé de infieles los recuer-

dos de la mendiga, que muy pronto debian serme esplicados de una manera singular. En esto pasó una parte de la noche; me contó tambien la niña, que perseguida por la idea de recobrar á su madre, se habia escapado de los *Espósitos*, y me decidí á suplicar al director de la casa que se me dejase aquella jóven para mi servicio, esplicándole cuál habia sido la causa de su crímen, encargándole que en mi nombre interesase por ella á las personas que la habian acusado ante un tribunal. Por esto no se la entregué á la celadora cuando fué á buscarla por la mañana; la misma celadora tuvo la condescendencia de encargarse de entregar al director la carta que yo habia preparado al afecto. A consecuencia del terrible susto que se me habia hecho pasar el dia anterior no quise bajar al patio. La niña que estaba desocupada en mi cuarto, miraba por la ventana con el rostro pegado á los cristales; de repente se oyó en el patio un grito de indefinible espresion, y la mendiga se volvió hácia mí esclamando en un estado de turbacion estrema:

—Ah! Dios mio! Dios mio! Dios mio!

«Y cayó de rodillas repitiendo la misma invocacion. Corrí hácia ella, y en aquel instante se abrió con fracaso la puerta, y ví á la loca llamada Enriqueta Buré; yo me habia colocado por un movimiento instintivo delante de la mendiga, presintiendo que su vista habia escitado el parasismo de aquella insensata, y queria librarla de su repentino furor. La loca parecia hallarse exasperada; se detuvo un momento en el umbral de la puerta con los brazos estendidos como para estorvar el paso; examinó la habitacion con una mirada centelleante como el relámpago y descubrí detras de mí á la niña.

«Antes de que yo hubiese adivinado que la habia visto, Enriqueta se lanzó hácia mí, y con una violencia á que no pude resistir me apartó y me lanzó, por decirlo asi, al estremó del aposento. Alzó á la niña, y la contempló con los ojos fijos en ella, y luego, sin pronunciar una palabra, sin exhalar un grito la apretó en sus brazos con una violencia que me espantaba. Me adelanté para arrancar aquella niña á la loca; pero ésta adivinó mi intento, y cogiendo á la jóven con una fuerza que solo el delirio podia dar á aquel cuerpo tan débil, huyó con ella fuera de la habitacion. Yo las perseguí pidiendo socorro, pero la loca huia con tal rapidez que temí se estrellara cayendo y malparara al mismo tiempo á la desgraciada mendiga. Acudieron dos celadoras á mis gritos, y se unieron á mí para perseguirla. Entonces, viéndose próxima á ser alcanzada, se puso á gritar á su vez, llamando: Luisa! Luisa!

«Este es sin duda el nombre de Mad. de Carin, pues esta apareció en seguida, y colocándose resueltamente entre su amiga y nosotras, nos detuvo en tanto que Enriqueta rendida estrechaba á la niña contra su seno fijando en nosotros una mirada centelleante:

—Por qué perseguís á Enriqueta, si sabeis muy bien que no está loca? dijo Mad. de Carin á las celadoras.

«Y como aquellas mujeres no pareciesen querer detenerse ante estas palabras pronunciadas con todas las apariencias de la razon, se dirigió vivamente á mí esclamando:



—Oh! señora, impedid que maltraten á Enriqueta.

—Yo no quiero que se la maltrate, contesté; quiero que me devuelva esa niña.....

»Mad. de Carin se volvió por primera vez á Enriqueta, y vió que tenia una jóven entre sus brazos. Se acercó á su amiga; pero ésta cogió una piedra, y esclamó amenazándola:

—Feliz! Feliz! si te acercas, te mato.

«Al oir estas palabras, retrocedió Mad. de Carin dando un grito.

—Oh! es imposible, dijo: Enriqueta! Enriqueta! añadió acercándose á ésta, no me conoces? Soy yo, soy Luisa, soy tu amiga.

«Esta voz calmó un poco al parecer á aquella desgraciada, pues contestó con menos cólera:

—Vete, Hortensia, vete! Tú tambien me has abandonado, me has entregado á tu hermano, tú que tienes hijos, le has ayudado á robarme mi hija.

«Mad. de Carin nos miró; se veia en su rostro la espresion de un terror indecible. Quise acercarme á mi vez á Enriqueta, pero ésta se volvió mí, y me dijo con salvage energía:

—Qué me quereis, señora? qué me quereis, madre mia? Me habeis encerrado y maldecido; he aceptado vuestra maldicion, y quiero vivir encarcelada; estoy aqui bien, estoy aqui bien con mi hija, no quiero salir.

«Mientras Enriqueta hablaba asi, Mad. de Carin la contemplaba con un espanto que aumentaba por instantes; se apoderó de ella un temblor nervioso, su rostro tomó á su vez la espresion del estravio; llevó la mano á la frente, y esclamó con dolorosos sollozos:

—Ay! han conseguido su intento; está loca, y yo..... y yo.....

«Balbuceó muchas veces estas palabras, y cayó á mi lado sin sentido.

«La miró Enriqueta; Enriqueta que el dia anterior parecia amarla tanto, la vió con frialdad revolcarse en el suelo, presa de horribles convulsiones. Otras mujeres que se habian acercado mientras pasaba todo esto, se llevaron á Mad. de Carin, y quisieron en seguida arrancar á la mendiga de los brazos de la loca que la conservaba fuertemente asida; pero la niña se dirigió á mí esclamando:

—Señora, señora, protegedme; es mi madre, es mi madre, la conozco.

«Yo estaba como anonadada y no sabia qué decir. No se queria hacer caso de las súplicas de la niña ni del furor de la madre; pero acudió felizmente el médico en aquel instante y mandó que se las dejase juntas; habló á Enriqueta diciendo que no se la quitaria su hija, y la condujo por sí mismo á su habitacion. Yo le dije por qué me interesaba por aquella jóven, y le rogué volviese á informarme de lo que pasára entre la loca y ella.

—Señora, me respondió, quizá en este momento voy á penetrar un misterio cuyo descubrimiento procuro hace algunos años, y quisiera que un testigo como vos presenciara lo que vá á pasar. Seguimos á la loca que habia entrado ya en su cuarto; tenia á su hija sobre las rodillas como si fuera

péqueñita; la mecia y cantaba dulcemente como para dormirla. Luego, se interrumpió de pronto para decirla:—Oye, hija mia, oye; si alguna vez sales de esta tumba, acuérdate de decir que eres hija de Enriqueta Buré. Tu padre se llama.....

—Leon Lannois, la interrumpió la niña.

«Al oir esta respuesta, se estremeció el médico, y me apretó el brazo como para advertirme que escuchara atentamente.

—Leon Lannois! conservad bien ese nombre me dijo.

«La madre continuó:

—Y te acordarás del nombre de nuestro perseguidor?

«La niña pareció registrar su memoria, y respondió:

—Sí, sí, es el capitan Félix Ridaire.

«El médico articuló una sorda esclamacion de sorpresa, al paso que yo escuchaba sin comprender.

—Tambien sabes el nombre de tu tia, no es verdad? De tu tia con quien tanto contaba yo?

—Sí, mamá, dijo la niña, Hortensia Buré, mujer de mi tio Luis Buré; y tambien me acordaré, añadió lentamente, como si fuera recobrando uno por uno sus recuerdos, tambien me acordaré de Juan, á quien fuisteis á ver cuando estaba malo el dia que vísteis á mi padre por primera vez. Me acuerdo de todo ya, madre mia.

—Y era verdad todo! murmuró el médico.

«Luego continuó la loca:

—Bien, hija mia, bien; mira bien á Félix, mira bien á tu verdugo cuando vuelva, mírale bien, para que le conozcas cuando le encuentres. Voy á meterte en la cama para que no vea que le miras.

«La niña pareció admirarse por primera vez de las palabras de la loca; el médico se acorcó á ella, y le dijo por lo bajo:

—Haz todo lo que quiera, hija mia; volveremos pronto vuestra protectora y yo.

«Entonces, y sin que la pobre loca lo viera, cogió un cuaderno de papel que estaba escondido en un rincon del cuarto, y me le dió diciéndome:

—Leed esto, señora, y vos que me consta sois una mujer de espíritu elevado, me direis lo que debo pensar de este singular encuentro.

«Leí aquel manuscrito, y os le envio á fin de que vos que estais en libertad, podais consultar algun jurisconsulto acerca del asunto de que se trata.

Aquel manuscrito contenia poco mas ó menos el relato que insertamos en el tomo primero de estas memorias, relativo á los infortunios de Enriqueta Buré. La carta continuaba de este modo:

«Al terminar la lectura del manuscrito, comparé en mi pensamiento

los recuerdos confusos de la mendiga, y la narracion de la desventurada Enriqueta; habia recordado palabra por palabra la escena en que la niña en presencia de su madre habia recordado los nombres que me habia dicho haber olvidado, y que yo habia reconocido en el manuscrito de Enriqueta. Me hallaba aterrada por lo que creia descubrir, cuando apareció el médico.

—Y bien, me dijo habeis leido ese manuscrito?

—Sí; le contesté, la que escribió eso no estaba loca.

—Pero lo está ya, dijo el médico; habia agotado en el dolor y la desesperacion todo el valor que Dios la habia concedido; su alegria al ver realizadas sus esperanzas la ha privado de la razon.

—Cómo! esclamé yo: loca cuando se iba á probar que nunca lo habia estado!

—Es una desgracia muy grande, no es verdad? me dijo el médico, que parecia hallarse aun mas aterrado que yo por aquel terrible descubrimiento.

—Pero, y Mad. de Carin? le dije acordándome de aquella desventurada.

—Ah! lo que es esa, me contestó el médico, tiene verdaderamente una idea fija, del todo incurable; ha escrito tambien su historia, y os la enseñaré si os mueve la curiosidad de verla. Lo notable de su historia es que está escrita con una precision, una destreza y una hipocresia de que las personas de la buena sociedad no juzgan capaz á una insensata. Tiene buen cuidado de ocultar la mala conducta que obligó á su esposo á obrar severamente con ella, y apenas nombra en su relato á un hombre que ha sido pública y notoriamente su amante.

—Y ese nombre? esclamé yo como iluminada por una repentina claridad; y ese nombre? es el de Mr. de Cerny, no es verdad?

«El médico bajó los ojos, y me respondió como hombre que cree haber ido demasiado lejos en sus confianzas:

—Me creo en el deber de preveniros que le hallareis en la historia de que os hablo.

—Pero no ha sido su amante, caballero.

«El médico me miró estupefacto.

«No estoy loca, le dije; conservo mi razon, estoy aqui como culpable de adulterio, estoy aqui bajo la acusacion de Mr. de Cerny, y os aseguro que mi esposo no ha sido amante de Mad. de Carin, porque es imposible; ved aqui por qué.

«Y se lo conté todo al médico, Armando, y si hubiérais visto el asombro y el horror de aquel hombre, hubiérais creido que este dia estaba destinado á hacer dudar á todos de su propia razon.

«Oh! si no se debe creer en esa locura, me dijo con aire consternado, es preciso creer en muchos crímenes.

—No sé donde hubieran podido terminar tantos descubrimientos; pero fué interrumpida mi conversacion con el médico por la entrada de una celadora que me anunció la llegada de mi padre. El médico se retiró, y casi en seguida entró Mr. de Assimbert.

«Ya conoceis á mi padre, Armando; ya sabeis que siempre ha sido hombre de mundo, que ha continuado su vida con la misma frivolidad que la empezó; yo temia su venida, sentia á pesar mio, tener que sufrir la magestuosa autoridad de un padre, y temia aun mas la ligereza con que podia hablarme. Pero me habia engañado, fué indulgente y bueno para mí; al condenarme me disculpó, quizá no como yo hubiera querido, pero sí porque, segun él, yo no habia hecho, teniendo un amante, sino lo que habian hecho todas las mujeres que él conocia. Lo que no me perdonó fué mi fuga, y lo que escitaba su furor era la conducta de Mr. de Cerny.

«Un noble, esclamo, frente á frente de un noble, un Cerny frente á frente de un Luizzil... y en vez de penetrar en vuestro cuarto con un comisario de policia, no debiera haber entrado con dos espadas? No hubiera sido mejor que os hubiera matado á los dos?

»Esta noble cólera, ó mas bien esta cólera noble me consoló mucho; yo tenia una gran satisfacion en que mi padre prefiriese mi muerte á la infamia de un juicio, y le estreché la mano agradecida en tanto que el continuaba:

—Se condujo como un villano, como un comerciante de la Cité, ó un abogado sin causas que paga una con su honor.

»Y como mi padre se admirase al oir estas palabras, se lo conté todo, Armando, preciso es confesarlo todo, es preciso decíroslo, su bondad para conmigo, la gravedad que le habia inspirado su nombre de padre, la rabia que le causaba la conducta de Mr. de Cerny, nada en fin pudo contenerle al oir mi relato y cuando le dije el fatal secreto de mi esposo, se echó á reir ajitándose en su asiento y repitiendo sin cesar: ¡Impotente! Luego esclamó en medio de su hilaridad:

—¡Oh! donde estais, mis buenos parlamentos? Qué proceso tan delicioso hubiéramos tenido! Yo le hubiera hecho reconocer por todos los facultativos de Paris; no hubiera salido á la calle sin que los muchachos le hubiesen tirado piedras, y confieso que ahora detesto mas que nnnca á los filósofos y la revolucion que lo han cambiado todo.

»Despues de mil esfueszos, conseguí al fin hacerle entrar en razon. Convino en tomar varias medidas para conseguir mi libertad y me dijo que volveria á verme á la mañana siguiente con B... nuestro abogado á quien ha traido de París. Os escribo esta carta esperándolos, Armando; mi padre hará que llegue á vuestras manos porque de otro modo no me seria dado enviárosla; contestadme con sobre á él y á la lista y anunciadme vuestro regreso, porque tengo necesidad de veros. Devolvedme el manuscrito de

Enriqueta Buré, despues de tomar los informes necesarios; no olvideis que aun nos falta devolver una hija á su madre y que acabo de citaros un triste ejemplo de la desgracia que puede causar un reconocimiento imprevisto.

»En el momento de ir á terminar esta carta, llega el médico y me anuncia que cada vez es mas alarmante el estado de Mad. de Carin. Enriqueta ha perdido enteramente la razon; mece á su hija, canta, repite siempre la misma cosa y se cree encerrada en la horrible prision donde dió á luz á su hija. Concluyo mi carta, Armando, porque concluye el dia, y á pesar de las consideraciones con que se me trata, no se me permite luz. Voy á pensar en tí, porque tengo necesidad de ello despues de las terribles emociones que he esperimentado en tan pocos dias ¿Te acuerdas de aquel carruaje en que, muriéndome de frio y de miedo, te pedia yo que me amaras, que fueras mio? No olvides lo que me dijiste. La duda invade mi corazon conforme voy escribiendo las cosas de que acabo de ser testigo. ¡Dios mio! ¿qué hay pues verdadero en este mundo? Seré yo mas loca que todas las mujeres que me rodean, yo que no podría vivir si no tuviera en tí tanta fé como en un Dios? Hasta muy pronto, Armando, hasta muy pronto. Vuelve, vuelve cuanto antes! No sé que miedo siento cuando la desesperacion se apodera de mí: me parece que en este instante me sobreviene una desgracia ó te sobreviene á tí. Esta debilidad es mas fuerte que yo; tú solo puedes vencerla, ven, ven!=LEONIA.»

Diversos fueron los pensamientos y las emociones de Armando durante la lectura de esta carta; pero no fueron en él lo que hubieran sido en otro: le sumieron en una tristeza espantosa. Todas aquellas personas á quienes habia encontrado en el camino desde su salida de Paris hasta entonces; Periquillo, el ciego, la mendiga, el abate de Serac, Juanita y hasta aquel Fernando que le prometia una narracion que le daba miedo, luego aparecen Enriqueta Buré y Mad. de Carin; todos volvian á aparecer como los actores de un drama que toca á su fin; y él, que era el principal personage de este drama, ¿no tocaba tambien al desenlace de su vida? Y hallándose acusado de un cruel asesinato, debia verificarse en un cadalso este desenlace?

Largo rato le preocupó este pensamiento; le preocupó lo bastante para que no oyese á su carcelero, que se presentó á anunciarle que habia terminado su incomunicacion, y que podia bajar al patio y mezclarse con los demas presos. Admirado el carcelero de que Luizzi acogiese con tanta indiferencia una noticia que por lo comun causa tanta alegria, la repitió contentándose con decirle:

—Lo habeis oido? Os he dicho que estais en libertad.

Estas palabras hicieron dar un salto á Luizzi que esclamó á su vez.

—Libre! libre! Y en seguida se lanzó fuera de su encierro imaginándose que iba á dejar la cárcel; pero apenas bajó la escalera que conducia al patio,

se detuvo de repente y se volvió el carcelero que le habia seguido riéndose lo cual prueba que un carcelero puede reirse.

—Estoy loco, le dijo Luizzi; no me acordaba que no sé por donde se sale de esta cárcel.

—Salir de la cárcel! esclamó el carcelero; os he dicho que podeis salir de vuestro aposento. Olvidais que vais á comparecer ante el tribunal en su próxima sesion? Toda la libertad que hasta entonces se os concede es la de pasear con vuestros compañeros.

Armando no respondió, antes que el carcelero hubiese acabado de hablar, ya habia recobrado por completo el recuerdo de su situacion: la libertad que se le concedia consistia en algunos pasos, se limitaba á veinte toesas comprendidas entre cuatro paredes. Dirigió una rápida ojeada á aquel patio, donde paseaban hombres hediondos, jóvenes y ancianos, casi todos llegados á la decrepitud del alma, casi todos embrutecidos por el vicio que conduce al crimen, y por el crimen que conduce al vicio; iba á retirarse, cuando vió á un hombre que le miraba atentamente. Armando temió encontrar aun alguno de los que se habian mezclado en su vida entre los miserables que habitaban la misma cárcel que él. Iba á retirarse; pero no le dió tiempo para ello aquel hombre, que se aproximó á él y le dijo con voz fuerte:

—No sois el hermano de la religiosa llamada sor Angélica?

—Sí, contestó el baron.

—Con qué sois vos quien tiene la culpa de la muerte de mi padre y de la de mi hijo?

—Yo?

—Yo me llamo Santiago Bruno, dijo el preso. Luizzi le conoció entonces y le preguntó:

—Por qué estais aqui? Vos en este sitio!

—Vos tambien lo estais, contestó Santiago.

—Yo estoy por un crimen que no he cometido.

Es imposible esplicar la espresion de rencor que tomó entonces el rostro del campesino.

—Eso lo decidirán los jurados.

—Y á vos, dijo Luizzi, qué es lo que os ha traido aquí?

—Una buena accion. Chiquitin mató á mi padre y á mi hijo y yo he matado á Chiquitin.

—Pero cómo es que estais en la cárcel de Tolosa habiendo cometido el delito en las cercanias de Vitré?

—Fuí preso ayer, y hacia ya mucho tiempo que habia huido de mi pais.

Luizzi miró con mas particular atencion á Santiago Bruno, y le pareció haber visto á aquel hombre despues del dia en que le vió en la granja; pero dónde le habia visto? esto era lo que no podia recordar.

El pensamiento que habia preocupado á Luízzi antes que el carcelero fuese á ponerle en comunicacion, se apoderó de él con mas fuerza que nunca; pero esta vez, en lugar de rechazarle con horror, le acogió y se entregó á él con ardor.

Fuese fatal ó no el desenlace que debia ya aproximarse, Armando se sintió poseido de un gran deseo de concluir con el misterio que le rodeaba, y en medio del cual caminaba como un ciego, tropezando al menor acontecimiento de su vida, estraviándose en las sendas que parecian tan fáciles á los demas. Impulsado por esta idea, volvió á su aposento y se decidió á leer la carta que le habia sido escrita por el poeta, y que habia arrojado á un lado con desden.

La insertaremos aqui testualmente; pero declaramos que lo hacemos sin cargar con ningun género de responsabilidad.

«Muy señor mio: Cuando os dejé en la carretera de Sar..... á Bois-Mandé con Mr. de Cerny, os prometí sino contaros mi historia, al menos recordaros nuestro primer encuentro, y deciros lo ocurrido despues. Acordaos de Bois-Mandé; acordaos de la cama del papa; acordaos de la jóven que se entregó á un hombre que viajaba en el mismo carruaje que vos; acordaos de que aquel viajero mató al hombre que queria castigarle, y que se llevó á la jóven que se habia entregado á él. Aquel viajero era yo.

—No me equivoqué, murmuró para sí Armando, olvidando en su preocupacion que el Diablo le habia manifestado esta circunstancia; no me equivoqué; ha llegado la hora, y esto es una nueva luz que la suerte me envia; quisiera Dios que la desgracia que me persigue no me hubiera hecho cometer una nueva imprudencia, confiando la carta que he escrito á Mad. de Cauny al postillon que debia conducir á esa Juanita á quien mi fatal destino me ha hecho quizá volver á encontrar en Bois-Mandé!

Luizzi continuó la carta de Fernando bajo la impresion de este temor.

»Acordaos tambien de que aquella mujer parecia encerrar en sí alguna cosa estraordinaria.

Luizzi recordó estas palabras de Fernando y recordó tambien que el mayoral al hablar de Juanita le habia dicho que su historia no era la de una moza de posada, que no se habia criado para el puesto que ocupaba.

Estas circunstancias que fué recordando Armando doblaron su curiosidad y le hicieron abanzar con mas resolucion aun por la senda de los descubrimientos en que parecia hallarse empeñado, y continuó:

«No era estraño que en aquella jóven hubiese alguna cosa estraordinaria, porque su condicion no la correspondia; era hija de un pobre convertido en gran señor: la historia de este hombre es inaudita. Mucho antes de la revolucion se llamaba Bricoin y era maestro de baile. Se habia casado antes del año 89; pero en el de 93 ó 94 le ocurrió la idea de apoderarse de los bienes y la mano de cierta Mad. de Cauny á cuyo esposo

habia hecho condenar á muerte. Se las compuso tan bien que se casó con ella y abandonó á su primera mujer y una hija llamada Mariquita que habia tenido de ella. Entonces para esquivar la ley que hubiera podido castigarle como bigamo, cambió de apellido tomando el de Mr. de Paradéze; y por una dicha que por lo comun solo tienen los mas viles criminales, murió su mujer antes de haber podido descubrir lo que él era y dejó á su hija en la mayor miseria, tanto que para librarse de ella tuvo que entregarse á la disolucion.»

El nombre de Mariquita, la palabra disolucion, el abandono en Tolosa, todo en fin reuniéndose en la imaginacion de Luizzi recordaba á éste lo que le habia dicho la Perine acerca de una jóven llamada Mariquita que habia sido entregada por ella al padre de Armando. Era Juanita hermana suya? En este caso ¿habria cooperado él mismo á salvar al que debia perderla; del mismo modo que habia entregado á otra hermana suya, á Carolina, al miserable que era dueño de ella? Armando no se atrevió á detenerse en esta suposicion estravagante y continuó la lectura de aquella carta con una ansiedad cada vez mas punzante.

«No sucedió á la hija lo que á la madre: la hija logró descubrir el apellido que su padre habia tomado y donde residia; y, hace alrededor de dos años que se trasladó á Bois-Mandé, á casa de Mr. de Paradéze, llevando consigo la hija que habia parido en la casa de prostitucion de la Perine.»

Esta circunstancia hizo estremecer al baron. En efecto, cuanto mas leia mas confirmado hallaba el presentimiento de que aquel escrito contenia grandes revelaciones. Para cualquier otro hombre que no fuese Armando, para cualquiera otra vida que no fuese la suya, se hubieran necesitado pruebas mas convincentes; solo hacer nacer la sospecha de que Juanita pudiese ser su hermana; pero, despues de aquellos sorprendentes encuentros no vaciló en tomar la semi-revelacion de Fernando por un aviso de la suerte, aunque se hallase bastante lejos de suponer que el secreto que acababa de descubrirse estaba muy distante del terrible secreto que le quedaba por saber. Sin embargo continuó la lectura de la carta del poeta.

«Mariquita, al llegar á Bois-Mandé provista de la partida de casamiento de su madre y de la de bautismo por la cual acreditaba que era hija de Bricoin, asustó lo bastante al anciano para obligarle al cuidado de su existencia y de la de su hija. Mr. de Paradéze se hizo cargo de la niña y envió á Mariquita á Tolosa con una pension tan miserable que la jóven se vió precisada á ponerse á servir en una casa de la ciudad: Mariquita, con una destreza muy propia de ella, habia ocultado cuidadosámente á su padre la muerte de Mad. Bricoin á fin de que Mr. de Paradéze se hallase á su disposion temeroso de ser acusado de bigamia; pero al año de haber salido de casa de su padre supo este la muerte de su primera esposa. Entonces viéndose libre de todo temor, si bien no podia suprimir la pension que habia reconocido

legalmente á su hija legítima, echó de su casa á su nieta; y la colocó, dando algun dinero, en la posada donde yo la encontré y donde se habia criado hasta que yo la arranqué de allí.

«Debeis recordar tambien, mi querido amigo, que entonces veníais de Tolosa con una mujer llamada Mariquita; aquella mujer era la madre de Juanita, buena madre digna del que la habia engendrado; debeis asimismo acordaros del cuidado con que velaba su rostro; ved aquí el motivo. Toda la ternura que habia demostrado á su hija mientras podia esperar que esta interesase á Bricoin en su favor, habia desaparecido de su alma el dia en que su hija habia sido echada de casa de su abuelo; y aunque supiese que su hija, bella, inocente y pura habitaba en Bois-Mandé, pasó por allí sin querer darse á conocer temiendo que la criada de posada pidiese algun socorro á su madre criada de una gran casa; pero lo que no habia esperado de su hija campesina sin gracia y sin seduccion, lo esperó de Juanita que en poder mio se hizo elegante y se convirtió, gracias á su naturaleza, en la bribona mas astuta que existe en este mundo.

Mariquita nos encontró en París, Mariquita me quitó á su hija, porque Mariquita tenia alguien á quien venderla y sabia como se venden las mujeres. Dejaron juntas á Paris y por una casualidad bien estraña volví á encontrarlas en Tolosa hace un año.

«Yo habia abrazado las armas en mi desesperacion amorosa. Soñaba con la gloria militar al principio de una revolucion cuyo brazo creia yo bastante fuerte para alcanzar los laureles del imperio. Llegué á sargento primero de una compañía cuyo subteniente era un tal Enrique Donezau; éste habia sido amante de Juanita y la habia traido de Aix donde la habia enseñado su madre la infame profesion que ella misma habia egercido en otro tiempo. Yo servia de secretario al innoble Donezau en una intriga amorosa que decia tener con una religiosa en Tolosa; pero un dia en un momento de embriaguez nos confesó que aquella correspondencia solo tenia por objeto ocultar la que seguia directamente con una novicia llamada Jubeta y durante aquella misma orjía me dijo cierto cómico llamado Gustavo que la tal Jubeta no era otra que la hija de Mariquita, que se ocultaba en Auterine con el nombre de Mad. Genlis al mismo tiempo que Juanita habia tomado el de Jubeta.»

La carta de Fernando se le cayó al baron de las manos ante aquella revelacion que escedia en mucho á todas las otras, ante aquel terrible secreto que esparcia una luz tan espantosa y siniestra sobre lo que habia pasado entre él y aquella mujer; miró en torno de sí con aire de consternacion semejante al hombre que se vé cojido en las entrincadas redes de un destino mas fuerte que él. Todo el valor que por un momento le habia asistido para avanzar por aquella senda de terribles reclamaciones, le abandonó de pronto y sería poco menos que imposible espresar los temores que penetraron en el espíritu de Luizzi. Julieta, hermana suya, y en cuyo poder habia dejado á

Carolina; Julieta nieta de Mr de Paradèze, marido de la desgraciada Mad. de Cauny á quien habia arrebatado su hija. Julieta á quien él, Armando, habia encontrado en Bois-Mandé, y que habia podido apoderarse de la carta que habia escrito á Mad. de Paradéze anunciándole que no se hallaba perdida su hija; Julieta que probablemente habia interceptado la carta que habia dirijido desde Fontainebleau á Mad. Donezau y que sin duda, sabedora por este medio de la cita qne habia dado á Carolina, habia señalado á Mr. de Cerny el camino que él y Leonia habian seguido, lanzando al conde tras ellos; Julieta antigua querida de Gustavo de Bridely, que habia podido saber de él la existencia de Eugenia Peyrol y que sin duda solo se habia trasladado á Bois-Mandé para acabar de perder á esta desventurada!... Todos estos sucesos posibles, toda esta esplicacion de circunstancias singulares trastornaron por un momento la cabeza del baron hasta el punto de aturdirle y causarle un vértigo semejante al que debió esperimentar su abuelo Lionel viéndose perseguido tenazmente por fantasmas animados en medio de las tinieblas esclarecidas por el incendio y la tempestad.

Y ambos delirios fueron sin duda iguales, porque iguales fueron sus resultados; Armando que por espacio de un mes habia resistido á la tentacion de la soledad, á la tentacion de la necesidad de saber la suerte de todas las personas á quienes amaba, Armando pues no resistió á la espantosa confusion que sentia en su cabeza, y llamó á Satanás, y Satanás apareció.

—No te engañaste, mi amo, todo eso es ciertó; solo una vez has comprendido cuanto mal puede hacer el que solo es un ser mortal.

—¿Con qué Julieta...?

—Julieta ha perdido á tu hermana Carolina haciéndola casar con su amante; Julieta ha perdido á Mad. de Cerny sorprendiendo la carta que dirijíteis á tu hermana y entregando aquella carta al conde, y Julieta informada por Gustavo de Bridely del orígen de Eugenia Peyrol, se ha trasladado á Bois-Mandé para impedir que la madre reconozca á la hija. Tres mujeres has amado en toda tu vida, tres sentimientos que solo bastan para dar la felicidad al corazon del hombre: has amado á Eugenia como á una amiga, á Carolina como á una hermana, á Mad. de Cerny como á una querida; y has perdido á las tres. No es verdad, mi amo, que tenia yo razon cuando te dije que necesitaba á Julieta y que me sería muy útil para cometer acciones infames?

Luizzi quedó como anonadado al oir estas palabras amargas é insolentes de Satanás. No era ya éste el presumido impertinente, ni el lindo abate, ni el notario grotesco, ni el grosero palurdo; no era ninguno de los personages bajo cuya forma se le habia aparecido tantas veces; tampoco era el ángel caido á quien Armando habia visto por primera vez en el castillo de Ronquerolles, altivo en su derrota, bello en su degradacion; era el dios del mal, hediondo en su forma, hediondo en la espresion de su rostro, dotado

de toda la bajeza, de toda la malignidad, do toda la ferocidad y de todo el cinismo del vicio. Luizzi le miró y tembló; por segunda vez se sentia el baron poseido de aquel terror y de aquella desesperacion que le habia hecho arrodillarse á los pies de Satanás.

—Sí, continuó éste viendo que Armando dudaba aun; Julieta es quien ha perdido á cuantos amabas en este mundo; es digna heredera de esa familia incestuosa y adúltera; ha heredado todos los vicios prometidos por mí á tu raza. Es mia como lo son cuantos llevan en sus venas la sangre de Zizuli.

—Todavía nó, Satanás, todavía nó, esclamó Luizzi. Hay uno que sin duda escapará de tus manos, hay uno que te se escapará, te lo aseguro.

—Se lo deseo, mi amo, dijo Satanas. ¿Qué me importa que no se entregue á mí voluntariamente? ¿Para qué necesito un pacto por el cuál me pertenece? ¿No tengo á mi Julieta para perderle? Y ¿no es ella quién pudiendo librarle de la acusacion que sobre él pesa le deja en la cárcel y le destina á morir en el cadalso.

—Julieta! esclamó Luizzi. Puede salvarme Julieta?

—Puede, mi amo, puede: Julieta se hallaba con Mr. de Cerny mucho despues de haber vuelto tú á Sar..... Se separó de él en Bois-Mandé, porque ella era la que viajaba con el conde. Mr. de Cerny se hallaba en aquella silla de posta que encontraste á cierta distancia de Bois-Mandé, y cuando yo me separé de tí estaba escondido en ella. El muchacho que te avisó alcanzó el carruaje mientras el postillon iba á beber como ya sabes. Ya vés que todos los vicios se ayudan maravillosamente para completar una desgracia. El muchacho vió solamente á Julieta, y la rogó que avisase al primer viajero diciéndola que ya te habia dado á tí el mismo recado; y como ella le preguntase (inspirada por algun mal génio que dirige todas las malas acciones de esa mujer) como le preguntase quién era el viajero que habia visto en el camino, Carlillos respondió con sencillez:

—He oido que se llama el baron de Luizzi.

—Ya conocerás, mi amo, que la noticia debió agradar á Mr. de Cerny que te perseguia, y que ignorando el contratiempo de la diligencia creia que corrias la posta con direccion á Tolosa. Julieta al oir la respuesta del muchacho llamó á éste que se volvia ya, y se informó del tiempo que tardaríais en seguir vuestro viaje. El muchacho la dijo que no podriais poneros en camino hasta la madrugada. Era tiempo mas que necesario para que Mr. de Cerny te encontrase; asi que la noche hubo cerrado completamente bajó furtivamente del carruage el conde casi al llegar al término del viaje de Julieta y volvió paso atrás provisto de dos espadas. Estas ni le sirvieron para defenderse de tí ni para defenderse de su asesino, porque al llegar precisamente al sitio donde me separé de tí, salió un tiro del soto, y le tendió muerto en el camino. El asesino le arrastró al soto; entonces fué cuando sorpren-

dido sin duda por la llegada de un leñador retrasado, se vió obligado á abandonar el cadáver antes de despojarle, y creó contra tí la terrible circunstancia de que el conde no fué muerto por los ladrones, y sí por algun enemigo personal que tenia en su muerte un interés mucho mayor que el de robarle. Y dime, mi amo, quién podia tener tanto interés como tú en la muerte del conde de Cerny?

—Y sabe Julieta eso?

—Sabe que á las nueve en punto de la noche se separó de ella Mr. de Cerny, y que á las nueve en punto de la noche estabas tú escribiendo á seis leguas de alli, tu carta á Mad. de Cauny, carta de que se ha apoderado.

—Y conoce sin duda el culpable? dijo Luizzi con un forzado sarcasmo, que solo servia para demostrar su impotencia para luchar con un enemigo tan terrible como Satanás.

—Ni siquiera tiene la menor sospecha.

—Ah! yo sí que le conozco, esclamó Luizzi, yo le conozco.

—Y cómo se llama?.....

—Santiago Bruno, contestó el baron.

—Ya! dijo el Diablo con aire de admiracion: con qué es Santiago Bruno? Muy bien, te has salvado, se lo dices eso á los jurados y te creen al instante.

Esta fria burla de Satanás desconcertó al baron; este comprendió su imposibilidad de articular semejante denuncia ante un tribunal sin mas pruebas que su aserto de que habia creido conocer en el camino de Bois-Mandé la fisonomia de Santiago Bruno. Entonces semejante al que se ahoga y que se agarra á lo primero que se le presenta, aunque sea un hierro ardiendo ó una oja de navaja de afeitar, replicó:

—Pero cuento con la declaracion de Julieta.

—Ese es otro arbitrio muy ingenioso, que ciertamente podrá salvarte ó perderte decididamente, dijo el Diablo; tu salvacion ó tu pérdida dependerán de tu buena hermana Julieta.

—Y qué interés puede tener en perderme?

—Y qué interés puede tener en salvarte? replicó el Diablo. Ah! si al menos le hubieras dado quinientos mil francos de dote como á tu buena hermana Carolina! si no la hubieras quitado su amante! si fueras el suyo!

—Qué horror! dijo Luizzi.

—No ha sido por falta de voluntad, mi amo; ganas tenias de hacerlo. Qué quieres? Falta eso á tu historia; pero la infamia del cadalso compensará el incesto que falta en ella.

—Ah! no, no, dijo Luzzi, te llevarás chasco, Satanás, no pereceré en el cadalso; me salvará esa misma Julieta con quien has contado para perderme; le pagaré la verdad á mas precio que se ha pagado nunca la mentira.

—Perfectamente! dijo Satanás; harás á Julieta mas rica que á Carolina, adornarás al vicio con un titulo mas brillante que el de la virtud. Verdaderamente progresas de dia en dia.

—Pues bien! esclamó el baron: ya que todo es infame en este mundo, seré yo tambien infame, ya que todo se vende entre los hombres, lo compraré todo.

—No por eso serás menos tonto; porque comunmente no se paga con oro lo que se tiene derecho á poseer; solo los bribones compran una buena reputacion, solo los culpables se arruinan para ser absueltos. Con qué vás á comprar la absolucion de un crimen que no habeis cometido? Nécio, pobre nécio.

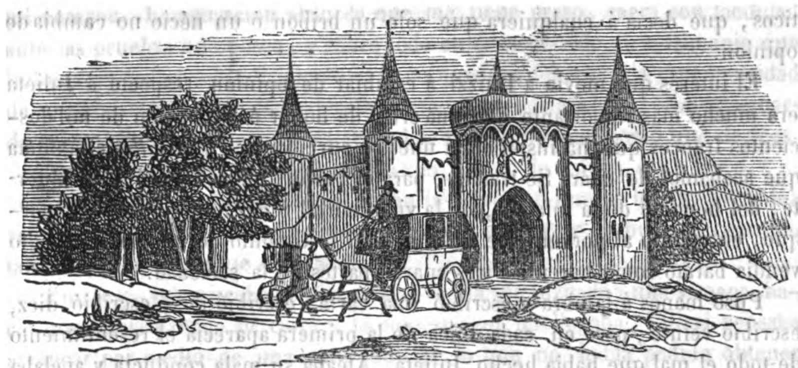
—Que lo sea! mas lo seré si me dejo cortar la cabeza..... Dime donde está Julieta, dime á donde puedo escribirle, y yo me encargo de mi salvacion.

—En este instante se halla en casa de Mr. de Paradéze su abuelo; aunque siempre he rehusado decirte una palabra concerniente á tu porvenir, quiero ayudarte en tus esfuarzos para conseguir tu salvacion: te aseguro que tu carta la encontrará aun en casa de su abuelo.

—Basta, dijo Luizzi, é hizo un gesto ordenando á Satanás que se retirase.







XXXII.

Triunfo del amor fraternal.



La resolucion que Luizzi habia tomado en un momento de desesperacion, no era tan fácil de ejecutar como él se figuraba; la carta que el baron necesitaba escribir á Julieta no era solamente una accion vergonzosa, era asimismo una obra dificil.

Cómo decir á aquella mujer que la conocia y no abrumarla con las mas merecidas reconvenciones? Cómo decirla que él sabia que hubiera estado con Mr. de Cerny y no pedirla cuenta de que hubiese denunciado á éste el camino que habia tomado la condesa? Sin embargo, el baron no retrocedió ante estos obstáculos. El baron poseia una de esas imaginaciones dotadas de una facilidad deplorable para hallar razones plausibles para cuanto hacen, el baron era uno de esos hombres capaces de sostener con algunas ventajas la tésis de uno de nuestros zurcidores de *vaudevilles* patrió-

ticos, que decia á cualquiera que solo un bribon ó un nécio no cambia de opinion.

El interés que movia á Luizzi á cambiar de opinion respecto á Julieta era mucho mas importante que una cruz de honor ó la pension de mil doscientos francos que ha inspirado á nuestro zurcidor de *vaudevilles* el axioma que acabamos de citar. Se trataba, para el baron, de la vida ó de la muerte, del honor ó de la infamia, de la vida mortal ó del honor aparente; porque, en cuanto al porvenir de su alma ó al testimonio de su conciencia, lo vendia barato como hacen las tres cuartas partes de la sociedad.

Puso manos á la obra y escribió una carta, escribió dos, escribió diez, escribió veinte; pero en cada línea de la primera aparecia el resentimiento de todo el mal que habia hecho Julieta. Afeaba su mala conducta y apelaba á sus buenos sentimientos. Dejó dormir algunas horas aquella carta; pero la volvió á leer al ir á entregársela á Barnet que se habia encargado de remitirla, y su lectura le persuadió fácilmente que una mujer como Julieta haria poco caso de sus reconvenciones, y se mostraria poco sensible á una escitacion sentimental.

En la segunda habia menos amargura; Armando deslizaba algunas escitaciones mas al bien, y comenzaba á hablar de intereses venales; pero esta carta se hallaba aun muy distante de lo que él creia capaz de conducir á Julieta á una revelacion sincera de la verdad. De carta en carta, y siempre descontento de sí mismo; pues no se mostraba bastante olvidadizo del mal que le habia hecho aquella jóven, dejó pasar cerca de una semana, y, durante este tiempo, ni por un momento desistió de su fatal resolucion. Escribió á Mad. de Cerny, y Mad. de Cerny no le contestó; escribió á Carolina, y Carolina no le contestó; escribió á Mad. Peyrol, y Eugenia no le contestó tampoco. Al cabo de quince dias se hallaba en el estado mas enojoso en que se habia visto nunca su alma; dudaba de estas tres mujeres. Entonces fué cuando escribió á Julieta la carta siguiente.

Sea lo que sea, Luizzi es nuestro héroe y ha sido nuestro amigo; si hemos contado el tiempo que necesitó antes de escribir la carta que vamos á insertar, es porque queremos que se sepa que fué entrando por grados y casi insensiblemente en la senda de la bajeza, necesitando el abandono de cuanto amaba en el mundo para que caminase resueltamente por aquella senda.

Hé aqui su carta;

»Señorita: Una casualidad me ha revelado los vínculos de parentesco que nos unen. He sentido el mas vivo placer; diríase que vuestro tierno afecto á Carolina era un presentimiento de vuestro corazon, y que el afecto que yo os tenia era un aviso del mio. Esta felicidad es tanto mas grande para mí cuanto que lo que he hecho ya por una hermana querida puedo hacerlo por otra, y espero, hoy que os conozco, poder realizar muy pronto el voto mas caro á

mi corazon. La acusacion absurda que me tiene preso, caerá con facilidad ante las pruebas que poseo, y sobre todo en presencia de un testimonio que hubiera ya invocado judicialmente si no quisiera deberle á la espontaneidad de una amistad que me concedereis ahora, al menos asi lo espero. Os aguardo en Tolosa; vendreis, no es verdad? Tengo muchas cosas que deciros.

Vuestro hermano y amigo—Armando, baron de Luizzi.»

Una vez escrita esta carta, el baron la cerró sin querer leerla No habia remitido las otras, porque no bastaban á su objeto, y no hubiera remitido tal vez aquella, porque sobraba.

En tanto, se acercaba el dia en que debia ser juzgado; una semana hacia que habia partido su carta y la contestacion no llegaba. Luizzi pensaba arrancar por medio de una cita judicial lo que no habia podido obtener por una via indigna. Designó á Julieta como testigo, y llegó el dia fatal sin que supiese si compareceria ó no.

Hermosa fué aquella fiesta. Las damas principales de Tolosa asistieron al local del jurado en todo el lleno de sus atractivos. Lo mas ilustre de la nobleza, lo mas distinguido de la clase media, lo mas célebre del foro, todo en fin se hallaba reunido en aquel recinto.

Abrióse la sesion, prestaron juramento los jueces, y el acusado pudo ver en medio de ellos, al *honorable* Mr. Félix Ridaire, uno de los mas ricos propietarios de la alta Garona, y al grave Ganguernet con la sonrisa en los labios. Habíanse establecido los hechos precisos é irrecusables. Mr. de Cerny que habia salido de Orleans en silla de posta, debia haber dejado su carruage para subir á la diligencia en que iba el baron. Esto está probado por la hoja del mayoral, por la declaracion de diferentes viajeros, y particularmente por la de Mr. Fernando que habia ido conversando con el acusado y Mr. de Cerny hasta la aldea de Sar..... donde se habian adelantado ambos á la diligencia.

Mr. Fernando los habia dejado juntos, y cuando Carlillos enviado en su seguimiento habia alcanzado al baron, habia desaparecido ya Mr. de Cerny. El niño se acordaba perfectamente, y su declaracion era de tanto mas peso, cuanto que el baron habia tratado de impedirle continuar al alcance de Mr. de Cerny, diciéndole que el viajero debia haberse ido al diablo.

Esta deposicion estaba corroborada por la del padre del muchacho, á quien habia manifestado Luizzi que en vano habia dicho al chico que no pasara adelante; ademas, la circunstancia de haberse hallado dos espadas al lado del cadáver del conde, parecia probar que se habia concertado un duelo entre el marido y el amante, al paso que el cadáver herido de dos balas por la espalda, demostraba sin la menor duda que el baron habia terminado con un asesinato un asunto de honor. El cadáver no habia sido despojado, lo cual acredita claramente que Mr. de Cerny no habia sido víctima de ladrones.

Luego se trataba de la llegada secreta de Luizzi á Tolosa, de la habitacion que habia elegido, de la prevencion de dinero que habia hecho, de todo, en fin, hasta de su indiferencia acerca del sitio á donde habia de ir con tal que dejase la Francia.

Luizzi objetaba á todo esto por toda defensa que nadie habia visto espada ni á él ni á Mr. de Cerny, y que por consecuencia estaba probabado que los verdaderos asesinos habian debido dejar aquellas espadas al lado del conde despues de matarle. Todos esperaban con la mayor ansiedad: llamados los testigos y no habiéndose presentado Julieta, el defensor de Luizzi se levantó para pedir que se aplazase la vista de la causa para la próxima sesion en vista de la importancia de aquella declaracion; pero el ugier anunció que acababa de llegar la señorita Julieta y se hallaba pronta á comparecer ante el tribunal. En su vista empezaron los debates; se leyó el acta de acusacion resultando un sentimiento de desprecio é indignacion contra Luizzi.

No es nuestro objeto escribir un artículo dramático de *Gaceta de los Tribunales*, poner felices espresiones en boca de ciertos testigos, prestar una gerigonza ininteligible á otros, hacer decir disparates á los jurados, referir los esfuerzos del presidente por descubrir la culpabilibad del acusado, mostrar al procurador del rey haciendo preguntas capciosas á los testigos para enseñarles lo que no saben, de modo que parezcan confesarlo; pero debemos hacer mérito de uno de los incidentes mas notables de esta sesion, como así mismo de su desenlace.

La atencion de los circunstantes se hallaba fatigada, y ningun interés escitaban los testigos que únicamente declaraban la desparicion de Mr. de Cerny que habia quedado solo con Armando, ó el cuidado con que éste habia ocultado su permanencia en Tolosa; cada cual habia formado su opinion cuando por fin se llamó á Julieta y todos los ojos se dirijen hácia la puerta por donde entraba Luizzi, la interroga con una mirada y ella le promete con la suya acudir en su ayuda. El presidente la hace prestar juramento de decir verdad, la verdad y nada mas que la verdad. Julieta le presta con voz firme y serena; todas las miradas estaban fijas en ella. Se cuchichea, parece hermosa, graciosa, encantadora é inspira tanto interés, que éste se estiende hasta cierto punto al acusado de quien muchas personas sabian era hermana. Al fin inclina humildemente la vista y dice:

—Salí de Orleans con Mr. de Cerny que iba en mi carruage, y alcanzamos la diligencia cerca de Sar... donde se habia roto. Serian las siete poco mas ó menos cuando encontramos al baron que estaba solo y á pié en el camino: en aquel momento Mr. de Cerny estaba en mi carruage. Al dar las nueve en Bois-Mandé se separó de mí el conde volviendo atrás por el mismo camino en busca del baron para pedirle satisfaccion de una injuria que ignoro.

El corazon de Luizzi se dilató al hacer Julieta esta declaracion; pa-

reció Armando que de repente habia alcanzado su salvacion; pero conoció su verdadera posicion cuando oyó el mormullo de desaprobacion que siguió á las palabras de Julieta.

Félix Ridaire tomó la palabra.

—Ruego al señor presidente, dijo, que pregunte á la testigo por que causa se hallaba Mr. de Cerny en su carruage.

—Tenia que hacer en Tolosa y viajábamos en compañía: una vez llegado á Bois-Mandé, debia continuar solo su camino.

El procurador del rey se levantó de pronto y dijo encasquetándose su gorro galoneado.

—Pido al Tribunal que antes de continuar el exámen, me dé acta de mis reservas contra el testigo; segun la deposicion del mayoral, del postillon y de Mr. Fernando, y segun la confesion del acusado, el conde de Cerny estaba en la diligencia muchas horas antes de llegar á Sar... La testigo acaba de decir que ella y Mr. de Cerny no alcanzaron la diligencia hasta la aldea de Sar... Resulta pues falsa deposicion evidente, y cuando sepais los vínculos que unen al testigo y al acusado, convendreis en que ha podido estraviar á la declarante un sentimiento loable, pero que ese sentimiento no basta á disculpar un perjurio en este sagrado recinto.

—Juro, replicó Julieta que verdaderamente no comprendia la reclamacion del procurador del rey, juro que cuanto he dicho es la verdad

—Señorita, dijo el presidente interrumpiéndola con tono paternal, el tribunal quiere mostrarse indulgente para con vos. En su rigorosa justicia debiera ignorar el parentesco que media entre vos y el acusado, y, teniendo en cuenta solo vuestra cualidad de testigo, debiera castigar severamente una deposicion tan contraria á todas las declaraciones recibidas hasta este momento; pero el tribunal conoce que la legitimidad del parentesco no violenta siempre la conciencia y que vuestra adhesion á un hermano querido ha podido inspiraros una mentira, culpable sin duda, pero que quiere pasar por alto.

—Sin embargo... murmuró Julieta.

—No insistais, dijo el presidente, porque tal vez he traspasado ya mi deber. No añadais una palabra mas porque en ello os interesais vos y se interesa el acusado mismo á quien solo puede servir de perjuicio una declaracion tan falsa, pues ella muestra la nulidad de sus medios de defensa. Ugier, haced retirar á la testigo.

Julieta se retiró en medio de la emocion general, y todo el mundo decia al verla pasar.

—¡Hé ahí un buen modelo de amor fraternal! El éxito no ha correspondido á sus deseos, pero no por eso es menos digna su accion de la admiracion y el respecto de los corazones honrados.

Julieta se retiró, repetimos, y su triunfo impidió oir el magnífico exor-

dio del procurador del rey que pronunció una acusacion fulminante contra un hombre que, despues de haber arrebatado á Mr. de Cerny una esposa á quien éste adoraba y hacia feliz, habia assinado cobardemente al mismo á quien habia deshonrado; un hombre que, colocado en el rango mas eleva-



do de la sociedad habia abrazado una carrera de crímenes; un hombre que habia arrastrado por el lodo el ilustre nombre de la virtuosa familia de Luizzi; un hombre que... un hombre que... etc., etc.

Cincuenta y cinco minutos duró el ronquido oratorio del procurador general; cincuenta y seis duró la defensa, que no fué menos bella; el resúmen, horriblemente imparcial, duró veinte y un minutos; la deliberacion del jurado duró trece, número fatal, y al cabo de dos horas veinte y cinco minutos fué condenado á muerte por unanimidad el baron de Luizzi.

Oida la declaracion de Julieta, Armando no oia ni escuchaba ya. Le era ya indiferente cuanto pudiera decirse en pro ó en contra. Habiase apoderado de él una rabia indecible; habia reconocido la mano de Satanás en aquel último golpe, y Julieta, que tan noble é interesante se habia retirado de aquel tribunal de donde él salia deshonrado y condenado á muerte, le parecia la prueba convincente de que solo el mal estaba destinado á triunfar en este mundo. El baron volvió á su encierro firmemente resuelto á pedir al mal su salvacion á cualquier precio que fuese, si su salvacion era posible aun; así pues, llamó á Satanás.

—Vaya, mi amo, le dijo el Diablo riéndose, ya ves que la sociedad ha sido mas sábia que tú: ha recordado la historia de aquel anciano que habiendo pedido la felicidad para sus hijos, los vió entregarse al sueño de la muerte. La sociedad te ha condenado á la felicidad y ha hecho por tí la eleccion que tú debias hacer muy pronto segun las cláusulas de nuestro pacto.

—Y piensas que aceptaré esa eleccion?

—No sé como podrás rehusarla.

—Vamos, Satanás, dijo Luizzi que habia recobrado toda su energia; vamos, no pierdas tiempo inspirándome una mala resolucion que he tomado ya. Dos veces has salvado mi vida con la condicion de darte un tiempo determinado de ella. Cuánto tiempo necesitas para sacarme de aqui, inocente, rico y bueno como salí de la cárcel de Caen?

—Necesito mas tiempo que el que puedes darme, mi amo: estamos á 1.° de diciembre de 183..... y, de hoy en un mes, es preciso que hayas hecho la eleccion de lo que ha de hacerte feliz y sustraerte á mi poder; ya sabes que si no has hecho esa eleccion, me pertenece tu ser desde ese último dia.

—Y tú tambien sabes, replicó Luizzi, que si muero antes de haberla hecho, me libro de tí, ó al menos corro la suerte comun á todas las almas cuyo destino está en manos de Dios. Asi, pues, te interesa mi salvacion si aun insistes en apoderate de mí.

El Diablo se echó á reir, y respondió tranquilamente al baron:

—Dí, mi amo, piensas que no eres ya mio?

—Eso es lo que no quiero discutir, dijo Armando; te he propuesto un convenio: le aceptas ó no?

—Escucha, contestó Satanás; probablemente estamos destinados á vivir eternamente juntos; asi pues, no quiero tener conmigo un condenado que diga al primero que llegue que he procedido mal con él. Ademas eres algo

pariente mio, baron de Luizzi, porque eres de la raza de aquel buen hijo de Eva que perpetró el primer asesinato; quiero sea buen Diablo para con mis primos cualquiera que sea el grado en que lo sean; te quedan treinta y un dias para hacer tu eleccion; con que dame treinta y saldrás de aqui, no solo inocente, rico y con salud, sino tambien interesante como la víctima de una odiosa persecucion y de un error inaudito. El único título que te falta al favor de los hombres es la celebridad; vamos, yo te la daré.

—Y si te doy esos treinta dias, qué me quedará?

—Veinte y cuatro horas para hacer una eleccion que se hace en un segundo. Si has visto lo que has visto sin saber donde está la felicidad, no lo sabrás nunca. Si escoges bien, pierdo yo la partida; si escoges mal, la gano. Uno y otro debíamos venir á parar á un juego de dados, y esto es un juego de dados verdaderamente. Pascal jugaba á cara ó cruz la inmortalidad del alma, y Juan Jacobo Rousseau apuntaba á un árbol con una piedra decidido á no creer en Dios sino daba al árbol; tú tienes sobre estos dos grandes génios la ventaja de no poder dudar de Dios ni de la inmortalidad del alma, pues has visto al Diablo en persona, y has negociado con él tu alma. Yo he procurado educarte bien: te he mostrado las alcobas de la clase media, te he mostrado las cabañas, y por último, hasta las buhardillas: has encontrado durante tu vida legisladores, magistrados, comerciantes, banqueros, médicos, cómicos, rameras; has tratado en fin, á cuantos componen la sociedad, y debes saber á qué debes atenerte.

—Todavia no, dijo el baron, porque me falta saber qué ha sido de las tres únicas mujeres buenas y generosas que he visto en mi vida.

—Quieres saber su historia? voy á contártela; quiero ser complaciente hasta el fin. Dime por cual quieres que empiece. Oye la hora que está dando: exijo absolutamente treinta dias de los treinta y uno que te quedan de vida; el tiempo que dure mi relato le rebajaré de las veinte y cuatro horas que te dejo. Eres dueño de escucharme antes ó despues: solo empezaré mi relato con esta condicion; por lo demas, podrás interrumpirme cuando gustes.

Luizzi no vaciló. Desde su salida de la audiencia estaba decretada la eleccion que queria hacer, y poco le importaba, una vez libre de la condena que pesaba sobre él, tener un mes ó una hora para decidirse. Ya te escucho: puedes empezar dijo á Satanás.

Y Satanás tomó entonces la palabra.



XXVIII.

Una mujer honrada.



He aqui lo que ha pasado á tu hermana Carolina, si quieres que empiece por ella.

Luizzi hizo una señal de asentimiento y el Diablo empezó:

—Tú no conoces á tu hermana, baron; tú solo has visto en ella una jóven falta de esperiencia y llena de exaltacion, que cometió la torpeza de enamorarse de un pícaro y que ha sido víctima de su ignorancia. Estás muy engañado, mi amo. Carolina es una de esas almas especiales, débil ante la súplica y el dolor ageno, enérgica ante el vicio y la desgracia.

Vas á ver si la he juzgado mal.

Como ya te he dicho, no ha recibido la carta que le dirigiste desde Fontainebleau; aquella carta fué entregada á su esposo, y su esposo comunicó su contenido á Julieta, y Julieta le comunicó á Mr. de Cerny. Tambien sabes que Gustavo Bridely recibió tu carta y aquella carta fué enseñada

por él á Julieta la gran maestra en el arte de sacar partido de una mala situacion. Bridely, Mr. de Cerny, Julieta y Enrique Donezau salieron de París aquella misma noche. Aquella salida fué el resultado de un conciliábulo en que no se admitió á tu hermana y cuyo objeto te diré al llegar á los personages con quienes tiene mas particular relacion.

El Diablo se detenia de cuando en cuando como si quisiera dar lugar á que Luizzi le interrumpiese; pero este sabia demasiado bien que no debia aprovechar la atencion de Satanás que se vió pues precisado á continuar:

—Debes recordar, mi amo, que Mr. Edgardo du Bergh era una de las personas que mas frecuentaban tu casa. Era demasiado decente para ir á una casa donde tenia que sufrir la sociedad de Mr. Enrique Donezau, y era al mismo tiempo demasiado indecente para asistir á la misma casa por una muchacha como Julieta, pues hay de venta en París mas de ciento de mas tono, de mas gusto y mas sanas que ella, pero entre el rústico que se llamaba Donezau y la bribona que se llamaba Julieta estaba tu hermana y esta era la que le llamaba á tu casa. Mientras tú estuviste presente, ocultó con cuidado un deseo que tú eras bastante hábil para descubrir y bastante diestro para vigilar y bastante resuelto para reprimir en caso de necesidad. El marido no le parecia gran obstáculo pero, mas avisado que tú, habia conocido que la brutal y lúbrica naturaleza de Enrique Donezau. daba la preferencia á la naturaleza lasciva y ardiente de Julieta; sospechaba que tu cuñado curaba poco de su mujer; pero estaba lejos de suponer que al ausentarse la dejára vírgen y pura como la habia recibido.

Cuando verdaderamente comenzó á esperar fué el dia siguiente al de la partida de Enrique y Julieta. Aquel dia fué á hacer su visita de costumbre y encontró á Carolina sumida en la mas viva desesperacion. En efecto, en el espacio de veinte y cuatro horas habia sabido tu fuga con Mad. de Cerny, la partida de Julieta, seguida, con pocas horas de diferencia, de la partida de su esposo.

—Cómo! esclamó Luizzi admirado, con qué no partieron juntos?

—Escucha, mi amo, dijo el Diablo, si me haces mezclar todas estas historias, no solamente te quedarás en ayunas sino que no acabaremos nunca.

Edgardo encontró pues á Carolina hecha una Magdalena.

—Qué os aflije? la preguntó.

Carolina creia que du Bergh era su amigo; tambien vos le tratábais como á tal; ese es comunmente el primer grado que toman los amantes en las casas buenas, y siempre es el hermano ó el marido y algunas veces los dos, quien firma el diploma: Carolina le contó pues la desgracia que le sucedia. La desgracia vela la facultad perspicaz del alma del mismo modo que las lágrimas velan las facultades visuales de los ojos. Carolina no echó de ver la maligna alegría que apareció en el rostro de du Bergh al oir aquella

noticia; el jóven la prometió no abandonarla, é informarse exactamente de lo que habia sido de su esposo, de tí y de Julieta. Debes conocer que Edgardo con los proyectos que tenia, se guardó muy bien de hacer la menor diligencia en averiguacion de vuestro paradero: empezó por conceder algunos dias á la desesperacion de tu hermana, y luego, como hábil seductor, se dedicó á infundir en el alma de Carolina una sospecha que estrañaba no ver en ella.

Una noche se hallaba sentado al lado de tu hermana y la decia:

—Sí, señora, me da vergüenza decíróslo, vuestro esposo, el que posee vuestro amor, el poseedor de esa belleza encantadora y pura, os ha pospuesto á una mujer que por ningun título vale tanto como vos.

—Hablais de Julieta, no es verdad? estais equivocado: es mas graciosa y mas bella que yo; hace mucho tiempo que yo habia echado de ver la preferencia que la daba mi esposo, pero hubiera sido una injusticia en mí querer ser preferida siendo la menos bonita.

Edgardo debió admirarse no poco de tan estraña abnegacion, y tomó por necedad lo que solo era ignorancia.

—En verdad, señora, respondió, que sois escesivamente modesta: no os estimais en lo que valeis; ademas aunque Mr. Donezau se hubiera dejado arrastrar de una pasion poco concebible, su honor hubiera debido prohibirle introducir á su querida en casa de su esposa.

Es preciso decirte, mi amo, continuó Satanás, que tu hermana habia oido pronunciar en la sociedad el nombre de esposa y de querida; pero debes conocer que la era dificil esplicarse lo que era ser querida de un hombre cuando para ella ser esposa solo era llevar el nombre del esposo; así pues, contestó á Edgardo:

—Pero cómo era querida suya?

Edgardo no comprendió esta pregunta; se imaginó que Carolina dudaba simplemente de la realidad del hecho, y no creyendo deber contemporizar con la necedad de una mujer tan dificil de convencer, la respondió con mucha franqueza:

—No puedo ocultaros, señora, que tengo las últimas pruebas.

Y como Carolina le mirase con mas admiracion aun, añadió:

—Dispensadme la confesion que voy á haceros; pero los he cogido juntos y solos.

—Y éso que importa? dijo la jóven; yo misma los he dejado así veinte veces.

—Perdonad, repuso Edgardo con alguna impaciencia; me causa rubor la palabra que voy á emplear, pero los he visto besándose.

—Tambien mi hermano me besa á mì.

—La tuteaba.

—Ya lo creo: mi hermano me tutea tambien.

Esto era superior á cuanta necedad podia imaginarse Edgardo en una mujer; entonces creyendo no debia andarse con miramientos con una idiota cuya tonteria le desencantaba un poco, respondió brutalmente á tu hermana:

—En fin, ya que es preciso decíroslo, he sorprendido á vuestro esposo en la cama de Julieta.

—¡En su cama! esclamó Carolina. ¿Acostado con ella?

—Sí.

Carolina se puso como la grana y dijo en voz baja:

—¡Desnudos!

Edgardo, empujado al estremo, contestó riéndose;

—Desnudos los dos.

Al oir esta revelacion, Carolina ocultó la frente entre sus manos; una estraña confusion de ideas, de sospechas, de dudas, vino á ajitarla en tanto que Edgardo que creia simplemente emplear una frase de efecto, añadia:

—Ya veis, señora, que al salir de vuestro lecho iba al de vuestra rival.

—¡De mi lecho! esclamó Carolina; si no ha estado nunca en él, os lo juro.

Todo estaba esplicado para Edgardo. La exigencia de una mujer como Julieta á su amante, no era cosa que debia estrañarle, porque semejante exigencia es mas comun de lo que á tí te se figura; pero no hubiera podido creer en la evidencia del amante si su conversacion con Carolina no le hubiera persuadido anticipadamente de que aquella obediencia habia sido completa.

—Ahora conocerás, mi amo, cuan bella presa debia ser tu hermana para un hombre como Edgardo. Una hermosa jóven vírgen, es bocado bastante raro para escitar los deseos de un libertino quien quiera que sea; pero una mujer casada y vírgen, encierra un encanto capaz de trastornar la cabeza á otros menos disolutos que el bello Edgardo.

—Pero eso era una bajeza, una infamia; esclamó Luizzi.

—Vamos, mi amo, replicó el Diablo con sarcasmo inclinando la cabeza sobre el hombro, vamos, mi amo, tú sabes muy bien que una mujer asi es un buen bocado, dígalo sino Mad. de Cerny; ¿piensas que hubieras hecho la locura de robarla si hubiera sido mujer de su marido, buena madre de familia, rodeada de niños llorones y dotada de una hermosura degradada por la posesion lejítima y la maternidad? No por cierto, mi amo, no lo hubieras hecho. Te sedujo lo picante de la aventura tanto como el valor real de la querida, y ahora te parece malo lo que tú hiciste con tanto placer.

—Lo que yo hice es diferente, dijo Luizzi.

—Sí, replicó el Diablo, esa es la salida de todos los hombres: lo que yo

hice es diferente. Todos tienen su razon para disculpar en sí mismos lo que condenan en los demás, y obran asi de buena fé. Lo que es tú, mi amo, no has cometido ninguna mala accion (y has cometido muchas) que no hayas condenado cuando la has visto reproducida en otro. Vamos, y ¿quién te ha dicho á tí que Edgardo no tenia sus razones para desear á tú hermana? ¿Quién te ha dicho que si yo quisiera convertir esta historia en una novela sentimental para una revista literaria, no hallaria medio de interesarte en la infame seduccion de aquel hombre, pintándotele devorado por un amor superior á su voluntad, lo cual seria verdadero, pero decidido á defender á aquella jóven del abandono insensato de su hermano y de la odiosa indiferencia de su marido, lo oual seria verdadero tambien? Pero el fondo de la accion no seria menos culpable y odioso, porque yo engalanase mi narracion con frases sentidas y delicadas; no por eso dejaria de ser la intencion de aquel hombre la de un libertino sin pudor. . . . . . .

Seguro Edgardo de la ignorancia de Carolina, necesitó mucha destreza para hacerla comprender lo que queria de ella. Es cosa muy sencilla pedir á una mujer los favores que otorga á su marido, pues sabe de qué se trata; es cosa muy sencilla pedir á una doncella lo que aun no ha otorgado á nadie, porque debe sospechar que por alguna cosa es doncella; pero pedir á una mujer que cree haberlo dado todo, una felicidad cuyo sentido no comprende, es empresa dificil, mi amo, se necesita para ello ser maestro examinado en la ciencia de la corrupcion.

Así, pues, la lucha fué larga, y du Bergh se guardó muy bien de llevar mas allá la esplicacion que por casualidad habia dado á Carolina: retrocedió rápidamente y se concretó al papel de amigo y protector, asegurándose así a libre entrada en casa de Carolina. Tu hermana, solo, sin recursos durables, sin la menor idea de la administracion de bienes, le confió la direccion de sus asuntos. Edgardo aceptó; entonces rodeó de atenciones á tu hermana; entonces esclavo solícito y obediente, no vió correr de sus ojos una lágrima sin apresurarse á enjugarla, no vió escaparse de sus labios la espresion de un deseo sin apresurarse á satisfacerle. Estaba triste cuando ella lo estaba, esperaba cuando esperaba ella, y cuando la hubo hecho ver cuán posible es que una vida se una á otra vida por todos sus puntos, en el mismo deseo, la dijo que aquello era lo que se llamaba amor, y Carolina comprendió entonces que no habia sido amada así. Y hé aquí lo que le respondió el dia que la hizo aquella confesion.

—¿Con qué eso es lo que vos llamais amor, Edgardo? ¿es esa bondad generosa, esa proteccion decidida, ese cuidado de colocaros entre mí y la desgracia que se aproxima, esa tierna solicitud en mi dolor que os hace preferir la tristeza de mi conversacion á todos los brillantes placeres á que estais acostumbrado? ¡Oh! ¡cuán dichosos son los hombres en poder amar así! ¿Y qué pueden dar las mujeres en cambio de semejante sentimiento?

—Pueden dar, Carolina, lo que yo quisiera obtener de vos, y es una fé sincera en esta adhesion, es una verdadera satisfacion en ser objeto de ella.

—Yo no llamaba á eso amor, Edgardo, yo creia que era reconocimiento.

—Es que aunque eso sea amor, no es el amor completo, dijo Edgardo.

Y como Carolina le mirase con dulce sorpresa, continuó:

—Hace un instante me decias que preferíais vuestra conversacion á los frívolos placeres de la sociedad, y asi me dábais las gracias; yo Carolina no merezco que me deis las gracias por eso; cuando vengo á veros es porque no puedo menos de hacerlo; es porque el veros es para mí un placer; es porque el oiros es para mí una felicidad; es porque el ver que me escuchais es para mí un triunfo; es porque toda mi vida está en vos; es porque sois dueña, no solo de mi suerte sino tambien de mi alma; es porque yo viviria por vos como vos quisiérais; es porque siento por vos como vos quereis.

Carolina escuchaba con avidez estas palabras, interrogando á su corazon dichosa y llena de orgullo por el imperio que egercía, y murmuró dulcemente:

—Y como se puede pagar tanto amor, ¡Dios mio!

—¿Cómo se puede pagar? esclamó Edgardo; creyéndoos feliz por ser amada así, y por ser amada del que os ama; sintiéndoos llena de orgullo por su esclavitud, solo porque él es el esclavo; aceptando su proteccion solo porque es la suya; conociendo en fin, que él es el único de quien todo se puede recibir, felicidad, placer, dolor, y que él lleva en sí vuestra alma como vos llevais la vuestra en vos. Ved aquí Carolina, ved aquí de qué modo se puede pagar tanto amor.

—¡Oh! dijo tu hermana entonces, si es así, yo no soy ingrata, Edgardo.

—¡Con qué me amas!! esclamó el jóven acercándose á ella.

—Edgardo, ¿qué haceis? dijo Carolina retirándose asustada.

Y añadió despues de un instante de silencio:

—Habeis acusado á mi esposo y á Julieta de que se tuteaban: si eso era un crímen en ellos tambien debe serlo en nosotros. No hay duda, soy culpable pues, os habeis creido con derecho á hablarme así.

Edgardo se vió un poco desorientado por esta reflexion; pero, decidido á aprovechar el terreno que habia ganado, repuso aparentando una tristeza admirablemente representada:

—Os equivocais, señora; este lenguaje que en mí solo ha sido el estravío de un instante, les era á ellos habitual; yo os he hablado de él cuando no tenia derecho á ello, pero ellos no tenian derecho á hablarse asi.

—No os comprendo, dijo Carolina.

—El amor tal como acabo de pintárosle, aun no es todo el amor; ademas de esa union de las almas, tan bella y tan santa hay otra union embriagadora y febril. Cuando estoy á vuestro lado, Carolina, añadió acercándose,

se turba mi vista, late mi corazon, se estremece mi cuerpo; tocad, dijo tomando la mano de la jóven, no me sentís arder? Miradme; no veis que mi miradas se estravian?

Carolina le escuchaba con un terror tanto mayor, cuanto que sentia deslizarse en ella misma la turbacion que con tanto ardor le pintaba Edgardo.

—Dejadme, le dijo asustada, dejadme!

—Oh! vos no sabeis la embriaguez que esperimenta aquel cuyas miradas se pierden en las miradas de la mujer á quien ama!

Y al hablar asi, du Bergh tenia sus ojos fijos en los de Carolina lanzándola los rayos ardientes de su amor.

—No saber cuanta voluptuosidad hay en sentir en su mano la mano de la que se ama, en sentir su corazon latir contra el suyo; unirse sus labios á los vuestros, perteneceros todo su cuerpo.

Y, esto diciendo, tomaba con suavidad las manos de tu hermana, enlazaba sus brazos á su cintura, la estrechaba contra su seno, y unia sus labios á los suyos.

—Y sucumbió Carolina, no es verdad? esclamó Luizzi lleno de cólera y desesperacion.

—La crees capaz de sucumbir? dijo Satanás con tono burlon.

—Y qué mujer ignorante como Carolina, abandonada como Carolina, desventurada como Carolina, no hubiera sucumbido en su lugar? dijo tristemente Luizzi.

—Cualquiera otra sin duda, baron, contestó el Diablo, cualquiera otra hubiera sucumbido; pero tu hermana resistió.

—Carolina! esclamó Luizzi lleno de alegria.

—Carolina, de quien has sospechado, porque lo único que te faltaba era no creer siquiera en la virtud de una sola mujer; Carolina, que arrancándose de los brazos de Edgardo, esclamó como iluminada por una luz descendida de repente del cielo..... (porque en justicia debo confesarte que Dios se mezcló en el asunto) Carolina, repito, que esclamó:

—Oh! ese es el crimen! Nunca! nunca!

Edgardo perdió por una sola palabra el camino que habia andado: tenia entre las manos una mujer á quien acaso hubiera podido persuadir de que aquel no era el crímen; pero cometió la torpeza de decir en seguida:

—Si es un crimen en otras mujeres, no lo es en vos, en vos, pobre mujer, infeliz y abandonada, en vos, entregada por un hermano imprudente á un marido sin honor, en vos desheredada del apellido de vuestra familia, en vos que nada debeis á la sociedad pues nada ha hecho por vos.

El Diablo calló y Luizzi le dijo mirándole atentamente:

—¿Y qué respondió ella á esas acusaciones tan justas hácia todos nosotros?

—Respondió sencillamente mostrando el cielo con el dedo: La sociedad no es mi juez.

Satanás miró el efecto que estas palabras habian producido en Luizzi y éste le dijo entonces:

—Y te atreves á repetirme esa frase! ¿no temes que me aproveche de él?

—Te aprobecharás si quieres así que acabes de oir la historia de tu hermana; luego continuó:

En vista de tan noble contestacion, era justo que el cielo enviase en ayuda de la desventurada Carolina algun protector que la salvase, algun suceso que la librase de las nuevas seducciones de du Bergh, ¿no es verdad, mi amo? porque aquella escena se renovó mas de una vez, y sin embargo, Carolina resistió siempre hallando en sí misma mas fuerza que todos los lazos de familia dan á otras; resistió no solamente á su abandono y á su soledad, sino tambien á su amor, porque amaba á Edgardo; y, despues de la desgracia que tú la habias causado, necesitó resistir á la que le causó du Bergh: porque este, resuelto á obtener aquella mujer, nada escaseó de cuanto podia vencer su resistencia. La dejó sentir poco á poco los preludios de la miseria; la entregó á los insultos de los acreedores, á las injurias de los criados, á todo lo que proporciona al corazon una desesperacion que hace ruborizar, é iba incesantemente á decirla, cuando la veia llorando y desconsolada:

Sé mia! y te devolveré las riquezas, la felicidad y la honra.

Pero ella respondia sin cesar:

—Mis riquezas no estan en este mundo, mi felicidad la recibo del cielo, y la honra la llevo en mi.

—Noble hermana mia! esclamó Luizzi con los ojos arrasados de lágrimas.

—Noble hermana tuya, en efecto, dijo el Diablo, porque al fin llegó á ella la noticia de la acusacion que pesa sobre tí; llegó en el momento en que su miseria llegaba al colmo, cuando apenas la quedaban fuerzas para luchar consigo misma; pero cuando supo que tú eras desgraciado, halló bastantes para acudir en tu ayuda. Mad. de Cerny se habia fugado contigo, con su amante, que la salvará; Carolina se fugó para librarse del hombre á quien amaba y para socorrer al hermano que la habia abandonado. Leonía habia partido con un hombre rico, y porque la viste durante algunas horas sufrir algunas privaciones, lloraste por ella, por la que dormia sobre tus rodillas; Carolina partió sola, á pié, pidiendo limosna, para llevar el consuelo de su palabra al mismo que la habia perdido, porque tú eres el autor de su perdicion, mi amo; y el viaje ha sido largo, y nada la ha faltado ni la grosería de los posaderos, ni los dichos obscenos de los transeuntes, ni el hambre, ni la sed ni la fatiga que hace dormir á la orilla del camino; y así, arrastrándose de dia en dia, de hora en hora, de minuto en minuto,

llegó moribunda y rendida á la misma posada de Bois-Mandé de donde habia partido Julieta para correr trás el vicio, y á donde la viste dirigirse en brillante carruaje.

Luizzi bajó la cabeza ante este cruel apóstrofe del Diablo que continuó En aquella miserable posada, cuyo dueño la concedió un jergon, habia dos mujeres que padecian tambien: eran Eugenia y Mad. de Cerny.

—Cómo! las dos! esclamó el baron.

—Las dos, mi amo.

—Y cómo habian llegado allí?

—Te lo voy á contar si es que crees tener aun tiempo para escucharme› porque estan dando los cuatro.

Luizzi calculó que le restaban aun veinte y cuatro horas para hacer su eleccion, y dijo al Diablo que continuase.» Abrevia tu narracion, añadió, y suprime las reflexiones con que la alargas á tu capricho y de las cuales te dispenso.

—Cómo se entiende, mi amo! le dijo el Diablo; me tratas como si fuera un literato á quien se paga á tanto la línea; tengo conciencia, y no hay buen autor que no hubiera hecho siquiera un tomo con lo que acabo de contarte en el trauscurso de algunas horas.





XXXIV.

Abuelo y nieta.



u te lo pierdes, mi amo, continuó el Diablo; porque te iba á contar una escena muy buena, es decir, el conciliábulo entre Julieta, Cerny y Gustavo de Bridely. Hubieras visto la impotencia del gran señor, poniéndose al nivel de las mezquinas infamias de una ramera y un intrigante; hubieras visto el vicio, la maldad, la sed de oro avanzando paso á paso, tropezándose uno contra otro, reconociéndose todos por personas de igual categoría, desenmascarándose sin vergüenza, saludándose, tendiéndose la mano. De este modo vendió Julieta á Mr. de Cerny el secreto de tu fuga con Leonia, bajo la condicion de que el conde la ayudaria á conseguir de Mr. Paradéze, que la reconociera por nieta y de que emplearia todos los medios para estorvar á Mad. de Cauny, ahora Mad. de Paradéze, reconocer á Eugenia por la hija que la fué arrebatada.

—¿Y con qué ha pagado el marqués de Bridely semejante servicio? preguntó Luizzi interrumpiendo al Diablo.

—Le ha pagado con el nombre y las riquezas que ha robado, contestó el Diablo. En este momento existe una promesa de casamiento entre Gustavo de Bridely y Julieta tu hermana.

—Pues, ¿no amaba á Enrique Donezau? replicó el baron.

—Valía mas, dijo el Diablo, ser querida de Enrique Donezau á quien un nécio habia regalado 25,000 libras de renta, que ser ramera; pero valía mas aun ser esposa legítima del señor marqués de Bridely, que querida de Enrique Donezau; y tu hermana no vaciló un momento en la eleccion.

—Y ha salido bien en todos sus proyectos! dijo el baron. Como que he sabido demasiado tarde lo que era esa mujer, no he podido poner obstáculo ninguno á su triunfo.

—Es cierto, contestó el Diablo; á fé mia que ha faltado muy poco para que no sucediera todo lo que ha sucedido.

—Y cómo?

—Suponte que mi historia de Mateo Durand no hubiese producido el efecto que yo esperaba: no se hubiera separado de nosotros Fernando y por consiguiente no nos hubiera dejado solos á tí y á mí.

—Seguramente, dijo Luizzi con amargura; comprendo como me engañaste diciéndome que aquella historia me era enteramente estraña. Pero no importa; volvamos á Julieta.

—Como quieras: para volver á ella debo tambien decirte que Fernando, si no se hubiera separado de nosotros te hubiera contado la historia de Juanita, y una vez sabedor de que era tu hermana, la hubieras impedido hacer el mal que ha hecho.

—Segun eso, ¿ha conseguido su objeto?

—Vas á verlo. En otra ocasion te hablé de Bricoin; tú no conoces á Bricoin, mi amo, y por consiguiente ignoras lo que es una de las peores naturalezas llegada á la estrema vejez.

El hombre que mató al marido de Mad. de Cerny para casarse con esta y apoderarse de sus bienes, el hombre que la quitó su hija para casarse con ella y apoderarse de sus bienes, debe tener una pasion singular al dinero. Tú sin duda no has visto esa pasion cuando ha llegado al último término de su locura; cuando la vejez hace perder toda reserva para con la sociedad al que tiene esa pasion, éste se entrega por completo á ella.

No se trata del furor del avaro que amontona sus tesoros y que los entierra lleno de orgullo por la fuerza que le dan, diciéndose á sí mismo y á los demas que podrá hacer uso de ella el dia que quiera: triste satisfaccion, orgullo miserable con que la avaricia procura dorar las miserias que ella misma se impone. Se trata de la decrepitud del mismo vicio, se trata del anciano que, rodeado de riquezas, llenas sus arcas, llenos sus graneros, llenas sus

bodegas, teme morir de hambre y de sed; se trata de la imbecilidad que se arrastra en el patio de un palacio, en las cocinas, en las cuadras disputando un grano de trigo á las gallinas, recogiendo un mendrugo de pan para esconderle en algun sitio secreto de su cuarto, robando un liard olvidado á un criado para añadirle á un talego de escudos que un arrendador le ha traido la víspera, se trata de una cosa baja, idiota, cruel y débil á la vez; una cos que no puede escitar ódio pues tal es la debilidad que hay en semejante pasion; una cosa que no puede escitar compasion pues tal es la astucia y la maldad que hay en los medios que inventa para satisfacerse. Tal era Bricoin, convertido en Mr. de Paradéze.

Una mujer noble, de sentimientos elevados y dulces, ha vivido muchos años sin poder librarse de semejante dueño. La jóven Valentina de Assimbret, débil ya porque todo habia sido destrozado en ella, se habia convertido en una vieja temblona aniquilada por las privaciones, precisada á ocultarse para ocultar sus harapos, y degradada hasta el punto de robar á su vez lumbre para calentarse, pan para comer y vino para embriagarse y olvidar algunas veces el frio y el hambre.

Esta era la mujer á quien Mad. de Cerny iba á pedir una protectora, esta era la mujer á quien Eugenia Peyrol iba á pedir una madre; pero, como ya te he dicho los habia precedido Julieta. Cuando llegó, se hallaba enferma Mad. de Paradéze; tendida sobre un jergon, tenia por única enfermera una anciana que seguramente no se hallaba menos miserable que ella. Julieta llamó á la puerta de aquella casa en otro tiempo tan espléndida, porque en la época en que niña aun, se la habia echado de allí, conservaba bastante razon la avaricia del dueño para conocer que gastando solamente una pequeña parte de las numerosas rentas de su mujer, poseia medios de crearse un buen capital. En aquella época se hallaba en lo mejor de la edad Mad. de Cauny, y su voluntad, por débil que fuese, luchaba contra la vergonzosa economía de su marido. Este por su parte, no se hallaba libre del temor de verla descubrir su antiguo casamiento; y como sabia que el vizconde de Assimbret deseaba encontrar ocasion para castigarle por haberse casado con su hermana, no se atrevia á dar á su mujer motivos de queja que hubiesen podido llegar á oidos del vizconde.

Pero una vez seguro de la muerte de su primera mujer, una vez lanzada Juanita de la casa, se sentia superior á todo temor y se atrevió á mandar como amo. Sin embargo se necesitaron veinte años para conducir á Mr. de Paradéze su mujer, y la casa en que habitan, al estado de degradacion en que Julieta los halló. Llamó pues á la puerta de aquella casa y nadie la respondió en mucho tiempo. Al fin, despues de una larga espera, salió á abrir la anciana y única criada de que te he hablado y la preguntó qué quería. Julieta contestó que deseaba ver á Mr. de Paradéze para un asunto muy urgente en el que se interesaba su fortuna. La anciana la introdujo, y, ga-

nando una ala del patio de aquella inmensa casa, le mostró con el dedo una larga fila de habitaciones, diciéndole: Allá, á lo último encontraréis á Mr. de Paradéze en su cuarto. Julieta atravesó muchos salones abandonados; las colgaduras caian á pedazos y estaban devorados los artesonados por la humedad que entraba por las ventanas rotas. Fué pasando de cuarto en cuarto y al fin llegó á una puerta cerrada que abrió sin llamar.

En una pieza exigüa vió á un anciano sentado en un miserable taburete cuyos pies se habian recortado; tenia entre las piernas un barreño con lumbre en el cual se calentaba sin hervir un puchero en que nadaban una que otra legumbre; y cubria sus hombros una manta vieja de caballería y sus pies y sus piernas estaban rodeados de paja que les prestaba algun calor. Cuando oyó abrir la puerta, se levantó y se volvió. Su cabello caia sobre sus mejillas, sus mejillas caian sobre su cuello, su labio sobre su barba: era la decrepitud en su espresion mas hedionda y asquerosa. Al ver á Julieta, se apoderó del miserable taburete en que estaba sentado y esclamó:

—Qué me quereis? Yo no poseo nada, soy un pobre hombre arruinado!

Julieta habia estado en Bois-Mandé bastante tiempo para saber el vicio que dominaba á su abuelo, aunque no habia vuelto á su casa desde que se la espulsó de ella; así es que no estrañó aquel recibimiento.

—Nada os pido, le respondió con intrepidez; al contrario, vengo para evitar vuestra ruina.

El anciano puso en el suelo su taburete y se sentó entre Julieta y el barreño como si temiera que la jóven le usurpase parte del calor.

—Pues bien, quién sois? qué me quereis?

—Ya os lo he dicho, contestó Julieta, vengo á evitar vuestra total ruina.

—Y quién puede querer arrebatarme el miserable pedazo de pan que me queda? dijo el anciano. Todo el mundo sabe muy bien que ni un sueldo poseo, y que si no pido una limosna es por respeto á mi nombre.

—En ese caso, dijo Julieta ungiendo retirarse, nada tengo que deciros.

—Esperad! esperad! esclamó el anciano lanzándose hácia ella y deteniéndola; esperad que ya os conozco. Sois la hija de Mariquita, sois Juanita la criada de la posada.

—Soy vuestra nieta y en ese concepto vengo á salvaros.

—Yo no tengo ninguna nieta, dijo el anciano, no tengo hijos.

—Teneis una nieta que soy yo, teneis una hija que es Mariquita; y si no me haceis vuestra heredera, en recompensa de lo que vengo á deciros, se os arrebatará cuanto poseeis; porque hay una persona que puede enviaros á morir en una cárcel.

Esta amenaza espantó á Bricoin, que, ocultando la frente entre sus rodillas, murmuró con tono de niño lloron:

—Mi mujer murió... no hay pruebas, no hay pruebas.... soy inocente.

—No dudo que será dificil hallar pruebas; pero vive aun la hija de Mad. de Cauny y yo se donde está.

—La hija de mi mujer! esclamó el anciano levantándose, acometido de un temblor espantoso. Viene á robarme todo lo que tengo, no es verdad? Pide todo lo que era de su madre? Quiere despojarme de todo, hacerme morir de hambre?

—Es muy capaz de todo, respondió la escelente nieta de aquel honrado anciano.

Oh! no lo consiguirá! no lo consiguirá! dijo Bricoin con furor.

—Dificil será que se lo impidais. Es una gran señora, muy poderosa, con mucho apoyo en la alta sociedad; acaso yo soy la única persona que puede libraros de ella.

—Y de que modo podrás hacerlo? dijo el anciano acercándose á Julieta.

—Y de qué modo me pagareis ese servicio si os le presto?

El anciano bajó la cabeza y contestó con aire solícito y misterioso.

—Mira, tengo escondida una preciosa alhaja que usaba mi esposa cuando era jóven, y te la daré.

Julieta quiso probar hasta donde llegaba la bellaqueria y la avaricia de Bricoin y le dijo que la enseñara aquella alhaja.

El anciano fué á un rincon del cuarto y levantando un pedezo de tapiz sacó una cadena que entregó á Julieta; esta conoció al instante que era de cobre dorado y la tiró adelantándose hácia la puerta diciendo:

—Voy á poner en noticia de Mad. de Paradéze que existe aun su hija.

El anciano tuvo aun bastante fuerza para colocarse entre Julieta y la puerta.

—No saldrás! no saldrás! la dijo.

Pero como Julieta le rechazase con violencia, añadió en voz baja y suplicante procurando sonreirse:

—Me he equivocado, Juanita, me he equivocado: habia puesto allí esa cadena para cojer á los ladrones que hubieran venido por casualidad; pero tengo oro verdadero, y diamantes tambien, vaya te los.... te los.... te los enseñaré.

—Veo que no nos entendemos, dijo Julieta; escuchadme: Si llega á ser reconocida la hija de vuestra mujer, no solo heredará todos los bienes de su madre sino tambien os dejará en la miseria.

El anciano la interrumpió esclamando con abatimiento.

—Y será esa la recompensa de treinta años de felicidad que he proporcionado á mi mujer!

Julieta no se detuvo por la esclamacion de Mr. de Paradéze.

—No solo os dejará esa jóven en la miseria, continuó, sino que os acusára ante las autoridades de haberla hecho desaparecer en otro tiempo; lo menos malo que podrá sucederos es que os encarcelen y os quiten la ad-

ministracion de los bienes de vuestra mujer y hasta la de los vitalicios.

—Es imposible, es imposible! replicó el anciano á quien tornaba todo su furor la idea de ser despojado.

Julieta tampoco tomó en cuenta esta interrupcion y continuó, queriendo ir derecha á su objeto:

—Sin embargo, hay un medio de evitarlo: y es hacer declarar á vuestra esposa misma que vió á su hija muerta y que cualquiera otra que pretenda ser la hija que perdió es una intrigante culpable de la mas baja impostura.

—Me agrada, me agrada esa idea, dijo el viejo; pero cómo lo conseguiremos?

—Eso corre de vuestra cuenta, contestó Julieta. Yo he cumplido con mi deber manifestándoos lo que hay.

—Pero en fin, dijo Luizzi interrumpiendo por primera vez esta hedionda narracion: porqué se apresuraba Julieta á perder á Eugenio Peyrol?

—Pardiez, mi amo, que tienes una memoria muy mala y un conocimiento muy pobre de las leyes que nos rijen, dijo el Diablo; segun has podido ver por el árbol genealójico que te tengo enseñado, Gustavo de Bridely ha heredado ya unos bienes que hubieran debido volver á Mad de Cauny y por consecuencia á Eugenia Peyrol.

—Comprendo el interés que Gustavo tenia en no descubrir semejante asunto, dijo el baron.

—Pero no comprendes que si Mad. de Cauny deja á falta de sucesion, á su esposo, todos sus bienes, Bricoin se hacia inmensamente rico; Mariquita heredaba esos bienes y Julieta los recibia de Mariquita. Julieta se casaba con Gustavo de Bridely, y un pícaro digno de presidio y una bribona á quien convendria marcar en el hombro se encontraban únicos herederos de una de las mas distinguidas y ricas familias de Francia.

—Es cierto, dijo el baron, es cierto; pero para que eso sucediera era preciso que Mad. de Paradéze muriera antes que su marido.

—Justamente, contestó el Diablo; esa era la cuestion, y esa cuestion no se suscitó porque cada cual estaba persuadido de que el otro le entendia perfectamente. Lo que mas urjia era impedir el reconocimiento actual y futuro de Eugenia Peyrol.

—Y, segun lo que me has dicho, han conseguido su objeto los dos infames?

—Y no les ha costado mucho, contestó el Diablo: un poco de pan, un poco de vianda, un poco de vino, y nada mas.

—Qué quieres decir?

—Ah! mi amo, será una horrible escena ver á aquel anciano y á aquella jóven sentados junto al lecho de una madre anciana moribunda y casi idiota, contándola que una intrigante habia tenido la audacia de tomar el nombre de su hija. Y como se escapasen algunas pavesas de amor maternal de

aquella ceniza casi apagada, se regó la ceniza con vino y se convirtó en fango. Y á cada vaso de vino que se vendia á aquella desventurada se la hacia añadir una frase esplicativa á la declaracion que se exigia de ella. Así fué como escribió bajo el dictado de su marido, y Julieta que habiendo sabido que una mujer llamada Eugenia Turniquel pretendia pasar por hija suya, declinaba en su lecho de muerte, hallándose sano su espíritu y libre su cuerpo, que su hija era muerta y que si habia aparentado buscarla habia sido con intencion de adoptar á la hija de su esposo; pero que la diferencia de edad que hubiera resultado entre ambas no la habia permitido felizmente llevar á cabo aquel acto ilegal.

—Con que obtuvieron semejante declaracion! esclamó Armando.

—Sí, mi amo; y como aquella declaracion hubiera podido ser retractada rocobrando la razon la anciana, se consiguió con facilidad obviar este inconveniente. A la privacion de todo, sucedió la abundancia de todo, y el abuso y el esceso produjeron la muerte que no habian conseguido el hambre y la miseria.

—Con qué ha muerto Mad. de Cauny! esclamó el baron.

Murió algunos dias antes de venir Julieta á declarar contra tí, porque ya conocerás que su declaracion contribuyó no poco á tu pérdida, mostrando que la deposicion en que tú fiabas tanto no podia menos de ser falsa.

—Pero como llegó tan tarde Eugenia á casa de Mad. de Cauny que no pudo evitar tan terrible desgracia?

—Porque, graciasá tus cuidados, la vigilaba el señor marqués Gustavo de Bridely, quien, viendo el éxito de la astucia de Julieta, tuvo buen cuidado de hacerla viajar de provincia en provincia, de modo que no recobrase nunca á su madre, Mad. de Paradéze. Fatigada de aquellas pesquisas inútiles, volvió al lado de su tio Rigot despues de haber consumido los pocos recursos que la quedaban, y entonces fué cuando recibió la carta que la dirigiste al llegar aquí, la cual la determinó á hacer la última tentativa. Partió pues á pié como tu hermana Carolina, pues mas de una vez se le habia advertido con demasiada crueldad que ningun socorro debia esperar de la condesa de Lemée, su hija, á quien no quiso decir que iba á buscarla una nueva fortuna, temerosa de sufrir desaires aun mas odiosos que los que su ngratitud la habia hecho sufrir ya.

Hizo animosamente su jornada y llegó á la puerta de casa de su madre, para saber que esta habia muerto y para verse amenazada con una cárcel, cuando se encaminó á casa del juez de paz con objeto de declarar en qué calidad se presentaba. Se habia tenido cuidado de poner en manos del juez la declaracion de Mad. de Cauny con la cual se le impuso silencio no bien pronunció la primera palabra para justificar su pretension. Entonces abrumada de desgracias, de cansancio y de miseria fué á parar á la posada donde encontró en cama á Mad. de Cerny.

Al llegar aquí Satanás sonaron las ocho, y Luizzi, como echára de ver que el tiempo que le quedaba se iba con rapidez, estuvo á punto de terminar en aquel instante su entrevista con el Diablo; pero calculó que aun le restaban diez y seis horas, y dijo:



—Vamos, date prisa; deseo saber tambien por qué he perdido á Leonia, como he reducido á padecer sobre un jergon de una miserable posada á una mujer tan dichosa, tan bella, tan noble; hazme ver que solo me queda una esperanza en este mundo; afirmarme en la eleccion que tengo hecha. Habla, Satanás, que te escucho.

Y Satanás continuó:



XXXV.

Un asesino.



Voy á continúar la carta de Mad. de Cerny. Enriqueta, cuya razon habia resistido á la desgracia, se habia vuelto loca de alegría; Mad. de Carin á quien la amistad de Enriqueta habia preservado de la locura, enfermedad que se pega como la peste, habia perdido tambien la razon viendo desaparecer la de su amiga. Madama de Cerny habia quedado sola esperando los consejos de su abogado, cuando vió aparecer, algunos dias despues de haberte escrito, un juez miembro de una comision nombrada para interrogarla acerca de la parte que pudiera haber tomado en el asesinato de Mr. de Cerny por medio de insinuaciones ó consejos que tú hubieras obedecido.

Insinuaciones ó consejos no se prueban; pero en buena justicia, no se quiere tampoco que los acusados puedan entenderse para combinar sus me-

dios de defensa, y Mad. de Cerny fué puesta, provisionalmente, en absoluta incomunicacion. Aquí, mi amo, pudiera yo referirte una larga historia: no la de los acontecimientos sobrevenidos á Leonia, mas sí la de sus pensamientos, la de su lucha y la de sus combates interiores, historia de que tú saliste triunfante al fin; sí, mi amo, porque Leonia no quiso creer tu crimen.

—Oh! gracias! Leonia! esclamó Luizzi.

El Diablo continuó sin contestar á la interrupcion de Luizzi.

No quiso dar crédito á las pruebas evidentes que te condenaban; no quiso dar crédito á su razon, que no podia menos de reconocer la fuerza de aquellas pruebas; no quiso dar crédito á lo que la decia su padre: arrostró su autoridad, y cuando por una parte desapareció la acusacion de adulterio por muerte de Mr. de Cerny, y por otra se hubo terminado la instruccion de tu causa, Leonia fué puesta en libertad y salió de Orleans para venir á buscarte á Tolosa.

—Oh! gracias! gracias, Leonia! volvió á esclamar el baron; aquel corazon noble y generoso debiera ser el asilo del mio.

—Corazon noble, en efecto, dijo el Diablo, porque Leonia no olvidó á nadie al tomar su resolucion; al pasar por Bois-Mandé se trasladó á casa de su tia Mad. de Cauny, á fin de saber las noticias que ésta habia adquirido acerca de la existencia de su hija

Mad. de Cauny habia muerto el dia que ella llegó; el cadáver salia de la casa cuando Eugenia llamaba: cuando se rehusaba la entrada á Leonia despedía Julieta con insolencia á su antiguo amante, á Enrique Donezau tu cuñado.

—Enrique! esclamó el baron; en efecto, no me acordaba ya de él. ¿Qué ha sido de él durante todo ese largo tiempo?

—Te contaré una larga historia en algunas palabras. Enrique habia seguido á Julieta creyendo que se habia ido con el conde. ¿Quieres saber cómo?

—Continúa, continúa, respondió el baron.

—Corriente, dijo el Diablo; pero mira que se pasa el tiempo y aunque no es mucho lo que queda que decirte, no quiero robarte lo poco que te queda.

—Escucha, dijo Armando; me he decidido á darte doce horas de las veinte y cuatro que me restaban; componte de modo que cuando hayan pasado sepa yo qué acontecimiento ha detenido enferma á Mad. de Cerny en la posada y la ha impedido venir á verme. Entonces podrás tomar los treinta dias de mi vida que te pertenecen y me pondrás en libertad segun me has prometido.

—Estamos conformes, contestó Satanás, y continuó:

Enrique Donezau y Mad. de Cerny se encontraron á la puerta de casa de Mr. de Paradéze. Enrique, acababa de ser espulsado de la casa, y á Leonia se la negaba la entrada. No se conocian; pero estaban ambos bastante irritados por la grosería de la nueva dueña de la casa para que Enri-

que se atreviese á acercarse á Mad. de Cerny á fin de esplicarla su descontento, y para que Mad. de Cerny le preguntase quién era la mujer que la habia hecho responder con tanta insolencia y grosería.

—Es la bribona mas indecente, contestó Enrique; como que se ha escapado de París con cierto conde de Cerny á quien yo he hecho pagar bien caro el rapto de esa pícara.

Ya sabes tú, mi amo, que Mad. de Cerny no era mujer á propósito para continuar una conversacion en semejantes términos; pero la decidió á sufrir la compañía de aquel hombre, la circunstancia que podia revelarle quien era la mujer que viajaba con su marido. Habia ido en carruaje desde Bois-Mandé á la quinta, y le ofreció conducirle en su carruaje. Enrique aceptó y hé aquí cual fué su conversacion:

—Con que vos, caballero, conoceis á la persona que ocupa la quinta de Mr. de Paradéze? ¿Y conoceis tambien á Mr. de Cerny que ha viajado con ella?

—Le conocia por haberle visto en París una vez ó dos con motivo de ciertos asuntos que tenia con mi cuñado.

—Ya, dijo la condesa, ¿con qué Mr. de Cerny conocia á vuestro cuñado?

—Yo creo, respondió Enrique, que á quien conocia sobre todo era á Mad. de Cerny.

—Es muy estraño, dijo Leonia, que no suponia que un conocido suyo pudiese tener semejante cuñado.

—Os puedo asegurar que es cierto, repuso Donezau; tanto le conocia Mad. de Cerny que se fugó con él.

Mad. de Cerny logró disimular su sorpresa gracias al partido que habia tomado de no dejar conocer á aquel hombre el interés que tenia en interrogarle.

—Ola! dijo Leonia; ¿con qué se fugó con vuestro cuñado Mad. de Cerny?

—Ya lo creo, contestó Enrique; se fugó con el baron de Luizzi: toda la Francia lo sabe.

—Sí, es verdad, se fugó con el que ha matado á Mr. de Cerny.

Enrique palideció al oir estas palabras y contestó con voz balbuciente:

—Que le haya matado ó no, no es del caso: eso lo decidirán los jueces.

Leonia estrañó no poco la turbacion de tu cuñado, y dijo mirándole atentamente;

—Nadie mas que el amante que se escapó con la mujer puede haber matado al marido.

—Es posible, contestó Enrique, aunque yo no concibo que un hombre maté al amante de su mujer. Que se mate al amante de su querida, es muy diferente, añadió lleno de rábia.

Mad. de Cerny palideció á su vez en vista de la manera con que Enrique pronunció estas últimas palabras; pero, como temiera mostrar la sospecha que acababa de concebir, respondió tranquilamente á Donezau:

—Y sin duda habeis venido á este pais para ver á vuestro cuñado?

—Allá se las componga, contestó Enrique; que salga como pueda. He venido por otra cosa.

—Y habeis conseguido vuestro objeto?

Le he conseguido á medias; yo sé muy bien vengarme cuando se me hace una ofensa; ya se lo he hecho ver á uno y no tardaré en demostrárselo á esa bribona que me ha arrojado de casa de su abuelo....

—Es posible esclamó Luizzi, que dijera eso á Leonia! Y Leonia no ha venido á declarar el verdadero nombre del culpable!... porque él es el asesino, no es verdad?

—Mi amo, mira que se vá el tiempo, y si me interrumpes no concluiremos nuestra narracion.

Y Satanás continuó:

Sí, Enrique dijo eso; se acusó él mismo. Qué quieres, amigo mio, á no ser por esas indiscreeciones el crímen sería un lindo juego. El cadáver sepultado algunos pies bajo tierra índica su existencia por medio de sus esalaciones; el agua hace flotar en su superficie las víctimas que le han sido confiadas; el fuego devora los cuerpos sin borrar la señal de las heridas, los intestinos conservan la huella del veneno, el alma del hombre no es mas fuerte, que todo esto; los remordimientos traspiran por todos los poros del cuerpo y el crímen sube á los labios y flota en ellos. Sí; Enrique Donezau dijo eso, y como Mad. de Cerny no fuese dueña aquella vez de dominar el terror que se apoderó de ella, Enrique conoció que acababa de cometer una indiscrecion. Sin duda hubiera ahogado en el acto la sospecha que habia despertado, dando muerte á Leonia; pero era de dia é iba delante de él á caballo el postillon; ademas reflexionó que aquella mujer era estraña á su crímen y no debia tener ningun interés en perderle para salvar al baron de Luizzi. Sin embargo, quiso saber quien era aquella mujer, y, fingiendo no haber echado de ver su turbacion ni su propia indiscrecion, la dijo con mas delicadeza que la que hasta entonces habia empleado:

—Y podré, señora, saber á quien tengo que agradecer el gran favor que acabais de hacerme?

—Caballero, mi nombre debe seros enteramente desconocido: me llamó Mad. de Assimbret.

Este nombre no fué un gran descubrimiento para Enrique; pero la vacilacion con que le pronunció Leonia le hizo sospechar que esta habia ocultado el que verdaderamente la pertenecia. De este modo llegaron á Bois-Mandé. El primer cuidado de Enrique fué preguntar al postillon el verdadero nombre de la persona con quien habia venido de casa de Mr. de Paradé-

ze. Ya comprenderás cuál debió ser su terror al oir pronunciar el nombre de Mad. de Cerny. Debes conocer que su terror subió de punto cuando vió que Mad. de Cerny se disponia á partir para Tolosa y sobre todo cuando supo que Leonia habia mandado á buscar al Maire de Bois-Mandé

Un crímen era poca cosa para Enrique Donezau, y si recuerdas bien su conversacion con Julieta debes recordar que, suponiendo que él fuese el asesino de Mr. de Cerny á quien creia raptor de su querida, no era aquel su primer ensayo. Enrique habia sido conducido por Julieta de la disolucion á la estafa, de la estafa á la falsedad, de la falsedad al asesinato; nada faltaba ya al complemento de su carrera; no debia pues vacilar largo tiempo antes de decidirse á desembarazarse de la condesa; pero era dificil hallar el medio de hacerlo siendo tan apremiante el peligro; si se le denunciaba, podia prendérsele, y una vez preso era perdido, pues no faltaban testigos de la muerte de Mr. de Cerny.

—Me parece que hasta ahora no me habías dicho eso, objetó Luizzi

—Como que no me lo has preguntado, mi amo, contestó el Diablo.

—Pues bien: y qué hizo? dijo Armando deseoso de llegar al fin de la narracion.

Contó con la buena suerte reservada al crímen, calculó que el que iba á cometer era demasiado audaz para que se sospechara de él; entró en el cuarto de Mad. de Cerny, pero era demasiado tarde; solo la habia dado una puñalada que no la habia matado, cuando apareció en el cuarto del Maire á quien Leonia habia mandado llamar.

—Y se apresó al infame, no es verdad?

—Está en la cárcel; pero no como asesino de Mad. de Cerny pues entonces escapó sin ser conocido y siguió á Julieta á Tolosa; pero está preso como asesino del conde y se le prendió en Tolosa á donde habia llegado en seguimiento de Julieta.

—Le ha acusado Leonia?

El Diablo continuó sin responder:

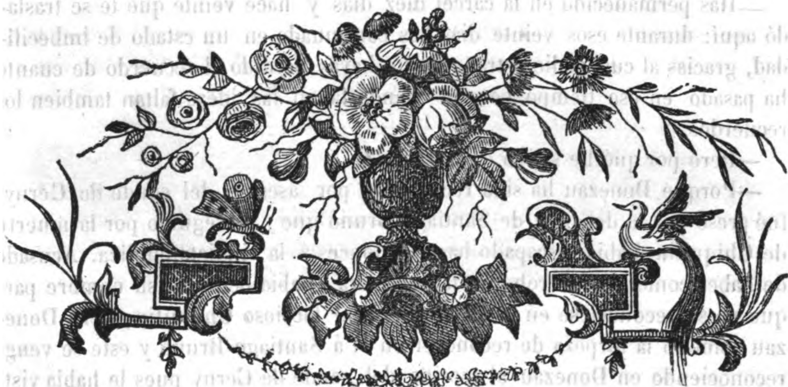
Cuando Eugenia llegó á Bois-Mandé, yacia Mad. de Cerny, moribunda é incapaz de articular una palabra, en el lecho donde la encontró, y dos dias despues llegó Carolina que encontró enfermas á las dos en Bois-Mandé.

—Pero una vez reunidas, esclámó el baron, qué ha sido de ellas?

En aquel instante dieron las doce de la noche; el Diablo colocó el dedo en la frente de Luizzi, y dijo:

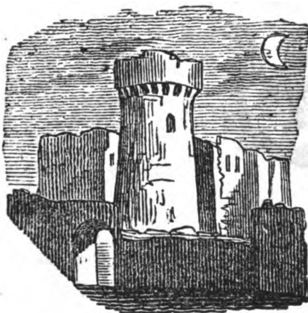
—Ahora tomo los treinta dias que me has dado.

Estendióse una especie de velo ante los ojos de Luizzi; mas no con ta rapidez que Armando no creyese ver abrirse la puerta de su prision y aparecer el rostro de Carolina conducida de la mano por Leonía y Mad. Peyrol.



XXXVI.

El castillo de Ronquerolles.



CUANDO el baron volvió en sí, estaba en el castillo de Ronquerolles en el mismo aposento en que, diez años antes, habia aceptado su pacto con el Diablo; se hallaba solo. Entonces no necesitó buscar el recuerdo de su pasado: presentábase á su memoria vivo, ardiente y como si aquellos treinta dias solo hubiesen durado un minuto: aunque le quedaban doce horas, se apresuró á llamar á Satanás, y le dijo:

—Ahora tratemos solo de nosotros: he hecho mi eleccion.

—Puedes hablar y así que me hayas dicho qué es lo qué quieres, lo tendrás; tú verás luego si puedes ser dichoso.

—Vas á saberlo, dijo Luizzi, pero antes de todo quiero que me espliques de qué modo ha sido reconocida mi inocencia á fin de que no quede en el mundo con esa ignorancia que tan fatal me ha sido ya.

—Has permanecido en la cárcel diez dias y hace veinte que te se trasladó aquí: durante esos veinte dias has continuado en un estado de imbecilidad, gracias al cual nadie estrañará que hayas perdido el recuerdo de cuanto ha pasado en ese tiempo porque cuando faltan las ideas faltan tambien los recuerdos.

—Pero por qué he salido de la cárcel?

—Porque Donezau ha sido reconocido por asesino del conde de Cerny; fué preso por la delacion de Santiago Bruno que, perseguido por la muerte de Chiquitin habia escapado hasta entonces á la vindicta pública. Acusado de haber cometido un robo en la carretera, habia ocultado su nombre para que no se reconociese en él al asesino del faccioso Chiquitin; pero Donezau cometió la torpeza de reconocer en él á Santiago Bruno y este se vengó reconociendo en Donezau al asesino del conde de Cerny pues le habia visto disparar al conde desde el soto donde él se hallaba oculto.

—An fin, dijo el baron, ha sido castigado el crímen, el vício ha encontrado su merecido.

—¿Lo crees así? replicó el Diablo con una espresion indecible: si esa es la persuasion que te ha dictado tú eleccion, mira.





XXXVII.

La linterna mágica del Diablo.



ARECIO en aquel instante que uno de los costados de la habitacion se habia transformado en un vasto teatro donde se representaba un drama del que Luizzi era espectador. Primero vió una numerosa reunion de hombres: unos estaban sentados á una mesa y otros depositaban en una urna papeletas escritas; era una eleccion de diputados.

Una multitud avida y curiosa se amontonaba á la puerta del colegio electoral; todos hablaban, se interpelaban: hubiérase dicho que el resultado de aquella eleccion era de gran interés para toda la ciudad; se trataba nada menos que de la eleccion de uno de los sugetos de mas importancia en el pais. Al fin se procedió al escrutinio y concluyó la operacion sin que nadie abandonase su puesto; tal era el deseo de saber quien era el vencedor. Al cabo de algunas horas se proclamó diputado por la provincia, al baron de Carin que solo habia obtenido algunos votos de ventaja á Mr. Félix Ridaire, su honrado competidor.

—Infamia! esclamó Luizzi.

Y como si esta palabra hubiera sido la señal que dá el maquinista del teatro, cambió al punto la escena.

Armando vió entonces una prision donde estaba acurrucada una mujer con una niña casi moribunda en sus brazos: el baron conoció á Enriqueta Buré. Otra mujer, asomada á la reja de aquella infame habitacion, abrumaba de injurias á Enriqueta. Luizzi conoció á Mad. de Carin.

—Horror! esclamó el baron.

Y cambió de nuevo la escena como la primera vez.

Entonces apareció una iglesia magnificamente adornada. Habia dos capillas colgadas de blanco; una de ellas estaba inundada de luces, de colgaduras, de ornamentos mágnificos, y en la otra brillaban las armas de marqués. Casi al mismo tiempo penetraron en la iglesia dos cortejos: el que se dirigió á la capilla ricamente adornada, era el de Fernando y la señorita de Durand; el que se encaminó á la capilla blasonada era el del señor marqués de Bridely y la señorita Julieta Bricoin que llevaba sobre su traje de vírgen el luto por su abuelo cuyos inmensos bienes acababa de heredar su madre; el conde de Lozeraie servía de padrino á la señorita de Durand, y Edgardo du Bergh daba la mano á Julieta.

—Basta, basta! dijo Luizzi: estas palabras hicieron cambiar la escena como anteriormente, y entonces apareció:

Un cuarto donde se verificaba una comilona: Ganguernet, el viejo Rigot y Barnet cenaban alegremente servidos por Lili que habia vuelto á casa del notario.

—Asco y vergüenza! esclamó Luizzi.

E inmediantamente cambió el teatro apareciendo una inmensa galeria por la cual iban pasando corriendo multitud de personas;

Primeramente pasaron: Mr. Furnichon hecho agente de cambios;

Mr. Bador, hecho notario;

Mr. de Lemée, par de Francia, nombrado relator de la audiencia;

El marqués du Val probándose un frac hecho por Humann, en el cuarto de una bailarina;

Periquillo nombrado mayoral de diligencias;

Mad. de Bergh dando tisana á su confesor;

Mad. de Marignon presidiendo la junta de beneficencia para la educacion de niñas;

Mad. de Cremaucé junto al lecho de su hija que acababa de parir, esplicando á esta los deberes de las madres para con sus hijos;

Mr. Crostencoupe, nombrado por aclamacion miembro de la Academia de ciencias;

Pedro, el antiguo ayuda de cámara del baron, casado con la enfermera Mad. Humbert y dueño de una rica casa de huéspedes situada en la calle

de Richelieu, en la cual conoció Luizzi sus lujosísimos muebles de París;

Luis cochero particular del emperador de Rusia;

Akabila que habia vuelto á su pais y recobrado el trono de su padre.

Hortensia Buré despidiendo de su casa á una criada que resultaba hallarse embarazada.

Todos pasaban, volvian á pasar, con la sonrisa en los labios, la alegría en los ojos, la calma en el rostro.

Luego pareció al baron que comenzaba una especie de galop singular cuya música era tan estraordinaria que no hubiera podido formase idea de ella aunque hubiera asistido á las orgías del baile Musard. Entonces todas aquellas figuras empezaron á bailar, á correr á volar; iban, venian, brillaba en sus ojos el placer y en su acento el gozo; era un hechizo verlas tan ligeras, tan frívolas, tan placenteras, pasaban y volvian á pasar delante de Luizzi sonrriéndole, llamándole; luego se mezclaron perfumes embriagadores al sonido de la música, al ardor del baile y entonces todo era delirio, alegría, en que parecian nadar todos con delicia. Luizzi sentia agitado todo su cuerpo por la actividad de aquel movimiento; los acentos febriles de aquella música irritaba su alma, la embriaguez de aquellos perfumes le inundaba y penetraba en él; y como fuera á llamar á Satanás para que hiciera desaparecer aquel cuadro infernal, vió de pronto á Julieta, á Julieta valsando, á Julieta inclinada sobre un hombre cuyo rostro se escapaba siempre á las miradas de Luizzi.

Oh! cuánta razon tenia Carolina al ensalzar la gracia de aquel talle flexible, el lascivo abandono de aquel airoso cuerpo! Julieta daba vueltas, vueltas sin fin, y sus vestidos azotados por el viento diseñaban las formas fluidas y delicadas de su cuerpo, y su cabello vagaba en torno de su cabeza. Sus ojos medio cerrados, vibraban y jadeaban por decirlo así lanzando en torno de ellas miradas empapadas de voluptuosidad. Su boca entreabierta, mostraba el esmalte de sus dientes, y se agitaban sus labios; su cuerpo parecia entregado á un parasismo de amor y Luizzi se sentia poseido de los ardientes deseos que sin cesar le habia inspirado aquella jóven que de repente pareció desfallecer y desmayarse en los brazos de su pareja; desprendíase de los brazos de aquel hombre y en el momento de caer alargó la mano á Luizzi que arrebatado por un delirio insensato, se lanzó hácia ella.... Pero cuando su mano iba á tocar la de Julieta le detuvo otra mano; todo desapareció entonces y Armando vió á Carolina pálida, jadeante y moribunda arrodillada delante de él.

—Armando le dijo, te has salvado, te has salvado!

—Ah! eres tú, no es verdad, Carolina ... eres tú quien me ha salvado?

—Sí, ella es, dijo una voz muy conocida para Luizzi que volvió la cara y vió á Leonia.

—Sí, añadió otra vez, ella es quien os ha salvado. Y Armando reconoció á Eugenia.

Todo el profundo terror que Armando habia esperimentado, todos l o terribles dolores que habia sufrido, todos los deseos frenéticos de que se sen-



tia devorado un momento antes, desaparecieron de su alma. Una calma dulce, serena, y bienchechora sucedió á ellos; lo único que el baron esperimentaba era una tristeza vaga, una melancolía que parecia ser solamente los restos de un dolor que desaparece.

—Oh! venid ángeles mios, dijo, venid pues sois los únicos séres que no me han abandonado!

—No, Armando, contestó Leonia, no nos llameis así; solo hay un ángel en vuestra presencia, y ese ángel es Carolina.

Ella es quien nos encontró en la posada de Bois-Mandé y nos inspiró valor; ella es quien nos curó y nos salvó á ambas; ella es quien, así que hubo terminado tan penosa obra, sabiendo el riesgo que corriais y sabiendo el medio de salvaros no vaciló entre el desprecio de la sociedad y la justicia; porque yo, Armando, abrumada por la desgracia, dudaba si desafiar la opinion hasta el punto de acusar á mi asesino del asesinato de mi esposo para salvar á mi amante; pero ella no vaciló en acusar al criminal para salvar al inocente, y lo ha hecho con un valor digno de alabanza porque ha necesitado arrostrar la ironia de los mismos jueces que decian que acusaba á su esposo para vengarse del abandono en que la habia dejado; la sociedad ha repetido esta calumnia y ella la despreciado; ha tenido que implorar de Santiago Bruno el testimonio de la verdad; ha necesitado todo ese valor para salvar á un hombre que parecia no poder agradecerlo pues estábais falto de razon, Armando; pero ha reclamado para el insensato lo que era justo reclamar; y, despues de haberos librado de la infamia, os ha librado de la muerte; porque ha pasado todas las noches y todos los dias á vuestro lado, espiando vuestros gestos, vuestras palabras, vuestra respiracion.

—Y vosotras dos estábais tambien á mi lado, dijo Carolina, y me habeis sostenido en tan penosa tarea y Dios me ha tendido la mano para que te salvara.

—A mí! esclamó Armando, recordando la eleccion que debia hacer; ¡á mí! ya es tarde, ¡estoy perdido!

—No, hermano mio, contestó Carolina; si es cierto, como algunas veces he oido decir, que nuestra familia está condenada á la desgracia y al crimen; si es cierto como me ha dicho Leonia, que una espantosa fatalidad te persigue.....

—Sí, es cierto, dijo Luizzi, me ha perseguido por todas partes; he querido apoyarme en todas las cosas de este mundo y todas se han quebrantado en mis manos porque estaban podridas y corrompidas por el vicio; he querido saber la verdad y solo se ha presentado á mis ojos como un cuadro hediondo y repugnante; he tendido la mano á cuantos he encontrado, y la mano de los dichosos ha desgarrado la mano que yo les tendia, y la mano que yo les tendia ha aplastado á cuantos he querido socorrer. Hermana mia, hermana mia, la maldicion de Dios pesa sobre mí!

—Armando, dijo Carolina, ¿no has alzado nunca tus manos á Dios?

—A Dios? contestó el baron. Y cuando sus rodillas se doblaban y se unian sus manos para orar, sonó un reloj y retumbó una voz que dijo:

—Ha pasado la hora de la eleccion; baron, sígueme!

Y el castillo de Ronquerolles desapareció como si el fuego de un volcan le hubiese devorado en menos de un segundo, y solo quedó en el sitio que ocupaba un hondo precipicio que los aldeanos llamaban la Boca del Infierno.

Dícese tambien que en aquel instante se elevaron de la orilla de aquella sima tres figuras blancas: subieron al cielo y una de ellas se adelantó hasta las gradas del trono de Dios y pidió por las que habian quedado atras; y cuando el Señor la hubo manifestado que podian entrar, la vírgen pura, la jóven culpable y la mujer adúltera se arrodillaron y oraron por el alma del baron Francisco Armando de Luizzi.



ÍNDICE

de los capítulos que contiene el tomo segundo.



ERRATAS NOTABLES.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
8.	16.	probidad.	una probidad.
id.	24.	contemplaban	contemplar.
15.	26.	hija Eugenia; así	hija. Eugenia, así
id..	30.	llevar ?	llevar al hospicio ?
22.	34.	Eugenia y Teresa.	Eugenia, Teresa y Deseada.
81.	12.	la le.	la que le.
id.	24.	de la noche.	y de la noche.
99.	11.	místico.	rústico.
101.	16.	colérica.	colérico.
107.	7.	virgen que entregada al rio Scamandre.	la virgen que entregada al rio Escamandro.
144.	26.	relampagazos.	relámpagos.
190.	5.	amabais.	amais.
261.	1.	bullan.	bullen.
262.	40.	Eres.	Eras.
351.	14.	muertos.	muerto.
id.	42.	la.	le.
431.	40.	Añádase.	Añádase á lo.
493.	38.	hallé.	halló.

